GARABANDAL

Experiencias
de un
Peregrino.

EXPERIENCIAS

DE UN

PEREGRINO

Félix A. Pascual

Primera Edición, Noviembre 2022
Segunda Reimpresión Enero 2023

Autoedita, Félix A. Pascual

©GARABANDAL, Experiencias de un peregrino
Depósito Legal, BI-01786-2022

ISBN 9788409 4777784

Se autoriza el uso de partes de esta obra, haciendo mención del nombre de la obra y su autor.

EXPERIENCIAS DE UN PEREGRINO

MENÚ

Capítulo I	Mi primer viaje	(I) 7, (II) 19, (III) 29
Capítulo II	Mi amigo Pepe.	(I) 37, (II) 47, (III) 57, (IV) 69
Capítulo III	En busca del Diario.	(I) 77, (II) 87, (III) 97, (IV) 109
Capítulo IV	Mi amigo Plácido	(I) 121, (II) 135, (III) 149, (IV)153, (V) 175
Capítulo V	La Comunión Visible. . .	(I) 185, (II) 197, (III) 221, (IV) 233
Capítulo VI	Mi amiga Mari Cruz . . .	(I) 241, (II) 265, (III) 275
Capítulo VII	Don Benjamín Gómez.	(I) 287, (II) 297, (III) 309, (IV) 319
Capítulo VIII	Testimonio del brigada ..	(I) 327, (II) 341, (III) 353
Capítulo IX	Padre Ramón Andréu.	(I) 361, (II) 369, (III) 381
Capítulo X	Despedida . . .	(I) 397, (II) 403, (III) 413
Anexo		419
Bibliografía.		437
Agradecimientos.		439

1ª Parte. Capítulo I. MI PRIMER VIAJE

Garaje. No Aparcar.

- ¡Ganas tiene de ir en coche, con lo difícil que está el tráfico...!

Aquella tarde del soleado mes de agosto, hacía calor a la sombra del velador "El Colmado", donde me encontraba cómodamente sentado. Charo y nuestras hijas habían decidido quedarse en la playa disfrutando de la temperatura y de los refrescantes baños de mar. Yo, que no soy muy amigo del astro rey, había optado por ir a tomar un café a la penumbra espléndida de una de las múltiples marquesinas que alegraban la plaza nueva de Noja. Fui a la que se encontraba en la esquina izquierda, enfrente del estanque de los patos recientemente inaugurado, donde media docena de ellos se desplazaban majestuosos por la superficie limpia y tranquila de sus aguas.

Y mientras tomaba el café, iba leyendo El Diario de Cantabria, periódico de unas cuarenta páginas, que habitualmente se encuentra en todos los bares, a disposición de los clientes. Las manoseadas y arrugadas hojas del diario iban pasando ante mis ojos sin mayor trascendencia, perezosamente, hasta que de pronto, un pequeño artículo llamó mi atención. Hacía referencia a un perdido y lejano pueblecito de la Montaña donde supuestamente, se habían producido apariciones marianas hacía varios años. Informaba de unas peregrinaciones mensuales, donde se daban cita devotos de varias comunidades y ciudades del País Vasco, Asturias, etc. Una fotografía en blanco y negro no muy clara, acompañaba las apretadas líneas. Se veían grupos de personas alrededor de una inmensa campana oscura, con unos libros abiertos, todo ello aparentemente de piedra y plantada como monumento en memoria de los sucesos para mí desconocidos de momento, acaecidos durante el periodo comprendido entre los años 1961 a 1965.

- ¡Hombre, esto es interesante! - pensé para mis adentros, mientras concentraba mi atención en leer lo más rápidamente posible la noticia, haciéndome sombra con la página sobre las líneas que estaba leyendo, para protegerme del fuerte sol que por uno de los laterales había empezado a asomar, obligándome a entornar los párpados.

-Un pueblo nuevo que no conozco, y además con el aliciente de que se ha aparecido la Virgen. ¡Es extraño que no haya oído nunca hablar de él!

Por una parte, soy un enamorado de los pueblos del País Cántabro. Una de mis íntimas y secretas distracciones favoritas, consiste en "descubrir" estas pequeñas joyas del pasado próximo, para poder recorrerlas con mi pequeña moto Derbi. Y, en segundo lugar, aparentemente acababa de descubrir por casualidad que, había sido bendecido por la presencia de la Madre del Cielo.

- ¡Oiga Vd. Que no se puede aparcar. Que está prohibido ¡

Terminé de tomar el café, que se había quedado ya frío. Plegué el periódico que había quedado encima de la mesa lo más cuidadosamente posible, devolviéndolo a su primitivo lugar de la barra, decidido inexplicablemente a ir a casa, a buscar la localización de mi nuevo destino. Se me presentaba de repente un nuevo reto con el que no contaba, pues ir a zonas lejanas de mi lugar de residencia, no entraba en mis planes; no obstante, esta noticia merecía hacer una excepción y correr tras datos históricos reales. Me hacía sentirme eufórico y me sacaría de mi apatía y falta de actividad veraniega.

- ¡Cada vez hay menos respeto a las cosas!

Miré con benevolencia, a la pareja de jubilados que tan impulsivos increpaban al joven que acababa de aparcar el vehículo en zona prohibida y me alejé por la pequeña senda que rodea la plaza, en dirección a la costa. Las olas rompían contra las rocas levantando nubes de espuma y lluvia que mojaban los desgastados acantilados, cubiertos de algas y verdín. Las diminutas gotas de agua salada, llegaban hasta mí de forma imperceptible, con su característico olor a marisco, tan típico de las zonas costeras haciendo que me encontrara a gusto. Sentía pereza por dejar la vista y las sensaciones que el mar transportaba hasta mi espíritu, pero era hora de regresar.

No me resultó fácil la tarea de encontrar en el plano de Firestone el pueblo de las montañas. A pesar de ser bastante preciso, no di con él. Por más que buscaba y rebuscaba no aparecía, en ningún lugar del colorido plano, Garabandal (que así es como se llama el pueblo). Aunque hice un minucioso recorrido, tratando de ir buscando de forma circular, como me indicaron en los cursos de orientación, desde un punto inicial hacia las zonas más alejadas con el fin de no pasar ninguno por alto, no daba con él, ni por arriba ni por abajo.

No había forma. Se resistía obstinadamente en aparecer por más que lo intentaba. Tuvieron que pasar varios meses desde aquel día de octubre, hasta que pude coincidir con un compañero de trabajo con el que en lejanas ocasiones tropezaba con él y que era oriundo de la zona de Vargas (Cantabria). Me informó que efectivamente, conocía donde estaba el pueblo de las apariciones. Era por la zona de Tudanca, Puerto de Palombera, en la zona más hacia el norte de la montaña, por la carretera que va hacia Reinosa. Así fue. Por fin localizaba en el tantas veces consultado plano, el pueblo de San Sebastián de Garabandal. La dificultad en encontrarlo estaba, en un pequeño detalle en el que no había reparado, y era el que no aparecía el nombre completo, sino solamente la primera parte, es decir, San Sebastián, cosa que me sorprendió realmente. Tal vez se trataba de un error a la hora de confeccionar cartográficamente la zona buscada. De la forma que fuese, ahí estaba, delante de mí.

Ya solo restaba esperar algún día propicio para intentar visitarlo tranquilamente viajando sin prisa, para poderlo saborear a gusto. Ciertamente me sentía atraído por lo que podría encontrar. Por una parte, visitar una desconocida y atractiva para mí, nueva zona en las montañas, a los pies de Peña Sagra, macizo rocoso de más de dos mil metros de altura y habitualmente cubierto de nieve, como pude observar en mis frecuentes visitas, me fascinaba. Por otra, la posibilidad de conocer y pasear por las calles y rincones que tan frecuentemente recorriera la bendita Madre, suponía una experiencia que inconscientemente había estado buscando, desde las épocas infantiles en que mi madre viajó a Lourdes en peregrinación, tratando de curar una importante dolencia.

Hacía mil conjeturas sobre cómo sería el pueblo. La única referencia que tenía, era una pequeña foto, en blanco y negro, aparecida en el periódico de la provincia. No era mucho lo que poseía, no obstante, hacía alusión a un pequeño rincón del pueblo. Más bien era, como pude ver y comprobar en mis visitas posteriores, la zona donde se construyó la capilla dedicada de forma un poco tajante y extraña a San Miguel Arcángel, puesto que en aquellas épocas y aun en los días actuales que corren, la Iglesia oficial, no ha dado por válidos los acontecimientos ocurridos, y por lo tanto había una prohibición explícita para su construcción

En aquellos momentos, no podía imaginar, ni por asomo, la trascendencia que para mí iba a tener el viaje que estaba a punto de comenzar. Su impacto sería tan decisivo y duradero, que hoy es el día, en que cuando me despierto por las mañanas, mi primer pensamiento, es para los acontecimientos maravillosos que

acaecieron en aquellas noches ruidosas y frías callejas, durante los años 1961 y 19 62 fundamentalmente, aunque como veremos, se prolongaron hasta el año 1965.

Me parece, haber sido testigo directo, de todo lo ocurrido, a pesar de llevar casi cuarenta años de retraso con los acontecimientos que allí tuvieron lugar, cuando actualizo mis recuerdos, ayudado por las cintas que grabé, las fotografías que obtuve de las casas, las callejas que recorrí, la Iglesia con su torre y sus campanas. Los pinos inolvidables y testigos mudos de tantas experiencias religiosas y místicas. Y tantas y tantas otras cosas, que ahora no alcanzo a recordar.

Por fin llegó el día tan esperado para mí. Después de unas dos horas de marcha, me encontraba en un punto donde la carretera serpenteaba y se perdía en la brumosa lejanía. La vista desde el puerto alto y despejado a medias del Collado de Carmona, me hacía sentir un ligero estremecimiento, producto de la tranquilidad reinante, de la fría humedad existente en esas primeras horas de la mañana y del infantil miedo a lo que nos pueda aparecer de improviso, en una zona como esa desconocida como era para mí. Todo ello, mezclado con la grandeza del paisaje tachonado de blancas nubes y azules cielos, sobre un fondo de rocosas y lejanas montañas.

El pequeño pueblo de Cabuérniga se desdibujaba al final de la hondonada, en el valle, remarcándose los rojos y asimétricos tejados de las casas. Las montañas que tenía a modo de guardianes, en primer plano, enfrente, a duras penas podían verse, dominando todo el paisaje de pastos un color grisáceo, mezclado con pequeños mechones blanquecinos, producidos por las nubes bajas y la niebla. El suelo aparecía mojado y sentía las pequeñas gotas de agua que se empeñaban en pasar del césped a mis zapatos nuevos de goma. Las que flotaban en el ambiente se depositaban en los cristales y carrocería del coche, dándole un aspecto totalmente irreal. Un par de vacas taciturnas, husmeaban con sus hocicos los pequeños tallos tiernos que crecían junto a las caídas piedras de la ladera, permaneciendo impasibles ante la grandeza del paisaje.

El mojón situado a mi espalda, marcaba la altitud del lugar, pero a duras penas podía leerse, pues las inclemencias del tiempo, habían ido borrando día a día, lo que primero con cincel y luego con pintura, inicialmente tenía grabado y pintado. El suelo era pedregoso y la vegetación escasa, formada en la zona que podía ver, básicamente por matorral bajo. No se veían muchos árboles y los pocos existentes que estaban en las proximidades de la carretera, eran pinos y eucaliptos que se perfilaban en la lejanía como estáticos fantasmas carentes de vida y sentimientos, a la espera de ser absorbidos por la niebla que poco a poco se veía bajar por la ladera oriental.

Tratando de vencer mi pereza, arranqué el coche y emprendí el camino que, a mi izquierda, iniciaba el descenso hacia el valle. Por fin aparecieron las pocas casas de San Pedro, barrio situado en la zona oriental de la carretera por donde circulaba y que precede a Carmona. Esto me indicaba, que ya había terminado mi bajada y ahora solamente me restaba seguir por el pequeño camino asfaltado hasta Puentenansa donde tendría que desviarme hacia la izda. Encontré que estaba totalmente desierto. Seguramente las inclemencias del tiempo producían una cierta presión en sus habitantes, para que permanecieran en sus casas. Solamente un descolorido y aburrido perro con aspecto distraído, se cruzó en mi camino. Rápidamente llegué a Cossío a través de una ruta llena de baches iniciando la ascensión a S. S. de Garabandal. Un indicador en la carretera notificaba de forma más bien confusa su ubicación a 6 Km de donde nos encontrábamos. Descendí la velocidad ante la posibilidad de derrapar, pues un gran charco de agua se había formado en la confluencia de las dos vías.

A la salida del villorrio, la carretera se bifurcaba haciendo una "Y", lo cual me despistó momentáneamente, pues no había ningún cartel indicador. Tal era la naturaleza de los caminos. No se distinguía la calzada que iba para el pueblo, de la carretera que continuaba monte arriba. Estaba claro que los oriundos del lugar, se la sabían de memoria y no necesitaban andar con miramientos. De todas formas, la solución era sencilla. Si te equivocas, con retroceder, todo resuelto.

El motor de mi Peugeot 504 empezó a resonar cada vez más fuerte, clara evidencia de que aumentaba la pendiente por donde circulaba. Poco a poco, iban desapareciendo las últimas casas del pueblo, dando paso al típico paisaje montañés, con la maleza bien anclada al suelo y sus troncos, retorcidos y cortos. Los pinos aparecían a un lado solamente, quedando reservado el otro para el terraplén de tonos ocres.

La bruma, desafortunadamente no me permitía ver en la lejanía, lo que adivinaba como inmensas moles de rocas. En cada nueva curva del húmedo y pedregoso camino, se descubrían nuevos conjuntos de pinos que, con sus agujas empapadas en gotas de agua, invitaban a parar y bajarse del coche para hacer algunas fotos. No obstante, la curiosidad por llegar cuanto antes me animaba a continuar y a vencer la tentación de disfrutar de un momento de relajación y frescor. Por momentos veía realizado el sueño que con tanto cariño había preparado. Poder viajar al pueblo de las apariciones.

Aunque la ascensión resultaba cómoda daba la sensación de ser un camino antiguo, que se había modernizado hacía tiempo. El transcurso de los años había hecho de él, un gastado pero buen conservado acceso al pueblo. Tal vez las

continuas peregrinaciones, habían aconsejado adecentarlo, para facilitar la circulación a los grandes autobuses que osaban desplazarse hasta esos parajes.

La ascensión se hacía cada vez más acusada, lo cual me obligaba a realizar frecuentes cambios de marcha. Continuaba sin ver, vestigios de civilización. Únicamente, pequeñas vallas que delimitaban los terrenos, al lado izquierdo del camino. La parte derecha, estaba formada por una especie de muro natural de terreno marrón grisáceo tachonado de pequeña maleza, como observara al principio de la subida, aunque ahora, aparecía la piedra más disgregada, indicio de que los cambios de temperatura eran más bruscos.

Al final, no pude más y paré el coche. La necesidad de retirarme a un pequeño recodo y realizar mis necesidades fisiológicas menores, me obligó a ello. Una vez satisfecho mi natural impulso, y con cara de placidez volví al coche, con intención de continuar el camino, pero algo me llamó la atención. Era la curva que acababa de dejar atrás. En ella aparecía una nueva senda llena de piedras y sin asfaltar. Decidí cerrar el coche y posponer ligeramente mi inminente y deseada llegada a Garabandal, atraído por la curiosidad de este nuevo descubrimiento. Esto no estaba en mis planes y la verdad, no contaba con realizar exploraciones no programadas, pero algo me animó a tomar tal determinación.

Después de una última mirada, para asegurarme que había dejado bien aparcado en la pequeña esquina el vehículo y abrigándome con mi anorak de plumas, comencé a caminar en dirección perpendicular totalmente a la carretera por donde acababa de llegar y que no podía observar hacia donde continuaba debido precisamente a lo cerrado de la curva, lo cual me molestó ligeramente, pues no me gustaban los imprevistos que pudieran presentarse.

Después de caminar unos cinco minutos, sentí que un pequeño riachuelo corría por la vertiente derecha. No alcanzaba a verlo, pues la verde y lozana exuberancia de la vegetación a los lados del mismo, me lo impedía. No obstante, el ruido cantarín que llegaba a mis oídos producido por el agua al discurrir entre las piedras, evidenciaba a todas luces, un caudal de fluido respetable, para la zona en que me encontraba pues no era precisamente un valle amplio, sino más bien, angosto, aunque si frondoso, debido a la humedad reinante por todas partes

Cada vez era mayor la intriga que sentía, por el paraje que me rodeaba. Además de los primeros sonidos del agua me llegaban nítidamente los producidos por las hojas de los arbustos suavemente mecidos por el aire, y mezclados con los de lejanos pájaros que no acertaba a distinguir, no porque estuvieran lejos, sino

porque las ramas me obligaban a caminar con la cabeza agachada, para evitar un golpe indeseado.

El barro del suelo también me obligaba a concentrarme, en la zona que iba pisando, impidiéndome, en cierta medida, poder contemplar en su plenitud el lugar en el que me encontraba. Y a medida que avanzaba, aumentaba la dificultad de continuar. Afortunadamente se había producido una gradual disminución de la vegetación, habiéndose tornado el monte más árido y despoblado del verde, en favor de los tonos marrones y terrosos. Había desaparecido la sensación de frio que experimenté al salir del coche. Tenía calor y sentía que sudaba, no sé si por los nervios o por el ejercicio físico. Me solté el anorak para estar más a gusto.

Satisfecha mi curiosidad, decidí dar la vuelta hacia mi punto de origen, desandando el camino. Poco antes de llegar al final de mi paseo, un pequeño agujero en la maleza, atrajo nuevamente mi curiosidad. Se veía pisado y con ramas rotas. Estaba claro que alguien pasaba por él. Sin pensarlo dos veces, me agaché y penetré a través de él. La espesura de la maleza, me obligó a caminar en cuclillas un buen tramo, hasta que por fin pude incorporarme. El camino, descendía con bastante brusquedad, hacia el arroyo del cual me llegaba el sonido. Agarrándome con fuerza a las ramas y procurando pisar con cuidado para no resbalar en las mojadas piedras, conseguí alcanzar la orilla derecha de la corriente de agua, que aparecía ante mí con inesperada sorpresa. Algo raro percibí. El ruido del agua no era proporcional al torrente que circulaba entre las rocas del lecho. Por el lado izquierdo, había algo, que la maleza no me dejaba ver. La única forma de lograrlo era cruzar a la otra orilla. Allí se veía un claro, desde donde seguramente aparecería el espectáculo que me llamaba la atención. Me descalcé y con un palo a modo de bastón, comencé a cruzar el riachuelo. El agua estaba helada. Me producía unos pinchazos más fuertes de lo que yo pensaba que podía soportar. Por otro lado, las piedras no me dejaban caminar, lo rápido que yo quería. Me volví para atrás. “No es posible, que no sea capaz de cruzar este riachuelo”, pensé. Mentalizándome, de que lo tenía que lograr, tomé una respiración profunda y avanzando lo más rápidamente que me lo permitían mis doloridos pies, llegué a la otra orilla. Lo primero que hice, fue sentarme en el suelo. No aguantaba más. Nunca pensé, que el agua podría estar tan fría. Me acordaba de los bañistas nórdicos que había visto en los documentales, y que se metían al agua con hielo en aquellos mares polares, para darse un saludable bañito. ¡Cómo sería posible!

Cuando ya pude reaccionar, levanté la vista y me encontré con lo que tanto me había intrigado. Una pequeña belleza de la naturaleza se abría ante mis ojos. Se trataba de una depresión del terreno, que obligaba al agua a caer por un desnivel de unos cinco metros, originando una cascada con una armonía y perfección, que

me cautivó. Ahí estaba la respuesta, a lo que me desconcertaba. Me reí de mi simpleza, al no haber sido capaz de intuirlo. Pero no me arrepentía. El esfuerzo valía la pena. Permanecí unos minutos absorto en el espectáculo hasta que caí en la cuenta de que tenía que proseguir mi camino. En el último segundo, antes de volver a cruzar el riachuelo, lancé otra mirada, tratando de retener en mi retina, el regalo que la naturaleza me ofrecía. –Gracias- dije para mis adentros lanzándome al agua.

Regresé al coche, recorriendo los escasos cien metros, que me separaban de él y continué el ascenso hacia el pequeño pueblo. A medida que la carretera iba quedando atrás, sentía una fuerte emoción mezcla de miedo y de ilusión ante lo que me esperaba. La perspectiva de alcanzar lo que llevaba planeando tantos meses, estaba llegando a su fin. Ya no se me podía escapar, y lo que sobre el papel me había parecido tan complicado, resultó ser mucho más fácil.

Y así fue. Repentinamente apareció ante mí, el cartel indicador de "San Sebastián de Garabandal". Entre la maleza de la orilla del camino, medio oculto, pero avisando a todas luces, que había llegado a mi destino. Abollado y desconchado, pero aun así me pareció maravillosa. No pensaba que podría experimentar tal sensación, ante una chapa descolorida y oxidada. Realmente impresionante.

Todavía fue necesario salvar la última curva, para ver las primeras casas del pueblo. A medida que me acercaba, pude constatar, el estado de la piedra y la madera castigada por el paso del tiempo. Eran más bien humildes, sencillas, bajas y no había ostentación por ningún lado. Paredes enlucidas y medianamente pintadas, donde crecían telarañas y alguna que otra hierba mala.

Lo primero era encontrar un sitio suficientemente amplio para poder aparcar el coche. Así que giré por la bocacalle de la derecha y dejé que me fuera guiando. Pasé por varias entradas, a otras callejas, pero no eran lo suficientemente anchas, como para adentrarme por ellas. Reduje la velocidad al mínimo, evitando en lo posible los baches del irregular suelo. Por fin en una especie de plaza, al lado de una singular Iglesia, detuve mi marcha, dejando el vehículo al lado de lo que posiblemente era un carro empleado en el transporte de hierba, a juzgar por los restos que de él pendían abundantemente. Estaban secas y sucias del barro de los campos. También había alguna cuerda empleada seguramente en facilitar el transporte, evitando su caída al suelo.

No se veía a nadie, a excepción de un par de perros que husmeaban al recién

llegado. Paré el coche desconcertado, me bajé, y comencé a caminar, tratando de descubrir algún vestigio que me diera alguna pista sobre las supuestas apariciones marianas. Una finísima lluvia, caía lentamente, pero sin llegar a mojar excesivamente.

-Parece imposible que esto sea un pueblo de apariciones. No hay gente, no hay monumentos, no hay sacerdotes. Qué pueblo más raro- pensé.

La Iglesia aparecía cerrada, lo cual me extrañó. Entré. Estaba rodeada de un pequeño muro de piedra de no más de metro y medio de alto y una puerta metálica, por donde se pasaba a su pequeño pórtico en el que se encontraba la vetusta entrada a la Iglesia, con madera claveteada y una cerradura de gran tamaño. Al salir, volví a cerrar la verja con respeto, tratando de no romper el silencio que existía en el recinto.

Por una calle contigua cruzó una anciana señora, perdiéndose por otra más estrecha y empedrada. Comencé a caminar, dirigiéndome hacia la izquierda, pasando ante una primitiva fuente donde se podía leer algo como “Donación de un Indiano”, o algo parecido. No paré para leerlo. Ya lo haría después. Lo que quería era que no se escapara la anciana señora.

La Iglesia de San Sebastián de Garabandal.

- ¡Perdone! Por fin alguien a quien poder preguntar.

- ¿Este es el pueblo donde se aparece la Virgen? Es la primera vez que vengo y ando un poco confuso.

Era una señora con la piel muy arrugada y curtida por el sol, con unas abarcas de madera o almadreñas, que me llamaron la atención poderosamente.

-Sí señor. Aquí es.

- ¿Y por donde se apareció la Virgen? -.... Pregunté curioso, tratando de iniciar una conversación, sin saber muy bien cómo hacerlo.

- ¡Pues por donde va a ser!... ¡Por todo el pueblo!

- ¿Por todo el pueblo? -. Pregunté perplejo. -Yo pensaba que era en un sitio concreto, o en la Iglesia.

-Bueno, en “los Pinos” en la "Iglesia" y en “la calleja”. ¡Pero también por todo el pueblo!

- ¿Y en donde están “los Pinos” y “la calleja”?

-Pues mire..., allí arriba... y por allí-. Y con el dedo arrugado y huesudo, me señalaba, hacia una parte del monte, donde efectivamente, se podía ver una agrupación de unos ocho pinos. Era curioso. Se trataban de los únicos pinos existentes en la zona.

Nuevamente volvía a presentarse un ambiente idéntico al que me había acompañado durante mis dos últimas horas de viaje. La niebla se había quedado agarrada en las lejanas y rocosas cumbres dando un tono grisáceo, mezcla de pardo con claro-oscuro. En la lejanía los prados, que seguramente bajo los rayos del sol, serían de un intenso verde, aparecían con tonalidades apagadas y difuminadas. Los verdes de los montes más próximos que nos rodeaban por todas partes, a excepción de la vaguada por donde discurría la carretera de acceso, por la que hacía escasos minutos acababa de llegar, eran seguramente más intensos, pero también apagados. Tal vez los arbustos y matorrales, con su color marrón contribuían a crear una atmósfera de soledad y ligera tristeza. Denotaba humildad, lo poco que ha había visto del pueblo. Para ser sincero, me encontraba decepcionado.

Conocía sitios de apariciones marianas con muchedumbres moviéndose de aquí para allá, con iglesias de altas torres, con curas rezando confesando por doquier. Y sin embargo donde yo me encontraba, no había nada. Humildes casas de piedra, con sus tejados viejos de un rojo sucio, reparados a juzgar por la diferente tonalidad y formas de las tejas. Balcones que habían perdido su vitalidad y se encontraban, húmedos, las barandas mates, estropeadas, a veces unos pomos y listones que no eran los originales. En las puertas de las casas, se veían pequeños bancos de madera, formados únicamente por un tronco de árbol cortado por la mitad en sentido longitudinal, y que servía para sentarse, sujeto por un par de patas de mismo material, burdamente talladas, y sin ningún tipo de respaldo, a no ser la propia pared de la casuca. Debajo del mismo se amontonan trozos de madera rotos, para ser quemados en las chapas o en las chimeneas. Algunos montones estaban tapados con plásticos procedentes de sacos de abono químico. Otros, estaban descubiertos apareciendo mojados. También habría palos de labranza, trapos colgados y cajas de diferentes procedencias, cubiertos con chapas de hojalata, aprovechadas como tejavanas. El suelo era irregular. No estaba asfaltado, por lo menos donde yo me encontraba. En su lugar había tierra, compactada y

piedras, con una delgada capa de cemento, que por algún las partes había fallado, dejando al descubierto su zona inferior.

A la buena anciana pareció no extrañarle mucho mis preguntas; con las mismas continuó su camino, volviendo a quedarme solo, acompañado únicamente por la ligerísima lluvia que continuaba cayendo sobre el pueblo.

Nuevamente, me encontré solo como al principio. Por unos instantes permanecí inmóvil, sin saber qué rumbo tomar, entre aquellas desconocidas y estrechas callejas. pensaba que la anciana mujer iba a informarme más detalladamente, como a mí me hubiera gustado, pero estaba claro que no tenía el más mínimo interés en hacerlo. Un cierto desánimo recorrió imperceptiblemente mi cuerpo, pues en mi subconsciente, me había imaginado un lugar abarrotado de gente, hablando en voz alta, moviéndose de aquí para allá, deseosos de compartir sus experiencias, con sacerdotes, monjas, peregrinos, en fin, "que se yo".

La realidad era muy diferente, y pronto iba a poder comprobar, lo lejos que estaban mis pensamientos, de la realidad. De lo ocurrido entre aquellas casas y aquellos vecinos.

2ª Parte. Capítulo I. MI PRIMER VIAJE

En este mi primer encuentro con el pueblo, solitario y húmedo, no era mucha la información que me había facilitado la anciana señora, calzada con aquellos extraños zapatos de madera, y la cabeza cubierta con el pañuelo gris, pero ya tenía una referencia hacia donde comenzar a caminar. Al pasar por las apretadas casuchas que me conducían hacia el comienzo del pequeño y pedregoso sendero que subía a los pinos, me fijé en los pimientos rojos y en las cebollas que colgaban de los balcones de madera. Era una costumbre muy típica, de los pueblos labriegos. Me extrañó, pues Garabandal era según mis informes eminentemente ganadero; por lo visto, sus habitantes, tenían pequeñas huertas para su consumo diario personal, aunque realmente no podían presumir mucho de ellas pues por las montañas, se dan otro tipo de vegetales.

Lo que en un principio me pareció un pequeño torreón, ahora aparecía claramente a mi vista como una construcción más noble. No era un castillo, lo cual hubiera sido altamente inusual en un poblado de las características del que nos ocupa, sino más bien una casa-castillo. Contrastaba su estructura regia y poderosa, con el resto de las casas humildes y viejas. Posteriormente, tendría oportunidad de visitarla detenidamente y darme cuenta que su interior estaba en consonancia con su aspecto externo. En su huerto escaso, existió, el que posteriormente sería legendario manzano, de donde arrancaron los acontecimientos de pueblo del que también y a su debido tiempo hablaremos.

Poco a poco empezaron a presentarse los primeros detalles de las apariciones. Una desgastada lápida de mármol y unas flores artificiales, indicaban la zona exacta donde tuvo lugar la primera e inesperada manifestación del Ángel a las niñas. Se iban desvelando fechas y pequeños acontecimientos ante mí, de forma un tanto sutil. "Calleja", "Manzano", "Ángel", "Niñas" Las imágenes empezaban a presentarse en mi mente, como las piezas de un puzle que, por primera vez, se extiende en el suelo, para empezar a clasificarlas y montarlo. "La Calleja" era estrecha, rocosa y empinada. En su flanco derecho en sentido ascendente, aparecía una valla formada por piedras colocadas unas encima de otras, en forma de tosco muro. En su zona superior la maleza y las zarzas, habían invadido el terreno, colonizándolo de forma brutal y ocultando la visión del prado que se encontraba detrás.

"Las niñas, subían y bajaban de rodillas por la calleja" Alguien me lo comentaría en su momento con, su afán de ilustrarme. Era impresionante, pensar simplemente, que alguien pudiera permanecer en tal postura, en aquel terreno, aunque fuesen unos minutos. Tendría que investigar más a fondo toda la información recibida.

Desde el punto en que me encontraba, se perdía la visión de los Pinos, pero estaba casi seguro que a medida que continuase la ascensión volverían a presentarse, con la majestuosidad típica que les caracterizaban. No en vano, la anciana señora ya me había hablado de forma indirecta de su importancia, al mencionarlos, como uno de los lugares de apariciones y por lo tanto notorio, merecedor de una primera visita.

Cuidando de no caer, o de dar un traspiés, continué ascendiendo con intención de rápidamente coronar la pequeña loma, cuando de nuevo otra lápida de mármol, (está colocada a la derecha, en el sentido ascendente), volvió a detener mi marcha. Me detuve para mirarla con sumo interés. En este caso señalaba el punto donde apareció posteriormente la Virgen María. Fue un 2 de Julio de 1961. Varias velas apagadas, hacían compañía a unos ramilletes de flores, ya lacios, que en varios puntos próximos a la imagen mariana indicaban claramente su antigüedad.

Al igual que la anterior, estaba formada por un mosaico de azulejos, representando a la joven Virgen María con las manos extendidas y mirándonos con gran cariño. Aparecían pequeñas y descoloridas fotografías de niños y matrimonios, adosadas a los laterales de la Imagen, a modo de rogativas o exvotos. Me hubiera gustado detenerme más tiempo, pero mi intención era realizar, una sencilla inspección lo más rápida posible del área de las apariciones, para tener una idea global de la situación, y luego analizar con detenimiento cada una de las distintas zonas. Y puesto que el precario tiempo empezaba a empeorar, tomé la resolución de continuar la ascensión, hacia los Pinos que se divisaban en la parte superior de la colina, lo más aprisa posible, procurando buscar un sendero que fuera cómodo se subir, entre los varios existentes.

A medida que avanzaba, me iba dando cuenta, que, a mano derecha, en el sentido de la ascensión, había otra pequeña planicie, rodeada por un pequeño muro de piedra y flanqueada la entrada, por una puerta metálica, formada por dos hojas con barrotes de hierro. En el interior del recinto, se levantaba un pequeño templete. Me fui aproximando lentamente hasta la verja, tratando de memorizar los detalles que me brindaba el paisaje. Con sumo cuidado, la fui abriendo. Unos chasquidos característicos de goznes oxidados, retumbaron en el silencio que reinaba en aquel lugar, produciéndome un ligero estremecimiento. No sé, si

realmente el estremecimiento que sentí, fue producido por el sonido intempestivo que perturbaba la calma del lugar, o porque me encontré frente a una campana que me resultaba familiar. Se trataba del monumento que había visto meses atrás, en la fotografía del Diario de Cantabria.

Allí estaba, inmóvil, pétrea, acompañada a ambos lados con sendos letreros, los cuales no acertaba a distinguir, desde la posición en que me encontraba. Decidí avanzar para situarme en frente y poder leerlo con más comodidad. Enseguida pude comprobar que se trataba de los mensajes transmitidos por la Virgen a las videntes, según constaba en las lápidas de bronce verdusco, oxidado por el transcurso del tiempo. Eran dos Mensajes. Yo en un principio, pensaba que solo había uno, pero no, había dos. El primero era más corto, con menos texto, pero más profundo, diría yo. El segundo más extenso y más acusador. Lo fui leyendo con dificultad, pues no me resultaba fácil, debido a la igualdad de tonalidad entre sus letras y el fondo. Me enteré del mensaje, o, mejor dicho, de los mensajes; me resultaron de una gran sencillez y claridad. El primero de ellos decía,

Mensaje dado el 18 de octubre de 1961.

Hay que hacer muchos sacrificios, mucha penitencia.

Tenemos que visitar al Santísimo con frecuencia.

Pero antes tenemos que ser muy buenos.

Si no lo hacemos nos vendrá un castigo.

Ya se está llenando la copa, y si no cambiamos,

nos vendrá un castigo muy grande.

Trataba de examinar todo a la vez. La campana, los mensajes, el pequeño templete que se alzaba en el centro del recinto y al final decidí aproximarme a la pequeña capilla, que, a juzgar por la imagen central, estaba erigida en memoria de San Miguel, San Miguel Arcángel. Se veía también una verja protegiendo su interior, facilitando la observación de los detalles y objetos allí depositados. Había estandartes, banderas, reclinatorios, cuadros con motivos religiosas, rosarios, velas, lamparillas, así como un altar con sus candelabros, cirios, atril, misal, vinajeras, sacras, etc. dando todo ello al recinto, un ambiente fantasmagórico.

También observé la presencia, de una piedra sujeta al suelo por cemento, con una lápida explicativa delante. Era un lugar favorecido por el Arcángel y utilizado para dar la comunión a las niñas. No entendía mucho lo que quería decir. Más adelante, pensaba, ya iría encajando todas estas piezas, que cada vez me parecía más complejo.

Decidí abandonar el lugar, posponiendo para un análisis más detallado, el estudio de lo que me rodeaba. Salí, cerrando la puerta metálica, dejando todo en la situación en que se encontraba cuando llegué..., y mirando hacia mi nuevo destino, me puse a caminar.

Me daba cuenta, a medida que continuaba mi ascensión, que existían pequeñas paradas o claros en donde se encontraban una especie de monolitos, representativos de las estaciones de un Vía Crucis. Habían comenzado al principio de la "Calleja" y a medida que avanzaba por el estrecho sendero, una nueva estación se hacía presente. A modo de fantasmas entre la niebla, se me presentaban y por la sucesión de los mismos, intuía que tenía que estar próximo el final. Continué, por lo tanto, mi ascensión, tratando de no resbalar con las piedras que se movían a mi paso, en la dirección de los Pinos, lugar que me habían recomendado visitar. Yo notaba que mi estado de ánimo se iba por momentos alterando, a medida que me acercaba a la zona que podríamos decir, estaba santificada por la Virgen. Este estado de ánimos, era cada vez más eufórico. Por fin y tras dar un pequeño rodeo, me situé en la parte posterior de la zona de los Pinos.

La temperatura empezaba a descender por minutos, aumentando paralelamente la intensidad de la neblina. Notaba como iba penetrando en el cuerpo, produciéndome un ligero escalofrío, a la vez que mi cabello se humedecía y obligándome con frecuencia a limpiarme los cristales de mis gafas correctoras de miopía. Un impulso de curiosidad, me inclinaba a realizar un examen más minucioso del lugar en que me encontraba, pero decidí posponerlo en aras de avanzar en mi reconocimiento de la zona denominada "los pinos". Me atraía poderosamente, la sensación que se podría experimentar, en ese lugar tan especial, y del que tendría buenas ocasiones de ampliar mis conocimientos, sobre su historia y sobre los maravillosos acontecimientos que allí tuvieron lugar.

Sentía una sensación infantil de plenitud, exenta de todo pudor o vergüenza, ante la posibilidad de poder disfrutar de mi libertad e inocencia. Me sentía identificado con la naturaleza, no importándome la humedad que me entumecía los dedos de las manos. Podría decirse, que me estaba hermanando con las piedras del sendero y confundiendo, con la brisa que me empujaba hacia arriba. Resonaban en mis sienes las frases positivas de mis mentores místicos, haciendo que

desapareciera mi cansancio. Después de todo, no estaba resultando tan penosa la ascensión, puesto que, a cada pequeño avance, le sucedía un pequeño descanso, para poder realizar un nuevo descubrimiento. Todo me parecía original e interesante, y si el comienzo había sido tan positivo, era de esperar, que el final sería apoteósico.

Se mezclaban en mi mente ideas confusas de noches de artificio, luminosidades, fragancias aterciopeladas de los campos, sonidos cálidos y rítmicos del oriente. Pero nuevamente el viento y la humedad me traían a la realidad. De dos zancadas, me coloqué en la pequeña planicie, donde ocho vetustos pinos emergían del suelo. Un par de ellos presentaban alrededor de su tronco, un pequeño parapeto circular realizado con piedras, de una forma irregular denotando una cierta precipitación en su construcción.

Súbitamente, toda mi atención se centró en un pequeño personaje que se perfilaba sobre el grisáceo y parduzco fondo de los montes circundantes.

Aparecía de rodillas, con los brazos en cruz, absorto en la hornacina enclavada, en lo que podríamos decir, pino central, conteniendo una Virgen María, con las manos abiertas y mirada complaciente. Se diría que estaba rezando, con gran devoción, tal vez, pidiendo alguna gracia espiritual para algún ser querido. No parecía importarle ni la bruma que humedecía todo el entorno, ni el viento que bajaba de Peña Sagra, con el gélido recuerdo a nieve que cubría su crestería. Tampoco parecía haberse dado cuenta de mi presencia. Yo intuía, que él podría aclararme, el montón de dudas que bullían en mi cabeza. Era la primera persona que parecía ser capaz de explicarme con claridad, en qué consistían las apariciones de la Virgen. Haciendo balance, lo único que conocía era, que se había aparecido en la “Calleja” y en los “Pinos”, primero el Arcángel San Miguel y posteriormente la Virgen. Y por más señas, que había dado dos mensajes, que eran los que había leído a ambos lados de la campana de piedra en el pequeño recinto dedicado a San Miguel.

A pesar de hacerme presente de varias formas, el peregrino siguió absorto en su oración y decidido como estaba a establecer conversación con él, opté por sentarme a una prudencial distancia, convencido que tarde o temprano saldría de su “trance” y entonces sería el momento oportuno para abordarle y satisfacer mi creciente curiosidad.

Los Pinos aparecían viejos y con ramas rotas. El que se encontraba más próximo a mí, tenía clavado un pequeño cartel, en el que se hacía alusión a “que me encontraba en un lugar sagrado”. Los demás parecían normales, a excepción del

principal, el cual como ya he mencionado, contenía en su interior una pequeña imagen de la Virgen con un vestido blanco y un manto azul. En la cabeza tenía una corona de estrellas y de su muñeca derecha pendía un escapulario de color marrón.

Lo que sí me atrajo poderosamente la atención, fue en la base del mismo, la gran cantidad de rosarios y fotos, mezcladas con pequeños ramilletes de flores de plástico, que lo rodeaban en todo su contorno. Así mismo y en el suelo, había las típicas lamparitas de cera, que se suelen colocar a los pies de los santos, en las capillas de todas las iglesias.

Aún permanecía absorto, en la contemplación del parpadeo de las velas encendidas, cuando súbitamente, el peregrino salió de su recogimiento, poniéndose de pie y moviendo de forma espectacular sus articulaciones para desentumecerse. Rápidamente, me incorporé y me dirigí hacia él. No pareció extrañarse de mi reacción. Incluso, yo diría, que la estaba esperando.

- "Buenos días". Perdone que le moleste. Acabo de llegar a este lugar y no conozco lo que aquí ocurrió. ¿Me lo podría explicar Vd.?

El buen señor, con una sonrisa complaciente, me miró y respondió:

"Sorry. I can't understand you".

Dios mío, pensé. ¡Pero si no habla castellano! Y a duras penas, haciendo uso de mis cortísimos conocimientos de inglés, entablamos un dificultoso dialogo, a través del cual pude saber, que vivía en un pueblo del condado de Avon, en el sur de Gran Bretaña, llamado Bath, cerca del puerto marítimo de Bristol.

También me hizo saber, que en su país eran muy conocidas las apariciones de Garabandal y que se solía organizar con bastante frecuencia, peregrinaciones de fieles que se querían acercar a conocer "in situ", el lugar bendecido por la Virgen María.

Poco a poco, se fue estableciendo una corriente afectiva hacia el desconocido, que me impulsaba a seguir con mi rosario de preguntas, como si de un experto se tratara, capaz de colmar mi sed de conocimientos referentes a los acontecimientos allí ocurridos.

Así pues, me hizo saber, que se trataba de cuatro niñas, a las que se les

apareció la Virgen y el arcángel San Miguel. Que se había producido una comunión Visible, a la que llamaban “Milagruco”; que también se dieron conocimientos de pensamiento por mediación de la Virgen. Que besaba rosarios, cadenas, etc. Que se rezaba por las calles, cuando había apariciones. Que caían de rodillas sobre las piedras del camino, sin lastimarse... Y por último y tal vez más interesante, que había en el pueblo una tienda de objetos religiosos, donde podría comprarme algún libro, para informarme.

Le agradecí sinceramente todas las explicaciones que había tenido a bien dispensarme y dándonos un fuerte apretón de manos. Tras despedimos, descendí hacia el pueblo, dispuesto a comprarme algún libro que me aclarara más, los acontecimientos, que estaba empezando a descubrir. Durante este retorno, pude disfrutar más, que, durante la ascensión, de la vista del pueblo, pues en la subida, mi situación me obligaba a tener que darme la vuelta para poder ver lo que había a mis espaldas.

Me percaté de la existencia de un cementerio, de casas antiguas y otras retejadas, (su color rojo intenso las delataba, contrastando fuertemente con el resto), de prados próximos a los hogares de la periferia, del camino por donde había venido, y de varios detalles más, que iban apareciendo ante mi vista. Pero sobre todo me fijé, en la situación que ocupaba la Iglesia. Esa iba a ser la próxima visita a realizar, nada más comprar el libro.

Había que descender con precaución pues la niebla, había humedecido las piedras y era sumamente fácil resbalarse. Esto me obligaba a realizar continuos cambios de mi visual. Ora al suelo, ora al pueblo. A los prados de la derecha y nuevamente al suelo.

Después de dejar atrás la lápida conmemorativa, de la primera aparición del Ángel, mi esfuerzo se centraba en localizar lo antes posible, la tienda de objetos religiosos. La verdad es que no me costó mucho dar con ella. Guiado por mi curiosidad, fui bordeando la casa-castillo por su flanco izquierdo y sin querer, de bruces, me di con una pequeña tienducha desatendida en ese momento y con las puertas abiertas de par en par. Entré en su interior, encontrándome con montones de rosarios, cadenas, medallas, escapularios, imágenes religiosas, estampas. Colgadas por aquí, diapositivas de las niñas en la época de las apariciones. Por allá velas, navetas, incensarios de recuerdo, mantillas, calendarios con estampas de la Virgen, del Sagrado Corazón, de San Antonio de Padua, de San José. Aquello parecía el arca de Noé. De pronto, un ¡Buenos Días! a mis espaldas, dicho con un acento marcadamente extranjero, me obligó a volverme bruscamente. Era el dueño de la tienda, que aparentemente, sin prestarme mucha atención, fue a situarse detrás del

abarrotado mostrador, enfrascándose, en una lenta anotación de objetos, que se encontraban en varias cajas de cartón ondulado, las cuales aparecían desprecintadas y abiertas. Esta aparente indiferencia, me facilitó continuar con la inspección de los objetos que me rodeaban.

Lentamente, me aproximé hacia el expositor donde se encontraban los libros y revistas. Algunos estaban en inglés, lo que me sorprendió un poco. Estaba claro que fuera de nuestro territorio, era muy conocido el fenómeno de las apariciones. Después de haber hojeado unos cuantos, mi predilección se centraba en dos. Uno más bien pequeño y otro grande. "Ande o no ande, caballo grande", pensé para mis adentros y mostrando el segundo al dueño, le pedí que me cobrara y me diera una bolsa de plástico, para llevármelo. Se titulaba "Se fue con prisas a la montaña." Me pareció extraño no ver el nombre del autor, ni en la portada, ni en la contraportada. Tampoco aparecía el nombre de la editorial. Estaba claro, que había sido publicado con pocos recursos económicos.

El precio me pareció barato. 1200 Ptas. a cambio de una publicación de 562 páginas. En su interior, aparecía el nombre de su autor, P. Eusebio García de Pesquera. Con una reseña, "Los hechos de Garabandal (1961-1965.)

Normalmente, en el interior de las portadas de otros libros, solía venir una pequeña alusión al autor, a su obra, etc. Pero en este caso, no había nada. Estaba claro que había que leer el libro para poder emitir un juicio sobre su contenido.

Contento con la compra realizada y antes de marchar, di una última vuelta por la pequeña tienducha, más bien oscura. Al salir por la puerta, encontré la respuesta a una pregunta que me estaba haciendo, desde hacía diez minutos. En la parte inferior del dintel y destacando por su color blanquecino, había una célula fotoeléctrica. Al pasar por delante de ella, se producía su activación, actuando sobre un timbre situado en algún aposento próximo, alertando al dueño, de la entrada de un potencial cliente. Esa era la respuesta a mi pregunta, de cómo se había enterado de mi presencia.

"Por cierto...", se me ocurrió de repente preguntar, volviendo sobre mis pasos.

"¿Qué se puede visitar por aquí?"

"Pues detrás de esta casa, el lugar de la Comunión Visible. Pero el que conoce bien esa historia, es Pepe, el albañil. Vive por la zona de la Iglesia". Nuevamente, su acento delataba su origen extranjero.

"Muchas Gracias. Lo visitaré".

Supongo que pasé veinte veces por el lugar al que me mandó, pero era incapaz de identificarlo. No había ningún tipo de indicación, ni nada por el estilo. Por otra parte, parecía que a los habitantes de Garabandal, les hubiesen exterminado completamente. No se veía a nadie a quien poder preguntar. Ante mi fracaso, decidí dar una vuelta por el pueblo y dirigirme nuevamente a la Iglesia. Estaba claro, que necesitaba realizar una segunda visita al pueblo, para aclarar todas las dudas que tenía. Por otra parte, estaba deseando comenzar la lectura del libro, que, a buen seguro, narraba la historia, de los acontecimientos ocurridos durante aquellos lejanos años sesenta.

¡Pepe! Creo que me ha dicho Pepe. Lo pensé súbitamente. Tengo que memorizar este nombre, para poder obtener más información. ¿Quién será ese misterioso Pepe?

A medida que me perdía por las humildes calles del poblacho, me percaté con más claridad del tipo de vida que podrían llevar sus moradores. Me hacía gracia; algunas callejuelas eran tan estrechas, que, si ponía los brazos en cruz, podía tocar a la vez las casas de mi derecha y de mi izquierda. Y de pavimento, nada. Todo lo contrario. Piedras y los restos típicos de las cuadras. También notaba que la gente no tenía miedo a que le desaparecieran sus pertenencias. En las entradas de los hogares, se podían ver los famosos zuecos cántabros, calzado realizado íntegramente en madera y que utilizaban sin quitarse las zapatillas, para poder transitar por las calles, sin mancharse.

3ª Parte. Capítulo I. MI PRIMER VIAJE

Me detuve delante de una de las viejas cuadras que abundaban en el pueblo. Nuevamente, comencé a experimentar una sensación extraña, mezcla de soledad, bienestar interior, y armonía. Se diría que captaba las vibraciones existentes entre aquellas piedras, como si hubieran quedado retenidas o almacenadas en los elementos de las fachadas, y ahora al pasar enfrente de ellas, percibiera sus efectos. Era la misma impresión que se recibe, al pasar un atardecer, por delante de un muro al que todo el día, le ha calentado los rayos del sol. Todos conocemos los efectos térmicos, tan agradables, que experimentamos, al acercarnos a él.

¿Sería posible, que todavía perdurasen los efectos energéticos, de los paseos de la Madre, acompañando en el rezo a sus hijas e hijos, a través de aquellas calles?

De nuevo, otro estremecimiento, recorrió mi espalda, a la altura de la columna vertebral, pensando que yo, después de casi cuarenta años, podría captar esas celestiales vibraciones.

Intenté prolongar esta vivencia. Cerré los ojos y tomando respiraciones profundas, para adecuar mi mente a la situación que me rodeaba, empecé a imaginar lo que pudo haber ocurrido una noche cualquiera, hace cuatro lustros, en esta misma callejuela, en la que ahora me encontraba.

Un parloteo interior empezó a bullir en mi mente, mezclándose sonidos, carreras, rezos, ruidos de piedras arrastradas por decenas de pies. ¿Me estaré volviendo loco? - Pensé súbitamente. Y esta simple actitud mental de desconfianza, fue suficiente para que de repente, todas las captaciones mentales que estaba recibiendo, desaparecieran. De la misma forma, que la visión de un campo florido desaparece, cuando se cierra la puerta a través de la cual se está mirando.

No podía consentir que la duda me impidiera captar información a través de mis canales subliminales. Así que nuevamente, cerré mis ojos intentando volver a la situación inicial. Pero de la misma forma, que cuando se rompe un hechizo, desaparece la vivencia, así me sucedió a mí.

Notaba un extraño estado de agitación y ansiedad. ¿Sería miedo, a que alguien me viera en medio de la calle con los ojos cerrados? - ¿Era el sentido del ridículo, el

que no me permitía actuar? Estaba claro. No podía concentrarme; tenía muchas cosas en la cabeza, que no me consentían relajarme.

De cualquier modo, decidí continuar mi reconocimiento del pueblo, y posponer nuevamente la experiencia de captar las vivencias ocurridas por sus calles, para otra ocasión más propicia.

Cada vez era más evidente, la necesidad de realizar una visita al pueblo para poder dar respuesta a las múltiples preguntas que iban surgiendo.

Convencido de esta necesidad, inicié nuevamente mi marcha, acertando a pasar por un balcón de tan escasa altura con respecto al suelo, que, si no llego a tener mis reflejos a punto, con toda seguridad, que doy con mi frente en su borde inferior.

"¿Cómo será posible que se construya una cosa tan mal? - ¡Gracias a Dios, no me he roto la cabeza de milagro! - Tendré que ir con más cuidado, no sea que me encuentre nuevamente con alguna desagradable sorpresa."

Las manecillas del reloj, continuaban con su movimiento inexorable, indicándome que debía continuar mi periplo. Sabía por la información que había obtenido desde la zona llamada de los "Pinos", que la Iglesia quedaba en la zona este del pueblo. Decidido a dar con ella, volví sobre mis pasos, no resultándome difícil encontrarla. Además, mi coche lo había dejado aparcado a mi llegada, en la especie de plazoleta que se formaba a la entrada de la misma.

Me llamó la atención su torre coronada por un pequeño pararrayos en forma de cruz y su tejado a cuatro aguas. Se veía que había sido remozado, pues el resto de la construcción aparecía más deteriorada. Estaba constituido por una base cuadrada de unos veinte metros cuadrados de superficie.

Al intentar penetrar dentro del recinto sagrado, constaté con desilusión, que la puerta principal estaba cerrada. Antiguamente, las iglesias, siempre permanecían abiertas durante los horarios diurnos, pero últimamente, y ante la avalancha de robos que se producían en el interior de las mismas, (fundamentalmente, obras de arte sacras), los párrocos habían tomado la decisión de cerrar sus puertas.

Traté de entrar por una puerta lateral, situada a la izquierda de la principal, pero se encontraba igualmente cerrada. No pensaba rendirme tan pronto.

Comencé a realizar una exploración de su periferia, por si podría encontrar alguna alternativa.

El recinto eclesiástico estaba circunvalado por un pequeño sendero empedrado, el cual a modo de anillo rodeaba todo el perímetro basal. Por su parte trasera, estaba coquetamente arreglado con pequeños arbolitos y plantas decorativas. Me di cuenta, que se podía ver desde donde me encontraba, el camino de acceso al cementerio, el cual arrancaba a la derecha del que había utilizado para llegar hasta el pueblo. Así mismo se divisaban pequeños huertos y caminos que probablemente conducían a los invernales, que tendría ocasión de recorrer en futuras visitas.

Pero a medida que terminaba mi rotación acercándome al punto inicial, mi decepción iba en aumento, puesto que no había más puertas de acceso al templo. Me situé nuevamente, enfrente de la principal y en un último intento por abrirla, empujé su castigada madera. Permanecía infranqueable. Al girar mi cabeza, observé una pequeña puerta en la zona dcha. al final de unas cortas escaleras de piedra y en la cual no había reparado en mi primera inspección. Estaba claro que eran las de subida a la torre. Y decidido como estaba a satisfacer mi curiosidad, no lo pensé dos veces. Subí los seis peldaños que me separaban de la puerta y con energía, tiré de ella hacia fuera. También estaba cerrada. Pero un pequeño rescoldo de confianza apareció, al ver el pequeño y oxidado cerrojo, situado en la parte superior derecha. Lo descorrí, y con suma facilidad la puerta se abrió. Al penetrar a través de ella, la oscuridad no me permitía identificar claramente lo que había en su interior. No obstante, se percibía un olor a polvo y tierra húmeda, claro indicio, de que no era un acceso muy utilizado.

Al fondo y a la izda., se perfilaban unas maderas viejas y retorcidas por el paso del tiempo. Daba la sensación de ser restos de algún andamiaje, utilizado en la remodelación de parte del edificio, en tiempos pretéritos. Había también tiestos vacíos, amontonados unos encima de otros y medio cubiertos con lonas que pudieron ser utilizados para taparlos, y ahora aparecían medio caídos.

Rápidamente me percaté, de la situación de las escaleras de acceso al campanario. En contra de lo habitual estaban construidas en sentido dextrógiro, es decir, en el mismo sentido en que se mueven las manecillas del reloj. Se comenzaba a subir por la parte izquierda quedando su eje de simetría en la zona media derecha. Inicié la subida ayudado por la luz que me llegaba desde la parte superior, salvando el primer tramo de las mismas. A medida que continuaba la escalada por los gastados e irregulares peldaños, mi corazón se iba acelerando, no sé si por la sensación de aventura que experimentaba, o por el miedo a ser descubierto.

Esta situación me hacía retroceder en el tiempo, a mis años adolescentes, cuando una de mis curiosidades favoritas, estaba en descubrir la maquinaria que movía los relojes de las torres de las iglesias. Resultaba fascinante, subir por las escaleras, unas veces de piedra, otras (la mayor parte) de madera, hasta la parte más alta de los campanarios, salvando mil obstáculos y siempre con el sempiterno aviso de los párrocos:

"Sube si quieres, pero ten mucho cuidado; la escalera está podrida y pudiera romperse."

Siempre me asombraba, cuando finalmente, llegaba a la parte más elevada de la misma y con suma ilusión abría la puerta del cuarto de maquinaria, donde tan celosamente estaba situada la estructura y los elementos mecánicos del reloj de la torre. Siempre la primera impresión era, el fuerte olor a la grasa utilizada en el buen funcionamiento de los engranes, que impedía su agarrotamiento, y el monótono y cansino ruido de la rueda de escape. Clic- clac... Clic- clac. Me producía la misma sensación, que se puede experimentar, cuando uno se encuentra en otra dimensión. Clic- clac. Los engranes tenían un tamaño descomunal y aparentemente estaban inmóviles. Pero estaba claro que aquello tenía vida...

De pronto, un pequeño traspié me devolvió a la realidad, del sitio donde me encontraba. Había terminado de salvar el último tramo de la escalera; el resto se componía de un descansillo que cubría todo el frente de la torre. Frente a mí se encontraban dos campanas de bronce, con una cuerda que llegaba hasta la parte inferior y desde donde se tiraba de ella para hacerla sonar.

Tanto a derecha como a izquierda, se abrían dos ventanales rematados con sendos arcos de medio punto. Todo ello en piedra de sillería. Desde mi posición y a través de la mencionada abertura, se podía ver los tejados de las casas circundantes, increíblemente apelotonados unos contra otros, como si temieran caerse.

Cuando miré al frente, a través de las principales y gemelas aberturas, donde como ha quedado dicho estaban las campanas, justamente al final de mi visual se dibujaban los ocho pinos, donde momentos antes, había estado hablando con el peregrino inglés.

Era un contraluz perfecto para una fotografía. Es más; creo que esta impresión ya la había tenido alguien antes. Rápidamente, igual que un relámpago ilumina el

valle durante una tormenta de verano, me vino a la mente, una de las postales que había visto en la tienda de los objetos religiosos.

"Efectivamente, pensé para mis adentros." La foto de la postal, está sacada, desde este ángulo. Las campanas en primer término, ligeramente desenfocadas, y al final la pequeña planicie donde se encontraban los famosos pinos.

"Tengo que sacar una foto"; fue instintivo. Desde mi atalaya, veía aparcado mi azul y mojado coche, en la parte izquierda de la rústica plazoleta. Aunque no había cesado de caer la fina lluvia y me daba una pereza terrible abandonar el privilegiado observatorio en que encontraba, decidí que era necesario, volver al coche para aprovechar esta ocasión, que tal vez, no se me volvería a presentar en el futuro.

Utilizando mis cinco sentidos, para no caerme mientras bajaba, abandoné el torreón, dejando la roída puerta de madera de acceso al mismo, abierta de par en par, en aras de ahorrar tiempo. En el capó trasero y en una bolsa de deporte, tenía mi máquina fotográfica, cargada con película de 36 exposiciones para realizar diapositivas.

Al cogerla, con la precipitación con que lo hice, se me cayó en el interior del habitáculo el parasol, que habitualmente coloco en el objetivo de la máquina. Me hizo gracia. "Esta vez no te necesito, pensé para mis adentros" Y cerrando de un golpe seco la portezuela, volví sobre mis pasos.

Nuevamente, me volví a situar en mi posición primitiva. Ajusté el fotómetro y la distancia focal, comenzando a pulsar el botón del disparador. "Serán un recuerdo para toda la vida. Lástima que la luz sea tan escasa; los colores no se van a destacar mucho. Además, la fina lluvia que se interpone, no va a permitir una buena nitidez de imagen. En fin, que le vamos a hacer. Esto es lo que hay y me tendré que conformar"

Cuando ya me quedé a gusto con las diapositivas obtenidas, guardé la cámara en su funda protectora y me la coloqué colgada del hombro, con el fin de tener las manos libres para poder descender con facilidad. Antes de abandonar mi "campamento base" y siguiendo un infantil impulso, cogí una de las múltiples piedras que había en el suelo y a modo de estilete, hice una pequeña muesca, prácticamente imperceptible en la base de la campana que tenía a mi izquierda. "Si algún día volvemos a encontrarnos, esta señal delatará que nos conocemos" Y contento con la hazaña realizada, salí, cerrando el oxidado pasador de la puerta, dirigiéndome al coche.

Antes de montar y tratando de empaparme del ambiente que me rodeaba, volví a repasar visualmente las casas situadas en la plazoleta. Que desconocedor estaba en aquellos momentos, de que precisamente una de ellas iba a ser para mí, como un segundo hogar cuando volviera. Una de ellas, era precisamente... la casa de Pepe.

De repente, caí en la cuenta, que seguía sin aparecer ningún habitante del pueblo, a excepción de la señora mayor, que en un principio encontré, de forma bastante fugaz. Nuevamente volví a justificar tal circunstancia, con el tiempo desapacible que se había echado sobre esta aldea de la montaña cántabra.

Así que, sin pensarlo más, me monté en el coche, pero curiosamente, lo hice en el asiento del copiloto. Me resistía a abandonar el pueblo solitario, que tan agradable impresión me había causado.

Dejé la cámara de fotos en el asiento trasero y extraje de la mochila que a modo de zurrón siempre me acompaña, el libro que acababa de comprar.

Fui pasando sus hojas, como si de una reliquia se tratara, con sumo cuidado, haciendo una primera y rápida lectura de sus hojas iniciales. Aparentemente aparecían, datos, fechas, nombres en gran abundancia. Daba la sensación de que su autor, se había preocupado de obtener el máximo de documentos para realizar su obra. “Tengo que obtener información sobre este misterioso P. Eusebio García de Pesquera” De momento, lo único que sé acerca de su persona, es que se trata de un padre franciscano. “No tengo prisa. Primero hay una serie de temas que considero prioritarios”

No podía esperar más. Nuevamente, una sensación fisiológica, totalmente natural, me obligaba a satisfacerla igual que ocurriera a mi llegada al pueblo. Afortunadamente, enfrente de donde me encontraba, se veía una pequeña construcción, tipo barracón con un par de puertas pintadas en color marrón y una chapa de porcelana clavada a media altura, donde se podía leer: W.C. Apresuradamente salí del coche, sin darme cuente que había dejado las llaves colocadas en el contacto. “Va, no importa, pensé. Total, aquí nunca hay nadie. Además, ¿quién se va a querer llevar mi coche?”. Así que, sin detener mi marcha, llegué hasta la puerta, para abrirla.

“Otra puerta cerrada. Pero mira que tengo desgracia hoy con las puertas” No había forma. Estaba cerrada a cal y canto. “Pues tengo que buscar una solución y rápido” Afortunadamente para mí, no lejos de donde me encontraba, había una

pequeña tascucia. No cabrían más de una veintena de personas en su interior, pero me daba igual.

- ¿El cuarto de baño, por favor?

-Está fuera, según se sale a la izquierda.

-Muchas gracias.

Y con las mismas, me escapé corriendo, dejando a la asustada tabernera en un grado de confusión mayúsculo.

Por fin totalmente aliviado, volví para el coche, decidido a iniciar mi retorno a casa. Habían sucedido demasiadas cosas en un solo día para poderlas analizar rápidamente. Necesitaba reposar y meditar todo lo vivido tranquilamente.

Puse el Adagio de Albinoni en el casete, mientras descendía por la carretera, tratando de disfrutar el momento que estaba viviendo. Me parecían maravillosos, los pinos, los eucaliptos, los laureles que iba dejando tras de mí, así como los riscos, barrancos, laderas, campos húmedos y terrosos. Todo me envolvía, creando a mí alrededor una atmósfera irreal.

Bruscamente, al girar en una de las curvas del camino, volvió a presentarse ante mi vista, lejanos en el horizonte, con las montañas nevadas de Peña Sagra al fondo, la pequeña planicie con los Pinos de las apariciones. Su visión, me obligó a frenar y aparcar el coche a un lado del tortuoso camino por donde circulaba. Me bajé para contemplar por última vez, la imagen que tenía delante de mí.

Nuevamente me vino la idea de Pepe. Que sería eso de la Comunión Visible. Y por qué me dijo el dueño de la tienda de objetos religiosos, que le preguntara a él. “Sabe mejor que nadie, todo lo que aquí ocurrió”

Estaba decidido. Tenía que volver otra vez a Garabandal para resolver todas las dudas que me intrigaban. Tendría que localizar a Pepe y convencerle para que me contara, todo lo que pasó, durante los años 1961-62 y sucesivos. Una nueva duda me asaltó. “Ya querrá contármelo. Seguramente estará cansado de que le hagan preguntas, y lo más fácil es que te diga que no, con muy buenas palabras”

“Esta gente de pueblo, ya sabes como son. Si se les mete una idea en la cabeza, no hay quien se la saque”

La posibilidad de que fuera así, me hizo temblar. “No, seguro que a mí me lo cuenta. No sé cómo, pero a mí me lo va a contar todo; con pelos y señales. Seguro que la Virgen me ayuda”

Mientras salía de mi ensimismamiento me fijé en uno de los pinos que se encontraba próximo a donde yo permanecía estático en ese momento. Una araña se afanaba en construir su tela, la cual aparecía marcadamente resaltada sobre el fondo verdoso oscuro de las aciculares hojas. Gotitas microscópicas de rocío, se habían depositado en sus finos hilos delatando su presencia.

Estaba claro, que algo quería decir lo que estaba viendo. Lo presentía.

1ª Parte. Capítulo II. MI AMIGO PEPE

Árabe, egipcio, tunecino, no podría definir exactamente, cuál era su nacionalidad. De cualquier manera, la forma en que me preguntó por la Basílica de Begoña, me pareció de lo más correcta. No me importó darle todo tipo de detalles, para que pudiera llegar con facilidad hasta los pies de la patrona de Vizcaya. También se interesó por el edificio propiamente dicho y por las riquezas históricas y obras de arte, que se encontraban en su interior.

Le expliqué, utilizando mis cortos conocimientos, como se trataba de un edificio de carácter monumental. Así mismo le hice saber, como sobre una ermita primitiva se construyó en el siglo XVI el actual templo, trazado por Sancho Martínez de Arejo, que también fue el aparejador responsable de la obra de San Antón. El templo-basilical consta de tres naves, sin crucero, cubiertas con bóveda de crucería. Las obras habían comenzado en 1.511, terminándose con el coro de Martín Ibáñez de Zalbidea en el año 1.621. por lo tanto, duraron las obras más de un siglo. A lo largo de este siglo de construcción varió algo el rumbo del estilo gótico, cambiando el diseño inicial de la portada, hacia un magnifico arco de triunfo manierista. El coro también adoptó un estilo más clásico. Durante la primera guerra carlista (en 1835) se construyó la fachada y la torre. Tanto la fachada actual, como la torre son proyectos de José María Basterra y se realizó entre 1.902 y 1.907, siendo la sacristía, ligeramente anterior (1.900-1.903).

Como curiosidad le indiqué, que el reloj carillón consta de 24 campanas (la mayor pesa una tonelada) y fueron construidas en Suiza. La antigüedad de este carillón data de 1922, pudiendo en la actualidad efectuar siete melodías.

Gratamente complacido con los datos que le aporté, insistió en que continuara con los elementos que componían el interior de la basílica. Estaba en un pequeño aprieto, pues debía llegar puntual a la cita que tenía, así que traté de ser lo más escueto que pude.

En primer lugar, le dije tenemos la talla de la Virgen de Begoña de 1,17 m de altura de madera policromada y sedente, con el Niño en su regazo. Correspondía a las Andra Mari de tipo gótico de comienzos del siglo XIV. El retablo mayor, es un gran mueble estructurado en alto banco, con cuerpo y remate, de tres calles. En el centro camarín con imagen de la titular; a los lados, imágenes del Sagrado Corazón

de Jesús y de San José, de diferentes tamaños, porque fueron reaprovechadas. La mazonería está realizada en madera dorada, con columnas, se trata de una obra barroca, de Modesto Echaniz, 1.869. Anteriormente hubo otros diferentes. El altar mayor, es de piedra en templete de planta cuadrada de dos alturas; en el bajo lleva puerta de medio punto de forja. Es obra de tipo hispano flamenco de comienzos del siglo XV. Procede de la parroquia de Nabarniz.

Situándose a la derecha del altar mayor, puede ver (continué con mi explicación), la pila bautismal de mármol jaspeado de Ereño. Su copa es semiesférica, gallonada y el pie bulboso, de fines del siglo XVIII. Junto a la pila y en una posición elevada, existe una talla moderna de San Juan Bautista, apuntando con su dedo hacia el cielo.

También son dignos de ver, los cuadros situados en los muros del templo, entre los cuales destacan: la Natividad de María, el Sueño de José, la Adoración de los pastores, la Epifanía (justo encima de la puerta lateral izda.), la Huida a Egipto (en la zona de la pila bautismal), así como "La Bajada en Procesión" con ocasión del cólera morbo, del año 1.855, lienzo al óleo de gran tamaño de Ramón de Elorriaga, muy interesante por la iconografía de los personajes y del propio santuario (está fechado en 1.860). es importante también, el lienzo al óleo de gran tamaño, La "Coronación de la Virgen de Begoña el 8 de septiembre de 1.900, de José de Echenagusía, acabado el año 1.902.

Resultaba insaciable la curiosidad del personaje que tenía enfrente. Con su cara morena, nariz aguileña y ojos escudriñadores que no perdían ningún movimiento de mis labios. Parecía que, en lugar de calmar su sed de conocimientos, mis explicaciones avivaban el fuego de su curiosidad. Tal era el comportamiento que manifestaba ante mis breves y entrecortadas explicaciones.

Al final se sinceró conmigo. "Mi abuelo vivió doce años en Bilbao y me hablaba de esta basílica" Esta última confidencia, me decidió para darle un pequeño folleto explicativo que llevaba en el bolsillo y por el cual sabía todo lo que acababa de narrarle. Casualmente, el día anterior lo había encontrado en la tienda de objetos religiosos que hay a la entrada de la Basílica, la cual había tenido que visitar en cumplimiento de un encargo que me habían realizado ciertas amistades relacionadas con la familia.

Tras hojearlo rápidamente, me dio un efusivo apretón de manos, marchando "más contento que unas pascuas"

-Parece mentira, que alguien se pueda contentar con tan poco" Pensé para mis adentros.

-La verdad, es que ha sido casualidad, que precisamente ayer, tuviera la oportunidad de coger el panfleto informativo. Además, normalmente suelo dejar en casa la información que de una forma u otra obtengo, tanto en exposiciones, como en museos, ferias, etc. ¿Por qué se me habrá quedado esta vez en el bolsillo sin darme cuenta? Realmente es curioso.

Y mientras estaba con estos pensamientos, mentalmente volví a sentir la sensación que experimenté en la Basílica el sábado anterior, mientras asistía a la misa matinal. Enfrente de donde me solía colocar para asistir al oficio religioso, se encuentra la pila bautismal y el cuadro mencionado de la Huida a Egipto. Pues bien; encima se puede ver una vidriera plombada que hace alusión al Apóstol San Pablo. Esta vidriera se compone de unos doce segmentos horizontales situados desde la cúspide a la base. Por casualidad pude observar, que los días que da el sol, la pared exterior del templo proyecta su sombra sobre la citada vidriera, con la particularidad que durante el mes de Mayo (que era precisamente en el que me encontraba), cada día que pasaba, la sombra aparecía justamente en el segmento inferior al del día precedente, tomando como referencia la misma hora. Parecía que el arquitecto que la diseñó, hubiera tenido en cuenta este curioso fenómeno de la naturaleza, aprovechándose de él.

Pero había más; la luz que entraba por la citada ventana iba recorriendo los bancos, de la nave lateral en la que me encontraba, comenzando desde el último y terminando en el primero, siguiendo una trayectoria paralela a la nave principal de la basílica. Estaba claro que había una dirección preferente en el trazado. Y si tenemos en cuenta que la misa era a primera hora y el sol sale por el Este, la dirección de la nave principal estaba orientada hacia el Este precisamente.

Nuevamente volví a pensar. "Es curioso; la iglesia está orientada, mirando hacia donde viene la luz. Hacia el Este, hacia oriente. Y para los cristianos, la luz espiritual viene de oriente, en donde nació Jesucristo, de Belén. Luego la iglesia está apuntando hacia Belén. Un cosquilleo me recorrió el cuerpo, al llegar a tal conclusión.

-Pues es verdad; por alguna razón que desconozco, alguien pensó que la iglesia tenía que estar orientada hacia el lugar de donde procede la luz espiritual y material. Qué casualidad, volví a pensar otra vez; justo hacia Belén.

Tantas casualidades, empezaban a “mosquearme” un poco. Y digo que empezaban a mosquearme un poco, porque no eran las únicas que habían sucedido. A decir verdad, no habían cesado de ocurrir desde el día que volví de Garabandal.

La cosa empezó ya la misma noche en que llegué a casa. Si mal no recuerdo, eran las once cuando finalmente aparqué mi coche en el lateral del portal, y después de recoger bolsas y enseres, subí con intención de meterme a la cama, pues me encontraba cansado después de tres horas de circular por las carreteras de Cantabria y Vizcaya. No cené y tras una ducha tibia y reconfortante, la cama me pareció un lugar maravilloso.

Notaba una gran placidez; como si la habitación estuviera inundada por una energía especial. Yo diría que un psíquico no hubiera dudado en afirmar que el recinto estaba recorrido por unas vibraciones positivas muy intensas. Seguramente en otras circunstancias hubiera pensado que era una tontería, el dejarme llevar por estas percepciones. Pero esa noche yo notaba que era distinto. La razón me la iba a dar Eski, nuestra perra de raza Husky Siberiano, que apareció en la habitación dando la sensación de estar poseída de un gran nerviosismo. Aullaba y trataba de permanecer con nosotros, cosa totalmente inusual pues siempre dormía en la cocina.

Anteriormente, ya me había llamado la atención, su comportamiento extraño, al tener que bajarla dos veces seguidas al jardín, para que se tranquilizara, ante su comportamiento anómalo de arañar la puerta, con la intención de que la sacáramos.

-Si es cierto, pensé, que los perros tienen percepción extrasensorial, está claro que está captando algo-. No hubo forma de que volviera a la cocina y ante su actitud obstinada de permanecer con nosotros opté por dormirme y permitirle, que, por una noche, compartiera habitación con nosotros.

Por aquellas fechas, Charo llevaba tiempo sin poder dormir correctamente. Le costaba conciliar el sueño, y una vez que lo había logrado, fácilmente se despertaba, levantándose por la mañana con la sensación de no haber descansado. El día siguiente resultó ser fiesta, por tal motivo no había necesidad de madrugar para ir al trabajo. Los primeros rayos de sol habían empezado a entrar por las rendijas de la persiana, medio cerrada, dando una claridad suficiente a la habitación para poder detectar todo lo que había en su interior. Mi mente enseguida revivió las escenas de la noche anterior y en vano traté de localizar a

nuestra perra, en la estancia. Seguramente, durante la noche, decidió marcharse y se encontraría en la cocina. En principio no le di más importancia a este acontecimiento. Con un movimiento inconsciente volví la cabeza hacia mi mujer notando con extrañeza que permanecía dormida con cara de placidez.

- ¡Qué raro que todavía esté dormida! Otro día cualquiera, seguro que estaría despierta a esta hora. Por cierto ¿Qué hora será?

Al mirar al reloj de muñeca que se encontraba en la mesilla, me llevé una nueva sorpresa. El movimiento de la aguja del segundero era totalmente extraño. Parecía que quisiera recorrer la esfera a saltos, en lugar de hacerlo a pasos rítmicos como era habitual. No obstante, la hora parecía concordar con la luminosidad que penetraba por la persiana.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y fui a la cocina. Efectivamente, Eski nuestra perra estaba allí como intuía y la hora que marcaba el reloj de pared, era la misma que la de mi reloj, que acababa de dejar encima de la mesilla. Aparentemente todo continuaba normal. Solamente, que la noche anterior, la sensación que capté no era habitual en casa. No podía definirla ni como mala ni como buena; simplemente distinta.

Mientras terminaba de preparar el desayuno y todavía con estos pensamientos en la cabeza, apareció Charo con su habitual sonrisa, por la puerta de la cocina, comentando lo bien que había dormido. También ella me comentó lo extraño del comportamiento de Eski durante la noche y la sensación fuera de lo normal que sintió. Al relatarle el fenómeno observado en mi reloj, no pareció extrañarse mucho; más bien le parecía que todo podría tener una razón de ser.

La verdad es que cada uno por separado, tendría una explicación lógica, pero cuando todos empezaban a ocurrir simultáneamente, la explicación se complicaba. “Tal vez la explicación es más sencilla de lo que tú piensas” me dijo Charo, adivinando mis pensamientos.

¿Sería posible, que esto que estaba sucediendo tendría una causa? Tal vez eran unas señales que trataban de comunicarme algo. En cierta medida tal vez estaban trazando una línea por donde podía empezar a buscar una pequeña luz. Pero ¿qué tenía que encontrar, si empezaba por no saber lo que debía buscar?

La contestación a este interrogante empezaría a encontrarla unas semanas más tarde... Sin darme cuenta, los días pasaban veloces.

Se aproximaba el 18 de junio de aquel año, fecha muy señalada en todos los ámbitos relacionados con Garabandal. Fue precisamente por esta fecha del año 61, cuando se apareció por primera vez el Arcángel San Miguel a las cuatro asustadas niñas, al comienzo de la que llegaría a ser la famosa calleja. Para mí iba a ser el primer año que podría celebrar tal acontecimiento y pensaba hacerlo asistiendo a Misa en la Basílica de Begoña debido a su proximidad geográfica. Me sentía de buen humor y con la clara intuición de que se trataría de un día especial.

No estaba lejos de la realidad, en cuanto a que se trataría de un día distinto, a los habituales, pero en este caso, el motivo iba a ser muy distinto a lo que me figuraba. Los acontecimientos que me habían estado sucediendo hasta entonces, los había dejado encasillados, simplemente en puras casualidades, pero lo que estaba por llegar, iba a cambiar mi opinión sobre ella, haciendo modificar el término de “casualidad” por “causalidad”.

Creo recordar, que todo empezó la víspera con una inesperada llamada telefónica, sobre las nueve y media de la noche. Una voz que me resultó familiar, desde la otra línea del teléfono me dio la fatal noticia.

-Félix, hemos tenido una desgracia muy grande. Angelita ha muerto. El funeral será mañana, en la Iglesia de Santa María de Getxo.

Aquello me dejó desarmado. No supe que responder. Ni siquiera unas palabras de consuelo, salieron de mi boca, para dar el pésame a la voz rota que me ponía en antecedentes de lo ocurrido. ¿Cómo podía haber sucedido eso? No encajaba de ninguna manera en mis esquemas mentales. “Angelita a muerto”, volvió a resonar como un mazazo en mi cabeza, dejándome con una desazón inusual.

Un par de veces había hablado con ella, a raíz de asistir tanto su madre como familiares allegados, a las conferencias que solía impartir formando tándem con Javi, los fines de semana, en uno de los colegios existentes en la periferia de Bilbao. Era una chica joven, agradable, bien parecida, que a menudo solía estar gastando bromas, acerca de una incapacidad de su madre. Aunque como he dicho, no tenía un trato muy directo con ella, su persona había llegado a ser importante para mí. Y ahora, no podía creer lo que acababa de oír.

Acudí al funeral, que se celebró por la tarde en el pueblecito próximo a su lugar habitual de residencia con tiempo suficiente para poder aparcar cómodamente el coche. Todavía no habían empezado a llegar ni familiares ni

conocidos de la finada, lo cual me dio pie a poder realizar una primera toma de contacto con el entorno en que me encontraba.

La iglesia no era excesivamente grande y se encontraba próxima a una zona verde con árboles, lo que le daba un cierto aire de distinción. Era una ubicación más bien tranquila, a pesar del griterío que, aunque lejano, se podía oír, proveniente del polideportivo vecino. No tenía tampoco nada especial que podría llamar la atención. Y ante la tesitura de tener que esperar de pie y tal vez no encontrar un sitio cómodo en el interior, decidí adelantar mi entrada al templo. Lo hice a través de una de sus puertas laterales. El interior me pareció extremadamente oscuro. Solamente unos cuantos fieles se encontraban en su interior. Justo a la derecha, y en una pequeña mesa habían depositado algunos panfletos informativos y unas pequeñas estampas conteniendo lo que me pareció una plegaria. Decidí coger una de las últimas mencionadas con la intención de leerla posteriormente, puesto que me resultaba totalmente imposible hacerlo en ese momento debido a la escasez de luz existente. En ese momento no podía adivinar lo importante que iba a ser para mí. Hasta tal punto, que hoy en día la conservo como una más de las reliquias relacionadas con el tema que nos ocupa.

Opté por situarme en la zona izquierda de la nave, tal vez pensando en que, debido a la lejanía de la puerta de acceso al templo, tendría la oportunidad de estar más aislado. Sentí un gran recogimiento entre los muros de piedra de sillería que formaban las paredes. Olía a cera, pero no de velas, sino a la empleada para lustrar los suelos de madera, evocándome recuerdos de mi infancia cuando visitaba las antiguas mansiones de los Garay. A continuación, mi mente se trasladó a los momentos vividos durante mi visita al pueblo de las apariciones, a los recorridos que efectué por él, a la Virgen, al arcángel San Miguel. Habían dejado una huella profunda a pesar del poco tiempo que permanecí allí.

Dejándome arrastrar por los recuerdos, fueron pasando los minutos que me separaban del oficio religioso. Súbitamente se abrió la puerta, sacándome de mis pensamientos. La gente empezó a penetrar a borbotones a través de la puerta que anteriormente había utilizado. En un abrir y cerrar de ojos el templo se llenó de gente, obligándome a replegarme en mi sitio.

La misa fue transcurriendo sin incidentes reseñables, hasta el momento de la comunión. En ese preciso instante y cuando estaba de pie, dispuesto a encaminarme al pasillo central para llegar al altar, una mujer justo enfrente, en el banco anterior, se dio la media vuelta y clavando sus ojos en los míos, con una leve sonrisa, me entregó una estampa en la que aparecía una imagen. Sin mirarla intuí que se trataba del Arcángel San Miguel.

Sentí de repente, como si los minutos dejaran de pasar, como si el tiempo se hubiera congelado en un instante, quedando el mundo suspendido de un inexistente hilo infinito. Las notas del "Dominus Deus", que el organista desgranaba por la Iglesia, resonaban en mi cabeza lejanas, extrañas; parecían proceder de otra dimensión a la que no podía acceder.

Mi mano temblorosa continuaba sosteniendo la estampa que acababa de recibir, cumpliéndose en cierta forma la petición inconsciente que había realizado de tener alguna prueba del más allá. Sabía que era la imagen de San Miguel. Estaba convencido; no podía ser de otra forma. "No me podían fallar" Lo pensé para mis adentros, siendo consciente de la trascendencia de lo que estaba viviendo. Mi yo racional, mi adulto me decía que no, que esas cosas no suceden y menos a mí. "Te has encaprichado con una ilusión, igual que un niño y estas deseoso de que se cumpla. Pero no va a suceder. Lo más sensato que puedes hacer, es marcharte y olvidar todas estas historias" Las dudas me asaltaban constantemente.

Hice la única cosa que se podía hacer. Miré la estampa, y pude ratificar que pertenecía a S. Miguel Arcángel. En la parte posterior y a modo de cabecera, aparecía su nombre, seguido de una especie de invocación, que en ese momento no pude leer.

Sobreponiéndome a la situación que estaba viviendo, decidí volver a la realidad de lo que me rodeaba. Los últimos fieles se acercaban al altar para recibir la comunión. Apresuradamente salí de mi banco y a tiempo llegué para recibir yo también el bendito pan bajado del cielo, agradeciendo mentalmente lo que me estaba sucediendo.

Al volver a mi sitio, en vano intenté descubrir la cara de la mujer situada delante de mí. Escondía su rostro entre unas enjoyadas manos, que me dieron la sensación de pertenecer a una acomodada persona.

-No importa; cuando termine la Misa, salgo detrás de ella y le pregunto, el por qué, del millón de incógnitas que me parlotean en la cabeza. ¿Será posible que conozca Garabandal? Igual también conoce a las niñas. Tendría que contarme lo que vio en sus visitas. Porque seguro que ha tenido que estar en el pueblo de las apariciones. ¿Cómo consiguió enterarse de aquellos acontecimientos?

La acción de gracias, no podría decir que fue un ejemplo a seguir, pues en lugar de retirarme a mi interior y vivir el momento intensamente, más bien era un bullir de imágenes en mi cabeza haciendo mil y una conjeturas ante lo que había

sucedido. Estaba ansioso por que terminara la misa y poder abordar antes de que se perdiera entre la multitud, a la enigmática mujer.

Cuando al final lo conseguí y me encontré cara a cara con ella, su reacción fue normal, como si nos conociéramos hace tiempo. Efectivamente, había estado en Garabandal en tiempos de las apariciones, había conocido a las niñas y estaba dispuesta a contarme todo lo que sabía del tema. Según ella no había ningún motivo especial, para justificar su acción. Simplemente, sintió la necesidad de hacerlo y lo hizo.

No quiero cansarte más querido lector o lectora, que lees estas sencillas líneas, con la narración de los acontecimientos que tuvieron lugar durante aquellos momentos. Pienso que ha quedado sobradamente demostrado la realidad de la causalidad y no de la casualidad de lo que me sucedió esa tarde tan dichosa. Por lo menos yo así lo veo y así lo viví en aquella época tan sensibilizado por lo que me estaba aconteciendo con relación a las apariciones. Por lo tanto, dejemos reposar en el sueño del tiempo esas vivencias y continuemos con lo que me depararon los acontecimientos, que tuvieron lugar a partir de ese momento.

Cuando por la noche llegué totalmente confuso a casa por lo sucedido, no sabía, que una nueva sorpresa me aguardaba. A decir verdad y por lo que había aprendido de la lectura del libro que compré en la tienda de los objetos religiosos, durante mi primer viaje a Garabandal, la forma de actuar del cielo coincidía con lo que estaba ocurriendo. La petición mental, por mi parte, de una prueba para justificar la autenticidad de lo que sucedía, y la concesión de lo solicitado, con abundancia de gracias por parte de la Madre de todos, como así gustaba ser llamada.

Y digo que tuve una nueva prueba, pues al sentarme en la butaca para saborear los recuerdos vividos, traté de agradecer lo recibido invocando el “Magníficat” que pronunció la Virgen como acción de gracias en aquel momento tan conocido por todos de su anunciación.

Recordaba, que, durante mi paso por el colegio de los Padres Escolapios, cursando el bachillerato, lo había rezado infinitas veces, e incluso recuerdo haberlo escrito en algún sitio, pero era incapaz ahora, treinta años después, de recordarlo. Lo busqué entre mis apuntes de estudiante, con la ilusión de encontrarlo; todo fue inútil. Al final ya cansado, lo di por perdido. No podía recitar la bendita jaculatoria. Y he aquí que cuando desilusionado, revisaba las estampas que había traído del funeral, “casualmente” la que había retirado de la mesa colocada a la derecha de la puerta de entrada a la Iglesia de Santa María de Getxo, por la parte de atrás, de lo

que aparentemente era un calendario de bolsillo, encuentro, que viene una foto de la patrona de la Iglesia con la oración del Magníficat.

Aquello me desarmó por completo. Todo tenía una clara relación con mi visita al pequeño pueblo de la montaña; todo apuntaba en una dirección unívoca. Hasta Angelita estaba relacionada con la Virgen, pues creo recordar, que no lo he mencionado anteriormente. Angelita era la ... la nieta de la vidente de Unbe. Salvando las distancias físicas, temporales y personales, era como si dijéramos la nieta de Conchita.

Todo esto me impelía hacia delante, empujado por una misteriosa fuerza. Hacía adelante sí, pero ¿hacia dónde?

2ª Parte. Capítulo II. MI AMIGO PEPE

Me han pedido que escriba y escribo. Sentado en el interior de mi coche, al cual recurro cada vez que quiero huir del exterior, y así poder refugiarme en mis pensamientos. A veces siento que estoy viviendo un invierno del que no florecerá la primavera. Los acontecimientos diarios, el ritmo de vida, la globalización empresarial, los poderes ocultos del mal. Todo contribuye a crear una atmósfera de estrés y desconfianza que empobrece nuestras relaciones y nuestra calidad de vida, haciendo necesario que por un momento frenemos nuestro hacer cotidiano para poder reflexionar hacia donde caminamos. Y el encuentro personal, es un buen ejercicio para responder a estas y otras cuestiones vitales que se nos plantean a lo largo de nuestra existencia.

Y a mi querido coche, volví a recurrir para buscar el recogimiento que necesitaba para comenzar la lectura del libro que semanas antes había adquirido en la ya tantas veces mencionada, tienda de los objetos religiosos del pequeño pueblecito de las montañas de Cantabria.

Necesitaba sentirme solo y en armonía con la naturaleza para poder experimentar las vivencias que se encontraban recogidas en el interior del libro que ahora mantenía entre mis manos. Recuerdo como aquel día, decidí cambiar mi habitual comida de la una y media, en uno de los restaurantes a los que solía acudir a diario, por un bocadillo y un par de piezas de fruta. Había preparado la bolsa con sumo cuidado para no tener que necesitar nada, pues mi intención era trasladarme a una de las zonas boscosas que rodean mi lugar de trabajo.

Era un día más bien brumoso y húmedo, por lo que se agradecía el calor procedente de la calefacción del coche. Decidí aparcarlo en una zona alta desde la cual la perspectiva que divisaba, me daba una relativa tranquilidad ante cualquier visitante que quisiera acercarse hasta donde me encontraba. Al mismo tiempo me facilitaba la suficiente tranquilidad para abstraerme de todo lo que me rodeaba sin tener que permanecer en continua guardia.

Paré el motor del coche y me situé cómodamente en el asiento posterior, bajando el apoyabrazos que se encontraba replegado en el respaldo del mismo. Y mientras procedía a dar buena cuenta del espléndido bocadillo de tortilla de patata que me había preparado la noche anterior, empecé la lectura del libro que me

transportaría a los acontecimientos que tuvieron lugar hacía aproximadamente cuarenta años. A pesar de la distancia en espacio y en tiempo, captaba perfectamente el ambiente y las vivencias de los y las protagonistas.

El libro comenzaba en el preciso momento en que tuvo lugar la primera de las experiencias excepcionales vividas por las cuatro protagonistas de la historia. Realmente estaba escrito con gran meticulosidad, aportando una serie de notas a pie de página que hacían de él tanto un libro novelesco como histórico. Todo comenzó un 18 de junio de 1961 con la súbita aparición del Arcángel San Miguel a cuatro asustadas niñas de un remoto pueblo cántabro perdido en las montañas de los Picos de Europa. Primero serían los juegos en la "calleja" y en el solar del maestro donde se encontraba el manzano, origen de la historia. Continuaría con la aparición del Arcángel, para terminar con la bajada al pueblo y las confidencias a la maestra, en los aledaños del templo, templo que había estudiado, en la primera y única visita que realicé al pueblo. Posteriormente vendrían los comentarios que realizarían las niñas en casa de sus padres con la consiguiente extrañeza y el clásico escepticismo. También aparecía la reacción de los vecinos y lugareños al enterarse de lo acontecido.

El bocadillo tocaba a su fin, por lo que hube de interrumpir momentáneamente la lectura, para poder echar un trago de agua y hacerme con una de las piezas de fruta que había depositado en el fondo de la bolsa. Aproveché la circunstancia para mirar hacia el exterior. Todo continuaba en calma. Caí en la cuenta de que me llegaban lejanos, los sonidos de las esquilas de algún rebaño que no veía. Había empezado a caer una fina lluvia, la cual me volvió a transportar mentalmente, a la situación vivida durante mi visita al pueblo.

Decidí reanudar la lectura: pronto llegué al lugar donde se describía la experiencia primera manifestada por Pepe, mientras reparaba el tejado de la madre de Conchita. Nuevamente, un aluvión de información, datos nombres, lugares, rincones típicos, volvían a ilustrar los datos mencionados por el autor. Me daba cuenta que podía identificarme con sus descripciones, por haberlas conocido previamente. No obstante, había detalles que se me escapaban, deseando intensamente poder verificar su autenticidad. Me decía a mí mismo; "cuando esté con Pepe, le tengo que decir que me cuente esto, y esto y lo de más allá."

Lentamente iba pasando las hojas, saboreando al unísono tanto la manzana como los renglones apretadamente impresos en el papel reciclado. No quería perder ningún matiz de la narración. Todo tenía su importancia y su relación. A modo de notario que levanta acta de los acontecimientos, el autor descubría los sucesos acaecidos día a día, hora a hora, tanto en la Iglesia, como en el cementerio

o en los pinos. En casa de Aniceta, o de Primitiva. Con el padre de Mari cruz o con la madre de Mari Loli. Las hermanas, los familiares, los sacerdotes, los médicos, los maestros, los seminaristas, el cabo de la guardia civil, el farmacéutico. La señora de Madrid. El cura de Valladolid. El médico de Barcelona. El abogado de Palencia. El industrial de Santander que acudió con su magnetófono para grabar los éxtasis, o el pastor de Pesués que trataba de comprobar la autenticidad de los acontecimientos. Todos los personajes imaginables, todas las experiencias personales, todos los favores recibidos, iban desfilando a través del escenario sencillo y humilde que formaban los sucesos de Garabandal.

Se acercaba la hora de volver al trabajo. Las pequeñas molestias que experimentaba, por los minutos que había permanecido inmóvil mi organismo, me alertaban sobre la necesidad de mover mis extremidades para facilitar la circulación sanguínea. Me hice mentalmente el firme propósito de continuar al día siguiente, con la lectura que hoy tenía que dar por concluida. Me costaba tomar esa determinación, pero la ilusión de volver al día siguiente, lo hacía más llevadero. Así que sin pensarlo dos veces cerré el libro. “Lo que cuesta es lo que vale” pensé para mis adentros. Lo guardé cuidadosamente en la bolsa, protegiéndolo con un plástico, y pasando a la parte delantera, arranqué el coche, moviéndolo lentamente, sintiendo con nostalgia, que algo del pueblo quedaba retenido en el lugar que empezaba a abandonar.

Un par de semanas después, ya por la tarde y después de terminar mi jornada laboral, tenía una reunión planificada desde hacía cuatro días con el grupo de conferencias. Los primeros en acudir fueron Juan Carlos y María Amada como era habitual. Posteriormente llegaría Javi con su mujer Blanqui, así como Leandro y Blanqui, a la que cariñosamente llamábamos “la madre” pues siempre estaba protegiendo al grupo. La última en llegar fue Blanca, sin contar Mikel (el marido de Nerea), que como esa tarde tenía ensayo de canto, lo hizo media hora después.

Durante el transcurso de la reunión, no pude evitar el hablar de lo que hacía semanas ocupaba todo mi tiempo libre. Los relatos de los acontecimientos que iba descubriendo a través de la lectura del libro, que me tenía tan intrigado. A duras penas podía mantener la continuidad del relato, pues con sus preguntas pasaban de un acontecimiento a otro, distante tanto en el tiempo como en el espacio. Tal vez lo que más les llamó la atención, fueron las “pruebas” realizadas por la gente del pueblo para poder dictaminar la veracidad de los acontecimientos. Y por supuesto, donde más énfasis puse yo a la hora de narrarlos fue, en los sucesos acaecidos en la persona de Pepe. No sé por qué, pero me parecían más fiables. Tal vez por el carácter inconformista y luchador del protagonista.

Otro de los relatos que les llamó poderosamente la atención, fue el relacionado con lo sucedido durante ciertos días, en los cuales la Virgen "jugó a los tíos" como así denominan en Cantabria, el popular juego del "esconderite" Esto también debió de sorprender a la jerarquía eclesiástica y tal vez influyó en la decisión de considerar las apariciones, como no sobrenaturales. De cualquier forma, era sorprendente, encontrarse con una Virgen que juega al esconderite con unas pobres aldeanucas. Me imagino lo bien que se lo pasarían; seguro que fue una experiencia que guardarían para el resto de sus días. Posteriormente, pude saber por conversaciones con sicólogos y pedagogos, que uno de los mecanismos que utiliza el ser humano para su aprendizaje y formación, es el juego. Por lo tanto, no es de extrañar que la Madre por excelencia, utilizara esta técnica con sus pequeñas hijas, para irlas adoctrinando, en lo que poco a poco se iría poniendo de manifiesto a lo largo de las apariciones. Que la Virgen venía a decirnos entre otras cosas, que era nuestra Madre y como tal quería enseñarnos como teníamos que comportarnos y como teníamos que vivir.

Concluida mi presentación de lo anteriormente mencionado y tras las despedidas de rigor, levantamos la sesión quedando volver a celebrar una nueva, para continuar profundizando en el desarrollo de los acontecimientos que tan favorablemente les había sorprendido. No era cuestión de agotar en la primera sesión el caudal espléndido de vivencias tan poco habituales en nuestra sociedad. Lo que no quedó fijado, fue el lugar para su celebración. En mi casa sería un buen sitio, pues además de tener información más a mano, todos nos encontraríamos más cómodos, pudiendo utilizar el proyector de diapositivas para ilustrar la charla. En esos momentos no me daba cuenta, de que estaba fraguando el germen, de lo que posteriormente serían las reuniones que se celebrarían en casa con otro tipo de grupo de personas, a las que les transmitiría estas experiencias.

Decididamente tenía que buscar la manera de explicar detalladamente los acontecimientos que tuvieron lugar en el bendito pueblo. Tal vez, la forma mejor sería en mi casa. Tenía que preparar adecuadamente la documentación. Las diapositivas serian de gran ayuda. Las cintas magnetofónicas que pensaba grabar también serían una gran ayuda.

Todos estos planes se fueron desarrollando mentalmente, sin darme cuente que me encontraba subido en el coche y conduciendo de noche, dirección a casa. De tal forma me había abstraído de la realidad, que me asusté. Puse mi atención en la carretera posponiendo mis preparativos mentales para momentos más propicios. Poco a poco, me fui perdiendo entre el mar de coches que, tanto por delante como por detrás, me iban acompañando de forma totalmente anónima.

El día siguiente lo dediqué a la preparación del inminente segundo viaje a Garabandal. Tenía que prepararlo cuidadosamente para que no me fallara nada. La cámara de fotos, la lista de los libros que quería comprar, el magnetófono y las cintas. Las de sesenta minutos, me resultaban más cómodas, pues podía cronometrar el tiempo con más facilidad. Además, son más resistentes que las de noventa. El asalto al pueblo, como lo dirían los montañeros, lo pensaba hacer desde Noja, utilizando mi motocicleta Derbi, como medio de transporte. Esto me condicionaba a emplear dos días para poder ir y regresar. Son unos trescientos kilómetros y a una media de treinta kilómetros hora, necesitaba, diez horas; demasiadas para hacerlas en el mismo día. Por lo tanto, pernoctaría en el pueblo, lo cual, además de satisfacerme, me proporcionaría unas horas extras para poder obtener información, sobre los sucesos allí acaecidos.

A la mochila también fue a parar un chubasquero y unos pantalones impermeables. Tendrían una doble misión. Aislarme del frío cuando viajara a primeras horas de la mañana, y protegerme de la lluvia en caso de algún aguacero imprevisto. Me tendría que arreglar sin pijama y sin muda para cambiarme, pues haría el equipaje demasiado pesado.

Hacia las once de la noche, todo quedó listo, para el día siguiente. Nuevamente volvía a sentir la sensación de miedo y placidez, que me proporcionaba la idea de comenzar una aventura en el maravilloso pueblo de las apariciones. No sé lo que podría ser, pero una fuerza irresistible me atraía, a modo de poderoso imán. Quería ir allí otra vez. Necesitaba ir, otra vez.

Por fin amaneció el esperado día, y aunque era mediados de Julio, el tiempo se presentaba cubierto y un poco amenazador. Pensé en utilizar el coche para realizar el desplazamiento, pero mi instinto me decía que a media mañana despejaría y podría disfrutar de un buen viaje.

Así que sin pensarlo dos veces y tras un desayuno de los de cuchillo y tenedor, me puse el casco en la cabeza y la mochila a la espalda. Arranqué la Derbi y salí disparado hacía mi nuevo destino.

El trayecto entre Noja y Cabezón de la Sal transcurrió sin incidentes reseñables. Únicamente mencionaré las condiciones atmosféricas que no me estaban resultando especialmente agradables. El frío intenso de la mañana se hacía más patente debido a la velocidad, más bien alta, que imprimía a mi vehículo de dos ruedas. Me obligó a realizar una primera parada para colocarme los guantes de cuero que llevaba en mi mochila. La verdad es que se agradecía durante estas primeras horas. La segunda parada tuvo lugar tras unos veinte kilómetros. Los

oídos empezaban a dolerme. Tuve que colocarme un par de trocitos de algodón en su interior y calarme un pasamontañas, que suelo utilizar en mis travesías por las elevadas montañas de mi región. Posteriormente una bifurcación no señalizada en el camino por el que transitaba, me obligó a poner nuevamente el pie en tierra y consultar mi guía de carreteras. Afortunadamente poseo un plano a escala 1:50.000, donde aparecía todo tipo de señalización importante. Esto me permitía circular con cierta comodidad, sabiendo que al no poder disponer de la autovía que utilicé en mi primer viaje, debido a que la motocicleta no tiene permiso para circular por vías principales, tendría que usar otras secundarias o incluso de inferior categoría. Notaba que a medida que avanzaba se iba calmando mi espíritu, empezando a disfrutar del paisaje por donde pasaba, y dándome cuenta de la realidad que me rodeaba. Era curioso, pero me resultaba imposible recordar detalles que había ido dejando atrás. Tal vez era el nerviosismo con el que había iniciado mi esperado viaje.

Mentalmente me hice el propósito de concentrarme en los distintos aspectos de lo que se me iba presentando y así lo primero que retuve en la retina fue el triángulo con borde rojo que indicaba la llegada a una desviación a la izquierda, dejando la carretera principal. Se completaba la información con el Km 249 así como el tipo de carretera N-634 (E-70). Se encontraba delante de una pared de piedra, haciendo esquina. La pared continuaba a lo largo de la calle con unas bonitas rejas de hierro forjado a la antigua usanza, sujeta a intervalos regulares por unos pilares también de piedra, rematados con unos capiteles de forma cuadrangular. La casa a la que protegía hacia juego con la citada pared. Construida en piedra en su totalidad, poseía ventanales de medio arco, contraventanas blancas y rejas de hierro en este caso pintadas de blanco.

Sin darme cuente había llegado a la bifurcación. Al frente y en posición elevada se podía leer San Vicente de la Barquera; Oviedo. Y junto a ella y a la izquierda, Reinosa, con una flecha indicando el sentido correcto. Otro nuevo indicador de carretera volvía a insistir sobre la información: Reinosa 53 Km y Cabuérniga 12 Km. Así que no había duda; hacia la izquierda.

Poco a poco me fue abandonando el paisaje urbano, para dar paso a otro más rural. Piedra, pero de otro tipo. No como las que había dejado atrás. Estas eran piedras cubiertas de vegetación. Antes de cruzar un pequeño puente, otra indicación me avisaba de una nueva bifurcación. Villanueva de la Peña a la izquierda y Reinosa/Cabuérniga C-625, a la derecha. La vegetación y la naturaleza me seguían acompañando. El ruido del río se mezclaba con el producido por el tubo de escape. Un nuevo cartel me indicaba su nombre de pila, Río Bayones. Ahora mi perspectiva me permitía ver las pequeñas colinas que se encontraban

pintadas con distintos tonos de verdes grisáceos. La distancia y la leve niebla contribuían a incrementar la tonalidad pardusca. Y en primer plano, los árboles luciendo sus nuevas hojas y los tejados ocres de las diseminadas casas, daban el contrapunto a la instantánea.

Ucieda, que así era el nombre del pueblo que me despedía, quedaba al borde del camino, con sus matorrales adornando el pequeño murete del borde de la carretera, dando rápidamente paso a una nueva urbe, Ruente, con su señal indicadora de velocidad máxima: 50 km. Más muros de piedra miraban pasmados, el paso de mi ruidosa compañera que despedía humo blanco a modo de dragón oriental asustando a los pequeños volátiles que piaban al lado de la rústica acera.

Había dado resultado; el distraerme mentalmente con los accidentes geográficos con los que me iba topando, había disipado mi nerviosismo inicial, permitiéndome relajarme y disfrutar de las bellezas que la naturaleza me deparaba. A modo de bálsamo oloroso y embriagador, el paisaje había realizado la terapia adecuada.

-Si no me doy cuentea me paso este pueblo. Fue mi pensamiento instintivo al ver un nuevo nombre, Barcenillas. Espléndida campa con su amurallada protección, pensé, aunque me gustaba más el muro que había visto antes. El musgo la había colonizado y las ortigas crecían en su base. El horizonte a lo lejos aparecía nuevamente difuminado por la niebla. Y los tejados de las casucas, me llamaban la atención por su humildad. Un nuevo puente un poco más adelante, se volvió a cruzar en mi camino, permitiendo salvar el río Saja. La señal circular me indicaba que tenía que ceder el paso a los que venían en sentido contrario. Realmente, la carretera se estrechaba a su paso por el vetusto viaducto. Un tráiler venía de frente, pero no me importó. Tenía espacio suficiente para pasar con mi pequeña moto. La vegetación había cambiado su tonalidad verdosa por otra más rojiza y aprovechaba la zona rocosa de las laderas de los montículos, para crecer.

Madera recién cortada de pino acumulada en las afueras de las cuadras, indicaban la aplicación que le iban a dar sus dueños. Para la chimenea; en invierno hace frío y el calor producido por las brasas de esta clase de madera, es reconfortante. Además, da un aroma especial a la estancia donde se encuentra el fuego. Mi mente volaba a momentos pasados en compañía de amigos labriegos sin darme cuente nuevamente, de lo que aparecía delante de mí. Sopeña, indicando a continuación: Pueblo natal del escritor Manuel Llano.

-Cuidado Félix, que llegas a Valle de Cabuérniga y tienes que cambiar de dirección.

-No hay pérdida, volví a pensar. Carmona 11, Puentenansa 16. Casonas nobles de líneas rectas y tejados a cuatro aguas, se entremezclaban con rústicos y sencillos pajares realizados con abundante piedra oriunda de la zona. A modo de inmóviles gigantes, que escudriñan el paso del tiempo desde sus pétreos miradores, me observaban indolentes.

–Ahora hay que empezar a subir hacia el alto de Carmona. La Derbi respondía perfectamente. Iba con brío y con alegría; parecía disfrutar igual que yo, con lo que nos rodeaba. En este momento, a la altura del Mirador de la Vueltuca, las líneas continuas y blancas, pintadas en el pavimento aparecían gastadas por las rodadas de los coches que frecuentemente, las pisaban. Había comenzado a caer una fina lluvia que imperceptiblemente empezaba a mojarme. Por enésima vez paré la moto para vestirme el chubasquero impermeable, que llevaba para los momentos como el presente. Ya estaba acostumbrado a mojarme, mientras viajaba en la forma en que lo estaba haciendo, pero en las circunstancias actuales, no me apetecía. Recé a todos los Santos para que terminara cuanto antes las malas condiciones atmosféricas. No había visto el sol en todo el trayecto y tenía por delante casi una hora más de itinerario. Afortunadamente no fue a más, viendo con regocijo que, a la altura de San Pedro, después de dar la última vuelta, terminando con ello el descenso del collado, el suelo estaba seco.

Carmona me recibió con la sempiterna señal de velocidad máxima indicada por su círculo rojo encima de su nombre. Una multitud de casas me saludaban desde la izquierda. Realmente eran bonitas. Me apetecía pararme y pasear por el coqueto pueblo. El Parador Nacional se elevaba soberbio en medio de los rojos tejados. Un edificio de piedra y ferralla acondicionada para dar albergue al viajero que quisiera disfrutar de sus bondades. Las colinas que rodeaban la zona, terminaban de dar la pincelada adecuada al paraje. Grises claros para el fondo y oscuro para la media distancia. Las rocas del primer plano aparecían desnudas y blancas, salpicadas por matorrales rojizos, pardos y marrones.

Súbitamente la motocicleta que tan apaciblemente me había transportado, empezó a renquear, dando tirones como queriendo pararse en mitad del camino. Rápidamente casi a tientas, con mi mano izquierda, puse la llave del depósito de combustible en la posición de reserva. Se sintió aliviada cuando recibió la bocanada de mezcla que necesitaba. Pero era consciente que necesitaba rellenar el depósito. Afortunadamente llegaba a Puentenansa y podría hacerlo con toda comodidad en la recién estrenada estación de Servicio, que se encontraba en la confluencia con la carretera que venía de Pesués. El camino aparecía cada vez en un estado más lamentable de deterioro. Se notaba que me adentraba por zonas

más humildes. Junto al cartel que marcaba 30 km a La Hermida, aparecía otro, 3 a Cosío girando a la izquierda. Me resultaba familiar las referencias. Pensé: -Ahora tengo otro puente sobre el río Nansa. Efectivamente; allí estaba, totalmente perpendicular a la carretera y a la corriente de agua, que discurría paralela. Me obligó a disminuir la velocidad considerablemente, para no resbalar con la grava del suelo y caer al vacío. La única protección eran unos bloques de piedra de no más de medio metro de altura, situados a ambos lados y separados unos de otros por espacios de no más de cuarenta centímetros. Todo muy humilde.

El siguiente puente ya no tuve que pasarlo. Junto al nombre de río Vendul aparecía otro: 5,3 a San Sebastián de Garabandal. Así que giré a la derecha, dejando el charco de agua que denotaba la reciente lluvia caída en el lugar, y me dispuse a pasar por las callejas de Cossío. Unos críos que jugaban a la puerta de una casa de blancas y enlucidas paredes, pararon por un momento, para contemplar el esperpento que pasaba delante de ellos. Me imagino la sensación que les causaría, con mi indumentaria y a lomos de mi querida compañera metálica de dos ruedas. A modo de Quijote a lomos de Rocinante, me sentía dueño del momento que estaba disfrutando; -5,3 Km más y llego a mi destino.

Me sentía conquistador y vencedor. Nuevamente revivía las experiencias que tuve durante mi primera llegada al pueblo de la Virgen. A modo de antiguo ritual, paré en el mismo sitio que lo hiciera la vez anterior para aliviar una vez más, mis necesidades fisiológicas. Volví a pisar las mismas piedras y a recorrer los mismos matorrales de otros tiempos, con la misma fruición que el caminante sediento, bebe de las fuentes de aguas frescas y claras del camino. Los consideraba mis amigos, a los que tenía que saludar con mi figura sin ningún tipo de excusa. Lo experimentaba todo perfectamente con mis sentidos, facilitándome de esta manera, la integración en el entorno. No había pasado el tiempo en mi recuerdo. Todo estaba en el sitio de siempre. Como aguardándome y satisfechos de mi presencia. Y esta satisfacción era reciproca por mi parte. Nuevamente volvía al lugar que tanto ansiaba.

Sin prisa, como un preludio de lo que estaba por llegar, iba saboreando los instantes actuales. El frescor del campo, el aire, sus olores y sus tonalidades. A modo de festejo popular, con la algarabía de sus plazas y el griterío de su chiquillería; la naturaleza en pleno se alborozaba con las vibraciones positivas que le transmitía. Sin prisa dejé el lugar para volver a montar mi cabalgadura metálica. Sabía que el letrero que tanto ansiaba ver, continuaba semioculto por las ramas y las malezas un par de curvas más arriba, solitario, esperándome.

3ª Parte. Capítulo II. MI AMIGO PEPE

Atrás quedó la casa de Mari Cruz que según reza en la bibliografía de Garabandal, es la primera según se entra en el pueblo a mano derecha, así como la pequeña plaza del pueblo, enfrente de la Iglesia y la antigua escuela. Todas las referencias las había obtenido a raíz de leer el famoso libro que compré en la ya tantas veces mencionada, tienda de objetos religiosos. También pude identificar la casa de Jacinta, próxima a la mencionada iglesia. Solo me faltaba la de Loli, puesto que la de Conchita la cuarta vidente, ya la había visto durante mi primera visita.

El encuentro con el pueblo, me resultó muy agradable. Igual que cuando dos viejos amigos vuelven a encontrarse, recordando antiguas hazañas realizadas conjuntamente, así experimentaba yo, la sensación de compartir viejas experiencias en la intimidad de nuestro ser.

Lo primero que me llamó la atención fue la presencia de habitantes, a diferencia de lo que ocurrió unos meses antes. Recuerdo vagamente, como había decidido aparcar la moto en un pequeño soportal con el fin de protegerla de las inclemencias del tiempo, caso de que comenzara a llover de nuevo. Había una pareja, exactamente un hombre y una mujer, de edad más bien avanzada, sin llegar a viejos, conversando tranquilamente en medio de una de las callejas. No les presté mucha atención, puesto que me estaba concentrando en dejar correctamente posicionada a mi compañera de viaje, de forma que estuviera lo más protegida posible, en la especie de refugio que me brindaba el tejado de la trasera de una típica casa-pajar. Mientras cerraba la llave de paso de la gasolina y candaba la rueda delantera, una pequeña multitud de críos apareció rodeándonos a ambos, a la moto y a mí. Y digo pequeña multitud, no por el número de los integrantes, sino por la edad de sus componentes. Sería una cuadrilla de críos de unos 6 o 7 años, todos interesados en la reciente aparcada motocicleta. Al igual que acuden las moscas ante la presencia de un pastel, así sucedió ante la presencia de mi llamativa Derbi. Todos querían saber, todos querían preguntar. Los más atrevidos incluso empezaron a tocarla queriendo subirse encima. Me sentí desbordado, no sabiendo que hacer, si contestar a sus preguntas o intentar que no me la tiraran al suelo.

Tan afanado estaba en mi empeño de proteger mi cabalgadura, que no me percaté de la presencia del hombre que hacía unos minutos había visto hablando

en la mitad de la calleja, tratando de espantar a la menuda multitud que me avasallaba.

-Ven para aquí, con la moto, me dijo, con una voz ronca rota por el paso de los años, animándome con la mano a que le siguiera.

-Tengo una pequeña cuadra, dos manzanas más abajo, donde la podrás dejar a buen recaudo. Aquí corre peligro, con los críos. Robar, no te van a robar, porque nos conocemos todos, pero te la pueden tirar al suelo.

Podría describirlo como de unos 75 años, delgado con la piel arrugada y morena, curtida por los vientos y el sol de los días pasados a la intemperie. Llevaba una gorra al estilo castizo, que me llamó la atención y escondía el labio superior de su boca tras un bigote canoso y poblado, que no le favorecía. Traía un cigarro en la boca, el cual se veía a la legua que hacía tiempo que se había apagado, por el color marrón parduzco de su borde. También me llamó la atención, las almadreñas o zuecos de madera, tan típicos en Cantabria, que llevaba calzados en los pies.

Sin darme casi tiempo a reaccionar, había comenzado a caminar calle abajo, obligándome a salir de mi perplejidad y correr tras de él, con el fin de no perderle de vista. A pesar de la dificultad que entrañaba moverse con el calzado ya mencionado, se desplazaba con rapidez. Pronto llegamos enfrente de un destartalado cobertizo, lleno de maderas viejas, restos de materiales de construcción y una variada gama de herramientas, propias de albañil.

-Aquí la puedes meter, me dijo, abriendo una estropeada puerta formada por un bastidor exterior y una malla metálica interior. Estaba claro que hacía tiempo que no se abría, a juzgar por el polvo que tenía y el ruido que hizo, cuando nuestro desconocido hombre, la abrió dándole un empujón con el pie. Y mientras colocaba algunos tablones en un sitio más apropiado, me invitó a ir a por la moto para dejarla a cubierto entre la marabunta de enseres que nos rodeaban. Como un autómata, salí corriendo pensando en la forma de moverla dentro de su nuevo garaje, pues estaba claro, que los dos a la vez no podríamos entrar. Tal era lo reducido del espacio disponible, que no veía la forma de poder aparcar la moto y a la vez, permanecer de pie a su lado. De repente todos mis pensamientos y mis preocupaciones se esfumaron, al percatarme que uno de los chavales que hacía un momento, me había estado haciendo mil preguntas, trataba de poner en marcha mi moto, actuando sobre el pedal de arranque. Corrí hacia él sujetándole por el brazo. Pensé que trataría de salir corriendo, pero nada de eso. Por el contrario, se quedó quieto, mirándome con cara de complicidad como queriendo decirme: –¿Verdad que me dejas ponerla en marcha?

Me recordó una escena similar hacía cuarenta años, cuando a mí me "pillaron" intentando poner en marcha una moto aparcada en una de las calles cercanas a la casa de mis padres. En aquella ocasión salí corriendo como "alma que lleva el diablo" ante la perspectiva de recibir un castigo, pero en la situación actual, estaba claro que las circunstancias eran distintas. Así que opté por dejarle que hiciera lo que tanto le apetecía, supervisando la labor, ante el asombro de sus compañeros de fatigas que no daban crédito a lo que estaban viendo.

Cuando todo se calmó, aproveché la circunstancia de tener la moto en marcha, para ir hacia el cobertizo, no sin antes despedirme hasta otra ocasión, de mis improvisados admiradores. El buen hombre, había acondicionado un lugar, donde poder resguardar a mi compañera de fatigas. Sin darme cuenta, comenzamos un dialogo sobre el tema de los niños y a continuación y enlazando con lo anterior, sobre las apariciones y las niñas. Al final concluimos con nuestras presentaciones. –A propósito, le dije, mi nombre es Félix y vengo de Bilbao. El hombre hizo lo mismo, mientras descuidadamente terminaba de colocar el último madero que estaba en el suelo. Sin darle ninguna importancia dejó caer como si nada, que su nombre de pila era José, pero todos le llamaban Pepe; Pepe el albañil. De hecho, todo lo que estaba desparramado por el pequeño cobertizo en el que nos encontrábamos eran resto de sus últimos trabajos, antes de jubilarse.

Me quedé pegado donde estaba sin saber qué hacer o decir. No me lo podía creer. Yo que hacía mil conjeturas para ver cómo podía contactar con él y preguntarle todo lo que vio durante aquellos años, y de repente se me presenta, como una aparición y me brinda su amistad y sus conocimientos.

Cuando al final pude reaccionar, me encontré caminando junto a él lentamente hacia su casa hablando de lo que había leído en el libro del P. Pesquera, ratificándome todo lo allí indicado. También a él le habían entrevistado en numerosas ocasiones y en algunas de ellas no habían sido lo respetuosos que se podía esperar. Pero daba la sensación que yo le parecía una persona cordial y digna de confianza y por lo tanto accedía a contarme sus experiencias. Así que sin más preámbulos quedamos para realizar una primera charla después de comer.

-Un último favor, Pepe. ¿Dónde podría pasar la noche?

-Pues mira, caminando hacia la calleja, está el Mesón Serafín, (lo conocía por haberlo visto en mi primera visita al pueblo). Allí seguro que hay comida y cama a tu gusto. -Pues nada, gracias y hasta después de comer. Y con un adiós y un fuerte apretón de manos nos despedimos hasta la tarde.

Caminé hacia el Mesón y encontré a Paquita, mujer de Serafín, con un delantal azul, que le quedaba grande, detrás de un mostrador, atiborrado de libros, estatuas de la Virgen y hasta un televisor que seguramente se encendía para que los inquilinos lo pudieran ver mientras estaban en la especie de comedor en que nos encontrábamos. Efectivamente; me dijo que me podía quedar a dormir y a cenar, pero que como no había avisado, no tenía comida preparada. Por las fechas que corrían, no habían empezado a llegar los turistas, encontrándose desierta la fonda.

Subimos por unas estrechas escaleras que se encontraban de frente a mano izquierda, al piso superior, para ver los dormitorios. Como todos estaban libres, me dio a elegir indicándome:

-El del fondo, tiene baño adosado. Es el que utiliza Conchita cuando viene a Garabandal.

-Pues entonces, no hay duda; no hablamos más: me quedo con él. Así que dejé mi mochila, pidiendo que me preparara un par de huevos con patatas fritas. Y acompañándolos de un buen trago de agua fresca y cristalina del pueblo, di cuenta de ellos en un abrir y cerrar de ojos; me supieron a verdadero manjar. Parece mentira con qué poco podemos disfrutar muchas veces cuando nos sentimos a gusto. También tuve la oportunidad de ver una cinta de video, relacionada con las apariciones. Era de bastante mala calidad y estaba realizada por la BBC de Londres. Se veía que era una copia que alguien había realizado en su domicilio y se la había regalado. Así que doblemente satisfecho por la comida y la información, y mientras tomaba un café en compañía de la anfitriona, fueron pasando las horas, hasta que, hacia las cinco de la tarde, hora que me pareció más que suficientemente prudente, decidí ir a casa de Pepe para empezar a conocer de primera mano, lo que ocurrió en el pueblo hacía casi treinta años.

Me parecía imposible la suerte que estaba teniendo. El viaje, encontrarme a Pepe, poder dormir en casa del hermano de una vidente. Todo lo que había estado preparando durante tanto tiempo, empezaba a dar sus frutos. Y puestos a pedir, le insinué a Paquita si por la noche, podría hablar con Serafín, a lo cual ella no puso ninguna objeción.

Nuevamente, subí a la habitación donde horas antes había depositado mi querida mochila, teniendo cuidado de no tropezar en el oscuro pasillo. A tientas abrí la puerta de la estancia y con más calma, mientras sacaba el magnetófono portátil y las cintas, fui observando los detalles en los que no había reparado en un primer momento, referentes al mobiliario, un armario de madera a la antigua

usanza, cama de matrimonio sobre suelo de madera, cortinas de color rojo en la puerta que daba al balcón y dos mesillas, a cada lado de la cama, completaban la decoración de la estancia. Sencilla pero suficiente, pensé. No hace falta grandes lujos para pasar la noche. Por las cortinas entraban unos pequeños rayos de sol alegrando la habitación y resaltando el carácter humilde y limpio de la misma.

Mientras salía de la posada, iba pensando qué preguntas podría hacerle. Estaba claro que conocía todos los acontecimientos allí ocurridos. Fue uno de los primeros en interesarse por lo que empezaba a suceder. Además, había sido un testigo de excepción durante la noche de la Comunión Visible. Aproveché el que estaba en la calle para dar un pequeño rodeo y ver si mi querida moto continuaba en su emplazamiento, cosa que pude comprobar, lo cual me dio una cierta tranquilidad.

Llegué a la casa de Pepe a través de la pequeña explanada que a modo de plaza se encuentra delante de la Iglesia. Pasé por delante de las escuelas y de dos zancadas me presenté enfrente de la puerta de la calle. Pepe se encontraba en un pequeño chamizo que a modo de taller utilizaba para matar el tiempo realizando cachavas y pequeños utensilios culinarios de madera. En cuanto me vio, me invitó a pasar y mostrándome un pequeño banco junto a la pared, me indicó que me sentara en él, no sin antes colocar un pequeño cojín con el fin de hacerme más cómodo el asiento. Apagó la radio que estaba escuchando, y dando una última calada al cigarro lo aplastó contra un rudimentario cenicero de propaganda.

-Tina, no quiere que fume. Es malo para mis pulmones. Pero la verdad es que no quiero dejarlo. Por aquí la vida es muy monótona. Cuando las apariciones, sí que había cosas para ver. No teníamos tiempo ni para dormir.

-Espera un momento, Pepe. Antes de empezar a contarme tus experiencias, quisiera poner el magnetófono en marcha para poder grabarlas, si no te importa.

-Importarme, como me va a importar. Además, tú no eres el único que me ha preguntado por lo que vi. Todavía recuerdo a un padre jesuita que quiso que le contara lo que aquí ocurrió. Me hizo ir a casa de Jacinta y como no llevaba el carné de identidad para presentarme, me mandó ir a casa a buscarlo y a regresar con él. Me puso de mal genio, porque era muy mandón.

Rápidamente saqué el magnetófono y el micrófono portátil de mi mochila, montándolo todo correctamente para que funcionara. No quería perderme nada. Puse el cronómetro de mi muñeca en marcha y empecé a grabar.

-Bueno Pepe. Quisiera que me contaras, como fueron los comienzos de las apariciones, pero desde el principio.

-Bueno, pero hablaremos un rato ¿no?

- ¿Cómo un rato?

-Si tengo que contar toda la historia, será muy gordo...

-Bueno pues. Para contar todas estas cosas de Garabandal, sería muy importante que empezáramos, pues con aquel, aquel pasado que en aquella época no nos dábamos cuenta que contenido podía tener, lo que ha ocurrido seguidamente. Bueno, yo te voy a decir seguidamente, sobre los principios, que yo sería, como era uno de tantos, que lo tomaba a broma pensando que sería cualquier tontería, cualquier cosa. Pero bueno, voy a tratar de recordar lo más importante, que fue ya sabrás que un 18 de junio del año 61 que era domingo y esas niñas se les ocurrió ir a jugar, como no estaba la carretera hecha, no está como se ve ahora, pues se iban por aquí a los caminitos esos, estos de brañitas, estas que hay por la zona de la capilla, a jugar, a sus juegos a sus cosas, y ya se sabe, pues se han comentado muchas veces el motivo por el cual las cogieron en la calleja, porque había unos arbolitos, allí que tenían unas manzanas pequeñitas, y bueno tuvieron la intención de ir a coger aquella fruta, porque aquí ya sabes que no hay, y lo poco que hay lo cogen en seguida poco más o menos en flor, pero bueno, esas son cosas de niñas que tiene esas cosas.

-Cogiendo estas frutas, se ve que estas niñas, vieron algo, una vez ya de salir fue cuando vieron a un ángel, a la manera que ellas lo explican, como si estuvieran asustadas, se les apareció un ángel, y no les dijo nada más que, que se les presentó. Total, que seguidamente de esto creo que sería a las ocho, ocho y pico de la tarde, estas niñas bajaron asustadas al pueblo y tropezándose con alguna persona, la maestra y tal, pues dijeron que habían visto a un ángel, que venían asustadas por qué han visto a un ángel.

- ¿Pero ¿cómo vais a ver a un ángel?

- Se ve que la señora maestra pues se enteró, de este asunto y cogió a las niñas y les dijo ¿Que qué les pasaba?, a las niñas, para venir tan asustadas.

-Dijeron que habían visto a un ángel. Pero, ¿cómo vais a ver a un ángel? Este comentario las niñas lo hicieron cuando llegaron a la iglesia y la maestra se ve que les dijo que ¿cómo han visto un ángel?

-Venir por aquí que vamos a rezar en la iglesia, porque vamos a ver ¿cómo visteis un ángel?

Bueno, pasó esto. Ya al día siguiente, por la mañana, pues ya los comentarios de la gente del pueblo se hacen rápidamente. Bueno.

Y unos que sería un pájaro, otros que si sería una bobada, que se asustaron con alguna cosa. Total, que pasó ésta cosa cuando yo ya tenía un trabajo comprometido con la madre de Conchita, allí en el tejado de su casa, hacerle una chimenea en el techo, reparar el tejado y cuatro cosas más allí. Y fui por la mañana para empezar mi trabajo y cuando estaba trabajando, a la hora, hora y media, me ayudó subiendo el material un hermano de Conchita. Este chico tenía vacas y atendía a las vacas y ese día fue a ayudarme y a darme el material.

Y empecemos haciendo comentarios. Este chico se llama Cetuco, se llamaba Cetuco el pobre porque ya murió. Entonces yo le digo:

- Oye tu Cetuco. ¿Qué te parece eso que dicen de tu hermana y de las otras tres, que vieron ayer tarde?

-Que están locas, ya se lo dije a mi madre, que cómo van diciendo eso.

Será que han visto una cosa rara.

-Bueno ya mi madre la riñó, la castigó, la quería pegar; es que esto no se puede decir, porque es una bobada, se van a reír de ella; este asunto no me gusta. Este asunto es como, que podría ser una tontería para llamar la atención.

Bueno pues seguimos hablando así de nuestras cosas, continuando con el trabajo, y como a eso de las once, así, hay una fuente al lado de la casa, que es la fuente antigua, que tiene una agua muy rica y muy buena y me di cuenta que estaban unas niñas allí, pero que llevaban ya tiempo, reunidas al lado de la fuente, y digo:

- ¡Anda, mira!

Enseguida vi que era Conchita con alguna de ellas. Y que hice…, bajé por unas escaleras y me fui directamente a la fuente. No estoy seguro si es que me apetecía el agua, o hice cómo que bebía el agua. Entonces al beber el agua, o intentar beber el agua, me daba cuenta que estaban allí y dije.

-Anda, que hacéis aquí vosotras.

-Pues nada. Venimos a coger agua.

-Mecachis, pues vaya lío que armasteis. Y las cuatro, que habéis visto ayer un ángel. Y dijo: -Pero bueno, vosotras sabéis lo que habéis dicho.

-Pues sí.

Lo decían con una seguridad.

- Pues buena lo habéis hecho, porque ahora viene la guardia civil, digo, y os llevan presas, y no solamente a vosotros, sino que llevan, a vuestros padres, y a vuestros hermanos, y a todos a la cárcel, porque esas cosas no se pueden decir.

Y entonces no recuerdo cuál de ellas giró un poco la cabeza y dirigiéndose hacia las otras dijo.

-Oye verdad que le hemos visto. Y las otras dijeron, -Sí, sí le hemos visto.

-Mira, no lo digáis porque si es así vais a la cárcel.

Y lo dijeron, con sentimiento de niñas.

- Y, pues lo hemos visto y si llevan a mi papá a mi mamá a la cárcel pues que les lleven porque nosotros lo hemos visto.

- Bueno, bueno, allá vosotras.

Y yo entonces me retiré dejándolas solas a ella para que siguiesen su marcha. Mi intención no era el de meterles miedo, sino saber si con estos dichos que yo les decía, las veía acobardarse o desmentirse, como alguna otra cosa, pero solamente quería hacer lo que termino de decir.

De nuevo cojo, voy al tejado y le hago el comentario a Cetuco.

-Oye, digo, ¿No te has dado cuenta de lo que les he dicho a las niñas?

- No, no, no he oído nada.

-Pues les he metido miedo con esto, y se han quedado tan tranquilas; aseguran que sí. Y el hermano volvió a irritarse y a decir que ya se lo había dicho a su madre.

-Como yo vuelva a enterarme de que hacen esto y lo otro...

Total, que seguimos hablando bastante sobre aquello.

Y este chico me contó, que había tenido un sueño. Y que era un sueño muy malo, lo que no recuerdo ahora, que es lo que me dijo del sueño. Sé que yo le di un consejo, sobre lo que me habló, y lo que sí me recuerdo es que me decía. Dice:

-Mira, es que yo con el ganado, con las vacas, reniego mucho.

-Reniego, ya sabes que es enfadarse, ya sabes; - y digo muchas blasfemias. Digo barbaridades, no sé qué y no sé cuál y mecachís, dice, no sé, pero en este sueño lo pasé muy mal, lo pasé muy mal.

Digo, - ¿Es que te pasó alguna cosa, o fue el sueño?

-No, no fue en el sueño y he despertado; y desde que tuve ese sueño, no sé, parece que quiero cambiar y ser mejor.

Hace mucho que te pasó.

No, hace pocos días.

Es lo que me dijo el chico.

Bueno hombre, le contesté; - ¿No será que se te ha aparecido un ángel, para que no blasfemes o algo así?

- No no.

Total, que el chico para esto, refiriéndose a lo del sueño, entre lo que yo le decía y los comentarios que él hacía me dijo, cómo que ya quería ser mejor, pero bueno. Ya voy a seguir con que pasaron unos días.

Como dos días o tres, y entonces una noche que fui a casa después del trabajo, estaban en casa mis tres niños, y le pregunto a la pequeña:

- ¿Dónde está tu madre? No me sabía decir.

-Pues no sé, ya marchó y no ha venido. Se fue Manolín con ella.

Manolín es el mayor de once años, que es el mayor. Y el resultado de porque no estaba mi mujer yo no lo sabía, sino que se hizo de noche y que mi mujer no venía. Mandé a la niña:

- Vete a casa de abuelita a ver si está tu madre allí pues igual le pasó algo a la abuelita. Que como vivíamos arriba y ella abajo, fue la niña y volvió y dijo que no, que mama no estaba allí.

¿Pues dónde está esta mujer sola? Son horas de cenar, y no está aquí. No sé, no viene; ¿Dónde puede estar? Bueno, que resultó al cabo de un tiempo: llega mi mujer toda asustado. Y el niño también.

- ¡Ay! Esto es muy gordo, esto es muy gordo.

¿Pues qué pasa?, ¿Por qué te asustas?, ¿Qué pasó?, ¿Dónde has estado?

-Dice: Venimos de allí, de la calleja.

-Pero como de la calleja, yo casi no caía. ¿Por qué me dices la calleja?

Dice, porque, resulta que vinieron las niñas por aquí está tarde, que tenía yo que ir con ellas, acompañarlas a la calleja, cuando estuvieran en éxtasis, porque la gente no les cree. Y para que alguien vea cómo se quedan, o algo así.

Dice:

-Yo no me atrevía, pero se lo dije a la vecina que es la señora de maestro que está aquí y que vive al lado.

- ¿Señora Contesa, me acompaña cuando las niñas vengan a la tarde por aquí?

- Pues sí, vamos a ver qué les pasa, porque yo tampoco me he atrevido a ir por allí y como es aquí a lado, vamos a ver lo que pasa.

Entonces fue mi mujer y esa señora, y cuando llegaron con ellas al sitio que está indicado donde se apareció el ángel, estás niñas, dicen que cayeron de rodillas y les dijeron a mi mujer y a la otra, que iban a rezar un rosario u otra cosa, no estoy seguro ahora, como una estación. Bueno, cualquier cosa, lo que fuera. Dicen que empezaron, pero se pararon, que no siguieron, y a ellas les llamó la atención.

-Anda, por qué no siguen. Y que no decían nada.

- ¿Seguís? Y nada, les miraban, y anda, si no dicen nada.

-Mira, como se quedan, el comentario de mi mujer con la otra. Bueno.

Entonces empezaron a asustarse, mi mujer y la señora del maestro. Y ya no se sí gritaron o qué y vinieron otras dos señoras, vecinas, que ¿qué pasa?,¿que por qué se ponen así?, que mira cómo están las niñas, que no hablan, que no rezan, que no sé qué hacen, que mira cómo se quedan.

Y ya, fue cuando se formó un corro con cuatro o tres personas y miraban a las niñas y todo el tiempo así y creo que después del éxtasis, (ellas no sabían lo que era ni, como), que volvieron a lo normal y siguieron rezando.

Bueno, esto son unos principios que cuento, de cuando mi mujer ya vino y me contó, y a mí me entró curiosidad.

-Anda ¿Esto algo, algo tiene que ser? Y no hay quien pueda mirar a este asunto.

Pronto me di cuenta que todo lo que había anotado en el papel con intención de exponérselo quedó sin salir de la libreta. La preocupación inicial por preparar las preguntas referentes al tema de las apariciones, se esfumó como por arte de magia. No hubo necesidad de anotar las dudas. Tal era la elocuencia de mi compañero que no había forma de interrumpirle. Todos los interrogantes que bullían en mi cabeza, iban quedando contestados automáticamente, como si intuyera mi curiosidad. Todo iba apareciendo perfectamente encadenado.

Paró un instante la narración para liar un cigarro y mientras pausadamente mojaba el borde del papel para terminar de confeccionar miró a la lejanía buscando en los recuerdos de su pasado. Durante breves segundos permaneció en silencio para nuevamente, continuar con la interrumpida narración.

Para este día, creo que ya había ido el sacerdote que había y alguno de los padres de las niñas, habían ido donde el señor obispo…

4ª Parte. Capítulo II. MI AMIGO PEPE

... a comunicarle que había aquí un asunto, que mandara a alguien, que lo investigara, que mandara a alguien para ver qué pasaba porque las niñas decían que veían un ángel, que el ángel no les hablaba, nada más se le hacía presente y él luego les presentaba como unos letreros unos carteles que ellas no entendían.

El tiempo pareció detenerse por un momento a nuestro alrededor, en el pequeño cobertizo de las cachavas donde nos encontrábamos. Es más, retrocedió treinta y tantos años al pasado lejano de un pueblo, sin luz ni agua corriente en las casas, donde no existía ningún tipo de comodidad, con calles sin asfaltar, llenas de baches y donde los animales comparten techo con sus dueños. Tiempos de oración y rosarios en las noches estrelladas, rodeados de fríos, piedras y temores. Donde los cuerpos se apretujan confiados a través de las estrechas y desiguales callejuelas. Confiados y esperanzados en aquella Virgen de las apariciones de sus hijas, que las transmite mensajes para reconfortar sus almas. Gracias espirituales que va desgranando tanto a fieles como a incrédulos. La noche con su magia congrega y mantiene despiertos tanto a familiares como a extraños, en un canto unísono por la paz y la fraternidad, guiados por la omnipresencia de la suprema Mater et Magistra.

La magia y los relatos de Pepe, no solamente me trasladaron a esa desconocida, para mí, época de la historia de Garabandal, sino que, en perfecta simbiosis, como asistidos por un catalizador celeste, él también participó del prodigio del retorno al pasado que sentía tan suyo. La ciencia moderna con sus argumentos aristotélicos dirá que no es posible tal regresión, pero yo puedo asegurar que me sentí transportado en cuerpo y alma, como si las coordenadas del espacio-tiempo hubieran trastocado sus ejes dimensionales y a través de la conjunción misteriosa de personas sensibles, el prodigio más admirable hubiera tenido lugar en la sencillez maravillosa de las cosas llanas y simples. "Bienaventurados los humildes de corazón porque ellos verán el reino" Resonaba en mi intelecto, adquiriendo un significado que hasta entonces no había entendido. Empezaba a ser realidad, la bendita frase ya enseñada dos lustros atrás. Aquel rincón perdido en las laderas de la portentosa Peña Sagra, obra del Supremo Hacedor al igual que el resto del universo, también era parte de su Reino.

Volví a la realidad, recuperando el hilo del relato, interrumpido durante unos breves instantes.

Bueno toda esta cosa, ya iba dando que pensar, ya iba viniendo gente de los pueblos de ahí cerca. Ya la gente del pueblo de los alrededores, y de lejos también se iban acercando un poco, pero para esto, yo para estos días ya tenía un trabajo; construir un puente que habíamos empezado a construir, pues a unos 4 kilómetros, o así, y cuando llegaba el medio día, las niñas, pues llevaban la comida, y una de las videntes se lo llevaba a su padre.

Mi chaval me lo llevaba a mí, y los otros niños, se lo llevaban a los otros obreros. Yo no sé si seríamos seis u ocho o diez obreros, Total que antes de llegar al trabajo, ya había una curva que cuando asomaban los niños con la comida había algunos de los que estaban allí, que ya empezaban a reírse, a decir que ahí venía la que veía a la Virgen, y bueno, tonterías que no gustaban, o por lo menos, había que tener un respeto, y luego esperar un tiempo a ver lo que pasaba.

Y a mí, ya no me gustó los comentarios de los compañeros, y dije:

- Pues ya esta tarde cuando vayamos, me voy a acercar por allí y voy a ver lo que pasa. Como si yo fuera algún especialista en ello y, sin embargo, era el interés que yo también tenía, en salir de alguna duda o percatarme de alguna cosa que me diera que pensar.

Bueno vine a casa, me lavé, me cambié un poco, y fui al sitio de las apariciones. Y un pedazo antes unos metros antes de llegar a donde estaban las niñas, había un grupo de personas, de aquí del pueblo, y algún forastero, y digo:

-Ala, ¿ya estáis de espera, o qué? Dicen:

-No. Si, las niñas ya están allí arriba.

- ¿Arriba, donde? Claro, el que conoce el terreno, éste sabe donde yo estoy indicando ahora. Serán como unos quince metros más arriba. Que hace un poco de curva, donde luego pues, al tiempo se le apareció la Virgen.

Y dicen:

-No, están allí en la calleja.

- Anda y ¿cómo no vais allá a ver?

- Pues, no sé.

- Y entonces, yo digo:

-Ala, pues yo voy a verlas.

Y un poco más adelante, estaba el sacerdote, D. Valentín, y otra señora que..., que es en el punto donde hace un punto de giro la calleja y desde allí ellos divisaban nada más la vista de las niñas por la parte de atrás, pues las niñas estaban de frente de frente para arriba. Y al pasar yo, dije, me dice el sacerdote:

- ¿Dónde vas? Pepe.

Digo: -voy a ver qué hacen estas niñas. Digo, dicen que están ahí.

- Si, si, ahí están, y digo:

- Voy a ver qué hacen.

Entonces yo llegué sólo al lado de las niñas, les hablé, y, nada, como si no le hablara nadie. Ellas no rezaban ni hacían nada. Nada más con la vista inclinada, hacia el cielo, y luego me puse delante de ellas. Lo que me impresionó bastante fue, que yo sabía que eran esas niñas, pero, estaban totalmente cambiadas. Físicamente, la cara y todo eso, tenían como un cambio.

Digo: ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Pero son ellas y no parecen ellas. Bueno.

Todo esto, son los primeros datos que doy sobre la impresión mía. Pero ya estando allí y hablándoles, venga y que venga y que nada, no hacían ninguna señal de nada. Ya cogí y me volví.

Dije, ya me voy, me doy media vuelta y me marcho, pues aquí algo raro hay.

Y lo único que quiero decir es que yo dije: hasta en voz más a menos alta, dije "pues anda, esto creo que va a traer cola" podía haber dicho, pues esto va a traer, problema, o historia, pero no, no, dije así "cola", pero ¿A qué me refería yo? No acabo de entender yo todavía, que "cola" podía traer. Pero dije esta frase.

Al decir esto, volví a pasar otra vez por el lado del sacerdote, y de la señora, y me dice:

- ¿Qué hacen?, ¿Qué hacer?

Y les dije con la mano, -ande, vaya usted y mírelo como yo hice. Porque eso, ahí hay alguna cosa. Alguna cosa rara.

- ¿Pues, ¿qué hacen?

-Le digo que vaya usted y lo mire. Digo, porque yo les he hablado, y llevo un rato y que nada, a mí no me hacen caso. No miran para nada, nada más que para arriba, y yo no sé qué puede ser eso.

Y yo voy a decir ahora, pues ya lo he dicho muchas veces, que yo no sabía lo que era un éxtasis, que incluso no había oído ni nombrar, un éxtasis, porque ya después cuando veíamos que era un éxtasis, que se quedaban en éxtasis yo pensaba que esto será, como un ataque, un ataque, porque yo, personas con ataques ya las había visto, pero éstas no hacían ningún movimiento. Ningún movimiento de ataque. Eran simplemente como una estatua, en aquellos momentos.

Después ya voy a ir explicando, que movimientos hacían, cómo, de qué manera, y tantos y tan difíciles y así. Y al bajar, las personas de más abajo, me preguntaban, ¿Qué hacen las niñas? Digo, allí están, pasmadas. Yo no sé qué hacen. Digo, no entienden, no hablan, no dicen nada, están allí de rodillas, están mirando al cielo con los ojos clavados al cielo, dije. De todas maneras, yo no sé, y yo me vine para casa.

No me estuve, a más historia. Entonces ya hice el comentario con algún otro vecino, digo: - oye, yo estuve allí arriba viendo todo esto, y oye, que será, que podrá ser, bueno. Esto ya iban transcurriendo más días, ya venía más multitud de gente de los pueblos de por ahí y algunos que se venían hasta por la mañana, por la mañana, para coger sitio. Después ya los chicos del pueblo..., ese es el motivo por el cual le llaman el cuadro, donde se apareció la Virgen. Como se aglomeraban allí toda la gente, pues que discurrieron, el coger unas estacas de madera, y unos palos y hacer con una barra un poco de hoyo para colocarlo en aquellas rocas para fijar un poco. Hacer como un cuadro de protección para cuando éstas niñas llegaba allí que la gente no se les fuera de encima, porque la ...

El torrente de narraciones, continuaba aflorando de la boca de Pepe, la cual, de vez en cuando, se la secaba con un pañuelo azul a cuadros, totalmente arrugado, que sacaba del bolsillo, con manifiesta dificultad. Este gesto lo repetía, cuando quería concederse un pequeño descanso y ordenar el tropel de ideas que acudían a su mente joven, y ágil.

Después vinieron las vivencias experimentadas durante los primeros rosarios rezados a la luz de las linternas, pues la pública no existía, como tampoco existía el asfalto o las aceras en las estrechas y pedregosas callejuelas. No obstante, el espíritu de sacrificio de aquella gente suplía con creces las escasas comodidades materiales que se podían disfrutar en el remoto pueblo de la montaña. Y sobre todas las vivencias, penalidades y carencias, como bálsamo reconfortante, las tertulias entre los paisanos, para transmitir sus dudas y sus inquietudes. No había rincón, que no estuviera enterado de las aventuras de sus cuatro hijas, por aislado que fuera. Conversaciones entre los lugareños y entre ellos y los forasteros, sin olvidar al señor cura párroco.

A modo de confidencia, Pepe me desveló, como D. Valentín, solía subir a Garabandal, con una pequeña libreta o cuaderno, donde iba apuntando los sucesos del día, todas las veces que sus obligaciones como cura párroco de Cossío y las inclemencias atmosféricas, no se lo impedían.

Esta declaración me dejó momentáneamente indiferente, pero cuando por la noche, ya retirado al calor del dormitorio en la casa de huéspedes de Serafín, repasaba los acontecimientos acaecidos durante la jornada, volvieron a hacerse presentes sus palabras:

- "D. Valentín acude siempre con un cuadernillo, donde anota todos los acontecimientos que ocurren durante el día".

De repente, saltaron todas las alarmas de mi cerebro, avisándome que precisamente, esas anotaciones, serían una información vital, para conocer exactamente, cuáles fueron los acontecimientos de las apariciones, pues al actuar como cronista improvisado, y confidente de las niñas, sus escritos reflejaban la realidad de su historia. Un escalofrió recorrió mi cuerpo de cabeza a pies. No tardé ni un momento en decidirme. Tenía que encontrar el Diario de D. Valentín.

Sentí una sensación placentera, creada por la mezcla del calor que iban adquiriendo las mantas, y por la esperanza de disfrutar de la lectura de unos episodios tan interesantes y desconocidos, al haber tomado esa decisión.

Como premio ante lo que consideraba un logro, puse nuevamente un momento el magnetofón en marcha, volviendo a escuchar la narración que pocos minutos antes acababa Pepe de hacerme sobre sus vivencias a mediados del año 61.

...porque la gente era que se les iba encima a ellas, bueno. Y ese es el motivo por el que se les quedó el nombre del cuadro, en el punto aquel... y eso, bueno.

Y ya iban transcurriendo días, y es cuando empieza a llegar ya médicos, y un médico que teníamos aquí, un médico de cabecera, y otros acompañantes que serían médicos que serían, no sé, alguien, que sería que les acompañaban, sí que hizo la prueba, que incluso, fue una prueba dura.

Pero y yo, a partir de entonces, entonces no me gustó, pero a partir de entonces consideré que era una prueba como otras muchas que hicieron, que era necesaria hacerlas para saber, porque ese día el medico nuestro, el médico ese y otro chico que le ayudó a intentar levantarla y quitarlas de allí, y que eso, pues le gritaban la gente le gritaba, le chiflaban le insultaban, y la verdad él no hizo caso, él hizo su trabajo como médico, pues se ve, que era una prueba para certifica que había alguna cosa rara, o no, total que pasando esto, pues ya vimos aquel día el punto... muy raro, totalmente raro, de que entre el médico y el otro señor no fueron de suspender a la niña que cogieron que era Conchita.

La dejaron sobre la punta de un pie y quedó como esas estatuas, que hay, que están como pegadas, como esas figuras que se ven en muchos sitios que están pegadas, que están fijadas sobre... por ejemplo, vemos una estatua de un caballo con un general, con un ... y que están a lo mejor atornilladas sobre dos patas y las otras las tiene al aire o, bueno cosas así, totalmente se le parecía a una figura, de ésas.

En la postura que estaba, como la levantaron el cuerpo, pero la dejaron de pie sobre el medio pie yo creo que era el pie derecho, apegado al suelo.

Esto ya llamó la atención, de ¿por qué esta niña se quedó así?, pero se quedó bastante tiempo, no es decir que un minuto o cinco se quedó yo creo que hasta que se les terminó el éxtasis o cambiaron de vuelta, o no sé yo, ya este jaleo.

Entonces ya, todas las personas que estábamos allí, todos los comentarios eran que algo raro pasaba y que no había quien lo entendiera, quien lo entendía, o quien nos diría o que era lo que pasaba.

Y así fueron transcurriendo los tiempos, y las cosas. Después seguidamente ya empezaron a tener los éxtasis por todo el pueblo, a visitar los enfermos que había, siempre había algún anciano o alguna persona algo enferma o, en fin.

Bueno pues. Ya te digo que después de todo esto es cuando... de todo esto que he venido diciendo, esto son esos principios, de lo que ignorábamos, de lo que no

conocíamos, de lo que no habíamos visto, como no vimos lo que hemos ido presenciando después, y luego, es cuando viene ya, todas las cosas que hemos ido hablando.

Yo por lo menos de todo lo que he presenciado yo, y como yo pues otras muchas gentes y tantas como lo vieron, y una de las cosas más importantes... Bueno para mi comprensión es, es entre esta cantidad de personas que vinieron, unas en un tiempo, otras en otro, del extranjero, de España, otras de un lado y de otro como personas entendidas, como decir yo...

Que hacen estudios y de fenómenos con conocimiento de fenómenos que ocurren o que existen o que hay... y esto es lo que nos ha hecho a nosotros convencernos de que no era una cosa natural, porque es todavía hoy el día a la fecha que no hay ninguno de todos estos personajes que haya dado por zanjado esto.

Tiene este contenido o bien de esto, o de lo otro, o de tal no. Si no que todo el mundo termina diciendo, pues esto como no es natural, no hay quien lo entienda. Y la mayoría de las personas que particularmente lo han acogido por creyentes, vamos porque es cosa sobrenatural de la Virgen, pues esos lo único que dicen es que nada, que solamente se puede creer lo que se vio y lo que las niñas dicen, y lo que ellos ven, porque las historias están en los libros, médicos que se han atrevido a certificar de que han hecho pruebas de una cosa y todo eso y lo único que sacan en concreto en limpio es que es cosa de la Virgen, que es cosa sobrenatural.

Y por esto digo que así han ido pasando todas aquellas épocas, aquellos tiempos como yo después tuve mucho interés en seguirlas, cuando tenía tiempo y claro el tiempo que yo tuve fue el siguiente. Yo trabajaba todo el día y había varias veces que tenían éxtasis, durante el día, al medio día, las menos veces o pocas veces, normalmente a las tardes y en particular a las noches. Entonces cuando a mí me cogía ya en casa, en la calle, donde fuera, porque estaba pendiente de ello, y este es el motivo por el cual yo presencié tantas apariciones y, bueno, y de ello puedo decir muchas cosas. Hay algunas veces que tengo humor para contarlas...

Lentamente, iba notando en mí el efecto relajante producido por la mezcla de la tranquilidad de la noche y la placentera sensación del calor de la manta, el cual me iba conduciendo a un sueño cada vez más profundo. La voz que salía del magnetófono, se iba volviendo más distante y más pesada, no haciendo nada yo por mi parte para evitarlo, hasta el punto que perdí la noción del espacio y el tiempo. No sé cuánto tiempo permanecí en este estado. Si recuerdo que un

pequeño clic, producido por la parada automática de la cinta, me despertó momentáneamente, teniendo la vaga sensación que se había detenido su reproducción. Igual que yo se disponía a descansar, hasta el día siguiente, acompañándome en mi cada vez, más profundo y reparador sueño.

1ª Parte. Capítulo III. EN BUSCA DEL DIARIO

Rábanos, pimientos rojos, cebollas, diferentes tipos de productos del campo, aparecían colgados en los balcones y en las fachadas de las humildes casas, construidas con las piedras de los montes colindantes al pequeño pueblo, donde solamente los días de fiesta y cuando el tiempo lo permitía, acudía el Sr. Cura párroco de Cossío y Garabandal, a celebrar la misa vespertina. El camino de acceso por aquellos tiempos, solo era transitado a pie y a lomos de caballerías, tales como burros, yeguas o caballos (este era el caso de la Guardia Civil de Puentenansa) De vez en cuando algún coche adaptado a las piedras del camino, con protección especial en la parte inferior para no romper el cárter del motor, subía transportando a los visitantes que requerían sus servicios.

Don Valentín Marichalar, cura rural, acostumbrado a las charlas con sus parroquianos, y buen conocedor de la chiquillería del pueblo, a los que, por supuesto había bautizado, solía utilizar el burro como medio de transporte. No era muy aficionado a la escritura a juzgar por lo que me referían sus allegados, los cuales conocían bien sus hábitos diarios; no parecía tener ningún interés en practicarla. Amigo de la buena mesa y de los paseos a pie, prefería rezar el rosario en la pequeña iglesia, que tener que redactar los acontecimientos del día. No obstante, los caminos del Señor no son como a nosotros nos gustarían, y en esta ocasión a D. Valentín, párroco del pueblo de las apariciones, no le quedó más remedio, que, a modo de improvisado historiador, ir plasmando los acontecimientos que empiezan a suceder de forma extraña en su parroquia, "*para que si en un futuro*", fuera necesario, como él decía, conocer la verdad de lo allí sucedido, contado por un testigo de primera línea, su testimonio pudiera ser tenido en consideración.

¿A quién se le iba ocurrir escribir un diario en un lugar donde nunca ocurre nada? Para aquellas tranquilas gentes, la variedad estaba en las tertulias dominicales a la salida de la iglesia, los partidos de bolos enfrente de la casa de Conchita y la pequeña convivencia que se hacía en la única taberna del pueblo, perteneciente a Ceferino, padre de Mari Loli, que también hacía las funciones de alcalde pedáneo, en aquel recóndito pueblo donde por supuesto, no había Ayuntamiento.

Y esta tranquilidad hubiera continuado por siglos, si no llega a ser por el alborozo que se produjo un 18 de Junio de 1961, cuando cuatro niñas comenzaron a testimoniar que se les aparecía un Ángel y que en fechas próximas recibirían la visita de la Madre del Cielo. Todo esto no podía pasar desapercibido y menos para el Señor cura párroco. Así que no tuvo más remedio que empezar a escribir, a modo de cronista y sin mucho ánimo, a decir verdad.

De esta forma, fue plasmando en una serie de cuadernos y con su característica letra pequeña, de forma resumida, casi telegráfica diría yo, las incidencias más reseñables de las jornadas. Bien es cierto, que todos los días no se encontraba presente en el lugar de los acontecimientos, pero eso no fue impedimento para reflejar lo ocurrido. A modo de informadores eventuales, los propios habitantes, curas que permanecían en el pueblo, visitantes, etc., le facilitaban los datos suficientes para continuar con la narración de los sucesos, de forma más o menos diaria.

Siempre me ha causado fascinación poder leer este diario, escrito de esta forma tan directa y en el justo momento en el que tuvieron lugar los hechos. Mi curiosidad me llevó a preguntar por él a todos los que, de una forma directa o indirecta, habían tenido contacto con el cura párroco. Pero para mí desgracia, nadie podía facilitarme información de su paradero. Y esta dificultad se fue transformando en obsesión. ¿Quién como él podría saber lo que sucedía durante las apariciones? Era el confidente de las niñas, era su confesor, conocía las familias, al brigada. Era el que informaba al Obispado y el primero que solicitó una Comisión para estudiar los acontecimientos que estaban ocurriendo en su parroquia. Fue visitado por las niñas en éxtasis durante las noches que pernoctó en el pueblo. Cuando fue obligado a tomar “vacaciones forzosas” como él las denominó, extrañamente, cesaron las apariciones, como si la Virgen no quisiera aparecerse, si no estaba el párroco en el pueblo.

Estaba claro que era, junto a las niñas, una pieza muy importante en el entramado que se estaba empezando a tejer alrededor de aquellas casas, aquellas protagonistas, aquellos visitantes y todo lo que de una forma directa o indirecta tuvo contacto con los acontecimientos de aquellos años.

Su legado no ha sido amplio. Tal vez lo único que perdure sea alguna carta manuscrita, alguna pequeña conversación recogida en cinta magnetofónica, y los escritos que poco a poco fue recopilando, no con intención de notoriedad o publicidad, sino más bien, como datos históricos para la posteridad. Dicho diario no salió nunca a la luz pública, de forma oficial. Si bien es cierto que pudo ser leído por personas próximas al párroco, o tal vez utilizado para obtener información

parcial, para algún trabajo de investigación, la realidad es que no era de dominio público. Y, sin embargo, era un documento de vital importancia dado la personalidad y relevancia de su autor.

Todo esto creaba un halo de misterio que hacía más atrayente, su lectura. Pero, ¿dónde estaba el diario? Tal vez se había perdido, tal vez había desaparecido para siempre. O tal vez, dormía desconocido en el fondo de algún viejo cajón de alguna casa olvidada.

Durante una entrevista mantenida por el párroco con el escritor del "Pueblo Habla" el Sr. Ramón Pérez, hace alusión a él con las siguientes palabras "... si Dios le llama antes de que el caso de Garabandal sea definitivamente aclarado, su testimonio no se habrá perdido, pues lo ha escrito de manera detallada y depositado en lugar seguro..."

Luego, no hay duda, de que el diario fue escrito y depositado en lugar seguro. ¿Pero a qué lugar se refiere D. Valentín? ¿Está en algún cajón, en alguna librería, en alguna biblioteca, o por el contrario quiere decir que lo ha depositado en las manos de alguna persona "segura"? ¿Tal vez algún pariente, algún sacerdote conocido, algún amigo? "Tendré que empezar a investigar y permanecer con los ojos y los oídos abiertos", pensé en aquellos momentos, a la espera de que me llegara alguna información que me fuera de interés. No me resultaba fácil, en primer lugar, por no conocer a las personas con las que habitualmente convivía D. Valentín. Muchas habían muerto; otras ya no residían en el pueblo, y las que, si lo hacían, no sabían nada del tema. Y, en segundo lugar, yo no resido en Cantabria, lugar donde con toda seguridad, debería empezar mi búsqueda. Desde luego no iba a resultar una tarea fácil, pero no me amedrentaba. No sabría decirlo a ciencia cierta, pero intuía, que de una forma u otra lo iba a obtener.

Fueron transcurriendo los días, las semanas y los meses. La información que ansiaba no llegaba. Como si un terremoto hubiera guardado en las entrañas de la tierra, todos los datos relativos al famoso diario. Y por fin... un día a través de la revista escrita en inglés: "Needles", en una foto retrospectiva, me vino un poco de luz. En dicha fotografía aparecía el P. José Ramón García de la Riva, mostrando el diario de D. Valentín.

El padre D. José Ramón, uno de los sacerdotes, que de forma directa participó en los acontecimientos de Garabandal, durante la época de las apariciones y cura párroco de Barro en la provincia de Asturias, había recibido la noticia en fechas próximas al comienzo de los eventos, y allí acudió con su famosa moto Roe, en busca de información de primera mano. Con el tiempo se convertiría en uno de los

personajes íntimamente relacionado con los sucesos, juntamente con el P. Ramón Andréu. Llegó e escribir un libro titulado “Memorias de un cura de campaña”, siendo el primero en introducir el uso de los rosarios, durante las apariciones de las niñas. Fue el artífice de la famosa “foto a la Virgen”. Él fue, haciendo las funciones de cura párroco, el que cerró por primera vez, las puertas del templo, a las niñas en éxtasis, siguiendo instrucciones del obispado, al que debía obediencia. Y por supuesto, compañero de fatigas de D. Valentín, el cual depositaba en D. Ramón la responsabilidad de cuidar de la Iglesia, durante sus frecuentes ausencias al obispado de Santander.

De repente, se me cayó la venda de los ojos y vi claro el tema. Quien mejor que D. Ramón, para guardar el querido diario. Ese era el lugar seguro. O, mejor dicho, la persona segura.

D. Valentín ya había muerto, y no sé por qué extraña asociación de ideas, intuía que D. Ramón también tendría que haber fallecido. Esta errónea conclusión me retrasó en mi empeño de buscar la información en la dirección correcta. En lugar de seguir avanzando, me quedé estancado pensando que nuevamente, me encontraba en un callejón sin salida.

No obstante, la buena estrella vino nuevamente en mi ayuda. Esta vez a través de un programa de televisión, monográfico, dedicado a las apariciones marianas, donde participaban personajes que habían asistido en diferentes lugares de la geografía española, a visiones relacionadas con la Virgen y a todo lo que eso conllevaba. Asistía indolente al desarrollo del debate, cuando en un momento determinado, se levantó de su asiento entre el público un espectador, más bien mayor con sotana negra y que se identificó como testigo de los acontecimientos de Garabandal. Mi interés por el nuevo personaje fue en aumento a medida que iban transcurriendo los minutos del programa, tratando de identificarlo, pues su cara no me resultaba desconocida. Al final y de forma totalmente ocasional sonó por algún rincón el nombre de D. Ramón García. Esto fue el detonador que hizo saltar mi alegría, al comprobar que el Sr. Cura párroco de Barro, al cual consideraba muerto, continuaba vivo y en perfecto estado de salud. Un nuevo camino totalmente esperanzador, se habría ante mí, para alcanzar el tan deseado diario de D. Valentín.

Lo que sucedió a continuación es fácil de imaginar. Lo primero que hice el día siguiente, fue solicitar en información, el teléfono de la pequeña parroquia del pueblo de Barro, en la provincia de Asturias. Mientras marcaba el número que me habían facilitado, mi corazón latía con una intensidad poco usual, debido a la emoción que estaba experimentando, ante la perspectiva de poder hacerme con el

famoso manuscrito. No podía creer lo que me estaba sucediendo. Realmente sentía que estaba teniendo suerte. No es normal que me salgan las cosas tan bien. Se podría decir que no era de las personas pesimistas, pero tampoco me consideraba optimista. Sin embargo, en estos momentos me creía afortunado por lo bien que se iban desarrollando los acontecimientos

De pronto una voz al otro extremo del hilo telefónico, me sacó de mi abstracción.

- ¡Dígame! La voz de hombre sonaba lejana y profunda. Estaba claro que pertenecía a una persona mayor. Tal vez, era el propio D. Ramón, el que me estaba hablando. -Buenos días, contesté. ¿Es D. Ramón García de la Riva?

-No señor, D. Ramón se jubiló hace unos cuantos años. Ya no reside en Barro. Marchó a un pueblo de Asturias, creo que cerca de Villaviciosa.

-Vaya, que casualidad. ¿Y Ud. me podría indicar en que casa vive?

-Pues está alojado en la misma casa parroquial. Aunque está jubilado, ejerce su apostolado de párroco en unos cuantos pueblecitos de la zona.

- ¿Me podría facilitar su número de teléfono?

-Pues, espere un momento. Creo que está anotado en la guía que tengo en el cajón. El sonido producido al dejar el teléfono apoyado en algún mueble desconocido para mí, me produjo un ligero sobresalto. Se oían ruidos de fondo, procedentes seguramente de abrir y cerrar cajones, en busca de la información que se había brindado a ofrecerme.

Tras una pausa, nuevamente volvió a sonar la voz lejana y profunda, indicándome la población exacta y el nº de teléfono al que debía llamar para poder contactar con D. Ramón. Le agradecí sinceramente la información que me había facilitado y una vez hube colgado el auricular lo volví a descolgar marcando en esta segunda llamada el nuevo número que me acababan de facilitar. El teléfono estuvo sonando con su monótono ritmo en espera de que alguien lo descolgara en el otro extremo, hasta que súbitamente la llamada se cortó. Estaba claro que no estaba en casa, o le habían cambiado el número. Esta última idea me preocupaba, pues me abocaba nuevamente a un callejón sin salida. Tratando de ser positivo, decidí volver a llamar más tarde en la esperanza de encontrarlo y poder concertar una entrevista para un futuro inmediato, aunque esto me obligara a tener que desplazarme hasta la vecina Asturias.

Mi curiosidad me llevó al salón de casa donde tengo guardado un mapa de carreteras de bastante exactitud. Inicié la búsqueda del pueblecito que me habían indicado a partir del ya conocido Barro y tratando de localizar en primer lugar Villaviciosa, cosa que no me resultó difícil pues tenía referencias que se encontraba en la costa, en dirección hacia Gijón. Pero, sin embargo, el pueblo en cuestión al que hacía unos minutos se había referido el sacerdote que tan amablemente me había atendido, no aparecía ni bien ni mal. Tal vez se trataba de esos pueblos tan pequeños que no aparecen ni en los mapas.

Desde la perspectiva actual en que ahora me encuentro, mientras garabateo estas líneas en el papel, vuelven los recuerdos con la emoción con que fueron vividos en aquellos momentos tan intensos, y a pesar de los años transcurridos, todavía resuenan en mis oídos las primeras palabras con que me recibió el buen padre cuando aquella memorable tarde, y contestando a mi llamada, me sorprendió con su amabilidad y disposición, a facilitarme todo lo que estuviera en su mano. Se le veía dispuesto a colaborar y con un buen sabor de boca, sobre las vivencias experimentadas en aquellos lejanos años del 61. Me dio la sensación de mantener perfectamente claros en su memoria los recuerdos entrañables de aquellas épocas, muchos de los cuales, había sido él, actor fundamental con las niñas.

Antes de entrar en el tema que me había conducido hasta la situación actual, traté de estudiarlos, de la misma forma que el caminante gusta de conocer el camino, por donde se va a internar, con el fin de saborear mejor las bellezas que va descubriendo, y no pasar por alto, la que se encuentra escondida entre los senderos poco frecuentados y que al final resulta lo más bonito, ya que nadie lo ha estropeado. Siempre me ha gustado planificar las cosas para no tener sobresaltos, cuando tratas de realizar una misión que en principio puede tener algún percance. No sabía cómo iba a responder ante mis insólitas peticiones teniendo en cuenta que habían pasado muchos años, desde que terminaron los acontecimientos que tanto interés habían despertado en mí. Me gustaba mirar y analizar todo, hasta el más mínimo detalle. Todo me podía servir, aunque aparentemente no tendría ninguna utilidad. Hasta el reloj estropeado, marca la hora correcta, dos veces al día.

Desde el primer momento, noté una conversación afable y coherente, lo que decía mucho en su favor. Es más, parecía que él era el encargado de llevar la conversación por los derroteros que a mí me interesaban, con lo que era sumamente fácil, mantener el hilo conductor a pesar de la frialdad que supone hablar por primera vez con un desconocido, al que no puedes transmitir ni el calor

de tu mirada. Al final y de la forma más natural, surgió el tema motivo de mi llamada sobre el que tanto interés tenía en llegar, haciendo de la forma más discreta posible, temiendo que tal vez podría cerrar sus puertas ante la petición que le realizaba, ante la tesitura de perder tan valioso documento. Le dije, como me interesaba el Diario de D. Valentín y como estaba dispuesto a ir a buscarlo y devolvérselo en perfecto estado. Bajo ningún concepto pretendía quedarme con él. Soy de las personas que cuando alguien le deja un libro, trato de leerlo lo antes posible, para devolverlo, pues comprendo que son pequeños tesoros que nos gustan guardar y que, además, en algún momento determinado recurrimos a ellos para cualquier consulta que se nos presente.

Su voz cambió súbitamente, haciéndose más pesimista y más grave. Estaba claro que no quería desagradarme, pero el "no puedo" que me dijo fue suficiente para que se derrumbara todo mi edificio al igual que si hubiera puesto cargas explosivas en sus cimientos. A duras penas pude comprender sus explicaciones, cuando daba por hecho que ya era mío y lo único que me restaba era ir a recogerlo. El "no puedo" era definitivo. No se trataba de no quiero, lo cual tendría arreglo, sino que su negativa estaba fundada en que no tenía el documento y lo peor era que no tenía esperanza de recuperarlo. No hacía muchas fechas, una señora que lidera un movimiento pro garabandalista en América, se lo había pedido prestado, para poderlo utilizar en la redacción de artículos para la revista que, en aquellas lejanas tierras, se edita y de la cual no poseía ni el número de teléfono para poderla localizar ni la dirección de correos. Como única referencia pude obtener con grandes dificultades que solía frecuentar la posada que hay en la entrada del pueblo de Garabandal regentada por el marido de una de las hermanas de Loli.

El buen padre me explicó, que todo lo que poseía relacionado con las apariciones y que se lo habían pedido, todo, volvía a repetir, lo había dejado con la mejor voluntad, y ahora se encontraba que no tenía absolutamente nada, pues la correspondencia de la gente no había sido la que él esperaba.

Así que nuevamente, me encontraba con las manos vacías. El Diario que tanto ansiaba se encontraba en América, en paradero desconocido, y la única pista que tenía, para continuar la búsqueda, era un punto en la línea de conexión entre América y el documento que se encontraba en Garabandal. Nuevamente la experiencia me demostraba que en esta vida todo tiene su relación, hasta cuando menos lo esperamos.

En este momento querido lector o lectora, vas a permitirme que hagamos un alto en la descripción de los acontecimientos que por aquellas fechas ocurrieron, para que mis recuerdos puedan reposar y aclararse, igual que las aguas

tumultuosas que bajan después de una tormenta, por el cauce del río, necesitan calmarse para depositar su carga de arcilla y quedar limpias y transparentes

Y hablando de relaciones, siempre recordaré la curiosa correspondencia que en cierta ocasión leí, entre los modernos cohetes propulsores SRB (Solid Rocket Boosters) construidos por Thiokol en su factoría de UTA utilizados por las Lanzaderas Espaciales y los traseros de los caballos.

Podríamos comenzar hablando del ancho de vía de los ferrocarriles de Estados Unidos, pues, aunque los ingenieros aeroespaciales que diseñaban los cohetes, pensaron en hacerlos más grandes, se encontraron con el problema de que la línea férrea por la que tendrían que circular dichos ingenios desde su fábrica al lugar de utilización, tiene que atravesar la zona montañosa a través de túneles, los cuales son ligeramente más anchos que el propio ancho de vía. Y da la casualidad que este ancho de vía es de 4 pies y 8,5 pulgadas, un número bastante extraño, pero que resulta ser más o menos el ancho de dos traseros de caballo.

¿Y por qué se usa esa anchura precisamente? Pues porque en Gran Bretaña se utilizan estas medidas y da la casualidad de que las americanas fueron construidas por ingleses expatriados en aquellas tierras del nuevo continente. Y la nueva pregunta es. ¿Por qué los ingleses utilizan este ancho para sus vías ferroviarias? Pues porque los primeros ferrocarriles ingleses fueron construidos por las mismas personas que habían construido los antiguos tranvías y esa era la anchura que utilizaban. ¿Y por qué ellos usaban esas medidas? Porque utilizaban las mismas plantillas y las mismas herramientas que se usaban para construir carruajes, los cuales tenían esta medida, para los ejes de sus ruedas. Y ¿por qué la distancia entre las ruedas de los carruajes, tenían este valor de 4 pies y 8,5 pulgadas. Pues porque si hubieran sido otros, seguramente al circular los carruajes por los viejos caminos ingleses, se hubieran roto al tener que moverse por las viejas roderas que en ellos existían, roderas que venían de los tiempos de los imperios romanos.

No nos olvidemos de que las primeras carreteras de larga distancia en Europa (e Inglaterra) fueron construidas por los romanos para el uso de sus legiones y desde entonces han seguido siendo usadas, con el consiguiente desgaste y la aparición de las citadas roderas. Los carros de guerra de las legiones romanas fueron los causantes de las citadas marcas en el pavimento de las vías de circulación y cualquiera que posteriormente quisiera circular, tenía que reproducir las medidas iniciales ante el temor de poder destruir las ruedas de sus carruajes. Ya que los carros fueron hechos por los romanos, todos eran iguales en cuanto al espacio entre ruedas; por lo tanto, el ancho de vías estándar en USA deriva de las especificaciones originales de los carros de guerra romanos. Carros de guerra

romanos que se hicieron con del ancho justo para acomodar los culos de dos caballos. Con lo cual tenemos respuesta a la pregunta inicial. Así pues, el diseño de los cohetes impulsores de los sistemas de transporte más avanzados del mundo fueron determinados hace más de dos mil años por el ancho del culo de un caballo.

Y la misma sensación de extrañeza que experimentas en este momento, querido lector o lectora, al ver la relación entre América y los caballos, experimenté yo al ver la relación de mi querido Diario perdido en América, con mi también querido Garabandal, donde se mueven los caballos tirando de los carros de paja para el ganado. Dejemos ya estas digresiones de mis recuerdos y volvamos a retomar el hilo del relato en donde lo dejamos, unas cuantas líneas antes, cuando el padre Don Ramón me comunicaba el paradero desconocido del Diario.

Rápidamente y por no cansarte diré que volví nuevamente al pueblo de las apariciones, buscando a la hermana de Loli, Sari a la que, por supuesto no conocía, la cual me dio razón de la persona que había solicitado la documentación de D. Ramón García de la Riva. Intentamos comunicarnos con ella, pero resultó esfuerzo inútil. Sus continuos viajes no daban pie a localizarla. Al final tuvimos que esperar a que contestara a nuestros numerosos mensajes, con el fin de poder informarle de nuestro propósito. Pero de la misma forma que una pelota choca contra un muro y retrocede, así sucedió con los diversos intentos de obtener alguna información válida. Todo era desconocimiento del tema, falsas interpretaciones, relacionadas con el Diario, aduciendo que los documentos recibidos eran de nulo valor y por supuesto, no había nada del dichoso manuscrito de D. Valentín. Esperé incluso a tiempos más favorables, en que anunció su visita al pueblo de las montañas, para concertar una entrevista y directamente poder resolver el tema, que tan preocupado me tenía. Nuevamente mis esfuerzos por obtener algún resultado positivo, fueron nulos. Era de todo imposible obtener algún dato que me pudiera dar alguna esperanza de poder recuperar el primitivo documento del párroco. Vencido por la evidencia de la realidad opté por volver a contactar telefónicamente con D. Ramón, haciéndole conocedor de mis averiguaciones y del fracaso en los intentos de su localización. No daba crédito a lo que oía. Era de todo punto imposible, el que no tuviera en su poder los tan buscados documentos. Tenía que haber un error y encontrarse en algún sitio traspapelado.

Pero la cuestión era. ¿Dónde se podría encontrar realmente el documento original? Los esfuerzos realizados habían sido importantes y me sentía defraudado con mis logros, preguntándome continuamente, que es lo que podría hacer. De momento lo único razonable era esperar a ver si de nuevo saltaba alguna información por algún sitio que pudiera ser de utilidad.

El tiempo continuó transcurriendo con su lentitud característica, haciendo que los días parecieran más lentos de lo habitual. De ninguna forma, renunciaba a mi precioso tesoro y aprovechaba cualquier acontecimiento, ya fuera local o del extranjero, para hacer indagaciones que me pudieran colocar nuevamente en la dirección adecuada. Sabía que era cuestión de tiempo, convencido de que tarde o temprano, se haría luz en la aparente oscuridad que ahora me rodeaba.

Y como dice el refrán "El que no se arriesga no cruza el océano", tomé la iniciativa de efectuar una visita personal al buen padre con la firme convicción de que no iba a ser un esfuerzo en balde. Estaba convencido de que un encuentro personal me reportaría beneficios que no podría valorar si no lo realizaba. Total, no tenía nada que perder; lo único que podría suceder es que tuviera que volver con las manos vacías, cosa realmente improbable, pues disponía de un magnetófono, en el cual podría quedar registrado su testimonio, al igual que ocurrió con el caso de Pepe.

Esto me terminó de decidir y rompiendo mi natural timidez, volví a llamarle por teléfono. Como en la primera ocasión, una voz afable me contestó al otro extremo del hilo telefónico.

- ¿Dígame?

-Padre, soy otra vez yo, Félix de Bilbao. Lo he pensado mejor y he decidido ir personalmente a saludarle y a ser posible, mantener una charla sobre una serie de cuestiones relativas a sus visitas a Garabandal. Especialmente quisiera conocer su versión personal, sobre la primera vez en que acudió al pueblo, así como la historia que he leído en algún libro, relativa a la foto que Loli sacó a la Virgen, cuando se encontraba en éxtasis, con una cámara de fotos suya.

-Pues bien, me contestó, pero ya tendrá que ser la semana que viene. estoy terminando una tanda de ejercicios espirituales, y no puede ser. Por cierto, coja papel y lápiz para ir anotando la forma de llegar hasta este lugar. No es difícil, pero la primera vez, puede resultar un poco complicado.

Y de esta forma tan sencilla, quedó fijada la fecha para nuestro primer encuentro, en el cual además de poder hablar directamente con uno de los testigos más cualificados de los asombrosos acontecimientos de los años 61 y sucesivos, tal vez podría obtener alguna nueva pista para continuar la búsqueda de los manuscritos del cura párroco D. Valentín, que tanto me interesaban y de los que estaba seguro poder obtener información no reseñada hasta entonces en ninguna de las múltiples biografías que con relación a estos temas, existen.

2ª Parte. Capítulo III. EN BUSCA DEL DIARIO

El viaje se inició con el consabido retraso, debido al corte de agua que tan habitual era por aquellas fechas, lo cual obligó a realizar mi higiene personal, en condiciones más bien precarias, utilizando el vital elemento almacenado en un pequeño bidón, que a modo de reserva solíamos tener para estas ocasiones.

Se presentaba espléndida la mañana, desde aquellas madrugadoras horas, con un cielo ligeramente salpicado de pequeñas y algodonadas nubes blancas, a modo de fantasmagóricas naves cruzando el inmenso cielo azulado. La brisa fresca, haciendo las veces de tonificante baño, acariciaba mi rostro a través de la ventanilla que llevaba totalmente abierta, permitiéndome de este modo apoyar mi brazo en el bastidor, al estilo de real emperador que controla sus posesiones desde su trono.

La primera mitad del camino me resultaba harto familiar por ser trayecto común al de mi querido pueblo de Garabandal. Noja, Torrelavega, Cabezón de la Sal. A partir de aquí, continuaba el itinerario en línea recta dirección a la vecina comarca de Asturias, por la carretera que transcurre más o menos paralela a la costa, y con una densidad de tráfico, más bien alta, lo que produjo, un cierto nerviosismo, al no poder cumplir el horario que me había fijado previamente.

El citado tráfico sobre todo de camiones, se había intensificado desde las primeras horas, en que había comenzado mi periplo, y era de esperar que todavía iría en aumento, dado el gran comercio existente entre los diferentes núcleos industriales de la cornisa Cantábrica, por la que me encontraba en esos momentos. Esto en cierto modo facilitaba el circular relajado pudiendo apreciar con más facilidad el entorno que me rodeaba, aunque también producía una cierta falta de atención en la carretera que no me agradaba y por lo que resolví poner en alerta mis cinco sentidos, centrándome en la conducción, ya que me acercaba a San Vicente de la Barquera, donde la caravana de coches, seguro que me obligaría a parar y a salir de mi ensimismamiento. Por desgracia, así fue; los carteles en las puertas y en los soportales de los pequeños restaurantes, que habían ido creciendo a orillas de la carretera igual que las setas después de un día lluvioso, anunciaban todo tipo de frutos del mar, con sus respectivos precios. Langostas, gambas a la plancha, percebes, langostinos, nécoras, navajas, almejas, cigalas, bueyes, quisquillón...

El rememorar todas estas delicias produjeron un acto reflejo involuntario en mi estómago y en mi boca, segregando tanto jugos gástricos como salivares, dándome a entender lo condicionados que estamos a todos los estímulos externos que nos rodean. Nuevamente y a modo de película, comenzó a pasar delante de mi vista, todos los acontecimientos que habían ido sucediendo, desde el primer contacto que tuve con el tema de las apariciones, cuando sentado en el velador de una cafetería, leía la noticia del peregrinaje de fieles devotos de la Virgen.

Las experiencias vividas habían ido templando mi espíritu, purificándolo, igual que sucede con el oro en el crisol del joyero, haciéndolo más asequible a los vientos cambiantes, que habían comenzado a soplar, desde ciertos ambientes laborables. Notaba que la monotonía y la frialdad que había empezado a producirse en algunos sectores con los que me relacionaba habitualmente, habían comenzado a crear una corteza protectora gélida que aislaba de cualquier tipo de transmisión energética benéfica tanto hacía los demás como hacía mi propia persona. Las nuevas vivencias a modo de fluido térmico producían la fusión de la capa aislante, dejando al descubierto la auténtica epidermis, sensible y cálida, que siempre había tenido, volviendo a establecerse la corriente comunicativa y afectiva, vital para mantener un espíritu luminoso que, a modo de estandarte o foco brillante, sirva como guía para todos los navegantes que buscamos un rumbo seguro para arribar a nuestro puerto.

Todas estas reflexiones, las iba vivenciando, mientras quedaban atrás, pequeños pueblos pegados a la carretera a modo de cuentas de rosario, que se va desgranando, a la antigua usanza, como cuando en el colegio de los Padres Escolapios nos subían a la capilla, después de terminar nuestras clases vespertinas para los rezos y confesiones, incluyendo el famoso canto del “Salve Regina” con el que solían terminar los oficios religiosos de los viernes, antes de disfrutar del descanso del fin de semana.

Y como consecuencia de esta amalgama de reflexiones, recuerdos y kilómetros, mi coche, me iba acercando a mi destino donde pensaba entrevistarme con D. José Ramón García de la Riva, para prometerle que haría todos los esfuerzos a mi alcance y le entregaría personalmente, a modo de precioso regalo, una copia del famoso Diario de D. Valentín, volviendo con este pequeño acto simbólico, a restaurar la anomalía originada, por la anterior desaparición del preciado manuscrito.

A pesar de las indicaciones que me había dado, días antes por teléfono y de haber preparado un pequeño plano, a modo de guía para orientarme en aquella

zona carente de señalizaciones, únicamente accesible para los propios vecinos de las aisladas viviendas, no fue posible dar con él, en un primer intento.

Fue necesario ir hasta un pequeño pueblo al final de la carretera y sacar a una de sus vecinas de su hogar para que me indicara la posición correcta de la parroquia. Atrás habían quedado pueblos bien situados, tanto por su importancia histórica como emplazamiento privilegiado. Llanes, Barro, Llovio, Ribadesella, Villaviciosa, e incluso Amandi, pero a partir de este punto se perdían las referencias para seguir avanzando.

Con las certeras indicaciones de la buena campesina y retrocediendo por el camino andado, al cabo de unos diez minutos aparcaba mi coche en una campa colindante a la casa cural, adosada a la antigua Iglesia donde presumiblemente me aguardaban.

Tranquilo, sin prisas, paraba el motor y descendía del coche estableciendo contacto con la bien cuidada hierba, que todavía permanecía húmeda por la escarcha de la mañana. No me pareció necesario cerrar la puerta dado que no había riesgo de que robaran nada, recordándome la actitud que tuve cuando llegué al pueblo de las apariciones por primera vez, y pensando en la futura entrevista que me esperaba, abrí el capó extrayendo mi inseparable mochila, compañera de fatigas, en la que horas antes, había colocado un magnetófono, con una buena colección de cintas vírgenes; no deseaba por nada del mundo, quedarme parado por culpa de un problema de este tipo.

No puedo ocultar, que el corazón me latía más acelerado de lo habitual pues la perspectiva de encontrarme frente al hombre que tan directamente había vivido los acontecimientos que estamos reseñando, me abrumaba de tal manera, que temía no comportarme con la naturalidad que las circunstancias demandaban. La suerte estaba echada y yo delante de la puerta de madera, que daba acceso a la casa cural, me encontraba pulsando el timbre a la espera de poder franquearla y comenzar cuanto antes a lanzar la andanada de preguntas que tenía preparada. Esta se abrió y el hombre que apareció con su sotana negra hasta los pies y sonriendo, me invitó a pasar interesándose inmediatamente por mi viaje y por mi apetito. Qué curioso, pensé. Hacía unas horas me habría comido un buey con patas y todo como vulgarmente se suele decir, pero en aquellos críticos momentos lo único que ansiaba era ir cuanto antes al cuarto de baño; eran los nervios.

Subimos unas escaleras oscuras de madera dejando atrás una especie de tienda de todo tipo de productos que pueden interesar a los turistas, llegando al piso superior. En una salita reducida, atestada de cajas había una mesita baja,

encima de la cual se había depositado con gran cariño una serie de latas de conservas, aceitunas, botellas de vino, que me dejaron confuso.

-Es para que reponga fuerzas, me dijo el buen padre, viendo mi cara de extrañeza. Después de un viaje como el suyo es normal que se tenga que reponer fuerzas. Me trataba de Vd.; no obstante, no se presentaba lejano ni distante. Tal vez la edad y la educación recibida imponían unas normas de conducta.

-Gracias, muchas gracias, le respondí. Lo único que necesito en este momento es ir al cuarto de baño.

Súbitamente, una sirena de alarma, empezó a sonar de forma despavorida, creando una situación de confusión tanto para el sacerdote como para el que estas líneas escribe.

- ¡Ay Dios mío, la alarma! Tengo que llamar inmediatamente a la policía. No se asuste, enseguida vengo. Siéntase como en su casa. Y saliendo como una exhalación, me quedé solo en la estancia, acompañado únicamente por el clic monótono del reloj de pared, el cual acompasaba su sonido, con el movimiento de su dorado péndulo.

Aproveche la circunstancia para hacer una minuciosa inspección tanto de la salita donde me encontraba, como del vecino pasillo y sus aledaños. Un tresillo más bien antiguo, compuesto por un sofá donde descansaban libros apilados y en el cual me encontraba sentado, la TV en una esquina encima de una mesita de las que se utilizaban antiguamente para esos menesteres y la butaca donde previamente se había sentado D. Ramón, fueron los que más me llamaron la atención, tal vez por ser los primeros con los que me topé en mi camino hacia el cuarto de baño que me había mostrado el padre, antes de su precipitada salida.

Cuando entré en él, se notaba todo limpio, pero con el descuido propio del hombre que vive solo. Faltaba el toque femenino, pensé mientras miraba el peso que se encontraba en una esquina del suelo. Mi primera intención fue comprobar cuanto pesaba, pero me contuve pensando que tendría que descalzarme pues los zapatos lo hubieran ensuciado, con los restos de tierra que se había depositado al caminar desde el coche a la casa. Y, por otra parte, si me encontraba, D. José Ramón de esa guisa en el cuarto de baño, mi situación iba a ser un poco comprometida, teniendo en cuenta, que era la primera vez que me recibía. Así que con arto sentimiento, volví a la salita sentándome y aprovechando el tiempo mientras se resolvía la embarazosa situación de la alarma, para sacar la pequeña grabadora,

preparándola para comenzar a registrar todo lo que me contara a su regreso D. Ramón.

No tardó mucho tiempo en regresar, soltándome a boca jarro:

–Están pintando la Iglesia y se me olvidó desconectar la alarma, y cuando se dispara suena en el cuartelillo de la Guardia Civil. Por eso les tengo que avisar para que no vengan. Pero ya está desconectada y no nos volverá a molestar. Así que supongo que querrá que le cuente como fueron mis experiencias en Garabandal.

Lo que viene a continuación fue lo que quedó reflejado en la cinta, durante las tres horas largas que permanecimos hablando y que a modo de testimonio guardo en mi archivo particular, al cual van a parar todas las informaciones importantes que voy recopilando a lo largo de mis periplos, por tierras cántabras y asturianas.

Era un 22 de agosto. Ese día 22 de agosto... todos los años iba a decirle la misa solemne... a cantarle la misa solemne... de preste, con otros dos cómo se hacía antes; no había todavía... no se había permitido todavía celebrar misas, concelebradas.

Entonces yo iba allá, a Vidiago. Es un pueblo de cerca de Llanes... y ese año, pues ese año, ya nos habían trasladado de un lado a otro; a él le habían quitado de allí. A mí me habían quitado de donde estaba, y digo a mi padre:

-Vamos a Garabandal, si le parece.

Yo tenía una moto Roa... me marché, con él. Íbamos a Garabandal..., ya llevábamos todos... una anotación de todos los pueblos por donde teníamos que pasar. Según íbamos viendo... pues ala... a Puente Nansa, y después llegamos... pasamos allí, por donde el salto... la presa esa... caminando hacia allí, desde Pesués. Una prensa del Nansa, bueno.

Allí estuvimos un rato. Subimos... la moto se me estropeó en la carrera, ahí. Estaba tremendamente mal. Piedras por aquí, piedras por allí. Yo tenía que ir en primera. En primera y agarrando el embrague... y dándole todo lo que podía... y de pie, caminando para adelante.

Y por fin se me quedó. Porque los corchos del embrague se deshicieron... se desgastaron y la tuve que dejarla allí.

Y eso fue lo que a mí me vino bien, porque tuve que dejarla allí tres días. Yo estuve tres días en Garabandal. De otra manera hubiera tenido que venir de Garabandal con mi padre y tal.

Pero qué pasa, pues que al llegar arriba... es también desde allí hasta... debe haber, no sé, pero dos Km si hay... hasta arriba, hasta el pueblo. Y mi padre es asmático... y no le pasó nada. Subió y cuando avistó el pueblo, en aquella curva que se avista el pueblo, se puso... se sentó un poco a descansar algo, en la hierba.

Y después ya entramos en el pueblo. Entramos en el pueblo, y lo primero que dije fue:

-Bueno, ¿A qué hora son los éxtasis? Como si habría... y dicen:

-Pues, suelen ser después del Rosario, al atardecer. Entonces, ya le dije yo a mi padre.

-Mire aproveche este taxi que sube. Costaba doscientas o cuatrocientas pesetas, que eran como ahora dos mil o cuatro mil pesetas... o no sé cuánto.

La cosa que era que como tenía un hierro... una placa por debajo, para... porque si no, se podía romper... de hecho rompieron muchos la caja de cambios, o eso de aceite... y Bueno, le dije:

-Váyase, porque mañana... esto era un miércoles y el jueves tenía que estar con mi madre en Gijón... que entonces tenían que entrevistarse en la clínica... bueno, con el médico que él le iba a mirar la garganta.

Total, que se marchó.

Tuvo que ir desde Vidiago... hasta Vidiago, pudo ir. Pero desde Vidiago hasta Llanes, hasta Barro, tuvo que ir andando... tuvo que ir andando, porque no había taxi.

Era la fiesta aquella de 22 y tuvo que ir andando. La cosa era que mi madre por la mañana ya se había marchado a Gijón. Tuvo que coger el tren y marchar allí. Bueno.

Total, que yo me quedé allí y entonces, la primera casa donde me limpié las manos... que estaban todas llenas de aceite... de aceite de la Roa aquella, pues era la de Mari Cruz... pero no me enteré hasta después. Allá vino la madre. Me presentó una palangana. Me limpié con jabón y tal y después anduve buscando... bueno cuáles son

a las que se les aparece... y enseguida se vinieron. Al ver un sacerdote enseguida se vinieron a mí.

Estuve hablando..., no, Jacinta no, no hablé con ella. Hablé con Loli, hablé con Conchita y hablé con Mari Cruz. Con Loli era con la que no hablé; esa andaba por el pueblo. Hablé con Jacinta, Mari Cruz y Conchita, bueno. Llegó la hora de la noche y rechazaron el Rosario.

Los críos se ponían, allí, delante. Yo estaba allí, delante del Santísimo, en unas gradillas que había allí... iban a gran velocidad, como todos los críos, las niñas éstas. Estaba el padre Andréu, y antes de rezar el rosario, estaba diciendo que son acontecimientos, que son muy importantes para médicos, para místicos, teólogos, para toda clase de personas que tengan interés en esta clase de asunto y rezó el rosario, rezamos todos el rosario con él. Después yo me quede allí. Todos salieron... cuando salieron dijeron que estaban en éxtasis.

-Ah, pues yo me quedo aquí, dije. Una señora me habló y me dijo.

- ¿Que va a hacer Vd.?

-Pues yo me voy a quedar aquí, pues si hemos de ver algo será en la iglesia... siendo una cosa de éstas, será en la iglesia. Una cosa que no diría hoy. Pero, ellas andaban por el pueblo, y qué sé yo.

Cuando llegaron a la iglesia, venían de dos en dos. En esta ocasión venían Mari Cruz y Conchita, que eran las que estaban más delgadas, y aparecían siempre con la cabeza muy atrás y las manos así... como así, como para abajo, y no venían siempre de la misma postura. Pero iban con un crucifijo.

Los crucifijos los empecé yo a meterlos allí, porque al principio, daban piedras a besar... y después, se las llevaban la gente como testimonio de aquéllas cosas. Y algunas veces las piedras olían, cuando empezaron los perfumes... y que se llevó.

Total, que a una señora que tenía una librería, allí en Llanes, le compré todos los crucifijos que tenía, poco a poco, se los compré. Y las niñas luego, una los daba a unos, otra a otros y así dieron todos los que había, bueno.

Total, que los daban también a besar cuando yo estaba en la iglesia y como he dicho, venían de dos en dos.

Vino la comisión. Yo no sabía que era la comisión. Luego me enteré.

Yo no sabía quiénes eran. El padre de Loli me lo dijo. Y, un cierto día me dijo, que los de la comisión no solía subir juntos nunca. Eran cinco, y no subían los cinco juntos casi nunca. Siempre separados, y anotaban solo las cosas negativas y pedían siempre las cosas negativas. Nunca las positivas. Eso me dio una mala impresión, desde el primer día. Iban entrando de dos en dos. Una al parecer era Conchita... estaba quieta y con ella el doctor don Celestino Ortiz. Estaba tomándole el pulso pues al parecer había corrido... y entonces miraba a ver que daba el pulso, miraba las pulsaciones. Vinieron los de la comisión.

Se ponen delante de mí. Yo estaba de rodillas y el que hacía de presidente, que después ya lo supe, pero de momento no, me puso las manos aquí y dando la cara al público dijo.

- ¡Todavía sigue esta farsa! En alta voz.

El doctor Ortiz le contestó:

- ¡Aquí el único farsante es usted!

Y se miraron los dos y se conocieron. Entonces le dice, el presidente:

-Ven a la sacristía, que yo a ti que tengo que decir unas cuantas cosas.

Y empezaron a insultarse... Que si tú eres un analfabeto...

Que tú en esto no calzas, y no sé qué... que esto no es de tu competencia. Esto se lo decía don Celestino al otro pues éste era pediatra, y el otro era psiquiatra.

Y no tenía por qué estar allí un siquiatra.

Bueno, total, el presidente o el que hacía de presidente dijo: "En esto no creo pase lo que pase". En voz alta... y yo, maravillado. Pero bueno, quién es éste para decir que en esto no creo pase lo que pase. O sea, que si pasa un milagro... pase lo que pase... yo estaba desconcertado.

El otro, que era el secretario como luego me enteré, decía al fotógrafo, que era el del Racing de Santander, que no haría más fotos. Y decía el secretario, que era filósofo, y estaba diciéndole esto al fotógrafo. A él le podía engañar, pero a otro competente no…. pero decía, que daba clases de filosofía en el seminario, y entonces le decía el otro... Entonces usted ya tiene competencia para estas cosas.

Pero no sé qué tenía que ver la filosofía con la mística. Tendrá que ver, pero no mucho. Desde ese punto de vista de estudiar unas cosas, que son puramente sobrenaturales, que son de tipo místico... y no tienen nada que ver con la filosofía en este caso. Yo creo que nada...

Y había, unas fotografías preciosas que se estaban perdiendo por no sacarlas, pues las niñas venían, rezaban, estaba un poco tiempo y marchaban. Y venían las otras dos, venían de dos en dos... yo no tenía más que verlas de frente, porque estaban arrodilladas al lado mío pues ellas se ponían siempre a mi lado. no tenía más que mirar para verlas y estaban con una cara... parecía virginal, una expresión muy distinta al natural.

Entonces le decía yo... como el otro decía que tenía una cámara que venía cargada con color, (en aquel tiempo el color todavía no era corriente), le decía que tenía unas fotos muy bonitas y le dije." Se está perdiendo usted aquí unas fotografías muy bonitas". Y me dice:

-Yo ya hice, las que tenía que hacer.

A mí me parecía eso tan raro... Uno," Yo no creo en esto pase lo que pase". El otro que si era profesor de filosofía. El otro que si era un fotógrafo que ya había hecho las fotos que tenía que hacer.

Bueno, después yo estuve hasta las once en la iglesia, hasta las once de la noche, desde las ocho y media que debía ser la hora en que empezó el rosario... y, en fin. Todo eso, que estuvieron allí en la sacristía a puerta cerrada y yo lo oía todo. Estaban diciendo. -Hay que cerrar la iglesia al culto. -A D. Valentín, el párroco hay que mandarle de vacaciones, porque como está nervioso lo va a aceptar. -Y no hay que permitir que suban personas... sacerdote. Y a este jesuita que está diciendo, Milagro, Milagro... que lo confundían con su hermano que ya había muerto, la noche del 9 al 10 de agosto del 61, lo confundían con él, fíjese que clase de gente... pues que se tiene que marchar.

A las once me vienen y me dicen:

-Tiene que marchar, que vamos a cerrar la puerta... y les dije a los guardias civiles que estaban en la salida. Uno a un lado y el otro a otro lado de la puerta.

- ¿Qué hacen ustedes aquí?

...-Es que nos mandó el brigada... nos mandó subir para conservar el orden.

Y dije yo:

-Uds. se darán cuenta que hubo mucho desorden.

Dicen:

-Sí, pero bueno... mandaron y hay que cumplir.

Digo:

-Bueno, me viene muy bien porque había quedado en casa de una que se llamaba Tiva, que tenía un bar y allí me iba a hospedar yo esa noche... Y me viene muy bien porque yo ahora no llegaría a casa de esa Tiva.

-Sí, sí, vamos nosotros y tomamos algo...

D. Ramón continuó su exposición en los siguientes términos:

-Y allí fue donde me hospedé.

A la mañana siguiente, fui a decir misa y al salir de la iglesia, me encontré a D. Valentín y al padre Ramón María Andréu que estaban allí hablando, y al parecer estaba esperándome. Había allí, un puentecillo que es por donde bajan las aguas de las casas, y no estaba cubierto. Recuerdo, que una vez, las cuatro niñas pasaron por él a la vez y aunque el espacio es reducido y no lo pueden hacer juntas yo lo vi. Quiere decir que una de ellas tuvo que pasar por el aire porque tres malamente cabían y por supuesto cuatro no. Yo cuando las vi pensé que las tres podrían pasar, pero la cuarta que tenían que caer al agua. No es que lleve mucha agua, pero sí suficiente. Junto a ese puentecillo me encontraba, cuando se adelantó D. Valentín y me dijo:

-Usted tiene que marchar. Tiene que marchar porque la comisión no permite que vengan sacerdote.

-No solamente los sacerdotes, le contesté, sino que Vd. y el otro padre van a tener que marcharse también.

Y se quedaron así un rato.

-Pues mire, yo estuve oyendo todo anoche y oí que decían, que a Vd. le van a mandar de vacaciones, porque como está nervioso lo va a admitir, y van a cerrar la iglesia al culto y a este otro padre, pues también tiene que marcharse, como todos los sacerdotes. Y no van a permitir subir a ninguno.

Entonces fue a decírselo al otro padre. Yo me quedé parado esperando su contestación. Al cabo de un momento volvió D. Valentín y me dijo:

-Pensamos otra cosa. Vd. va a quedar hoy de cura párroco.

Yo estaba más contento que unas castañuelas. Cura párroco de un pueblo de apariciones...

Dice: Usted va a quedar de párroco mientras yo voy a ir a dar conocimiento de todas estas cosas y de todo lo que pasó la noche anterior.

A la tarde siguiente vino la noticia de que debían cerrar las puertas de la iglesia a las niñas. Esta fue una noticia que me llegó a mí y que como hacía de párroco tuve que ponerla en marcha.

Hablando con el padre Andréu le dije: me siento animado a escribir una carta al señor obispo para notificarle estos acontecimientos y la actuación que la comisión estuvo. Estuvo de acuerdo conmigo y así lo hicimos, pero la verdad es que no tuvimos ninguna respuesta...

Sus explicaciones continuaron, analizando las personalidades de los miembros de la comisión. Pero de momento prefiero pasas por alto tal descripción para no cansarte excesivamente querido lector o lectora y permitir que puedas centrar tus energías en lo que vino a continuación.

Mientras hacía un alto, en la narración de los acontecimientos y antes de empezar con el siguiente tema de interés, que teníamos planificado, es decir, la famosa foto sacada por Loli durante uno de sus éxtasis a la Virgen María, aproveché la circunstancia para dar la vuelta a la cinta de mi magnetófono. Realmente no había llegado al final de la misma, pero no estaba dispuesto a perder ni una sola de las palabras de su narración. De esta forma, tendría asegurada una grabación ininterrumpida de 45 minutos, tiempo más que de sobra para que pudiera contarme todo lo que quisiera.

Mientras manipulaba la grabadora reparé en los detalles de la estancia en que me encontraba, ampliando la información obtenida antes de ir al cuarto de baño.

Tal vez lo que más me llamó la atención fue un antiguo reloj de pared, que incansable, movía su péndulo de un extremo a otro de su hornacina, en su monótono y eterno oscilar, dando puntualmente las medias y las horas con su carillón al estilo de la catedral de Burgos. Encima de la mesa continuaban los alimentos y bebidas que D. José Ramón había preparado con el fin de que reparara mis fuerzas, después de mi largo viaje hasta su casa. La botella de vino, la canasta con el pan cortado, las aceitunas. Todo perfectamente ordenado y puesto con gran cariño.

3ª Parte. Capítulo III. EN BUSCA DEL DIARIO

No pareció, preocuparle mucho mi tardanza en adecuar mi material a la nueva exposición que de inmediato iba a iniciar. Más bien pareció agradecer mi demora, tal vez, permitiendo recuperar un poco las energías gastadas. Con una mirada, nos dimos a entender que estábamos preparados para afrontar un nuevo coloquio y sin más dilaciones volvimos a poner en marcha la grabadora, no sin antes, colocarle el micro en la solapa de su sotana acondicionando el cable lo mejor posible para que no le molestara, en los continuos ademanes que realizaba, durante su exposición.

Mientras se disponía a narrarme, como fue la famosa fotografía que sacó la niña vidente a la Virgen, cuando se encontraba en éxtasis, su mente pareció divagar unos segundos, tiempo más que suficiente para poner el magnetófono en marcha. El clic producido por el mecanismo, le sacó de su ensimismamiento comenzando la narración, en el momento, que con la máquina de fotos que utilizaba, para plasmar las incidencias del pequeño pueblo, se presentaba en casa de Conchita, donde Loli y Jacinta estaban en éxtasis.

Fue en casa de Conchita, arriba... subieron las niñas en éxtasis. Estaba Jacinta y Mari Loli y entonces yo llevaba esto... ya no llevaba cosas, que las dieran a besar a la Santísima Virgen.

Y entonces yo llevaba esta máquina... tal como está y le dije... no, no le dije nada. Tenía esto y cuando ella estaba hablando así con la Virgen, le dijo.

-Hazle una foto a la Virgen y dice...

-Ay, es una cámara.

Y empezó a mirar para arriba... y parecía como si le dijese algo la visión. Entonces dijo.

Cada paso que teóricamente dio la niña con la cámara, D. Ramón me lo indicaba con gestos tan exuberantes, que temía en cualquier momento, quedarme sin el micro colgado de su sotana, como consecuencia de algún fortuito golpe. Hasta tal punto, que, en dos ocasiones, decidí cambiar su ubicación por otra más segura.

-Anda, que tengo que abrir aquí... Hizo así, y bajo esto así, y después dice:

- ¡Ah!, Ya te veo, ya te veo. ¡Ah!, que tengo que...

Bueno ella no bajaba la vista... que ella hacía todos los movimientos que decía la Virgen, y ella con esto, con este botón hizo así. Y esto salía, es una Kodak... que esto es una joya... sí, sí vamos a quitar esto... porque las cosas, eran:

Primero, abrir esta... después desenfundar... después a abrir el fuelle... después ella, a todo esto, hacía así... y después volvía a hacer... Dice:

- ¡Ah! Que tengo que... que pasar el carrete.

Hizo así... paso el carrete, y dice... se puso a hacer así otra vez y dice:

- ¡Ah!...

Esto era, bastante tiempo. No es como nosotros, que, aunque yo esté hablando muy despacio, el tiempo era mucho más... pero las cosas eran así, como lo hacían... así.

Allí me descubrió el nombre... el día aquel..., el nombre mío.

- ¡Ah!, Que tengo que dar aquí (el seguro) ... si, y va. y mira y dice:

-Ya te veo, qué cosa más... Al principio, ella al hacer así, antes de desenfundar, al hacer así, dice:

- ¡Ay! Que máquina más mala... que no te veo... o no se, que decía.

- ¡Ah! qué tengo que desenfundar.

Después, el abrir el fuelle, después en pasar el carrete, y después tenía que disparar el disparador. Hizo así... y después ya nada más hacer esta fotografía, hizo otras dos a velocidad.

Bajar esto, pasar el carrete, y disparar. En el cliché... yo no lo tengo. Lo tiene el doctor San Juan. Yo no sé, si oiría usted hablar de él en Barcelona. Era un psiquiatra o algo así.

El caso es que él acaparó, muchísimas cosas; murió, y sabe Dios dónde están las cosas. El abad de allá... de Bélgica, o no sé de donde... me mandó una carta diciéndome que, si le podía mandar el cliché, para hacer él... y le dije...

-Pues no, mire usted, yo estas cosas, yo no me puedo desprender de ellas.

Total, que me quedé también sin él... porque el doctor San Juan la llevó y no me la volvió. Es lo de la máquina.

Y luego un cierto tiempo... quizás un mes, que en la... yo le decía (a Jacinta) que le dijera a la Virgen:

- ¿Por qué no había salido? (ya había revelado la foto) ... que ¿por qué no había salido? ¿Por qué había salido mal? Porque algunas veces, mirando, se veía a la Virgen. Pero, no todos la veían... o no solamente los que estuvieran en gracia... o el pecado.

No no, indistintamente. Porque una vez, vino un francés... un francés que vio la foto y dijo... era un ateo... venían unos amigos con él... y aparte me dijeron que era ateo, y que se yo... y le dieron la foto, y miró... empezó a quedarse blanco y pues yo no supe nada más, porque yo no iba a preguntarle. Pero sí, se vio que se quedó conmocionado. El seguramente vio algo.

Yo La vi varias veces. Otras veces no, en fin. Que es una cosa así, surrealista, pero cuando se ve, se ve. Se ve la Virgen.

Entonces yo le decía...

- ¿Hay que ponerla en posición normal? Pregunté, tímidamente.

-Sí, hay que coger la así normal. Y dijo... bueno.

Dile eso... que ¿por qué?... tal. (Le preguntaba a Jacinta, sobre la foto en cuestión, obtenida en la casa de Conchita)

- ¡Ah! Bueno... estuve en los éxtasis y tal... pero no pude, no me acordé de preguntárselo. Y después de mucho tiempo, y que se yo, ... Entonces, dice ella... me acordé, y le pregunté y me dijo que, aunque saliera mejor no iban a creer, que, aunque hubiese salido mejor, no lo iban a creer.

Y esta fue la cosa de la foto.

La foto... yo tenía, tengo diapositivas y cosas de ésas, pero ni se dónde anda... pero hay una que es de la misma foto.

Entonces al proyectarla en la pared... una vez padre Ramón María Andréu, pues en una pared de allí, de Valmorio, en un colegio... pues salía mucho más que esto. Y yo la vi... vi la Virgen... la cara, el pelo. El pelo así, largo por aquí y que la corría por aquí, por el vestido y bueno...

-De medio cuerpo para arriba... y la cara preciosa. Una cara, de una señora, pero La ves como Ella te la presenta (la foto)

Tiene que ser una cosa milagrosa, porque si no, no me explico... como algunas veces puede salir la Virgen y como se puede ver, pero, de hecho, es una cara preciosa.

Después de las tres horas de hablar delante del micrófono, dándome toda clase de detalles sobre los acontecimientos vividos en aquellos lejanos años, la sensación que experimentaba el buen padre era doble; por una parte, cansancio debido al esfuerzo realizado, pues no es fácil mantener un monólogo durante tanto tiempo, y por otra una cara que gran satisfacción, seguramente por el hecho de vivir intensamente los momentos unas veces duros y otros de gran misticismo, en compañía de las cuatro niñas de Garabandal. Así que sin más dimos por finalizada la entrevista, no sin antes, darle nuevamente las gracias por la atención que me había dispensado. Mi sorpresa fue grande al comprobar, mientras recogía mi material y lo depositaba cuidadosamente en mi inseparable mochila, que él con un gesto de una mano me invitaba a seguirlo, mientras que con la otra asía la botella de vino que había permanecido desde el principio de la entrevista, encima de la mesa, en compañía del resto de la comida que había preparado para mi desayuno.

-"Acompáñame, me dijo, que es hora de comer y no puede marchar sin reponer fuerzas. La comida es humilde, pero el ama de llaves, sabe preparar unos platos caseros muy apetitosos; además quiero mostrarle una cosa".

Intrigado, fui detrás de él volviendo a bajar nuevamente las escaleras que había subido a mi llegada, teniendo cuidado de no perder detalle de todo lo que mis ojos iban descubriendo. Era interesante poder observar el estilo de vida que este místico padre llevaba en un rincón perdido de la geografía asturiana.

Bajamos a la cocina. Era una amplia estancia, en donde se veía que hacía poco tiempo se había estado cocinando. Daba a la parte trasera del jardín, de la casa cural, y en ese momento preciso en que nos encontrábamos, entraba el sol por la

puerta abierta de par en par, que se encontraba en el lateral izquierdo. La atravesamos para acceder a lo que me pareció un salón comedor, más bien oscuro. En una mesa central, se habían dispuesto cuatro platos, estando coronada por una gran ensaladera y un cestillo. Todo lo necesario para un almuerzo se encontraba preparado, dando a entender que había invitados. Efectivamente, al cabo de unos segundos reparé en la presencia del ama de llaves y su marido, que según comentaron hacía las veces de jardinero, así como todas las labores de mantenimiento.

-"Por aquí siempre hay algo que hacer. Esto es muy grande y muy viejo y si no se mantiene un poco, enseguida se cae todo abajo. Además, yo estoy jubilado y me sirve de distracción".

Mientras hablaba, el padre D. José Ramón había abierto un cajón del aparador que se encontraba abarrotado de libros y cintas de video y extrayendo una cámara de fotos antigua, me la mostró con gran satisfacción.

-Está es la famosa máquina, que utilizó Loli para sacar la foto a la Virgen. Es una Kodak de hace más de cincuenta años. Es una verdadera joya, de la que hay muy pocos ejemplares.

Y desenfundándola, me fue explicando los sucesivos pasos que había que realizar para sacar una foto.

-Primero, me dijo, la sacamos de su funda de plástico. A continuación, apretamos este botón para extraer el fuelle. Ahora subimos el disparado, pasamos el rollo y podremos sacar la foto siempre y cuando, tengamos ajustada la distancia focal y la velocidad del obturador.

Era impresionante poder tener entre las manos, esa pieza de museo que tan importante papel había jugado durante los años 61,62. Las fotos sacadas a la Virgen, aparentemente no mostraban nada, eran como un cuadro abstracto. Pero para ciertos sensitivos que las observaban, claramente, les mostraba el rostro y la figura de la Virgen.

-"Bueno padre, siéntese a la mesa para que podamos empezar". Reclamó la buena señora temerosa de que los filetes que acaba de freír se quedaran fríos. Seguro que este señor tiene hambre y en este momento le interesa más lo que yo he preparado que no esa antigua máquina.

Al mismo tiempo, entraba también su marido jubilado con una pequeña cestita, llena de manzanas recién cogidas. Eran pequeñas de las que habitualmente utilizan en esas zonas para hacer sidra, pero tenían buena pinta.

Nos sentamos todos, primero el padre como persona de más edad y a continuación el resto de los comensales, dando buena cuenta de la comida preparada por el ama de llaves todo ello regado con vino que habíamos bajado en la salita donde habíamos tenido la entrevista. Yo como excepción bebía agua, teniendo que escuchar cariñosos reproches por mi austero proceder. La conversación giró alrededor de muy variados temas. Primero sobre mi persona y mi inesperado viaje. Después sobre el padre sus motivaciones distintas para realizar las visitas que efectuó al pueblo de las apariciones. Sobre el libro que había escrito y del cual no le quedaba ninguna copia ni para muestra. Sobre su nueva parroquia. Poco a poco fueron pasando los minutos, hasta que me di cuenta que tenía que regresar. El camino era largo y no quería conducir de noche, pues mi vista más bien precaria no me ayudaba mucho en esas circunstancias.

Había sido un día muy fructífero, desde el punto de vista documental. Por una parte, había conocido al sacerdote y su entorno de vida y trabajo. Y por otro, me había hecho con una serie de declaraciones que aportaban detalles que seguramente eran desconocidos hasta para gran parte de los propios habitantes del pueblo, a los cuales, los acontecimientos que vivían les resultaban tan cotidianos que había dejado de ser algo excepcional, para convertirse en habitual.

Me sentía afortunado y agradecido al destino por la oportunidad que me había dado de poder realizar este pequeño sueño. Cuando años después, contaba estas experiencias a compañeros y amigos, todos coincidían en afirmar que ellos no se hubieran atrevido a emprender tal camino, por ser una idea descabellada. En esos momentos me venía la idea a la cabeza del famoso dicho "Ver para creer". En mi caso había que cambiar los términos y decir "Creer para ver". Y este pensamiento me ha acompañado siempre desde esos días haciendo que la percepción que tenía del mundo que me rodeaba, cambiara, sustancialmente haciéndome llegar a la conclusión de que, si estás convencido de obtener algún logro, tienen que ponerse fuerzas muy poderosas, para que no puedas alcanzarlo. Hasta tal punto que no conozco a nadie que habiéndose propuesto conseguir algo y utilizando todos los medios a su alcance, no lo haya logrado. Es más, pienso que en tal caso tendríamos que hablar de una persona frustrada.

Y yo precisamente, no podía considerarme frustrado, pues durante la conversación que tuvimos al terminar la comida y de forma inconsciente, me dio un par de pistas de vital importancia.

Durante mi viaje de regreso a casa, fui mentalmente repasando, y por qué no decirlo, saboreando los diálogos y referencias que el buen padre me había dado con respecto al diario que con tanto afán andaba buscando, y del cual había empezado a obsesionarme.

Sin darse cuenta, el buen padre acababa de darme una pista que iba a ser decisiva en mí ya angustiada búsqueda de los famosos manuscritos del cura párroco del pequeño pueblo de la montaña. Mi mente repetía sin cesar sus palabras tratando de memorizarlas y procurando no perder ni una vocal del escueto mensaje "Hay un jesuita que residía con el padre Andréu en Comillas y que poseía una copia del diario de D. Valentín. Pero a raíz de cerrar el colegio pontificio marchó a Madrid y ya no he vuelto a saber nada de él". En realidad, el padre Diego apareció en escena en la época de las últimas apariciones, dedicándose a realizar entrevistas a los habitantes del pueblo, así como a rodar un pequeño documental, que no llego a salir a la luz pública.

La recta carretera por la que circulaba de regreso a casa, me permitía disfrutar de un magnífico paisaje, con campos verdes a la derecha, y en algunos momentos, el azul del mar a mi izquierda salpicado con pequeños puntos que posiblemente serían barcos de recreo, dado su diminuto tamaño. No iba muy rápido, tal vez debido al estado de abstracción mental que llevaba, como acto reflejo me hacía levantar ligeramente el pie del acelerador, como medida de precaución. La pista que había estado siguiendo, relacionando Garabandal con América, me había conducido a un callejón sin salida de donde no podía obtener nada. Llamadas telefónicas, viajes, entrevistas, no me habían ayudado gran cosa, que digamos, si bien cierto, me habían permitido ampliar mis horizontes de conocimientos, sobre los sucesos que tan apasionadamente estaba investigando. A modo de diario, todas las incidencias iban quedando plasmadas en mi diario de a bordo para, poder en un futuro ordenarlas y sacar mis conclusiones.

De momento el asunto se limitaba a localizar en Madrid al padre Diego. No era tarea excesivamente difícil, si tenemos en cuenta que no había seguramente, muchos padres con ese nombre, procedentes de Comillas y de la época del padre Andréu. No me asustaba el reto e hice el firme propósito, nada más llegar a Bilbao de comenzar a llamar a los colegios madrileños jesuitas, hasta dar con la persona que buscaban. Mi única preocupación, es que hubiera fallecido, o le hubieran destinado al extranjero con lo cual la cosa se complicaba, pero de cualquier forma estaba decidido a dar con él. Mi sexto sentido me decía que estaba en la dirección adecuada y tarde o temprano, me iba a salir con la mía.

Cuantas veces el éxito como el fracaso de una misión está en el interés y en la confianza que se pone en lograr lo deseado. Parece como si el universo se alineara con uno en la dirección adecuada, movilizándose las energías cósmicas necesarias para hacer que el azar desaparezca, y siendo nosotros los propios constructores del futuro desde esta situación presente. Siempre hemos pensado, que no podemos influir en el devenir, y, sin embargo, la experiencia cotidiana nos demuestra, que, si utilizamos el canal adecuado para que éstas energías puedan encaminarse hacia ese futuro que yo deseo, todo se pone de nuestra parte para lograrlo. Simplemente necesitamos fe en nosotros mismos y en nuestras posibilidades. Ya hace muchos años que fue dicho "La fe mueve montañas" pero aún nos cuesta creerlo. La misma situación es vivida de forma completamente distinta por la persona optimista que por la persona pesimista. En aquellos precisos momentos, en que estos pensamientos acudían a mi mente, me encontraba plenamente convencido que lo iba a obtener. Y así fue efectivamente.

No me costó excesivo trabajo, dar con la dirección de padre Diego, pues tras una serie de llamadas infructíferas a diversos colegios madrileños a modo de cadena, donde uno me facilitaba el teléfono del siguiente, poco a poco iba avanzando hacia la meta final. Por fin oí las palabras que tan ansioso esperaba.

- ¿El padre Diego?

Si le conocemos, pero ya no reside aquí. Estaba encargado de un grupo de chicos con los cuales organizaba excursiones y campamentos. Una labor muy meritoria. Marchó a un colegio residencia que tenemos en Valladolid, concretamente en Villagarcía de Campo. Espere un momento, si es tan amable y le facilitaré el número de teléfono. No creo que tenga dificultad para dar con él.

Pero la verdad es que sí tuve dificultad para dar con él. Mi llamada al centro de los jesuitas fue rápida, pues efectivamente, el teléfono que me había facilitado era el idóneo para localizar al padre que yo andaba buscando. También fue rápida la contestación dada por el encargado de informar en el centro.

-Si aquí reside el padre Diego, pero está fuera, de campamento con un grupo de adolescentes. Volverá dentro de dos semanas.

Amablemente me preguntó. ¿Quiere que le dejen algún recado?

-No muchas gracias. Conteste. Él no me conoce y sería inútil. Volveré a llamar dentro de dos semanas. Y con un: “Como Ud. guste”, el informador del otro extremo, colgó el teléfono, dejándome nuevamente con la sensación de estar

colgado de una nube, totalmente inmóvil, divisando un horizonte que no está a mi alcance. Esta vez, la información no me resultó fuerte, ni me sentí defraudado. Cayó sobre mí, igual que los copos de nieve lo hacen suavemente, sobre los campos en algún perdido día de invierno. Las circunstancias habían ido templando mi espíritu y los pequeños acontecimientos, más que desanimarme, actuaban como acicate para tratar de continuar en mi carrera hacia la meta.

- ¡Tampoco es para tanto! Dos semanas enseguida se pasan. Fue lo que pensé para mis adentros en aquel momento.

Los días se hacen esperar cuando uno desea que su paso sea rápido, pero por otra parte resultan esperanzadores antes el futuro prometedor de poder lograr algo que tanto me había atraído desde un principio. Sabía perfectamente, que no debía hacerme ilusiones sobre lo que tanto estaba deseando poseer, pues conduce a idealizar y deformar la realidad existente, sobre todo en personas como yo, que fácilmente nos encariñamos con lo que deseamos. Tenía que mantener fría la cabeza, para poder valorarlo en su justa medida. Si no la desilusión iba a ser peor que todas las penalidades sufridas para lograrlo.

Cuando por fin llegó el tan deseado día de poder hablar con el padre Diego, la sensación que experimente tras los primeros momentos de conversación, fueron una mezcla de confusión y de alegría, por su forma de hablar. Se veía que era un hombre que guardaba en su cabeza una gran cantidad de información, no solamente relativa a lo que concernía a los acontecimientos del pueblo de las apariciones, sino también a todo tipo de temas que no tenían relación con ello, lo que producía unas ciertas interferencias al relatar los hechos. Y por otra parte se veía que era un hombre un poco desordenado, tal vez potenciado por el tipo de vida que estaba acostumbrado a llevar y por la edad, que a mi entender y por las referencias que podía sacar al oír su voz a través del auricular, era más bien avanzada.

Se veía que tenía ganas de hablar, pues sin terminar un tema, enlazaba con otro a continuación, algunas veces, sin nexo de unión. No obstante, le dejaba hacer, en la esperanza de que surgiera el tema motivo de mi llamada. Hablamos del padre Andréu, de D. José Ramón García de la Ribera, de D. Valentín. Y por supuesto hablamos del diario. No recordaba perfectamente, pero según me informó quedó empaquetado en Madrid en una de las cajas de cartón que no pudo traerse a Valladolid, ante lo abultado del equipaje que tenía que mover en su traslado. Quedo con el resto de la información de Garabandal. No lo consideraba prioritario y ante el problema del transporte tuvo que prescindir de lo que estimó que sería un inconveniente para el viaje. Por supuesto, la posibilidad de recuperar las cajas era

remota. Solamente en la circunstancia de un viaje sorpresa a Madrid, se podría barajar la opción de traerla, pero eso quedaba un poco lejos.
Viendo mi decepción y tratando de levantarme el ánimo me dijo.

-Mire, esta misma noche, le prometo que voy a revisar en un par de cajas que traje de Madrid y que todavía no he abierto, donde tengo fotos y cartas de aquella época, así como una revista que se editaba, donde se hablaban temas de las apariciones, a ver si encuentro algo tal, vez pueda resultarle interesante. Lo haré por Vd. con mucho gusto y así quedamos.

Colgué el teléfono y me dispuse nuevamente a esperar.

"O Dios bendito y todo poderoso. Concede a este humilde siervo tuyo, el sentirse agraciado por el favor de ese lejano padre, para que recuerde lo que me ha prometido. En tu infinita misericordia, te pido eterno Padre, que le hagas encontrar las cajas a las que hace referencia y no busque en las que no son, pues todo sería posible. Y si no es mucho pedir, dada la personalidad distraída y olvidadiza, a modo de científico genial, de la que hace gala mi buen protector, te pido que encuentre, algunas hojas, aunque sean fotocopias que no se puedan leer bien, de mi inestimable diario. Si obtengo esto que te pido, Dios protector de buenos y malos, prometo no olvidar mientras viva, el favor recibido"

Con mi infantil personalidad, así recé en aquellos momentos, como si Dios nuestro Señor no tuviera otros problemas de los que ocuparse más que de los míos, en este conflictivo mundo.

Pero el revés, que sus noticias me dieron, fue tan grande que a punto estuve de tirar la toalla. Me parecía demasiadas zancadillas; tal vez era necesario, el pasar por estos tropezones para valorar en su justa medida lo que ansiada obtener.

El día siguiente amaneció con un cielo azul cubierto por nubes que ha modo de blancas pinceladas lo cubrían parcialmente con manchones. Las hojas verdes y amarillentas, se movían en las ramas de sus árboles, susurrando los buenos días a los madrugadores peatones que circulaban por la calle próxima a la ventana donde me encontraba asomado y desde donde podía ver las agujas da la iglesia situada en la zona este. Preparé el desayuno y aplacé la llamada hasta la tarde. No quería dar sensación de agobiante, que podría molestar y tal vez pudiese poner al sacerdote en contra mía, perdiendo en la única oportunidad que por ahora tenía. Salí de casa cerrando la puerta con llave y procurando no meter ruido, y bajando a por el coche me puse en camino hacia mi trabajo diario

4ª parte, Capítulo III. EN BUSCA DEL DIARIO

Feliz podría definir, la situación que vivía mientras el Renault Megane, que acababa de alquilar me iba conduciendo dirección Valladolid a más de ciento veinte kilómetros por hora por la autopista Bilbao-Burgos, escuchando en el radio cassette, música gregoriana, por el coro del monasterio de Santa María de Silos. Según las instrucciones recibidas por teléfono en mi última conversación con el padre Diego, su residencia se encontraba a unos sesenta kilómetros de la capital vallisoletana, precisamente en un monasterio que los padres jesuitas tienen en aquellas tierras. Todavía sonaban en mis oídos las palabras gozosas con las que me anunciaba que había logrado encontrar una copia del manuscrito de D. Valentín, en una caja que por error (afortunado en este caso), se había traído de su anterior residencia en Madrid. Como no quería desprenderse de él, cosa totalmente lógica por otra parte, le propuse que me lo prestara durante un par de horas, el tiempo que necesitaba para fotocopiarlo, con el propósito por mi parte de volvérselo a entregar y de esta forma garantizarle que no lo iba a perder. Aunque accedió no de muy buen grado, quedamos en encontrarnos al cabo de un par de semanas, aprovechando un viaje personal mío, a la provincia vecina de Palencia, no sin antes darme explicaciones de la forma correcta de llegar hasta donde se encontraba.

Estaba claro que, la buena fortuna había venido en mi ayuda para lograr hacerme con los documentos que tanto ansiaba, y que, de forma tan pertinaz, siguiendo pistas erróneas, al principio, habría terminado por fructificar materializándose en una copia propiedad del padre Llorens. Sus palabras finales habían sido:

-Cuando llegue, dé la vuelta, por detrás de la iglesia. La puerta principal de la residencia está en la parte trasera, junto al jardín donde podrá aparcar cómodamente el coche. El padre portero en la garita del teléfono, me avisará cuando Vd. se lo indique.

La autopista llegaba a su fin, avisándome que tenía que reducir la velocidad y pagar el peaje. A medida que me aproximaba a las cabinas fui tratando de averiguar cuál era la que tenía menor número de coches, con el fin de estar detenido lo menos posible, pues no tenía ganas de esperar. Estaba ansioso por llegar cuanto antes y todavía tenía

doscientos kilómetros por delante, con el agravante de que los controles de tráfico, estaban en la autovía y era muy difícil el conducir rápido, arriesgándome continuamente a ser multado. Nuevamente mi mente, influida tal vez por el canto gregoriano que estaba escuchando, se fue al momento en que el padre me notificaba, que, en una caja de cartón, con documentación relativa a las actividades deportivas que realizaba con un grupo de montaña, y de forma totalmente casual, había aparecido una copia del diario por el que tanto suspiraba yo.

Infinidad de veces, me había estado preguntando, cuál sería mi reacción al encontrarme enfrente del manuscrito. ¿Qué anotaciones había podido plasma D. Valentín, para poder afirmar que una vez muerto su testimonio no se habría perdido?

Xavier, que así gustaba ser llamado, aunque su nombre, según constaba en el registro civil era Javier (pero decidió cambiar su nombre a raíz de un viaje a Navarra donde visitó el castillo del famoso Santo), me había dibujado un plano del trayecto a seguir para no tener problemas a la hora de encontrar el pueblecito de Villagarcía, al que me dirigía. Y a medida que me aproximaba a él, todas las imágenes anteriormente citadas, a modo de ráfagas fulgurantes que iban pasando por mi mente, me indicaban que estaba realmente preocupado por el manuscrito de D. Valentín. El paisaje había cambiado drásticamente dejando paso las extensiones pedregosas y montañosas, a la típica llanura castellana, cubierta por las cosechas de cereal.

Atrás había quedado la provincia palentina y ahora me encontraba moviéndome por la vallisoletana. La carretera aparecía bien asfaltada y perdiéndose en la lejanía como una recta infinita de la cual solo tenía como referencia, los mojones indicadores de ambos lados, permitiéndome una conducción segura y cómoda. También el tiempo despejado y luminoso aportaba su granito de arena en hacerme más confortable mi rápida marcha hacia mi destino que intuía se encontraba ya próximo.

Nada más llegar a Medina de Rioseco dejé la carretera principal, para adentrarme por otra secundaria que aparecía a mi izquierda, justamente a la altura del semáforo, el cual me hizo parar. Aproveché para bajarme del coche y preguntar a un lugareño que se encontraba mirándome con cara de extrañeza, el tiempo que me faltaba para alcanzar mi meta. Su contestación fue rotunda y sin vacilar. - En media hora, llega sin ninguna dificultad. La casa de ejercicios (este debía ser el nombre por el que conocían a la residencia de los jesuitas) está nada más entrar a la izquierda, al fondo. Se distingue fácilmente por la torre de la iglesia.

Todavía, media hora. No pensaba que estaba tan lejos. Dándole las gracias volví a montar, reemprendiendo la marcha, ahora por una carretera secundaria bastante más estrecha que la anterior, lo cual me obligaba a acercarme a la derecha cuando se aproximada un vehículo circulando en sentido contrario al mío. También descendía la

velocidad al pasar por un par de pueblecitos por los que atravesaba la carretera. En uno incluso tuve que parar, pues me veía obligado a tener que franquear un arco de muralla tan reducido, que temía golpearme con él, si no lo hacía con prudencia.

Observé con curiosidad, por fin el nombre del pueblo que se me presentaba a la vista. Villagarcía de Campos. Era extremadamente humilde, pero a la vez, alegre y luminoso, con pequeñas casas y algún que otro tractor aparcado en sus calles dificultando el tránsito por las mismas. También se veía gallinas que habían abandonado sus gallineros y se movían perezosas por las irregulares callejuelas, picoteando el suelo, en su típico movimiento de obtener alimento para sus exiguos estómagos. Tratando de no asustarlas, me interné entre ellas, abandonando la carretera comarcal que me había conducido a este desconocido paraje, y procurando pasar desapercibido, para no modificar el estado de tranquilidad que se respiraba en esos momentos, intenté orientarme, buscando la Iglesia parroquial que no debía estar muy lejos.

Nuevamente volví a experimentar aquella sensación agradable, que meses atrás había vivido en la casa de las cachabas con Pepe, cuando pareció detenerse el movimiento del tiempo. De la misma forma que se curva un colchón sobre el que cae una esfera de acero, mi universo sufrió una inflexión en el punto concreto donde me encontraba y en el preciso instante que lo vivía, mis vibraciones cambiaron súbitamente de frecuencia, entrando en resonancia con otra nueva dimensión, mucho más perfecta y placentera que la tercera de la cual acababa de escaparme a través de la puerta unidireccional que se me presentó de forma tan inesperada. Los sonidos cristalinos, ligeramente metálicos, limpios y penetrantes, no dañaban mis sentidos auditivos resonando a modo de diapasón dorado transmitiéndome con su movimiento oscilante la energía necesaria para moverme por aquel etéreo espacio desconocido y luminoso, donde no se apreciaban vestigios de imperfección. Las impresiones o experiencias de los que mi ser se iba apoderando (puesto que no puedo hablar de mi cuerpo al haberse quedado atrapado en el terrenal mundo) enriquecían el conocimiento de la existencia de este pobre mortal y saciaban mi afán de iluminación por estos nuevos mundos existentes sólo en las mentes de los niños.

Instantes breves fueron los que duraron estas sensaciones pues contra mi voluntad me sentí arrebatado por la existencia material que me rodeaba obligándome a salir de mi sopor y volver a admitir la realidad tangible y efímera de la materia. No obstante, los tonos ocres de las casas, la musicalidad del silencio reinante, la visión de las golondrinas con sus vuelos rasantes, produjeron la alquimia necesaria para que la reacción resultante evocara vivencias infantiles de años pasados, de veranos en compañía de mis primos, donde era conducido a rincones tapizados por imágenes, como las que ahora se presentaban a mi vista. Casas de adobe, plazas rústicas con el suelo cubierto de grava, arena y matojos de hierbas, fuente pública donde bebían personas y ganados. Portales con puertas abiertas, ventanas con tiestos y cuadras con paja. Y entre

los rojos pálidos de los tejados, el sempiterno campanario y la cruz de iglesia parroquial, con su inseparable nido de cigüeñas, en la perdida distancia que no hacía juego con la estrechez de las calles. Hacia aquel lejano punto me encaminé, procurando no rozar, al girar las esquinas, la chapa del coche contra los bordillos de las casuchas que a modo de estatuas del pasado permanecían enterradas en sus cimientos.

Observando detenidamente, pronto perfilé la escalinata de acceso a la iglesia parroquial de los jesuitas y por el lateral izquierdo, a modo de majestuosa entrada, una inmensa y antigua puerta de hierro forjado rematada con un tímpano triangular recordándome el estilo de los templos griegos, que había estudiado en los libros de historia.

Prácticamente, la tarde había empezado a declinar iluminando el sol las vastas extensiones que se divisaban en el horizonte celeste, de tonalidades rojas amarillentas de una intensa luminosidad, que a modo de manto transparente caía sobre el entorno en que me encontraba pintándolo con una irreal claridad vespertina. La avenida que se me presentaba enfrente, me invitaba a penetrar por ella, sugiriéndome que lo hiciera despacio para así poder saborear mejor la belleza de la geometría del edificio que a modo de residencia de los padres jesuitas, podía apreciar a mi lado derecho. Por contra a mi lado izquierdo, se abrían un inmenso jardín, el cual no podía delimitar todo pues unos árboles perdidos en la lejanía, me lo impedía.

Antes de girar de nuevo a la izquierda, observé varios coches aparcados en la vereda del camino, claro indicio de que estaba llegando al final de mi recorrido, como pronto pude comprobar pues unos setos y varios bancos de piedra granítica me cerraban el paso. Escogí un lugar para aparcar el coche y saliendo de él, estiré mis brazos en un afán incontenible de desentumecerlos ya que el camino había sido largo y necesitaba darme esa pequeña recompensa. Guiado por mi afán sempiterno de curiosidad, me adentré por uno de los pequeños caminos que a modo de paseo salpicaba el recién descubierto jardín. Resultaba relajante, la vista y los aromas que se podían apreciar, y aunque no disponía de mucho tiempo aproveché la circunstancia para evadirme nuevamente del mundo terrenal en el que me encontraba. Resultó inútil mi intento. Nuevamente los nervios volvieron a jugarme una mala pasada, impidiendo llevar acabo mis intenciones. Así que decidí encaminarme hacia la puerta que se encontraba en lo alto de unas escalinatas de piedra y que daba acceso al descomunal edificio, conocido como casa de ejercicios. A medida que subía me daba cuenta que se encontraba en posición diametralmente opuesta, a la iglesia parroquial, que me había recibido a mi llegada.

Subí el último peldaño y después de franquear una pesada puerta que rechinó al ser abierta, me topé con una garita en la cual se encontraba un padre jesuita de edad más bien avanzada enfrascado en la labor de pegar sellos a un montoncito de cartas. Después

de los saludos de rigor, le manifesté mi intención de ver al padre Diego. Llamó por teléfono y recibiendo una contestación afirmativa, me invitó a pasar a una salita de espera, hasta que fuera atendido. Durante los cinco largos minutos que tuve que permanecer en espera, aproveché el tiempo para ver el estado en que se encontraba el mobiliario, así como las paredes. Nuevamente llegué a la conclusión, igual que me había sucedido cuando visité al querido padre D. Ramón García de la Riva, que faltaba el toque de la mano femenina, y tal vez una nueva "mano de pintura". Mientras estaba con estas consideraciones, el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose al fondo del pasillo por el que había caminado minutos antes, me alertó de que mi esperado anfitrión, estaba a punto de hacerse presente, como así sucedió.

Consciente de la importancia en ese momento, de la primera impresión que se tiene de una persona desconocida me puse de pie para recibirlo y agradecerle el interés que estaba demostrando hacia mi persona. El padre Diego era un jesuita de escasa estatura física, cara sonriente y bondadosa que escondía unos inquisidores ojos detrás de sus gruesos cristales correctores de miopía. Traía entre las manos un manojo de fotocopias, sujetas con un clic, el cual identifiqué con los tan ansiados documentos de D. Valentín. Comenzamos a hablar, tras unas breves y afectuosas salutaciones.

Últimamente, este ritual se estaba convirtiendo en habitual. Nunca pensé que podría llevar una vida de relaciones sociales tan intensa, como la que recientemente estaba ejerciendo. A decir verdad, no solamente no me preocupaba. Más bien diría que me agradaba.

Además, me obligaba a viajar y conocer nuevas gentes, nuevos paisajes, nuevos conventos, como el que me contaba ahora.

La cuestión, era, ¿Lograría mi propósito?

- ¿El padre Diego?

-Buenas tardes. Soy Félix, de Bilbao. Por fin nos podemos saludar personalmente. Tenía muchas ganas de conocerlo. El padre Ramón me encarga que le transmita sus recuerdos.

-Gracias, me contestó. Muchas gracias. ¿A tenido buen viaje? Con el padre Ramón, he vivido muchas experiencias; y también con el padre Andréu. Los dos conocían muy bien a las cuatro niñas de Garabandal.

-Yo también estuve por allí. Rodé una película, donde salían los rincones más representativos del pueblo y las calles por donde caminaron las niñas, acompañados por la Virgen y los visitantes. Todavía, no la tengo terminada. Me lleva mucho trabajo hacerla, pues no quiero dejar nada suelto y tengo que consultar para ver si es correcto

los comentarios que hago. Hay que grabar los sonidos de los pájaros, las campanadas, el pisar de las ovejas por aquellas calles.

-Tengo también unas fotos muy bonitas que saqué a los habitantes, a la Iglesia, a los pinos. Están ampliadas en color. Antes no se sacaban muchas fotos en color. Pero yo puedo hacerlas. Tengo entrevistas grabadas a Maximina, la tía de Conchita y a D. Benjamín el pastor de Pesués, que vio el milagro de la forma...

La verdad, era tal su elocuencia, que no me dejaba meter baza. Yo no hacía más que mirar los documentos que fuertemente tenía agarrado en sus manos, con la esperanza de que en cualquier momento hiciera alusión a ellos para entregármelos. De hecho, un par de veces me pareció que me los quería dar, pero cuando yo hacía mención de cogerlos, él inmediatamente los retiraba, apretándolos contra su pecho.

Así permanecimos unos cuantos minutos, diez o más, con aquel tira y afloja, hasta que por fin me aventuré a preguntarle por los famosos documentos.

-Padre perdone, ¿supongo que estos documentos, son los escritos a modo de diario, por D. Valentín, cura párroco de Garabandal?

-Sí, he tenido mucha suerte, al poderlos encontrar. Yo pensaba que me los había dejado en Madrid, con el resto de documentación de las apariciones. Tengo tantas cajas, que me resulta imposible viajar con todas. Ahora, principalmente me dedico a un grupo de montaña. Hay tanta necesidad de que los jóvenes tengan un guía, que no sabe usted el tiempo que me lleva prepararlo. Además...

Nuevamente, me encontraba con las alusiones al documento que apretaba entre las manos.

-Pero, Padre, le interrumpí ¿Puedo ver los documentos?

-Como no. Por supuesto. Están todos. Están completos; no falta ninguno. La página 18 aunque dos veces... aunque esté repetida la numeración, en realidad son dos hojas distintas.

-Están numeradas, como 18 y 18 bis. Así que en lugar de ser 87 páginas son 88, pues hay que tener en cuenta que hay una más. Yo ya lo he leído un par de veces. Hay que conocer los lugares y las personas, a las que hace referencia D. Valentín. Si no uno se pierde. Yo en cierta ocasión le hice una entrevista. La tengo grabada con un magnetófono. Me contó que una señora, el día que sé leyó el primer mensaje de la Virgen, fue un día malísimo. Tuvo una experiencia muy curiosa. Yo la tengo grabada en una cinta magnetofónica. Solía ir con el magnetófono y hacía entrevistas a la gente del pueblo.

-Bueno, padre, si me deja los manuscritos, se los devolveré mañana sin falta. Esta tarde voy a Valladolid, los fotocopio y mañana se los vuelvo a traer.

-Sí, sí. Yo me fío de usted. Ya sé, que, si me dice que me los devuelve, va a ser así. No los quiero perder por nada del mundo. Mire en esta hoja se cuenta como fue cuando Conchita adivinó que había unos sacerdotes vestidos de paisano. Muchos sacerdotes acudían de paisano, porque estaba prohibido por el obispo subir a Garabandal; se disfrazaban de paisano y así podían subir. Pero las niñas siempre los descubrían. Sabían cuántos había, aunque estuvieran vestidos de ovejeros o de lo que sería.

Por fin, con un gesto que se me hizo eterno, estiró los brazos ofreciéndome los tan ansiados documentos. Por primera vez, experimenté una sensación de triunfo como hacía tiempo que no lo experimentaba. En mi interior, infinidad de pequeñas luces se encendieron y una suave brisa me acarició la perturbada mente, haciendo que desapareciera instantáneamente, todos los recelos y temores que me habían estado asaltando hasta ese momento.

Mis oídos dejaron de prestar atención a los discursos que el buen padre sería dirigiéndome, para prestar atención a los infinitamente mejores sonidos de los pájaros, que alegres cantaban en el vecino jardín, despidiendo la tarde con sus rojizas luces.

De repente me di cuenta que estaba anocheciendo y tenía que regresar a Valladolid, donde días antes había reservado una habitación en un nuevo hotel inaugurado en las afueras de la capital vallisoletana, bañada por el río Pisuerga.

Con un efusivo apretón de manos y la promesa de volver al día siguiente, abandoné apresuradamente la casa de ejercicio de los jesuitas, siendo acompañado por el padre, hasta la misma puerta del coche, instalándome cómodamente en él. Arranqué perdiéndome en la rojiza lejanía soñando con el tesoro que había depositado, en el asiento trasero.

La noche había caído completamente, sobre los campos de cereales que rodeaban el hotel, cuando silenciosamente aparcaba, enfrente de la puerta principal del gran hotel, donde tenía reservada una habitación.

El gran vestíbulo, donde se encontraba la recepción, daba a un inmenso patio desde donde se veía el ascensor que transportaba a los huéspedes a sus pisos respectivos. Eran unos ascensores exteriores, que a través de unas cristaleras permitía contemplar maravilloso paisaje que se divisaban desde ellos.

-Buenas noches. Una habitación a nombre de...

Mientras la recepcionista buscaba mi ficha, me fijé en la fuente de agua que a modo de surtidor estaba colocada en la pared izquierda a la entrada, justo delante de la gran escalera de mármol, con alfombra roja, que da acceso al primer piso de habitaciones.

Desde el primer día que vine al hotel, me había llamado la atención, y seguía haciéndolo con la misma intensidad, todas las veces que volvía a hospedarme en él. En su lateral derecho se podía leer una inscripción labrada en una placa de mármol:

"Felicitis ecumenicum laborate inter xentum ac notorius tuos opnipotens. Naturalibus ignominias ofrecemus pater admirabile. Suscipiamus cuantum uperculus advenium laudamus. Regun ultimatum boluntate inter optimus".

Parecía latín, pero, por otra parte, no estaba muy seguro de que lo fuera. Intenté traducirlo con mis escasos conocimientos de la antigua lengua, pero estos no eran suficientemente abundantes para comprenderlo. Solamente alcanzaba a descifrar palabras aisladas. La voz de la recepcionista me sacó de mi distracción.

-Perdone, señor Félix... pero, el hotel está... completo.

- Pero, no puede ser. Cuando hice la reserva me dijeron que no había ningún problema.

-Ya lo sé, pero hay una feria, y tenemos todas las habitaciones ocupadas. Sinceramente, no entiendo que ha podido ocurrir.

-Pues sí que estamos buenos, repuse. ¿Qué podemos hacer ahora?

La recepcionista marco un número de teléfono y durante unos minutos, mantuvo una conversación con alguien superior suyo, al juzgar por el trato que le daba. Deduje que estaba tratando de resolver mi problema. Por fin, con cara de satisfacción colgó el teléfono y dirigiéndose a mí me dijo, con una voz radiante por la gestión realizada.

-He hablado con el encargado y me ha dicho que le aloje en la suite. El precio que le vamos a aplicar, es el de la habitación normal, en consideración a que usted es un cliente habitual de nuestro hotel.

Y sin más, dándome una tarjeta electrónica de la habitación, llamó al botones, para que se ocupara de mi pequeña maleta y me acompañara a la suntuosa habitación que me acababa de asignar.

Mientras subíamos por el ascensor yo miraba de reojo su impecable uniforme, a la vez que observaba también con extrema curiosidad los documentos que apretaba fuertemente en mi mano derecha, sin atreverme a hojearlos. No había tenido tiempo de fotocopiarlos, pues se había hecho tarde. Pensaba hacerlo al día siguiente, y cuando estaba con estos pensamientos se abrió la puerta indicando que habíamos llegado al nuestro piso. Rápidamente, busqué en mi bolsillo unas cuantas monedas de veinte duros para darle la propina y despacharlo cuanto antes. Pero no hubo forma.

Hasta que no me enseñó toda la estancia y me indicó cómo funcionaban todos los controles del hilo musical, de la televisión, y los mandos del cuarto de baño, no pude desprenderme de él. Por fin cerró la puerta, y me encontré solo, en el inmenso recinto que, a modo de antesala, precedía al dormitorio, con mis queridos documentos en la mano, sintiéndome totalmente dueño de ellos. Victorioso y feliz por haber logrado lo que tanto había ansiado, y por lo que había peleado sin descanso.

Aunque las dimensiones de la suite, me habían deslumbrado, con su salón donde aparecía un hermoso sofá tresillo y su mesa despacho, con silla estilo gregoriano, el dormitorio con cortinones en el balcón principal, cama de matrimonio con edredón lujoso por sus colores y acolchado espectacular, el cuarto de baño, todo él en mármol color rosa con su bañera de agua de burbujas, su amplio lavabo y tocador a juego a pesar de todo ello, los documentos que acababa de depositado encima de la mesa, me llamaban mucho más que todo lo que me rodeaba.

Nuevamente acudía a mi mente el humilde dormitorio, en la pensión de Serafín, donde momentos tan intensos y tan gratos pasé, escuchando las cintas grabadas por Pepe. Ahora la situación era completamente opuesta, en lo referente al escenario, pues la obra que tenía en mis manos eclipsaba toda la parafernalia que me rodeaba.

Y sin más dilaciones, me senté enfrente del escritorio, arrimé la pesada silla y encendiendo la lámpara de bronce, situada en la esquina izquierda, empecé a hojear las manoseadas hojas del diario de D. Valentín.

Un pequeño color característico, mezcla de humedad y botica, me indicaba que había estado guardado seguramente en algún lugar cercano a un botiquín. Las hojas ligeramente amarillentas, estaban mecanografiadas, por aquellas lentas y viejas máquinas de escribir que cuando uno se equivocaba, no quedaba más remedio que tirar para atrás y volver a corregir encima.

Se veían párrafos subrayados con anotaciones hechas a mano, entre líneas, con una letra pequeña pero segura. Algunas páginas hacían referencia a días que se habían perdido y posteriormente se habían podido recuperar, no guardando el orden cronológico que sería de esperar.

Mi vista satisfecha con lo que estaba leyendo decidió parar su análisis superficial y empezar a saborear un párrafo fechado el día 9 (de julio de 1961). Decía así:

Día 9

Cuando llegué a San Sebastián acompañado de Don Gilberto y Don Liborio y un estudiante de Comillas, nos encontramos con las niñas acompañadas de otras, cerca del pueblo, vi a las niñas muy contentas; había mucha gente; los sacerdotes les hicieron muchas preguntas, y el pueblo, a las 8 y media llegaron las niñas al sitio de costumbre y después de hacer la señal de la Cruz las vi en el estado de siempre, pero esta vez muy contentas, las vi sonreír a todas, decir con la mano adiós varias veces, se les veía mover los labios como si estuvieran hablando y para besar, duró 10 minutos, después las llevamos a la Iglesia, yo les pregunté una por una, me dijeron que el Ángel les decía: "a ver qué dientes más guapos tenéis? y que él también les enseñaba los suyos. Después mandé a los sacerdotes y a los padres que pasasen a la sacristía y coincidían en lo mismo con ellos. Supongo que habría cerca de 1000 personas, me dijeron les había besado en la frente, en las mejillas y ellas le habían besado a Él.

Cuando por fin, levanté los ojos del manuscrito, la hora que marcaba el reloj, me parecía increíble. Habían transcurrido dos horas y cuarto, desde que me senté a hojearlos. Me percaté súbitamente del pequeño dolor de espalda producido por la posición incorrecta que había mantenido durante la lectura tan apasionada del diario.

Con sumo cuidado cerré los documentos y estirándome perezosamente para desentumecer mis dolidas extremidades, me fui hacia la cama, que primorosamente, aparecía abierta por su parte derecha. Dejándome caer sobre ella, entre sus limpias sábanas, tapándome hasta la cabeza y apagando la luz, comencé a sumergirme en un sugestivo sueño en el cual continué disfrutando de trofeo que acababa de obtener. Me figuro que no duró mucho esta situación, pues rápidamente fui perdiendo la consciencia de todo lo que me rodeaba, extraviándome en la profundidad del sopor reparador que me invadía.

1ª Parte. Capítulo IV. MI AMIGO PLÁCIDO

Abando. Estación de Abando. Once menos cuarto de la noche, en el reloj de la pared de la estación ferroviaria de Abando en Bilbao. A esa hora justa, el tren expreso 269-917 con dirección a Barcelona, situado en el andén 6, vía 1 de la estación de Abando, se pone en marcha llevando a Charo con su leve equipaje hacia la ciudad condal, con el fin de que pueda continuar con el cursillo que meses atrás había comenzado, relativo a unos temas de sicología aplicada.

Ahí esa misma hora, el agua que caía mansamente sobre la techumbre, escurría por los canalones, desembocando en los laterales del muelle de mercancías, formando pequeños charcos, en los que se reflejaban las luces amarillentas de los focos de sodio, que desde sus báculos derramaban su luminosidad. También a esa hora, el termo higrómetro de la óptica situada en una de las calles adyacentes a la puerta principal de la estación de ferrocarril marcaba una temperatura de ocho grados centígrados, una humedad relativa del 65% y una presión de 1030 milibares, equivalente al 774 milímetro de columna de mercurio. El pequeño riachuelo que se había formado con la acumulación de las aguas que procedían tanto de la empinada calle que venía del puente, como de las laterales, se movía arrastrando una pequeña colilla blanca, la cual iba golpeando de vez en cuando los obstáculos que se encontraban diseminados junto al bordillo de la acera.

La castañera, que un par de metros más arriba tenía su pequeña cocina para asar las castañas, a modo de antigua máquina de tren, de las que utilizaban carbón para calentar el agua y producir vapor, hacía tiempo que había recogido sus bártulos y echado el candado junto a la farola para proteger su pequeño negocio, de desaprensivos que quisieran llevárselo. Siempre me había gustado, cuando llegaban las estaciones frías del año, acercarme hasta estos puestos para observar como hacían los cortes con una reducida navaja, a las castañas, antes de introducirlas en el interior del pequeño cajón perforado calentado por las brasas del carbón vegetal que aparecía acurrucado en sacos en la parte inferior. También el olor característico, desprendido mientras se asaban, despertaban en mí recuerdos de la infancia, cuando mis padres y mi hermano, las comprábamos para meterlas en los bolsillos y calentarnos las manos, durante las frías noches del mes de enero. De pronto en mi mente, se cruzaron los recuerdos de los fríos días pasados en la cocina de Pepe de Garabandal, al calor del fuego bajo de su sala,

donde ardía ruidosamente un tronco de pino, desprendiendo olores a resina y madera.

Recuerdo cómo me hablaba de un hombre, que había aparecido por el pueblo, casi al comienzo de las famosas procesiones con las niñas, rezando en éxtasis el rosario, por todas las callejuelas. Me hablaba de que venía desde Santander, a veces, con algunos compañeros, a veces solo y también a veces haciendo el difícil camino de Garabandal a Puentenansa, a pie y de noche, lo cual me resultaba altamente extraño. Pero lo que me resultaba más insólito de sus relatos, era la circunstancia, de que siempre venía con un magnetofón para grabar los éxtasis de las niñas. Y no es que sea anormal que una persona viaje con un magnetofón, para realizar grabaciones, pues sabemos que hoy en día cualquiera puede hacer. Pero sí resultaba un tanto inusual, en aquellos lejanos años de principios de los sesenta, y más teniendo en cuenta que era portátil, es decir funcionaba con pilas, lo que a la fuerza obligaba a utilizar tecnología de transistores, en lugar de lámparas, que era lo habitual. Hombre tal vez extraño, para decidirse a abandonar las comodidades de la capital y emplear su precioso tiempo en estudiar unos fenómenos y unas niñas totalmente desconcertantes, de las cuales algunos llegaron a decir que estaban mentalmente enfermas.

A decir verdad, en aquellos primeros días de mis entrevistas con Pepe, no presté demasiada atención a los relatos que hacían referencia al personaje venido de la capital de la provincia Cántabra y cuyo nombre de pila siempre iba precedido de nobiliario título de Don. Mi atención se centraba en los acontecimientos que concurrían alrededor de las que podríamos llamar visionarias y los actos que tan fuertemente conmocionaron a propios y extraños. Pronto su nombre cayó en el olvido, y seguramente allí habría continuado sino llega a ser por un hecho que modificó los acontecimientos de la historia de este hombre peregrino que ahora narra aquellos felices días.

Como digo, el hecho destacado ocurrió una tarde en que sonó una llamada en la habitación de mi casa, y la voz de una mujer, que se presentó como admiradora y entusiasta de Garabandal, resonó fuerte y segura al otro extremo del hilo telefónico, preguntando por Félix. En un principio me resultó extraño, el hecho de que alguien se interesara por mí, únicamente porque estaba realizando un trabajo de investigación sobre los acontecimientos del remoto pueblo de las montañas de Peña Sagra, pero por otra parte me resultaba altamente placentero, el poder hablar con una persona que había sido testigo directo de los acontecimientos de Garabandal, como posteriormente me explicaría.

Pero vayamos por partes. Todo comenzó, como ella misma me comentó, por una conversación mantenida unos días antes con el ya tantas veces mencionado Pepe, en el transcurso de la cual, le hizo saber cómo estaba interesado en todos los acontecimientos que ocurrieron durante aquellos memorables años, facilitándole mis señas y rogándola, que se pusiera en comunicación conmigo, con el fin de poder citarnos y hablar cómodamente.

Mi interlocutora resultó ser María Josefa V. de Gallego, autora de unos libros escritos sobre los acontecimientos y personajes relacionados con todo lo que a mí tanto me apasionaba. A través de su habla fluido culto y educado, fui haciendo mentalmente una composición de cómo podría ser, con el fin de poder quedar a la altura de las circunstancias y no meter "la pata" con alguna cosa inadecuada que podría decir. Esto me creó una pequeña tensión que hizo un poco incómoda la conversación, pero luego me di cuenta, que mis inquietudes eran infundadas, pues la amabilidad y cordialidad de Josefina demostraron que no era necesario tomar tales precauciones. Como si de viejos amigos se tratara, pronto sintonizamos, perdiendo la noción del tiempo, mientras un relato sucedía a otro sin pausa ni descanso, analizando detalles totalmente nuevos para mí y sintiendo la vehemencia que ponía en sus narraciones. Tan importante me pareció todo lo que me contaba, que súbitamente le salté a bocajarro, en aquella mi primera conversación:

-Mira Josefina; si te parece, este sábado voy a tu casa con mi magnetofón y grabamos todo lo que me estás contando.

-Cómo no, faltaría más; puedes venir cuando quieras. Además, así podrás escuchar unas cintas maravillosas, que les grabó Plácido a las niñas en éxtasis.

Esta última frase, acabó de convencerme de que la decisión que había tomado hacía breves instantes, era la adecuada. Nuevamente volvió a salir a la palestra el nombre que Pepe ya hubiera utilizado anteriormente para darme a conocer, al que tal vez sería uno de los que mejor documentado estaba sobre los acontecimientos que me proponía estudiar.

Así que, tras las consabidas frases de despedida, quedó fijada mi visita para el próximo fin de semana en casa de Josefina. Solamente restaba estudiar el trayecto a seguir desde Bilbao para poder acceder sin dificultad hasta donde ella residía, cosa a la que inmediatamente me puse en marcha.

Como de costumbre, no me resultó difícil, trazar el itinerario por las tierras cántabras, para llegar hasta el pequeño pueblo costero donde Josefina tenía fijada

su residencia. La semana pasó rápida y el sábado después de comer salí temprano. El coche me transportaba, esa tarde a través de la nueva autopista Santander-Torrelavega, la cual aparecía iluminada por un sol que empezaba a estrenar sus primeros rayos vespertinos. Las indicaciones de los diferentes lugares por donde iba pasando aparecían en inmensos carteles de color azul, anclados a los lados del camino por donde circulaba. No habrían transcurrido más de hora y media de marcha, cuando un nuevo indicador me avisaba que tenía que abandonar la carretera principal y coger la que se me presentaba a la derecha. Tras circunvalar una primera rotonda, volví a tomar una nueva carretera, la cual, a pesar de no estar indicada, intuía que era la correcta. A medida que avanzaba, las primeras casas del pueblo salieron a darme la bienvenida. Llegaba pronto pues la cita estaba fijada para las cinco de la tarde, y todavía faltaba un cuarto de hora. Como no me gusta llegar a deshora, decidí aparcar el coche y emplear los quince minutos que tenía, en realizar una pequeña exploración por el pueblo, no sin antes verificar que tenía perfectamente localizada la vivienda de mi anfitriona, cosa que realicé, preguntando a unas vecinas, las cuales me ratificaron lo que ya me imaginaba. Asegurándome que había aparcado el coche en el lugar donde no podía estorbar, bajé y cerrándolo me aproximé a la residencia que me habían indicado.

Se trataba de una gran finca con un portalón de madera y rodeada por un hermoso muro de piedra que no acertaba a divisar su parte más distal. Las calles colindantes aparecían con el trazado irregular y estrecho característico de los pueblos de la zona, sin demasiado tráfico y donde tampoco se veía mucha gente, tal vez debido a la hora en que me encontraba.

Con impaciencia volví a mirar el reloj, y decidí que era hora de presentarme en la casa. No hubo necesidad de llamar a la puerta, pues una señora mayor se encontraba sentada en unas dependencias colindantes al portón principal. Ella me rogó que esperara un momento. Iba a sujetar a los perros, me dijo, y a continuación me abrió el portalón de madera, de forma que pude penetrar a un amplio patio interior rodeado de tiestos y vegetación donde aparqué el coche. Saqué mi inseparable bolsa de viaje donde llevaba el magnetofón y las cintas y siguiendo nuevamente a la señora mayor, que supuse sería el ama de llaves, me condujo hasta un hermoso solárium formado por cristaleras que daban acceso a un inmenso jardín con unas espléndidas palmeras y al muro que había podido ver en mi inspección previa. Me pidió que me sentara y desapareció por una puerta situada en el centro, colocada diametralmente opuesta a donde yo estaba.

Josefina no tardó en aparecer, impecablemente vestida con un traje sastre y una amplia sonrisa que me facilitó enormemente los primeros momentos de nuestro encuentro personal. Se sentó en un sofá próximo al mío y pronto se inició

una conversación, como si de dos conocidos de toda la vida, se tratase. Había traído, en su mano derecha, una cinta tipo cassette y unas fotografías, juntamente con unos recortes de periódico, que delicadamente, como con miedo de estropearlos, los depositó en la mesita que estaba ubicada en un lateral, donde nos encontrábamos, a la vez que, con un gesto de complicidad, me daba a entender que se trataba de la famosa grabación de la que me había hablado en nuestra primera entrevista telefónica.

Se experimentaba una sensación agradable, mezcla de tranquilidad y positividad, entre las paredes de piedra de la casona y la cristalera que daba acceso al gran jardín, desde donde divisaba la palmera que tanto me llamó la atención en mi entrada a la mansión.

La conversación pronto se centró en el tema que a mí me interesaba, pues si bien es cierto que deseaba ardientemente, conocer sus vivencias personales, no eran menos las ganas que mi compañera tenía de narrarlas. Y ante la inminente avalancha de datos que podía perderme si no actuaba con rapidez opté por sacar mi inseparable magnetófono y colocarle el diminuto micrófono sujeto a la solapa de su chaqueta junto a un gran imperdible ricamente decorado.

Sus narraciones tenían para mí un gran valor, ya que se trataba de un testigo que, en fechas muy tempranas, hizo acto de presencia en el teatro de los acontecimientos, por una bendita casualidad que ella me describía de la siguiente manera, y que como se sobre entiende quedó grabada en la cinta que hacía breves instantes, había empezado a registrar nuestra conversación.

Pasaré por alto la descripción que me hizo de cómo fue la primera noticia que tuvo de las apariciones para poderme centrar en la subida que efectuó acompañada de su marido, el doctor D. Félix Gallego.

-Un día, después de haber subido yo a Garabandal... le expliqué a mi marido lo que había visto. Él se sonrió un poco y no dio mucho crédito a lo que le contaba. Pero quedamos en subir un día juntos, para que lo viera.

-Así fue. Llegó el día y un domingo subimos. Había mucha gente. Fuimos derechos a casa de Loli..., a casa de Ceferino, su padre. Estando en casa de Ceferino, nos encontramos con un matrimonio, médico él, de Torrelavega, que es traumatólogo y son amigos nuestros. Estuvimos hablando con ellos sentados en la casa de Loli. Era una casa tremendamente humilde; donde estaba, era una especie de tasca, como se llama aquí, y donde vendían un poco de vino, unos fideos y el pan del día para Garabandal.

-Perdona un momento, le interrumpí. ¿Esto era en el año 61, al principio de los éxtasis?

-Sí, era al principio del mes de agosto del 61.

-Así pues, empezamos a charlar con este matrimonio sobre el motivo de su presencia en el pueblo.

-Pues ya veis, por curiosidad. ¿Y vosotros?

-Pues también por lo mismo, por curiosidad.

Y al poco de estar charlando bajó el padre de Loli, Ceferino, que conocía a este traumatólogo porque su hijo se había roto un brazo y le había escayolado. Tenía una cierta confianza con él. Entonces como digo, bajó y le dijo.

-Doctor, le agradecería que subiera a ver a mi hijo que tiene, "unos dolores de tripas muy fuerte", como él se expresaba.

Entonces este médico le dijo.

-Pues mira, yo de huesos se todo lo que quieras, pero de medicina general no sé nada; pero mira, este compañero que está aquí, sabe mucho de medicina general. Que lo vea él. Y Ceferino dirigiéndose a mi marido, le preguntó:

- ¿Tiene usted inconveniente en ver a mi hijo?

A lo que respondió.

-No, no, encantado.

Entonces mi marido se levantó para subir al piso. El piso era como un tipo de pajar. No había nada. Estaba liso completamente y había como dos habitaciones en el pajar, como dos bochinches, con un camastro en el suelo, donde allí dormían, el padre y la madre y los cinco o seis hijos que tenía, sin ningún tipo de ventilación.

Y como las mujeres tenemos un sexto sentido y nos metemos un poco por todas las partes, yo me acerqué a mi marido y subí con él, a ver lo que pasaba, pues no veía a Loli por abajo. Entonces al subir, mientras él entró a ver al niño, yo me quedé en aquella especie de pajar con Loli y Jacinta que estaban sentadas en un

rincón. Ellas no estaban en éxtasis, estaban hablando y canturreando. Entonces le pregunté.

- ¿Vais a ver a la Virgen?

Porque yo ya la conocía del día anterior. Y me dijeron.

-Pues sí, pero no sabemos a qué hora.

Así que estuve hablando con ellas un poco de cosas indiferentes y cuando salió mi marido nos bajamos. Continuamos charlando con estos amigos médicos.

Ceferino quiso pagarle la consulta a mi marido, respondiendo que de ninguna manera.

-Nada, no faltaba más, encantado.

Entonces, le llamó aparte y le dijo. -Ustedes habrán venido a ver las apariciones.

-Pues sí, efectivamente, le contestó mi marido.

-Bueno pues mire. Mi hija nos ha dicho que tiene una "llamada".

Ya sabes lo que son llamadas (Josefina me lo aclaró). Llamadas son cuando la Virgen la primera vez les dice: Voy a ir. La segunda: Más deprisa y la tercera: Ya está aquí. Y salen corriendo a ver la visión. Ya no podían esperar. Esas llamadas las sentían ellas interiormente. Sin voz.

Así que, le dijo Ceferino a mi marido. Vamos a hacer una cosa. Como hay mucha gente y yo no las voy a dejar bajar, voy a hacer todo lo posible para que no salgan del piso, porque las matarían, con la cantidad de gente que hay. Yo le aviso a usted y a su mujer para que suban y las vean solos y no digan nada a nadie.

Efectivamente, al cabo de dos horas, bajó Ceferino y dijo, (que era la contraseña): El chaval, se queja más, ¿puede subir otra vez? Y entonces subimos nuevamente.

Ya estaban las niñas en éxtasis. Estuvimos mirándolas, pegadas a ellas. Las escuchamos lo que hablaban. Tenían muchos rosarios, medallas, colgadas de los brazos. Entonces le dijo Ceferino a mi marido.

-Doctor. Ud. como médico, si Vd. quiere hacer alguna experiencia con las niñas, yo le doy permiso. Con la mía puede hacer usted lo que quiera.

A mi marido entonces se le ocurrió cogerla para levantarla. Como decían que pesaban tanto, pues decidió levantarla. Mi marido era joven, fuerte, alto y tiró con todas sus fuerzas de Loli, luego de Jacinta y no consiguió despegarlas del sueño. Era como si estuvieran soldadas al sueldo. Exactamente igual. Yo me agaché a ver si se separaban las rodillas del sueldo y la verdad es que no se podía pasar ni un papel de fumar.

Lo vi yo perfectamente, porque estaba allí pegada. Y mi marido decía:

- ¡Pero si esto es como mármol; es como si pensara una tonelada! ¡Esto no hay quien lo mueva!

-Luego les miró las pupilas; les tomó el pulso. Todo era normal. La cara, la cara era maravillosa. Le llamó la atención el cutis... Pero la cara... era distinta a cuando estaban al natural. Era como una expresión dulce, angelical. Tenía la piel como transparente... era una cara excepcional, la que se les ponía en los éxtasis. Estaban guapísimas.

Y a los pocos instantes, coge Loli se levanta, coge a Jacinta, como si fuera una pluma, y la levanta hasta el techo. Y la levantó, como luego nos explicó, porque no alcanzaba a dar a besar los rosarios y medallas a la Virgen, pues estaba un poco más alta que ellas. Y que por eso la levantó. Y luego viceversa. La otra cogió a la primera, la levantó... y todo perfectamente. Mi marido se quedó un poco extrañado viendo cómo ellas podían levantarse fácilmente como plumas y él con la fuerza que tenía, no podía despegarlas del suelo. Entonces yo le comenté.

-Esto es para que veas la intervención de la Virgen..., como diciendo:

-Tú no puedes. Y Yo sí, y estoy aquí... y ellas si pueden.

Mi marido se quedó asombrado de los que había visto.

Y luego fue muchas cosas más que hizo con las niñas...

Las preguntas que hice a continuación atreviéndome a cortarla, fueron por otros derroteros, refiriéndose a los rosarios y a las cadenas que daban las niñas a besar a la Virgen durante sus apariciones.

Como estaba siendo habitual, María Josefa, o Josefina como gustaba ser llamada por sus amigos, con todo lujo de detalles, típico de una buena novelista y sin ningún tipo de prisa, fue dándome todas las explicaciones que le pedía, viviendo cada momento, más que recordando y expresando en su rostro la satisfacción de la persona que vuelve a encontrarse con un pasado no olvidado y sumamente querido.

Los rayos de sol penetraban en la estancia donde nos encontrábamos por los ya mencionados cristales, situados a nuestra derecha, haciendo resaltar en aquella tarde del mes de abril, todo el mobiliario de estilo clásico, así como los diversos adornos y complementos ordenadamente dispuestos, encima de las numerosas mesitas bajas que nos acompañaban de forma un tanto profusa. De las paredes pude observar que pendían cuadros con florecientes marcos al gusto francés, así como fotografías enmarcadas y hasta pergaminos, documentos oficiales, tal vez títulos o concesiones, los cuales no alcanzaba a distinguir, dada la distancia a la que me encontraba. También las alfombras de varias tonalidades resaltaban con sus flecos, sobre el antiguo suelo de baldosas ocre, que dada una cierta personalidad y distinción a todo el conjunto.

No obstante, a pesar de la somera inspección por la sala donde tan arropado me sentía, mi vista no pudo pasar por alto la cinta magnetofónica ni las fotos que Josefina había depositado, encima de la mesita central y que tan integrado me tenía. A decir verdad, los relatos que estaban quedando plasmados en mi grabadora, estaban satisfaciendo con creces mi curiosidad, pero al mismo tiempo, un sentimiento infantil de ansiedad, se revelaba en mi interior, queriendo empezar cuanto antes con la audición de los éxtasis grabados por el señor desconocido y tantas veces mencionado por Pepe… D. Plácido.

A ciencia cierta, no recuerdo exactamente si fue mi imaginación o fue Josefina la que pronunció el nombre del citado personaje, pero de forma un tanto súbita me sentí transportado a la realidad del momento que estaba descubriendo, retomando el hilo de la narración que mi anfitriona, con tanto interés y con movimientos de sus manos y brazos trataba de transmitirme.

-Cómo te decía, insistía Josefina, D. Plácido subía muchas noches a presenciar los éxtasis, y como además siempre iba con un magnetófono, que metía en una cantera, para poderlo llegar más cómodamente, podía grabar las conversaciones de las niñas. A veces resultaba difícil, pues, por ejemplo, el rezo del rosario, solía ser andando, con lo cual, entre el ruido de las piedras pisadas, los murmullos y que no se podía mantener el micrófono cerca de la boca de Conchita, que solía ser la

que más veces estaba extasiada, al final te ponías a escuchar y no se apreciaba bien lo que decían. Pero otras veces la pillaba sola, de rodillas y entonces resultaba muy buena la calidad del sonido.

-Recuerdo que una noche trajo una grabación, que no se entendía muy bien. El caso es que nos dejó la cinta, la pusimos en marcha encima de una mesa, y unos cuantos, sentados al rededor con papel y lápiz, tratamos de anotar lo que entendíamos. Hacía mucho frío y teníamos que estar tomando continuamente café caliente, para no quedarnos helados. Unos entendían unas cosas, otros otras. Pero al final y después de repetir infinidad de veces la cinta, pusimos en común nuestras anotaciones y elaboramos una conclusión final.

Y diciendo esto me largó un papel que cogió de encima de la mesa. Era una hoja tipo folio, amarillenta por el paso del tiempo, con perforaciones por haber sido grapada con algún otro documento y numerada con el 91, claro indicio de que pertenecía a su archivo particular. En su cabecera se podía leer:

"Grabado a Conchita durante el éxtasis del día 9 de diciembre de 1.962"

… todo ello subrayado y el 9 corregido a bolígrafo con tinta de color verde. El documento estaba escrito a máquina por las dos caras.

Me pareció tan interesante que le rogué me facilitara una copia para incorporarla a mi archivo personal el cual poco a poco estaba empezando a tener un tamaño considerable.

Y con cara de gran satisfacción, me dijo:

-Este es para ti. Yo tengo otra copia igual. Y tengo también la cinta para que la puedas escuchar ahora. La vamos a poner un poco baja, para que se entienda mejor.

Durante la conversación que habíamos mantenido la semana anterior, ya me había puesto al corriente de estas cintas, así que llegué provisto de un aparato, reproductor- grabador, de forma que a la vez que oíamos podíamos grabar lo que escuchábamos. Pidiéndole permiso, saqué de mi bolsa el aparato que había preparado, con una alargadera y un juego de clavijas, para poderlo enchufar en cualquier tipo de base y cambiando la cinta grabada por Plácido de lugar la puse en el compartimento adecuado, de forma que a la vez que la escuchaba, se iba grabando. Delante tenía la hoja numerada que me había facilitado y utilizándola a modo de guía, pulsé el botón de PLAY.

GRABADO A CONCHITA DURANTE EL ÉXTASIS DEL DÍA 9 DE DICIEMBRE DE 1962.

María madre, verdá, a que sí, y lo saben todos lo que están ahí, que hoy es, cumples Tu los años... Ah, pero teníais que celebrarlo.

Te oyen... si lo cogin si... Mira, también cuando... aquí vendrás así... y ahora como, como eres la Madre de todos, Tu ya harás un regalo a todos... deben hacértelo a Ti... todos... mira también... Ay sí Madre mía, o sea que si....

Del Milagro ya no dijo naa, como ya lo se too… ¿Eh? ... tengo unas ganas que llegue ese día pa decirlo... me dicen cuando es....

Ay mira, me dieron felicidades pa Ti, no sé cuantos y Chón y otro que tiene también un jeep, te envía felicidades

Ay mira,¿sabes quien vino hoy?, el gordito, ay, el gordito eh, ese no me dió felicidades pa Tí, no...

Ay Madre, mira, hoy me trajeron un niñin, un niño que se parece a Ese que traes Tu, pero cuanto hace que ya no venía el Nene, y no ha engordau naa, naa ni naa, está igual que estaba… ¿Onde ha estau?… Onde ha estau, cuando no viene el Nene, ¿onde está, posau en el Cielo, o en la cuna?, ¿Onde está?…¿eh?, Ah pero Tu puedes estar allí y aquí… Ah,… Si…

…

…

Y además mira ,mira, sabes porque no nos pueden oir, porque cuando yo empecé a ver a la Vir.., cuando yo empezé a verte, se fue toda la gente de la mi cocina y aunque haigan dejau allí el magnetofón, de encima de allí, de allí, no le traía nadie (susurro) ¿eh?…ay…Si… además a mi aunque me oigan no me importa, lo peor es que tengo que tardar desde mi casa hasta aquí.

Mira, no te acuerdas del año pasau cuando me decias felicidades y no me atrevía a felicitarte… pero este año si, a que si (susurro largo) ¿eh?. Ya te vas a ir… Ay espera un poquitín más…

Terminada la audición de la cinta, pude comprobar, con satisfacción que lo anotado en la hoja número 91 correspondía fielmente a lo escuchado. Se trataba de la voz de una niña de unos trece años, susurrando, más que hablando, y con el ruido de fondo propio del sistema de grabación de aquellos años. También se oía los ruidos propios de la zona donde se encontraba, ruidos ambientales que dificultaban la audición en algunos momentos. Antes de devolverle la cinta original, rebobiné la copia que acababa de efectuar y verifiqué con satisfacción que estaba perfectamente; no había diferencias con la original en cuanto a la calidad del sonido. Con cuidado, la extraje del aparato grabador, la introduje en una caja protectora de plástico, y como si de una reliquia se tratara, la coloqué en el fondo de mi inseparable bolsa.

La inspección de las fotos y recortes de periódicos, depositados encima de la mesa, continuó, dando paso a una serie de imágenes gráficas, que nuevamente nos transportaban a los años de los acontecimientos, en compañía de las niñas, sus familiares y vecinos, así como con todos los testigos presenciales que se habían ido acercando, al pueblo de las apariciones. Entre los recortes de periódico, se podía leer las fechas de publicación:

“Alerta” Jueves 3 de junio de 1993, ¿El milagro continúa?,

Domingo 13 de junio de 1993, la Madre Teresa de Calcuta es una defensora de San Sebastián de Garabandal.

Miércoles 30 de junio de 1993. El famoso psiquiatra D. Luis Morales afirma: "No hubo comisión, ni hubo ninguna investigación en profundidad".

Me sentía sobrepasado, tanto por los relatos, como por los recortes, informe, fotografías, y sobre todo cintas grabadas “in situ” que estaba saboreando y que por supuesto no me cansaba de ir descubriendo en lo más mínimo. No pensaba que pudiera haber tantos datos sobre fenómenos ocurridos hacía casi cuarenta años. Y así se lo hice saber a mi anfitriona, sin ningún tipo de reparo, a lo cual ella me contestó sin darle mucha importancia.

-Pues esto no es nada. Ojalá pudieras ver la documentación que tiene Plácido. Sobre todo, tiene cuatro libros, con hojas perfectamente numeradas, donde guardar toda la información relevante de los acontecimientos. Concretamente, me acuerdo que en cierta ocasión y como cosa excepcional, nos enseñó el libro correspondiente a "Las protagonistas" donde tiene cartas manuscritas de las

cuatro niñas y en el cual guarda el famoso primer mensaje, escrito de puño y letra por Conchita.

Aquello me pareció demasiado. Me daba la sensación que cerraba una puerta tras de mí en mis investigaciones, pero a la vez se habrían otras dos por delante. Cada vez y a modo de progresión geométrica, la avalancha de posibilidades que se me presentaban me resultaba abrumadora.

Y de la forma más simple, en lo más profundo de mi ser, quedó totalmente decidido que era necesario conocer a Plácido y poder obtener información tanto de los documentos que tan celosamente guardaba, como de toda la serie de cintas magnetofónicas originales que poseía. La cuestión era si accedería a mostrármelas y, sobre todo, como podría contactar con él.

Un nuevo reto, el cual, estaba decidido a llevar a buen término.

2ª Parte. Capítulo IV. MI AMIGO PLÁCIDO

En esta ocasión, el coche me había conducido por las carreteras de Cantabria hasta la misma capital de la provincia, Santander. La tarde estada grisácea, por las nubes que tachonaban el cielo, pero no amenazaban lluvia, aunque la temperatura había descendido con relación a los días precedentes. Había dejado aparcado el coche en un lugar próximo al embarcadero donde las barcas de recreo alineadas perfectamente y amarradas daban un singular aspecto a las aguas que se movía con cierta brusquedad contra el espigón. La imagen majestuosa que se veía por la derecha del "Proud of Bilbao" destacaba por encima de los árboles que adornaban la avenida principal, transitada en esa hora vespertina por multitud de vehículos que se movían en ambos sentidos.

Siempre me había atraído Santander como ciudad social, cultural y recreativa. Ver hacer parapente en las campas del faro de Mataleñas, o visitar el recinto de la Magdalena, con sus animales, su playa y su fabuloso palacio, el cual tuve la suerte de poder conocer a raíz de la última reforma realizada en fechas recientes, me produce una gran alegría. No puedo olvidar tampoco sus museos, el marítimo, el de arte prehistórico, el de bellas artes y lo que más me impresionó a pesar de su reducido tamaño, el planetarium, en cuya bóveda a modo de esfera celeste, se proyectaban tanto estrellas como constelaciones y donde podía soñar a ser dios, viajando entre los espacios intergalácticos desafiando las leyes del espacio y del tiempo. La catedral, los paseos por la bahía en los barcos de “La Regina”. Los helados de Regma en el paseo Pereda, y también por supuesto, las reconfortantes visitas al parque de Piquio, las comidas en el restaurante Ring y la majestuosidad de la plaza Mayor.

Precisamente hacia la plaza Mayor, encaminaba mis pasos, en aquella memorable tarde, para acudir a la cita que días atrás había concertado con mi amiga Josefina, y me atrevo a llamarla amiga, por la amistad que había surgido de nuestro común cariño a los acontecimientos del maravilloso pueblo de la montaña. Poco después de terminar la grabación y el repaso a las fotografías y los recortes de periódico y mientras poníamos en común nuestras opiniones sobre diferentes puntos de vista, acompañados por unas olorosas tazas de café y unos sobaos pasiegos del pueblo de Selaya, surgió de la forma más imprevista, la posibilidad de realizar una visita al señor Plácido Ruiloba, para poder ampliar el abanico de conocimientos tanto a través de sus documentos escritos como grabados. Si era

cierto lo que había escuchado de labios de Pepe, allá en el cobertizo de las cachabas, así como lo relatado por Josefina en el "solárium" de su casona, podía conocer de primera mano los acontecimientos que tuvieron lugar horas antes de leerse el primer mensaje, dado por la Virgen a sus videntes, o escuchar las palabras pronunciadas por uno de los testigos presenciales en la comunión visible: el pastor de Pesués, Benjamín, o la grabación realizada durante el éxtasis del 18-06-65, en el transcurso del cual recibió el Segundo Mensaje, grabación por cierto de la que sólo existen dos originales y los cuales se encuentran en su poder.

Como es habitual en mí, llegué con tiempo de sobra, para poder localizar el lugar de la reunión y así saborear tanto la vista que me proporcionaban los nuevos rincones que iba descubriendo, de la bonita capital cántabra, como el placer que me reportaba, poder conocer a un hombre que tan decisivamente había estado ligado a la historia del pueblo de las apariciones, y del que se decía, era el poseedor de la documentación sonora más importante.

Josefina, hacía tiempo que había llegado a casa de una de sus hijas, lugar donde habíamos acordado vernos, para desde allí, caminar juntos hasta el taller de costura donde Plácido habitualmente solía encontrase, todas las tardes del año. La distancia no era mucha, pero fue la suficiente para poderme poner al corriente de lo que en breve iba a encontrar.

Caminamos tranquilos por la gran avenida principal, cruzándola para poder internarnos en la zona antigua y tras subir una pequeña pero empinada calle, llegamos al portal donde en uno de sus laterales, la placa colocada a la derecha indicaba que habíamos alcanzado nuestro destino. Subimos las escaleras de madera, que nos conducían al primer piso, traspasando una pesada puerta con una verja metálica protectora, entrando en una especie de hall recibidor. La puerta, tanto en su movimiento de apertura, como de cierre, hacía sonar una pequeña campana, situada en el dintel superior, la cual alertó a la encargada, que salió sonriente a nuestro encuentro, dando muestras de conocer sobradamente a Josefina.

Dejamos atrás el hall con su mostrador y pasamos a otra nueva estancia más amplia y de forma rectangular, al fondo de la cual, había situada una mesa y varias butacas de mimbre. Al llegar a ellas, me di cuenta que se encontraban próximas a la calle por la que hacía breves instantes, habíamos pasado, ya que la ventana abierta, que se encontraba al fondo de la estancia en que nos encontrábamos, nos permitía escuchar con toda claridad, el bullicio reinante en ella.

Nos sentamos y esperamos a que viniera Plácido, no sin antes y tal vez de forma un poco indiscreta, echar una ojeada al conjunto de roperos, repletos de trajes, abrigos y gabardinas, que nos rodeaban, tanto por detrás como por delante, dejando libre solamente la zona de la ventana que dada a la calle y la especie de pasillo por el que acabábamos de pasar.

Plácido, no se hizo esperar. Apareció por donde habíamos entrado nosotros, trayendo bajo el brazo unos voluminosos libros. Rápidamente identifiqué su cara, con la imagen tantas veces repetida del éxtasis del 18 de junio de 1.965 donde aparece Conchita, siendo grabada precisamente por nuestro protagonista.

Venía impecablemente vestido con un traje gris, corbata y sin chaleco, con una agilidad en su caminar que me sorprendió, poniendo en evidencia su buena forma física, consecuencia de su afición a la caza, lo que le obligaba a mantenerse en forma, al tener que realizar largos trayectos. Mentalmente, me había hecho la idea de una persona mayor, pues los acontecimientos que había presenciado ocurrieron hacía unos cuarenta años y en aquella época, ya que era un señor casado y con hijos. Sin embargo, la realidad era que aparentaba ser más joven, por el porte y la forma de caminar. Ayudaba con la mano derecha, en la que portaba una bolsa de tabaco y una pipa, a soportar el peso de los libros que llevaba debajo del otro brazo. El pelo lo traía cano, lo cual no me sorprendió, pero lo que sí lo hizo, fue la sonrisa de acogida que nos dispensó, al llegar a nuestra altura. Me habían dicho que era un hombre de mal humor, pero a mí no me lo pareció en aquel mi primer encuentro, y en honor a la verdad he de manifestar, que, a lo largo de los años, a través de los cuales compartimos vivencias y experiencias, jamás demostró semejante actitud. Por el contrario, siempre se manifestó complaciente y dispuesto a facilitarme todo lo que estaba interesado en conocer.

Nos dio la bienvenida, y sin más preámbulos se sentó en el sofá, que se encontraba enfrente al nuestro. Josefina, fue explicándole mi interés por los temas de Garabandal, sobradamente conocidos por todos, y cómo habíamos contactado a través de Pepe.

-Ah, Pepe. Ese hombre está convencido de lo que vio, y aunque lo repita cien veces, no se aparta ni un ápice de su primitiva versión. Él estuvo al lado de Conchita, la noche de la comunión visible. Yo quedé fuera, detrás de la casa, sin ver nada, a pesar de haber estado todo el día con la chiquilla y con él. Dejó por escrito lo que vio y yo tengo una copia del mismo, en mis documentos. Hizo varias pruebas también a las niñas en aquellas épocas, para ver si era cierto lo que decían o, por el contrario, fingían. Yo he estado bastantes veces en su casa, y tanto él como su

mujer Tina me solían contar lo que ocurría, aunque donde más tiempo pasaba era en casa de Aniceta, la madre de Conchita.

" Ya lo sabía yo", pensé para mis adentros, pues me habían contado, que al ser viuda la madre de Conchita, la niña vio en Plácido al padre que les faltaba, y volcó en él toda su confianza y su amistad. Situación privilegiada que le permitió tener un conocimiento más extenso de los acontecimientos, más amplio incluso, que muchos de los propios vecinos de Garabandal.

-Como digo, continuó Plácido, -no solamente Pepe hizo pruebas a las niñas en éxtasis. También las hicieron gente forastera que llegaba al pueblo, pero, sobre todo, los médicos. Estos solían tomarles el pulso, intentar levantarlas, y mirarles las pupilas. También les hacían reconocimientos cuando no estaban extasiadas, para ver si eran normales, y siempre concluían, que eran totalmente normales, pero que lo acaecido durante los éxtasis, no tenía una explicación, desde el punto de vista científico.

Y mientras se tomaba un pequeño descanso, sacó unas hebras de tabaco que fue colocando minuciosamente, en el fondo de la cazoleta de su pipa, apretándolas, con el dedo, utilizado a modo de retacador para darles fuego a continuación. Usaba el mechero tanto para entenderlas como para tapar la parte superior de la pipa. Aspiró fuertemente, con la avidez del fumador que se recompensa tras una buena labor, llenando el ambiente de un aroma dulzón y tal vez con un ligero olor a chocolate o similar, lo cual, no me desagradaba, pues me satisfacía ver, el placer que manifestaba en su semblante al disfrutar del tabaco rubio, que traía en una arrugada bolsa de plástico, escrita en alguna lengua extranjera que no entendía.

Como si de una cosa insignificante se tratara, alargó la mano para coger el segundo volumen de los cinco que había traído. Al principio no me había dado cuenta, pensando que eran cuatro, como me indicó Josefina, pero ahora podía comprobar perfectamente, que se trataban de cinco, el número de volúmenes, donde tenía recopilado toda la documentación. Nos hablaba de ellos, pero lo único que nos permitía ver eran las tapas exteriores, de color verde, así como el título que rezaba "las Protagonistas".

-Lo podía haber titulado "las Videntes" pero mientras la iglesia no se pronuncie sobre los acontecimientos, cosa que por ahora no han realizado, prefiero titularlo de esta forma, -nos dijo.

Durante un rato, que a mí se me hizo interminable, continuó hablando del mencionado segundo volumen, siempre haciendo alusión al contenido que

portaba, pero sin la más mínima intención de abrirlo, y menos todavía, dejármelo hojear.

El nombre exacto era "Correspondencia de las protagonistas" y en él a modo de libro notarial perfectamente encuadernado y con todas sus hojas numeradas, había ido colocando fotocopias de los originales que poseía en su archivo particular, de forma que, si en un momento determinado perdía un juego de documentos, al tener un duplicado, podía disponer de la copia correspondiente.

-Son 258 hojas numeradas, comentó, donde se reflejan las cartas escritas por Conchita, Jacinta, Mari Cruz y María Dolores, protagonistas de los hechos que se produjeron en San Sebastián de Garabandal, a testigos presenciales de los fenómenos que se prolongaron del año1961 hasta 1965. Entre ellos estaban, D. Ramón María Andréu, el P. Anselmo, el Dr. Caux, Dña. Carmen Cavestany, el P. D. José Ramón García de la Riva y el propio Plácido Ruiloba.

Por fin, en un gesto que se me hizo eterno, abrió el tomo por una de sus páginas centrales, donde aparecía en una hoja numerada, una fotocopia de una carta manuscrita por Conchita y dirigida al P. D. José Ramón. Pude apreciar una letra amplia y un poco desparramada, donde se perdía la linealidad de las oraciones en aras de aprovechar al máximo los espacios del papel, típico de una niña que no tiene mucha costumbre de escribir cartas, aunque posiblemente los acontecimientos que le estaban tocando vivir, seguramente le obligarían a tener que contestar más misivas de las que sería su intención.

Sin mucho tiempo para analizar detenidamente su contenido, cerró Plácido este segundo tomo dejándolo "aparcado ", y alargando su brazo, cogió el que aparecía rotulado como número I y que rezaba así "Testimonio de sacerdotes". Se veía a la legua que era mucho más voluminoso que el primero y de la misma forma que no pude averiguar gran cosa sobre el contenido del segundo, con este primero ocurrió algo parecido. Con una somera descripción, nos facilitó la información necesaria, para saber que estaba compuesto por los escritos y las cartas de los diferentes sacerdotes o frailes que, a lo largo de su paso por el pueblo de las apariciones, habían dejado escritas sus impresiones a modo de cartas dirigidas a otras personas, o bien en pequeños opúsculos donde hacían sus reflexiones personales, sus vivencias en aquellos tiempos.

Nuevamente la química interior de mi organismo puso en marcha las reacciones conducentes a producir en mí una serie de fenómenos que me facilitaban el entrar en resonancia con el espíritu y las vivencias de aquellas gentes situadas en el contexto de la historia, en un tiempo-espacio anclado a unos

acontecimientos difíciles de olvidar. En mi intelecto resonaban voces, sonidos, murmullos, provenientes de oscuros lugares perdidos en la memoria cósmica del universo, acercándome a la vida cotidiana de aquellos tiempos, haciéndome partícipe, en maravillosa simbiosis de unas experiencias difícilmente alcanzables de otra forma.

Se me hacía presente, a través de esta puerta dimensional la imagen de un pueblo primitivo anclado en su pasado histórico rodeado de realidades que las vivían como ajenas y sobrepasados por una serie de acontecimientos que no llegaban a comprender.

Cuatro de sus hijas, estaban siendo arrebatadas de la realidad cotidiana, por un amor de Madre celosa de su bienestar y su formación, haciendo que lo sobrenatural se truncase en cotidiano, arropándolas de unas vivencias que ellas consideraban al alcance de cualquier mortal y sin darse cuenta de la trascendencia, que para las futuras generaciones iban a tener.

A decir verdad, no sabría explicar, si lo que yo experimentaba era en mi espíritu o en el cuerpo, pero la intensidad con la que lo viví, dejó una huella tan profundamente grabada, que hoy es el día en que todavía se mezclan en mi mente los recuerdos con las experiencias oníricas, formando una unidad compacta que da resistencia a la estructura construida dentro de mí, haciendo que todo sea real y presente. Recuerdo perfectamente, como Plácido, ante una hoja abierta del primer tomo y con relación al padre D. Valentín Marichalar, comenzó a narrarnos un hecho curioso que tanto Josefina, como a mí nos sorprendió. Hacía referencia, al comienzo de los insólitos fenómenos que experimentaban las cuatro hijas de la tierra, cuando eran arrebatadas en espíritu al reino de los cielos, cayendo de rodillas sobre las pedregosas callejas como si fueran fulminadas por un angelical rayo.

-En aquellos días y cuando no había sacerdotes en el pueblo, comentaba Plácido, el Arcángel San Miguel, comenzó a darles la comunión de forma mística, aunque ellas que lo vivían con una realidad plena, se asombraban de que sus familiares y convecinos, no lo podrían observar.

-D. Valentín, fue interrogado, sobre este fenómeno, pues según tenían entendido solo los sacerdotes ministros del Señor, tenían potestad para consagrar y no el Arcángel San Miguel. El cura párroco, trasmitió su inquietud a las niñas y en el transcurso de un éxtasis ocurrido en días posteriores, las videntes manifestaron, que el Arcángel les notificó, que las formas consagradas, las tomaba de los tabernáculos de la tierra, pues efectivamente, él no tenía el poder de consagrar.

Esto ocasionó, la determinación de nuestro querido cura párroco Don Valentín Marichalar, de contar todos los días, las hostias consagradas existentes en el Sagrario de la iglesia del pueblo. Aparentemente, no faltaba ninguna, con lo cual llegó a la conclusión, de que seguramente, el Arcángel San Miguel tomaría las formas de alguna parroquia próxima, por lo tanto, no tenía por qué preocuparse más del origen de las formas que recibían las niñas de manos del Arcángel.

Esto sería el comienzo de una práctica, que se fue haciendo habitual en el pueblo y que culminaría la noche de 18 de julio, con la famosa comunión visible, de la cual quedaron documentos gráficos y sonoros de los que por supuesto, Plácido guardaba copia en sus archivos personales.

El tiempo transcurría imperceptiblemente y pronto llegó la hora de levantar la reunión en la que exclusivamente nuestro anfitrión habló para narrar todos aquellos acontecimientos que iban aflorando a su mente, a medida que hojeaba sus queridos tomos. Tanto Josefina como yo, permanecimos expectantes, disfrutando con sus relatos, y con la cara de satisfacción que ponía al fumar su olorosa pipa. Cuando nos levantamos y nos disponíamos a salir por la puerta, nos rogó que esperáramos unos momentos y desapareciendo por un pasillo lateral al que nos encontrábamos, volvió a los pocos instantes, con un pequeño librillo en sus manos, que con gran ceremonia me entregó diciendo:

-Toma, para que leas y empieces a conocer un poco la verdadera historia de Garabandal. Se trata de un pequeño artículo escrito por el famoso psiquiatra barcelonés doctor Puncernau, donde narra la primera visita que realizó al pueblo y su encuentro con las niñas. Ya me lo devolverás. Y abriéndonos la puerta, salimos al descansillo de la escalera, comentando que lo leyera con atención y si estaba interesado, volveríamos a encontrarnos.

Más contento que un crío con zapatos nuevos, abandoné el taller de Plácido, en compañía de Josefina, y sin muchas ceremonias de despedida, dándole las gracias tanto por haberme dado la posibilidad de contactar con el hombre que seguramente era el que mejor conocía lo ocurrido en Garabandal, como por acompañarme personalmente a visitarlo, marché rápidamente hacia el coche con la intención de hojear el librillo que Plácido había puesto en mis manos.

No tardé mucho en llegar al coche y aunque la oscuridad era manifiesta por lo avanzado de la tarde, no pude resistirme a la tentación de abrir el pequeño tesoro que representaba para mí el pequeño librillo y empezar a leer...

¿Por qué hice tantos viajes a Garabandal...? Pues en realidad ni lo sé...

Garabandal está a ochocientos kilómetros de Barcelona, ciudad donde resido habitualmente y donde tengo mi consultorio neuropsiquiatrico.

Mi buen amigo Jacinto Maristany, me instaba con frecuencia a que fuera allí.

Pero yo dentro de mí pensaba "no estoy para ver histerismos, que ya veo bastantes en mi profesión de médico".

Sin embargo...

Una noche después de cenar me llamó por teléfono y me dijo (yo entonces no tenía coche propio) que Mercedes Salisachs, la sin par escritora, partía a las cuatro de la madrugada para allí.

Me esperaría con el coche, en Enrique Granados esquina París.

Yo le contesté que me lo pensaría... que seguramente que sí... pero que si a las cuatro no estaba allí que no me esperara...

¡Cualquiera me hacía levantar a las tres y media, para estar dispuesto a las cuatro, para partir hacia una aventura de niñas histéricas!

Cuando nos íbamos a acostar le conté a mi mujer el peregrino caso.

Nos arrodillamos al pie de la cama de matrimonio, para rezar las cortas oraciones de la noche que teníamos por costumbre.

Terminadas éstas, mi mujer abrió el armario, sacó la máquina fotográfica y ante mi sorpresa me la dio, mientras decía:

- Toma... ve a Garabandal y saca muchas fotos...

Aquel insólito gesto de mi mujer, que no me deja ni a sol ni a sombra, me sorprendió ¿Qué raro...?

- Puedes llevarte a Margarita...

Margarita es la mayor de las chicas... entonces tendría unos ocho años...

- Pero...

- Nada, te vas a Garabandal...

La pequeña Margarita estuvo la mar de contenta de aquel viaje imprevisto. Total, que, sin guisarlo, ni comerlo, a las cuatro subíamos al coche de Mercedes Salisachs, y emprendimos el viaje a Garabandal.

El primero de los diez o doce que realicé después.

Todavía recuerdo que en un hotel de Zaragoza donde hicimos parada y fonda, y donde la amabilidad de Mercedes Salisachs nos invitó a comer, comimos arroz a la cubana, uno de mis platos favoritos.

Por la tarde proseguimos a toda velocidad el viaje y al atardecer de aquel día llegábamos a Garabandal.

¡Qué delicia de paisajes! ¡Qué encanto de aires puros! ¡Qué desastre de camino de carros, desde Cossío a Garabandal!

El coche patinaba, resbalaba junto al precipicio que daba al río, subía, empujando todos, una empinadísima cuesta, que era como una escalada al Naranco de Bulnes por la pared Norte, bueno por la más difícil.

Pasados los doscientos metros de la escalada y dado que Garabandal quedaba cerca, decidí ir a pie el resto del camino.

Los demás prosiguieron en coche, ya en el llano.

Yo fui paseando tranquilamente disfrutando del agreste paisaje de la montaña, reposando y tranquilo, después de tanto ajetreo cocheril. La carretera-camino, se había ensanchado un poco y era más potable.

A la izquierda de la carretera había una pequeña roca que apenas asomaba del suelo de un prado y sentada encima de ella a unos trescientos metros, se veía la figura de una jovencita vestida de blanco que aguardaba a su madre, que había ido a cortar o recoger de algún vecino huerto hortalizas o qué sé yo.

Miré a la niña debía tener unos trece o catorce años, quizá más, quizá menos, ella sin moverse me miró a mí.

Fue, por lo menos para mí, una mirada especial. Yo sin conocerla sabía, que era una de las niñas videntes de Garabandal. No sé porque lo sabía, pero lo sabía.

Su vestido blanco resaltaba sobre la verde hierba del prado. Su figura me pareció muy gentil, en aquel atardecer, casi ya crepuscular, de mi primer contacto con alguien de Garabandal.

Y nada menos, según supe después, con la persona más importante, de aquellos extraños hechos que me habían relatado.

Lo más curioso es que cuando después la conocí, le dije que la había visto en el prado. Y ella me contestó de una manera intencionada e incisiva, de un modo sorprendente:

- Yo también te vi a ti...

Yo pensé dentro de mí "ojo doctor no te dejes engatusar..."Pero la verdad es que me sorprendió su contestación:

- Yo también te vi a ti...

Seguí andando. Pasada una curva del camino divisé Garabandal.

Sus casas vetustas y pintorescas.

Frente a una especie de plazoleta, debajo de un único árbol, estaba aparcado el coche de Mercedes Salisachs.

Nos acomodaron, para poder dormir en una de las últimas casas del pueblo, casi a las afueras. Era una sucursal del "hotel Puncernau" como después explicaré. No tengo porque describir las callejas del pueblo iluminadas, si las había, por unas débiles bombillas y hechas un verdadero barrizal. Llenas de piedras y de cascotes.

Al desaparecer Mercedes Salisachs me encontré, aparte de la compañía de mi hijita, un poco perdido en la aldea.

Al final de la calle mayor del pueblo, siguiendo la carretera, se encontraba la taberna del Ceferino, que en aquel entonces ejercía las funciones de Alcalde del pueblo.

Una de sus hijas Mari-Loli, era precisamente otra de las videntes.

Ceferino estaba reunido delante de la taberna, en plena plazoleta con un grupo de amigos. Al acercarnos el grupo de hombres nos miró un tanto suspicazmente. ¿Quiénes serán éstos?

Intenté entablar conversación. Al decirles que era médico, se echaron un poco para atrás. Por lo visto los médicos no gozaban de muy buena fama.

Su reticencia no quitaba, no obstante, su amabilidad y buenas maneras.

Ceferino me pareció un hombre digno, un tanto cazurro y socarrón, pero como la mayoría de gente de Garabandal con un corazón de oro.

Todavía me acuerdo que más adelante y cuando nos hicimos amigos se iba a pescar al río, en tiempo de veda o sin ella, truchas para obsequiarme. Nunca he comido unas truchas tan buenas como en casa del Ceferino.

Al poco rato se corrió el rumor que Conchita había caído en éxtasis. Poco después Jacinta y Mari-Loli. Y finalmente Mari-Cruz.

En estado de trance se juntaron las cuatro y luego siguieron juntas rezando el Rosario, que la gente que las seguía, contestaba.

Eché un vistazo a la curiosa procesión y entré en la taberna del Ceferino a tomar una Coca-Cola.

En la taberna había una chica uruguaya que trabajaba en el "Folies Bergére" de Paris. Pronto entablamos conversación. Me dijo que ella no solamente no creía en aquellas supuestas apariciones, sino que no creía en nada de la religión. Había venido a Garabandal por simple curiosidad. Al cabo de un rato le propuse, salir fuera para ver lo que ocurría con las videntes.

Las vimos de lejos, agazapados en la sombra de una casa, como se dirigían rezando el Rosario, hacia la iglesiuca del pueblo.

Desde nuestro escondido observatorio mirábamos lo que pasaba.

De pronto vimos que Conchita, en trance, se destacaba de la procesión y se dirigía andando normal, pero con inusitada rapidez, hacia nosotros, que permanecíamos escondidos en la sombra apoyados en la pared de una casa.

Llevaba un pequeño crucifijo en la mano.

Yo pensé, ésta se ha enterado que eres médico y ahora viene a hacerte la gara-gara ¿Pero ¿cómo te habrá visto?

Pero no. Se dirigió a mi compañera y le puso a viva fuerza el crucifijo en la boca para que lo besara, una, dos y tres veces.

La Virgen María, también estaba por las bailarinas del "Folies Bergére".

Después Conchita igualmente en trance se unió a las demás y siguieron rezando el Rosario.

Mi compañera, la bailarina, se puso a llorar a moco tendido, con unos grandes y sentidos sollozos, tan desconsolados que pensé que le daba un ataque. La acompañé hasta los bancos de madera que estaban en el exterior y adosados a la pared de la taberna del Ceferino.

Se arremolinó gente, Intenté calmarla.

Al fin, pudo explicar, que había pensado "in mente": Si es verdad que se aparece la Virgen que venga una de las niñas a darme una prueba".

"Apenas hube pensado esto, cuando Conchita vino corriendo hacia mí a darme a besar el crucifijo. Yo no quería y le aguantaba la mano. Pero ella con una fuerza inusitada me puso el crucifijo pegado a los labios y no me quedó más remedio que besarlo. Una, dos, y tres veces, yo la incrédula, la atea, la que no creía en nada. Ello me emocionó sobremanera".

Nos encontramos, como diré, en el tren de vuelta camino de Bilbao.

Más tarde sé, porque nos escribimos algunas, veces, que dejó el "Folies Bergére" y regresó con su familia al Uruguay.

Esta fue la primera experiencia de telepatía o telegnosia instantánea, que observé en Garabandal…

Se hacía tarde y la lectura se prolongaba demasiado. Con tranquilidad me puse a hojear el resto de las páginas, deteniéndome en las últimas, donde podía leerse…

Hay muchas, muchas cosas que contar sobre Garabandal. La mayoría se encuentran en los numerosos libros y libritos, que se han escrito con mayor o menor acierto sobre Garabandal Y sus protagonistas.

He dicho antes que en esta corta relación, he procurado separar lo que me afecta como médico y lo que me afecta como cristiano y enamorado de la Virgen María.

Son dos cosas aparte.

Es casi seguro que todos estos hechos tengan una explicación Parapsicológica. ¿Pero acaso la Parapsicología, los fenómenos P S I, no los ha creado y los permite Dios ...? Y ¿acaso no puede El, más que nadie, provocarlos...?

Si el Milagro es, como es, un signo señal, adecuado a los tiempos y a las circunstancias... ¿no pueden tener los hechos Parapsicológicos, la categoría de Milagros ...?

Hace pocos días me he enterado de la muerte de Ceferino. Ceferino, en paz descanse, era un hombre un poco brutote a fuerza de sincero. Fue él quien me contó lo que sigue.

Era en invierno. No había ningún visitante en el pueblo. Había una ligera ventisca y hacía mucho frío.

Hacia las tres de la madrugada oí a Mari- Loli que se levantaba y se vestía.

- ¿Dónde vas ahora...?

- La Virgen me llama al cuadro...

- ¿Estás loca, con el frío que hace ...?

-La Virgen me llama al cuadro...

- A ver si te saldrá algún lobo... haz lo que quieras... pero ni tu madre, ni yo te acompañamos...

Mari-Loli se acabó de vestir, abrió la puerta de la casa y se fue hacia el cuadro. A unos doscientos metros del pueblo.

Si yo hubiera estado seguro, que era la Virgen... yo no me hubiera movido de la cama... la Virgen hubiera cuidado de ella... pero como no estábamos seguros, nos levantamos mi mujer y yo y nos encaminamos hacia el cuadro.

La encontramos en medio de la ventisca, de rodillas, en trance.

Hacía un frio de mil demonios.

Pensando encontrarla helada, le rocé las mejillas. Estaba calentita, como si no hubiera salido de entre las sábanas de la cama.

Nos tuvo más de una hora allí. Muertos de frio. Mientras ella seguía tan campante, hablando con su Visión. Por lo visto la Penitencia la teníamos que hacer los padres..."

Más o menos, esto es lo que me relató Ceferino, una noche sentados en un banco de su taberna...

Realmente interesante, pensé. Cuando llegue a casa, tengo que leerlo más detalladamente. Arranqué el coche y lentamente me fui perdiendo entre el bosque de luces que me rodeaban. Se habían retirado las nubes y al poco rato de salir del casco urbano, en plena carretera, aún a oscuras pude descubrir un cielo completamente estrellado y sereno, como el que habrían contemplado Ceferino y el doctor Puncernau aquella noche en Garabandal.

3ª Parte. Capítulo IV. MI AMIGO PLÁCIDO

El tiempo había ido transcurriendo, desde aquella mi primera visita al taller de Plácido en la calle empinada, acompañado de Josefina y durante la cual, me hizo entrega del pequeño libro escrito por el siquiatra doctor Puncernau. A esta primera visita le fueron sucediendo otras y otras a través de las cuales nos fuimos conociendo como dos buenos amigos. Me abrió su memoria de par en par, de forma que pudiera conocer lo que pasó en el pequeño pueblo de la montaña. También pude conocer sus archivos personales, la documentación completísima, perfectamente clasificada, a la que solía acudir, cuando necesitaba ratificar algún acontecimiento concreto. Documentos auténticos, amarillentos por el paso de los tiempos, pero con el infinito valor de las cosas históricas y queridas profundamente de las cuales había sido testigo directo juntamente con sus habitantes.

Pero independientemente de todo esto, si con algo hubiese que relacionar a Plácido en aquella época, era con las cintas magnetofónicas, hasta tal punto que la mayor parte de los documentos sonoros que existen diseminados por los cinco continentes han sido grabados por él a lo largo de aquellas duras y frías noches de las apariciones. Conferencias, éxtasis de las niñas, entrevistas a los habitantes del pueblo, rosarios por las calles, etc., etc., etc.

A decir verdad, la primera vez que tuve en mis manos unas cintas grabadas con los acontecimientos que tanto me habían empezado a fascinar, quedó tan marcada en mi mente, que difícilmente la olvidaré. Al igual que los acontecimientos que impactan en nuestra niñez, quedan indelebles para el resto de los años, y aunque la edad avance, y no sepamos recordar los sucesos actuales, las experiencias fuertemente vividas perduran y se mantiene frescas en nuestra mente. Y, eso, fue lo que me sucedió a mí, durante aquellas jornadas que pasé en el taller con mi anfitrión.

Podría decirse, que Plácido conocía perfectamente la sicología del momento, pues no era ni mucho menos, la primera vez, que presentaba sus cintas, a un neófito como yo. Durante sus años de convivencia en el pueblo de la montaña, había experimentado decenas de veces, el instante ansiado por todos sus admiradores, de poder presentar, las palabras que, a modo de susurro angelical, intercambiaban las niñas de la tierra con la Madre del cielo, conversaciones

infantiles, donde ponían de manifiesto sus inquietudes, sus ilusiones, hasta la belleza de sus blancos dientes…, las cuales, habían quedado eternamente retenidas en su magnetofón, para las épocas venideras.

Momentos intensamente vividos, en que se mezclaban los sonidos de las frías y estrelladas noches, con las piedras del suelo y el jadear de unos cuerpos cansados de seguir infatigables a sus pequeñas heroínas, entre las estrecheces de lo que se podría denominar calles, con las siempre difíciles subidas hacia la zona de los siete majestuosos pinos, que desde su atalaya contemplan el pueblo tantas veces bendecido por la presencia Materna.

Esas sensaciones, años atrás vividas por los propios testigos de las realidades cotidianas del villorrio se escapaban y esparcían, a modo de esencias aromáticas, en el taller de mi anfitrión llenando el ambiente de chisporroteos centelleantes y cálidos que reconfortaban el espíritu del que esto escribe.

Por fin, vacilante introduje la cinta que hacía unos momentos, Plácido me había proporcionado, en el alojamiento del magnetofón de dos puertas, que había traído yo de Bilbao y que por supuesto, en su compartimento vecino, había dispuesto otra nueva, preparada para copiar todo lo que habría grabado en la original.

El clic producido por el botón de Play, al ser oprimido, me produjo un pequeño escalofrío. A los pocos segundos y tras unos chasquidos roncos producidos por las primeras y defectuosas vueltas de la cinta, al pasar delante del cabezal reproductor del magnetofón, se escuchó la voz de una niña de unos doce años, inundando la estancia donde nos encontrábamos Plácido y yo, produciendo un efecto hipnótico que nos mantuvo en silencio durante la media hora larga que duró la grabación, sin atrevernos a movernos de nuestros respectivos asientos, intercambiando de vez en cuando alguna mirada de asentimiento.

La cinta evocaba unas de las múltiples noches, en que dos de las niñas, fraternalmente emparejadas, recorrían las oscuras callejas del pueblo con una multitud de incondicionales detrás, rezando uno de los misterios del Rosario..., tan acostumbrados a que lo extraordinario fuera cotidiano, que hacían el sacrificio de perder sueño y cena, con tal de no dejar solas a sus apreciadas hijas.

Recuperado de la impresión producida por esta primera audición, pedí a Plácido me permitiera escuchar una segunda grabación, y hasta una tercera, rogándole me explicará en qué condiciones se habían producido y cuál había sido su historia. Así fue, y a pesar de la similitud de los escenarios y los momentos

vividos por sus personajes, técnicamente, las audiciones eran diferentes. Desde un primer momento, me di cuenta que la reproducción entre una cinta y la otra no eran iguales. No era mucha la diferencia, pero mi sentido investigador, me decía que había que estudiar cuál era la causa de estas anomalías. Era una cosa que me llamaba la atención, impidiendo concentrarme en el contenido de los diálogos.

Por desgracia para mí, no disponía más que de la copia obtenida en situación precaria durante la audición realizadas esa tarde y las audiciones en las que estuve presente posteriormente. Era una forma poco correcta para poder grabar y para poder analizar con profundidad el tema, dado que lo quería estudiar como a mí me gustaba. Así se lo hice saber a Plácido, pidiéndole que me dejara las cintas para llevarlas a casa y poder hacer la copia con medios técnicos más adecuados. Sabía que era un gran atrevimiento por mi parte el pedir tal cosa, teniendo en cuenta el gran valor histórico que representaban las cintas para él, pero accedió de buen grado poniendo como única condición que debía devolverlas en un tiempo prudencial.

Dándole mi palabra de que así lo haría, me permitió marchar llevándome a casa como unas tres o cuatro, esa vez y las sucesivas en que acudía a su taller para hacerle una nueva visita. En cada una de ellas comentábamos las incidencias de las escuchadas anteriormente, anotando en mi cuaderno de abordo todo lo reseñable, para no olvidarlo.

Así fueron pasando los días, mezclándose los viajes a Santander, con los apuntes en mi libreta. Y por supuesto la grabación de las cintas que Plácido me iba presentando. Pero a pesar de mi interés en obtener buenas copias me daba cuenta, que la primera impresión que había captado con una cierta extrañeza, durante aquella memorable audición, se repetía también en las obtenidas posteriormente… dándome que pensar.

Efectivamente había un problema técnico, que se repetía continuamente produciendo una deficiencia en la calidad y exactitud de las cintas grabadas, pues la voz aparecía excesivamente grave para unas niñas de doce años. Estuve pensando en el tema durante varias tardes y al final llegué a la conclusión, de que, si variaba la velocidad de reproducción, el sonido que escuchaba de las niñas era más natural. Por otra parte, la calidad de la reproducción también dejaba bastante que desear. Estaba claro que la "copia" era "copia" de otra "copia" anterior. Por lo tanto, había dos problemas, velocidad de reproducción y calidad de grabación / audición.

¿Qué hacer, me pregunté? Para resolver el primero relativo a la velocidad, que ocasionaba esas voces tan graves, tenían que averiguar primero la causa y así poder calcular exactamente cuál tenía que ser la velocidad adecuada; para resolver el segundo necesitaba la cinta original, es decir la cinta de bobina que se utilizaban en aquella época durante las apariciones, puesto que el cassette no se había inventado todavía. Y por supuesto, para reproducir una cinta de bobina, necesitaba aquellos grandes y antiguos magnetofones que estaban ya fuera de uso, y que solamente algún anticuario nostálgico podría proporcionar. Resumiendo, tenía que pedirle a Plácido que me dejara las cintas originales en el formato de bobina empleado para las grabaciones de aquellas épocas y después localizar el aparato adecuado para poderlas escuchar.

El nuevo reto que se me presentaba en absoluto me hacía dudar de mis capacidades para lograrlo. “Torres más altas, han caído” pensé internamente. A medida que los acontecimientos se habían ido sucediendo y las dificultades que se presentaban venciendo, mi seguridad y mi confianza alcanzaban cotas difícilmente imaginables en otros momentos.

De nuevo, volví a pisar el suelo del taller de la calle empinada, donde Plácido tenía su cuartel general, para pedirle la primera cinta de bobina que había grabado durante las apariciones. La había tenido que coger de su casa, como me explicó, y traerla exprofeso esa tarde, pues la consideraba demasiado preciada para tenerla con los documentos que acostumbraba a manejar, en donde nos encontrábamos. La guardaba en su cajita original de cartoncillo, que no tenía más de cien por cien milímetros. Era una especie de carrete de plástico transparente en la que había arrollado una cinta magnética de color marrón de unos 7 milímetros de anchura. El extremo aparecía suelto y recogido en un lateral de la bobina. Por lo demás no había nada reseñable a no ser la sensación de excitación que sentía y sobre todo la pregunta que me rondaba por la cabeza, desde hacía un par de días.

-Y ahora, ¿dónde encuentro un magnetofón, para poderla escuchar, y copiar adecuadamente?".

Lo primero que se me ocurrió… fue llamar a las tiendas de sonido donde alquilan equipos de alta fidelidad a ver si por casualidad tenían alguno que me pudiera servir, y con un precio módico, conseguirlo. Pero no hubo suerte. Para mi desgracia me enteré que ese tipo de magnetofón puede ser de tres clases. De velocidad lenta, de velocidad normal y de velocidad rápida. Y por supuesto, no tenía ni idea de cuál necesitaba.

El segundo intento consistió en llamar a las emisoras de radio local. Sabía que utilizaban estos tipos de aparatos, por su alta calidad, sobre todo cuando realizaban grabaciones musicales. Llamé por teléfono... y la respuesta que obtuve a mi solicitud, fue positiva. Accederían a dejarme uno de sus aparatos para realizar la grabación, con la condición de que llevara una cinta virgen. Desde luego fueron muchas y muy diversas las dificultades con las que me topé a lo largo de mis aventuras para obtener una copia, pero jamás pensé que podría ocurrir lo que me sucedió.

Después de ir a la emisora y constatar que no estaba donde había estado siempre, tuve que ir al otro extremo de mi querida villa, para localizarla. Subí a los estudios de grabación y tras invitarme amablemente a esperar mientras grababan la cinta, después de dos horas, me entregaron la copia. Cuál no sería mi sorpresa, al llegar a casa y escucharla, el comprobar que, durante la grabación, habían olvidado cerrar el micrófono de estudio, lo cual para mi desgracia había producido una superposición de sonidos, escuchándose perfectamente sus conversaciones e impidiendo oír lo que realmente me interesaba. La verdad es que no me dieron ganas de volver a llamarles para pedirles una segunda oportunidad.

Y así, fueron continuando los esfuerzos para lograr hacerme con una copia fidedigna de los originales que Plácido me había dejado tan amablemente.

Después fue el magnetófono del tío cura de Javi que no tenía la misma velocidad, y por lo tanto no podía utilizarlo. O el inmenso de Ascul al cual se le quemó el motor, el cual hubiera sido perfecto pues tenía los tres tipos de velocidades en uso. El último cartucho decidí quemarlo, llamando a Plácido y soltándole a bocajarro.

-Plácido... ¿No tendrás el magnetofón portátil, que utilizabas para tus grabaciones en Garabandal? No hay forma de encontrar uno que pueda servirme.

-Su contestación fue afirmativa, para mi sorpresa, por lo cual, me puse en camino inmediatamente hacía Santander para conseguir tan deseado instrumentan, antes de que se arrepintiera.

Se trataba de un Philips de los años sesenta traído por un amigo marino de Holanda, pues en España no se comercializaba todavía durante aquellos años. Era portátil, por supuesto de pilas, de color blanco, con la colocación de cintas en la parte superior y llevaba un micrófono exterior igualmente portátil, el cual tenía una pequeña peana para poderlo colocar encima de alguna mesa, durante las grabaciones. Necesitaba una buena puesta a punto y un juego de pilas de las del

tamaño grande lo cual no representaba para mí ninguna dificultad, dada mi afición a la electrónica.

Una vez en mi poder y ya en casa, pude desmontarlo tranquilamente, realizando una minuciosa limpieza de toda su parte mecánica. La correa estaba un poco dada de sí, pero teniendo en cuenta el tiempo que llevaba sin funcionar, se podría decir, que era una suerte, que todavía pudiera cumplir con la misión para la cual había sido proyectada. Además, si la holgura fuera mayor, habría dado al traste con todas mis ilusiones, de ponerlo en marcha, pues era consciente de la importancia y la imposibilidad de conseguir piezas de repuesto para ese modelo. También les di un repaso a las poleas y a las ruedas de arrastre, engrasando cuidadosamente sus ejes y eliminando pequeñas suciedades y óxidos que se habían depositado entre sus ruedas dentadas. Después de todo esto, les tocó el turno a los componentes electrónicos y eléctricos, que completaban el interior del aparato. Los conectores fueron raspados y prensados ligeramente para obtener buenos contactos; los radiadores de los transistores de potencia, limpiados para permitir una rápida eliminación del calor producido durante su funcionamiento y el altavoz equilibrado para que al sonar desaparecieran las molestas vibraciones parásitas que se ocasionan cuando se encuentran flojos. Finalmente, lo único que me restaba por hacer era colocar las pilas que había comprado, nada más salir del taller de Plácido y preparar los cables y clavijas que me permitieran conectar un aparato con otro con el fin de realizar las copias a través de conductor eléctrico. Terminé, colocando la bobina grabada en su porta bobinas correspondiente y manualmente enhebré el extremo libre de la cinta en el otro lado donde se encontraba la bobina vacía, encargada de ir recogiendo la cinta que iba pasando a medida que avanzaba la reproducción. Y sin más miramientos, me puse a grabar.

Realmente fue una suerte que a la primera funcionará todo correctamente, permitiéndome obtener la copia al cabo de una hora de que comenzara a rodar por primera vez. A esta primera copia le fueron sucediendo una segunda, una tercera y así sucesivamente hasta completar toda la colección que poseía Plácido. Fue un trabajo lento de semanas e incluso meses pues la cantidad de ellas grabadas durante los años de éxtasis, había sido muchas y muy diversas, lo que me originaba cambios de formato, y pérdidas de tiempo. También, las uniones, realizadas tan a menudo en aquellas épocas, consistentes en pegar pequeñas cintas para hacer una de mayor longitud, estaban en situación precaria, originando su rotura al pasar por el cabezal grabador/reproductor, obligando a parar, limpiar los desperfectos y volverlas a unir. A veces, el mal uso recibido por las cintas, hacía que, al reproducirse, ruidos y perturbaciones aparecieran, siendo imposible eliminarlas. Es más, en algunas ocasiones, el material ferromagnético se desprendía de soporte

plástico de la cinta quedando adherido al cabezal, inutilizando el resto de la grabación.

De todas formas, con paciencia y gran ilusión, el trabajo iba avanzando, y el número de cintas que formaban mi colección particular, iba del mismo modo incrementándose.

Todas estas experiencias, todos estos aprendizajes, me resultaban altamente gratificantes, no sólo por lo que conlleva el poder utilizar los recursos técnicos actuales, para resolver los problemas que iban surgiendo, sino también por ser capaz de revivir las escenas congeladas y devolverles la vida que durante años habían estado apagadas en el interior de unas cajas de cartón, de un anónimo armario de un piso de Santander. Recuerdos, vivencias, experiencias, todo se actualizaba en el quehacer personal y cotidiano, haciendo que la fantasía supliera a la realidad permitiéndome ser partícipe de los momentos intensamente vividos por los moradores de un pequeño pueblo perdido e ignorado en las picudas y nevadas rocas de Peña Sagra.

A modo de ladrón surrealista, iba apropiándome de las esencias emanadas entre aquellas callejuelas, repletas de bullicio y vidas sosegadas, mezclándolas con los azules del cielo, amarillos y verdes de los haces de heno y gavillas de hierba, agolpados en las entradas de las desvencijadas cuadras. Las traseras de las casas, a modo de cómplices silenciosas, me desvelaban sus secretos fielmente guardados durante tantos años, brindándome sus sonidos, sus imágenes, y hasta sus olores. Realidades depositadas en la profundidad del cosmos, que ahora gracias a la técnica del siglo XXI, y unas cuantas cintas, se hacían presentes con toda la fuerza e intensidad de sus orígenes.

Realmente, me sentía cómodo descubriendo a modo de viajero que retorna al pasado, a través de una selva exuberante y frondosa, aquellas realidades. El ir destapando esas cajas resonantes, me conducía, como al explorador que se abre paso entre la jungla a golpes de machete, a momentos desconocidos, no solamente para mí, sino para muchos otros a los que iba mostrando mis hallazgos.

Día tras día, semana tras semana, mis visitas al taller de Plácido en la calle empinada, se iban sucediendo con matemática puntualidad, ávido de obtener el máximo de información, vital documentación, para mis trabajos de investigación. Los viajes de Bilbao a Santander se fueron haciendo tan frecuentes, que lo ajeno se fue volviendo familiar, gracias a las atenciones y cuidados que mi anfitrión me dispensa en todo momento. Me gustaban las tertulias, sentados los dos en su despacho, en el fondo del taller, él en su sillón, detrás de una antigua mesa de

oficina y yo enfrente, sentado, con mi cuaderno de notas dispuesto a escribir todo lo reseñable, para no olvidarlo. Sus continuas idas y venidas a los armarios para consultar los datos, o para mostrar esta o aquella foto, se alternaban con sus explicaciones y con las chupadas a su vetusta pipa de tabaco rubio, llenando la pequeña estancia de un agradable y dulzón olor.

Si mal no recuerdo, fue por abril de aquel año del 94, durante una de las habituales tertulias vespertina cuando Plácido, me hizo entrega de la cinta referente a la entrevista mantenida con el pastor de Pesués, D. Benjamín. Se daba la circunstancia, que, junto con Pepe, era una de las personas que mejor describe el momento de la comunión visible de Conchita, puesto que él, al igual que Pepe, también fue un observador privilegiado en aquellos instantes, al encontrase a medio metro de la vidente, sin nadie por delante, que pudiera obstaculizarle la visión de todo lo que ocurría en aquel momento en la calle. En ella manifestaba tanto los momentos de sufrimiento que le producían los acontecimientos que vivía, como los de inmensa alegría, cosa que me resultaba un poco chocante, pues inocente de mí, pensaba, que todo tenía que ser positivo y agradable. No obstante, iba a tardar poco, en experimentar en mis propias carnes, tal situación paradójica y en un corto espacio de tiempo.

Con la cinta cuidadosamente guardada en el fondo de mi inseparable bolso de viaje, salí del taller de Plácido donde tan agradable conversación habíamos tenido y me dirigí al aparcamiento subterráneo, debajo de la plaza, en una de cuyas parcelas había estacionado mi Renault. La tarde había dejado paso a la noche, y las luces de la ciudad brillaban a lo largo de las avenidas santanderinas. Mis últimas palabras de despedida habían sido, antes de que cerrara la puerta tras de sí:

-Me voy a Garabandal ahora; no creo que tenga problemas para llegar, aunque sea de noche. Como sabes tengo al padre gravemente enfermo y quiero ir a rezar a la Virgen de la montaña. Si te parece, puedes venir conmigo y así me haces compañía. Recordarás antiguas vivencias.

-Gracias, me contestó, pero he subido muchas noches a Garabandal, hace años, y ya se terminó esa época para mí. Vete tú y ten cuidado con la carretera. Tienes dos horas por delante.

Con sus últimas palabras resonando todavía en mis oídos, arranqué el automóvil y saliendo a la concurrida calle, enfilé hacia la salida, por la autopista de Bilbao/Santander, que se encontraban a mi derecha.

Conducía sin prisa, tratando de no equivocarme en las múltiples variantes de salidas, que se me iban presentando. La noche invitada a disfrutar de la temperatura y del momento. Puse en el radio cassette una cinta de los tres tenores, no muy alta, para que no molestara la música, y cuando vi la dirección que buscaba, me relajé dejando que mis músculos adoptaran una postura más cómoda, acoplándome a la anatomía del asiento. La monotonía de la carretera, era rota a veces por las pequeñas e iluminadas casas de los pequeños núcleos urbanos, por donde iba pasando y en los cuales no se apreciaba movimiento de personal, natural por otra parte, pues a medida que avanzaba hacia mi destino, las manecillas del reloj se aproximaban hacia la medianoche, obligando a sus moradores a retirarse a descansar.

Al llegar a la altura de Puente Nansa, paré el coche. La cabina de teléfonos que estaba anclada a la orilla de la calle por donde circulaba en ese momento, me sugirió la idea de llamar a mi madre para interesarme por su dolor de espaldas, que desde hacía un par de semanas venía padeciendo. Además, así tenía excusa para estirar un poco las piernas y saborear el fresco que había empezado a destaparse, mezclado con una pequeña llovizna que no auguraba nada bueno, para mi escalada al recinto de los pinos, allí arriba, en el pueblo de las apariciones, como vulgarmente se le conocía en esta zona, en la que ahora me encontraba.

No tardé mucho en saludar a mi madre y a pesar de su extrañeza por la hora tan poco usual de llamar, se alegró de que la recordara, pidiéndome tendría cuidado con la carretera. La conversación que duró unos pocos minutos fue suficiente para ponerme al corriente de un problema que tenían con el televisor. Quedamos en vernos para resolver el mal funcionamiento, si era posible. La verdad era que me apetecía volver al coche, pues la noche se había vuelto desapacible y la lluvia que al principio era una sencilla bruma, cada vez iba cogiendo más fuerza, empezando a preocuparme.

Arranque apresuradamente, enfilando hacia la montaña por una carretera que cada vez se presentaba más oscura y más solitaria. Llegué sin dificultad al pueblo y tras entrar por la pequeña calle de la derecha, que conduce hacia la plaza, y procurando evitar un gran agujero que había en el suelo, aparqué en el lugar que siempre me agradaba pues fue donde estuvo estacionado el coche la primera vez que subí a Garabandal.

La lluvia había arreciado y se hacía obligatorio el uso del paraguas para no mojarse. En el capó trasero tenía uno tamaño familiar, que me vendría muy bien. Cogí una linterna y el magnetófono con la cinta en la que estaba un rosario rezado

por Conchita en éxtasis y que fue grabado por Plácido en una de sus innumerables visitas al pueblo

Comencé a caminar, ilusionado, en dirección a los pinos, después de haber cerrado las puertas del coche. Me extrañó ver todavía encendidas las luces de la nueva tienda de objetos religiosos perteneciente a Lucía, la prima de Conchita, una de las testigos, que permaneció con ella la tarde previa al milagro de la comunión visible. "Seguramente estará preparando las cosas para mañana", pensé para mis adentros. Y sin dar más importancia al incidente, continué el camino hacia mi destino, pasando junto al cobertizo de las cachabas, donde tan buenos momentos pasé en compañía de Pepe. De momento no tenía necesidad de utilizar la linterna, pues la iluminación del pueblo era lo suficientemente potente, como para poder andar cómodamente, aunque también hay que decir, que algunos rincones estaban oscuros y había que ir con precaución. Al pasar por delante del mesón de Serafín, volví a extremar mis precauciones, pues ya la luz iba dejando paso a las tinieblas, y aunque no encendí inmediatamente mi linterna, para dar tiempo a mis ojos a que se acostumbraran a la oscuridad, lo tuve que hacer cincuenta metros más arriba, pues resultaba imposible distinguir nada. La lluvia resonaba en mi paraguas y la calleja, la famosa calleja tantas veces nombrada, en que ahora me encontraba, se había convertido en un pequeño riachuelo, cuyas aguas discurrían entre las piedras del sueldo. Dejé a mi derecha la pequeña capilla levantada en honor de San Miguel Arcángel y procurando guiarme por las estaciones del Vía Crucis, que estaba asentada a la orilla del camino, iba avanzando, ascendiendo hacia los pinos, que, por supuesto no se veían, ni lo más mínimo.

Cuando alcance del pequeño altozano, mi ritmo cardiaco y mi respiración se habían vuelto más acelerados y ruidosos, debido al esfuerzo realizado, y por qué no decirlo también, al miedo que me producía la soledad y la oscuridad que me rodea. Un miedo infantil ante lo desconocido, que no podía evitar y que, desde mi personalidad de adulto, me daba vergüenza reconocerlo, procuraba vencerlo, dándome ánimos con frases positivas del estilo "Que bobada. Si aquí no hay nadie" o cosas parecidas. De todas formas y a pesar del frío y la lluvia, que había amainado ligeramente, me sentía a gusto. El viaje había sido perfecto, me encontraba donde quería y estaba solo, para poder hacer lo que me apeteciera. Así que me puse de rodillas, enfrente al pino principal y comencé a rezar. Para dar más ambiente a la situación puse, el magnetofón que llevaba en el bolsillo en marcha y apagué la luz de la linterna. El efecto que produjo la combinación de todos los elementos mencionados fue realmente sorprendente. Daba la sensación, al oír en vivo la voz de Conchita, que salía del altavoz, del pequeño portátil que tenían en la mano, de estar en el escenario real de los pinos, con la multitud, como si hubiera retrocedido 40 años hacia el pasado. Fue curioso; el sentimiento de tranquilidad que

experimentaba, no impedía el que sintiera la humedad del suelo y que a través del pantalón fue calándome las rodillas, que tenía sobre la hierba mojada. Tampoco me incordiaba el tener que mantener el paraguas en ristre o el magnetófono en la mano. Podría decir que la armonía me rodeaba y me confortaba. Pero de repente, como un castillo de naipes que se hunde súbitamente, sentí como una oscuridad en mi interior que hizo desaparecer la placidez que me había arropado, hundiéndome en una sensación depresiva extraña y desagradable.

Hoy es el día, que todavía, cuando recuerdo aquel momento y trato de darle alguna explicación lógica, la única sensación que recibo a modo de respuesta, es la negación de lo racional. El caso es que todo sucedió de la forma más inesperada, pues me encontraba tranquilo y disfrutando del momento que estaba viviendo, cuando de repente una especie de desgana se apoderó de mí, motivando que mis fuerzas flaquearan y sintiendo cómo mis entrañas se revolvían haciéndome experimentar una dolorosa sensación.

Y ésta sensación vino acompañada de otra espiritual peor, que la viví como desamparo, soledad, profunda tristeza e intensa oscuridad. Intenté refugiarme en la oración, pero fue en vano, hasta tal punto que temía caer al suelo de bruces de un momento a otro. Me incorporé y con paso torpe me acerqué hasta el pequeño murete que rodeaba al pino principal, donde intuía se encontraban los rosarios, cadenas, medallas, y lámparas de cera, depositados por los peregrinos, con alguna pequeña nota acompañante, en la que expresaban su confianza en la Virgen, para aliviar las dolencias de sus seres queridos. Me senté en el borde, dando la espalda a la hornacina que se alzaba por encima de mi cabeza, tratando de recuperar mis fuerzas y mi entereza de espíritu. Pero la profunda soledad y desamparo que experimentaba, me producían un miedo tan atroz, que el primitivo que me invadió, tanto al lugar, como a la presencia de algunas personas extrañas, me resultó pueril. Permanecí durante unos instantes, pensando en lo ridículo de mi presencia en aquel lugar y sintiendo que todo era un "juego de niñas" como lo habían definido los de Santander, pensé en marcharme de allí y no volver más, pues no tenía sentido, los sacrificios que me producían los diversos viajes, tanto al pueblo de la montaña, para ver el lugar de las "supuestas" apariciones, como a Santander, para hablar con Plácido. Una noche negra y profunda, que me sumía en una depresión de la que quería escapar y no podía. La lluvia seguía cayendo, pero no me importaba. Sentía que me mojaba, pero no hacía nada por impedirlo. El dolor de tripas había ido en aumento y me notaba mal. Estaba desorientado, no sabiendo que rumbo tomar.

-Pero, ¿Qué me está sucediendo?... Pensé, tratando de racionalizar la situación que estaba viviendo. No hacía ni cinco minutos que me encontraba perfectamente

y ahora un malestar inexplicable, que iba en aumento me sumía en un túnel, o por mejor explicarlo, me arrastraba al interior de un pozo. De la misma forma que pierde su energía un televisor que se desenchufa bruscamente, desapareciendo la imagen y sonido, de la misma forma sentí, que se desvanecía mi vitalidad y mi ilusión, experimentando que no me apetecía estar en aquel lugar, ni continuar rezando a la Madre del cielo. Me sentí huérfano, abandonado, como si no quisieran saber nada de mí allí arriba. Ya no les importaba, habían desconectado, permaneciendo náufrago en un desconocido mar, sin ningún rumbo que seguir. Terriblemente asustado por este abatimiento, intentaba darme ánimos y salir a flote de lo que me parecía una experiencia sin sentido, y así continué, sin moverme, en donde me encontraba, pensando que, de un momento a otro, todo pasaría.

Permanecí en esta situación como unos diez minutos, hasta que empezó a desaparecer las sensaciones anteriormente mencionadas. Al final, opté por levantarme y lentamente ir descendiendo hacia el pueblo. Lo hice sin despedirme del lugar, y sin prestar atención al sitio donde ponía mis pies, lo que me acarreó el manchar de barro mis deportivas, que tanto había procurado mantener en buen estado al subir.

Afortunadamente para mí, las cosas fueron cambiando y cuando nuevamente me encontraba en el pueblo, la extraña sensación había desaparecido de mi organismo produciéndome cierta tranquilidad. Andaba despacio tanto para reponerme de las fuerzas perdidas, como para no tropezar con los abundantes troncos que se amontonan en las afueras de las cuadras y de las puertas de las vetustas y rocosas casas. Al llegar a la altura de la plaza, donde tenía aparcado el coche, observé extrañado, que continuaba encendida la débil luz de la nueva tienda de objetos religiosos, perteneciente a Lucía, la prima de Conchita. Sigiloso y curioso me acerqué a una de sus enrejadas ventanas que mantenía abiertas las contra ventanas de madera de roble oscuras, para observar lo que ocurría en su interior, pero algún ruido inesperado debí de producir, lo cual alertó a la dueña, que acercándose a la puerta la abrió para ver lo que ocurría, encontrándose de bruces con mi persona. Al principio no sabía que decir; me parecía una situación un poco absurda, el ser pillado de esta forma a "altas horas de la madrugada". Para mi bien, afortunadamente, no pasó nada. Le expliqué cómo había venido a rezar a la Virgen de las apariciones y de paso a enterarme de los acontecimientos que habían tenido lugar durante los años de las maravillosas experiencias. Pronto surgió una corriente comunicativa que me facilitó el poder manifestar mis idas y mis desconciertos.

Me invitó a pasar al interior del establecimiento y mientras hablábamos, aproveché para de una forma discreta, observar lo que me rodeaba. Realmente era

una estancia reducida en donde detrás de un mostrador repleto de rosarios, cadenas, medallas, crucifijos, alfileres con motivos religiosos, velas perfumadas, imágenes, escapularios y otros objetos dispersos, Lucía permanecía sentada, ordenando una caja con postales religiosas. Los libros aparecían mezclados con las cintas de vídeo y posters en la parte derecha, colocados tanto en estanterías adosadas a la pared, como en una mesa central, próxima a un segundo mostrador, simétrico al primero, aunque un poco más reducido. En el centro de la estancia y precedida de un par de escaleras, había una puerta entre abierta de madera antigua con cristales a media altura, que daba acceso a las habitaciones de los huéspedes y a la cocina, como puede comprobar en visitas posteriores a la casa-hostal. El silencio reinante a esas horas de la madrugada, era roto de vez en cuando por el ruido de una ventana del piso superior, que, movida por el viento y seguramente mal cerrada, golpeaba contra la pared de la fachada, resonando como un madero hueco y próximo a quebrarse. De su conversación, me interesaba, sobre todo, sus experiencias durante la tarde de la famosa comunión visible, en la habitación superior, con su prima Conchita, y donde al parecer permanecieron solas un buen rato hasta que un tío suyo fue “a ver lo que pasaba”. Posteriormente tendría oportunidad de escuchar, en cintas grabadas por Plácido, sus declaraciones, y los motivos por los cuales había decidido ir a visitar a su sobrina Conchita, a la que por cierto hacía bastante tiempo que no veía.

De una forma somera, me relató alguna de sus experiencias, pero dado que no eran horas de ponerse a charlar, decidimos dejar la conversación para otro momento más apropiado, pues se sentía cansada y quería terminar el pequeño inventario que estaba realizando en su negocio. A decir verdad, esta inesperada conversación, rompió con la situación anteriormente vivida en los pinos, haciendo que me sintiera recuperado totalmente. Así que, despidiéndonos afectuosamente, volví al coche, iniciando el regreso a casa. Traté de recordar, un pequeño proverbio que acababa de leer en el reverso de un libro de los expuestos en la tienda de Lucía, cuando descendía por la oscura carretera dirección a Cossío. Lo había leído de refilón mientras la dueña me hablaba. En aquel momento no fui capaz de interpretarlo, pues hubiera necesitado desatender las explicaciones que estaba recibiendo y por lo tanto perder el hilo de la conversación que me atraía.

Decía: "Se como el sándalo, que perfuma el hacha del leñador que le hiere".

No lo terminaba de entender, pero seguro que me estaba transmitiendo algún mensaje.

4ª Parte. Capítulo IV. MI AMIGO PLÁCIDO

La oscuridad de la noche, se veía a veces perturbada por los tímidos rayos de luz procedentes de la lejana luna, que a duras penas se abrían camino en los claros que empezaban a surgir entre las nubes del cielo. El coche rodaba gozoso por las carreteras de vuelta a casa, mientras una silenciosa paz cubría a modo de manto el espacio que me rodeaba. De repente me di cuenta de mi inseparable bolsa azul de viaje, que involuntariamente, había dejado encima del asiento del copiloto. Me vino a la mente, la cinta que Plácido, unas horas antes, me había prestado y que con tanto cariño había depositado en el fondo, mezclada con los instrumentos que siempre me acompañan. Sin poderlo reprimir, giré el volante de mi coche en un recodo de la carretera, y saliendo de ella me aventuré por un lateral, que conducía a un pequeño granero por lo que posteriormente pude comprobar. Nuevamente giré el coche colocándole en una posición estratégica para poder ver lo poco que alcanzaba mi vista, enfilando hacia el camino por donde acababa de llegar. Paré el motor y las luces, en un pequeño espacio pedregoso; ayudándome con el pequeño piloto interior, saqué el magnetofón, introduje la cinta con la conversación mantenida entre Plácido y el señor Benjamín, pastor del pueblo costero de Pesués, la noche de la comunión visible de Conchita.

Estoy seguro que, si me pongo a pensar de una forma racional en mi impulso de detener el coche para escuchar la cinta magnetofónica, no hubiera hecho caso de él, continuando camino hacia casa, pues me sentía contento pero cansado. Algo me obligó a parar con tanta fuerza, que sin saberlo me encontraba nuevamente a punto de retroceder en el espacio, al pueblo que acababa de abandonar y en el tiempo a sucesos ocurridos hacía aproximadamente cuarenta años. Para ello, lo único que necesitaba era oprimir el pequeño botón de Play del magnetofón que tenía en mi mano.

Traté de imaginar, cerrando los ojos, la escena que, en primer lugar, tenía que haber ocurrido, entre Plácido con su magnetofón grabando los detalles narrados por D. Benjamín, y, en segundo lugar, los acontecimientos vividos por el pastor de Pesués, aquella memorable noche de 18 de julio. Me situé mentalmente en la parte posterior a la casa de Conchita, en frente a las pequeñas escaleras de piedra, que daban acceso a una de las humildes viviendas del pueblo. Sabía por las explicaciones que me dio mi anfitrión en el pequeño despacho de su taller de la calle empinada, que aquellas lejanas noches, dos personas habían sido testigos

excepcionales de los acontecimientos. Pepe, que se encontraba a la derecha de Conchita y el pastor de Pesués, que estaba a su izquierda. Ambos tan próximos que podrían dar toda clase de referencias y detalles, pues no perdieron de vista a su protagonista. El primero, agarrado fuertemente a su brazo, y el segundo, situado para verla "a placer", ayudado por una linterna que como nos contará en su relato, llevaba un muchacho de Santander.

Lentamente empezaron a llegarme pequeñas sensaciones transportadas por una noche similar a la real en que yo también me encontraba, y mientras el magnetofón se ponía en marcha y la cinta empezaba a moverse de un lado a otro del aparato, la voz lejana de Plácido mezclada con infinitos ruidos de diferentes índoles, comenzaba a producir su mágico efecto transportador...

Plácido. - Vd. ha venido ya más veces a Garabandal?

Benjamín. - Muchas veces he venido, muchas veces.

P.- El 17 de julio vino ya porque sabía....

B.- ... sabía que aquel día tomaba la comunión la niña, sí, sí. Aquel día vine precisamente por eso... porque sabía... habían anunciado que iba a tomar la comunión, la niña... la que tomó, he... la que tomó. Ahora, que ese señor... y otros como y "aiga" otros... qué dicen lo que les parece... creo que no están de acuerdo con decir la verdad.

P.- Bueno, usted estaba allí fuera, poco más o menos en frente.

B.- Yo estaba a una distancia de ella... al pie de las escaleras de aquella señora... que no sé cómo se llama, completamente de frente..., de frente. Y mire usted, hice aquel día una cosa muy mal hecha. Yo lo reconozco, pero es que, en este pueblo, que he venido varias veces, y resulta que dejas pasar a otros por complacerles y resulta cuando te das cuenta te quedas atrás, sin ver nada. Y aquel día iba yo dispuesto a ver, si podía verlo de cerca. Porque yo estaba....

P.- Sobre qué hora fue de la mañana?

B.- A la una, o una y cinco....

P.- Usted estaba por allí?

B.- Yo estaba cerca de la casa de Conchita y cuando ya dijeron... "que ahí viene, que ahí viene", pues entonces, naturalmente todos se pusieron a ver y como había bastante gente, pues por el pueblo había repartida muchísima gente, porque éramos bastantes..., pues la muchacha salió y como a mí siempre me gustaba ir delante... y para mirar para atrás, que se ve mejor, que de atrás, pues detrás no se ve nada..., yo siempre en todos los sitios, buscaba la forma de ir delante... pues miraba para atrás, para ver lo que la muchacha hacía... y esa noche hice como siempre.

Y en esto que iba ganando la delantera y llegó delante mío..., llegó donde yo estaba y cayó de rodillas en frente de mi... completamente. Yo que la buscaba también a ella, para arrimarme lo más posible..., porque la verdad, en esos casos, pues tratas de arrímate a ella... ¿No? Pues cayó de rodillas..., yo de pie. Entonces un muchacho de Santander que creo que es..., llevaba una linterna y nada más caer de rodillas el muchacho encendió la linterna, en la boca... y ella cayó recta, con los brazos para abajo... completamente recta y la cabeza como ya sabemos, siempre mirando hacia arriba.

Entonces abre la muchacha la boca. Pero sin prisas ¡eh! sin prisas. Abre la boca. Yo estoy mirando la boca. Y la imprudencia que yo cometí ante el público, fue quitar de ver a los otros, pero yo quise enterarme.

Abre la boca..., miró la boca. Una vez..., unas cuantas. Ni arriba, ni en el cielo de la boca, ni en la lengua... ni por ninguna parte que yo mire....

P.- O sea?, que usted vio, cómo cayó al suelo....

B.- Ella cayó al suelo de rodillas, recta, con las manos parar abajo.

P.- Y rápidamente sacó la lengua...

B.- Si, si... pero no muy deprisa.

P.- Estaba con la boca cerrada, y luego sacó la lengua... despacio.

B.- Sí, sí, despacio completamente, en éxtasis del todo.

Abre la boca, la tuvo abierta un rato, la lengua en su sitio, adentro. Luego, después sacó la lengua con calma, sin prisas. Allí no hubo prisas para nada. Sacó la lengua y en el crítico momento que saca la lengua, una prima mía dice: "Benjamín.,

que yo no lo veo". Y digo, "arrímate para adentro". Y hice así... "Arrimar para adentro". Cuando volví, ya estaba la Forma hecha... ahora.

P.- O sea, Vd. vio la lengua sin nada.

B.- Sin nada. En aquella boca no había nada... no había nada.

P.- Sí... eso es lo que dice este de aquí... que estaba con la linterna..., apareció como si brotara. De repente apareció.

B.- Tuvo que ser... porque yo no hice más que cambiar la vista un momento. En ese momento, fue el crítico momento que allí se formó aquello. Y como... digo fue un momento.

P.- O sea, que la forma que se vio allí... Lo que hay... es muy pocos la vieron, bien por la postura, porque iba andando y la gente se frenó, formando un círculo, no vieron la lengua sin nada. La lengua sin nada... la vieron muy pocos. La lengua, seguro, seguro sin nada.

B.- No le digo que yo cometí un poco de imprudencia en ese caso de quitar la vista... la he quitado..., porque yo mismo reconocía... Pero es que estoy cansado... de muchas veces... de dar paso a otros. La verdad, hombre, la verdad..., que no.

P.- Usted estaba en primera línea cuando la Forma ya estaba formada. Ud. continúo allí...

B.- Si, si... hasta que se levantó ella y siguió "pa lante" y yo "pa lla".

P.- Estuvo con la lengua..., con la Forma en la lengua, como minuto o minuto y medio.

B.- Dio tiempo de sobra para verla todo el mundo. Dio tiempo de sobra..., si fue todo ello sin prisa. No había prisa para nada allí. Ninguna. Dio tiempo para mirar..., yo me puse a mirar la Forma. Esa forma no era redonda completamente. Era como tenemos nosotros la lengua, de más a menos. No mucho, pero si... a medida, como viene la lengua, sin ser redonda del todo. Ni... tampoco puedo decir, que era como la lengua. Ni redonda del todo, ni en cuadrado. Una cosa que no era redonda del todo...

P.- Y por algún lado tenía... algunos describen... que por un lado tenía... como una pequeña... como si le hubieran cogido..., o sea como si tuviera un poquitín más hundido..., ¿no? Algunos lo describen así.

B.- Pues, no sé. No puedo decir yo eso...

P.- Sí, sí.... Mi cuñado coincide... como si tuviera alzada la lengua..

B.- Estaba la lengua, como una cosa lógica. Allí no se caía...

P.- Ahora, lo que, si todos coinciden, es en decir que era un poco más grande de lo normal.

B.- Ah, sí. Es más, de grueso que una moneda de cinco duros. Y digo casi el doble..., no llegará..., pero muy poco le puede faltar. Y mucho tamaño. Mucho tamaño. Mucho tamaño. Ahora el color...

P.- Mi cuñado dice que la blancura, la comparaba a la espuma del mar, una blancura...

B.- Sí, sí... pero no. Yo la comparo más bien..., que no encuentro ninguna cosa en la tierra más parecida... que tenga comparación..., de parecido... muy parecido, pero sólo parecido, a la nieve cuando hiela y luego sale el sol, y da un resplandor a la vista que brilla. Es lo más parecido, sin ser eso... que le falta muchísimo,,, que le falta muchísimo..., pero es dentro de lo aparecido que podamos poner en la tierra, lo más parecido..., porque en blanco, no hay nada tan blanco como aquello, que se le pueda parecer. En nada..., en absolutamente.

P.- Y Vd. cómo estaba... fascinado mirando...

B.-Pues hombre... yo me quedé más "calmo" si cabe. Yo para esas cosas no me ilusiono nada...

Yo me quedé satisfecho con ver aquello. Lo vi a placer..., como me dio la gana. Sin "ilusión". Sereno completamente.

Luego, después, cerró la boca, se levantó y marchó camino de la Iglesia.

P. ¿-Y lo que después allí pasó?

B.-Eso no lo sé.

Yo ya conocía el lugar mencionado por el pastor de Pesués en su cinta, en el cual había tenido lugar los extraordinarios acontecimientos de la comunión

milagrosa. Recuerdo como me lo había mencionado Pepe, al contarme su experiencia de aquel día, cuando Aniceta, la madre de Conchita había ido a su casa para rogarle que no se separara de su hija pues temía que "con tanta gente, la mataran". A raíz precisamente de su descripción había decidido hace una investigación "especial" de aquel lugar. Fue precisamente al cabo de unos meses cuando tomé la determinación de realizar unas sicofonías por diferentes puntos del pueblo, y uno especialmente importante para mí, era el lugar al que nos estamos refiriendo.

Sicofonías son pruebas que realizan los parasicólogos para grabar voces que impregnan el ambiente de lugares especiales, donde se han producido acontecimientos reseñables. Hay una extensa bibliografía al aspecto, y los equipos para la realización de las mismas son muy sencillos. Simplemente un magnetofón, provisto de un micrófono exterior. Y aunque yo no soy parapsicólogo, si soy muy curioso, y lo de hacer experimentos me gusta mucho. Así que "ni corto ni perezoso" me lancé a la aventura de grabar voces del pasado, en el pueblo de las apariciones, lo cual me iba a deparar un gran susto, y no precisamente, el que yo esperaba.

No recuerdo exactamente en qué fechas sucedió, pero lo que si me acuerdo es que hacía calor, por lo tanto, estimó que era por el verano del 97. Me había puesto unos pantalones cortos de los denominados "safari ", los cuales dejan al descubierto media pierna, y son muy cómodos para caminar cuando la temperatura aprieta. Había salido de Bilbao a la una de la madrugada, con una noche estrellada preciosas y pensaba llegar a Garabandal hacia las tres y media. Lo hice con un cuarto de hora de retraso, pero no me importó. Tenía tiempo de sobra pues quería hacer la grabación a las cuatro en punto, hora según los expertos adecuada para este tipo de técnicas. Aparqué el coche en mi lugar favorito; la plaza enfrente de iglesia y sacando mi inseparable bolsa de viaje del capó me puse en marcha hacia el lugar de la comunión visible.

El pueblo permanecía a oscuras, en la mayoría de sus callejeras; sólo se oía el ruido aislado de algún insecto de los campos próximos y el producido por mis deportivas al pisar las piedras del suelo. De vez en cuando, me llegaba la tos ronca de algún vecino, al cual le molestaba su garganta en el dormitorio de su casuca. A mi mente acudían recuerdos de las experiencias relatadas por Pepe y trataba de hacerme a la idea, de cómo serían esas callejeras en años pasados, con sus vecinos, visitantes, curas, y, sobre todo, sus cuatro hijas, recorriendo extasiadas sus rincones en oración de cuerpos y espíritus.

Siempre me ha gustado fantasear, y el escenario donde ahora me encontraba era propicio para ello. Imaginaba, las casuchas con sus fachadas construidas con la

piedra de los montes vecinos, sumamente humildes. Cuando la época de las apariciones, tengo oído contar a mi buena amiga la escritora María Josefa, como tuvo la oportunidad de visitar la casa del Loli. La describe como una planta baja, donde el padre tenía una tienducha, en la que se vendía de todo, típica de los pueblos, junto con una reducida cocina, y en la planta superior, los cuartos de dormir, si así se puede llamar a unas escuálidas estancias, donde tiraban en el suelo unas pajas para tumbarse encima de ellas. Estaba claro, que las camas eran artículo de lujo y no estaban al alcance de los sencillos moradores del pueblo.

Al pasar por una de las oscuras callejas, tropecé con una caja vacía de madera, lo cual me obligó a salir bruscamente de mi ensimismamiento.

"Félix, pensé. Concéntrate en lo que haces, no sea que tengas un percance y se vaya todo al traste".

Efectivamente, tenía que prestar más atención por dónde pisaba, sino quería terminar de bruces en el pedregoso suelo. Pero de nuevo, la sensación de soledad y de aislamiento, me sumió en un grado mayúsculo de abstracción, que me obligaba a caminar por aquellos rincones, como un autómata programado. A veces me sentía, ridículo con mis pantalones cortos, y el magnetofón en la mano, en aquel lejano pueblo, a las cuatro de la madrugada. "Mira, que si alguien te ve de esta guisa. ¿Qué iba a pensar?". Otras, me sentía como un niño travieso, haciendo algunas fechorías. Pero lo que más me preocupó, fue la sensación de miedo que por momentos me iba invadiendo. En varias ocasiones, me había ocurrido algo semejante; una sensación que se iba apoderando de mí, sintiendo que era observado por ojos extraños, curiosos, tratando de arrebatarme mis experiencias y mis vivencias. Hasta las piedras parecían que me observaban a modo de pequeños fantasmas. Notaba que esta desagradable sensación iba "in crescendo" de tal forma que temía ser atrapado por alguna mano invisible. A ello contribuía el silencio reinante, solamente roto por mi torpe deambular por aquellas estrechas y solitarias callejas.

- ¿Mira que si viene un espíritu de las profundidades y me coge de una pierna? pensé tratando de imaginar lo peor. Mis sombras mezcladas con mis ruidos producidos al pisar sobre el pedregoso suelo parecían emitir imperceptibles sonoridades. Agudicé más el oído para apreciar mejor lo que mis sentidos parecían haber empezado a captar. Efectivamente.

Las vibraciones sonoras emergían del fondo de las tinieblas reverberando en las piedras enmohecidas por la humedad y los años transcurridos, desde que fueron apiladas en su emplazamiento actual. Sonidos roncos y oscuros que

penetran hasta los huesos produciendo sensaciones dolorosas y extrañas, faltos de arropamiento amigo, haciendo temblar las dolidas carnes. Sonidos que escapan, como bandidos aterrados, de sus verdugos contrahechos e irritados, desde lo profundo de las entrañas terrenales. Sobrecogedores a modo de esperpentos goyescos buscando sus orígenes, ansiosos y confusos, de pasiones desatadas, los egoísmos magnificados, las iras maléficas y emponzoñadas, saltando sobre la desnuda inocencia del peregrino inexperto, que accede por primera vez a los aledaños de las ruinas, de lo que, en épocas pasadas, fueron orgullo y ostentación de sus dueños. Allí permanecían inmóviles ancladas en sus cimientos, restos de propiedades abandonadas y temerosas como yo de ser definitivamente exterminadas, borrando sus recuerdos de las mentes de sus vecinos.

Su visión me trastornó por momentos, volviéndome al presente bruscamente, ante el temor de que mis pensamientos se hicieran realidad. No obstante, el primitivo temor persistía y mi espíritu permaneció encogido ante la sensación que hacía breves momentos se había apoderado de mí.

Tomé una respiración profunda para sobreponerme, tratando de relajar mis aceleradas pulsaciones y pensando en positivo, en la misión que me había conducido hasta aquel lugar. Pero fue inútil, sentía una taquicardia que repercutía en mi oído interno haciéndome oír cómo tremendos golpes de gong en mi cabeza. Hasta tal punto llegó la sugestión, que de pronto sentí que una mano fría y húmeda atrapaba mi pierna derecha.

Nuevamente volvieron a saltar todas mis alertas de supervivencia haciendo disparar mis sensibilidades para tratar de racionalizar la sensación recibida, adecuándola a la realidad que estaban viviendo.

"- No es posible -pensé. Nadie te está cogiendo en esta solitaria y oscura noche de este perdido pueblo de la montaña. Es solamente tu imaginación, la que te produce esta mala pasada". Pero de repente volvía a experimentar otra nueva sensación. Esta vez, más real que la anterior, hizo que dieran un salto de miedo hacia adelante sin ser capaz de gritar. Nuevamente la sensación fría y húmeda volvió a hacerse presente en mi pierna desnuda. No había duda, algo o alguien me estaba tocando.

Volví a la vista rápidamente hacia atrás, de forma intuitiva, sin saber muy bien qué fuerza me impulsaba a ello. Lo que vi me dejó atónito. En un primer momento no acepté a distinguir lo que salió corriendo, pero cuando mis nervios se calmaron y traté de racionalizar el bulto negro que me había estado tocando la pierna, no pude reprimir una carcajada ante la simpleza de mi imaginación. Se trataba de

Perlita, una perrita de raza indefinida que solía deambular sin dueño por las calles y de la que me hice amigo de ella, unos meses atrás, en una de mis últimas visitas al pueblo. Recuerdo que le había regalado las cortezas del queso que habían sobrado al prepararme el bocadillo, y un poco de pan untado con mantequilla. Desde aquel día nos habíamos vuelto amigos de fatigas, siguiéndome a cualquier sitio que fuera, tanto de día como de noche.

Silenciosa volvió a reaparecer por una de las callejas, meneando el rabo en señal de satisfacción y dándome a entender que se encontraba a gusto conmigo. Así que, sin más dilaciones, emprendimos juntos la marcha hacia mi destino, impaciente por empezar cuanto antes la grabación de mis sicofonías. En el lugar de los hechos no aparecía ni una pequeña placa alusiva a los acontecimientos allí ocurridos. Más bien, era utilizado como un rincón para aparcar los carros y las furgonetas de los convecinos. Concretamente, cuando llegué había un carro de dos ruedas estacionado en su esquina más occidental, próximo a la escalera de piedra que daba acceso a una de las casucas de la zona.

Tratando de recordar las explicaciones recibidas por Pepe, localicé el punto aproximado donde Conchita había permanecido de rodillas, durante la memorable noche de la comunión visible. Me hice con una pequeña piedra, la cual utilicé para fijar el micrófono al suelo y conectando el otro extremo del cable a la grabadora, puse ésta en marcha. Otra vez, mi corazón volvió a palpitar con un ritmo inusitado, propio de las situaciones "especiales". Me hice a un lado de la zona donde estaba y puse el cronómetro en marcha. Su clic resonó en el silencio de la noche, produciendo un movimiento instintivo reflejo, en las orejas de mi compañera, que permanecía junto a mí. Trataba de penetrar en el "más allá" para ver si era capaz de detectar los sutiles rumores que impregnaban el ambiente y que habían ido dejando su impronta en las centenarias piedras que ahora me rodeaban. Oía el latido de mi corazón y el rascar de Perlita, que en vano buscaba algo entre las hierbas de las esquinas donde nos encontrábamos. Mi gran temor era, que apareciera algún vecino despistado, en este crítico momento, descubriéndome en plena faena. Pero afortunadamente, no se presentó ninguno. Todos permanecían en sus casas a estas poco frecuentes horas de la noche.

De repente, el sonido del cronómetro me avisó del transcurso de los dos minutos prefijados, lo cual hacía que el experimento concluyera. Apagué el magnetofón, y fui a otro lugar a realizar una nueva sicofonía.

"Es una pena que las piedras no hablen más alto- pensé. La cantidad de cosas que nos contarían". El siguiente punto, fue en la calleja, donde tuvo lugar la primera aparición del Arcángel San Miguel, para continuar después también en la

calleja un poco más arriba, donde se les aparecía la Virgen, lugar que se denominó "el cuadro" por los palos a modo de protección cuadrada, que pusieron los mozos del pueblo para proteger a las videntes, de los testigos que las acompañaban y observaban.

Continué por la zona de la capilla, para terminar finalmente, en la zona alta. En los pinos, al pie del principal, donde se amontonan velas, rosarios, cadenas, flores y todo tipo de recuerdos traídos por los fieles devotos para pedir el favor de la Virgen hacia sus seres enfermos. Estaban rodeados por las piedras, a modo de anillo, que en aquellos lejanos días habían puesto las niñas para protegerlos.

"Es una pena que las piedras no hablen más alto" volví a pensar, pero esta vez no con nostalgia como la primera. Muy por el contrario, con la satisfacción del que encuentra lo que está buscando. "Las piedras no, pero los documentos de Plácido, si". Nuevamente y con la velocidad con la que aparece en el cielo un rayo, y desaparece, tomé la resolución de hacerme con los libros de documentos, que tan reservadamente, nos los había mostrado Plácido, en su taller de la calle empinada, la pasada tarde, tanto a la escritora como mí.

"Son unos documentos redactados algunos de ellos por las propias protagonistas, y que, a buen seguro, almacenar información vital, para poder completar el conocimiento de los acontecimientos, que tuvieron lugar, en el pueblo de la montaña".

Terriblemente feliz, con la decisión adoptada, se lo comuniqué a mi inseparable compañera, que permanecía distraída tratando de buscar, algo inexistente entre los matorrales próximos. Puso cara de complacencia, y con las mismas iniciamos el camino de regreso al poblado. La bajada tuvo que ser lenta, pues la oscuridad hacía fácil los tropezones, y si no se iba con cuidado, el sitio más probable de aterrizaje, era el suelo.

"Ya escucharé más tarde las grabaciones. De momento voy a preparar el plan para convencerle a Plácido. Tiene que dejarme, con cualquier excusa, los famosos libros, para poder fotocopiarlos y devolvérselos, lo antes posible. Mañana le llamo por teléfono para que me reciba por la tarde. Ya se me ocurrirá algo para que me los deje.

Ni yo mismo podía creer, la rapidez con la que había resuelto el tema. Perlita parecía estar de acuerdo, y me lo demostraba con el incesante movimiento de su rabo. Te mereces un premio-le dije-ven conmigo al coche y te daré un par de galletas, de las que siempre tengo para poder coger a Sky, una hembra de Husky

Siberiano propiedad de mi hija y que comparte casa con toda la familia. Es muy desobediente, como todos los perros de su raza y la única forma de convencerla para que suba al coche cuando estamos en el campo, es dándole unas galletas.

Mientras se las comía, aproveché para acariciarla y despedirme de ella. Monté en el coche, y una vez más abandoné el querido pueblo, perdiéndome entre las descendentes curvas de la carretera, mezclándome con la negrura y soledad de la noche, camino a mi deseado destino.

5ª Parte. Capítulo IV. MI AMIGO PLÁCIDO

Esa tarde no pudo ser, por lo que tuve que aplazar mi entrevista, para la del día siguiente. Mientras aparcaba mi coche en el garaje próximo al taller de Plácido, iba mentalmente repasando mi plan, para obtener prestados los libros que tanto ansiaba. Presentía que no iba a ser una tarea fácil, y también me daba cuenta, que no podía engañarle, con ninguna treta. No hubiera sido honesto por mi parte y, además, como buen cazador que era se hubiera dado cuenta enseguida. Así que decidí, decirle simple y llanamente, el gran interés que tenía por sus documentos y que quisiera que me los dejara.

Tampoco había conseguido nunca, obtener una grabación de sus narraciones. Era totalmente reacio a ellas, pues alegaba que se podían hacer una mala interpretación de su significado. La única forma de no olvidar sus historias, era permanecer con el bloc de notas y el bolígrafo, apuntando todo lo reseñables. Pero ello tenía un inconveniente; a veces te dejabas lo más interesante. El viejo cazador, recuerdo, como me contó sus tretas, para grabar conversaciones en los dichosos años de las apariciones. Solía acudir bien preparado, con su magnetofón de campaña disimulado dentro de una bolsa de escolar, de la de aquellos tiempos, al lugar de la entrevista. Por supuesto, la gente no podía adivinar, lo que se ocultaba en el interior de aquello que inseparablemente le acompañaba a todas las casas. Lo solía colocar debajo de la mesa y con un movimiento imperceptible de su mano derecha, lo ponía en marcha, cuando el interés de la conversación, lo requería. De esta forma, había conseguido grabar conversaciones que hubieran sido imposibles obtenerlas. Y no quiero decir con esto, que serían temas secretos o confidenciales. No, todo lo contrario. Eran temas triviales cotidianos, pero que no hubieran surgido con la espontaneidad necesaria, si la gente llana y sencilla, supiera que estaba delante de un micrófono, registrándose su conversación en un aparato, demasiado sofisticado en aquellos tiempos, para sus mentes. Que yo sepa el viejo cazador, jamás había grabado ninguna tertulia confidencial. No era su estilo.

Y estas manifestaciones, que algún día tuvo a bien desvelarme, me dieron la pista para poder hacer yo algo parecido.

Mi corazón latía con fuerza, mientras preparaba mi pequeño bolso de mano, comúnmente conocido como "mariconera" para alojar en su interior, la diminuta grabadora portátil, que solamente unas horas antes, había utilizado en el pueblo de

las apariciones, para realizar mis sicofonías. Con sumo cuidado vacié su contenido en el asiento del copiloto, de forma que cupiera fácilmente la grabadora. En su interior, coloqué una cinta especial de duración ciento veinte minutos. Quería tener un amplio margen de tiempo, para no tener que estar continuamente parando y arrancando el magnetofón.

Dispuse el micrófono exterior y el pequeño amplificador en el compartimento lateral, permitiendo que la cabeza del primero asomara discretamente, al exterior, de forma que pudiera obtener una grabación lo más nítida posible. Mi intención era obtener la conversación con el viejo cazador de pelo plateado, y estudiarla posteriormente en casa, anotando lo que me contara, para proceder por último a borrarla, y así no contradecir sus deseos. Lo único que me preocupaba, era el momento de poner la grabadora en marcha, y sobre todo cuando la cinta se hubiera grabado por la cara A y tuviera que sacarla y darle la vuelta. Era lo más crítico, pero todo se andaría.

Cerré el coche saliendo del aparcamiento rápidamente, encaminándome hacía la empinada calle, donde se encontraba el taller de Plácido. Me costó unos pocos minutos, situarme enfrente al portal, y sin pararme a saludar al portero que en aquel momento se encontraba charlando con un transeúnte en la calle, subí las escaleras de madera que crujían bajo el peso de mis pies, hacia el primer piso. En el último recodo y antes de llegar al rellano, decidí colocar el magnetofón en marcha, poniendo también el cronómetro en movimiento. Sabía que perdía un tiempo vital de grabación, pero prefería no correr riesgos. Sonó la campanilla colocada en la parte superior de la puerta, al abrir esta y la encargada del local acudió presurosa a darme la bienvenida. Al reconocerme, paró en seco indicándome que pasara al pequeño recibidor, al fondo, mientras ella iba a llamar a D. Plácido. Me senté, en la butaca de mimbre, que ya conocía de mi anterior visita, con la escritora y esperé ansioso a que apareciese Plácido.

La "mariconera" había quedado estratégicamente colocada encima de la mesita que hacía juego con los sofás de mimbre y el micro apuntaba a la butaca opuesta a la mía, donde supuestamente se sentaría mi anfitrión.

A los pocos minutos le vi llegar con un libro en la mano. Enseguida reconocí que era uno de los famosos volúmenes que me había mostrado en la visita anterior y que yo tanto ansiaba leer.

- ¿Qué tal Félix?

El saludo me pareció, más afectuoso que el de días anteriores. Por algún motivo especial estaba contento.

-¿Qué tal el viaje? Mi yerno ha tenido que ir hasta Laredo y me comenta que hay mucho tráfico.

-Pues la verdad, es que sí. De hecho, hoy yo en lugar de venir por la parte del puerto, me he metido por Valdecilla, por el hospital.

-Sí es más largo, pero cuando hay tráfico por abajo, es el más rápido.

Y sin más preámbulos, me alargó el tomo que traía en su mano, mientras sacaba del bolsillo su pipa y su bolsa de tabaco.

-Toma tu deseado libro y mira lo que quieras.

Con sumo cuidado, lo abrí por su primera página y empecé a leer.

Tomo I

Testimonios e informes de sacerdotes y religiosos.

-D. José María Alba Cereceda; S.I.

-D. Eusebio García de Pesquera; R.I. Capuchino

-D. José Ramón García de la Riba; sacerdote.

....

-D. Valentín Marichalar; sacerdote.

... la lista terminaba con las aportaciones del padre Lucio Rodrigo; S.I.

En un primer momento decidí hojear lo concerniente al Padre Valentín Marichalar. Para ello tenía que dirigirme a la página 451. "Que voluminoso, es este tomo" lo pensé mentalmente, mientras me lo colocaba entre las rodillas para manejarlo más cómodamente.

Se trataba de una carta manuscrita de puño y letra por D. Valentín, fechada en Cossío el 25 de noviembre de 1961 y dirigida a la señora Carmen Cavestany (de Madrid).

Rezaba así:

Muy estimada en Cristo: Ante todo muchas gracias por las atenciones que tuvieron conmigo en Madrid. Las cosas de San Sebastián siguen igual. Ahora las niñas en lugar de tener las visiones diariamente, han dicho que Conchita no la tendrá hasta el día de la Inmaculada probablemente y fijo el 27 de enero, me parece que es el último sábado de mes, Loli el 14 de diciembre, Mari Cruz y Jacinta el 16 de enero. Claro que todo esto siempre hay que esperar a ver que pasa, pues es la primera vez que anuncian estas cosas, aunque Jacinta lo ha dicho ya varias veces y siempre ha sucedido como lo ha dicho. Pida mucho en sus oraciones para que se aclaren estos sucesos.

Recuerdos a sus amigas.

Suyo afectísimo en Cristo.

La carta transcrita, terminaba con la firma del cura párroco de Garabandal. También aparecía un número, el cual seguramente hacía referencia al lugar donde se encontraba archivado el documento original

Cuando levanté la cabeza de la carta que acababa de leer, me di cuenta, que Plácido había estado aprovechando el tiempo, clasificando unos recortes de periódico de aquellas épocas, explicándome cuando se percató de que le miraba, como habían sido las apariciones nocturnas de aquellas primeras épocas.

No pude seguir hojeando aquel primer tomo, pues hubiera perdido la avalancha de noticias que el viejo cazador de pelo plateado había comenzado a desgranar.

Miré hacia la "mariconera" para observar que todo continuaba perfectamente en su sitio, y con satisfacción constaté que el micro apuntaba directamente hacia la cara de Plácido. No obstante, decidí ladearla un poco con el fin de que no tuviera posibilidad de percatarse de la presencia del magnetofón.

Los minutos fueron pasando velozmente, casi sin darnos cuenta, resucitando aquellos momentos lejanos en el tiempo, pero terriblemente jóvenes en la mente del viejo cazador. Parecía como si la retina todavía mantuviese las imágenes

recogidas por las estrechas y pedregosas callejas y los sonidos resonasen a modo de ecos fantasmagóricos en los tímpanos de mi anfitrión. Se había producido una metamorfosis idéntica a la de Pepe en el cobertizo de las cachabas, pocos meses antes. Eran capaces de traspasar el “sendra" o puerta dimensional, que les conducían al presente-pasado y experimentar de forma unívoca las emociones y la química celosamente guardada en sus archivos extrasensoriales. Tal era la vehemencia de sus narraciones que su rostro se transfiguró, acoplándose a la edad de las narraciones pareciéndome que su rostro rejuvenecía cuarenta años. Era incapaz de ver las arrugas de su cara, o las canas de su cabeza. Hasta sus gafas para ver de cerca habían desaparecido. El tono de su voz se volvió más vehemente y los gestos de sus manos más elocuentes.

De pronto, la voz de la encargada, rompió el hechizo en que nos encontrábamos.

-D. Plácido. Le llaman al teléfono.

Igual que el edificio viejo se desploma ante la carga explosiva de los dinamiteros, quedando convertida en polvo, lo que instantes anteriores era una monumental estructura, nuestra ilusión, quedó reducida a sonoridades que poco a poco iban disipándose en el aire de la habitación. Tal fue el efecto de la inesperada noticia.

Con aspecto marcadamente disgustado, se levantó y siguió a la encargada, dirección al teléfono.

Miré indiferente hacia la "mariconera" que permanecía estática, encima de la mesa de mimbre y de repente volví a la realidad de lo que me rodeaba. Instintivamente fijé mi vista en el cronómetro que llevaba en la muñeca.58 minutos 40 segundos. Estaba a punto de terminarse la grabación en la cara A. Con la excusa de ir al cuarto de baño, me levanté y arramplando con el pequeño bolso de mano, me dirigí al servicio. Allí, tranquilamente cambié la cinta de posición, volviéndola a poner en la cara B que permanecía virgen, para comenzar una nueva grabación. Pulsé la tecla de REC, y a la vez, hacía lo propio con la del cronómetro. Cuenta atrás a partir de sesenta minutos.

Cuando volví al sofá de mimbre, Plácido me estaba esperando.

-Era la pesada de Julia. La han llamado de un programa de la TV y quiere que le dé mi parecer sobre ir o no ir. Le he dicho que yo no iría, pero que haga lo que quiera; estos de la televisión siempre están igual.

-Respecto al tomo I, llévatelo y lo lees tranquilo, pues ahora no te da tiempo. Ya me lo devolverás. Lo único que te pido, es que no se lo dejes a los del grupo de Jardón. No harían un buen uso de él.

"Ni sé quiénes son los de Jardón, ni me importa". Pensé en mi interior. Me quedé sin respiración ante tal ofrecimiento.

- ¿No tienes miedo de que te pueda perder un volumen tan valioso? Respondí casi sin poder hablar.

-Llévatelo y no te preocupes. Respondió. Ya sé que no lo vas a perder. Y aún, en el peor de los casos, los documentos originales, los tengo bien guardados y ésos no se pierden.

-Ah, y cuando termines con éste, te dejaré el segundo volumen. En él tengo recogida la "Correspondencia de las Protagonistas". Son cartas mandadas por las niñas a diferentes testigos de las apariciones,

-Para mí es el más interesante de todos los volúmenes que tengo recopilados.

-El que no te puedo dejar, es el de la correspondencia de mi mujer. Es privado. Si te interesa puedes hojearlo, pero prefiero que no salga de aquí. Hay cosas que no deseo que se conozcan. De todas formas, insisto, en que, si necesitas ver alguna cosa en concreto de él, lo puedes hacer. Ya sabes que no tengo secretos para ti.

Realmente, me sentía abrumado ante la predisposición del nombre que tenía delante, para facilitarme la documentación que tanto ansiaba. Jamás hubiera imaginado cosa semejante. Toda la información, perfectamente clasificada, por fechas y por destinatarios, me la ofrecían gratuitamente, confiando plenamente en mí, y sin esperar nada a cambio. En cierto modo, me sentía culpable, por estar grabándole la conversación sin su consentimiento. Allí mismo tomé la determinación de que cuando llegara a casa, anotaría lo más importante de la grabación y la borraría inmediatamente. Al fin y al cabo, si Plácido, por el motivo que fuere, no quería que se le grabara, por algo sería. Y en el futuro, no lo volvería a realizar sin su consentimiento. Me sentía en deuda con un hombre que se había portado tan bien conmigo.

La tarde terminó con un efusivo apretón de manos en la puerta de su taller, no sin antes prometerme que tenía unas cintas de películas de Súper 8 mm de las que me hablaría, en la próxima reunión.

De nuevo, me vino a la mente la frase del poeta "Que afortunado soy, de conocer a alguien a quien tanto me cuesta decir adiós".

A los días, fueron sucediendo las semanas, y a las semanas los meses, y lo que en un principio era un sobre con unas pocas fotografías, poco a poco se fue convirtiendo en un archivo con documentos que crecía de forma insospechada. A un volumen siguió otro y otro. Las fotocopias se iban multiplicando igual que las amapolas en un campo bien abonado.

Por fin llegó el día en que cumplió su promesa de facilitarme películas grabadas en las épocas de las apariciones. Eran obtenidas en tomavistas súper 8 mm y que posteriormente se proyectaban en una pantalla con una máquina similar a la utilizada en los cines, salvando lógicamente las distancias de tamaño y calidad. Pero el fundamento era el mismo. Una serie de fotogramas que mediante una lámpara incandescente y unas lentes de enfoque proyectaban las imágenes grabadas en celuloide a una velocidad de unos doce fotogramas por segundo, y que, al superponerse en la retina, producen la sensación tan conocida de movimiento.

Creo recordar que fueron del orden de cinco cajitas circulares de color amarillo, a modo de envoltura protectora, y que contenían un rollo de película en su interior, las que me dejó. Todavía no sabía cómo me las iba a componer, para lograr visionarlas, pero seguro que algo se me ocurriría.

Al llegar a casa, procedí a realizar un minucioso examen de lo que para mí era un pequeño tesoro, encerrado en aquellas circulares fundas de plástico amarillo. Comencé por la que tenía escrito a mano, “padre Pel”. Las primeras vueltas de la cinta aparecían sujetas con un pequeño trozo de cinta adhesiva, reseca por el paso del tiempo. Se había quedado dura y había perdido su capacidad de pegar. Una vez que la hube soltado, no había forma de colocarla como estaba. La fui desbobinando tratando de ver los pequeños fotogramas. Eran tan diminutos, que me resultaba imposible apreciar a simple vista su contenido. Opté por buscar una lupa para poder ayudarme con ellas, en la identificación de las imágenes. Con extrañeza observé, que el primer tercio aproximadamente de la cinta aparecía cortado y unido al resto con un trozo de adhesivo similar al primero. Continué desenrollando y a los dos tercios aproximadamente, volvió a ocurrir lo mismo. Nuevamente aparecía cortada y unida al último tercio. Enseguida me di cuenta. Se trataba de tres unidades pegadas entre sí para obtener una de mayor duración. Efectivamente, recuerdo haber oído a los aficionados al cine, que era una práctica habitual, el ir uniendo cintas pequeñas, para obtener una de mayor duración.

A pesar de la lupa, para ayudarme en el reconocimiento de los fotogramas, no pude obtener gran información debido al reducido tamaño de las imágenes. Lo único que acertaba a distinguir con claridad, era la diferencia entre las de blanco y negro, y las de color

Probé suerte con la segunda esperando ser más afortunado, pero el resultado fue el mismo. Tres porciones unidas entre sí por unos adhesivos que hacía años habían dejado de cumplir su misión. Utilizando unos diminutos trozos de "Cello" transparente, volví a unirlos para no romper la continuidad. Esta segunda cinta era toda ella en blanco y negro. La misma suerte me deparó el tercer rollo de funda de plástico circular amarilla. Volví a encontrar un primer trozo, seguido del segundo. Pero... al final del segundo en lugar de encontrar un tercero, similar a los anteriores, habría uno como de medio metro. Es decir, sumamente pequeño, en comparación con los precedentes. Los primeros fotogramas, aparecían velados, completamente en blanco. Después aparecieron unos treinta o cuarenta donde se intuía una cara con una mancha blanca.

¿Será posible, que esto sea la película que tomó el Sr. Damián, la noche de la Comunión Visible? Esta posibilidad, produjo una descarga de adrenalina, sintiendo que se ponían los pelos de punta. Sin dudarlo un momento, guardé cuidadosamente, el medio metro de película en un tubo vacío de fotografías y salí corriendo para la fábrica, donde disponía de un pequeño microscopio de x 50 aumentos con iluminación lateral, para poder observar las cuatricromías que de vez en cuando realizamos.

Bajo la luz amarillenta proyectada por la pequeña lámpara colocada en la parte inferior de un vaso con el fin de poder ver a trasluz las imágenes, me di cuente, que efectivamente, se trataba de la famosa película obtenida con la escasa luz de las linternas, la famosa noche del 18 de julio. Ahí estaba ante mis ojos, la cara de Conchita con la lengua sacada y una Forma completamente blanca, encima de ella. No me lo podía creer. Estar viendo aquella imagen, hacía que me sintiera, un espectador de primera línea junto a Pepe y al pastor de Pesués, D. Benjamín. Era como si hubiera quedado detenido durante cuarenta y tantos años, y de repente, se hubiera puesto en marcha para que este observador inexperto pudiera disfrutar del maravilloso paisaje que se presentaba a la vista.

Era necesario hacer un estudio con detenimiento de lo que ocurrió aquella memorable noche, en primer lugar, y en segundo era necesaria localizar algún estudio fotográfico capaz de pasar, las pequeñas películas de súper 8 a video.

Lo segundo no me resultó difícil, aunque si un poco caro, económicamente. Pero lo conseguí. Fue posible pasar lar cintas a video y poderlas ver cómodamente en casa a través de la TV. Lo que no resultó tan fácil, fue lo primero.

1ª Parte. Capítulo V. LA COMUNIÓN VISIBLE

"¡-Bandido!"- Exclamó Pepe, al pequeño perro que acababa de entrar en casa.

"¡-Fuera de aquí!"

Sus gritos resonaban en mi cabeza, de igual forma que las gotas de agua tintinean en los cristales de las ventanas, los días lluviosos y de viento. Se me quedó grabada su voz ronca y estropeada por el polvo tragado durante sus años de albañil, en el pueblo de las montañas, reparando tejados y chimeneas., expuesto a las inclemencias del tiempo.

No obstante, a veces, mi memoria flaquea, cuando trato de recordar los maravillosos momentos que viví al lado de mi anfitrión, escuchando los relatos de sus experiencias en aquellos días dichosos de las apariciones. Gracias a Dios, conservo todavía las cintas grabadas en su casa, y a veces echo mano de ellas para actualizar mis recuerdos, recreando mis oídos con sus vivencias que ahora hago mías. Así sucedió aquella tarde de un nublado y triste día de octubre. Recuerdo que nos encontrábamos sentados en el exterior de su casa, en la pequeña tejavana que, a modo de taller, se había construido en el lateral derecho del portal y que utilizaba como cuartel general para realizar los trabajos manuales.

El viento frío que se había levantado de forma un poco inesperada, movió las hojas de los geranios que adornaban la ventana del cobertizo. Era normal que por aquellas fechas las corrientes de aire que surcaban las rocosas crestas de Peña Sagra recogieran el frío acumulado en las nieves de las cimas vecinas y lo transportaran hasta los valles que les rendían pleitesía.

La campana de la Iglesia había terminado su repique, desde la torre que tan familiar me era, mientras una anciana señora, con un tosco pañuelo atado al cuello cubriéndole la cabeza, hacía resonar las piedras de la calleja con su andar cansino, arrastrando los rudimentarios zapatos de madera tan útiles en aquellos lugares, embarrados y sucios por el paso del ganado. Indiferente miró hacia donde nos encontrábamos y sin extrañarse de nuestra mirada, saludó con un movimiento de su arrugada mano, dando a entender, que tenía prisa y no quería llegar tarde al rosario vespertino. Nosotros al unísono le devolvimos el saludo con un movimiento de cabeza, tratando de no romper el ritmo que se había marcado.

Pepe había estado liando un cigarro a escondidas, mirando de vez en cuando de forma furtiva, temeroso de que su mujer Tina le viera. Lo encendió rápidamente y dándole una profunda calada, introdujo el humo hasta lo más hondo de sus pulmones. Mientras empezaba a hablar, pude observar cómo, con un movimiento rápido de su huesuda mano, trataba de alejar de él, el humo que salía de su boca, con el fin de no ser delatado por su secreto vicio. Así permaneció unos segundos, cuando de repente, como si hubiera atravesado la puerta del tiempo, empezó a transfigurarse, volviendo al lugar y tiempo exacto de la evocación.

En aquellos tiempos teníamos un pleno interés en seguir todo, todo... y además no comprendíamos todo el contenido de las apariciones; cuando llegó el que la niña anunció que iba a tener la comunión visible; el anuncio lo hizo quince días antes, o así. Al llegar ese día, que era el 18 de julio del 62, se celebraba la fiesta de San Sebastián. Aquel día estuvimos pendiente de este asunto. Por la mañana yo tenía que ir a sacar la leche a una vaca, para los niños. Como la tenía en una cuadra, en la parte baja del pueblo..., y fui como de costumbre. Cuando regresé me dijo mi mujer, que había estado Aniceta la madre de Conchita, buscándome, que estaba muy asustada y que tenía que ir para allí inmediatamente, -"porque quiere que estés allí".

Así, y a los pocos momentos cogí y me fui a casa de Aniceta. Y ella que me vio dijo.

-Hay, no te me marches de aquí.

- ¿Pues qué pasa? ¿Qué te ocurre?

-Ahí, que a mi hija la matan hoy. Porque hay una cantidad de gente que me da miedo. Viene gente mala....

En fin, todo esto. En una la palabra, que la señora tenía miedo.

-Y tú me proteges a mi niña.

-Pero si yo estoy aquí como uno de tantos... Pero bueno, si la tengo que proteger lo haré.

Total, que regresé a mi casa y le dije a mi mujer.

-Ponme la ropa que me voy a cambiar, que tengo que ir para allá inmediatamente.

-Pues qué pasa?

-Pues no pasa nada. Esta mujer está muy nerviosa y quiere que yo esté allí.

-Bueno, bueno, ¿pero no tiene allí a los hijos?, ¿no tiene allí la familia?

-Pues no se.

Me cambié, desayuné algo... y para allí.

Cuando llegué, la gente estaba dando vueltas..., la gente metiéndose dentro de la casa. No respetaban..., ni se podía pasar, o no se podía entrar. La gente entraba y salía, bueno...

Así nos tiramos todo el día y el que más estuvo a mi lado fue el hermano pequeño de Conchita y se llama Miguel. Ese no se quitaba de mi lado. Yo le decía que se fuera a comer y me decía.

-Si no tenemos que comer. Mi madre no ha podido ir a buscar pan....

Pasó el día así... y para esa hora un señor llamado Plácido Ruiloba..., como había pasado la hora de las doce se puso muy enfadado, diciendo que no había nada..., que la Virgen no miente..., que esto ya se terminó..., que esto no es nada.

Y como yo tenía bastante confianza con él, le dije.

-Hombre Plácido, vamos a ver; llevamos aquí todo el día y toda la noche. A mí ya me da lo mismo aguantar unas horas más. Hemos pasado hambre, sed, así que yo espero, hasta que Dios quiera. Yo tengo esperanza en que tiene que ser.

Y fue que a los pocos momentos... media hora o así, aproximadamente, que hubo una revolución dentro; que la niña estaba en éxtasis.

Al caer en éxtasis, ella tenía el crucifijo encima de la cama, así que fue a cogerlo; hizo la señal de la Cruz y tomó la dirección de la calle. Al salir a la calle, yo estaba con un hermano de Conchita y con este señor que he mencionado. Eran todos un bloque de personas; no había distancia.

Nada más salir la niña, ni a un metro de distancia, yo intenté arrimarme a ella lo más cerca posible.

Y es cuando he presenciado una pareja de la guardia civil, que con la avalancha de gente se los ha llevado y fueron los primeros que cayeron al suelo. Y dimos un giro a la izquierda, dando la vuelta a la casa de Conchita y lo primero que hicimos fue pasar por encima de dos o tres señoras, que daban unos gritos... y no había manera de levantar a las señoras... y, había que seguir.

Hemos pasado por encima de ellas. No queríamos, pero no había otro remedio. Y, nosotros..., ya habían pasado los primeros... y luego pasaron los que venían detrás..., y las Sras. unos gritos. Y luego un poco más... a unos tres metros, un fraile. Por encima de él. Que le empujaron, que le atropellaron. Bueno por encima. Yo decía. Bueno aquí se mata a alguno o nos matan a todos. Las paredes crujían del apretón que les daban. Una pared de piedra que hay por aquí. Parecía una guerra. Varias personas me echaban mano a mí. Se agarraban a mí. Yo no quería que me cogieran. Me rompieron la camisa, me quitaron el cinturón. El pantalón traía, tenía un botón arriba y ese también desapareció. Me han arañado por la espalda. No me lo hicieron con mala intención. Pero eran los nervios. Se agarran a un hierro ardiendo. Y yo dije, -me van a tirar a mí también. Me van a dejar igual que los que quedan atrás.

Me vino un pensamiento, dije. -Aquí si no es por la Virgen nos matan.

En ese momento me atreví a coger el brazo derecho de Conchita, porque a mí me llamaba la atención, el que a mí me cogían y a ella también, pero aquélla no le interrumpían en nada. Seguía la misma ruta. Llegaban avalanchas de gente y ella seguía. ¿Pero que pasa aquí? Lo piensas en segundos, pero para mí fue como agarrarme a una columna fija, de madera, de hierro, de hormigón.

¿Pero que pasa aquí, que me va llevando y a ella no la interrumpen? Y lo más importante de comprender es, todos por los laterales y por atrás todos dando tropezones y por delante nada. Según iba caminando la niña la gente se iba apartando dejando paso libre, como si con el crucifijo llevara un arma... y la gente se iba apartando.

Hasta que llegamos al punto en que la niña se ha parado, cayó de rodillas y yo me solté el brazo derecho, y quedé en aquella misma situación por el lado de ella, de frente y es cuando la multitud de la gente se fue aglomerando..., allí unos por encima de otros.

Esta niña, no se movió de allí. Empezó a hacer la señal de la Cruz, a santiguarse. Y yo digo que hablaba, pero con el ruido de la gente no se si hablaba o rezaba. Yo sé que movía los labios, como muchas veces le vi y le oí. Pero no se le entendía nada, por

todo esto. Al parar de santiguarse, esta niña muy tranquilamente, abrió la boca, sacó la lengua, y se veía la lengua completamente limpia, pero yo en aquel momento tuve un pensamiento que era; "aquí no hay nada". Esta noche nos matan, no se ve nada de lo que tiene anunciado.

Porque dio tiempo a pensar eso y otras muchas cosas. Después de pensar esto y seguir viendo la lengua es cuando es el momento clave, cuando apareció la forma totalmente normal. Yo digo que normal porque la he visto cientos de veces. Como la misma, todo igual. Como la de un sagrario.

Y yo al verla, me entró como una tranquilidad. "Y anda, si está ahí la forma". Y la gente empezó a gritar.

-Mira la forma. -Ahí está la forma. -Hay que milagro.

Algunos quitaban fuerte, otros lloraban. Y yo decía.

- ¿Por qué llora la gente, si ahora ya tenemos aquí el milagro? O sea, que a mí me sirvió como de una tranquilidad, porque al estar pensando que había fallo, decía que nos mataban, porque la gente se vuelve loca. A la niña, a mí, y a los que estábamos cerca, por los nervios, porque no salen las cosas como ellos quieren.

Y seguido de esto, la niña ha mantenido la hostia, en la lengua de dos a tres minutos; y lo digo sin mirar al reloj, porque a mí, se me hizo un tiempo muy largo. Y ¿por qué la tenía en la lengua tanto tiempo? Yo creo que era para que la gente la viera. Y fue de esta manera. Pero ¿qué ocurrió? Que al tenerla tanto tiempo de esta manera en la lengua, y con... una normalidad de tener la lengua fuera, a medida que iba pasando el tiempo, iba adquiriendo más circunferencia, hasta ocupar toda la lengua. Con un cerco. Y eso lo vi yo... porque me pilló muy tranquilo. No me puse nervioso.

Y, sí me puse nervioso a partir de las dos horas y media, después. Porque decía, ¿qué es lo que yo vi? ¿Por qué tuve la suerte de verlo? ¿Porque tuve el privilegio de verlo? Y creo que fue por el sacrificio que hice todo el día. Y por eso conseguí ver. Y el hermano de Conchita, que estaba conmigo no consiguió llegar a verlo. No vio la comunión. Y el otro señor que estaba conmigo, que fue el que..., el que antes mencioné, tampoco. O sea, el único que llegó allí fui yo y ya he explicado por qué pude llegar. Y esta es mi manera de explicarlo.

El frío había comenzado a sentirse más intensamente, y de común acuerdo tanto Pepe como yo, decidimos pasar al interior de la casa para continuar con su

relato. No me quedó más remedio, que desmontar el armatoste, preparado para realizar la grabación, en las mejores condiciones técnicas posibles, para volverlo a instalar posteriormente. Como de costumbre, había colocado en el interior de la grabadora una cinta virgen, recién comprada, así como unas baterías también, recién cargadas, guardando en mi pequeño estuche portátil, otro juego idéntico, por si eran necesarias para una eventual situación

Había terminado de fumar su cigarrillo y las cenizas habían ido a parar al fondo del cubo de la basura junto con la colilla perfectamente apagada. Mientras caminamos hacia el nuevo emplazamiento, aproveché para preguntarle a bocajarro una duda que hacía tiempo estaba preocupando.

- *¿Y recuerdas si sacaron fotos?*

-*Sí, no lo he dicho, y lo tenía que haber dicho.*

-*Espera un momento. No empieces el relato, que no tengo puesto el micro, y si no lo grabamos, se puede perder para siempre tu historia. Mi cabeza no es lo suficientemente buena para recordar todas tus hazañas.*

La tuya, sí que es privilegiada, pensé. Estaba claro que te tuvo que impactar terriblemente, todos estos acontecimientos, para no olvidar ni una coma.

Obediente como un cordero, no abrió la boca hasta que estuvimos cómodamente instalados en el salón, junto al fuego bajo, que tímidamente ardía en el centro de la chimenea.

- ¿Puedo empezar ya?... me dijo con la mirada, una vez le hube colocado el micrófono en la solapa de la chaqueta de pijama.

-Adelante. Le respondí, con un ligero movimiento de cabeza.

Cuando estaba de rodillas en frente de la niña, yo notaba encima de mi cabeza un aparato. Nada más ponerme de rodillas, se ve que coincidió que el señor que estaba detrás de mí..., el que sacó las fotos. Yo aguantaba con una rodilla en suelo y el señor por encima de mí.... y, o no entendía la máquina o estaba nervioso o cualquiera de las dos cosas podría ocurrir. Yo notaba que me golpeaba bastante la cabeza y después comprendí que era la máquina que estaba encima de mi cabeza, cuando he visto la forma de la hostia en distintas revistas, etcétera. Y por eso digo que este señor, que resultó ser un señor de Barcelona, no sabía manejar la máquina, por lo que luego he oído. Y al tiempo de poder sacarlo se puso nervioso, consiguiendo sacar

los últimos segundos. Hubiera sido más importante si este señor hubiera sido un profesional o hubiera tenido la suerte de cogerlo como... como yo lo explico; es decir, coger a la niña sin abrir la boca, coger la niña cuando estaba la lengua limpia y luego con la lengua según iba evolucionando la forma.

Para añadir y terminar todo esto, seguidamente la niña tomó aquella Hostia, siguió hasta el portal de la iglesia, estuvo allí unos momentos, después de allí con toda la multitud de la gente y que era difícil caminar..., y continuamos hasta la calleja. Allí estuvo un rato, le sacaron fotografías y después volvió a hasta el sitio de su casa, y en el mismo punto de su casa donde comenzó el éxtasis se le quitó y término. Allí quedó la niña ya en su casa.

¿Bueno y la gente que decía? Me atreví a preguntar.

La descripción que tan detalladamente, me estaba refiriendo Pepe, quedó bruscamente interrumpida ante una insistente llamada a la puerta de su casa. Mientras iba por el pasillo para atenderla, volvió a sonar con energía una voz desde la calle, llamándole por su nombre, lo cual me hizo pensar que se trataba de algún vecino y que por lo tanto pronto estaría de vuelta. Así que aproveché los breves momentos de que disponía, para hacer el balance de lo que me había contado y de las preguntas que me interesaba que me relatara.

Había quedado en el aire, contestar a los "comentarios de la gente" pero la que más me interesaba, era saber qué fue de las fotos que sacó el señor que se encontraba detrás de él y que tan torpemente manejaba la cámara, hasta el extremo de tener que apoyarse en la cabeza de Pepe para poder obtener algunas tomas. (Aunque este suceso, quedó narrado en el capítulo anterior, fue durante esta visita, cuando se me planteó el conocerlo)

Otro tema que me interesaba era su vivencia con Plácido Ruiloba. A micrófono cerrado me habría relatado como el señor que permaneció con él durante todo el día y toda la noche, nuestro querido don Plácido, no habría podido acompañar a Conchita en su éxtasis y se quedó bloqueado a la puerta de la casa sumido en una gran duda y confusión. Naturalmente, me vino a la mente la necesidad de volver a Santander y saber de primera mano, lo que ocurrió aquella noche del 18 de julio, o más bien madrugada del 19.

Plácido me relataría en semanas posteriores lo que vivió aquella noche, así como lo ocurrido con Lucia, y con el tío de Conchita, las dos únicas personas que permanecieron junto a nuestra protagonista, momentos antes de comenzar el éxtasis en el piso superior de la humilde casa de Garabandal. También,

fundamentalmente sentía curiosidad por conocer la versión de los hechos narrada por D. Benjamín, el pastor de Pesués, el cual se encontraba diametralmente opuesto a Pepe, al otro lado de Conchita. Él había sido también un testigo de excepción (como ha quedado descrito en el capítulo anterior). Pero me estoy adelantando a los acontecimientos, aunque estos cronológicamente sucedieron antes, y yo, no obtuve conocimiento de ellos hasta pasadas unas semanas. Así que continuemos con nuestro relato.

El ruido producido por la puerta de la calle al cerrarse bruscamente, me volvió a la realidad y pude pronto oír los pasos de Pepe que regresaba por el pasillo hacia la cálida salita donde nos habíamos instalado y donde el chasquido producido por los troncos al arder en la chimenea, daba al ambiente un agradable clima de tranquilidad y relajación. Nuevamente se volvió a sentar en su sofá predilecto a un lado del bajo fuego, justo enfrente de mí y continuó con su interrumpido relatado, tras volver a colocar nuevamente el magnetofón en marcha.

Yo empecé a caminar por el pueblo, para ver si había gente conocida, porque yo quería asegurarme, si alguno lo habría visto igual que yo. Era para saber si estaba claro que era así. Pero ¿qué pasó?

Pues se ve que habría unos señores que eran de la comisión del señor obispo y casualmente, iban a preguntar a las personas que no habían visto nada. Unos decían unas cosas. Otros otras, y otros otras..., y eso es confundir las cosas, cuando no se está seguro de que se ha visto. Total... que yo, me fui a tropezar con un concuñado mío, que se llama Manolo.

Cuando me vio, se vino a mí y me abrazó. Cuando se ponía nervioso era "tartajo" y me dijo:

-Pepepeee. Que yooo también loo he visto.

-Hombre, Manolo pues muy bien. Tranquilízate, me alegra que lo hayas visto. Pero vamos a ver. ¿Qué viste?

Queee, sii.. Viii una maano y un cáliiiz.

Huy Manolo, vamos a ver, tranquilízate. ¿Tú estás seguro que has visto eso? Porque esto es muy serio. Hay que saber lo que se vio y lo que se habla. Y dice:

¿Queé viste tú?

-Bueno, tú asegúrame lo que has visto. Y luego te digo lo que he visto yo. Entonces terminó diciendo.

-Peepee, no se loo que he vistoo.

-Hombre, entonces no hables así.

Pero él, ya se lo había dicho a unos de esos señores. Así que luego vienen esas confusiones. Y a los que lo hemos visto de cerca, nadie nos ha preguntado.

Ni entonces, ni después. Solamente los saben, los que nosotros se lo hemos contado.

Llegado a este punto, su narración derivó hacia otros acontecimientos muy posteriores a las apariciones, haciendo mención a la gente que por devoción o por curiosidad, se acercaban hasta Garabandal, para conocer las historias protagonizadas por las cuatro niñas.

Mientras hablaba, visualmente, fui haciendo un recorrido por la estancia en que me encontraba. En enfrente de mí y de espaldas a Pepe, hacía su derecha, se encontraba la puerta de acceso, medio cerrada y que evidenciaba, el cuidado con la que sus moradores la trataban, pues habían colocado, alrededor del pomo, una pequeña madera supletoria para protegerla del roce y del uso, y no estropear la pintura. Un poco más hacia la izquierda, aparecía colgado en la pared, un rosario de grandes dimensiones, cuyas cuentas parecían ser huesos de algún fruto tropical, por su aspecto oscuro y leñoso. Estaba rematado por una cruz de madera, toscamente elaborada y del mismo color, que el resto de los componentes.

El aparador situado más a su izquierda, era de los que se veían en las antiguas fotos de los abuelos, con una pequeña vitrina de cristal. En su interior, perfectamente colocados, vasos y copas de cristal, tazas, juegos de café, bandejas de alpaca y pequeñas figuras de porcelana fina. Completaban el conjunto por la parte inferior, un par de cajones inmensos, que iban de un extremo al otro del mueble. Seguramente, pensé para mis adentros, los utilizan para guardar los manteles y las servilletas.

La mesa del comedor ocupaba el extremo más oriental de la estancia, estando adornada con un tapete de hilo, aparentemente bordado a mano, y un frutero de cristal, en el que habían depositado varios tipos de frutos secos. Un total de seis sillas rodeaban la circular mesa, dejando poco espacio para llegar hasta el televisor

situado en una pequeña mesita de ruedas justo en la esquina más alejada adónde me encontraba yo en ese momento.

El seguir inspeccionando la habitación, me hubiera obligado a tener que mover de una forma exagerada el cuello, lo cual hubiera denotado a la larga unas faltas de atención a lo que mi anfitrión me estaba refiriendo, por lo cual preferí, posponer el examen del resto para otra circunstancia más favorable.

Pero lo que sí me dejó interesado, fue el segundo rosario, mucho más pequeño que el primero citado y que pendía de la puerta que mencioné anteriormente. Aunque mi vista no es muy buena pude darme cuenta, de que los cuatro primeros misterios, estaban compuestos de diez cuentas cada uno como es lógico, pero extrañamente, el quinto, solo tenía, siete cuentas. Le faltaban tres. ¿A qué se podía deber esta anomalía? Se lo tendría que preguntar cuando terminara de hablar.

Así lo hice, y su explicación fue clara.

Durante el tiempo de las apariciones, llegó a pasar un matrimonio americano por su casa, el cual tenía una hija, gravemente enferma, en su país de origen. El rosario había sido besado por la Virgen y ellos conocedores de los beneficios que podía reportar, le pidieron a Pepe, tres cuentas para colocárselas a su hija enferma, en otro rosario que ellos tenían, con la promesa de enviarle las que en su lugar iban a sustituir. El trato se había cerrado y quedaba pues pendiente el volver a colocarlas, cosa que hasta aquel momento no había realizado. De ahí, el motivo por el cual, solo aparecían siete cuentas, en el quinto misterio.

Terminada la explicación sobre la historia del rosario y sus cuentas, decidió que ya era hora de levantar la sesión. La conversación había sido larga y las grisáceas luces del atardecer habían dado paso a la oscuridad. Atizó el fuego para caldear un poco el ambiente, a la vez que añadía un par de troncos del montón que tenía a su izquierda y acompañándome hasta la puerta nos despedimos, no sin antes quedar para el día siguiente.

Sin darme casi cuenta, me encontré solo, sintiendo el frío de la noche por todo mi cuerpo, en las calles del pueblo, donde unas vetustas lámparas públicas, trataban de alumbrar a dudas penas sus intrincados rincones. Caminé lentamente hacia la pensión de Serafín donde tenía previsto pasar la noche, pero antes, decidí dar un pequeño rodeo y observar por la trasera de la casa de Conchita, donde habían tenido lugar los acontecimientos que me acababan de relatar. Nuevamente mi corazón comenzó a palpitar con fuerza, como si por algún extraño

encantamiento, los días hubieran comenzado a retroceder, transportándome a través del tiempo, a la época de las apariciones.

2ª Parte. Capítulo V. LA COMUNIÓN VISIBLE

En alguna de las conversaciones grabadas a Pepe, tengo entre otros acontecimientos, una pequeña referencia a un suceso ocurrido un par de semanas antes de los hechos que acabo de narrar. Creo recordar que fue a la salida de la iglesia, un domingo al mediodía, cuando regresaba para casa en compañía de Conchita. Está cayó en éxtasis. En el transcurso del mismo, la Virgen le reveló que iba a realizar lo que posteriormente llamaría "Milagrucu". Cuando salió del éxtasis, ya en la puerta de su casa, contestando a las preguntas de los allí presentes y a modo de confidencia, le comunicó que la comunión que el ángel le iba a dar el próximo día 18 de Julio sería visible para los testigos que se encontraran presentes en aquel momento. En un principio, estas revelaciones le dejaron un poco confuso, pero prefirió no hacer ningún tipo de comentario y esperar a ver que deparaban los días futuros. Siempre se había cumplido todo lo anunciado, pero tal vez, en esta ocasión, la naturaleza de los acontecimientos vaticinados, exigía una mayor prudencia.

En términos parecidos, se expresaba el párroco de Barro, en una entrevista que me concedió y que todavía conservo en mi archivo particular. Se trata de mi cinta nº 3, titulada D. José Ramón García de la Riva, 2ª parte, fechada el 3 de sept. del 97, donde se recoge el testimonio del padre, en la cual hace mención a esta predicción de la comunión, de forma similar. Escuchemos lo que decía:

Estábamos en los pinos. Estábamos las cuatro y yo cinco. Empezaron a ponerse como cuando les llegaban los éxtasis.

Dijeron. - Le vamos a decir una cosa

-Si es un secreto, no. Yo amparándome, como que no tenía curiosidad. - Si es un secreto no me lo digáis.

-No es secreto, pero queremos decírselo.

-Bueno, pero mirar, me lo vais a decir por separado. Vais viniendo y me lo decís.

-Que se va a ver la forma. -Que se va a ver la forma. -Que se va a ver la forma. - Que se va a ver la forma.

Las cuatro me lo dijeron, pero no sabían cuándo. Sabían que iba a ser, pero no sabían cuándo. Era el famoso Milagrucu, que yo no llegué a ver. Fui, pero como fue de noche, e iba con unos curas, tuve que dar la vuelta con ellos para casa. Así que me quedé sin verlo.

Me iban a llamar para que lo viera... Estaban escribiendo cartas y la mía no llegó, porque no la escribió. Le dijo D. Valentín a Conchita.

- ¿Qué estás haciendo?

-Escribiendo cartas.

-No lo hagas. Ya lo sabrán.

...Así que a mí no me la mandó. Me avisó como te he dicho, unos quince días antes y en los pinos; me lo dijeron las cuatro.

Su voz denotaba una cierta melancolía nostálgica, al recordar, tal vez, la oportunidad perdida de ver en vivo un "milagro" que otros vieron (hablo de milagro, aunque la Iglesia aun no lo considera como tal) pero también, por la circunstancia afortunada de haber sido uno de los primeros conocedores de la naturaleza del mismo. Realmente, la información vertida sobre los sucesos ocurridos en estas fechas, llenaría con creces las estanterías de las librerías de los más exigentes. No obstante, hay ciertos detalles que han pasado desapercibidos al público en general, bien porque se han perdido o bien porque los dueños de tales informaciones, no la han difundido suficientemente.

Una de estas informaciones podría ser la que se aporta de cierta forma velada y disimulada, en las declaraciones que en su día realizó Lucia, la prima de Conchita, como ya sabemos, al Sr. Ramón Pérez en su libro sobre el "El Pueblo Habla".

Vamos a recordar brevemente. Contesta así ante la pregunta del milagro:

El «Milagrucu».

...-No me acuerdo bien; pero Conchita anunció el Milagro de la Comunión... el día del milagrucu... pues resulta que yo estaba con ella. Bueno, estábamos unos cuantos; Su hermano, un tío, otra de Fontaneda y yo. Era la fiesta del pueblo. Y entonces estábamos así, en una sala todos. Pero de momento me dice:

-Ven conmigo a una habitación, -que la habían hecho nueva y estaba oscura; y dice: - Vamos a ver... Nos asomamos por la ventana a ver la romería y eso. Y en ese momento es cuando dicen que si nosotras "preparamos la Forma" y toda esa tontería. Que no pasó nada, nada más que fue eso. Y entonces me acuerdo que mi prima andaba buscando un Crucifijo y no lo encontraba.

- ¡Ay! ¿Pues dónde lo tendré? ¿Dónde lo tendré?

Y en un pequeño pasillo, cuando ya andaba buscando el crucifijo, fue cuando cayó en éxtasis. Y entonces, ya en éxtasis, lo cogió, que estaba un poco más... en una sala...

-Entonces, ¿usted puede certificar que, en aquella noche, antes de caer en éxtasis, ¿Conchita delante de usted no cogió ninguna Forma, no la vio usted con algo en el bolsillo, o en la mano, la boca, o esconder algo sobre sí?

Nada, nada, nada... no traía nada, nada, nada... fijo. Además, fijo; porque hablábamos de tonterías Ya le digo que nos asomamos a la ventana a ver la romería...

- ¿Estuvo usted allí con ella toda la tarde?

-Yo estuve todo el tiempo con ella. Me dejó un poquitín, que bajó a beber agua a la cocina. No me separé nada más de ella. Y fuimos, y entonces ya cayó en éxtasis en el pasillo. Bajó y yo bajé hasta la puerta de abajo; Y entonces, en la puerta de abajo ya había tantísima gente que ya me separaron; pero hasta la puerta de abajo bajé con ella.

- ¿Entonces usted no vio el Milagro de la Forma?

-No pude verlo, no.

El entrecomillado existente en el tercer párrafo, referente a la preparación de la Forma, es mío, y lo resalto, porque no terminaba de entender bien, que quería decir Lucía con que era una tontería.

He buscado alguna pista que aclarara algo este punto, pero, a decir verdad, no la he encontrado. Únicamente contestaciones vagas o evasivas al tema. Es posible que tampoco exista respuesta. O así pensaba yo, hasta que decidí, un día preguntar abiertamente a Pepe. Él fue quien me sacó de dudas

Pr. –Hablando de la comunión visible, la que tu viste tan de cerca; dicen que las niñas se entrenaban poniéndose papel en el paladar para que luego les cayera en la lengua...

R. –Que lo hagan ahora también otras niñas.

Pr. –Como... que podría ser un fraude.

R. -Ellas lo que sí hicieron, fue que cuando la Virgen le anunció a Conchita que iba a tomar la comunión visible, resulta que las otras niñas dijeron que... -como ellas no, y hubo entre ellas y entre los padres, enfados y discusiones, porque las tenían con frecuencia y por otras cosas.

Esas niñas fueron a la iglesia y abrieron el Sagrario y cogieron formas de allí. Y ellas mismas estaban haciendo ensayos de cómo iba a ser. Que si sería así, que si sería... y hubo alguna persona que las acogió con las formas y decía...

-No le digáis a D. Valentín que las cogimos del Sagrario.

Y ahí viene lo de que ellas estaban haciendo ensayos..., pero está bien claro, que ellas querían ver cómo iba a ser lo de la forma..., -como nos la van a dar..., y lo estaban haciendo detrás de la iglesia, o por ahí. Y esas formas las cogieron del Sagrario, o de la iglesia..., donde las tenía el señor cura, pero eso yo creo que no tiene relación con que ellas hacían ensayos. Porque yo creo, que les entraba a ellas unas ganas... porque al ser a Conchita sólo la que se le había anunciado, como así fue..., el que las otras, también querían que les saldría... y ahí sí entran, parándonos a pensar un poco lo que son esas niñas..., en aquel tiempo, pues hacerlo por su cuenta..., pero no tiene importancia, ni hacían ensayos. Porque si hubiera sido anunciado para las cuatro, o no fuera anunciado, y se lo hubieran inventado ellas... pero yo sé que sí fue anunciado... por qué coincidió, que el día que la Virgen se lo iba diciendo, desde la iglesia a su casa, yo iba por el lado derecho y otro señor por el lado izquierdo, que ha ese señor yo no lo conocía. Resultó según me dijeron que era catalán..., pero yo creo que nunca lo volví a ver, y si lo he vuelto a ver no sé quién es. Y yo escuché algo, porque según le iba hablando la Virgen iba diciendo.

-Ah..., que tal... ah que se va a ver.

Y cuando hemos llegado a su propia casa, la casa de la madre, la gente tenía por costumbre preguntar, que qué le decía la Virgen... y la niña se le echó a reír, pero con una alegría...

-Por qué te ríes...

... y no era yo el que le hacía las preguntas, era otra gente, pero como yo estaba presente...

-Pues estoy muy contenta.

- ¿Pues qué te ha dicho la Virgen hoy?

-Pues me ha dicho... que va a hacer un milagro.

Anda, pero... como un milagro.

-Sí, que para el día 18, que era como quince días de antelación -que voy a tomar la comunión visible...

Es decir, que la va a ver todo el mundo. Todo el que esté cerca.

¿Y cómo puede ser esto? ¿Y porque decía que iba a ser visible? Pues... yo ya había presenciado varias veces, cuando decía que tomaba la comunión..., pero no se veía nada. En la puerta de la iglesia..., donde la piedra del Ángel... También la vi... otras dos veces, cuando no había misas aquí..., iba en éxtasis y tomada la comunión. Pero nadie veía nada. Sólo... como hacían que tragaban.

Y por eso... no sé cómo han dicho esto de... que se entrenaban. Ellas hicieron, el coger las formas, y que las cogieron con las formas sí... pero sin malicia ninguna, porque si tenían que hacer los ensayos... tenían que haberse desplazado a algún reservado y, además, aunque ellas hubieran hecho ensayos... no era anunciado para las cuatro.

Pr.-Porque tú te fijaste bien, ¿la boca de Conchita estaba vacía?

R.-...cuando la boca estaba vacía y la lengua y limpia..., con la lengua fuera. Porque yo creo que para traer la hostia tanto tiempo... pues ahí está garantizado lo que yo voy a decir. Tanto tiempo que transcurrió desde que cayó en éxtasis en su casa, que yo estaba un poco más distante. Yo estaba en la puerta y ella estaba en el interior, arropada con una cantidad de gente que no podía ni moverse. Bien... el tiempo que transcurrió desde su casa, atravesar toda la calle, los inconvenientes que tuvimos..., que a mí me dejaron medio desnudo..., para poder llegar al sitio donde está niña se santiguaba, hablada..., yo no sé qué... porque no se oía, No se entendía por el murmullo de la gente. Ese hablar... que tenemos cuando estamos

muy agrupados. Hay que entender un poco que es, una hostia natural. ¿Cómo puede estar esa forma ya cuando esa niña la hubiera querido sacar en la lengua? A ver... que se pare a pensar cualquier persona, como puede estar esa forma. Deshecha..., yo entiendo que deshecha. Yo me meto una forman ahora y nada más que la dejó allí, sin tragarla, cuando quiero hacerlo está hecha una pasta. Eso lo sabemos todos.

-Pues no entiendo qué clase de forma pudo ser para que haya durado tanto tiempo. Aparecer en la lengua normal..., como cuando te la pone un sacerdote, en la lengua. Así ha aparecido allí. Y luego ¿por qué ha aumentado en circunferencia, en espesor? Lo que he repetido miles de veces. Y está grabado y escrito. Esa forma tan pequeña, con tanto tiempo en su casa, la trae en la lengua, se transformará en natural y luego en sobrenatural, porque luego no era natural. ¿Qué clase de forma era? ¿Dónde la traía? ¿Qué ensayo es ése? Ese es el milagro de la hostia, para mí, ese es el milagro de la hostia, que hay que entender que fue un milagro.

Recuerdo que era imposible pararle; había empezado a comentar sus vivencias y volvía a repetirlas fielmente, igual que la primera vez que me las había contado, sin separarse una jota de la primitiva versión. Siempre que la había escuchado, tanto grabada en alguna cinta, como escritas en algún libro, coincidía plenamente con la que en su día me relató, con todo tipo de detalles. Afortunadamente, en aquel momento llegó su hijo pequeño Fernando con su mujer Rocío y su hija pequeña. Esto permitió hacer un alto en el camino para saludar a los recién llegados, y momentáneamente cambiar el rumbo de la conversación por otros derroteros más triviales. Hacía tiempo que no había visto a su familia y esto me alegró, pues ellos también tenían una visión de los acontecimientos, desde otro punto de vista distinto. No hay que olvidar, que, en la época de las apariciones, también ellos eran críos igual que nuestras protagonistas en aquellos tiempos. Eran amigos y como tales jugaban y se divertían. Pasaban buenos momentos corriendo por las callejas y subiendo a los pinos. Lo que a ellas les pasaba, lo consideraban totalmente normal, hasta tal punto, que pensaban infantilmente, que sus compañeros tenían las mismas vivencias. No se cuestionaban, el que ellas eran especiales. Y, por lo tanto, no les daban importancia a los fenómenos que vivían. A otros niños les pasará igual. Así que el ir a los prados, subir a los árboles en compañía de sus amiguitos era la cosa más natural del mundo. Comer, subir a los árboles, o ver a la Virgen. Todo entraba en la misma cesta. La cesta de la vida de aquellas niñas del remoto pueblo de las montañas.

-Bueno, y ¿qué más quieres que te cuente?

La voz de Pepe, una vez hubieron pasado todos los nuevos visitantes a la cocina, sonó relajada, en comparación con la excitación que se había puesto de manifiesto en los últimos instantes de la grabación. La verdad, me cogió desprevenido. Aquel día no tenía a mano mi bloc de notas para consultar las preguntas que deseaba hacer, y por unos segundos, mi mente se quedó en blanco, todavía con la imagen de sus hijos jugando con las niñas. Lo único que acerté a balbucear fue:

- ¿Tuviste alguna experiencia, a lo largo de la época de las apariciones, para confirmar la veracidad de las mismas?

En realidad, esta pregunta no tenía mucho que ver con lo que estábamos tratando, pero no se me ocurrió otra mejor. Tal vez surgió, ante mi preocupación por saber hasta qué punto estaba Pepe convencido de la realidad de las apariciones.

...- a mi casa llegaron varias noches, a las doce, a las tres de la mañana y no iba más que su padre con ellas, y daban unos golpes a la puerta... que temblaba la casa. Y no daban con la mano o con el pie, daban con la rodilla... y pegaban a la puerta y aquello era que temblaba la casa. Entonces yo..., en la habitación que dormía, estaba enfrente de la puerta..., arriba. Una noche oí golpes. - ¡Ya están aquí esas! - efectivamente, porque en otras ocasiones podía ser algún vecino que llamaba por algo, pero era... un llamar normal. Pero aquellos golpes... dije, - ¡Son ellas! - y abrí una hoja de la ventana.

- ¿Quién está ahí? ¿Quién llama? Y decía el padre.

-Abre, que aquí está Loli

Así que dije. -*Esta noche, hago una prueba*-y tenía una luz en el pasillo y la daba arriba, porque era un pasillo muy estrecho y muy largo y tenía que bajar las escaleras porque estaban en la parte de atrás de la casa. Dije-pues esta noche no doy la luz y voy a abrir la puerta para allí y me cambio al abrir la puerta..., al otro lado-, porque ellas tenían por norma, al entrar, darte el crucifijo a besar. Y dije, -*pues esta noche os vais a equivocar*-. Y a oscuras, pues yo sólo abrir la puerta... y no había luz a fuera, ni dentro, me cambié el otro lado y muy agachado... y la niña con la mano, a la altura que yo estaba agachado, arrimado al lado de la pared, metió el crucifijo en la boca. No me lo ponían ni en la frente y ni en el cogote, ni en el pecho... ni en el brazo. A la boca, pero ella... con la cabeza levantada. Imposible comprender eso. Luego, ya daba la luz para subir con el padre... para darle de besar el crucifijo a mi mujer. Mi mujer gritaba..., también a los niños les daba a besar...

Los críos estaban dormidos..., y luego cogían las escaleras y para fuera..., y no pasaba más.

En otra ocasión, estando una tarde de invierno muy frío, por ahí, por la calle, con alguno del pueblo, charlando... me fui a dar, a un bar que ya no existe, que era de una de las videntes, mejor dicho, del padre de una de las videntes.

Yo creo que fui a coger tabaco, o alguna cosa así..., y al entrar allí, había un señor solo, no sólo, porque no habría más hombres allí, solo... que no tenía sociedad con nadie, y se ve, que, al acercarme a la barra, al lado de él, me dice.

-Oiga, ¿Vd. es de aquí?

Digo, -pues sí, hombre.

-Ah, bien, bien. Es que yo soy un conductor de un autobús y he venido hasta el pueblo con una cantidad de mujeres... y me tienen loco. Yo entre tantas mujeres, no quiero meterme-. Y dice, -y me gustaría hablar con un hombre. Mire, le invitó a un vaso de vino.

-Pues bueno, hombre, lo vamos a tomar... ¡cómo no!

Y empezamos de charla, sobre esto, sobre lo otro, sobre varias cosas. Estuvimos charlando... y se nos pasó una hora o dos, no lo sé. Y yo le dije, -mire señor. Voy a dejarle, me voy hasta casa... porque, lo primero se me quedan los pies fríos, ya tengo los pies muy fríos y lo segundo quiero cenar y acostarme, porque mañana tengo que ir a mi trabajo.

-Bien nombre, pero, ¿cómo no se queda un poco más? No sé, vamos a tomar otro vaso de vino a ver si entramos en calor.

-No, no, esto ya no me va, pero voy a quedarme otro poco para acompañarle, ya que no quiere estar entre tanta mujer. Y seguimos charlando un rato. Pero ya le dijo. -Mire, ahora sí que ya me tengo que marchar.

Cuando me di cuenta eran las doce de la noche..., desde que salí de casa. Y le dije--Ya me tengo que marchar, porque ya es tarde.

-Pues si hombre, me dijo. Ya lo siento que le entretuve.

Digo, -no hombre, me ha gustado su compañía y su conversación-. Y le digo, -voy a preguntar a la niña que pertenecía la casa, a Mari Loli, o a la madre, o al padre, si saben si tiene alguna llamada. Y digo esto de llamadas porque ellas antes de tener el éxtasis sentían dos llamadas interiores; la de tres, era, como decían ellas cuando les venía el éxtasis. Cojo y le... pregunto. Y dicen, -dicen que no. Digo, mejor para irme tranquilo a dormir. Y se lo dije al otro señor. -Mire, dicen que no tienen ninguna llamada, así que yo me marcho-. Así que nos despedimos y fui para casa.

Cuando llegué, mi mujer y los niños ya estaban durmiendo hacía cuánto. Entonces, en la casa donde yo vivía..., era una casa más bien antigua y se atizaba abajo, en el suelo la chimenea, que estaba al mismo nivel del suelo..., y que hice. Ponerme a atizar el fuego, la lumbre. Y cuando estaba cogiendo la leña, que la teníamos al lado de donde se atizaba el fuego, en un hueco aparte..., que me parecía que los oídos míos oían rezar.

Digo, - ¿anda que es esto?... –entre el frío que traigo, y los oídos que oyen rezar. Y que pasa..., que en la cocina había una ventana de tamaño bastante grande que daba a la calle por la parte de abajo. Dada a un desnivel bastante bajo. Y sigo oyendo.

-Si es cierto que oigo rezar. ¿Pero dónde?

Abrí la ventana y al abrirla me di cuenta que pasaban rezando dos personas. Sólo dos personas... porque cuando una terminaba el "Dios te salve María…" la otra contestaba, y dije. -Pero son dos nada más. Y conocí que era Conchita y la madre, pues ya las había oído rezar tantas veces... que se conocen las personas del pueblo. Nos conocemos en el hablar y en todo. Y digo..., - ¿Ahora qué hago?

No me ocupé del fuego ni nada. -A la calle; y esta noche voy a hacer otra prueba-. Era una noche oscura; no había luz por el pueblo ni nada. -Voy a hacer la prueba y si es la Virgen... voy a ver por dónde va. Voy a seguirlas, porque yo podía seguirlas... al oírlas, bastantes más atrás, porque conocía bien el pueblo.

Iban por tal parte. Efectivamente, al salir yo de casa tuve que dar una vuelta a una manzana de casas y buscar la dirección por donde ellas iban, y vi que iban en dirección a la Iglesia. Entonces yo dije... porque desde aquí podemos apreciar el sitio... es en esa esquina que hay una cuadra, que ahora la han arreglado, y eso otro, que lo han reformado más abajo, en ese portal; y allí habría unos carros de esos del país..., vamos de aquí..., metidos allí para que no se mojaran, con trastos... y eso. Era una noche sin luz, como he dicho. Y que pasaba; pues la madre de Conchita traía una linterna que no alumbraba prácticamente nada, porque yo veía como una

coquita, y se ve que se le había medio terminado la pila, y con eso caminaba como podía. Entonces estuve observando a través de la esquina, en dirección a la Iglesia a ver para donde seguían, después de salir de aquí. Y vinieron en dirección a donde yo estaba. Digo. - Bueno, pues ahora me doy la vuelta por aquí, me escondo en ese portal y si es la Virgen, tiene que venir donde yo estoy.

Hay que pensar que ahora lo estoy hablando..., pero entonces, lo decía de pensamiento. No me oía nadie. Son cosas que piensas que no te puede adivinar nadie lo que estás pensando. Ahora si estás hablando, puedes pensar, -pues alguien me oyó-. Pero no, yo no hablé con nadie, ni lo hablé en alto.

Digo, -pues ahora me escondo aquí-.

Y cuando pasaban enfrente mío, a una distancia de unos ocho metros o así..., de donde yo me había escondido, en la calle por donde pasaban..., al centro de la calle, con toda la oscuridad, estando fuera ves el bulto, como que algo camina por la calle. Y como ella venía rezando... y yo estaba solo, de pronto se paran a la altura mía, a la altura donde yo estaba. Hizo el giro... y cuando me doy cuenta que camina... que la tengo al lado. Al lado mío, entre todos los trastos que por allí había.

Y yo no estaba de pie. Yo estaba..., no sentado, sino agachado con las piernas dobladas arrimado a una pared. Entre un carro y la pared. Y ella se dio arte, no sé cómo, que llegó a ponerme el crucifijo en la boca. No me lo puso ni en la cabeza..., ni en el brazo..., ni en la espalda. No…. no, sin tocarme por ningún sitio, el crucifijo de ella... fue directamente, adonde yo tenía la boca.

Y yo me quedé seco. -Me caguen diez, dije -que yo busque más pruebas todavía. Soy más tonto que Abundio. O sea, que yo mismo me cabreaba. Yo mismo me molestaba de lo bruto que yo era. Dijo, -bueno, esto sí que ya se terminó. No se me volverá a ocurrir hacer más pruebas.

Después, al salir ella, en dirección a la madre..., porque la madre se quedó en mitad de la calle..., porque al ver que la niña salía para a allá..., no sabía, ni porqué, ni como, se ve que se quedó allí. Y yo que hice..., pues salí detrás de la niña muy despacio; llegué dónde estaba la madre

La madre pegó un grito - ¡Ay!, Ay!, ¿Quién está ahí?

-Calla-, le dije, -que soy yo.

- ¿Qué haces aquí tú? -Pues ¿Cómo estás tú aquí?

-No…. no mira. No sé qué disculpa le di. -Es que venía por aquí, no sé qué disculpa fue la que le puse.

Y la mujer se calmó,

-Porque, es que me has dado un susto..., porque resulta que Conchita se fue para allá, y yo no sabía... que iba, ni a dónde iba.

-Y mira... es que yo estaba allá, apartado y fue a darme el crucifijo a besar y...

Y algo así le dije, pero no le conté, que era... que me había escondido, ni nada de eso.

Con lo mismo, yo seguí. Le seguí a ellas.

Y precisamente fui en dirección a la casa de la otra niña de donde hacía media hora que acababa yo de salir, aproximadamente. El tiempo que empleé en ir a casa, en atizar el fuego, en salir detrás de ella. Este trámite de tiempo. Y que pasa..., que la puerta estaba abierta... y el bar lleno de gente esperando a ver... que era toda la gente que había venido en el autobús al pueblo..., pues se metían dentro a ver si la niña tenía éxtasis o eso. Bueno pues..., que me vuelvo a tropezar otra vez con el señor ese.

Dice, -Anda ¿usted otra vez aquí?

Digo, -Ya le cuento luego lo que me pasó... y efectivamente seguimos dando unas vueltas por aquí por allá y por el otro lado, con todo el grupo de la gente. Y para esto, cayó en éxtasis la otra niña. Cuando ésta llegó... la otra de pronto zas... y a caminar las dos por ahí.

Cuando el otro señor se arrima a mí... caminando por aquellas callejuelas, me dice.

-Pero ¿cómo, usted?, si me dijo que se iba para casa.

-Pero si es que me fui. Si iba a empezar a hacer el fuego y resulta que pasaron por la calle y sentí rezar, y llevo ya media hora dando vueltas por aquí..., no contándole la prueba que había hecho.

-Y pues mire qué suerte tenemos, después de venir con toda la gente.

-Ya te digo, continuó Pepe cambiando el tono histórico de la narración. Esto son otras pruebas más de las que yo hice allí.

Y mientras me iba diciendo esto, se iba riendo de la situación cómica que había vivido aquella noche en compañía del conductor del autobús de señoras, con las que acudió al pueblo a ver las apariciones.

Continuamos hablando a micrófono cerrado sobre temas intrascendentes, desde el punto de vista de las apariciones, haciendo mención al comportamiento, a veces poco ejemplar de la gente que acudía al pueblo, atraído por la notoriedad de los acontecimientos acaecidos en los años 61 y sucesivos.

Sin darnos cuenta volvimos a detenernos en los sucesos del 18 de julio, referentes a la fiesta del pueblo y sobre todo a la comunión visible. Volvió a recordarme la experiencia vivida en casa de Conchita en compañía de Plácido, y la presencia extraña de un tío de ésta. Un tío llamado Elías, el cual permaneció junto a ella, los momentos que precedieron a la caída en éxtasis, y que fueron cruciales de cara a saber, si hubo o no-fraude en el tan cacareado asunto de la forma.

Pepe no podía facilitarme más información, puesto que los últimos instantes, previos al éxtasis, ocurrieron, en el cuarto de la vidente, en la parte alta de la casa, y él se encontraba precisamente en esos momentos, junto a la puerta de salida, en el pequeño césped que, a modo de rincón, alfombra la entrada.

Tendría nuevamente que recurrir a las cintas que le había copiado a Plácido, y que seguramente habría escuchado, pero no había sido capaz de encajarlas en el puzle de los acontecimientos, que ahora, poco a poco iba poniendo en orden, tratando de entender lo ocurrido en el pequeño pueblo de las apariciones.

La cinta, en la cual tengo recogido el testimonio grabado a Elías, el tío de Conchita, corresponde a una copia de la original de bobina de Plácido, en la cual, mezclada con las voces de varias personas, y a duras penas, se puede escuchar la voz del protagonista. Fue necesaria dar varias pasadas y algunas en velocidad lenta, para poder transcribir la conversación. Así que ruego a nuestro querido lector o lectora, que tenga paciencia, si en una primera vuelta, no consiguen entender el significado de lo que aquí se trató.

Comienza con unos cantos, que seguramente habría recogido Plácido, ese día en la iglesia durante la celebración de la misa, o bien por la calle, en alguna de las procesiones que tan frecuentes eran en el devoto pueblo, pues no olvidemos que se

trata de la fiesta principal. Este punto no llegué a poder determinarlo. De cualquier modo, a continuación, y como digo, mezclada con las voces de fondo, de otras personas que en aquel momento se encontraban en la casa de Maximina, donde se estaba realizando la grabación, aparece la voz tartamuda de Elías, contestando a las preguntas de Plácido.

Señora. -Fue un 18 de julio..., hoy hace un año...

Plácido. -Porque a mí me dijo el médico de Polanco... la preguntó... que la chiquilla estaba... y había caído en el cuarto, que tienen allí a la izquierda...

Elías. -Yo, la vi caer a la puerta, nada más a la puerta. En el cuarto no entró.

P. -O sea, que según ella estaba en la cama, sentada en la cama, cayó y salió para abajo.

E. Salió para abajo, y salió rápida.

P. -Es que sabiendo eso, claro..., cuando iba a hacer los ensayos.

S. - ¿Cuándo iba a hacer los ensayos? Ni se pudo meter nada en la boca. Ni traía ya nada en la boca... porque hablaba normalmente con ellos. Había estado hablando con ellos.

E. -Hacía un momento..., hacía un momento..., habíamos estado rezando, su madre y ella, la chiquilla, su hermano y yo... no recuerdo... qué estuvimos rezando. Y después su madre se bajó a la cocina y nos quedamos arriba los cuatro... la chiquilla esa, su hermano Cetuco..., Conchita y yo. Y estaba sentada en la cama... y nada más levantarse, al levantarse, se cayó... como aquí, contra la puerta.

P. -O sea, que, en un primer momento, estaba hablando.

E. -Estaba hablando con nosotros... no traía nada en la boca, así que yo no me explico...

P. -Y después la Forma, que se vio después... no hay ninguna duda. Está clarísimo.

E. -A mí..., a mí, lo que no me pareció bien, es que la niña no hizo más que dar la vuelta y fue cuando se vio la Forma.

P -Bueno, tenemos una cosa; la chiquilla dijo que iba a ser un milagro chiquito, un milagruco.

S. -Si cae en la cocina, la ve todo el mundo..., o sube a los pinos; pues entonces ya no es un milagruco, es un milagro grande.

E. -Eso... si hubiera sido en la calleja...

P. -Aunque ella cayó cerca de casa..., pero cómo iba a ser dentro si era imposible.

S. -Si yo hubiera visto lo de Elías... no tendría ninguna duda.

E. -Yo sí, yo "vilo...", porqué fui a verlo con toda picardía. Yo lo he dicho muchas veces, y fui a verlo con toda picardía. Nada más que a ver las cosas que no me gustaban.

Nada más que a ver las cosas..., que no me gustaban.

Sra.: O sea, que... porque usted al principio no creía nada.

E. Yo no creía....

Pl. Usted tenía dudas? Y querían ver si había alguna cosa....

E. Yo iba a ver... si había alguna trampa.

Sra. Yo creo que una forma normal y corriente no la puede tener mucho tiempo en la boca... por qué se le deshace.

Pl. Sí, la niña estuvo hablando, lo que estuvo hablando....

E. Sí estuvo hablando con nosotros...

Pl. Y de repente..., cayó de rodillas.

E. Cayó de rodillas.

Pl. Y…. bajó para abajo.

E. Seguido....

Pl. Usted, estuvo una hora según dicen..., con ella.

E. Sí, yo estuve una hora.

Pl. Además, estaba su prima con ella, estaba el hermano, y una cosa tan seria como esa no la iba a hacer...

E. Hacía pocos momentos que Cetuco había dicho: ¿Qué hora es?

Todavía no va a pasar... Pero a los pocos minutos fue cuando cayó en éxtasis... así que yo no sé.

Pl. Claro, es que... porque se han barajado muchas cosas..., que si podía ser un papel puesto. Juanito, el cura, por ejemplo, dijo, que una forma de iglesia no era. Lo que es una forma, como dijeron, una forma de iglesia, que no era. Que era de una blancura grandísima. Como la espuma del mar. Que era más gorda.

Aquí, lo interesante es que comenzó el éxtasis, cuando estaba delante Elías.

E. Sí señor, eso lo digo yo, aquí... y ante el obispo y donde sea. Que lo vi. En lo otro no me meto.

Pl. Que cuando cayó en éxtasis..., ella estaba allí, sentada en la cama y hablando.

E. Sí señor, con nosotros.

Pl. Hablando allí... y de repente cayó en éxtasis.

E. Sí señor.

Pl. Entonces bajó para la calle..., si claro, es que, eso es lo que interesa. Desde luego hay cosas muy claras. Por ejemplo, en principio, la comisión, que a mí no me llamaron..., dijeron que no se había visto; que la Forma no se había visto..., luego al ver la fotografía, que se la había metido ella en la boca..., por eso... estas cosas son muy complicadas de explicar. Aunque al principio todas las sospechas recaían... sobre el tío Elías.

Sra. Sí, que tenía mirada penetrante.

Pl. - Lo que pasa es, que estábamos en la cocina, estábamos todos un poco recelosos. Me acuerdo perfectamente. Vd. entró y como no conocía a casi ninguno, miró, así como un poco serio, y subió arriba. Claro efectivamente..., yo que no le conocía... todos nos miramos... un poco así preguntándonos. ¿Quién será éste?

Sra. - Ya fue la última hora cuando entró Elías.

Pl. - Ya serían las doce y media.

E. - Yo estuve allí, en la taberna, hasta las doce y pico. Y estábamos allí... y dijimos: "vamos a tomar una cerveza". Y estando tomando la cerveza oímos revuelos. Salimos de allí escapados y fue cuando vine derecho y entré en casa de ella. Ya le digo, entré en casa..., que es sobrina carnal. Entré en su casa tres veces. Y aquel día entré en casa con toda la malicia, a ver si veía algo, alguna cosa que no me gustaba.

Pl. - Y usted no vio ninguna cosa.

E. - Yo no vi nada, no vi nada que no me gustara. No vi nada..., más que eso, que salió, dio la vuelta aquélla y fue cuando le vieron.

Sra.- Pero eso no tiene que ver...

Pl. - Porque tenía que ser allí. Yo también estuve toda la tarde al lado de ella en su casa y pensé que iba a ser en los pinos... y salí corriendo para los pinos.

E. - A mí también me pasó, dijeron que venía para atrás y escapé a la calleja y cuando oí que ella... volví y me tumbaron.

Sra. - O sea, que se ha caído al correr.

Pl. - Y tú, ¿tampoco lo viste?

Sra. - No, yo vine a ver si estaban los niños llorando y cuando volví ya había pasado todo.

E. - Y el padre... que me echaba a mí la culpa...

Pl. - El padre Justo.

E. - Él dijo que lo vio bien.

Pl. - Él vio la Forma. Él decía, "aquel señor, aquel que entró allí..., tenía una mirada penetrante.

Sra... - Y era el bueno de Elías.

E. - Yo era el primero que le quitaba la sotana...

Sra. - Ahora, ya se lo permiten, quitarse la sotana.

Pl. - Al que yo le conté lo que pasaba fue a Ramón. Pues para esto..., está todo el mundo así..., dicen que ha subido allí un señor que tal... que yo no sé quién es... y Ramón decía: ¿pues quién es? Y yo decía, pues... era así y asao y tal, y dice: pero si es Elías; si es incapaz de hacer nada.

Sra. - Yo también, cuando le echaban la culpa a Elías, yo creí en seguida, pues entonces nada... Esto es realidad porque Elías no hace nada.

E. - Pues nada...

La cinta continuaba, con nuevas ocurrencias, de aquella noche, mezclándose las voces de los asistentes a la reunión, originando tal confusión al hablar todos a la vez, que es difícil entender lo que se decía.

No obstante, quedaba claro cómo el tío de Conchita, acudió a su casa, con la intención de ver, si "habría algo que no le gustara" desconocedor de que su testimonio, iba a ser clave para comprender los delicados acontecimientos que estaban sucediendo.

No tengo más referencias de este buen señor que de forma tan sencilla, contaba a sus contertulios sus vivencias y sus pensamientos, en aquella lejana y a la vez tan próxima noche del 18 al 19 de julio de 1962. Junto con él, Pepe, Don José Ramón, Plácido, Luciuca, aportan información que se va complementando, permitiendo reconstruir lo que fueron aquellos acontecimientos.

Alejándonos un poco de esta línea de testimonios, tenemos el contado por una familia cordobesa al padre Andréu. La entrevista fue realizada por el propio padre Andréu en tierras del sur de España hacia el año 63. Esto quiere decir que todavía estaban recientes los acontecimientos, en las mentes de los protagonistas. Escuchemos su relato.

P. Andréu. Al primero al que vamos a preguntas alguna cosa es a José... y que por ser parco en palabras le ponemos en primer lugar. Lo que voy a preguntar es lo siguiente. ¿En alguna de tus visitas a San Sebastián de Garabandal, he oído que alguna de las niñas que te levantó en el aire...

R. Sí.

P. ¿Por qué fecha sucedió eso más o menos?

R. Sobre el 15 de agosto del año 1962.

P. ¿Qué niña fue la que te levantó?

R. Conchita.

P. ¿Estabas de pie, de rodillas?

R. De rodillas.

P. ¿Te levantó del todo?

R. No del todo, porque soy muy alto, pero me dejó de puntillas, vamos, casi del todo.

P. O sea que te levantó todo en alto de tal forma que quedaste apoyado con las puntas de los pies.

R. Exactamente.

P. ¿Hacías algo por levantarte?

R. En absoluto.

P. ¿Hacías algo por ponerte más pesado?

R. No, vamos, me quedaba completamente flojo.

P. ¿Hizo algún esfuerzo sensible la niña para levantarte?

R. Yo no noté ninguna presión, ni siquiera al subir.

P. Pues este mismo José... presenció el día de la comunión algo de la misma comunión. Nos va a decir brevemente, en el momento de la comunión, que es lo que vio. ¿Viste llegar a la niña?

R. Vi salir a la niña de la casa. De su casa... y cuando pasó por delante de mí, entonces se cayeron algunas mujeres y un sacerdote, y yo perdí algo de tiempo... pues estuve organizando un poco lo de la caída de estas señoras... y entonces llegué un poco tarde al momento de caer la niña de rodillas.

P. ¿Tu vistes a la niña, cuando sacó la lengua?

R. No.

P. ¿Tu vistes a la niña con la lengua fuera?

R. Si, la vi con la lengua afuera y la sagrada Forma en la boca.

P. O sea que ¿tú no viste la lengua sin la sagrada Forma?

R. No, yo no vi la lengua sin la sagrada forma.

P. ¿La sagrada forma, estaba completa cuando tú la viste?

R. Completa del todo.

P. ¿Qué aspecto tenía? ¿Redonda?

R. Redonda. Sí.

P. ¿Gruesa?

R. Sí, un poquillo, pero como si fueran dos formas corrientes. Unas encima de la otra.

P. ¿Y era muy blanca?

R. Pues sí...

P. ¿Brillaba?

R. No brillaba, no.

P. ¿Te pareció una cosa normal el tamaño de la forma?

R. Sí, sí. En todo caso un poquito más gruesa. Y un poquito levantada por la parte de la izquierda.

P. Y un poquito levantada por la parte de izquierda. ¿La niña tuvo mucho tiempo la forma en la lengua?

R. Alrededor de un minuto a minuto y medio...

El coloquio continuó, pero creo oportuno parar aquí para dejar paso a otro testimonio poco conocido en los ámbitos de Garabandal.

Me refiero al doctor Félix Gallego, médico de Polanco y zonas vecinas.

Por aquella época, un sacerdote jesuita, el padre Loring se dedicó a recopilar en vídeo una serie de testimonios, tal vez los más representativos, entre los que podríamos destacar los de Pepe, Plácido, María Josefa, y hasta la mismísima Jacinta, en los cuales narran sus experiencias, tal vez un poco cohibidos por lo aparatoso del montaje, pero con una claridad diáfana.

Por supuesto, D. Félix es viejo conocido, pues a través de Josefina, su mujer, empezamos a saber de sus andaduras por el pueblo de la montaña, en fechas muy próximas al comienzo de los fenómenos. Escuchemos su relato.

-Soy Félix Gallego con D N I 138... El día 18 de julio de 1962 día en el que estaba anunciado el milagro de la Forma, de la comunión de Conchita, estaba yo con Fanito Fontaneda enfrente de la casa esperando el momento en que se produjera este fenómeno. Como yo soy poco partidario de las masas le propuse a este amigo que nos fuéramos por detrás, que lo íbamos a ver mejor. Es decir, dar la vuelta a la casa y cogerla a la salida del camino. El no aceptó. Total, que al poco rato me fui yo solo. Di la vuelta a unas casas que hay y me planté en el camino, a la salida de Conchita doblando la esquina. Y al de unos instantes después, a unos quince metros de distancia veo que viene Conchita. Yo estaba solo, y que viene Conchita con toda la masa de gente detrás. Acto seguido, que empiezan a gritar.

-Qué ya está, qué ya está... y la lleva. Bueno.

Yo había observado alrededor de la boca de la niña, como un halo luminoso, y después de haber hecho yo esta observación, es cuando me he convencido de que

efectivamente había sucedido este trance... al gritar la gente lo que gritaban. Por ello, claro, se elimina la posibilidad de la sugestión, de que yo me sugestionara, pues si yo me entero antes de que la lleva, me podría haber sugestionado, antes de que se produjera este fenómeno. Y ella luego después, pasó un tiempo y yo me retiré porque venía toda la avalancha y luego se da la fatalidad... que muchas veces lo he pensado, que era yo sólo en el sitio mejor, en el sitio mejor... para verlo de frente. Esto claro yo se lo comenté a Plácido, se lo dije a los amigos y yo tenía recelo a que se le daría publicidad a este asunto debido a mi profesión..., yo no quería de ninguna forma, el salir a relucir con este asunto. Ahora, el hecho que yo recuerdo durante toda la vida, es que vi a la niña instantes antes de saber que llevaba la forma, porque... puede al doblar la esquina de la casa, le vi esa luminosidad esa fluorescencia, alrededor de la boca. Y nada más.

Claro, esta resistencia a divulgar este hecho, tal vez fuera influenciado por mi profesión de médico. Yo trabajaba aquí y, en fin, era una cosa un poco desagradable y, además, tenía la duda de que fuera una autosugestión. De que me sugestionara yo, sin ser externo..., y como un hecho tan asombroso..., pues así pasan las cosas.

A propósito de esto, estoy de acuerdo..., pues fui uno de los médicos llamados el 13 de enero por el padre de Mari Loli "la noche de las negaciones" y yo recuerdo perfectamente la impresión que nos produjo..., claro Plácido ha dicho a las siete de la mañana, pero eran las cinco de la mañana..., en mi opinión. Eran las cuatro o cinco de la mañana en una noche cerrada. Salíamos Plácido, Celestino, de la casa de Diez... que nos había invitado a tomar un chocolate para quitar el frío y el hambre, porque ya teníamos hambre... y vimos pasar una sombra por allí, y era Jacinta a las cinco de la mañana. Y le preguntamos

¿Adónde vas? Y nos contestó.

Voy a rezar el Rosario, allá a los pinos.

¿Pero cómo es posible que está niña, por todo lo que nos han llamado aquí... y a estas horas y con este frío... vaya a hacer esto?

Esto fue un hecho que me produjo una enorme impresión el día de la negación.

Y para terminar una cosa que es muy sencilla, muy breve, en relación con los fenómenos de telepatía y que presencié acompañado del padre Anselmo y del padre Rodrigo. El padre Rodrigo jesuita no, otro; de los Sagrados Corazones. Una noche en casa de Loli, llegamos cuando tenía anunciado un éxtasis. Y había gente en la tienda.

Le habían dado unas quince o veinte estampas, pues una de las cosas que hacían era presentar estampas a la Virgen para que las besara. Y tenía un montón de unas ciento veinte estampas sobre la mesa, que le había puesto el padre. Y va la niña, entró en éxtasis; cayó de rodillas cerca de la mesa donde estaban las estampas y las cogía, elevaba y las presentaba para que las besara. Pero el padre había acogido tres o cuatro y las había puesto cambiadas, el anverso en el reverso y la parte de la cabeza al revés, y entonces la niña con la cabeza para atrás, estando en éxtasis, cuando cogía estas tres o cuatro que estaban mal colocadas, las ponía derechas, o las daban la vuelta, según fuera y hacían la presentación. Esto lo presenció como digo, el padre Rodrigo y el padre Anselmo, que se quedaron impresionadísimos, porque fue una cosa que la vio el padre de Loli y nosotros tres. No habría más allí. Y fue una cosa como digo que nos produjo una impresión enorme...

Al presionar el botón de Stop, se produjo un súbito golpe en el magnetofón, que me hizo volver al cuarto donde me encontraba y recobrar el momento actual que estaban viviendo. La boca se me había quedado seca, tal vez por haberla tenido ligeramente abierta, sin darme cuenta. Tan ensimismado estaba, que el contacto físico con mi cuerpo se había desvanecido, durante la audición de los acontecimientos rememorados. Estaba solo y agradecía la soledad, pues me permitió ordenar las ideas y al mismo tiempo facilitaba la evocación de los momentos narrados. La oscuridad, que inicialmente había empezado a perfilarse a través de los cristales de la pequeña ventana del cuarto de estar, se transformó en una penumbra desagradable, que impedía ver con nitidez los detalles del contador de vueltas de la cinta. Habría que retroceder hasta el punto inicial y esto sólo lo podría hacer, si era capaz de apreciar correctamente la numeración del marcador. Tras realizar este menester la cinta fue archivada en su estuche adecuado y colocado en el archivador número 9, correspondiente a los testimonios obtenidos después de las apariciones. El hueco que habría permanecido solitario durante media hora, volvió a ser ocupado por su propietario, lo que me permitía cerrar el armario de mis recuerdos.

Por otros conductos diferentes, he ido recuperando muchos testimonios de personas que se encontraron físicamente en el lugar de los hechos, que ahora y de forma tan dispersa, estamos narrando, pero que como digo, forman un todo armónico e intrigante episodio, de lo ocurrido en Garabandal. En posteriores capítulos irán saliendo a la luz, recuperando el frescor y la actualidad, de cuando fueron obtenidos. De momento bástenos a modo de muestra, los que hemos acercado hasta estos momentos y continuemos con lo sucedido después de abandonar la acogedora casa de Pepe.

3ª Parte. Capítulo V. LA COMUNIÓN VISIBLE

Después de abandonar la casa de mi buen amigo, me dirigí hacia la zona de la comunión visible, como ya quedó dicho, en capítulos anteriores. Al llegar, las vibraciones sutiles existentes comenzaron a resonar dentro de mi espíritu y las vivencias celosamente guardadas entre aquellas viejas piedras empezaron a salir de sus escondites a modo de tímidas y asustadizas ovejas, mostrando sus realidades a este inexperto peregrino de tierras extrañas. El pequeño muro, de no más de un metro de alto, que separaba la angosta calleja que bordeaba la casa de Conchita, del prado colindante, intentaba mostrarme sus heridas, producidas durante la tumultuosa marcha que Pepe me había narrado. Efectivamente, aunque las pesadas piedras resultaban difíciles de mover, al no estar ancladas por una base de argamasa u otro substrato similar, habían sucumbido ante la presión ejercida por los cientos de ciudadanos y testigos que se apresuraban en ir tras la vidente. Estaba claro que los crujidos producidos en aquellas circunstancias, eran perfectamente audibles a pesar del griterío de la muchedumbre que frenética, trataba de colocarse en primer puesto.

Pasaban delante de mí, indiferentes ante mi presencia, escasamente alumbrados por las linternas que algunos de ellos, los más previsores, llevaban. Hombres del pueblo, humildemente vestidos con su camisa anudada al cuello y una chaqueta con los codos remendados, encima de un jersey que no hacía juego. Pantalones arrugados y manchados del barro de sus prados. Boina calada hasta la frente y los más afortunados una especie de gabardina, heredada de algún pariente de la capital. Las mujeres, con el pañuelo a la cabeza, sus chales por la espalda, apretándolos fuertemente contra ellas, para protegerse del frío, con un gesto particular y unas faldas que casi les tapaban los tobillos, a la antigua usanza.

Chiquillos, no se veían muchos, tal vez por lo intempestivo de las horas. Los que sí estaban eran los señoritos de la capital, los curas de los distintos pueblos de las provincias vecinas y de otras más lejanas y unos cuantos guardias civiles, que, por orden de su cabo, habían subido del vecino pueblo de Cossío, a mantener el orden, aunque mucho no podían hacer ante la tan desigual cantidad de personal.

Todos pasaban delante de mí, dejándome boquiabierto ante la sensación tan real que experimentaba. Súbitamente, de la misma forma que vino, se fue,

quedándome solo en medio de aquel escenario, con la sensación de haber sido despojado, de un querido tesoro.

Volví a la realidad del silencio y del frío de la noche, dándome cuenta que mi bolso de viaje con el pijama y mis efectos personales, había quedado en el coche, aparcado en la que podríamos llamar plaza del pueblo, si así se podía decir al pequeño espacio de suelo rodeado por una Iglesia y sus casas vecinas. Con cierta pereza volví a desandar el camino, apresurando el paso. La noche estaba avanzada y me sentía ligeramente cansado. De regreso y ya en la pensión, el olor de la sopa que seguramente, Paquita mantenía caliente encima de la chapa de la cocina, me abrió el apetito, obligándome a subir de dos en dos las escaleras de piedra de acceso a la posada.

Esta se encontraba vacía, pues no eran fechas de vacaciones ni de excursiones de peregrinos. Las mesas corridas que en otras ocasiones aparecían repletas de entusiastas y devotas de la Virgen, denotaban en la penumbra que las envolvía una cierta tristeza.

El ruido producido al cerrar la puerta, alertó a la anfitriona que salió sonriente a darme las buenas noches mientras me indicaba que me sentara en la pequeña mesa de cuatro, junto a la chimenea donde ardían un par de leños, al lado de la escalera de acceso a los dormitorios de la primera planta, desapareciendo con la misma rapidez con que apareció. La televisión estaba encendida, sobre el mostrador que, a modo de protección, reservaba del manoseo de los huéspedes a las estanterías repletas de libros y objetos variados situadas en la pared opuesta a la que me encontraba.

No pasaron más de tres minutos, cuando de nuevo volvió a aparecer Paquita en lo que podríamos llamar restaurante de la pensión trayendo sujeta por las dos manos, una enorme y humeante sopera la cual fue depositada encima de la mesa con una gran satisfacción, por parte de la anfitriona, y gran regocijo mío, pues hacía tiempo que se me habría desatado el apetito, y la sopa olía de maravilla.

Sin darme tiempo ni a decir "está boca es mía" volvió a marchar reapareciendo a los pocos instantes con una cesta de pan y una jarra de agua. Esta vez, más pausada y con un aire más comunicativo, me dijo:

-Come todo lo que quieras. En la chapa, calentando tengo más, por si la necesitas. También tienes las pechugas de pollo con unas patatas fritas. Cuando termines la sopa, las coges. Están calientes y las dejó allí para que no se te enfríen-

-Hoy Serafín, ha estado en el prado que tenemos aquí arriba y ha vuelto cansado. Ya está en la cama, así que yo también me voy. Deja todo como está, que mañana cuando me levante ya lo recogeré. Total, no hay nada que hacer en esta época del año; como hace tan malo, la gente no se anima a venir-

-Vete tranquila a dormir, le contesté y no te preocupes. Ya me encargo de apagar las luces. Lo único, dejar el calentador de butano encendido, para que me pueda dar una ducha antes de dormir-

Y sin más, desapareció por detrás de la puerta de la cocina, no sin antes despedirse con un sonoro "que duermas bien".

Al quedarme solo en la estancia, reparé en todos los cuadros que estaban colgados de las paredes. No eran muy grandes, pero eran abundantes y proclamaban la vida que tuvo el pueblo en la época de las apariciones. Fotos de las niñas en éxtasis, fotos de la Virgen, del Papa. Fotos de peregrinos posando al lado de Conchita. Paquita, con Serafín y sus hijos. Todos mezclados en un perfecto desorden.

El fuego bajo que tenía delante de mí, dejaba un placentero calor en la habitación, a la vez, que unos pequeños chasquidos, de la madera al irse consumiendo. En la pequeña escalera de acceso al piso superior, por donde posteriormente habría de pasar para ir a la habitación, yacían colgadas fotos de la familia junto a otras del Papa y de la Virgen, como antes mencioné, pero distintas de las que se encontraban en la pared que miraban hacia la calleja y que se localizaba diametralmente opuesta.

Y cuando más distraído estaba, volvió de nuevo a entornarse la puerta de la cocina, apareciendo una Paquita con una red en la cabeza, que le daba un aspecto de “ser” llegado de otra galaxia, trayendo en la mano una llave, la cual me entregó rápidamente diciendo.

- ¡Toma la llave de la casa de Aniceta! Puedes ir a verla si quienes, ya que tienes tanto interés por las cosas de aquí. Hace tiempo que está vacía. Hay luz, así que, aunque es de noche, puedes visitarla. - Bueno, hasta mañana otra vez-

Dejándome boquiabierto volvió nuevamente a desaparecer por la puerta que había entrado.

Sin pensarlo dos veces, terminé rápidamente de cenar y abrigándome salí hacia la casa donde había vivido hacía treinta años Conchita con su madre y toda su familia.

Nuevamente me encontré junto al muro de piedras apoyadas unas sobre otras que bordeaba el pequeño huerto de la casa y del que sobresalía un retorcido árbol que no pude identificar debido a la falta de luz reinante. El césped que crecía en el frente de la fachada principal, presentaba algunos claros terrosos que contrastaba con el verde del resto. Se notaba que las frecuentes pisadas en esas zonas no permitían crecer a las hierbas. La ventana de la que supuse era la cocina, exhibía unos barrotes metálicos detrás de los cuales se apreciaba una lumbrera de sucios cristales. También aparecía una pequeña verja en la puerta de entrada. Enseñaba honduras rectangulares y encima del dintel de piedra, una pequeña bombilla que seguramente se encendía cuando por la noche, llegaba a alguna visita a la mansión.

El tejado en esta parte de la casa, caía hacia la zona de la calleja que discurría por la fachada oriental y se veía que era antiguo. Una chimenea en su borde derecho, hacía presagiar un fuego-bajo que seguramente se localizaba inmediatamente a continuación de ella.

Mientras observaba todo esto, me di cuenta, casi sin poderlo descifrar, que encima del pétreo dintel de la puerta, había escrito un número, aunque más correcto hubiera sido decir, "garabateado" pues la rotulación era bastante deficiente y a la legua se veía que no había sido pintado por un experto. “118”. Correspondía pues al número de casa asignando en su día por la comunidad de vecinos, a la pequeña mansión. Parecía que cada vez me daba cuenta de pequeños detalles en los que antes no caía, pues no era fácil percibirlos, con la poca luz existente en aquel momento. Me felicité a mí mismo por mi sagacidad y sin darme ni un segundo de respiro, continúe con la inspección de lo que tenía delante. Estaba claro que se necesitaba tiempo para poder llevar a cabo un análisis pormenorizado de todo aquello.

Por otro lado, también me di cuenta de que la rejilla que tapaba la única ventana de la cocina que anteriormente había mencionado, cumplía una acción disuasoria, frente a los ladrones que pretendían entrar para apoderarse de lo que no les pertenecía, aunque tal vez, en un pueblo de noventa familias, donde todos se conocen, no tenía mucho sentido. Pero como dicen refrán "más vale prevenir que lamentar".

Su posición en la fachada, la hacía tremendamente accesible a cualquier persona, que fuera alta o baja y por añadidura, el banco de madera que aparecía debajo de ella facilitada todavía más la labor.

Decidido a no demorar más la exploración y previsto de mi inseparable interna "Comby" compuesta por un foco de largo alcance de bombilla incandescente, y otro de luz ambiental proporcionada por una lámpara de luz fría y de bajo consumo, abrí la puerta y pasé al interior.

El espectáculo que pude observar nada más penetrar al pequeño pasillo tras cerrar la puerta de madera, hizo latir de forma acelerada mi corazón y tratando de controlar mis emociones me dejé llevar por un sentimiento de admiración ante lo que se presentaba a mis ojos.

A mi lado derecho, aparecía la cocina que desde el exterior había intuido rectangular y pequeña, ocupando toda la planta baja. Esta se prolongaba desde el pasillo donde me encontraba a través de unas gastadas escaleras de madera al primer piso, que como posteriormente comprobaría, estaba dividida en varios recintos a diferencia de donde ahora me encontraba.

La entrada a la cocina estaba protegida por una pequeña puerta giratoria de media altura, colocada visiblemente a raíz de la última reforma realizada en la casa y cuya misión consistía en protegerla, del acceso, de los visitantes demasiado curiosos. Las pequeñas bovedillas del techo, construidas de forma curva entre tirante y tirante, me recordaban las vistas en el Mesón de Serafín. Estaba claro, que era la forma normal de construir por aquellas latitudes, consiguiendo la mayor resistencia, con el mínimo gasto de materiales. Esto provocaba una sensación de techos más bajos a lo que yo estaba acostumbrado a ver por el Norte; por otra parte, seguramente daría un mayor aprovechamiento a la escasa luz que penetraba por el ventanuco que ahora aparecía en el muro derecho y al que anteriormente, me había referido. La luz también entraba por la puerta donde me encontraba, a condición de que la de madera, de la calle, estuviera abierta.

Esta escasez de luz permanente, daría seguramente un aspecto más humilde si cabe a la pequeña cocina donde acontecimientos de la mayor trascendencia, habían tenido lugar en los años remotos de las apariciones.

Las baldosas del suelo de color blanco y granate colocadas como un tablero de ajedrez, me recordaron inmediatamente, las fotos en las que se podía ver a Aniceta con su hija Conchita, sentadas próximas a la chimenea en una repisa al lado de la chapa, ambas indispensables para la vida en un pueblo de las montañas cántabras,

donde el rigor de los inviernos obliga a calentarse con la madera cortada de los pinares vecinos. En otros pueblos y en otras circunstancias, había visto muchas chapas y muchas chimeneas en diferentes cocinas, pero ninguna tenía la sencillez y la simplicidad que se observaba donde ahora me encontraba.

Porque para mí, la sencillez consiste fundamentalmente en eliminar lo superfluo y vanidoso, y sustituirlo por lo cómodo y funcional. Y la contemplación en aquel momento, de aquellas pertenencias y utensilios, empleados para el quehacer diario producían en mi ánimo, una sensación de querer revivir experiencias acaecidas entre aquellos muros, ahora cubiertos por azulejos blancos, en sustitución del enlucido de cal de remotos tiempos.

De forma totalmente inconsciente e involuntaria, cerré los ojos, dejando que una sensación placentera recorriera todo mi cuerpo de pies a cabeza, como solía ocurrir últimamente con bastante frecuencia, al encontrarme en lugares cargados por esas energías sutiles y permanentes, que inundan todos los rincones del pueblo bendecido por la presencia de la Madre.

A la vez que un sopor se apoderaba de mí, la pequeña mesa de madera se hizo más presente, con su mantel de cuadros azules, encima de la misma, las sillas, la pequeña fregadera en el ángulo distal izquierdo, la menuda cocina económica de gas, el crucifijo encima de la chimenea, la cual arrancaba a nivel del suelo e iba ascendiendo hacia el techo por un conducto de humos que a medida que subía se hacía más estrecho, y terminaba perdiéndose por un agujero practicado en un oscuro rincón; los utensilios de la cocina colgados de la pared y muchas otras cosas más, se hicieron presentes con claridad diáfana y hasta los sonidos, lejanos en un principio, se presentaron perfectamente audible en mi mente, aunque no podía asegurar, si también en mis oídos, dado el grado de arrobamiento en el que por momentos me iba sumergiendo.

Inmediatamente identifiqué la conversación como la mantenida por mi buen amigo Plácido a mediados de enero de 63 con Conchita y su madre en aquella misma cocina. A ciencia cierta, no podría asegurar, si lo que mis oídos escuchaban eran los recuerdos registrados en mi cerebro tras oír decenas de veces la cinta magnetofónica grabada en aquella cocina, o si, por el contrario, estaba captando las vivencias celosamente guardadas entre esas paredes, hacía cuarenta años. De cualquiera de las formas que sea, creo interesante transcribir lo que en aquella época se dijo.

(Transcribo cinta)

.....

P.R. - ¿Ellas lo saben?

Conchita – *Sí.*

P.R. – Pero eso no lo han dicho.

Conchita –*Loli y Jacinta lo saben.*

P.R. – Pues no lo han dicho. Porque el milagro tuyo, ellas dicen, que es ver a la Virgen y que ibas a ir tú con unos polvos que brillaban y que aparecía la Virgen. ¿Seguro que no? Pero tú ¿No has gastado bromas con esto?

Conchita - *No, de esto no. Del milagro no he gastado ninguna broma.*

P.R. - No has gastado ninguna broma. Pero ellas saben qué va a ser tú milagro.

Aniceta - Le dije yo un día, que venía de rezar el rosario, le dije yo, vamos a ir a rezar este rosario, le vamos a aplicar porque se realice bien el milagro.

-Pues aplícalo tú, dice ella, - que yo no le aplico, que yo ya sé que viene el milagro.

Con que vuelvo y le digo: -después me dices a mí que no rezo por el milagro, digo, ¡¡Ay Dios mío, si el milagro viene...!! si no viene el milagro, cuanto pierde la Iglesia deciale yo.

-Pues no rezo, dice ella, porque venga el milagro, sé que viene.

Yo no lo sé, ni lo creo tampoco. Preguntada Conchita por la fecha del milagro por Plácido Ruiloba (no se recoge la pregunta en la grabación porque está hecha al "escucho") continúa la conversación.

Conchita - *No sé. Cuando me deje, ya lo diré todo.*

P.R. - Pero cuando te deje, será para todos, y será ocho días antes. A lo mejor al pobre "gordito"

Aniceta- Al señor Obispo, ¿se lo dijiste todo tú?

Conchita - *¿Lo del milagro? ¿Qué dice el señor Obispo?*

P.R. – Dijo, bueno las palabras concretas que dijo fueron: "bueno, si ellas creen que va a venir, pues déjalas que vean a la Virgen... si tienen ese gusto..."

Conchita - *No. El gusto lo tiene la Virgen.*

P.R. - ¡Ah! El gusto le tiene la Virgen. ¿Y al Obispo le has dicho tú la fecha del milagro?

Conchita - *No. Si no lo sabía hasta el otro día.*

P.R. - ¡Ah! ¿Que no lo sabías hasta el otro día tú?

Conchita – *No*

P.R. - ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Desde la semana pasada?

Conchita - *Desde esta semana. El otro día.*

P.R. - Y al Obispo ¿Qué le decías? ¿En qué iba a consistir, solo?

Conchita - *Sí.*

P.R. - Pero no se lo decías todo, ¿O le decías más cosas al Obispo?

Conchita - *¡Ah! Si, más cosas, sí.*

P.R. - ¿Y no se puede saber?

Conchita - *No.*

P.R. - Porque como la carta era muy larga...

Aniceta - Ni ha llegado ni llega. Otra obsesión más grande.

Conchita - *¿Cuál?*

Aniceta - Lo del otro día que dice que todavía no sabía el milagro. La fecha, creo que se obsesionaría más ese día.

Conchita – *No sé. No es obsesión.*

P.R. - ¿No es obsesión?

Conchita - *Además, ya lo veréis.*

P.R. - Ya lo veremos. Así, dilo alto.

Conchita - *¡Ya lo veréis!*

Aniceta - Que no viene.

P.R. - ¿Qué no viene el milagro? ¿Por qué no va a venir el milagro? Bueno, pues nada, tranquilos y a esperar y que es verdad. Yo el otro día no hablé con Conchita, en primer lugar, porque estaba lleno de gente... y si estoy a solas con ella, se lo digo. Pero ahora que la veo tan tranquila, a ella y con esa cara que tiene diciendo que sí, pues será que sí.

Conchita - *Sí. Es verdad.*

P.R. - Que podemos estar contentos todos.

Conchita - *Y que vendrá el milagro.*

P.R. - ¿Y qué le digo al pobre Celestino?

Conchita - *Que el milagro viene. Que esté tranquilo que el milagro viene. Que crea o no crea, el milagro viene.*

.....

P.R. - ¿Y Serafín qué? ¿Qué dice tú hermano?

Aniceta - Serafín, ¡el pobre! Ya me da lástima de él. Dice que le da igual.

P.R. - ¿Ya vino Serafín? ¿No?

Aniceta - No ha llegado.

Conchita - Me dice que diga que es mentira.

P.R. - ¿Quién lo dice? ¿Serafín? ¿Te dice que es mentira?

Conchita - Me dice que lo diga yo.

P.R. - ¡Ah! Que digas tú que es mentira. No. Di la verdad, tú di la verdad.

Aniceta - Serafín le dice " tú di que es mentira, que te llevo a donde quieras, a donde te dé la gana, pero di que es mentira". Que Serafín dice que no es plan, que las otras ya negaron y que tiene miedo también. ¿Cómo no va a tener miedo?

Conchita - *Pero ahora que sabe la fecha... Se la dije ayer.*

P.R. - ¿Ayer? ¿Ayer le has dicho la fecha a Serafín? y a tú madre ¿no?

Conchita- *No.*

P.R.- ¿Por qué no a tu madre? - ¿Porque no cree?

Conchita - *Me lo dijo el Ángel.*

P.R. - ¡Ah! Te lo dijo el Ángel, ¿Cuándo? ¿Cuándo comulgaste?

Conchita - *Me lo dijo el Ángel, dijo: " Dile la fecha a Serafín...y me lo dijo a mí*"

P.R. - Pero... ayer ¿Qué viste? ¿En vez de la Virgen al Ángel, en la aparición?

Conchita - *Me lo dijo en la comunión.*

P.R. - ¡Ah! ¿En la comunión te lo dijo?

Conchita - *Los mensajes más así... más grandes, me los dice el Ángel.*

P.R. - ¿Te los dice el Ángel?

Conchita – Pero se lo dice la Virgen.

P.R. - ¿Y al Ángel, también lo ves tú bien?

Conchita - *Bien, bien.*

P.R. - ¿Y al Ángel le ves las alas?

Conchita - Color rosa. ¿Ellas han visto al Ángel? Digo que si lo han visto ellas.

P.R. - Pues yo, no lo sé.

Conchita - A mí, me gustaría preguntarles cosas a ellas.

P.R. - ¿A quién?

Conchita - *A ellas. Me gustaría preguntarles cosas para ver que no habían sido ellas.*

P.R. - Pero ¿Tú, no has hablado con ellas después de esto?

Conchita - *No me atrevo a decirles nada.*

.....

Conchita –*¿Parecía que nunca iba a dudar?* (se estaba refiriendo a D. Celestino)

P.R. - ¿Parecía que nunca iba a dudar? Pero también dudó.

P.R. - El que no iba a dudar era yo, porque ya dudé cuando lo de la forma. Y tú, ¿qué raro, que no dudes? Aunque ya dudaste.

Conchita - *Yo ya no. No dudo de ello. Lo dije para que me dejaran*.

P.R. - Tú lo dijiste para que te dejaran, pero no es que dudaste. Pero entonces a lo mejor también tiene que llegar el momento en que dudes tú también.

Conchita - *Dudar que la he visto... entonces sería como si dudara que te he visto a ti.*

....

No tuve tiempo de completar la escucha del resto de la conversación. Las campanadas de un reloj de pared de alguna casa vecina, me sacaron de mi ensimismamiento, volviendo a la semioscuridad real del ambiente de la planta baja.

Siempre había dado vueltas al tema del "Milagro", pues a decir de todos, era la clave para dar la garantía de autenticidad a las apariciones. Por otro lado, creo que la iglesia también espera algún signo de esta envergadura para dar su beneplácito a todos los acontecimientos que tuvieron lugar en el pueblo de la montaña. Han pasado bastantes años desde aquellos primeros y sencillos rosarios, rezados en la

calleja, y aquellas interminables noches de luces de linternas y copos de nieve, continuando la situación, tal como la dejó el señor Obispo.

Y a la vez que estos recuerdos del pasado me traían al presente, el presente me devolvería al pasado para estudiar lo que de forma velada Plácido apuntaban como "polvos" y "bromas". Tal vez no se ha divulgado mucho este evento y probablemente, necesite una ampliación para conocer con más detalle la mentalidad de las niñas y su afán porque "la gente crea".

Decidí continuar mi recorrido por la casa, esta vez de una forma más somera, pues la decisión de volver a visitarla con más tranquilidad ya era un hecho. Mientras subía los gastados peldaños de madera sin barnizar y giraba a la izquierda en su rellano superior, noté una pequeña corriente de aire fresco que venía a mi encuentro, la cual acarició mi cara produciendo una agradable sensación. Procedía del fondo del oscuro corredor. Entraba seguramente por alguna puerta zaguera y saliendo por la principal, que había quedado ligeramente entornada, producía un leve sonido. Traía un olor a tierra mojada, bastante familiar para mí, mezclado con recuerdos de pajares y establos.

4ª Parte. Capítulo V. LA COMUNIÓN VISIBLE

Lo último que recuerdo de mi conversación con Fátima, la hija de Serafín, en el mesón de su padre, fue la mención a la carta que Conchita había mandado a don Celestino, médico y pediatra, especialista en niños y que tantas veces había reconocido a las protagonistas de esta historia, tanto en éxtasis, como el estado normal. Fue una alusión somera, pero muy importante para mí, pues era precisamente la última carta enviada con motivo del "milagruco". No sé por qué, me entró una comezón por todo el cuerpo, lo cual empezaba ya a resultarme familiar, indicio de que por el procedimiento que fuere, tenía que hacerme con una copia de la citada carta. Lo lógico hubiera sido llamar a don Celestino y preguntarle por ella, puesto que estaba seguro, que un documento histórico, de esa envergadura, lo tendría puesto a buen recaudo. Pero, por otra parte, no conocía su dirección y, en segundo lugar, me constaba que don Celestino, hacía años que había fallecido.

Afortunadamente Paquita, mujer de Serafín y madre de Fátima, que en el momento de la conversación a la que me he referido hace unas líneas, estaba con nosotros, se levantó presurosa de la silla y corrió hacia la cocina, diciendo a la vez que empujaba la puerta giratoria.

-Yo tengo el teléfono de Paquina, la mujer de don Celestino-

Quedamos solos y mientras apuraba los últimos sorbos del café, esperando el regreso de Paquita, Fátima la hija de Serafín, me fue poniendo al corriente de la nueva situación en que se encontraba la mujer de don Celestino. -Consecuencia de fallecimiento del marido y dada su avanzada edad, en la actualidad, se encuentra residiendo en un convento de monjas de Santander-, me informó. Su delicado estado le impedía desplazarse y, por otra parte, no era prudente que recibiera visitas en su dormitorio, por lo cual lo más lógico parecía ser, llamarla por teléfono y ver qué sucedía.

Efectivamente, eso fue lo que recomendó Paquita cuando gozosa volvió con una libreta en la mano dispuesta a facilitarme el tan esperado número de teléfono. Nuevamente volvió a insistirme en lo que minutos antes ya me había dicho Fátima, sobre la imposibilidad de realizar una visita personal, pero dejándome abierta la puerta a una entrevista telefónica.

Aún más. Se brindó como buena anfitriona a llamarla por teléfono y a presentarme como un amigo de la familia deseoso de conocer noticias tanto de la famosa carta, como de los acontecimientos por ella y su marido, vividos en los primeros meses de las apariciones. Y dicho y hecho. Por segunda vez en diez minutos, volvió a levantarse y salir presurosa del comedor de la pensión, dirección al teléfono, con la intención de contactar con Paquina, y a la vez que la saludaba y se interesaba por su estado de salud, le ponía en antecedentes de la llamada que en breve iba a recibir por mi parte.

Son situaciones y detalles que se agradecen enormemente y que dicen mucho en favor de la persona que los realiza. Allí, al calor de la pequeña lumbre de la chimenea baja, con Fátima, con su madre, con los recuerdos atrapados entre aquellas paredes, diríase que el tiempo una vez más, se hubiera detenido y el peregrino curioso y solitario, deseoso de saber y de participar de los acontecimientos que años atrás tuvieron lugar, disfruta deleitándose en su descubrimiento y en su vivencia actual. Son experiencias íntimas que emergen a flor de piel, haciendo sentir una armonía y un hermanamiento con lo que nos rodea, difícil de olvidar. No quería, y no podía olvidarlo, pues la situación anímica que estaba viviendo hacía que todos mis canales de información, registrasen en la forma más intensa posible, aquellos acontecimientos de los que estaba siendo partícipe. Las corrientes neuronas que recorrían mi espina dorsal, tanto físicas como cognitivas, afectivas o anímicas, iban siendo almacenadas en mi intelecto acompañado los olores, con sus implicaciones culinarias de ese momento, los sonidos, con sus connotaciones históricas de lugares, ruidos de piedras, aguas en movimiento, murmullos, rosarios cantados, o las campanadas de la iglesia. Las sensaciones térmicas, igualmente iban asociadas al viento, al granizo, a los blancos copos de nieve apenas visibles a la tenue luz de las internas, o a la lumbre encendida en el brasero a la puerta de la iglesia durante la misa de medianoche el Sábado Santo. Al vaho, al olor, a la temperatura de los establos con el ganado en su interior. A las conversaciones con los ancianos del lugar. Sus historias, presentimientos, temores, puntos de vista, vivencias. Todo, perfectamente amalgamado iba ocupando su espacio, en su lugar adecuado, manteniendo la frescura y la actualidad del momento en que quedó registrado.

Y así, sin querer, fueron pasando aquellos agradables momentos, en compañía de mis queridas compañeras del viaje, hasta que fatalmente, llegó la hora de levantarme y partir para mi lugar de origen, no sin antes, volver a recoger todo mi equipaje y colocarlo en la parte trasera de mi inseparable cuatro ruedas.

Con una cierta nostalgia y melancolía, fui desandando el camino, recorrido durante los días precedentes, reconfortado con la certeza de poder hablar con la persona que tanto y tan bien vivió de cerca los acontecimientos de mi querido Garabandal, al que tanto respetaba.

Lo primero que hice, nada más volver del trabajo al día siguiente, fue llamar por teléfono al número que la dueña de la pensión, me había facilitado, esperando oír al otro lado del hilo telefónico la voz cansada de una persona de 92 años de edad.

Efectivamente, así fue. Pero mucho más juvenil y vital de lo que yo en un principio había imaginado. Se trataba de Paquina, mujer de don Celestino Ortiz, la que, al otro extremo contestaba a mi saludo, utilizando un Vd. para el trato, tan normal en las personas de edad y que presuroso me adelanté a quitárselo, rogándole que me tuteara, con lo cual, en cierto modo, me sentía más cómodo y más cercano. Desde el primer momento, la corriente afectiva establecida me facilitó enormemente el coloquio, el cual se prolongó durante dos agradables horas y a través del cual, me informó que la buscada carta de Conchita, con motivo del anuncio del milagro de la comunión visible, estaba en poder de Plácido.

Y, por lo tanto, allí era donde tenía que dirigirme para poderme hacer con una copia de la misma. Tuve ocasión de escuchar muchas vivencias personales, pero la que más me impactó y no me resisto a guardar para mí, sino que quiero querido lector y querida lectora, compartir contigo, es la del primer día que subió al pueblo. La recordaba perfectamente y como me la contó te la transcribo.

...Hace muchos años... yo que te puedo decir... para mí, no hay ninguna duda...

Subí con mi marido..., que le rogó un indiano..., un hermano de un indiano que conocía mi marido. Cogió un permiso en octubre..., o noviembre. Unos fríos espantosos... Las casas... se veía las estrellas entre las tejas del techo de las habitaciones... Vinieron unos primos de Madrid y querían saber..., pues en Madrid habían oído... Yo no quería subir, pero... ¡en fin!...

Cuando llegamos lo primero que vi, fue la Iglesia... no conocíamos el pueblo..., estaba todo oscuro pues era de noche, todo embarrado... y allí nos quedamos.

-Si Dios quiere que veamos algo, Él nos acompañara, dije yo. Y nos fuimos donde la Iglesia... y había entonces como un puentecito, que pasaba un barrizal por debajo... y el taxista que nos subió..., le dice a mi hermano.

-Si usted quiere ver algo..., se coge a nosotros y vamos protegiéndolas por las calles..., porque las chiquillas suelen ir en éxtasis delante.

Él se marchó... y allí no veíamos nada. Sobre las diez de la noche oímos...

- ¡Ahí viene, ahí viene!

A mí, me hizo un efecto fatal..., porque me recordaba lo de Pamplona..., las corridas de toros. Eso me pareció horrible. Nos fuimos hacía unas casas, por allí detrás, por donde pasaba el río y…. sentimos que llegaba el grupo ese de muchachos cogidos de las manos y una niña, que se le vería muy poco... porque era de noche, bueno era noche clara.

Y se paró allí... en el camino que va para la Iglesia. Y nosotros que estábamos allí, fuimos hacia ella. La chiquilla estaba parada y en silencio... y habría un grupo de críos en la Iglesia, en un punto de luz que hay allí..., con unas señoras mayores.

De repente..., todo callado, todo callado..., a la chiquilla la veíamos de lejos. No sabíamos quién era... y como llevaba la cabeza así... para atrás, hacia el cielo y callada... y de repente, sin oír nada..., pues empezamos a oír... una cantidad de pájaros cantar..., como si hubiera una pajarera. Millones de pájaros, cantando.

Y eso lo oí yo y lo oímos todos. Pero yo no lo achacaba a la presencia de la niña.

Le dije a la sobrina que iba conmigo. -Oye, ¿tú oyes algo?, porque decían... que si las niñas hablaban y eso.

Y ella me dice-No, no oigo... yo no oigo nada, (porque estábamos muy lejos y pensada que me refería a la niña)

-Yo sólo oigo cantar a muchos pájaros.

Y dije yo, sin pensar en nada -eso también lo oigo yo.

Era de noche, como a las diez, y entonces..., que viene un grupo de niños. Estábamos cerca de la Iglesia, en la calleja, con mi hermana y una que estaba embarazada, sentadas en un banco que hay delante de la iglesia en…., en el pórtico. Y esas señoras..., que estaban con unos niños. Y dijeron los chiquillos.

- ¿Han oído cantar a unos pájaros dulcemente?

-Sí, los hemos oído... dijeron ellas. -Pero eran muchísimos... y eso sin comentarlo con ninguna.

En esto la chiquilla, dio media vuelta y marchó... y entonces dejaron de oírse.

Entonces fui donde mi hermana y le pregunté... -Oye, ¿has oído a unos pájaros cantar?

-Si..., eran como miles. Pero no le he dado importancia.

- ¿Y no te has dado cuenta, que cuando la chiquilla esa se ha marchado, para el centro del pueblo, han dejado de cantar?

- ¡Ah! pues no sé...no he visto a la niña. Han dejado de cantar y no lo he relacionado con nada. Y mi hermano que habría estado con Fidelín en el centro del pueblo, y con esos... volvió con nosotras, porque teníamos que bajar andando para Santander... y le dije.

-Oye Fernando. ¿No has oído cantar a miles de pájaros?

-No…. pero bueno, si los pájaros no cantan de noche...

Entonces yo me callé y me dio más que pensar. ¿Pues qué cosas más raras, que lo hemos oído todos... y después se han dejado de oír?

Y terminó diciendo... -Bueno cállate, porque van a pensar que estamos locos.

Esto me dijo mi hermano.

A modo de torrente incontenible, continuaba aflorando del interior de sus recuerdos, vivencias de una nitidez perfecta adornada de toda clase de nombres, lugares, sucesos, comentarios, etc. que agradecía escuchar, en lo más íntimo de mi ser, haciendo míos las sensaciones y los sentimientos.

Después del canto de los pájaros de aquella noche memorable, fueron las pruebas que los médicos realizaban a las niñas, y luego, la noche de los gritos, el padre Félix Larrazabal, sus rosarios, sus confesiones en la iglesia, así como la experiencia de la polvera y los comentarios del indiano, y también el golpe de Conchita en la rodilla.

Por fin llegó la comunión visible, donde hizo mención especial a su marido y a Plácido...

Pero volvamos otra vez a la cinta y dejemos que sea Paquina la que nos lo cuente...

Pues me acuerdo, pero yo no vi nada... ni mi marido tampoco... porque yo estaba en la cocina... antes estuve mucho rato en los pinos..., sola de noche. Y luego bajé hacia el pueblo... había muchos hombres rezando. A mi marido le había perdido. Así que decidí bajar a la casa. Me metí en la cocina, y estaba su madre, otra persona y un padre jesuita de Comillas. Subí arriba... y Conchita estaba con un señor viejo, que era el tío, su hermano, una niña que era de los Fontaneda. Tres o cuatro personas en el otro cuarto, al lado, también arriba. Eran varias mujeres. Estaba la marquesa de Santa María. Estaba la cuñada del padre Andréu; estaban hablando. Y les dije.

-Pues he estado en los pinos rezando... y ésta la gente, sobre todo... estos hombres con una devoción rezando...

Y se echaron a reír...

Conchita, cuando yo subí me dijo. -Qué alegría, ¡cuánto tiempo ha tardado en venir!

-Es que estaba rezando en los pinos. Y ella se quedó arriba y yo me bajé para abajo. Me metí en la cocina, y estuve hablando con su madre. Pues la gente estaba fuera..., esperando que la niña saliese. Y al cabo de un ratuco, bajó a beber agua de un botijo de tenía en la cocina. Luego marchó y también su madre, así que me quede sola con el jesuita que se llamaba padre Bravo. Él se quedó en la puerta de la cocina y yo detrás de él con la puerta abierta... y en esto que baja la chiquilla con una transformación que era una divinidad.

El padre al verla... no hacía más que decir. -Qué maravilla..., qué maravilla..., qué maravilla; por tres veces y no callaba.

Y así salió sola, bajando las escaleras con el Cristo, y la boca un poco entre abierta.

Bueno, era una maravilla. Así salió.

Y la gente de fuera... era una aglomeración. Unos se caían. Un hermano mío, trató de levantar a una señora que se cayó. El otro hermano..., que estaba en los pinos y que bajaba solo, fue a dar enfrente a la chiquilla.

Y dice... -Lo vi todo... La noche era preciosa. Y le vi abrir la boca y formarse la Forma. Estuvo muy emocionado. Tanto es así que estuvo unos cuantos días sin hablar nada. Se vino con nosotros..., andaba solo... no contaba nada.

Era muy comilón..., y tenía reunión con el Ayuntamiento, y lo dejó todo de la emoción tan intensa que tuvo. Yo como conozco a mi hermano pensé. -Imposible que diga una cosa por otra.

Así que yo me quedé dentro de la casa, en la cocina sola y Maximina, llegó allí y nos fuimos a unos prados a la calleja. Una chica que pasaba por allí, decía, casi sin vernos a nosotras.

-Sí, sí..., yo no he visto... pero casi sin hablar. Iba sola.

Y nosotras no sabíamos nada. También había un señor que gritaba..., -Yo lo he visto... Yo lo he visto... Y Maximina se reía porque decía. Yo a ese lo conozco bien... a ese le creo. Es incapaz de decir una cosa por otra.

Y al rato... bajamos. Conchita, continuaba por el pueblo, pero al fin, llegó a casa y estaba en la cocina normal cuando ya llegamos nosotros. Y le dije.

-Ahí Conchita, estarás contenta... y le di un beso.

Dijo, -Sí, pero la Virgen me ha dicho, que muchos a pesar de verlo no creerán. Y uno de ellos era Plácido..., porque el pobre estaba descompuesto, porque aquel padre Bravo le confundió.

Y por fin encontré a mi marido...

Afortunadamente Paquina encontró a su marido, bajo la tenue luz de las estrellas, ayudada por las pobres linternas. Me imagino la escena... comentarios confusos, que van de boca en boca. La gente diseminada por aquí y por allí, sin sentir el frío de la noche, viviendo y transmitiéndose ilusiones, confusiones, esperanzas. Pues fulanito vio esto... Pues menganito... pues yo no sé si ha sido...

Y entre la confusión, los saludos, los abrazos... fueron pasando las horas nocturnas, sin darse cuenta de que los primeros albores de la mañana llegaban...,

sorprendiendo a los habitantes del pequeño pueblo en las montañas, dejando a más de uno, tan fuertemente impresionado, que necesitaron más de algún día para poderse reponer de tan monumental experiencia.

1ª Parte. Capítulo VI. MI AMIGA MARI CRUZ

Andar por la calle, era un martirio ese día. Durante toda la semana había estado lloviendo y las calzadas aparecían húmedas. Como precaución, había cenado pronto y para las nueve estaba durmiendo plácidamente pensando mentalmente en el recorrido que me esperaba. El itinerario estaba ya definido y todos los imprevistos, más o menos resueltos. - No me gusta tener sorpresas desagradables y menos en tierras lejanas- Sinceramente me había sentido nervioso y contento con la cita que había acordado con Mari Cruz hacía un par de días. En pocos minutos había tomado la decisión de visitarla, después de que pude localizarla en Avilés.

No fue difícil. Todo comenzó cuando en una revista pude leer un artículo relativo a su boda con un muchacho de su tierra llamado Ignacio. La nueva pareja, a diferencia de sus compañeras habían decidido fijar su residencia en la bonita y ribereña ciudad del Principado de Asturias. Y sobre aquellas tierras fueron enfocadas mis pesquisas para dar con su paradero. La única referencia de que disponía era el nombre del marido. Y por suerte para mí, fue suficiente. Por no alargarme innecesariamente y a guisa de curiosidad simplemente citar que en cuestión de dos horas quedó resuelto el tema de su localización geográfica, utilizando un listín de teléfonos, y efectuando un par de llamadas.

Durante la mañana había ido cuidadosamente, colocando en un lateral del maletero de mi Peugeot 504 los pocos bultos que iba a llevar, así como la cena para esa noche. -Para comer ya buscaré un menú del día, que pensé-, no sea muy caro. Espero llegar temprano-

Bajo ningún concepto hubiera salido de viaje, sin tenerlo todo perfectamente planeado. Hasta el reloj de pulsera, lo había ajustado con la hora internacional, que me proporcionaba el observatorio de Sondika, a donde solía acudir, para pedirles el parte meteorológico. Se trataba del observatorio del aeropuerto de Bilbao. Los zapatos de agua los llevaba por si el tiempo no cambiaba, ya que en el coche y para conducir prefería los de material.

Así que una vez que todo quedó bajo control, me fui a dormir como ha quedado dicho; para las nueve estaba en la cama descansando como un bendito.

La noche transcurrió rápida; al día siguiente por el mañana temprano, antes de que sonara el despertador que había puesto a las 8, un indiscreto rayo de sol se paseó por mis párpados haciéndome señales para que los entornara y me levantara. Me sentó fatal, pero no me quedó más remedio que hacerle caso. La verdad era que no me apetecía mucho, pues, aunque me había metido pronto a la cama, se estaban muy bien entre las mantas. Las siluetas que se proyectaban en la pared, recordaban las telas ralladas modernas que se vendían en los comercios de la Gran Vía bilbaína. También me recordaba la tapicería de mi coche. De pronto caí en la cuenta; el coche... estaba esperándome.

Repentinamente me entró una duda - ¿Ir en coche? - pensé para mis adentros mientras perezosamente estiraba los brazos, uno hacia el Este y el otro hacia el Oeste. -Tal vez tenga mucho tiempo y sea mejor ir en tren abandonando el coche para otra ocasión-. La verdad era que me gustaba viajar en tren. Tan calentito como se va en invierno y con la película que solían poner y los auriculares de regalo que siempre repartían. Además, el tiempo no acompañaba mucho-. Agua, tal vez granizo. Lo voy a dejar. Seguramente en un futuro próximo me decida-.

Me incorporé, no sin ciertas dificultades y después de asearme y de desayunar bajé al garaje y comencé el tan deseado viaje.

El coche rápidamente, avanzaba devorando los kilómetros que separaban Bilbao de la población asturiana. Las últimas casas habían quedado atrás y los ruidos que inicialmente me acompañaban también quedaron rezagados, haciéndose presentes otros de naturaleza y matices totalmente distintos que insensiblemente, me iba sumergiendo en un mundo de recuerdos y vivencias pasadas. La voz de mi padre se hizo presente; yo me veía con mis ocho años viajando en el tren de La Robla sacando la mano por la pequeña ventanilla, sintiendo cómo el aire se deslizaba entre los dedos de mi extremidad abierta, en actitud de querer agarrar el paisaje que pasaba delante de mí.

-Mira, esos árboles que ves allí, son eucaliptos. Se notan por la corteza del tronco, que se va desprendiendo a tiras, igual que cuando pelas los espárragos naturales. Las hojas, cuando están secas son las que utilizamos en casa para los vahos que se ponen por la noche en la habitación. Son muy aromáticas, sobre todo la de los tallos jóvenes. Tienen un polvillo blanco, como una resina pegajosa que impregna las manos cuando las coges-.

¿Por qué hay troncos cortados en el suelo? Pregunté curioso, viendo los recién abatidos árboles a los que habían despojado de las ramas y procesado en partes más o menos iguales.

-Son para fabricar muebles de cocina-, respondió.

No es que sea una madera de excesiva calidad, pero tiene en contrapartida que son de crecimiento muy rápido. No es muy recomendable su cultivo, porque dejan las tierras muy agotadas, y luego no pueden cultivar nada, en los años siguientes.

Me asombraba todo lo que me contaba y disfrutaba enormemente viendo el cariño que ponía en satisfacer mi curiosidad. Los momentos de convivencia no eran muchos, y los pocos que teníamos trataba de sacarle el máximo partido.

Mi padre era una persona entrada en carnes, de una estatura normal, pero a pesar de ello, siempre destacaba, estuviese donde fuere, por su conversación animosa y su mirada limpia, que escondía en lo profundo de unos ojos verdes con tonalidades azuladas. Llevándome de la mano me daba la confianza suficiente para pedirle que me acompañara a los lugares más insólitos. Nunca se negaba, y además de no oponerse tenía la virtud de mostrarme todos los rincones interesantes que visitábamos.

Igual que una burbuja de jabón desaparece en el aire al estallar por la presencia de un golpe, la aparición del indicador de Santander, hizo el mismo efecto, borrando de mi pantalla mental su recuerdo y volviendo a retomar el hilo de la autovía, en la que me encontraba. No obstante, la sensación de la presencia de mi padre me proyectó a la cinta magnetofón, que Plácido había grabado en casa de Mari Cruz en presencia de Pilar la madre y Escolástico el padre.

La llevaba en la guantera, y me entraron ganas de volverla a escuchar. Hacía referencia a los primeros días de las apariciones. Plácido había sacado el tema y lo había grabado... “de si los padres de las videntes pegaban a las niñas, o las chillaban” ....

Pilar. -*Nosotros nunca la pegamos*-

Plácido. -Pero reñirla sí... -

P. -*Mire D. Plácido. Yo a la chiquilla le chillé, pero fue de esta manera. Yo no sabía nada..., no sabíamos nada de lo que pasaba aquí..., y resulta que un día, que fue como un domingo..., ¿verdad? (le pregunta a su marido Escolástico) era un 18 de... que cayó en domingo..., fue un 18 de Julio y yo no sabía nada..., ni había contado ella nada en casa y yo fui a lavar. Aquí... no había contado nada... en casa. - Resulta que*

fui a la braña con una vaca que teníamos aquí en casa... y había en el lavadero... no sé quién, ah... Angelita creo... que me dijo, que estaba lavando, y me dice...

A- ¿Qué pasa con Mari Cruz? - ¿Qué pasa con Mari Cruz? - ¿Qué pasa, ¿qué pasa?

P-*Ah, ¿Pues, que ha hecho Mari Cruz? -esto fue lo que dije- ¿Qué ha hecho Mari Cruz?*

A- ¿No sabes nada? - Dijo ella. Pues que va diciendo por ahí que ha visto a un Ángel. Y entonces siguió lavando y yo continué e iba pensando por el camino...

P -*Será posible que esta criatura haya dicho... que ha visto a un Ángel, y que vaya por ahí diciendo eso... Así lo pensé yo...- con los Ángeles, si eso son cosas de la Iglesia.*

Plácido - ¿Era al principio de todo? -

Pilar- *Al principio de todo. Aquel día si la reñí... En esto que bajo para abajo, y me encuentro a Mari Cruz... ahí mismo, ahí… que venía de no sé dónde con Jacinta ... y le dije...*

-Oye, Mari Cruz- ¿Qué andas hablando por ahí? -y me contestó ella

M.C.-Nada-

P-Que nada, digo yo -si anda diciendo la gente que has visto un Ángel..., que has visto un Ángel... y ella... que no.-Mira te voy a coger, -digo yo-, ya tienes edad..., y te voy a dar unas patadas que bueno..., no sé qué te voy a hacer yo..., sinvergüenza.

Y contesta Jacinta:

J -Mire Ud. -Pues si lo vimos-

P -*Alabado sea Dios... dije yo. También tu eres de la del lío ése..., que van diciendo la gente por ahí...-. hay digo yo-, qué vergüenza, María Santísima, unas crías sin edad...*

J-Pues si la vimos...

P- *Y aquel día la reñí mucho..., pero no la he vuelto más a reñir.*

P-*Porque después, cuando la vi allí arriba... en la calleja... como estaba, yo me asusté muchísimo. Pensada que le había dado un ataque. ¿Qué sabía yo? - Si no habíamos visto nada, ni sabíamos nada..., ni de apariciones. Hombre que había habido apariciones sí, pero que se quedaban en éxtasis... y lo que hacían... y eso, yo no sabía nada. Yo inocente totalmente. Yo no sabía nada, ahora ya me he enterado de algo, pero antes yo no sabía nada, ni pun …*

Y yo que lo oí y me encontré a la chiquilla así, y que la tocaba y nada que estaba rígida del todo, y que voy a adelantarla y que no podía..., yo pensaba. A está chiquilla le ha dado un ataque. Así pensé D. Plácido.

P-Ah, sí, sí.

P-Por lo demás nunca en la vida le he pegado. Bien... otros dirán lo que quieran. Yo lo que hacía era bien normal con ella. Mire, la traía conmigo... eso si lo hacía, a decir verdad, pero pegarla no…. no, nunca, nunca, la pegue ni la reñí. Ahora que llevarla conmigo sí, ... y traerla conmigo... y quedarse extasiada en el balcón... y toda la gente en la calle mirando...

La llevaba conmigo y jugando a la pelota un jueves por la tarde, en el portal ese de enfrente a la capilla, de la ermita esa y allí cae de rodillas también, y venía conmigo de la iglesia de misa y delante de la puerta se me caía muchas veces.

Se me caía, muchas veces. Y para atrás y no crea, que al policía que estaba conmigo también. Yo aquel día..., el primer día, la reñí mucho..., después ya me enteré que se había caído, llorando y que le habían dicho a la maestra, que habían rezado una estación. Pero a mí no me había dicho ni una palabra... Ni una palabra. Yo me enteré por la calle. Y después cuando me llaman... que vaya allí, que iban..., yo desconfiada... y ella escondida para que los críos no la tiraran piedras... y ellas iban a escondidas. Y ellas no querían que las viera nadie. No crea Vd. que Mari Cruz ha sido de esas que van...

Pl.- No, no, en eso Mari Cruz tiene mucho valor.

P-*Ella iba sola y si estaba sola encantada. Mire Vd. Cuando fue lo de las avellanas... preguntaron a las otras chicas que iban por allí.*

Pl.-Cuando eso de las avellanas... Pero aquello no se... ¿Cómo fue eso?

P- *Yo no estaba aquí cuando eso...*

Pl.- Si, lo contaban las otras chiquillas...

P-*Estaba mala. y estaba yo en Torrelavega. Y resulta que la chiquilla..., aquel día no la vi, pero me lo contaron... que había ido al monte con una que se llama Pili que es amiga y otra Nati hija de Mingo... y yo estaba tan mala que no pude estar allí... y resulta que fueron a por las avellanas al monte... pero si resulta que estando allí en el monte que es más lejos que de aquí a Cossío... o igual más... y me dijeron que estando la chiquilla la mar de tranquila apañando avellanas... y que dijo que se tenía que ir... que se tenía que ir a los pinos y no hace más que echar las avellanas que había apañado al hombro y que "pesca" a correr... y las amigas que no la podía seguir. Y que va... que no había nada que hacer.*

Pl.- ¿Y estaba en éxtasis?

P- *No, no. El éxtasis fue allí... nada más que tenía que ir allí..., y tenía que ir allí.*

Pl.- ¿Y llegó corriendo... corriendo... a todo correr?

P- *Y las otras corriendo..., que no la podía seguir. Y es que no pudieron seguirla... es que llegó mi hermana Nieves a estar cerca de allí... y antes dice que les dijo las otras - ¿Cómo dice que les dijo? Si estoy por el camino...*

P- Ah mira, cuando estés allí, si veis que no hay gente, que se quedaran con ella. Pero que si había mucha gente, que fueran a llamar a su tía a su casa o a alguno de casa. Ahora que si no había gente, que se estuvieran con ella. Y yo no sé por qué se lo diría...

Pl.- Sí, sí...

P- *Eso, si se lo dijo.*

Escolástico (padre de Mari Cruz)-. Y encontraron a otras por el camino... y a las otras les decía. ¿Os cansáis?... porque parece que yo voy sentada.

Y llegó a los pinos y estaba allí Matutano y decía que las otras llegaron negras completamente, sudando y ella como si no hubiera pasado nada.

Llegó a los pinos... estuvo allí y tuvo el éxtasis allí.

Pl.- Bueno... veremos a ver en que termina todo esto, a ver cómo va dando de sí.

Cuando justamente, terminó la cinta, me di cuenta que pasaba por debajo del puente por donde circulaba un desconocido tren para mí, y que un cartel indicador, me daba la bienvenida a la ciudad. Las primeras calles eran sencillas con sus acostumbrados balcones, en los cuales se veía ropa tendida en colgaderos de alambres blancos junto a armarios de Formica del mismo color. Hacinados, aparecían bidones y cajas de Coca-Cola, todavía sin ordenar, dejados por algún camión de reparto, a ambos lados de la puerta del pequeño restaurante de paredes oscuras. La vía por la que circulaba me iba conduciendo hacia el interior desde donde se veían los humos procedentes de altas chimeneas, situadas en la zona portuaria, a modo de pequeños gigantes parduscos. Las nubes blancas sobre el fondo azul del cielo le daban un toque veraniego. Sin saber muy bien porqué, intuía que tenía que continuar, realizando un giro hacia el oeste, en dirección al rio, pues la presencia de gente, indicaba que el centro de la ciudad se aproximaba. Un par de gaviotas grises, con manchas blancas sobrevolaban una iglesia de tejados color pizarra y de la que en ese momento salía una decena de fieles.

-Creo que la casa de Mari Cruz, no puede estar lejos de la iglesia- Lo mejor que puedo hacer, es aparcar un momento y preguntar.

La dirección por la cual preguntaba, no debía estar muy lejos a juzgar por la rápida contestación que me dio un cartero que en ese momento apareció en mi lado. Con un fardo de cartas en una mano y en la otra sujetando el papel donde llevaba anotada la dirección, hacía pequeños movimientos, queriendo facilitarme la localización, a la vez que su acento y entonación me recordaba que estaba en otras tierras, nuevas completamente para mí. Efectivamente, no estaba lejos de la vivienda de Mari Cruz, así que decidí aparcar el coche en una calle poco transitada y dedicarme a buscar sitio para pasar la noche. Yo lo tenía apalabrado. Tenía tiempo de sobra, pues la cita había sido concertada para la primera hora de la tarde. No obstante, y después de acordar con el casero el precio de la habitación, decidí que prefería verla primero, antes de sacar las reducidas pertenencias del capó. Esta se encontraba en el segundo piso del portal contiguo al restaurante, que me habían recomendado. Se trataba de un piso, con su cocina y su cuarto de baño, así como con otras dos habitaciones más, junto a la que me adjudicó Pedro, que así se llamaba el casero.

-Puedes utilizar toda la casa- me dijo, con la condición de que lo dejes todo al marchar, como lo encuentres ahora. No hay nadie, así que todo para ti.

Cerramos el trato y dándome las llaves, me deseó una buena estancia, lo cual se lo agradecí, pues la sensación que me producía la soledad reinante, entre aquellas frías paredes, no me resultaba cómoda.

-Ahora mismo, compro una pequeña vela y la dejo encendida, encima de un platillo, para que disipe esta sensación de energía negativa, que siento.

Y de la misma forma que me habían enseñado, en los cursos de Energías mentales y positivismo, me acerqué hasta unos ultramarinos para comprar una vela de cera virgen. Al regresar, pasé por la iglesia que me había topado en mi entrada a la ciudad y sumergiéndola en las aguas bendecidas de la aguabenditera, de la entrada, recé un padre nuestro por las almas del Purgatorio. De esta forma y teniendo la precaución de no rozarla con ningún objeto metálico, de regreso a la posada, la encendí y a modo de altar la dejé encima de la mesilla junto a una estampa que llevaba conmigo de la Virgen de Garabandal.

-Sencillo pero infalible, pensé- mientras salía cerrando la puerta y bajando las escaleras con intención de localizar la dirección de Mari Cruz, antes de ir a comer.

-Prefiero saber, donde se encuentra, de forma a planificar el tiempo que me queda para no tener que andar deprisa y corriendo luego-

Realmente las tres horas de las que disponía me daban mucho juego, así que tranquilo y feliz me perdí por la ciudad.

Cuando por la tarde, volvía nuevamente a la casa de Mari Cruz y pulsaba el timbre del portero automático, mi corazón palpitaba bastante más rápido de lo normal. No era consciente, ni del señor que estaba parado junto a mi fumando un apestoso cigarrillo y bromeando con unos chavales que portaban una pelota de futbol, ni del coche negro de la funeraria que, rodeado de coronas de flores, pasaba lentamente por la calle, en dirección a alguna desconocida, para mí, parroquia.

Todas mis fantasías, se hacían presentes, imaginando como me abriría la puerta invitándome a pasar; como sería el salón de la casa, de qué forma le hablaría, para causarla buena impresión. Si estaría su marido o sus hijos. Una historia que me había ido creando durante el tiempo de la comida y de los paseos previos a la cita.

Y todo desapareció, cuando después de identificarme, escuché por el interfono:

-Espera, me pongo el abrigo y bajo.

Esto no encajaba con mis planes, de sentarme enfrente de ella. De ponerme el magnetófono encima de las piernas para grabar y de hacerle las preguntas que tenía anotadas en mi inseparable libreta. Preguntas que había ido preparando cuidadosamente, durante las semanas anteriores.

Mari Cruz, resultó ser todo lo contrario de lo que me imaginaba. Era esbelta, de pelo muy negro y rizado con una mirada de chiquilla desconfiada, pero a la vez clara y noble. Los ojos de un intenso color azabache, igual que el pelo, que le caía desenfadadamente rizado sobre unos anchos hombros, haciendo juego con la tez morena del sol de la tierra. El cuello del abrigo levantado, le tapaba casi las orejas, dejando apenas visibles unos pequeños y dorados pendientes colgantes. Me quedé boquiabierto y tardé en reaccionar, cuando para saludarme, me estrechó la mano, a la vez que me daba un beso en la mejilla.

Sin darnos cuenta, comenzamos a pasear por las desconocidas calles, para mí, deambulando cerca de un par de ruidosos parques. Me sentía un poco decepcionado, al darme cuenta que no estaba muy animada a contarme los acontecimientos vividos durante las apariciones de la Virgen en su pueblo natal. Meses después comprendería a que era debida esa actitud. Al final, nuestra conversación derivó hacia las apariciones que tuvieron lugar en Unbe, una pequeña colina cerca de mi querido Bilbao. Aquí también, la Virgen se había hecho presente a la vidente Felisa. Pero las circunstancias eran diferentes. Para empezar, Felisa era una señora relativamente mayor, casada y con cuatro hijos, que vivía con su marido, guarda forestal, en una pequeña casa en medio de una campiña.

Por el rabillo del ojo la iba observando, tratando de adivinar sus pensamientos, procurando no ser indiscreto, ni hacer preguntas que la pusiesen nerviosa. Era fuerte, pero a la vez me daba la sensación de que había sufrido y no quería hacerla revivir experiencias amargas.

-Cuando apareció la Virgen por primera vez- le dije- Felisa, la madre, porque había otra, Felisa (la hija), se encontraba en la cocina de su casa. Era una casa humilde, que hoy está convertida en capilla y casa de oración. Se presentó de repente, precedida de unos ruidos. Creo que primero miró por la ventana por si los ruidos venían del campo.

-En otra ocasión, se presentó un Ángel. Aquel día estaba la hija, ciega; había quedado como consecuencia de una enfermedad durante la gestación de su única

hija. Estirando el brazo, cogió con fuerza la mano del Ángel al cual veía perfectamente, aunque yo no entiendo cómo podía ser eso...

En ese momento, Mari Cruz saltó, como un resorte al que han liberado de su cepo.

–Pero si no se ve con los ojos de la cara- No importa que esté ciega.

Lo dijo con tal vehemencia, que me resultó extraño; la fuerza que imprimía a sus palabras y la convicción con que hacía tal afirmación. Hoy es el día que parece que la estoy viendo, mirándome directamente a los ojos, tratando de que no pensara en ningún momento, que a la Virgen se la ve con los ojos del cuerpo. Está claro que no hay que razonar en estos asuntos, con la lógica terrenal. Son cosas del cielo y la humildad, es la que abre la puerta de esta dimensión.

Continuamos hablando y en una de estas me soltó a bocajarro:

-Félix ¿Por qué no me cuentas, la explicación que le diste a Pepe sobre la aparición de la Forma en la lengua de Conchita? -

Se refería a la explicación científica que la había dado, hacía unos meses a mi querido albañil en el cobertizo de las cachabas, por la cual trataba de dar una confirmación al fenómeno del Milagruco y que desde un punto de vista racional no podía comprender. Lo recordaba perfectamente, pues hacía relativamente poco tiempo que había leído un libro titulado “La Cuarta Dimensión” bastante interesante y que, desde un punto de vista simplista, razona cómo podría ser, una serie de mundos o universos distintos a los nuestros, donde las leyes que los explican se pueden deducir sobre la base de una serie de razonamientos lógicos.

- ¿Cómo te lo explicaría yo? - Para comprender cómo pudo hacerse visible la Forma en la boca de Conchita, para entender cómo surgió de la nada, según explica Pepe, para entender cómo se materializó Aquello, hay que conocer primero qué se admite por universo y deducir los diferentes universos que existen. Ahora no entramos en vicisitudes de si los universos de los que vamos a hablar son reales o son imaginarios. Simplemente los analizamos y estudiamos desde un punto de vista puramente teórico, como te acabo de indicar. De esta forma partiendo de los elementales (seres simples), pasaremos a nuestro universo que llamamos real o de tres dimensiones, para posteriormente llegar por extrapolación al de cuatro dimensiones, en el cual intuimos que existen y por el que se mueven seres espirituales más elevados, llámense ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, seres difuntos queridos, lo que tú quieras.

Mari Cruz abrió enormemente los ojos en señal de admiración y sin quitarme ni por un momento la atención preguntó.

- ¿Y tú porqué sabes todo eso? - Porque yo no he oído nunca hablar del universo ese de tantas dimensiones que tú hablas? -

-Bueno- contesté yo, a la vez que le hacía una indicación para que se sentara en uno de los bancos de piedra que estaba próximo a nosotros-Deja primero que te lo explique y luego podrás hacerme todas las preguntas que consideres necesarias-

Como te decía- continué- vamos en primer lugar a estudiar, desde un punto de vista teórico y conceptual, que es lo que se entiende por universos de una dimensión, que como te puedes imaginar son los más sencillos.

La hija de la montaña me miró con escepticismo sin decir ni una palabra, pero con la expresión de que algo grande se le venía encima.

Como su propio nombre indica, una dimensión quiere decir que solo se pueden desplazar en este universo sus "habitantes" por la coordenada "largo" que diríamos. Universo como espacio vital, en el cual nacemos, nos reproducimos, crecemos y finalmente morimos. Igual que el espacio actual en que existimos; pero diferente del nuestro, que podemos comprender que es de tres dimensiones "largo", "ancho", y "alto" donde nos podemos mover, hacia delante, hacia atrás, hacia la derecha y hacia la izquierda... y hacia arriba y hacia abajo. En el espacio de una dimensión, como te digo, los seres que moran en él, solo se pueden desplazar hacia delante o hacia atrás, y nada más. Como ves muy limitado y muy primitivo.

-O sea, dijo Mari Cruz, que es como si una hormiga se moviera por el interior de una tubería muy delgada. No puede salir de ella y, por lo tanto, no puede bajar, subir etc. porque las paredes del tubo se lo impiden-

-Exactamente, así es. Imagínate que nuestra hormiga se llama Clotilde y se encuentra andando por el interior del tubo, y este es de un diámetro de un milímetro, con lo cual es justamente el tamaño de su cuerpo; el tubo es de acero y por lo tanto no se puede deformar, ni deja ver lo que hay fuera de él. Clotilde solo puede conocer lo que hay dentro del tubito por dónde camina. Y si ha nacido dentro del túnel y nunca ha podido salir de él, todas sus experiencias todos sus conocimientos, se han producido en el tubo, en el túnel y lo único de lo que nos podrá hablar, suponiendo que podamos comunicarnos con ella, es de su experiencia en un mundo por donde solo se puede caminar hacia delante y hacia atrás. Es por lo tanto un universo de una dimensión.

-Sí, pero eso no es real, -me cortó la hija de Pilar de Garabandal, dándome a entender que, si hay un agujero, se podría escapar, Clotilde y moverse a la derecha o a la izquierda.

-Muy buena observación-, añadí yo. -Y efectivamente, en ese universo de una dimensión de Clotilde puede haber un agujero (agujero negro, que dirían nuestros científicos de hoy), o una puerta dimensional, por donde podríamos escaparnos de ese universo y pasar a otro universo superior, en este caso de dos dimensiones (largo y ancho). Es lo que se conoce como "Sendras" o puertas o agujeros por donde al menos teóricamente podemos escapar de nuestro universo-

-Pero no te adelantes y continuemos con nuestra amiga Clotilde y con su espacio de una dimensión. Si su universo es lineal y recto, es decir, se trata de un tubo recto sin doblarse, cuando se ponga a caminar por ejemplo en la dirección Norte-Sur, toda la vida estaría andando y nunca llegaría al final. Es decir, se trataría de un universo abierto lineal e infinito, que no tiene ni principio ni final. Como te digo y esto es importante, seguimos en el plano de la pura teoría.

Lo que Clotilde conoce de su universo es solamente, lo que se encuentra dentro del tubo. Tendrá el concepto de lejano o cercano, pero no podrá entender el concepto de ancho o estrecho, pues su universo, su tubito, siempre tiene el mismo diámetro, el mismo grosor. No es un poquito más gordo por un sitio y un poquito más delgado por otro sitio; siempre es igual, aburridamente igual siempre. De un milímetro de diámetro siempre.

-O sea, que, si se pone a caminar hacia el Norte, partiendo de un punto concreto, ¿cuánto más anda, más lejos está de él? ¿Cuánto más anda más se aleja?

-Efectivamente. Andando hacia el Norte, nunca puede llegar a su punto de partida. Y, es más, nosotros, tu misma, vives en un universo de tres dimensiones. Para Clotilde tú eres un dios, tú puedes moverte hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia arriba, etc. tú puedes hacer cosas que ella no puede hacer, cosas que ella no entendería nunca. Imagínate ahora, que tú Mari Cruz, que por un momento como ser superior actúas en su universo, cogiendo el tubo, su universo, doblándolo y uniendo el principio del tubo con el final, como si fuera una gigantesca rueda de bici. Te imaginas, ¿qué pensaría Clotilde?

-Pues no sé, algo rarísimo, porque al caminar hacia el Norte, partiendo de un punto al cabo de un cierto tiempo, llegaría otra vez al punto de partida, lo cual sería

absurdo para ella; vamos creo yo que pensaría eso. Pero todo esto me parece muy complicado.

-Efectivamente, así es, pero si lo miras despacio veras que no es tan complicado, es cuestión de paciencia. Fíjate, su universo en este caso se habrá transformado, lo habrás transformado en un universo curvo, con lo cual las realidades son distintas, pues se trata de un universo de dos dimensiones; ahora tiene la dimensión largo y la dimensión ancho. Ella desde dentro no lo ve, pero realmente es así. No obstante, vamos a seguir con nuestro estudio teórico.

- ¡Vamos a suponer que Clotilde que se mueve por el tubito, de pronto encuentra un agujero en él y sale al exterior, escapándose de su mundo... y….! ¡Sorpresa! de repente descubre la segunda dimensión.

-Vamos a suponer también que el tubito está encima de una hoja de papel muy grande y que por lo tanto se puede mover por su superficie. Empieza a caminar alejándose del tubito y de su agujero, paseando por la superficie de la hoja de papel y la hoja de papel está suspendida en el vacío; no hay nada ni por encima de la hoja ni por debajo. Todo lo que hay, está en la hoja de papel. Clotilde ha pasado a un espacio nuevo, a un universo de dos dimensiones totalmente inalcanzable para ella. Pero aquí está. Y empieza a explorarlo moviéndose para delante, para atrás para la izquierda y para la derecha; y anda... sin parar.

Mari Cruz puso cara de extrañeza, indicándome con su gesto que se había perdido. Decidí parar por un momento la explicación y echar marcha atrás.

-Date cuenta que estamos hablando en pura teoría. Que yo, no conozco ningún universo de dos dimensiones, ni sé de la existencia, de dos dimensiones. Quiere esto decir, que al tratarse de un mundo donde no existe la altura, los seres que habitan, en él no tiene espesor. Y si hablamos de una hoja de papel, nuestra querida Clotilde, no es más que el dibujo realizado con el lápiz. No tiene grosor; no puede concebir la tercera dimensión (que en nuestro universo se llama “altura”)

Noté que en cierto modo estaba incomoda, tal vez por querer hacerme alguna pregunta, a la que no le daba pie para hacerla.

-Pregúntame lo que quieras, aunque te parezca que no tiene relación con lo que estamos explicando.

- ¿Por qué no me haces un dibujo? Me dijo, y así lo veo mejor. Pero empieza por el principio, por el universo de una dirección. Ese que dices que no tiene más que longitud.

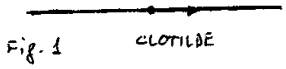


Fig. 1

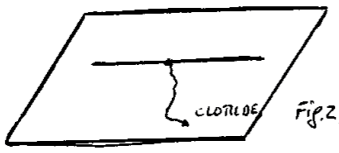


Fig. 2

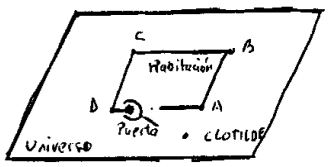


Fig. 3

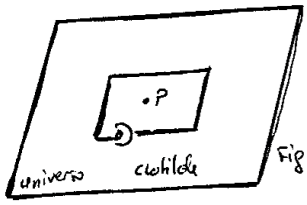


Fig 4.

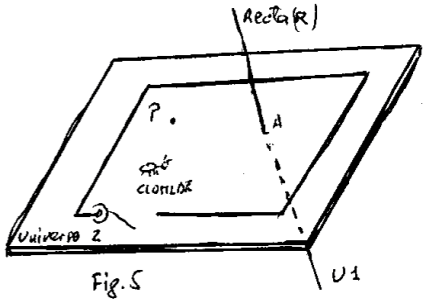


Fig. 5

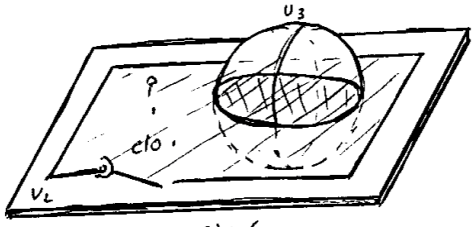


Fig. 6

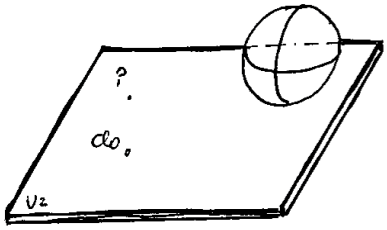


Fig. 7a

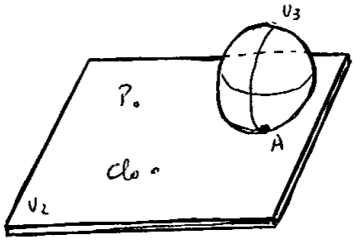


Fig. 7b

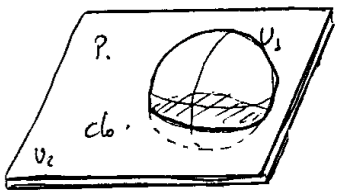


Fig. 7c

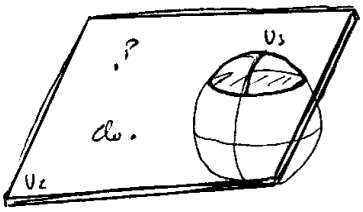


Fig. 7d

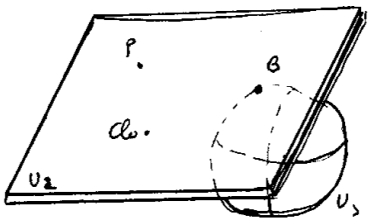


Fig. 7e

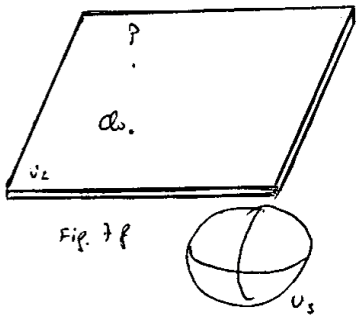


Fig. 7f

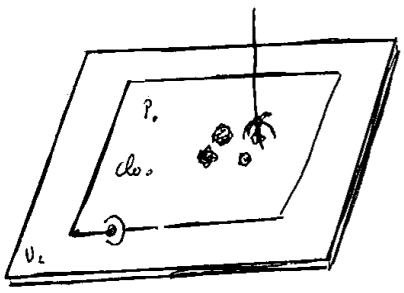


Fig. 8

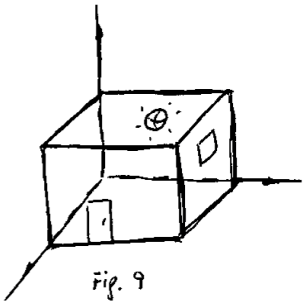


Fig. 9

-Vale- y sacando un trozo de papel que tenía guardado en el bolsillo le hice el dibujo que aparece en la Fig.1. -Como ves he representado un universo de una dirección. Es simplemente una línea recta, ni más ni menos- En otra esquina del arrugado papel, que aún conservo como un tesoro valiosísimo, volví a realizarle otro de mis dibujos, como aparece en la Fig.2. Aquí represento un universo de dos dimensiones (direcciones, como decía ella). Como ves Clotilde se ha escapado de su universo y ha pasado a otro de dos dimensiones; está que no se cree lo que ve. Antes solo veía un punto por delante de ella. Ahora puede ver una línea. Es un concepto que le está costando entender un poco, lo mismo que te pasa a ti, pero lo conseguirá-. A continuación, volví a realizarle otro de mis dibujos, mirando por el rabillo del ojo su cara. Parecía una estudiante escuchando las explicaciones de su profesor de matemáticas. –En la Fig. 3 hemos colocado en el universo de dos dimensiones una habitación con su puerta; fíjate en la bisagra de la puerta que es un poco especial. Clotilde puede conocer la habitación si la recorre por el exterior. Primero verá, si empieza por el punto A y la circunda en sentido contrario a las agujas de un reloj, una pared que va desde A hasta B. Cambia de dirección hacia la izquierda para llegar hasta C. Cambia de dirección otra vez para llegar hasta D y nuevamente cambia de dirección a la izquierda encontrándose con la puerta. Si decide entrar y cerrar la puerta, cosa que hasta ahora no sabía hacer, se encontrará que puede andar por su interior, pero sin salir de la habitación. La única forma que tiene de salir de ella es abriendo la puerta.

Date cuenta, Mari Cruz, que tú para Clotilde eres como un dios. Eres un ser de la tercera dimensión y tienes poderes que ella no posee. De hecho, ella no puede mirar para arriba ni para abajo. Ese concepto no existe en su universo. Tú si puedes hacerlo y ver lo que ella hace, aunque esté encerrada en la habitación. Ella para conocer la habitación cuando estaba fuera, la única forma que tenía era recorrerla. Pare ella la línea AB era como una pared, que no le dejaba ver lo que había detrás. Para Clotilde, no hay ni arriba ni abajo. Simplemente, no existe.

-Fíjate ahora en el nuevo dibujo que te voy a realizar. En la Fig.4. la habitación está cerrada y Clotilde está fuera. Dentro de la habitación está nuestro amigo Punto que lo representamos por P. Clotilde no puede ver a nuestro amigo Punto a no ser que abra la puerta y se asome al interior. Sin embargo, tu, Mari Cruz, aunque está la puerta cerrada, puedes ver a nuestro amigo Punto. Y ¿por qué?

Pues, porque tú, con respecto a Clotilde y a Punto, eres un ser superior; tú al estar en un espacio de tres dimensiones tienes capacidades que no tiene ni Clotilde ni Punto.

Al llegar a este punto, la hija del pueblo de la montaña no sabía cómo mirarme. Paré un momento mi explicación para permitirle que las ideas fueran aclarándose en su mente. Este pequeño paréntesis me permitió darme cuente del entorno que me rodeaba. La plazoleta ovalada estaba complementada con un conjunto de bancos de piedra en uno de los cuales nos encontrábamos sentados. Unos críos ajenos a las voces de sus madres jugaban con unas palomas a las que tiraban piedras a modo de migas de pan. A toda costa trataban de cogerlas, pero estaba claro que las aves tenían más experiencia que los infantes y a la mínima, salían corriendo por donde menos se lo esperaban.

Por un momento tanto ella como yo nos quedamos mirando el esfuerzo que realizaban por atraparlas y el miedo que les producía cuando levantaban el vuelo. Tal vez, nos recordaban a nuestros hijos, o a nosotros mismos, cuando también hacíamos cosas parecidas.

Ya, más cómodamente instalados y aunque el banco de piedra donde estábamos no me hacía mucha gracia al no disponer de respaldo, continuamos con la explicación. Tenía que cambiar de tercio-pensé- si no esta mujer me abandona.

-Te voy a poner un problema, para que trates de resolverlo. Mira el dibujo que tienes delante. Fig. 5. En el universo de Clotilde y Punto, dentro de una habitación que ya nos resulta familiar, hay un cataclismo cayéndose el universo inicial de una dimensión atravesando la habitación y quedando como se puede ver en el gráfico-

_Y aquí viene la pregunta; piénsalo bien antes de contestar. ¿Qué vería Clotilde y Punto del universo de una dimensión representado por la recta R? ¿Qué verían en la habitación?

-Pues una línea recta, me contestó sin titubear.

-No, no vería una línea recta. Estas pensando como un ser de tres dimensiones y tienes que pensar como un ser de dos dimensiones. Para Clo y para P solo es visible lo que está en su universo, lo que está en su plano. Date cuenta que lo que está por arriba y por abajo no lo puedes ver. Para ellos no existe. Solo pueden ver lo que es común a los dos universos. Es decir, donde se tocan los dos universos U1 y U2. y el único sitio donde los dos se tocan es en el punto A. Luego tanto Clo como P solo ven el punto A. ¿Te das cuenta?

-A ver, ponme otro problema, a ver si acierto esta vez, pero que sea fácil.

Vamos a suponer que una bola del espacio de tres dimensiones (U3) se cae sobre el universo donde esta Clo (U2) y se queda clavada por la mitad. Mira el dibujo 6 ¿Qué verían nuestros simpáticos amigos?

-Pues un círculo, me contestó esta vez tardando un poco más.

-Bueno, casi correcto- le contesté. Date cuente que es como si a una naranja, la corto una rodaja de un milímetro de espesor con un cuchillo, de esas que te ponen en el mosto los domingos en el bar.

-No te entiendo, explícate un poco más.

-Piensa por un momento, en una naranja que la partes por la mitad. Ahora pon la mitad suprior encima de una hoja de papel y la otra mitad debajo de la hoja de papel, de forma que aparezca la naranja entera atravesada por la hoja de papel.

- ¿Te das cuenta?

-Si- me contestó.

-Bien, ahora contéstame, ¿dónde se toca la naranja y el papel?

-Pues por donde se ha cortado la naranja, añadiendo riéndose. Y se está mojando la hoja con el zumo de la naranja cortada.

-Exacto, la zona que se ha quedado mojada; ese círculo de color amarillo, es lo que tienen en común el universo de Clo y la esfera de tres dimensiones. Pero Clo, no lo puede ver como un círculo, pues para eso, se tendría que poner de puntillas y sacar la cabeza fuera de su mundo, cosa que no puede hacer. Vería como el canto de una rodaja de naranja, es decir, vería como una línea que va de un punto X a otro Y. Es decir, como si mirasen una moneda de canto.

-Esto es demasiado complicado para mí, déjalo para otro momento. Antes no entendía nada, pero ahora entiendo menos. Estas cosas de los universos de dos de tres de cuatro, no son para mí. Prefiero rezar un rosario que es más sencillo.

-No, le contesté, espera un poco. Ten un poco de paciencia porque estamos llegando al final y cuando lo comprendas te parecerá que has abierto una puerta a otro conocimiento distinto.

-Ahí va otro problema, - le dije casi sin reponerse de su estupor.

- ¿Cómo vería Clo y P pasar una esfera de nuestro universo de tres dimensiones, a través de su mundo?

-Te voy a dibujar una secuencia de pasos (Fig.7) para que lo pienses y luego me contestas.

-Pues primero, no vería nada, contestó titubeando.

-Correcto, pues no tiene nada en común, no está nada en contacto de un mundo con el otro. Y ¿qué más?

-Luego cuando la esfera se posa sobre el papel, se verá un punto. Y ahí se para todo.

-Muy bien. Efectivamente, ve un punto pues es lo único que tienen en contacto los dos mundos, lo único que tienen en común es eso precisamente. Pero hay no se para la cosa, pues sabes que estamos haciendo un estudio teórico, y por lo tanto la esfera puede atravesar imaginariamente la superficie del papel.

-Pues bueno, ahora sigue tú.

-Después cuando empieza a pasar la esfera a través de la hoja, que es el mundo de Clo y de P verían una serie de círculos que se van haciendo más grandes al principio y luego irían disminuyendo. Como si partiésemos una naranja en sucesivas rodajas. Como si fuesen pasando las rodajas por el papel. pero no olvides, que lo que ven son las rodajas de canto, es decir, que lo que en realidad ven, son unos trazos rectos que, al principio, es un punto que se va estirando transformándose en líneas cada vez más largas y más largas y luego más cortas y más cortas hasta terminar en un punto que repentinamente desaparece.

-Esto es como el Misterio de la Santísima Trinidad. No hay quien lo entienda.

-Espera un poco, y no te rías de mí. ¿Te has dado cuente de un detalle muy importante?

-Pues no, ¿cuál?

-Pues imagínate que Clo y P están en la habitación y han cerrado la puerta. En principio no puede entrar ni salir nadie, si no abre la puerta. De acuerdo.

-De acuerdo, contestó radiante, intuyendo un nuevo desafío.

-Bien, pues si estando con la puerta cerrada, de repente a una bola del universo de tres dimensiones, se le ocurre atravesar el universo, la habitación donde está Clo y P, nuestra pareja lo que verían es que súbitamente, aparece un punto, que se va transformando en una recta que crece, para después decrecer y terminar por desaparecer.

-A ver, repítemelo otra vez. Me espetó casi sin terminar de hablar.

-No, piénsalo bien, porque te voy a poner otro problema.

-Vamos a suponer que, nuevamente Clo y P están en su habitación, han cerrado la puerta con llave, para que no pueda entrar nadie a robar, porque tienen tres diamantes muy valiosos. Se han echado a dormir. ¿Qué pasaría si un ladrón del mundo de tres dimensiones, a media noche apareciese, con un gancho, o algo parecido (mira la Fig.8) y poniéndose encima de la habitación, alargara el gancho para tomarlos y robarlos?

-Pues que, al día siguiente, Clo y P verían que no han abierto la puerta, las llaves las tienen bien guardadas, pero han desaparecido los diamantes. No lo podría entenderlo por mucho que discutieran. Jamás serían capaces de explicarse lo sucedido.

-Correcto, exclamé sorprendido, al comprobar los progresos que iba experimentando mi querida amiga. Y ahora prepárate porque vamos a dar el salto al universo de cuatro dimensiones para estudiar, por comparación, fenómenos que pueden ocurrir en el mundo nuestro de tres dimensiones y que no entendemos.

-Solamente pueden tener explicación lógica, si introducimos el concepto de cuarta dimensión.

Observaba que Mari Cruz, se había puesto seria, desapareciendo la inocente sonrisa, que hasta hacía unos instantes se dibujaba en su morena cara. Indicaba que se estaba tomando muy en serio mis explicaciones y trataba de retener todo lo que le iba transmitiendo.

-Pues bien, vamos a empezar nuevamente un razonamiento, con nuestro universo tangible de tres dimensiones (largo, ancho, y alto) por donde nos movemos cómodamente y donde tenemos todas nuestras experiencias.

-Ahora somos nosotros, los que nos vamos a encerrar en nuestra habitación, en lugar de Clo y P y vamos a cerrar ventana y puerta para realizar nuestro experimento. Aunque te parezca un poco fuerte de imaginar, cuando en el espacio de dos dimensiones pensábamos en un cuadrado perfecto, al saltar al de tres dimensiones podemos pensar que, de cada lado del cuadrado, de cada arista si quieres del cuadrado, se genera un nuevo cuadrado, cuando pasamos al espacio de tres dimensiones y así en nuestro universo hablaríamos de un exaedro o cubo. Es decir, una caja cuyas seis caras, son cuadrados idénticos al de partida del espacio de dos dimensiones. De la misma forma, la circunferencia del universo de dos dimensiones se transformaría en una esfera en el mundo de tres dimensiones. Y así sucesivamente con los demás cuerpos geométricos.

-Entiendo que es difícil seguirlo, pues no estamos acostumbrados a estos razonamientos matemáticos, pero con un poco de paciencia lo lograras entender.

-Si partimos de un cubo, en nuestro espacio de tres dimensiones, esa caja de seis caras iguales, al pasar al espacio de cuatro dimensiones, se transforma en un hipercubo. Esta figura geométrica del espacio de cuatro dimensiones, se origina, aportando por cada cara o lado del cubo, del espacio de tres dimensiones, un cubo similar al original. Por lo tanto, podemos suponer el hipercubo como una figura geométrica, formada por seis cubos, creando una cruz tridimensional de forma que cuando una cara del hipercubo esté en contacto con nuestro universo, la veremos como un cubo de tres dimensiones.

Aquí ya no pudo más y la hija de la tierra de las montañas se derrumbó. Déjalo, de verdad que no entiendo nada.

-De acuerdo, le contesté. Dejemos aparcado el lado teórico del espacio de cuatro dimensiones y vayamos a una experiencia práctica.

-No sé si te voy a poder seguir, porque tengo la cabeza un poco embotada.

-No te preocupes, que vamos a ir paralelo a las experiencias que hemos visto en el espacio de dos dimensiones. Vamos a la habitación donde estamos encerrados, sin posibilidad de que nadie entre o salga de la misma.

-Si una hiperesfera (que es una esfera de cuatro dimensiones) pasase por nuestro universo de tres dimensiones, por nuestra habitación, si una hiperesfera, tomará contacto con nuestro universo, al igual que ocurre en el universo de dos dimensiones, que aparecía un punto y luego una circunferencia que iba aumentando de diámetro, en nuestro universo, repito, veríamos una sucesiva aparición de esferas de diferente tamaño. Primero veríamos un punto, luego una

esfera pequeña igual que una canica que irá aumentando de tamaño, hasta hacerse como una pelota, por ejemplo, y luego volvería a ir disminuyendo de tamaño, hasta desaparecer. En el espacio de dos dimensiones eran circunferencias que iban aumentando de tamaño. Aquí en nuestro espacio son esferas que van aumentando de tamaño, de igual forma.

-Concluyendo, una persona del universo de cuatro dimensiones, puede acceder al espacio de tres dimensiones, a este espacio nuestro, por esa cuarta dimensión, que es inalcanzable para nosotros y hacerse presente, en nuestro entorno. Nosotros podríamos acceder al espacio de dos dimensiones, donde estaban Clo y P a través de la tercera dimensión que para ellos no existía y ser como una auténtica aparición. Para ellos, encerrados en su cuarto de dos dimensiones, acceder a su universo por la tercera dimensión que no poseen, es una auténtica aparición.

-En nuestra habitación, un ser que accede por la cuarta dimensión, será una auténtica presencia fantasmal, que en principio no entenderíamos, pero para los seres de la cuarta dimensión, no tendría ningún problema. Para los seres microscópicos que viven en la superficie del agua de una pecera, cuando yo introduzco el dedo en el agua, les supone una auténtica aparición, pues no he venido de un lado ni de otro. Me he hecho presente de repente. Para nosotros seres de tres dimensiones, la inclusión en nuestro universo de un ser de cuatro dimensiones, es una auténtica aparición. Se hace presente sin venir de ninguna parte de nuestro mundo de tres dimensiones.

-Cuando la noche del Milagruco, Conchita abrió la boca y sacó la lengua, allí no había nada, como muy bien certificó Pepe y D. Benjamín. En ese momento, un ser celestial de una dimensión superior a la nuestra, se puso en contacto con nuestro universo, hizo posible que una realidad, para nosotros invisible, pues no estaba en nuestro mundo, se hiciera visible, en el preciso momento que, a través de la cuarta dimensión, entraba en contacto con nuestra tercera dimensión. Momento culminante y a la vez de inmenso amor hacia unos seres a los que consideraba hermanos menores necesitados de ayuda y guía. Engranaje en la maquinaria del proceso de la Salvación por el cual la Madre del cielo mediante la ayuda del Arcángel San Miguel, se hacía presente entre los hijos de la tierra, adoctrinándolos sobre la verdadera noción de fraternidad con la comunidad que formamos la raza humana, dejando aparte color, ideas políticas, conocimientos científicos, etc. que tanto nos han perjudicado. Esa noche, a través del símbolo de la Comunión Visible, la gente de aquellas tierras de la montaña, hermanados con todos los venidos de otras partes, se sintieron realmente emparentados viviendo una experiencia

místico-religiosa, que perduraría a lo largo de su existencia y que hoy en día siguen recordando, con la intensidad experimentada inicialmente.

La hija de Garabandal, pareció entender el sublime acto de Amor y guardando toda la información que le acababa de transmitir, en lo más profundo de su ser, se levantó suavemente del banco de piedra en el que nos encontrábamos desde hacía un buen rato. Con un tono de voz que demostraba no querer romper la armonía reinante me dijo:

-Son las siete, va a comenzar el rosario. Tenemos que ir a la Iglesia a rezar a la Virgen.

2ª Parte. Capítulo VI. MI AMIGA MARI CRUZ

A lo largo de las visitas que he realizado durante estos últimos años de mi peregrinaje, al pueblo de la montaña, las experiencias y conocimientos transmitidos por los testigos presenciales, de las vivencias de las niñas, me han ido configurando una idea distinta, de la que en un principio me había creado sobre las apariciones.

La presencia de la Madre, entre las piedras, las "casucas" de aquellas callejas, como si viviera en el pueblo, se notaba en todo momento, comunicándose con sus hijas de la tierra, permitiendo que hablaran con Ella, jugando, estableciendo controversias a diestro y siniestro, aceptando tanto el criterio de la Iglesia jerárquica a la hora de cerrar la puerta de la Iglesia, como tratando de hijo, al protestante que apareció por el pueblo en un momento determinado de la historia, todo ello creó en mí una serie de reflexiones, que fueron cimentando mi creencia en la función co-salvadora de la Madre en la tierra. ¿Para qué había venido la Estrella de la mañana, al pequeño pueblo de Garabandal? Estaba claro, que no era para entretener a cuatro niñas de unos once años, que correteaban por las afueras del pueblo. Ni tampoco para confundir a los curiosos que acudían al villorrio a presenciar los prodigios que jamás habían visto. Tenía que ser para algo más importante. Tal vez sería necesario conocer la trayectoria de la Madre a lo largo de la historia y ver el papel desarrollado como pieza fundamental en el proceso de la salvación del género humano. Para buscar las contestaciones a estas preguntas, decidí seguir investigando en las diferentes fuentes de información que tenía a mi alcance. Escritos, libros, periódicos, grabaciones, comentarios de los lugareños, curas, investigadores, médicos. Pero todos desgraciadamente me decían lo mismo; lo que habían observado, como se movían las niñas, sus comentarios, sus carreras, la opinión de sus padres, hermanos, convecinos. La respuesta a la pregunta clave, seguía sin aparecer ¿Por qué vino la Virgen a Garabandal? Nadie acertaba a dármela. ¿Por qué se hace presente aquí y ahora la Reina de los Ángeles? Intuía que algo vital para sus hijos, estaba a punto de comenzar y Ella tenía que estar presente. Seguro que la razón de todo ello se encontraba escondido en algún rincón, en algún cajón de alguna casa olvidada y perdida. Todo era cuestión de indagar. Como siempre, la contestación me vino cuando menos la esperaba de la mano del ya conocido y admirado Padre Eusebio García de Pesquera.

En una conferencia dada no recuerdo donde, hace una exposición de la trayectoria del hombre a lo largo de la historia y su comportamiento, tanto en el ámbito individual como colectivo. A modo de resumen nos dice lo siguiente:

...Pienso que deberíamos empezar por la historia de la salvación, que comienza sobre la base de un drama teológico, donde Dios el Buen Hacedor, busca al hombre para salvarlo y revitalizarlo. Ya en los primeros libros sagrados y más concretamente en el Génesis, se percibe una lucha sorda entre el Bien y el mal, disputándose el alma del hombre. El género humano desde sus pasos iniciales, comienza extraviándose, dejando el camino y siendo engañado por el mal. Aparece la rebeldía contra Dios, el orgullo, el "yo soy suficiente y no necesito de indulgentismos, no necesito de nadie -Si os desentendéis de Dios no pasará nada- no necesitáis de paternalismos ni dependencias del Creador"- Parece que un poder siniestro quiere apartar al hombre de su órbita natural (la del Dios creador que dirige el Cosmos de la Historia) Se percibe como una lucha sórdida entre la Luz y la oscuridad. Y en ese momento surge María, pieza clave de inmenso alcance, mujer a quien Dios quiso toda llena de Gracia, asociada entrañable y decisivamente a la empresa de la salvación de los hombres. Y no solo en esos primeros balbuceos de la historia, sino sobre todo en los momentos actuales en que es patéticamente más difícil y tal vez, añadiría yo, como nunca lo ha sido.

San Agustín ya afirmó en su "Civitate Dei" después de muchas reflexiones: "Dos amores, han fundado también dos ciudades; el amor del hombre a sí mismo, la ciudad terrena, el Amor de Dios cultivado hasta el olvido de sí mismo, la ciudad eterna. En aquella, Satanás subyuga al hombre a través de sus debilidades, concupiscencias, iniquidades. En esta, se sirven todos en mutua caridad". Aquí está la lucha entre el Bien y el mal, y el hombre envuelto en este enfrentamiento. En la empresa que Dios ha montado para sacar al hombre de las garras del poder de las tinieblas, la Virgen es pieza fundamental y de total actualidad. La ha asociado entrañablemente a la empresa de la salvación. Estamos en el final de la gran apostasía. Cuando al comienzo de la cristiandad, los pueblos aceptaron la existencia de Dios, todo iba bien. Posteriormente estos pueblos niegan, en tiempos de Lutero y demás innovadores al creador. Comienzan la revuelta, la renovación, el cambio subversivo (siglo XVI) en contra del inmovilismo. Ya en tiempos de Pío XII y Juan XXIII las modificaciones fueron aceptados con complacencia, pero las cosas fueron a más, rompiendo el orden establecido. Jesús reconocido como Pantocrátor, el Seños dominador de todo con corona imperial. Comienza la apostasía, revolución contra la Iglesia jerárquica, pero fieles a Cristo, en tiempos como digo de Lutero. Cristo sí, Iglesia no. Llegamos al siglo XVII; revolución contra Cristo. Dios sí, Jesucristo no y la Iglesia por supuesto arrinconada. Es la época de la ilustración. Siglo XIX, materialismo. Revolución contra Dios, respetando al hombre. Materialismo filosófico. Y, por último, marxismo integral,

en nuestros días. Ni Dios ni el hombre. El hombre en inmensas manadas, sumisos y guiados por iluminados dirigentes. La apostasía está establecida. Satanás puede cantar victoria. Y aquí al final de la gran apostasía, con la revolución industrial (1830), comienza la Era Mariana, con una serie de intervenciones personales de la Virgen.

Hasta entonces la Virgen muy querida, pero nada más. Y en este momento comienzan de forma significativa las apariciones milagrosas de imágenes, para fomentar la actuación de la Madre. La medalla Milagrosa, La Salette, en las montañas de Francia. Pocos años después Lourdes. Otra importante, Fátima y su prolongación española, completándose en Pontevedra y Tuy; Lucia pasó 21años de su vida en España. ¿Podría haber sido la última aparición? El mensaje se lo entrega a Juan XXIII, pero no se le hace caso (es un Papa que no quiere crear alarma social). Se archiva; en 1960 al no publicarse aquel secreto, la Virgen continua con su plan y en 1961 nueva intervención del cielo, esta vez en Garabandal. Con sus tres dimensiones. Una nueva epifanía de la Virgen como Madre nuestra; una llamada de atención sobre la importancia de la Eucaristía y por último el hecho de que hemos entrado en los tiempos escatológicos, con el fin de los tiempos (que no quiere decir, el fin del mundo)

De nuevo llegamos a la Madre. El resumen tal vez resulte corto, pero pienso que es suficiente. Vuelvo a insistir y estoy de acuerdo con el P. Pesquera. No dejemos que los árboles nos impidan ver el bosque. Tenemos que ser conscientes que los testigos habían visto muchas cosas y no hacían más que decir. Un día me pasó esto; otro día me pasó lo otro, ocurrió tal cosa. Las mismas niñas, si se hablaba con ellas podrían contar bastantes cosas, que no era fácil, pero nadie se daba cuenta de la realidad. ¿Pero esto que ha sido? ¿Qué sucedió realmente en Garabandal? Porque no podemos contentarnos con este episodio, con el otro... con el de más allá, que por cierto son innumerables, porque durante bastantes años subieron centenares, millares de personas y casi cada una de ellas tenía después algo que contar, de su personal experiencia; como para llenar miles de libros. Muchos detalles, muchas experiencias. Pero ¿por qué ha sucedido en Garabandal? ¿Qué ha pretendido Dios con ese hecho tan discutido, tan controvertido de Garabandal?

Al final la respuesta nos la da María en su triple dimensión, a saber: educadora, eucarística y escatológica. La actuación no tiene desperdicio se mire por donde se mire. Y en este escenario donde alrededor de la Madre se mueven sus cuatro hijas; una de ellas va a ser la depositaria de una experiencia única y poco conocida, por la mayoría de la gente. Me refiero en concreto al milagro de Mari Cruz.

Personalmente pienso, que, para conocer los momentos de más intensidad en el proceso de la salvación, que tuvo lugar en el pueblo de la montaña, tenemos que cogerlos de la mano de Mari Cruz y seguirla, viendo los momentos estelares de los acontecimientos. Como ya va siendo habitual, vuelvo a meter en mi magnetofón, la cinta grabada por don Plácido Ruiloba, en casa de los padres de Mari Cruz. La voz de su madre Pilar, suena fuerte y segura, dentro de la humilde cocina y en compañía de su marido el cual, en contadas ocasiones, interviene en el diálogo. Concretamente me refiero al instante producido por la visita de un mendigo a su casa. En un momento de la conversación entre el pobre y la madre de Mari Cruz, se le oye a este último narrar los acontecimientos,

(Pobre) - Claro que pido… no crea usted, con un día tan malo que traje. Yo no pido por pedir, pido a esa Virgen que anda por aquí, a la que fui a rezar anoche a los Pinos… y he vuelto esta mañana.

(Pilar, madre de Mari Cruz) - Y yo pregunté a unas casas… y había pedido (en) muy pocas casas. Y yo que vi aquello… y que no tenía para dar, ni pan ni nada y Mari Cruz dice, "hay para el pobre… para el pobre… (ella tan contenta), para el pobre, aquel duro". (Por lo visto Mari Cruz encontró en el suelo de la cocina de forma inexplicable, un duro de los antiguos de cinco pesetas)

(Pilar) - Yo pesqué el dos (típica expresión montañesa) y fui corriendo donde este (se refiere a Escolástico su marido) a contárselo… que había pasado aquello, tan nerviosa, Dios mío que había sido un milagro y que mayor milagro de aquello para mí. Yo que no tenía… y ella… que aquel duro para el pobre y no teníamos más que cuarenta céntimos… todo eso me pasó.

(Plácido Ruiloba) - Y tú… ¿qué dices de esto, Escolástico?...

Pero no nos precipitemos y comencemos por el principio de la historia.

Son las 4:15 de la tarde cuando entro por el portal donde en la primera planta se encuentra el taller de costura de Plácido. Prefiero utilizar la escalera en lugar del ascensor para acceder al piso. Es una casa antigua pero señorial, en la zona central de Santander, muy próximo al Ayuntamiento, en cuya plaza he dejado aparcado el coche. En la planta -2, parcela 218. Al salir cojo el ticket para pagar después.

La puerta de la sastrería en el primer piso, está doblemente protegida mediante una verja metálica, que permanece cerrada, indicio de que mi anfitrión no ha llegado todavía. También la luz apagada del dintel donde se puede leer "Sastrería La Moderna "me confirma que tengo que esperar. Aprovecho para seguir

subiendo por la escalera y fisgonear la naturaleza de los materiales nobles empleados en la construcción. Siento que estoy pisando los mismos peldaños que tiempo atrás los antepasados que vivieron en la regia mansión, lo hicieron con sus sandalias. Hay un ligero olor a cera, que me confirma que la han empleado para dar lustre al suelo, el cual me resulta ligeramente resbaladizo. Continuo con mi ensimismamiento hasta que al cabo de unos minutos escucho el ruido producido al correr la verja. Me sorprende y me saca de la fantasía que estaba viviendo entre aquellas paredes tapizadas de puertas y maderas nobles. Bajo sigilosamente; no quiero que me descubran.

Cuando llamo a la puerta un sonriente Plácido me recibe portando una pequeña cinta antigua de magnetofón, de aquellas de bobina en la mano.

-Te estaba esperando, -me dice- para que puedas escuchar hoy unas declaraciones de Pilar, la madre de Mari Cruz.

Mientras entro en el local, me va poniendo al corriente… -Había subido yo a Garabandal. Subí con el magnetofón portátil Grundig que me trajeron unos primos marineros de Holanda. Pero luego te lo enseño y escuchamos la cinta. Ahora pasa y siéntate un momento, mientras miro un par de trabajos que tengo para las oficialas que vienen a coserme.

Me condujo hasta su despacho, una habitación al final del taller; la ventana daba a la calle por donde yo había venido minutos antes. No era muy grande la estancia, tal vez por la sensación que me producía los dos voluminosos armarios. Uno detrás de mí, y otro junto a la puerta de entrada. La mesa de madera donde se suponía que trabajaba estaba con papeles y muestras de tejidos. Volvió y cuando entraba comprobé que continuaba hablando con la jefa de las costureras; en las manos traía el magnetofón no más grande que una caja de zapatos, de color marrón claro.

- Aquel día, -continúa hablando- fui a casa de Pilar y de Escolástico, a que me contara cosas de Mari Cruz. Este magnetofón lo llevaba en una bolsa para que no se viera. Pasamos a la humilde cocina, donde Escolástico estaba sentado junto a la mesa de madera colocada en una esquina de la pared. Me acomodé enfrente de él, colocando con discreción la bolsa bajo la mesa, procurando que el micrófono no sobresaliera, no se viera mucho. No quería que supieran que les estaba grabando, no porque quisiera robar su información, sino para que se manifestaran con toda tranquilidad. Pilar se colocó de pie, recostada contra la chapa de leña, enfrente a nosotros.

Mientras me iba relatando los acontecimientos que sucedieron en la pequeña cocina, mi anfitrión iba colocando una bobina de cinta magnetofónica en el pequeño aparato, enganchando el comienzo de la cinta en la opuesta bobina vacía y que servía para recogerla, a medida que se iba reproduciendo. Después de dar a Play, la voz de Pilar comenzó a sonar ronca mezclada con ruidos y chasquidos. Era una voz nerviosa, muy rápida y donde repetía constantemente, lo que ya había dicho.

En este momento en que trato de describir las conversaciones que se intercambiaron entre Plácido, Pilar y Escolástico, recurro no a la cinta, que, por supuesto saqué copia de ella, sino a unas notas mecanografiadas de la época.

Hay que tener en cuenta que todas las noticias y sobre todo las cintas con grabaciones, eran "oro molido". No se podrían copiar, como hacemos hoy en día. Eran originales y punto.

La forma de poder conocer su contenido era transcribiéndolas, mecanografiándolas, a medida que se escuchaban. Y las descripciones mecanográficas, se hacían sobre un original con cuatro o más copias debajo. Utilizando los famosos papeles de calco, las copias eran en un papel muy fino, y los críos como yo, las utilizábamos para calcar o hacer dibujos, de transparentes que eran por supuesto y por su poco gramaje.

Así pues, recurro a una de esas copias, que ahora tengo delante, para resumir su contenido. Son unas cuartillas, la mitad que una hoja normal (una Din A-5), donde las faltas cometidas con la máquina de escribir, dificultan la lectura. Están transcritas todas seguidas y tal cual están las copio. Únicamente haré unas pequeñas aclaraciones, indicando donde comienza Pilar, Plácido o Escolástico, para facilitar su lectura. En primer lugar, describo como fue el episodio de Pilar, con el pobre que toca a la puerta pidiendo limosna. Lo que se vino a llamar "el milagro de Mari Cruz".

Pilar. - *Y va… y me dice: picaron a la puerta. Por la mañana, yo me levanté, y estaba haciendo el desayuno. Aquí, a la puerta. Me dijo: Ave María purísima. Y yo contesté. Sin pecado concebida. Pero el señor se conoce que no dio tiempo; que estaba, la puerta cerrada, que no la había abierto todavía y marcho. Y se fue, y ya cuando salí yo, ya marchaba el pobre. Y le digo yo a Mari Cruz., ¡Ay! digo, no tengo nada más que cuarenta céntimos para darle, es una miseria, cuarenta céntimos no es nada, digo yo así No, no, dice ella. - Que le voy a dar-, todavía de noche… y nada. Y después se levantó, se levantó de la cama y vino a la cocina, y dice ella: … A, sí pues eso…, que quería darle…, que cuando volviera el pobre, que ella quería darle el*

almuerzo de ella. Y nosotros teníamos poca leche, cuando aquello, teníamos poca leche. ¡Ay!, si esto… ¡qué milagro!... Y va y dice ella, -lo apañe aquí, lo apaña aquí, en el suelo. Donde, ¿aquí arriba? -Ahí mismo, en el suelo-. Pero en el suelo, no había un duro. Pero la cuestión es que yo no la había visto agacharse. Conque yo allí y ella allí, yo tirada en el suelo, pues yo ya la veo agacharse, pero que no la vi agacharse. Yo no contaba con un duro allí. Ni hablar, de que iba haber allí un duro. Y ella… todavía hoy, no quiero dice. -Lo encontré en el suelo, lo encontré ahí, en la cocina, ese duro lo encontré en la cocina-, y en esto va y dice ella, -pues toma, y dale también los cuarenta céntimos dice ella-.

Tenía yo los cuarenta céntimos allí, que eran los cuarenta céntimos aquellos. -Dale los cuarenta céntimos. Al cabo de un poquitín, ya baja el pobre pa bajo, ya iba por ahí. Y en esto que va por ahí, salgo yo, y le digo: ¿No picó usted aquí antes? Le digo al pobre. -Sí señora-. Digo, pues tenga, tenga la limosna. -Dios se lo pague, dice él. Dios se lo pague. Aquí estuve también el año pasado, por… pero, es que, -dice él- que he venido aquí, por… he venido… Claro que pido, -dice él-. Pero no crea usted que he venido, ¡ay!, Un día tan malo que traje. No he venido por pedir. He venido por pedir sí, pero es a esa Virgen que anda por aquí.

-Y ya fui anoche a rezar a los Pinos, y he vuelto esta mañana. -Dijo él así. Yo he venido a pedirle a esta Virgen que hay aquí, no crea usted que venido… Y después pregunté yo, y había pedido muy pocas casas, en muy pocas casas, y muy pocas casas pidió el pobre. Y para haber venido tan temprano: mire usted lo que pasó.

-Yo no hago más que ver aquello, y que ella… ¡Dios mío!, que lo había "apañao" allí. Y yo que no la había visto agacharse, ni nada. ¡Ay! dice ella así, ¡Ay! Dios mío, -"Pa" el pobre, "pa" el pobre-. Tan contenta ella, para el pobre aquel duro. Yo pesqué el dos, y fui corriendo donde éste a contárselo, que me había "pasao" todo aquello, toda nerviosa. ¡Dios mío!, que fue un milagro, para que quiero mayor milagro para mí. Yo que no. Y ella que no tenía, encontrar aquel duro para darle al pobre. Que ella, quería darle primero, que antes que dejarle sin nada, quería darle el almuerzo. Yo que no encontraba…. Y ella que encontrase aquel duro para darle al pobre. Ella quería darle el almuerzo, claro. Solo teníamos los cuarenta céntimos. Y todo eres lo pasó… ese caso nos pasó.

Plácido. - ¿Y usted qué dice de esto Escolástico?

Pilar. - *Yo fui a decírselo a este. Y dice…*

Plácido. - Calla, calla. Y Escolástico… ¿cuándo se lo dijiste, que dijo? ¿Qué dijo usted Escolástico?

Escolástico. -Yo, yo… como a esta la conozco, que igual cree, que no cree en nada, que tal y que cual; aquel día se puso tan aquel. Puede ser, digo. Si es que hay Virgen y hay Dios… tiene poder para hacer todo lo que quieran…, ¿verdad?

Plácido. - ¡Claro!

- Eso, eso. Es que como algunas veces… Pues es que es verdad; yo he tenido muchas dudas, para que va a ser más claro el agua. Dudas hemos tenido todos. Unas veces… ¿Porque va a ser esto, si no? ¿Cómo va a ser esto?… Y otras, veces digo… ¡Ay Dios mío?, Aquí si no hay nada. Yo le digo la verdad. Yo he tenido muchas dudas, para que va a ser, más claro el agua. (Y volvió a repetir). Dudas, hemos tenido todos. Unas veces… porque va a ser esto, ¿si no, ¿cómo va a ser esto?… Y otras veces digo ¡ay Dios mío!, Aquí no hay nada. Yo le digo la verdad. He dudado muchísimo… Y a veces he creído. Digo: ¿por qué no va a ser?, digo a veces. Y otras veces digo. ¡Ay Dios mío! Que esto no me parece a mí de la Virgen.

Pilar. - *¡Ay!, Eso también tendría que ser. Eso Felicidad, lo cuenta bien… ¿y qué fue? Que fue Mari Cruz. Si Mari Cruz, esto fue… ¡Que caso oiga! Vino por ahí…*

-Mire, le habían "mandao" a las otras chiquillas un par de zapatos, y a Mari Cruz no le trajeron zapatos. Y en esto vino un señor y dijo: -Qué patriotas hay aquí, ¿quién vino aquí, haciendo estas cosas con las niñas a unas así y a otras no. Esto no se hace. No sé qué, y viene y llama a Mari Cruz, y dice: -Para que compres unos zapatos más bonitos que las otras, y la da trescientas Pts. Y contesta Mari Cruz: -No señor no, si a mí ya me los ha "comprao" mi mamá en Torrelavega. Al señor aquel. Y el señor aquel, fue maravillado con aquello. Y dice: -Que sí, que tiene que ser para ti. - Bueno, pues yo te las doy las trescientas Pts. Si no las quieres para zapatos, se las das a tu padre, a tu hermano, a tu madre; al que quieras tú le das las trescientas Pts. -No señor no señor. Si es acaso a Felicidad-. ¿-Y quién es felicidad? Pues felicidad, es la mujer de ese que estuvo enfermo. Esa misma. Le dijo las trescientas Pts. Verá usted. Y fue y le dijo…, dice Felicidad…. Y que fue, que fue Mari Cruz. Sí, Mari Cruz esto fue… ¡Qué caso, oiga! Vino por aquí, mire les había "mandao" a las otras chiquillas un par de zapatos a cada una, tres pares de zapatos. Y a Mari Cruz, no la trajeron zapatos. Y en esto vino un señor.

¿-Y quién es Felicidad? Dice ese señor… Pues una señora que tiene muchos niños, y los tiene mal vestidos. Pues vamos a ver. Marchó señor con ella. Y la dijo: -toma, pues se las tienes quedar tú. Y llamó a Felicidad. Que cuenta: - Yo que me llama: Felicidad-, la llamó, -baje. Pues sube, sube. Y dice: -tome esto. ¡Ay!, ¿pues cómo… y de

quién? No, yo no, yo no ¡he! De ese señor que está abajo. Eso hizo Mari Cruz. Eso hizo muchas veces al principio. Sí, sí, para eso sí, yo digo ha hecho muchas cosas de esas.

Plácido. - El pobre se marchó al día siguiente, ¿no? Se marchó al día siguiente por la mañana. Vino él pues, y mañana a la mañana al día siguiente, pues marchó para allá abajo. Si a mí me dijeron unas niñas, que le habían visto rezando en la calleja a las primeras apariciones. Sí, se ve que sí. Ah, que viene, pues una vez lo he visto yo.

Pilar. - *El año pasado vino una vez por ahí. Si ha "estao" otra vez ya. Lo dijo él, sí, a mí me dijo eso, yo le he visto y no sabía quién era, ya ha estado aquí el año pasado otra vez, dice él: -claro que ando pidiendo, pero no creáis … Que vine por pedir a esa Virgen que anda por ahí, mis cosas, para mis cosas. Vino a pedir. Fui anoche a rezar y volví esta mañana. Eso me dijo.*

Plácido, - Sin embargo, aquí ocurre una cosa…, la gente del pueblo, todo el mundo coincide, en que los éxtasis más bonitos, eran los de Mari Cruz. Todo el mundo coincide. Quizá al principio todos fueron bonitos. Lo que pasa es que ya cuando Mari Cruz dejó de tenerlos, pues, hubo algunos, bastantes éxtasis que los hicieron ellas por su cuenta. Eso está comprobado. Sí, esto a la gente…, después ya, comparados aquellos, que a lo mejor no eran éxtasis como los de Mari Cruz, y digan que los de Mari Cruz eran los más bonitos. Bueno, que ellas no lo puedan hacer está comprobado. Si ellas no lo pueden hacer… ¿Eran éxtasis? ¿Qué era? Que volvemos aquí a lo de siempre.

Pilar. - *¡Ay! ¿Es lo que digo yo… así?,¿es lo que yo digo? ¿De dónde ha venido esto así? ¿A ver? Ellas no podían hacer esto. ¿De dónde viene?*

Plácido. - Ahora Conchita es una moza, la otra es una moza, Mari Cruz…, pues también es una moza. Pero al principio… Tú no has venido aquí. Al principio de todo Mari Cruz era…, es que era, era una "ratuca". Mari Cruz… es que era. Sí, sí, sí, es que era una cosa… que no.

Pilar. - *Mire, cuando vino aquí el señor cura, don Amador. Siempre decía. ¡Ay! qué bien, dice, si es la Virgen, cuanto mejor es que viva despreciada. ¡Ay Dios mío!, decía él. Decía él así. Bueno, pero eso no tiene nada que ver, cada quién… No tiene nada que ver. Pero… eso, cuando vino aquí un señor decía del señor cura que mandaba a don Valentín para que viniera don Amador. Don Amador sí.*

- Pues eso, cuando me dijo a mí; que a Mari Cruz que no iría a las 6:00 de la mañana a rezar a la calleja, que, si quería rezar, que iría a las ocho o a las nueve. Que

aquellas horas eran la muerte; ella conmigo y yo con ella allí. Que no y una mañana estaba en la cama y le digo yo: Mari Cruz, me dijo don Amador, que no irías a las 6:00 de la mañana. Y que llegarán las 7:00 de la mañana, y que ella estaba en aquel, que no quería quedarse en la cama, pero estaba nerviosa en la cama, no estaba ella en su aquel.

- Ella…, se veía que no estaba conforme a ella. Y otro día me dice: -bueno mamá, yo no te mando que tú vengas conmigo a la calleja; pero yo mañana voy a ir a rezar. Si tú no quieres ir-… Le pareció que era… que yo quería ir. -Si no quieres ir tú, no vayas, pero yo voy. Tú estate en casa, dice así; pero yo voy. Y después don Amador ya le digo yo: mire don Amador, a mí me pasó esto con la chiquilla, que me dice que, si no voy yo, que va ella sola. Y yo, sola no quiero. Quiero ir yo con ella, digo yo. A si es que me dijo él., me contestó: - Pues déjala, déjala, déjala.

- Y después un día… No había visto a ninguna…, pues que vio a Conchita, y después aquel día vio a Mari Cruz. ¡Ay Dios!, lo que hizo con ella, con la linterna, usted no sabe lo que… ¡Ay Dios mío! Yo sufría muchísimo. Usted cree que se puede meter la linterna en los ojos, y zis, zas, zis, zas. Ni la hizo pestañear, ni la hizo quitar el éxtasis, ni nada. Y el tiempo que estuvo. Nada, nada y él fue a la casa de Tiba. Y él fue "asustao". Dijo que él ya iba "asustao", que él no se volvía a meter más allí, que él veía una cosa… allí…

Plácido. - Las cosas más bonitas, que más le han impresionado, y lo que más bonito le ha parecido de los éxtasis, cuáles han sido, así a usted Pilar.

Pilar. -*Pues mire, la cosa que a mí me ha gustado más a mí de ella, ha sido una cosa. Un día que fuimos a rezar a la calleja, y estábamos allí… y estaba allí, mi hija y yo y no sé quién más…, que en la mañana había mucha gente de fuera, que iba mucha gente a rezar. Y resulta que tuvo el éxtasis ella allí. Y en aquel éxtasis quedo ella allí en éxtasis, y tan contenta, se puso ella aquella mañana. Y dice ella así: - ¡Ay Dios mío!, gracias a Dios… No sé cómo dice ella. Gracias a Dios que viniste. Que me decía las otras, que yo no te volvía a ver, que no te volvía a ver-. Y con una cara tan emocionante. Y con aquella satisfacción. Aquel éxtasis fue, el que más me gustó a mí, aquél me emocionó a mí de una manera, como no se puede ir tan contenta dice: ¡Ay! que las otras me habían dicho que yo no volvía a ver a la Virgen y ella al volverla a ver… ¡Ay gracias a Dios! dice yo que me decían las otras, ya me decían que no te volvía a ver y aquel día estaban… De todos los que ha tenido, ese fue el que más me gustó. Es que fue un éxtasis emocionante.*

3ª Parte. Capítulo VI. MI AMIGA MARI CRUZ

La primera vez que coincidí con Mari Cruz en Avilés, nos despedimos al tener que ir a las seis de la tarde ella a rezar el rosario. La segunda vez que me encontré con ella, venía a rezar el rosario a Garabandal. El rosario de la aurora a las seis de la madrugada.

Yo había llegado con Charo al pueblo de la montaña a primera hora después de comer. Lucía nos tenía preparada una habitación doble con baño en la primera planta. Las contraventanas de madera estaban abiertas y veíamos el tejado de la iglesia. Teníamos intención antes de cenar de hacer una visita a Paquita y a su hija Fátima, quien por esas fechas venía para hacer compañía a su madre. Después de charlar durante más de una hora, volvimos a nuestro refugio. Cuando llegamos ya había varios comensales terminando, en las mesas corridas de madera, de la pequeña salita que hacía de comedor, en la pensión. Fue Doro (marido de Lucia) el que nos dio las buenas noches.

Nos sacó una sopa de fideo, bien caliente que agradecimos, pues la humedad y el frío de la calle nos obligó a volver rápidamente a la guarida. Después, segundo plato; fueron unas pechugas de pollo con patatas fritas. Para beber tomamos agua; aunque había vino, no teníamos costumbre de consumirlo. El postre fue un yogur de fresa.

Subimos a la habitación a través de una estrecha escalera de madera. Nuestro dormitorio estaba al final del pasillo a la derecha.

Por el suelo, en los peldaños y en las esquinas, se amontonaban libros religiosos y objetos de los que utilizaba para la venta en la tienda de la planta baja. Mientras Charo se desmaquillaba y se ponía el pijama para ir a la cama, yo me vestí para asistir a la misa del gallo, que comenzaba a las once de la noche. Preparé también la pequeña grabadora Olympus, y tapado hasta las orejas me dirigí hacia la verja del templo, que distaba no más de tres minutos andando. A menudo me sucedía, y sobre todo por las noches, cuando me encontraba en el atrio del templo, sentir un escalofrío pensando en las ocasiones en que las niñas tenían visiones allí mismo, delante de la puerta, cerrada por orden del obispo de Santander. Unas vibraciones que habían permanecido durante más de cuarenta años y todavía, era

capaz de captarlas. Sí, sensaciones difíciles de explicar pero que me producían una grata paz interior.

El templo estaba caldeado por cuatro estufas de las portátiles de butano. De las llamadas "catalíticas" porque no sacaban llama. Era una combustión que ponía al rojo vivo una porosa placa cerámica situada en su parte frontal. Durante la hora y media que duró la ceremonia, se fueron sucediendo los cantos, las lecturas bíblicas, la bendición del agua, el rito de encender el fuego y finalmente la Pascua de Resurrección con el volteo de las campanas y el regocijo del saludo de todos los fieles participantes en la celebración.

Al finalizar, regresé al calor de la pensión, para acostarme y tratar de dormir lo antes posible; el rosario de la aurora comenzaba a las seis de la madrugada y tenía intención de grabarlo para luego compartirlo entre las amistades que no habían podido asistir, a esos momentos de piedad mariana, a la vez que volvería a reencontrarme con Mari Cruz, que me había asegurado que asistiría al rezo por las calles del pueblo. Cuando entré en la habitación Charo ya estaba dormida. Procuré no meter ruido y a oscuras me coloqué el pijama y me puse el despertador de muñeca para que sonara a las 5:30 a.m. No tenía más que cuatro horas para dormir, así que había que aprovechar el tiempo.

La hora de levantarme llegó rápida; a tientas, encerrándome con la luz del cuarto de baño para ver un poco, me vestí y me calcé lo más rápidamente posible. Provisto de una pequeña linterna abandoné el calor del cuarto, bajando las escaleras sin meter ruido, para no molestar a los huéspedes de las habitaciones contiguas. Salí por la puerta trasera, después de cruzar el comedor donde habíamos estado cenando.

Al abrir la puerta del callejón, una bofetada helada del aire exterior me vino a saludar. Faltaban todavía diez minutos para la concentración, que se preveía no muy numerosa.

Ya en la calle por encima del tejado de la casa contigua a la posada, entre un pequeño claro de las nubes, asomaba una tímida luna, que poco a poco iba desapareciendo ocultándose entre grises algodones. El perro que por la tarde había estado paseando por la improvisada plaza, andaba vagabundeando indómito, entre los coches aparcados enfrente de la tienda de los objetos religiosos.

Me fijé en el banco de madera, desgastado y oscuro, situado en el zaguán de la casa contigua a la pensión y que veía a través de la puerta entre abierta. Me traía la imagen del lugar donde se conversaba y olía a flores. Por el centro de la calzada

discurría una pequeña regata de agua procedente de los tejados y de la fina lluvia que no cesaba de caer.

Súbitamente, tras el recodo de la parte superior de la calle, surgieron dos espectros, tapados por una especie de manta hasta la cabeza y con un par de botas a prueba de agua y de barro, muy adecuados para la madrugada que nos ocupa. Por la escasa luz del lugar, caminaban también rápidas, hacia la puerta de la iglesia otro grupo de unas cinco personas que brotaron de entre la noche que se unieron, transitando juntos hacia la iglesia, lugar fijado de reunión para el comienzo del rosario. Serían unas veinticinco personas las que nos encontrábamos junto al muro de la iglesia, cuando el reloj de la torre parroquial dio seis sonoras campanadas. Como accionada por un resorte, Mari Carmen la hija de Maximina, comenzó a rezar el padre nuestro, del primer misterio glorioso. Cogidas del brazo, con otras cuatro mujeres, encabezó la comitiva y con el canto de la primera Ave María, empezó a moverse como gusano gigante, la comitiva en dirección a la calleja situada en la trasera a la pensión de Lucía, pasando entre unos carros y el muro de la iglesia.

No me había dado cuenta, tal vez por la falta de luz, tal vez por la preocupación de encender la grabadora y colocarme en la parte delantera de la pequeña procesión, pero un par de metros detrás de mí, iba con un rosario grande y con capucha que le tapaba toda la cabeza, Mari Cruz. Le hice con la mano un pequeño saludo, al cual ella respondió con otro similar. Fue todo el contacto que tuve con ella durante los cincuenta minutos que duró el rezo.

Caminamos entre las “estrechucas callejas” procurando no pisar las boñigas de vacas, que a veces resultaba difícil de sortear por la casi total oscuridad y la poca luz que nos daban las linternas. Pasamos delante de la casa de Tina (mujer de Pepe) y giramos a la izquierda, caminando paralelos al muro de piedra que delimitaba el prado que se extendía a la derecha hacia los Pinos. Los sonidos de los cánticos resonaban en el silencio de la noche y a medida que la comitiva avanzaba, me iba fijando que más vecinas del pueblo, se iban sumando al grupo. Alguna de ellas vino portando una pequeña hornacina con la Virgen; me recordaba mis tiempos de adolescente en casa de mis padres, cuando en la comunidad nos íbamos pasando por toda la escalera, la de San Antonio, donde se depositaba alguna moneda, como limosna para los frailes franciscanos.

Al llegar a la altura de la casa de Paquita, la comitiva se tuvo que estrechar, pues la anchura de la calleja no permitía más que el paso de una persona a la vez. Desembocamos a la altura de la vetusta y pétrea fuente de agua de manantial, enfrente de la antigua casa de Conchita. Se hizo un alto para cantar la emotiva

estrofa, que a mí tanta extrañeza me producía, el Gloria propio de aquella gente montañera.

“Gloria al padre sea dado,

Gloria al hijo soberano,

Por los siglos infinitos,

Gloria al espíritu Santo”

El Padre Nuestro, comienzo de la siguiente estación, fue rezado por el padre Arteaga. Este año se encontraba en Garabandal, ejerciendo la función de párroco suplente (el oficial, había cogido unas pequeñas vacaciones para ir a su pueblo natal) y estaba encantado con su labor. Jubilado como era, venía de descanso un par de semanas al pueblo de las apariciones. Habitualmente residía en Madrid, en una fundación de ciegos. Por eso, decía con cierta sorna “Yo vivo en una casa donde no me pueden ver “

Dimos más vueltas por el pueblo cantando a la reina del cielo desgranando Avemarías que nos sabían a gloria, pasando por la zona de la comunión visible.

Llegado al final del misterio se cantó, un poema dedicado a los perezosos.

“Oh cristiano que quieto descansas,

en cama mullida con comodidad.

Luego, luego despierta y atiende,

a lo que tu ángel diciendote está”

“Cristianos venir, devotos llegar,

a rezar el rosario a María,

no tengáis pereza para madrugar

A rezar el rosario a María,

no tengáis pereza para madrugar”

Por delante de la casa de Loli llegamos hasta la fuente del indiano. Todos los vecinos querían que pasáramos cantando por delante de sus casas. Tras esto, aterrizamos a la altura de la casa de Jacinta y nos dirigirnos a la salida del pueblo cruzamos delante de la humilde vivienda de Mari Cruz, para finalmente dirigirnos al cementerio.

La verja crujió con un ruido tenebroso al empujarla, como un dragón herido. El campo santo se encontraba en total oscuridad, apenas visible con la tenue luz, como he comentado, derramada por las linternas que acarreábamos. Ya había empezado a amanecer, pero a duras penas podríamos sortear las cruces de piedra que sobresalía del suelo.

Se oían los pájaros madrugadores que llamaban al inicio de una nueva jornada. También el sonido de un avión lejano se percibía en el impresionante silencio que se produjo al rezar de forma interiorizada, por los difuntos del pueblo.

Una vez terminado el acto religioso y más distendidos, salimos del campo santo en un perfecto desorden; hablando de los acontecimientos a preparar para el domingo, o sea para después. Unas que iban a preparar el chocolate…, otras que iban a por ropa para el "Judas" que se colgaría y daría fuego a las doce, después de la misa mayor, en la plaza. Una que tenía la paja para llenarle la tripa, otra que tenía unas playeras viejas para calzarle al traidor. Todas tenían algo que hacer.

Al final, pude ir a saludar a Mari Cruz que permanecía rodeada de gente que yo no conocía. Me citó para vernos después de comer en casa de Pepe.

Yo iría con Charo y ella iría con Ana, una buena amiga y con su hijo pequeño.

Apagué la grabadora y me volví a la pensión, disfrutando de las dos horas de sueño que me esperaban, antes de bajar a desayunar. Serían ya las tres y media cuando salimos Charo y yo de la posada en dirección a la casa de Pepe, que distaba andando unos tres minutos, cuando coincidimos con Mari Cruz, que también acudía puntual a la cita. Como si solo hubiera transcurrido un par de días desde nuestra despedida en Avilés, comenzamos a charlar de una forma distendida comentándonos que había venido en el coche de Ana, su amiga y con su hijo pequeño. No me acuerdo de su nombre, en este momento que relato los afortunados instantes que viví, camino de la casa de las cachabas, como me gustaba llamarla, pero ya me saldrá.

Pepe nos recibió en la salita que tiene al fondo del oscuro pasillo de la planta baja de su casa. En el sofá justo al lado de la única ventana de la estancia, estaba Ana, sentada con su hijo José (ahora sí). Con una sonrisa se levantó y nos saludó, lo que nos facilitó grandemente el intimar a los pocos minutos.

La conversación intrascendente al principio partió de Pepe, hablando emocionado y con una exactitud increíble; yo veía que disfrutaba con ella a la vez que Ana y Mari Cruz asentían al monólogo con cara sorprendida, pues desconocían parte de los detalles que iba narrando nuestro anfitrión. Todas las anécdotas se referían a los sucesos ocurridos durante los primeros meses de las apariciones.

Mari Cruz escuchaba y guardaba celosamente toda la información que salía de la boca de Pepe. En silencio, como le gustaba a ella hacer las cosas. Sin ningún tipo de notoriedad. Igual que en el tiempo de las apariciones. Cuando ella quería estar a solas sin espectadores alrededor.

En ese momento Pepe se paró y dirigiéndose a mí me dice. -Tú tienes una cinta grabada por Plácido, donde sale ese señor de Madrid que le quería poner a Mari Cruz una casa en el pueblo. ¿Te acuerdas?

-Claro que me acuerdo-le respondí-y además la tengo en el coche. Esperar unos momentos que voy a por ella y en dos minutos estamos escuchándola.

Y dicho y hecho. Traje la cinta que guardaba en la guantera; en el reproductor de cintas de Tina, la colocamos para escucharla y de nuevo surgió desde el pasado, la voz ronca y apresurada de Pilar, la madre de Mari Cruz relatando sus vivencias con su hija.

- Estando yo en Torrelavega, se quedaba ella en casa de su tía, estaba Josefa y dice que vino aquí a casa, no sé a qué, no sé a qué vendría aquí la chiquilla. Mire usted si lo hacía para que la viera nadie, que estaba sola y tardaba mucho en venir, y vino la prima, y la encontró aquí, sola en la cocina, en éxtasis. Y salió la prima, ¡Ay, que está Mari Cruz aquí! Aquí mismo, sola eh. Y ya el tiempo que estaría aquí.

- Ve usted lo que dicen… ¿Qué, que soy yo? ¿Lo hacían ellas para que las vieran nadie? ¿Lo hacen ellas para que lo vea nadie? Pues, no crea, se escondía ella en su rincón para, ver a la Virgen sola, y que nadie se diera cuenta, estar allí mirándolo.

- Otro día fue mi Milia, que iba a llevar la comida a la de Cuenca, a un invernal, por allí arriba y la encontró extasiada en los Pinos, también sola. Ahí, "soluca" del todo, también estaba allí. Y ella encantada y volver a ver cuándo, cuando se la pasaba aquello, y veía ahí algunos…

- Al principio sí, era por la tarde casi… al principio sí, el primer año era eso. Y vino aquí una vez mi hermana, y a mi hermana, la asustó. ¡Ay!, que no, que no. Y no lo creía y ¿lo qué es esto?, que tal y cual.

-Y ahí mismo, en el balcón… ¡Ay!, dice mi hermana.

- María Santísima, dice ella, fui a tocarla y a levantarla y a todo eso; como estaba la chiquilla, y se asustó. ¡Ay!, Sí que algo hay aquí. No quiere que la pregunten nada, ni contesta nada, y a su padre, cuando la va a preguntar algo su padre…, que ahora no se lo pregunta, ya no se lo preguntamos.

- La cosa que hace (se encoge de hombros). Bueno., tú dices que lo explique por qué lo hacía, ¿cómo hacías tú eso?, hazlo ahora, ¿por qué lo hacías? Se encoge de hombros y no contesta más que esto.

- Vino un señor de Madrid y la dijo: - Bueno, si vuelves hacer lo que hacías te pongo esta casa con un chalet y te compro un coche y te doy lo que quieras. Eso, eso.

Plácido ¿-Y ella que dijo?

- Nada, nada se encoge de hombros y dijo que no había nada que hacer, que no podía hacerlo, ¡hombre claro! usted comprenda que aquello, ¿podía hacerlo, o no podría hacerlo? Eso dígame lo que quieran a mí que no hay quien lo haga. ¿Podría usted cree que una persona va aguantar? Una vez estuvo dos horas y media Mari Cruz, dos horas y media estuvo, ¿eh?

Plácido - ¿Dos horas y media estuvo Mari Cruz por última vez?

- Dos horas y media estuvo he. Que no es ninguna broma dos horas y media. ¿Quién aguanta dos horas y media de la manera que estaba ella? ¿Y quién se cae en una piedra y no se “espedaza” aquella rodilla?

- En piedras cortantes que… Una vez cayó en una piedra… que don Emilio Valle llevó aquella piedra.

Plácido - ¿Ah, la llevó?

¿La llevó donde Emilio… ¿Aquella piedra porque estuvo arrodillada, no sé cuánto fue, tres cuartos de hora casi, -pero calle-, en una piedra cortante eh?

- Una piedra cortante con un corte, y después se me levantó y miraba la rodilla y cogió la piedra, y… -Esta piedra la llevo yo – dijo él. ¿Cómo está piedra, esta criatura aguanta aquí, esta niña no rompió la rodilla aquí, decía él…

Plácido - Las cosas del principio, al principio algo hubo… Sí, sí…, no podía fallar una cosa, aquello era una cosa…

- Pues yo le voy a decir, que Mari Cruz no fingió, le aseguro a cualquiera que Mari Cruz no fingió Mari Cruz… calla y …

Plácido - Lo sé, lo sé que calla. Y usted ¿cómo lo sabe?

- No hace más que encoger los "hombrales".

- Mari Cruz, que no, que no, de milagro nunca ha dicho nada, ella no sabe nada de milagros. Aquello del mensaje, sí, que estuve yo allí, nada más… Ya lo veréis, ya lo veréis.

Padre de Mari Cruz. -Pues verás, estando yo arriba, nos reíamos, porque traes cuento, que traes ahí, tal y cual y dice ella. -Pues os reís, algún día lo veréis…

- Bueno y al final al cabo las cosas de la Virgen, yo pienso "paz" mí ¿quién las comprende?

Plácido - Puede que tenga que ser así, puede que ella no pueda decirlo, usted ha dicho eso, que tenga que ser así, que tenga ella que hacer eso…

- Puede hacerlo ella, ¿quién lo sabe? y por qué no lo hacen otras igual pueden hacerlo unas que otras también. ¿Por qué va hacer la Virgen?, quiero decir, esta aparición lo mismo que otras, lo que les parezca, como mejor convenga. De esto no se puede decir nada tampoco, ¿no?

Plácido. - ¿Don Valentín no dice nada?

- D. Valentín, no pregunta nunca nada, dice que algo ha "hubido" aquí, algo ha "hubido" aquí, que no sabe qué, como decimos todos. Que algo ha "hubido" aquí, que ¿qué?, que no sé.

- Claro, es una cosa, que nadie sabe…

Cosas que nadie sabe, ni nadie comprende, no lo entendemos por más que nos lo repitan. Ya en tiempos de la antigua Grecia, los filósofos opinaban igual y trataban de dar alguna explicación al tema del conocimiento. Por ello no quiero concluir este capítulo sin mencionar el famoso "Mito de la caverna" para ilustrar la postura de muchas personas ante la presentación de un nuevo conocimiento.

Como sabemos el Mito de la caverna de Platón es una alegoría acerca de la realidad de nuestro conocimiento. El filósofo crea un mito para enseñarnos en sentido figurativo que nos encontramos encadenados dentro de una caverna, desde que nacemos, y como las sombras que vemos proyectadas en la pared configuran aquello que consideramos real.

Platón, nacido en el año 428 a. C. usa esta alegoría para explicar cómo es para el maestro la tarea de guiar a las personas a la educación (conocimiento), intentando liberarlas de las ataduras de la realidad en la que vive. Recordar que, en el mito, Sócrates (maestro de Platón) habla con Glaucón al que pide que imagine a un grupo de prisioneros que se encuentran encadenados desde su infancia detrás de un muro, en el interior de una caverna. Allí, un fuego ilumina al otro lado del muro, y los encarcelados ven las sombras que proyectan los objetos y personas que se encuentran sobre este muro, los cuales son manipulados por otras personas que se encuentran detrás.

Sócrates le dice a Glaucón que los prisioneros creen que aquello que observan en el muro es real, sin darse cuenta que de que son solo las apariencias de las sombras de esos objetos.

En un momento determinado, uno de los prisioneros consigue liberarse de sus cadenas y comienza a salir al exterior. Éste observa la luz del fuego más allá del muro, cuyo resplandor le ciega y casi le hace volver a la oscuridad de dónde viene. Poco a poco, el hombre liberado se acostumbra a la luz del fuego, y con cierta dificultad, decide avanzar. Después, el hombre sale al exterior, en donde observa primero los reflejos y sombras de las personas y cosas, para luego verlas directamente.

Finalmente, el hombre observa a las estrellas, a la luna y el sol. El hombre entonces, regresa para compartir esto con los prisioneros en la caverna, ya que siente que debe ayudarles a ascender al mundo real.

Cuando regresa, el hombre no puede ver bien, porque se ha acostumbrado a la luz del sol. Los compañeros piensan que el viaje le ha perturbado y no desean acompañarlo fuera. Harán lo posible por evitar dicha salida, apedreando incluso a quien se atreva a intentar liberarlos.

Pero..., volvamos a la cocina de Pilar. Ya fuera de micrófono y cuando habría su corazón Pilar, se dolía sobre los comentarios injustos que Mari Cruz recibía por parte de los religiosos. Me refiero en concreto al P. Laffineur.

A modo de pequeña referencia traigo la conversación de la esposa del Dr. D. Celestino Ortiz y su cuñada Eloísa de la Roza, con Pilar (madre de Mari Cruz), el 17 de Junio de 1965.

- Fuimos a saludar a Pilar. En la conversación empezó a lloriquear diciéndonos: "- Que eran despreciadas, sobre todo Mari Cruz, por todo el pueblo "

- Nos parece que las aprecian como a las demás, y si fuera como usted dice, procure ofrecer al Señor su cruz, de esta forma, se encontrará más cerca de Él.

"- Pues Miren; ahora les voy a enseñar todas las hojas que andan por ahí, en que dicen; que nosotras éramos las que menos íbamos a la iglesia: Mari Cruz, ya le ha escrito una carta a ese… belga. Aquí está; le ha contestado bien, y se la ha dado en propia mano. Miren esta hoja, que él la ha dado con unas preguntas ".

- La leímos, diciéndoles: lo ha interpretado mal, "si las negaciones eran del demonio "no afirma, pregunta, que es diferente.

Las ha preguntado a todas las niñas, no a Mari Cruz expresamente.

"Pilar, sin hacer caso. - Que digan de mí, no me importa, pero de Mari Cruz… Y su padre… ¡Menos mal que le conoce todo el pueblo! Si muchas veces no iba a misa, era por el mal que tiene en las piernas; tenía que subir al invernal que está muy lejos, y bajar a misa y subir otra vez… Es casi imposible ".

- No se disguste por lo que digan, Dios que lo ve todo, si le ofrece sus sufrimientos, la premiará.

"- Aquí está la carta que le ha escrito al belga, es la copia, que la otra se la entregó en mano ".

- Nos la dio para leerla. Pareciendo un poco rara y muy fuerte, preguntamos; ¿sola ha escrito esta carta Mari Cruz?

"-Sí, sí, solita… anoche en la cocina la escribió; desde luego dice unas cosas… que yo nunca las he oído, ¡Porque eso de las Tablas de la Ley! Yo no lo había oído nunca… ¿Qué quiere decir eso?

- Mari Cruz fue a enseñársela a su padre al prao. Porque hablen de ella, ya les digo, no la importa nada, pero que digan mal de su padre… ¡Eso sí que no! Lloraba que se deshacía cuando vio esas hojas del belga, que andan por ahí; que dicen que su padre iba poco a la Iglesia antes.

- Él, le dijo, ¡para que escribes nada, hay que perdonar! ¡Con que hay que perdonar, ya está todo…! Yo no soy así.

- Los dos son igual si hubieran dicho de mí, no me hubiera importado, pero ¡válgame Dios, que cuenten eso de él! Bien le conocen en el pueblo y pueden decir como es.

- No sufra, Pilar, las hojas las ha interpretado mal, no tienen la intención que usted ve, esté tranquila, ella indignada:

"- Bien dice Mari Cruz en su carta, que ya hay aquí quien ventile esto, que no hace falta que venga del extranjero, que él arregle lo suyo… ".

- Y nos despedimos, nos agradeció amablemente la visita.

Por casualidad, revisando la correspondencia de las niñas videntes y en concreto de Mari Cruz encuentro una copia de la carta enviada al padre Laffineur que le fue reenviada a don Celestino Ortiz y a Eloísa de la Rosa.

Esta correspondencia está incluida en el Tomo II, recopilación de hojas numeradas de la 1 a la 258 por el señor Plácido Ruiloba, el cual gentilmente, me dejó fotocopiarlas

(Copia de la carta escrita por Mari Cruz… al padre Laffineur.)

San Sebastián de Garabandal 16 junio de 1965.

Sr. Belga.

Mi papá no le conoce a V.; ¿ni V. conoce a mi papá, y por qué? ¿Y quién es V. para juzgarle de esa manera? En este caso aprenda V. a obrar con un poco de cortesía y prudencia. Y piense también que en España ay muy bien quien solucionar esto sin que V. venga a hacer folletos o follones. Que aprenda V. los mandamientos de la Ley de Dios que son los que nos enseñan a no levantar falsos testimonios ni mentir.

Porque V. no sabe si el día 12 de septiembre de 1963 vi yo el último día a la Virgen, ni si la he visto alguna vez ni si la veo todos los días.

Recoja V. la tabla de la ley que la tiene V. tirada.

Firmado: Mari Cruz González

No conozco exactamente, a qué se refiere Pilar cuando hace referencia al padre Laffineur. Buscando en mi biblioteca, encuentro un librito titulado “La estrella en la montaña “del citado padre. En la página 306, hay una referencia a Mari Cruz y a su familia, que bien podría ser la que nos ocupa.
Transcribo …

……,

……..,

La familia de Mari Cruz reside excepcionalmente en el pueblo y deliberadamente es algo retraída respecto a la religión. Todos han podido observar que el padre iba poco a misa antes del 18 de junio de 1961 y hasta el 12 de octubre de 1962, fecha de la última APARICIÓN a Mari Cruz. En este caso, estos hechos manifiestan por lo menos una fe adormecida, que tenía que inclinar a no reconocer ninguna realidad a las “apariciones“ y hasta apartarse positivamente de ellas. Dos veces seguidas durante la noche, las otras tres videntes se presentaron delante de la casa de Mari Cruz. Cantaron una poesía que, bajo la inspiración, constituía un llamamiento de parte de la Virgen. La casa no se dio por enterada. Claro que esta actitud y juicio de adultos pesan psicológicamente con todo su peso sobre esta niña de 13 años. ¿No es verdad que sus denegaciones intermitentes pueden encontrar una causa suficiente en la prueba que tuvo que afrontar afirmando sencillamente la verdad? Esperemos que la Virgen misma fortalezca a Mari Cruz.

De momento dejamos aquí a Mari Cruz. Volveremos nuevamente con ella.

1ª Parte. Capítulo VII. DON BENJAMIN GÓMEZ

- “NDA, no eso no ADN, eso, eso sí, ADN es el nombre de una molécula que se encuentra en una cadena donde está toda la información del ser humano. Fue codificada en el año 1953 y a sus descubridores, por esta gran aportación científica se les otorgó el Premio Nobel”.

El buen padre no paraba de hablar queriendo transmitirme sus conocimientos, como hacía años atrás, a los componentes de su equipo de montaña, Santa María.

Era una brumosa mañana, a finales de abril o primeros de mayo. No lo recuerdo bien. Le había llamado temprano por teléfono a su residencia, la casa de ejercicios de Villagarcía de Campos, para interesarme por la documentación que había traído de Madrid referente a los acontecimientos del pueblo de la montaña, como gustaba llamar a Garabandal. Prefería dejarle hablar, antes de comenzar con mis ansiosas preguntas.

Había oído a una psicóloga que una buena técnica para atacar a un interlocutor charlatán era permitirle que soltara todo lo que tenía guardado en su cabeza y una vez “que la vacía, está preparada para recibir lo que se le envíe “. Así pues, cuando valoré que era el momento oportuno le solté a bocajarro.

-Padre ¿cuándo podré ver los documentos, las fotografías, las cartas de las videntes, que tan celosamente guarda?

-Pues espere que lo voy a apuntar. Lo busco esta misma noche y mañana sin falta le llamo. Dígame su número de teléfono (todavía me trataba de usted, a pesar de las frecuentes conversaciones que teníamos; no obstante, de vez en cuando cambiaba el trato y se dirigía a mí, utilizando el “tu”).

Y efectivamente, no me llamó, aunque los documentos llegaron a mi poder; no en la forma que yo había imaginado. Llegaron unos 10 años después y en extrañas circunstancias; el buen padre había fallecido hacía dos años. Los documentos me los remitía un Sr. llamado D. Alonso Basante.

En estos momentos que escribo estas líneas, tengo delante de mí, encima de la mesa del escritorio un sobre blanco de 35 × 26 cm reforzado, de los que llevan una

especie de red de hilo marrón para asegurar que no se pierde su contenido. En el frente anotado con rotulador azul se mencionaba el contenido, donde se especifica:

5 fajos de cartas.

6 hojas de cosas pequeñas (esto aparece tachado; tal vez en un principio la guardó en algún otro sitio o en algún sobre diferente y luego cambió de opinión y lo volvió a guardar aquí).

2 sobres importantes.

La letra, amplia de fácil lectura, enseguida la identifiqué como suya; del padre Diego Llorens. Un grafólogo habría indicado una personalidad extrovertida, afable y siempre dispuesto ayudar a los demás. No en vano había sido un jesuita ejemplar durante 79 años. Aunque la caligrafía con una pequeña inclinación hacia la derecha denotaba gente que se abre a nuevas experiencias y nuevos contactos.

De la misma forma, que mis ansias de conocer los benditos acontecimientos de Garabandal, un día me llevaron hasta la casa de ejercicios de Villagarcía a buscar "El Diario de D. Valentín", también el contacto con los papeles que pertenecieron al padre Diego, me trasladaron mentalmente al encuentro que tuve con él, una soleada mañana del mes de mayo.

Era la segunda vez que cerraba una cita con él en su casa. Desde que dejé atrás Medina de Rioseco y tomé la carretera VA-505 dirección Toro, esta se volvió más tranquila y el circular sin prisa por ella me permitía ver los campos y los pequeños villorrios que se sucedían a la derecha y a la izquierda. La luz diáfana acentuaba el encanto del lugar.

- "Cuando llegue a la casa, vaya hasta el final. Por la parte trasera está la entrada" … me volvió a recordar el buen padre.

Aparqué el coche a la entrada de la finca como en veces anteriores y comencé a caminar por el amplio y buen cuidado camino que atravesaba un recién cortado jardín. Era un verdadero oasis en aquellas resecas tierras castellanas.

Pude reconocer unas majestuosas encinas y alcornoques, así como los típicos pinos y rodenos. Y también unos arbustos leñosos y esbeltos, recortados con cierta gracia y que me parecían retama, que según recuerdo los utilizaba Sancho Panza, el

del Quijote, para marcar el camino de salida de Sierra Morena. El que sí identifiqué perfectamente fue el acebo, de hoja lustrosa y bordes con espinas. También puede contemplar, estatuas de vírgenes, antiguos arcos de piedra y una pequeña capilla.

El edificio de cuatro alturas con ventanas rectangulares aportaba unos tonos rojizos al paisaje, procedentes de su fachada que contrastaba con los distintos tonos de verdes del jardín. Su planta rectangular le daba un carácter distinguido, coronado en su centro con un torreón cuadrangular.

Localicé las amplias y blancas escaleras de entrada y ante la pregunta del padre portero, le manifesté mi interés por encontrarme con el padre Llorens. Descolgó un teléfono y me rogó mientras esperaba contestación que lo aguardara en la salita contigua. A los cinco minutos apareció un sonriente padre Diego con las sandalias de tiras negras y sin calcetines que llevaba la primera vez que le visité, interesándose por mi salud y por mi viaje.

Sin dejarme hablar empezó a contarme recuerdos de sus visitas al pueblo benditos de la montaña cántabra, así como de las entrevistas y reportajes grabados y fotografías obtenidas en sus viajes cuando residía en la casa que tenían los jesuitas en Comillas. Yo escuchaba absorto, echando en falta mi magnetofón para poder grabar todo lo que me iba relatando.

Finalmente pude intervenir, manifestándole mi intención de poder ver todo el material que poseía de aquella época. No le extrañó mi súplica y ante mi asombro me invitó a subir a su habitación.

Aquello me pareció un milagro, pues no esperaba que podría ver su cuarto donde hacía la vida diaria. Subimos a la primera planta y atravesamos unos largos pasillos, muy claros debido a los amplios ventanales que daban al jardín, por donde hacía poco tiempo había estado.

En los alféizares de las ventanas había tiestos de diferentes formas y con gran variedad de plantas. Los espacios comprendidos entre los ventanales estaban adornados con cuadros de motivos religiosos. El suelo impoluto con baldosas cuadradas, reflejaba el sol que entraba por los ventanales.

En la pared opuesta, estaban las puertas de entrada a los dormitorios de los sacerdotes. También se encontraban adornados con cuadros de gran tamaño y suntuosos marcos. Los muebles de madera como mesitas, bancos y pequeños

armarios lujosamente labrados, se iban alternando entre puerta y puerta. Se notaba el buen gusto y la calidad de los materiales.

Según andábamos hacia su habitación, me informó que la casa de "San Luis" como se la conoce, se construyó sobre los restos del antiguo noviciado de la Compañía de Jesús del siglo XV y XVI. De la misma fecha es la Colegiata, dedicada a su santo, conocida informalmente en la comarca como el Pequeño Escorial.

En el pasillo, nos cruzamos con otra persona que venía en sentido contrario, leyendo un pequeño libro. En un principio no le presté atención, pero al pasar a nuestro lado, el padre Diego le saludo con un sonoro "-Buenos días, padre Anselmo". Me extrañó pensar que se trataba de un sacerdote, pues iba vestido con ropa de calle. Luego caí en la cuenta, que mi anfitrión también iba de paisano, sin vestir el clásico "clériman" de los jesuitas. Se ve que era más cómodo así, para los residentes de la casa de ejercicios.

Casi al final del pasillo, se encontraba su habitación. Me pareció pequeña en un primer momento, tal vez por el volumen de cajas de cartón que aparecían por el suelo y apiladas por las paredes. Una mesita con silla y una cama era todo el mobiliario que podía ver. No recuerdo si había armario, pero tendría que tener uno, aunque es posible que estuviera tapado por las cajas de embalaje.

Se aproximó a la ventana y abriéndola, me invitó a que me acercara. Un paisaje totalmente plano se me presentó a la vista. Tejados rojos y la línea del horizonte al fondo, haciendo frontera con el azul del cielo.

-Mire, me dijo -aquella torre rectangular que se ve enfrente. Es la iglesia de San Pedro. Y estas bolas grises de la izquierda, son el remate de la espadaña de la Colegiata. Fue fundada por doña Magdalena de Ulloa, esposa del señor Luis Quijada. La iglesia es un edificio renacentista herreriano del siglo XVI obra del arquitecto Rodrigo Gil de Hontañón. Está construida en piedra en el más puro estilo jesuítico. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, las construcciones se fueron deteriorando, y el colegio antiguo desapareció. En 1959, la casa recobró nueva vida, al ser regentada otra vez por los jesuitas. -Y….

-Padre-, no le dejé continuar. ¿-Y los documentos que me iba a enseñar?

-A sí, es verdad-, me contestó. -Esos los tengo en la habitación de al lado. Como está vacía, porque el padre que la ocupaba falleció, me permiten utilizarla. Vamos a verla-, y sin más salió apresuradamente hacia la susodicha estancia.

Y… si su habitación estaba abarrotada de cajas, libros, panfletos utilizados con sus excursiones, con los montañeros, etc., esta estaba peor, y con el agravante, que no había ni cama, ni mesa con silla. Sí me llamó la atención, un voluminoso magnetofón de la marca Ingra, que tenía en un rincón de la instancia. Al darse cuenta que me fijaba en él me dijo. -Ese lo utilizo para las grabaciones de mi película. La tengo casi terminada; es sobre las apariciones en Garabandal.

-Por cierto, padre, ¿recuerda el tema de la comunión visible en la lengua de Conchita?

La verdad es que no sabía cómo comenzar a preguntarle lo que me interesaba, y la comunión fue lo primero que me vino a la mente.

-Yo no estuve en aquellos años. Me enteré después a través del padre Ramón Andreu. Sí, me acuerdo de Benjamín, el pastor de Pesués. Pude hablar con él poco antes de morir. Él me contó el milagro de la Forma, porque estaba delante de Conchita-. Lo decía totalmente convencido.

-Espere porque tengo por aquí algo sobre él.

Al final parecía que se reconducía el tema y podría enterarme de lo que me interesaba. La pena que no tenía apuntadas las preguntas que quería hacerle; me resultaba imposible retener lo que me estaba contando el buen padre y pensar a la vez en la próxima pregunta que quería formularle.

A decir verdad, entre el esfuerzo mental que estaba realizando y el desorden reinante en la habitación, empezaba a notar un ligero dolor de cabeza que seguro terminaba en jaqueca. Cada vez atendía menos y empezaba a desear terminar la entrevista cuanto antes.

¡Bendito sea Dios, pensé! Un viaje tan largo para no conseguir nada. Si al menos me podría dejar alguno de los documentos que poseía y tanto me interesaban. Recordaba mis entrevistas con Plácido Ruiloba en su taller. Solía tener preparado unos cuantos libros y fotocopias para que pudiera llevarlas y fotocopiarlas a gusto. Pero hoy en la casa de ejercicios, el padre Diego, no conseguía encontrar nada. Montones de materiales de sus montañeros, pero de Garabandal, solamente fotografías que utilizaba para montar su película y algunas fotocopias.

-Por aquí tengo guardadas las últimas que le hice a Benjamín, en su casa un par de días antes de morir. Estaba también el médico que le atendía y su mujer. Lo

grabé en una cinta, pero me la robaron y me quedé sin ella. De todas formas, lo tengo apuntado en algún sitio. En Garabandal ocurrieron muchas cosas extraordinarias.

-Si lo sé-, le contesté. -Los fenómenos duraron cuatro años; es mucho tiempo.

El buen padre continuaba moviendo cajas de un lugar a otro, pero aparentemente no encontraba lo que buscaba.

-Algunos sacerdotes que subieron al pueblo, posteriormente escribieron sus experiencias, para que, si en el futuro se necesitaran, se pudieran utilizar-, añadí yo. -Y creo que algunos médicos también lo hicieron.

-Ahora que menciona los médicos-, me contó el buen padre. -Espere que creo que aquí hay algo- y con gran satisfacción, le veo que de uno de los sobres que tenía en la mano, extrae una hoja amarilla por el paso del tiempo, escrita a máquina. Mejor dicho, hoja y media.

- ¡Hala!, lee esto que te va a interesar- (de repente cambia el trato de usted a tu). Y mientras me lo decía me las acercaba para que las fuera leyendo.

Me di cuenta que me observaba con cara de pillo, aguardando mi reacción. Extendí mi mano y tembloroso, con cuidado me las acerqué, quitándome las gafas para leer mejor. Tengo que decir, que al principio no atinaba a comenzar su lectura. Tan fuerte fue mi estremecimiento; como si hubiera recibido una descarga eléctrica, al contacto con las hojas amarillentas. El padre Diego noto mi reacción y esbozo una inapreciable sonrisa que capté al instante.

Comencé a leer, con un susurro contenido… Estaba firmado por el médico Don José de la Vega y fechado en abril de 1962. Transcribo la carta, tal como fue escrita, respetando la ortografía y las faltas de escritura.

LA VIRGEN DE SAN SEBASTIAN DE GARABANDAL

Por el Dr. José de la Vega

Publicamos con todo respeto y las reservas que el caso exige, este reportaje vivido por el doctor José de la Vega, sobre las apariciones de la Virgen, en el pueblecito santanderino de S. S. de Garabandal. No es la primera vez que el caso aparece en los periódicos y esperamos que no sea la última. La Iglesia no ha dicho

nada sobre ello. Desde el 18 de junio último, la Virgen se pasea, casi a diario, por las tortuosas calles de un pueblecito perdido en las cumbres de los picos de Europa. Así lo afirman cuatro niñas de 10 a 12 años nacidas y criadas en plena montaña santanderina, sin más instrucción que las enseñanzas del cura párroco.

Un pueblo entero, de apenas setenta familias, vive hace 10 meses en plena confusión. Las niñas, cada día una o varias veces y a horas prefijadas, rezan, hablan y besan a la Virgen sumidas en un profundo éxtasis. Los pobres familiares de estas criaturas están asustados. La iglesia, prudente, se abstienen de opinar. Los médicos, aún los más incrédulos, acaban por reconocer que no hay explicación lógica. Pero cada día miles de creyentes, llegados a este pueblo desde los más apartados rincones, enfervorizados y llorosos, encuentran en la fe la única explicación posible a este hecho extraordinario que sigue viéndose, cada noche, en San Sebastián de Garabandal en la provincia de Santander. He pasado la Semana Santa entre esta gente; he oído a los del pueblo y los visitantes: conversando con las niñas antes y después de las visiones. Profesionalmente no encuentro explicación a lo que he visto. He de creer, pues, en el prodigio. ¿Has visto a la virgen? Me preguntan. No la he visto, -confieso-, pero si la he sentido con el alma y con el corazón.

Un padre jesuita que me acompañaba me decía: Dr., le veo muy escéptico. No, padre, no es eso, -contestaba-. Estoy desconcertado por completo: eso es todo. Mi deseo más vehemente sería sentir como las niñas y los que les acompañan; pero usted mejor que yo sabe, padre, que la fe es un don de Dios no concede a todos en igual medida.

Algunas horas más tarde presencié de cerca la segunda aparición. Era el amanecer del Sábado de Gloria. Llovía sin parar. Y el pueblo entero parecía un verdadero pastel de barro y piedras. Con unas linternas seguimos de cerca a una de las videntes que en éxtasis recorría el pueblo. Con las manos juntas estrechaba contra su pecho un crucifijo. La cabeza fuertemente reclinada hacia atrás para mejor mirar al cielo con ojos sonrientes. De vez en cuando se arrodillaba, rezaba y besaba la cruz. Medio pueblo y todos los forasteros, incluidos los niños, la seguíamos alucinados. Acabábamos de verla en su modesta cocina campesina en donde charlaba con nosotros, medio dormida por la hora (cuatro de la mañana). Entra bruscamente en éxtasis, cayendo de rodillas, sin quemarse, sobre las calientes piedras del hogar encendido. Como transportada por ángeles se levantó y empiezo a recorrer el pueblo. Dando tropezones en la oscuridad de la noche y salpicando barro hasta las orejas, íbamos en pos de ella sin poder detenernos.

Ardientemente pedía a Dios fe, "como la fe del carbonero" tan comentada en los sermones parroquiales, para poder sentir, como las demás, la enorme emoción de creer milagro lo que no podía explicarme.

Siguiendo a la pequeña iluminada recorrimos casi todas las callejuelas del pueblo: fuimos al atrio de la iglesia, al cementerio y al monte donde por vez primera vieron a la Virgen. La dureza del camino, la oscuridad y mi torpeza de hombre de ciudad me hacían tropezar con tanta piedra suelta quedándome poco a poco, rezagado. No podía más y decidí esperar el regreso. Mi mujer no quiso detenerse, a pesar de ir como jadeante, y siguió adelante, pidiendo ayuda a mi incredulidad. De pronto la niña se detiene sin llegar a la cima y retrocede camino abajo, andando de espaldas, rozando apenas las piedras del camino y sin dejar de mirar y sonreír al cielo. Al llegar a la altura en que yo estaba, se detiene y arrodilla sobre los guijarros, dando un fuerte golpe con sus rodillas desnudas como si de una alfombra se tratase. Levantó la cruz al Cielo y me la dio a besar.

Alrededor de su cuello colgaban las medallas y rosarios de casi todos los asistentes. Busca con sus manos una cadena determinada mientras susurra, más que habla, con su invisible aparición. ¿Dime cuál es? Sin dudar ya más se vuelve a mi mujer, y abriendo y cerrando el cierre de oro de la cadenita, la coloca en su cuello. Emocionada y llorosa mi mujer cae de rodillas, como yo y como muchos de los que presenciamos la extraña escena. La niña le hace besar la medalla bendita por el aliento de la Virgen y le ayuda a levantarse del suelo con una sonrisa angelical que nunca olvidaremos.

De la misma manera y con iguales o parecidas palabras, me coloca a mí, mi propia medalla, besada por la Virgen. Ya no pude contener más la emoción y lloré cayendo de rodillas. En ese momento encontré la explicación de todo lo que no comprendía. En la celestial expresión de esa niña, vi el reflejo de la presencia invisible de la Virgen del Carmen sobre nuestras cabezas. De rodillas lloré emocionado y pedía a Dios perdón por mi incredulidad.

He de volver a San Sebastián de Garabandal como vuelven todos los que van. Llevaré a médicos amigos y les pediré que traten de explicar el prodigio de 4 aldeanas santanderinas; pero de todo corazón pido a Dios que nunca puedan quitarme la emoción que sentí aquella noche.

¡Es tan bello creer en los milagros!

Madrid, 25 de abril de 1.962

Dr. JOSÉ DE LA VEGA.

Cuando terminé de leer, los ojos estaban tan húmedos que no aceptaba a ver las últimas líneas. Tengo que decir que me emocionó el sencillo testimonio de este hombre totalmente desconocido para mí. El buen padre debió de notarlo y dándome unas palmaditas en la espalda, continuó con su infructuosa búsqueda, a la vez que me aclaraba.

-El padre jesuita, al que hace referencia el doctor de La Vega creo que tiene que ser el padre Ramón Andreu, que en aquellas épocas visitaban el pueblo de las apariciones.

Al devolverle la carta volvió a guardarla en el mismo sobre de donde la había sacado.

Querido lector. Si he podido transcribir esta carta textualmente es porque lógicamente, en este momento la tengo encima de mi mesa, se encuentra en el ya citado "fajo de cartas". La miro y la vuelvo a leer tratando de extraerle el jugo, igual que a un limón. Hojas amarillentas con puntos de humedad. Se trata de papel folio, no de un din A-4 que es lo que se suele emplear hoy en día. Y la segunda hoja es en realidad media hoja, que, con el fin de aprovechar la otra media para otro menester, las cortaban. Como cosa curiosa, decir que no van grapadas. En la esquina superior izquierda van cosidas con unas puntadas de hilo blanco.

La carta llegó a mi poder, años después de haber fallecido el padre Llorens, en circunstancias un poco extrañas como he comentado anteriormente y más tarde explicaré. Pero continuemos con mi conversación con el padre Diego, en la habitación contigua a la suya.

Durante la búsqueda aparecieron unas revistas de "Nouvelles pour l´Evangelisatión" en francés, relacionadas con las apariciones marianas, en concreto las de la Salette, aunque mencionan las de Fátima y Garabandal.

Seguido también aparecieron unas bonitas fotos de las videntes y del pueblo, fotos que seguramente utilizaba para la edición de su película.

Finalmente dimos por terminada la búsqueda. Algunas cajas no estaban accesibles, y era necesario mover las que se encontraban delante, para poder llegar hasta ellas. Misión imposible en aquel momento.

-Mire don Félix, no se preocupe más, esta misma noche voy a sacar las cajas difíciles y con lo que encuentre le preparo un paquete y se lo mando. Deme su dirección para poder enviarlo.

Por tercera vez volví a darle mi dirección, no muy convencido de que sirviera para algo. Y sin más, agradeciéndole todo el tiempo que me había dedicado me despedí de él hasta una nueva ocasión. Al salir, me di cuenta de que el padre portero, tampoco llevaba el clériman, sino que iba de sport como una persona cualquiera. Me daba vergüenza reconocer lo despistado que era, pero no me quedaba más remedio que aceptarlo.

2ª Parte. Capítulo VII. DON BENJAMIN GÓMEZ

Querido lector. Concédeme tu atención para que pueda narrarte los insólitos acontecimientos que tuvieron lugar en esa soleada mañana del mes de abril, cuando fui despertado súbitamente por el teléfono de la mesilla.

¡Ring!… ¡Ring!

- Madre mía que sueño tengo.

El sonido procedente del despertador tuvo el efecto de un cubo de agua fría arrojado brutalmente en mi cara. Por la persiana medio abierta, unos rayos entrecortados de luz hacían visibles el polvo persistente, vaporoso que se movía por el ordenado dormitorio que constituía mi feudo particular. Un sonoro silencio flotaba en el ambiente, invitando al sueño nuevamente. En mi retina, como indelebles imágenes, persistían los recuerdos oníricos que acababa de revivir con el padre Diego durante la despedida de la semana pasada, en la casa de ejercicios de Villagarcía de Campos.

- Mire don Félix, no se preocupe más, esta misma noche voy a sacar las cajas difíciles; con lo que encuentre le preparo un paquete y se lo mando.

¡Ring!… ¡Ring!

Haciendo un gran esfuerzo, alargué la mano hasta el auricular contestando con dificultad.

- Dígame.

- Buenos días, le hablo desde la portería de la casa de ejercicios de San Luis. Se pone el padre Diego.

Dios mío bendito; no me lo puedo creer. La primera vez en mi vida que me llama por teléfono el querido padre.

- Don Félix, buenos días, soy el padre Diego. Como le dije ya he preparado un paquete con artículos de Garabandal. Van cosas muy interesantes y que no quiero

que se extravíen. He preparado un paquete muy bien pegado para que no se pierda nada. Lo dejo aquí en la portería para que el próximo coche que salga hacia Medina de Rioseco lo lleve y lo entregue en la oficina de correos. Va a su dirección y espero que le guste lo que he preparado. Pero por favor, que no se pierda nada.

¡Bendito sea Dios! Volví a repetir para mis adentros. Esto es como un milagro; que me haya llamado a casa. Sin salir de mi asombro le contesté, aprovechando una pequeña pausa que hizo el padre para respirar.

- Muchas gracias, padre Diego. No se preocupe que lo cuidaré infinitamente. Tan pronto como lo revise y saque mis fotocopias se lo devuelvo para que no se pierda. Se lo enviaré por correo certificado.

Y después de las frases de despedida y cortesía, colgué el teléfono felicitándome por la suerte que tenía de poder contemplar en mis manos, unos documentos tan valiosos, sobre la historia de las apariciones.

La oficina de correos se encontraba a unos 10 minutos andando desde mi casa, la cual se sitúa a tiro de piedra de la basílica de Begoña. El día señalado para ir a recoger el paquete, las campanas de las nueve del carillón de la iglesia, me pillaron desayunando. Llegué temprano, antes de abrir la oficina y esperé pacientemente el levantamiento de la persiana. El paquete que me entregaron no era excesivamente voluminoso, pero si pesado. Venía envuelto en un papel grueso de color blanco sujeto por múltiples cintas adhesivas de color marrón. Ni que decir tiene que ansiaba llegar a casa para poder ver su contenido. Veinte minutos más tarde estaba sentado en la mesa de la cocina cortando cuidadosamente la cinta marrón adhesiva que sujetaba la preciosa mercancía. Al abrirlo lo primero que me llamó la atención, fue un sobre grande rotulado como “Documentos de Benjamín “. Extraje en primer lugar un grupo de hojas referenciadas con el número 217 que se compone de seis hojas escritas a máquina y corregidas a mano. Vienen unidas por una grapa ligeramente oxidada.

Era una sensación extraña y a la vez agradable, la que sentía al tener entre mis manos esa parte de la historia de las apariciones en el pueblo de la montaña. Don Benjamín era un pastor vecino de Pesués, Cantabria, pueblo no muy lejos de Garabandal; fue testigo de numerosos éxtasis de las niñas. Entre los sucesos que vivió personalmente hay algunos que solía contar con frecuencia a los que se acercaban a escucharle. Con su magnetofón, solía poner a los peregrinos, fragmentos del Rosario que rezaban las niñas en sus marchas extáticas, rezo pausado y meditado y con un énfasis especial de la voz. También solía relatar el milagro de la comunión visible de Conchita, que él mismo vivió.

Solía contar, como siendo un hombre muy musculoso en su juventud, con una fuerza que según decía, de joven levantaba con ambas manos un par de pesos de 50 kilos, con facilidad. Sin embargo, cuando se le presentó la ocasión fue incapaz de mover a las niñas en éxtasis, lo cual le extrañó muchísimo. Pero sobre todo…

Me vino el recuerdo, de que en una ocasión tuvo una prueba de la existencia del purgatorio. Caminaba por el camino con su borrico cuando de pronto vio a un conocido suyo que había muerto hacía años. Estaba sufriendo envuelto en una luz como de fuego. El borrico se asustó y salió corriendo.

- ¿Cómo es posible que este hombre esté sufriendo allá en la otra vida sin que nadie le ayude-, se preguntó?

Sabía, que, en aquel lugar, ese hombre había tomado parte en un crimen durante la guerra y en aquel mismo lugar estaba padeciendo la culpa… Impresionantes declaraciones y extrañas por otra parte...

De repente, la evocación que estaba teniendo desaparecieron; me vi inundado por el resplandor de un rayo de sol que me acababa de devolver bruscamente al mundo de mi cocina con suelo de baldosas cremas y paredes de azulejos blancos. Ya en la realidad de nuevo, comencé a leer la amarillenta hoja tratando de encajar las correcciones manuscritas en el contexto del relato. Transcribo textualmente.

- Después de haber oído estas palabras de Benjamín, me parece conveniente añadir algunas impresiones mías (soy el padre Llorens, jesuita), de las tres últimas conversaciones, que él tuvo conmigo antes de morir.

Estaba en Comillas, Santander, de Director Espiritual del Seminario Menor; y me enteré, que, en un pueblo cercano, Pesués, vivía en invierno Benjamín. Fui a hablar con él, porque sabía que era uno de los principales testigos del hecho tan discutido de la comunión visible de Conchita.

Tuve, como decía, tres conversaciones con Benjamín sobre Garabandal, que por ser las últimas de su vida tenían gran importancia.

Grabé las tres conversaciones en un magnetofón portátil que solía utilizar para mi trabajo profesional. En Madrid cierto día, entre otras cosas me robaron del coche todo el material que tenía para mis actividades apostólicas, así como las cintas magnetofónicas. Lo que más sentí fue la pérdida de estas tres conversaciones.

Procuraré reproducir ahora, con la mayor exactitud posible lo que me acuerdo de ellas.

- Nada más entrar en casa y saludarle, al ver que era un sacerdote me dijo: - Ya, usted vendrá para hablar de Garabandal, ¿verdad?

- Sí, si para eso vengo.

- Pues mire, le voy a poner esta cinta que me grabaron porque repetiría las mismas cosas y ya me canso mucho y después hablamos de lo que le parezca.

Aquí seguramente don Benjamín, le puso para que escuchara una grabación que le hicieron unos peregrinos de Burgos, referente a la comunión visible. Posteriormente fueron comentando las cosas más importantes, de esta primera y segunda conversación que tuvieron.

Me interesaba mucho lo de la comunión. Con la mayor delicadeza posible, para no molestarle, me puse en mi interior, en la mayor actitud, diríamos, ¿crítica? lo más realista posible preguntándole, los más mínimos detalles sobre el hecho de la comunión, para ver si encontraba algún fallo verdadero, solo, con la intención de buscar la verdad.

Desde el primer momento, nos pusimos así… En un plan de amistad, como si nos hubiésemos conocido, desde hace mucho tiempo.

- Bueno Benjamín y ¿cómo fue que precisamente a usted le tocó estar delante mismo de ella?

- Pues mire, cuando salió de la casa ya estaba en éxtasis, mucha gente iba alrededor, yo procuré acercarme, pero iba atrás, al poco tiempo ella cayó de rodillas, y con la fuerza del grupo fui para "alante" como por un sendero entre la gente y fui a parar precisamente delante mismo de ella. El primero de todos.

- ¿Y qué distancia habría entre los dos?

-Pues mire un cachito así, como estamos los dos, (en un ángulo de la mesa estábamos los dos, yo en un lado y él en el otro) o más cerca, estaba mismo delante de ella sin que nadie me estorbase.

- ¿Y qué cara tenía?

- A, sí, la de un ángel.

- ¿Y que hizo ella?

- Primero estuvo con la boca abierta, después abrió despacio la boca, bien abierta y como estaba así con la cabeza para atrás la veía muy bien por dentro (dio como a entender que estando ella de rodillas, con la boca abierta, y él más en alto que ella, como mirando para abajo veía muy bien lo que había dentro).

- Bueno, ¿dentro podría tener algo?

- Mire usted, yo miraba la boca muy bien por si pudiera tener algo dentro, a ver, a ver… Y la enfocamos con linternas por dentro y allí no había lo que se dice nada de nada. Todo lo fue haciendo despacio, sin prisa… después saco así la lengua y la lengua no había nada.

- ¿Y cuando ella sacó la lengua, hizo algún movimiento con los brazos, las manos?

- Ella estaba de rodillas y con los brazos así verticales pegados a cada lado así pegados al cuerpo y no los movió nada….

- Sí, yo he oído decir que, si llevaba la forma, o formas pegadas en el paladar, que me expliquen, que me expliquen a mí como las llevaba.

- ¿Y cómo apareció la forma?

- Yo estaba mirando para la lengua y pensando para mis adentros: "bueno vamos a ver si es que se hace ahí o como aparece" … Y en eso una prima que tenía detrás de mí, me dice: Benjamín, apártate que no me dejas ver… Yo en un instante volví la cabeza para decirle: ¡Déjame en paz! y al volverla inmediatamente para la lengua vi que allí tenía ya la forma… Sí, son de esas cosas que Dios siempre deja algo… no tan claro, para que tengamos que ejercitar la fe.

- ¿Y estuvo mucho tiempo con la lengua fuera?

- Pues como le decía, ella fue haciendo todas las cosas despacio, sin prisas y así estuvo con ella en la lengua cierto tiempo, todos la pudieron ver muy bien. Pero lo más importante, es que aquella forma tenía una blancura…, que yo me digo: ¿de dónde venía esa luz y ese resplandor?... eso quiero que me lo expliquen… Yo pongo esta comparación (y decía lo que habéis oído de la nieve…). Daba un gusto, ver

aquella luz aquella blancura que no dañaba nada a la vista y estaría uno mirándola sin cansarse… qué sé yo cuánto tiempo.

Hablamos de su conversión.

- Un sacerdote, quiso hacer una cosa mala conmigo y dije: "pues si así son los curas, ya no quiero saber nada con ellos" y me abandoné por completo. Claro, ahora veo, que no debía haber procedido así, porque una cosa son los sacerdotes y otra Dios y si alguno ahora le pasase lo mismo, pues le diría eso, pero en aquellas circunstancias….

Yo subí al pueblo para ver aquello… Me iba fijando muy bien en todas las cosas, porque mire padre, para estas cosas, "hay que tener muy bien amarrada la cabeza" (recuerdo muy bien esta frase que me la repitió varias veces y nunca la había oído, indicando la prudencia o juicio que hay que tener en estos hechos extraordinarios). Allí había gente que se entusiasmaba, lloraba de emoción… Allí estaba la Salisach… todos emocionados… Ay Conchita… Ay Conchita… ¿Y ahora?... Todos se han callado, nadie se atreve a hablar… ¡Los que tanto se emocionaban!… Gracias a Dios, tenía muy bien amarrada la cabeza… Fui viendo, despacio, observando todo y vi que aquello era de Dios… ¡de qué otra manera se podría explicar!… Y un día por la mañana allá me fui a la sacristía y me confesé muy bien de toda mi vida… (En su tono, su sinceridad, su manera de hablar indicaba una conversión total a Dios…). Y ahora sigo lo mismo que en aquellos días… Yo no he cambiado, y digo la verdad… aunque tantos han cambiado.

- Bueno Benjamín y ¿usted se fijó si algunas veces las chicas fingieron éxtasis?

Se sonrió diciendo: - Sí, padre si….

-Y eso ¿cómo se explica?

- Pues mire, ellas como eran todavía unas crías, cuando sentían o conocían que iban a tener la visita de la Virgen, claro les gustaba mucho estar con Ella. La visita a lo mejor tardaba y si era después de cenar, claro sus padres querían que se acostasen, y ellas, para no perder la visita de la Virgen, se ponía como si ya la estuviesen viendo y así sus padres ya les dejaban.

No se me ocurrió preguntarle, quienes de ellas lo hicieron más, si fueron muchas o pocas veces etc…. Pero si le dije:

- ¿Y se conocía si estaban de verdad en éxtasis o era fingido?

- La gente que venía de afuera, no las conocían, así las veían con la cabeza para atrás, sobre todo un poco de lejos, creían que estaban en éxtasis, pero los que estábamos allí, con ellas, en el pueblo, enseguida conocíamos si era fingido o verdadero….

- Una cosa era el cambio de la cara, cuando era verdadero, cuando decían que veían a la Virgen aquellas caras cambiaban… eran ellas… pero… aquella hermosura, aquella sonrisa, parecía como la cara de un ángel, y cuando era fingido conservaban la misma cara de antes. Me acuerdo una vez, que estaba una así, me acerqué por detrás y le dije: - ¿Qué, ya estarás cansada eh? y ella me dijo, -Si… si...

Hablando de los sacerdotes me decía:

- ¡Ay de los sacerdotes!, ¡Que pocos he visto así, verdaderos sacerdotes, (queriendo decir hombres de verdadero espíritu) … mire, se puede contar con los dedos de una mano y no llegan!

Hablamos también de la caída de Conchita en la entrada de la iglesia.

- ¿Y cayó así de espaldas?

- Sí, cayó así tiesa de espaldas, el golpe que se dio fue tremendo, las mujeres empezaron todas a llorar y gritar… ¡Se ha matado Conchita, se ha matado!

Y yo le dije: - Bueno, si ha acabado de gritar… Si se mató, ya la enterraremos…, y comenzó a andar tumbada en el suelo, moviendo los talones de los pies…

- ¿Y qué distancia andabas?

Me la señaló allí en la cocina donde estábamos sentados. Serían por lo menos unos 5 m.

- ¿Y se fijó bien Vd.?

- Sí, si me fijé muy bien, que yo siempre me andaba fijando… a ver a ver, metió el brazo por debajo de ella con toda facilidad…, de modo que ella se movía como si estuviese rozando en el suelo, pero estaba en el aire.

- Y lo de los vestidos, cuando se movía para atrás era natural que cayesen así para abajo como tapando las piernas, pero cuando andaba para delante no se subía nada igual… como si fuesen para abajo….

Lo que más me impresionó en estas conversaciones fue una impresión muy fuerte de santidad, un hombre que se convirtió enteramente a Dios, y Dios llenaba enteramente aquella alma y esa como emanación de Dios salía de una manera muy natural sencilla, sin la más mínima afectación, en su manera de hablar, mirar, tono de voz. Por ejemplo, cuando salía en medio de la conversación, ¡Pero si yo no soy nada, no soy nada!… Lo decía con una verdad….

En este aspecto yo me sentía en mi interior, completamente avergonzado de mí mismo. Después de tantos años de vida religiosa y de sacerdocio no le llegaba lo que se dice ni a la suela de sus zapatos. Solo un hombre, he conocido en toda mi vida que me hiciese una impresión semejante, y eso que he conocido a algunas personas poquísimas, que humanamente hablando eran santos de verdad...

Muy naturalmente, sin quejarse, me hablaba de sus sufrimientos.

- Yo sufro mucho, muchísimo y este sufrimiento está acabando con mi vida… Sufro por este mundo que veo va camino del infierno…. ¿Algunos me dicen "pero por qué te matas Benjamín, que sacas con eso…? Es verdad, yo no soy nada, pero siento una cosa por dentro, como que este sufrimiento es agradable a Dios y a la Virgen… y volvía a decirme--.

- Si padre sí, este sufrimiento acaba conmigo.

Por ser esta impresión de santidad, una impresión personal mía, quizás para algunos no tenga importancia, pero es la impresión que más se me grabó en el alma, y que jamás la podré olvidar en mi vida. Al terminar de hablar, he hablado muchas veces de ella, la segunda vez que estuve con él, le dije:

- "Bueno Benjamín quiero tener un recuerdo suyo, quiero sacarle una foto, ¡hala vamos!". Pensé que el día que se escriba crítica y verdaderamente la historia de Garabandal será necesario tener el recuerdo vivo de esta persona. Había ya muy mala luz, con todo salió bastante natural la expresión de su cara, que era lo único que me interesaba, pero no quedé contento.

Después de unos días, fui de nuevo para hablar con él, y ver si podía sacarle una buena foto en color. Le encontré acostado recostado en la cama. Se le veía más agotado, pero con la paz y la serenidad de antes.

- Sufro muchísimo, también en el cuerpo y esto acaba conmigo… No puedo más... Llegó el médico, parece que tenía una complicación interior… No tenía ninguna gana de comer. Eso, en su edad, era una señal clarísima, que aquella llama se apagaba en cuestión de días.

Tuve mucho interés en grabar esta conversación, y dejé el Sony pequeño, de mucha precisión, encima de la cama a un metro de su cara. Me decía que ofrecía sus sufrimientos por la conversión del mundo y me acuerdo muy bien de las siguientes palabras….

-Yo mismo tengo un sobrino que es una bestia, no cree nada, nada… Y con las pruebas que tengo yo…. Guardó unos momentos de silencio, y moviendo la cabeza, como recordando y asintiendo continuó diciendo:

- Me acuerdo muy bien, bajaba un día para Cosío, y en aquella casa que abandonada, a la izquierda -, dijo mirando al médico, como que él también la conocía, -oí una de gritos… chillidos… que digo yo, ¿pero ¿qué es esto? ¿Es que estarán ahí los chicos de la escuela…? Me fijé más, eran gritos de dolor…, exclamación… palabras que no se entendía… y caí en la cuenta… sí, sí, ya sé lo que es… son los gritos de los condenados… y guardo silencio como recordando esa escena…

Paro aquí el relato que estoy transcribiendo desde las amarillas hojas mecanografiadas por el padre Diego para aportar unas consideraciones que creo necesarias para un mejor entendimiento. En los apuntes se van alternando, las confesiones del pastor de Pesués, con los pensamientos del padre Llorens. Está claro que queda profundamente impresionado por el ejemplo de vida que observa en Benjamín.

Éstas consideraciones, fruto de las entrevistas que tuvo y grabaciones en un magnetofón de cassette Sony son ciertamente pobres; no es posible acordarse de todo lo que se dijo.

Hasta ahora, nos ha relatado las vivencias acaecidas la jornada de la comunión visible. Cómo fue su experiencia, al ser un observador privilegiado.

En esta segunda parte, nos introduce en una nueva vivencia. Su contacto con el infierno. La visión que tuvo cuando bajaba por el camino dirección a Cosío.

Y es precisamente aquí, donde quiero ser exacto en transcribir lo que sucedió en aquella humilde casa de piedra de Pesués, no más amplia ni más acogedora, que

el resto de las del pueblo cántabro. Para ello voy a copiar fidedignamente, la conversación que quedó registrada por el magnetofón del querido padre, “en su cinta cassette”.

Si querido lector, estás leyendo bien, cinta grabada en el magnetofón Sony del padre Diego. La verdad es que en mi archivo de los temas de Garabandal, en el cajón inferior de mi armario y en la caja número cuatro, tengo la cinta número 78, rotulada como “Garabandal, testimonio (último) de Benjamín “. Conversación de Benjamín antes de morir, con su médico de cabecera y con el padre Diego Llorens.

Y, ¿cómo es posible que tenga la cinta, que según nos reveló, le fue sustraído del coche en Madrid a su propietario el padre Diego? Pues por “casualidad “, o tal vez habría que hablar de “causalidad “. Es decir, no fue cosa del azar. Más bien se aunaron una serie de circunstancias especiales que desembocaron en que la preciosa cinta llegara mis manos.

Para explicarlo tendría que remontarme a mis tiempos de adolescente, cuando era monaguillo “pillo “en una muy conocida parroquia de Bilbao, mi ciudad natal.

En aquella época, solía madrugar para ayudar como misario que era a don Benjamín (qué casualidad que el sacerdote se llame igual que el protagonista de nuestra historia). Celebraba su eucaristía en la capilla lateral, situada a la derecha del altar mayor de la parroquia. Lo hacía por comodidad; era pequeña, caliente y suficiente para la decena de beatas que acudían a la misa matinal de las 8:00 a.m. El templo con su amplitud era frío y poco acogedor.

Años más tarde conocí a su sobrino, un compañero un poco mayor que yo con el cual setenta años después, sigo manteniendo un contacto casi diario. Javi que así se llama mi gran amigo, a través de su hermana Ana Mari, en cierta ocasión, me hizo entrega de un paquete pequeño muy especial.

Resultó que durante una excursión al Santuario de Nuestra Señora de Medjugorje en Bosnia-Herzegovina, en compañía y una serie de compañeras tuvo la oportunidad de charlar con ellas sobre las apariciones de la Virgen en nuestro país y más concretamente, las que tuvieron lugar en los años 60 en el pueblo cántabro de Garabandal. Además de comentar los maravillosos acontecimientos, les habló también de mi persona y de mi interés por los temas que nos ocupan. Compró una cinta de vídeo de las que se usaban antes en formato VHS, sobre las apariciones, las videntes, los peregrinos, etc. de la zona, Y cuando regresó a casa, por mediación de Javi, mi amigo, me la hizo llegar como un regalo. Y para mi información la comentada cinta venía con otros objetos que casualmente le

entregó un tío suyo de Madrid conocedor de la afición de su sobrina a las apariciones marianas. Éstos objetos eran fotocopias de Garabandal con una vieja cinta cassette, rotulada como “Testimonio de don Benjamín, de Pesués “.

Podéis imaginar mi asombro y estupor cuando escuché la cinta y reconocí la voz de Benjamín y el padre Diego resurgiendo del fondo del abismo en que se encontraba, perdida y olvidada.

Siento no poder dar más información, pues no pude averiguar mucho más que lo descrito. La cinta estaba en un estado muy precario. Cuando la hacía girar en el magnetofón, para obtener una copia, a decir verdad, cada minuto tenía que parar sacar la cinta y con un trapo, limpiar el cabezal de reproducción, pues se manchaba constantemente con los trocitos de hierro de color marrón que se iban desprendiendo de su soporte plástico. Una verdadera labor de chinos.

Además, la cinta se había dado de sí, con lo cual la longitud de ella era mayor, y al reproducirse sonaba sumamente grave, lo que me obligó a modificar la velocidad del magnetofón utilizando como grabador, para compensar el alargamiento de la cinta original. En fin, una serie de precauciones que me permitirían obtener una copia lo más perfecta posible.

Ni que decir tiene, que le envíe al padre la cinta original, quedándome yo con la copia. Desconozco cuál fue su destino final, pues le perdí la pista y no volví a saber nada a pesar del interés que tenía en ella.

Escuché la cinta, una, dos, tres…no sé cuántas veces y me sorprendía la naturalidad con la que oía a los dos hombres. En cierto modo se habían convertido en parte de mi familia. Jamás le había conocido en vida y sin embargo ahora sabía de Benjamín muchas cosas.

Cierro los ojos y trato de imaginar la escena donde se está desarrollando la conversación. Habitación pequeña, poca luz. El médico está a la izquierda de la cama, Benjamín ligeramente incorporado, el Sony encima del lecho a escasa distancia de los interlocutores. Y el padre Diego sentado en una silla de mimbre a la derecha de la cabecera.

La voz de Benjamín es vacilante, sin energía, A veces no se entiende lo que dice. Sufre y el sufrimiento, le hace arrastrar los finales de las palabras. El padre Diego, está nervioso; se pisa sus propias palabras; hace preguntas precipitadamente. A veces sin nexo de conexión, sobre todo cuándo es descubierto

que está grabando la conversación. El médico en su línea, tranquilo, autoritario, asintiendo a lo que Benjamín cuenta.

3ª Parte. Capítulo VII. DON BENJAMIN GÓMEZ

Cuando me levanté de la mesa para coger la cinta del armario, sin querer, hice un giro brusco y sentí un gran dolor en la cintura, a la altura de los riñones. Ya venía días atrás avisándome la lumbalgia que se aproximaba y en este momento me atizó un latigazo que me dejó inmóvil. No podía moverme donde guardaba mis cintas, ni sentarme en la butaca. Apoyando las manos en la mesa, poco a poco intenté acercarme hasta la silla, no sin gran esfuerzo esperando a ver si se me pasaba un poco el dolor, y podía pedir ayuda. Finalmente vino Charo y a duras penas me acercó a la cama, Me sentí totalmente derrotado, tirándome por tierra mi deseo de ir a escuchando y transcribir la cinta de Benjamín, para plasmarla en el papel.

Como he dicho no era tarea sencilla pues el lenguaje que utilizaba Benjamín era muy cerrado, de la Cantabria profunda, con frases entrecortadas y repitiendo varias veces la misma idea. Tendría que esforzarme en copiar lo más legiblemente posible, sus pensamientos. También era cierto que el pobre hombre estaba tumbado en la cama; a los pocos días iba a fallecer. La llegada de mi mujer instantes después con una ampolla de Nolotil, interrumpieron mis pensamientos. Me la dejó encima de la mesilla con un vasito de agua. Realmente era una ampolla inyectable; no era la primera vez, que, ante un ataque de lumbalgia, la abría y me la tomaba. Solía beberla y mantener el líquido el mayor tiempo posible en la boca con el fin de que se absorbiera lo mejor y más rápido posible. Recordaba el caso de las anginas de corazón. Los afectados llevaban en el pequeño pastillero unas grageas de nitroglicerina, que se colocaban debajo de la lengua (sublingual, se decía), cuando les daba algún ataque, para que se absorbiera y recuperarse lo antes posible.

Después de 10 minutos, me sentía mejor y a pesar de la recomendación de Charo me levanté con cuidado y me fui a por mi tan preciado cassette. Creo que hubiera sido capaz, de transcribir todo lo que ocurrió de tantas veces que lo escuché. Lo veía con igual intensidad dentro de mi cabeza como fuera de ella. Me imaginaba de tal forma la escena que tenía la sensación de estar viéndola por mis ojos. Era increíble el poder de sugestión que ejercían todos estos objetos que me transportaban al querido pueblo de las apariciones y a todo lo que tenía relación con él. Me senté en la mesa del despacho, me coloqué los auriculares que había conectado al pequeño reproductor de cintas y pulsé la tecla Play.

Benjamín. - Yo tengo noticias de hace años, cuando yo estuve fuera de la iglesia veintitantos años. En aquella época, recibí un aviso bien cerca… cerca… para allá… Que no vi las causas para ello, pero sí pasando por la carretera, siento unos gritos horribles…, horribles tormentos… Yo primero creí que eran los críos de la escuela, pero no lo eran los gritos tan seguidos. Estaban en una casa que ya desapareció. De los Vegas.

- Al cabo de unos años, bajando yo la leche de día, bien de día todavía, un poco más arriba de casa de Miguel… Bajaba la burra con aparejos…, y allí que una explosión terrible, una explosión bárbara. La burra salió espantada. Todos los aparatos, tiró, todos. ¡Ay!, pero que yo si… Tuve yo prueba de lo que era. De esta explosión salía como un globo muy grande, donde todo eran llamas y en las llamas había criaturas como de un año o año y medio que subían a cierta altura y caían para abajo y en los extremos de una de un pedazo había dos bultos muy grandes, negros, negros del todo. ¡Ay! Dios, y aquello… Fue el infierno.

Ahora, yo les pregunto a usted, me viene a la cabeza esto…, como han pasado tantos años ¿De quién son estas dos apariciones? ¿De quién son?

Aquí, se podría añadir la descripción que Dante, lee al pasar la puerta del infierno (en su Divina Comedia)

"Es por mí que se va a la ciudad del llanto,

es por mí que se va al dolor eterno,

Y al lugar donde sufre la raza condenada.

Yo fui, cuando por el poder divino,

la suprema sabiduría y el primer amor,

y no hubo nada que existiera antes que yo.

"Abandona la esperanza si entras por aquí".

Continua la grabación con unas preguntas del médico D. Abel,

Médico. - ¿Del infierno quieres decir? ¿Las apariciones estas que tú cuentas ahora?

B. - Estas que les acabo de contar.

Padre Diego. - Y los gritos. ¿cuándo fueron? ¿Los gritos primeros fueron una noche cuando pasó por allí?

B. - No señor. Era media tarde o menos.

P. D. - ¿Y había alguien en la casa, o no había nadie?

B. - No había nadie.

P.D. - ¿Estaba vacía, sola?

B. - Sola.

P. D. - ¿Y los gritos de quién eran? ¿Cómo chicos, como niños? ¿Cómo gente?

B. - Gritos horribles. Había de todo. Horribles, que no se ha oído ni una letra, pero eran tormentos horribles, los que aquellas almas estaban pasando. Horribles.

P.D. - Por lo que usted dice parece una señal del infierno, que Dios le dio a enseñar… a comprender a usted lo que era el infierno, o así. También, usted ya sabe cómo los niños de Fátima vieron el infierno. La virgen se lo enseñó. ¿No lo sabía usted? Creo que fue en la tercera aparición. ¿Y eso lo oyó usted más, otras veces? ¿Y la primera vez era de día cuando usted oyó los gritos? ¿A qué hora era? ¿De la tarde?

B. - Por la tarde.

P.D. - ¿A qué hora de la tarde?

B. - Que soy yo, si no puse cuidado.

P D. - Más o menos. ¿A las tres, a las cuatro, a las cinco?

B. - Pues serían a las tres o las cuatro.

P.D. - Y la segunda vez, ¿Fue como una explosión? ¿Paso en la misma casa?

B. - Por el otro "lao". El uno "pa ya" y el otro "pa qui". ¡Ay! Dios… Y eso… vi bien claro, el infierno… Bien claro.

PD - ¿Lo vio usted bien claro?

B. - Cómo no voy a ver. Ahora… ¿por qué a mí se me ha escogido para ver estas cosas? ¿Por qué y a quien se lo cuento yo?

B. - ¿De quién es esto?

(Aquí parece ser que Benjamín mira hacia la cama y ver el magnetofón Sony)

B. - ¿Lo está cogiendo o no? Porque esto no se lo consiento.

P.D. - Está bien.

B. - Porque con esta gente hay que andar con un cuidado, con todos ellos. Si lo está cogiendo, bórrelo.

P.D. - Bueno mire, esto…, mire, Benjamín. Yo creo que Dios a lo mejor le ha manifestado esto para que usted lo comunique a los demás.

B. - Si

P.D. - Y para que eso se sepa. Porque solo para usted no…

B. - No, es para mí esto… esto es para mí. Porque si lo de Garabandal, que estuvo allí la Virgen, año y medio… todavía es mentira ¿cómo me van a creer a mí, que yo he visto esas cosas?

P.D. - ¡Ah! No importa, muchos lo creerán Benjamín. Unos lo creerán y otros no.

M. - Algunos lo creerán.

B. - No, no tengo hablado nunca de esto. No.

P.D. - Yo creo que esto…, mire Benjamín. Yo le hablo con total sinceridad. Yo quería conservar estas cosas suyas, para darlas a conocer.

B. - Por favor, borre eso.

P.D. – Yo, si usted quiere lo borro.

B. - Lo que hemos hablado de estas dos cosas, bórrelo.

P. D. - Sí, sí…, yo lo borro.

B. - Bórrelo, bórrelo. Que no tenga yo noticias de ello. Me pondrían negro. Que son ustedes muy traidores.

P. D. -. No Benjamín, mire yo quería…

(Aquí hay una pausa y se escucha un cuchicheo entre el padre Diego y el médico de cabecera, pero al poco continúa.) - ¿Y usted no se lo contó a nadie esto?

B. - Yo no se lo conté a nadie. ¿Para qué?

M. – (mirando el termómetro). Todavía tienes 38° Benjamín.

P. D. 38° Benjamín. Tiene que tomar las medicinas Benjamín.

B. - ¡Ay!, de mí.

P.D. - Pues mire Benjamín. Yo le doy… quiero serle fiel a usted. Si usted quiere que yo esto lo borre.

B. (Quejidos de dolor).

M - ¿Estuviste…, este año estuviste con alguna de las… de las niñas de San Sebastián?, ¿estuvisteis con algunas este año? ¿Estaban ellas allí?

B. - ¿Ha estado usted allí?

M. - No, no he estado. ¿Quién estaba, Conchita? No, Conchita está en Estados Unidos, ¿no?

B. – No, no estaba, estaba…

P. D. - Estaba Loli, ¿no?

B. - Estaba Jacinta.

M. - A, Jacinta.

B. - Que se casó y… Se marchó también para allí

M. - ¿Qué se casó también con un norteamericano?

B. - La Loli, como un mes estaría. Fue cuando el periodista ese, subió ahí arriba a tomarle declaración y a mí también, pero puso lo que le dio la gana. (separa momentáneamente la grabación).

Mujer. - Allí, tiene la leche padre, aquí hay un poco de café.

P.D. - Tome algo, tome, Benjamín. Tome.

Mujer. - ¿Un poco de café negro?

P.D. - Usted ofrezca esto sacrificios, a Dios y a la Virgen.

B. - Son muchísimos. No puedo con ellos, no puedo con ellos… No puedo.

P.D. - Dios le ha escogido, como decía usted el otro día, como un poco para, sufrir por ellos. ¿No se acuerda usted que me decía eso el otro día, Benjamín?

B. - No lo sé.

P.D. - Pues usted me decía eso. Usted ofrezca estos sacrificios y estos sufrimientos a Dios. ¿He? Ofrezca esos sacrificios y así usted… Eso es muy agradable a Dios, Benjamín.

B. - ¡Ay!… Yo no soy nadie… ¡ay!

P.D. - La virgen le quiere mucho Benjamín. ¿Por qué duda usted de eso?

B. - Sí, pero me maltrata muchísimo.

P.D. - Porque Ella le ha escogido a usted para sufrir un poquito…

B. - Estoy pasando unos terribles tormentos en este momento.

P.D. - No se acuerda usted de aquello que decían las chicas, "que los que tuvieran los hechos de Garabandal, o no sé qué cosa, que pasarían el Purgatorio en esta vida". Pues usted también pasará el Purgatorio en esta vida y al mismo tiempo, merece mucho para la otra.

B. - No lo sé.

P. D. - No dude de eso.

B. - ¡Ay! Dios, todo lo que estoy pasando… Pero mucho más pasan los del otro mundo. ¡Ay!, como me duele la cabeza.

P.D. - Usted Benjamín, tiene que tomar las medicinas que manda el médico. Hay que hacer ese sacrificio… más. Entre todos los sacrificios, ese también tiene que hacerlo.

M. Te afecta también la cabeza Benjamín porque tienes fiebre.

PD. - Claro…

B. - Esto es horrible. Me duele la cabeza, me duele la barriga, y a veces, piernas y brazos. Que no puedo mover los brazos. No puedo…, estoy pasando tormentos horribles. En fin. El día que te enteres que me he muerto…

M. - ¿Te ha venido la hija?

P.D. - ¿Quieres algo? El día que quiera, yo vengo y le copio algo…

B. - ¡Ay!, ¡ay!… si, si los hijos… Todo lo que tenemos los padres es por culpa de ellos. Yo también un hijo yo tengo un hijo...

M. - Sí, la familia…, van desapareciendo… no hay ya ni padres ni hijos.

P.D. - ¿Qué hora tiene usted? No sé si tendré que marcharme.

M. - Son las 5:30.

P.D. – Porque no sé si tendré que hacer autostop. Porque no tengo nada para marchar. No tengo combinación. Hasta las 7:30 es muy tarde.

M. - Y de ir en tren. ¿Tiene que ir hasta Cabezón?

P.D. - Si, cualquier coche me lleva. Voy a ir al puente…

M. - Lo raro es que no vayan para Comillas.

P.D. - No, que me llevan hasta San Vicente o hasta Cabezón. Y allí baja cualquiera de Comillas.

M. - ¡Ah!, está bien, sí... ¿Usted estuvo allí arriba, este verano, en San Sebastián?

P.D. - No, yo no he ido, por qué… Nunca he ido…

M. ¿Nunca estuvo?

P.D. - Nunca. De hecho, yo he querido obedecer al obispo, ha mandado… Y ahora antes de marchar, le voy a pedir permiso, a ver si me deja ir, o desde Madrid, después, no sé a ver. Pero yo he querido proceder… Él ha prohibido ir… Pues Él tiene autoridad…

B. - ¡Ay!, ¡ay!

M - Esta tarde Benjamín te tomas eso….

En este punto termina la grabación. Está claro que el padre pulsó el botón de Stop dando por finalizada la entrevista. Afortunadamente, las anotaciones que hizo posteriormente, nos permiten reconstruir la historia que transcurrió entre las cuatro paredes del pequeño pueblo de Pesués.

Continuo y copio literalmente:

P.D. -Yo procuraba con todo el esfuerzo retener en la memoria las cosas y frases que decía, algunas muy hermosos… Repetía algunas para grabármelas bien, pero quizá por este mismo esfuerzo no he sido capaz después de recordar ninguna.

Y llegando hacia el final decía.

B. - Yo que no soy nada, nada, ¿por qué Dios a mí… estas cosas? Refiriéndose a los dos hechos contados. Se quedó pensando unos momentos y me dijo "Bueno antes de morir, no puede decir nada, nada. Después le dejo hacer el uso que quiera "

Así lo cumplí, por eso me decidí a reconstruir los hechos con la mayor exactitud posible. Y como decía antes lo que más, lo que más sentí y siento es haber perdido todas estas grabaciones…

Fui unos días después. Le estaban administrando la unción de los enfermos, él quería estar solo con el sacerdote. Les pedí que, si se acercaba el momento de su muerte, me llamasen a Comillas por teléfono, a cualquier hora que fuese.

No me llamaron, fui de nuevo a su casa, no había nadie; estaba todo en silencio. Me dijeron que había muerto el sábado anterior entre las 10 y las 11:00 de la mañana. El domingo ocho le habían enterrado a las 4:00 de la tarde. El señor párroco, me llevó al cementerio muy distante de su casa. Ante su nicho tapado todavía con yeso sin ninguna lápida, estuve un rato en silencio, no me salía pedir por él y le dije:

¡Benjamín! Nos hicimos amigos en tus últimos días. "Ahora que ya estás con nuestra Madre, acuérdate de mí"

Aquí termina el relato del padre Diego. Al cabo de un par de años volví a llamar por teléfono a la casa de ejercicios de San Luis. Me dijeron que había fallecido a los 96 años de edad. - Hacía tiempo que tenía problemas vasculares y… tal vez al hacer un esfuerzo, ha sufrido un infarto de miocardio que ha sido la causa de que se le haya encontrado muerto, a las 15 30, de forma inesperada, poco después de que la enfermera hubiera estado con él tomándole la temperatura.

Había nacido en Tuy-Vigo, el 21 de julio de 1915 y permaneció 79 años en la compañía. Está claro que su inmenso corazón, no pudo con ese último esfuerzo, y ahora el buen padre reposa en el cementerio junto a la residencia donde pasó sus últimos años. La conversación que mantenía con el padre Ismael García superior de la casa de ejercicios se prolongó por más de 20 minutos. Me relató, como habían vaciado las dos habitaciones del padre Diego para utilizarlas como dormitorios para cursillistas que acudían a la casa, con intención de hacer ejercicios espirituales.

Y todas las pertenencias del padre, se habían donado a la beneficencia. Todo a excepción de unas cajas de cartón, con documentación relativa a las actividades montañeras que realizaba el padre Diego. Insistí, en que tomara nota de mi dirección para que si por casualidad, aparecía algún documento relativo a Garabandal, haría el favor de comunicármelo. Yo pasaría por Villagarcía a recogerlo.

Pasó el tiempo y me olvidé del tema. Pero, cuál no sería mi asombro, cuando me llega un pequeño sobre enviado desde Madrid, a mi dirección, el cual contenía dos DVD´s. El primer rotulado como “El mensaje de Garabandal” y un segundo con el título “Película Garabandal padre Llorens “Pude localizar al remitente, el Sr. Antonio Basante. Me explicó que era del grupo de montaña del padre Diego. Habían retirado de la casa de ejercicios de Villagarcía, la documentación del padre. En una de las cajas aparecieron, hojas con escritos y documentos, relativos a Garabandal. Puesto en contacto con el padre superior, éste les facilito mi dirección de Bilbao. Y así, puedo enviarme, las cintas y DVD´s.

Le agradecí, su buen hacer y le rogué encarecidamente que me enviara toda la documentación que encontrara, sobre el pueblo de las apariciones. Me interesé también por las cintas magnetofónicas del cassette, pero no sabía nada de ellas. Por lo visto habían desaparecido para siempre. Afortunadamente, había tenido la precaución de salvarlas, de sacar copias de todas; ahora tiro continuamente de ellas, para actualizar mis recuerdos.

Nuevamente volvía a experimentar la agradable le sensación que sentí la primera vez que llegué a Villagarcía, al tener entre mis manos esos preciosos papeles que habían pertenecido al querido padre. Decir que posteriormente, llegaría un segundo paquete más voluminoso que el primero remitido por el buen Sr. Antonio desde Madrid. De entre las cajas de cartón que recuperó en Villagarcía, después del fallecimiento del padre, extrajo fotos de Garabandal, fajos de cartas de las videntes, la famosa carta del doctor D. José. Y también llegaron juntamente con lo anterior, documentos que guardo perfectamente archivados para un profundo análisis… en un futuro próximo.

4ª Parte. Capítulo VII. DON BENJAMIN GÓMEZ

Sentía un ligero mareo ante la nube de ideas que pululaban por mi cabeza, deseosas de salir al exterior. Era mucho lo que había conocido en poco tiempo; el aluvión de documentación me desbordaba. Pensaba en la casualidad de los acontecimientos, a la vez que me sentía afortunado. Afloraba la parte escéptica y analítica de mi formación científica que me decía que "lo que te sucede, no es lógico ". No puede ser que estos acontecimientos sucedan por casualidad. ¿Cómo entender, que pueda localizar "el diario de don Valentín "en un remoto pueblo de Valladolid? ¿Por qué cuando estaba pidiendo una prueba de la veracidad de los sucesos que ocurrieron en el pueblo de las apariciones, una persona totalmente desconocida, se vuelve hacia mí, y me entrega una postal del ángel San Miguel, precisamente el protagonista de la primera aparición a las niñas en la calleja?

Posteriormente sería, tener la famosa cinta cassette, con la grabación de Benjamín días antes de su muerte. Los documentos que me entregan, después del fallecimiento del padre Diego. Y… más que tuvieron lugar, desde aquel primer día que pisé la bendita tierra de la montaña cántabra.

Como decía el padre Lucio Rodrigo, jesuita vinculado a los acontecimientos de Garabandal, un fenómeno puede tener explicación lógica… y dos y tres también. Pero todos los que se han producido no lo tienen. La explicación hay que buscarla en otro lugar.

Recuerdo que cuando entré en la universidad, el primer día de clase, uno de los profesores nos comentó, que teníamos que ser ateos a partir de ese momento. "Desterrar a dios de vuestro pensamiento" decía. Ante un fenómeno, teníamos que proceder a su estudio, con los medios naturales que poseíamos. "Hay que buscar la explicación racional y lógica. No podemos pensar en una intervención divina, dicho de otra forma, en una universidad no existen los milagros ".

Y esta forma de pensar, siempre detrás de encontrar las causas que producen los fenómenos mediante la aplicación de las leyes de la naturaleza, iba a configurar nuestra personalidad y nuestra forma de pensar.

Pero… y aquí está mi lucha interna. Yo era consciente de mi realidad mental. No solo comprendía los fenómenos físicos, químicos, etc. También era consciente de la percepción extrasensorial. Por ejemplo, esa percepción fuera de los sentidos me plateaba preguntas. ¿Sería cierto, que cuando más técnico y materialista somos, todas estas capacidades mentales del ser humano se van perdiendo?

Está claro, que, para entender estos fenómenos, me tengo que desplazar al otro lado de la ciencia y despojarme de todo el bagaje cultural que me impide ver "la otra realidad"

"La percepción extrasensorial ". ¿Por qué los rebaños buscan el abrigo de la cueva, antes de que llegue la tormenta? ¿Por qué los elefantes saben localizar las zonas de agua, en las sábanas resecas? ¿El instinto? ¿La memoria de los antepasados que se transmite de forma genética? Pues… puede ser, pero no lo sabemos. Sin embargo, sin saberlo, nos beneficiamos de sus efectos. Todavía recuerdo la huerta de mi tío, en la zona norte de la Rioja. Tierras secas que había que regar a través de canales, transportando agua desde lugares remotos. Pues bien, mi tío, tenía en mitad de la huerta lo que se llama "un chupón ".

Es una fuente; dándole a un manubrio y mediante un sistema de bomba, hacía subir el agua, a la superficie, desde el interior de la tierra. En el caso de mi tío, por supuesto de una corriente de agua subterránea que se encontraba a 10 m de profundidad. ¿Cómo localizó la vena de agua? Pues mediante un "zahorí ". Sí…, una persona que, provista de una vara de avellano, va recorriendo el terreno y detecta a través, "de sus capacidades mentales "la presencia de agua.

-Augusto-, le dijo a mi tío. Haz un agujero aquí y mete unos tubos, porque a 10 m de profundidad tienes agua. Y efectivamente, ahí estaba el agua y ahí está la fuente que mi tío colocó; todavía sigue dando agua. Por supuesto el zahorí no hizo ninguna prospección para analizar el terreno, como hacen actualmente las empresas geológicas. La fuente tiene un agua durante todo el año, muy fresca y abundante.

Las visiones son una forma de percepción extrasensorial, por medio de la cual una persona percibe información, en forma de visión, sobre acontecimientos futuros antes de que sucedan, o sobre cosas o acontecimientos en lugares remotos. La verdad es que no hay pruebas científicas de que este fenómeno exista y los informes asociados solo se conoce a partir de pruebas anecdóticas.

Como diría un gallego "yo no creo en brujas, pero haberlas haylas "

Vuelvo para atrás, haciendo un resumen rápido; en primer lugar, contacto con el padre Diego y afortunadamente, en una caja de documentos de los montañeros de Santa María, encuentro "casualmente" el diario de don Valentín. Diario que me lo deja fotocopiar en mi primera visita a la casa de ejercicios de Villagarcía de Campos.

En mi segundo viaje, a la casa de los jesuitas, me permite el buen padre, subir a su habitación (zona reservada a los padres residentes, clausura como se la conoce) y me enseña la carta del doctor don José. Esta carta me llegaría 10 años después, ya muerto el padre Diego.

A raíz de este segundo viaje me envía un único paquete conteniendo los famosos documentos 217, sobre la conversación con don Benjamín, amén de fotografías, cartas de las videntes.

Posteriormente y de forma totalmente inesperada, me entregan la cinta de la entrevista del padre Diego a don Benjamín, la cual había sido robada de su coche en Madrid.

Asimismo, el señor Bastante, me envía un segundo paquete, relativamente voluminoso, con documentos concernientes a Garabandal, la famosa carta del médico don José y otras hojas de correspondencias particulares.

Repito, podría aportar más casualidades. Insisto en la del 18 de octubre del 93. No me canso de decirlo, donde la entrega por parte de una desconocida, de una estampa del Arcángel San Miguel, durante el funeral de Angelita, nieta de Felisa la vidente del monte Unbe, en Getxo próximo a Bilbao, me desconcertó. Mujer desconocida que también me comunicó sus experiencias sobre Garabandal. Me desconcertó porque este acontecimiento me sobrevino, como respuesta hacia mi persona, después de haber pedido humildemente una prueba a la Virgen, ante las dudas que estaba teniendo.

¡Demasiadas coincidencias, para ser casuales! ¿Y todo esto a qué viene? Pues a que, si es difícil buscar una explicación lógica a la fenomenología, ocurrida en el camino de comunicación entre Garabandal y Cossío, (relatada por el pastor de Pesués), más difícil va a ser asimilar el acontecimiento narrado por el señor cura párroco, don Valentín Marichalar.

Aquella tarde nublosa, el padre Diego, contando con la aprobación del señor obispo de Santander para subir a Garabandal, se encontraba enfrente de la robusta puerta de la iglesia, de pie y en compañía del párroco. Había estado visitando el

pueblo y sacando fotografías, para ilustrar la película que hacía tiempo tenía pensado montar, sobre los asombrosos fenómenos extáticos de las niñas. Había entrevistado a Pepe, alcalde pedáneo en otros tiempos del pueblo, a Marcelina hermana de Aniceta madre de Conchita, y también pretendía sacarle alguna declaración a don Valentín. Así pues, cargado con su magnetofón portátil Sony se encontraba feliz conversación con el ilustre párroco. No sabemos cuáles fueron sus primeros intercambios, pero si podemos conocer lo que quedó registrado aquella tarde en su Sony. Afortunadamente, pude recuperar de su desordenada colección de objetos de Garabandal, la cinta número 75 cara B; la que tengo rotulada con el nombre de "relato de don Valentín, sobre la señora de Oviedo ".

Seguramente, el párroco le contaba al padre Diego las sorpresas que recibían muchas personas, muchos peregrinos que se acercaban al pueblo, pensando que todo aquello, era un espectáculo circense. Y nada más lejos de la realidad. O por lo menos, eso me parece a mí. Escuchemos el relato del señor párroco.

A través de la cinta podemos descubrir una voz ronca, de vocabulario apresurado, donde no termina las frases y parece que tiene garbanzos en la boca cuando habla.

D. Valentín. … -Y me acuerdo, una vez, una señora…, un día que fue, un 18 de octubre, me acuerdo de eso, bajando por ese camino, que era un camino malísimo…

Sacerdote. - ¿Cual, el de la calleja, aquel de allá arriba…?

D. V. -No, aquí abajo…

Sacerdote. -Ah, para Cossío. Si, …

D. V. - Pues llovió…, y llovió como el día del diluvio una cantidad de agua… Y ella dijo a una hora, "Virgen Santísima como me abandonaste…" o, … "como me dejaste sola …" o una cosa así, y que oyó una frase "Yo no dejo sola a los míos, Yo no los abandono"

-Y se le apareció una Señora de luto, con un paraguas, y fue detrás de ella…, y fue con ella como para taparla kilómetro o así y después desapareció. Y después… me lo contaron… me lo dijeron. Y yo fui a ver al párroco de Ribadesella…, que ella era de Ribadesella, a ver que señora era… y ver cómo era la señora; a ver si era una fanática, o como era. Y no, era una señora muy sensata, muy buena persona. Me

dijo, “Tenga en cuenta, que si ella lo ha dicho…”. Bueno, pues así pasó. Yo lo tengo apuntado eso.

- Después, un día, venía yo con un grupo de ellos; bajábamos por el mismo sitio… hablando con ellos, así en el coche, y dije: “Mira, aquí mismo pasó eso. Una señora vino aquí y me dijo esto y tal, y yo fui a ver, … que me dijeran que era, y tal…

- Y esta se quedaba pálida…

Sacerdote. ¿Quién ella…?

D. V. Ella., porque era la misma…

Sacerdote. ¿Era la?

D. V. -Y dice: “Pues esa señora era” Y venía con su marido entonces. Tenía dos hijos sacerdotes. Una señora muy completa.

Sacerdote. -Si, …

D. V. - Que se le apareció la Virgen a ella, no sé por qué…

Sacerdote. - Pero, vamos a ver. No lo veo entonces claro eso. Esa señora venía y dijo en su interior. “Hay como me has abandonado, Madre mía. Entonces Ella, apareció a su lado. ¿Y cómo la vio venir por el camino…?

D.V. - Si, la acompañó. No la vio nunca; se le apareció.

Sacerdote. - ¡Se le apareció!

D. V. - La acompañó un rato… tapándola.

Sacerdote. - ¡La acompañó un rato tapándola…!

V. - Tapándola con un paraguas, y luego desapareció.

Sacerdote. - Cómo desapareció. ¿De repente...?

D. V. - No la volvió a ver más.

Sacerdote. -Y después Ud. contaba ese caso cuando, venía…

D. V. - Cuando venía … cuando estaba con unos que venían conmigo…

Sacerdote. - Y la señora esa, que había dicho eso… era la que se quedó pálida, blanca…

D. V. -Si, Se quedó blanca. Y dice la señora eso… y el marido, y todo…Si, yo fui a ver al párroco y de esa señora me dio el nombre y todo…

Sacerdote. - Fue al párroco, a hablar…

D. V. - Si, … era una señora muy buena… muy sensata… muy religiosa, muy completa.

Sacerdote. - Muy completa. Si...,

D. V. -Así que de esos casos han pasado muchos…

- Y así, otra vez, vino este de Covadonga…. el Abad de Covadonga… (pero esto ya es otra)

(Transcripción, más o menos literal, de la cinta magnetofónica que poseo en mis archivos. Dadas las condiciones en que se encuentra la original, la copia realizada, no es de mucha calidad, lo que ocasiona, que a veces, no se entienda correctamente, el dialogo. Por otra parte, la voz de Don Valentín, es un poco atropellada, lo que origina así mismo, una dificultad añadida. No obstante, creo que he plasmado la realidad de la conversación)

Con el fin de acotar un poco mejor la figura el querido párroco, traigo un par de artículos de aquellos tiempos

De un periódico de la época reproduzco lo siguiente:

Así era el antiguo cura párroco de San Sebastián, Don Valentín Marichalar, destinado actualmente en Cossío. Por espíritu de obediencia a su obispado y después de haber dudado mucho, ha preferido no hacer ninguna declaración grabada. Pero hemos charlado largo rato con él. Digamos enseguida que, a nuestro juicio, es el hombre mejor informado de todo lo que se desarrolló en San Sebastián. En efecto, él bautizó a las niñas, les enseñó el catecismo, las preparó para su primera comunión, asistió a casi todos sus éxtasis. Muy a menudo, al principio, apenas habían salido de su éxtasis, las hacía venir a la iglesia y las interrogaba una

por una, sin darles el tiempo de ponerse de acuerdo. Es importante notar eso, pues suponiendo que hubiesen preparado sus respuestas antes del éxtasis, y teniendo en cuenta el hecho de que ignoraban las preguntas que les iba a hacer, y también su corta edad, les habría sido muy difícil no contradecirse. Además, les escuchó en confesión y fue el primero en advertir al Obispado de Santander.

Esperamos que no se moleste con nosotros si publicamos aquí algunas de sus confidencias:

- Reconoce el conjunto de los hechos y no les encuentra ninguna explicación de orden natural.

- Cinco o seis días después del primer éxtasis, fue al Obispado de Santander a pedir «... que le enviasen médicos y sacerdotes competentes, porque se sentía sobrepasado por los acontecimientos que se desarrollaban en su parroquia ...». El obispo le respondió: «Todo eso no es serio, ya verá, eso se apagará rápidamente, no le preocupe. esté alerta por si acaso, pero sobre todo no se preocupe ...». Y volvió de Santander: «...con las manos vacías».

- Insiste, con firmeza, en el hecho de que, contrariamente a lo que se dijo al principio, «... no había nadie, absolutamente nadie, y mucho menos yo, que haya sido capaz de manipular a las niñas, durante las susodichas apariciones ...».

- Nos ha asegurado que, si Dios le llamase a él antes de que el caso de Garabandal sea definitivamente aclarado, su testimonio no se habría perdido, pues lo ha escrito de manera detallada y depositado en lugar seguro ...». (Aquí añado yo, que el Diario lo localicé en Villagarcía en posesión del padre Diego)

-- En cuanto a la Comisión de Santander, no se preocupó en absoluto de él; según su propia expresión, para ella: «Pintaba yo, menos que un cero a la izquierda ...».

¡Cuánto lamentamos el silencio del sacerdote! .....

(Después de escritas estas líneas, la situación ha evolucionado mucho. Por ello don Valentín da ahora testimonio públicamente. También sabemos que ha sido recibido en Roma por altas personalidades. El 15 de junio de 1976 declara don Valentín en una entrevista concedida a la revista Needles: «Jamás fui preguntando por el Obispo...»)

En la revista “Garabandal, Nueva Pentecostés” fechada en Septiembre – octubre 1987, podemos leer el artículo de Jesús Miguel Hormaetxea y Pedro Balda Unanua titulado:

“Llegaron a la casa del padre”

Don Valentín Marichalar, quien merece una mención especial por haberle correspondido ser párroco de San Sebastián de Garabandal durante las apariciones.

Nos contó entonces, cuando aquellos sucesos, su preocupación por todo aquello que había terminado con la monotonía y bucólica paz campestre.

A él se le escapaban muchas cosas y quería, necesitaba saber.

Pidió una prueba. Mentalmente se dirigió a la Virgen, a nadie dijo nada: “si es verdad que Te apareces, si Tú eres, que esta noche vengan las niñas - los éxtasis generalmente eran de noche -a despertarme.

A la hora que tenía costumbre se retiró a dormir, pero… no fue a su casa, ni a su habitación, se acostó en una cuadra entre el heno y nadie lo sabía.

Recibió una gran alegría, pues ya bien entrada la noche hacia las 2:00 o las 3:00 de la mañana, llamaban las niñas a la puerta de la cuadra, que no se abrió inmediatamente, probando que era casualidad o despiste aquellos golpes. Al fin se decidió abrir. Él lo contaba jubiloso.

Pero no todo fue júbilo para don Valentín. Sufrió mucho.

El 29 de marzo, a los 78 años entró en la definitiva alegría.

¡Espero que donde sea que se encuentre, esté disfrutando del cariño de la Madre que tanto buscó en esta tierra!

1ª Parte. Capítulo VIII. TESTIMONIO DEL BRIGADA

Da gusto escuchar a la persona culta cuando se expresa correctamente y con propiedad.

No puedo decir lo mismo de don Juan Álvarez Seco. La verdad sea dicha, no tengo muchas referencias sobre el brigada. No obstante, fue una parte importante en la vida del pueblo, de las niñas y de sus familiares. Mi atención se centra en el testimonio que dejó por escrito y en una conferencia que dio en Toledo, de la cual guardo celosamente una copia en mi archivo personal. No recuerdo si fue copia de una cinta del padre Diego o de otra que me dejó Plácido, pero es muy posible que sea de este último. Al no ser un personaje de la talla del doctor Morales, que abarrotaba el ateneo de Santander incluso la cafetería y los pasillos, por contra, los documentos existentes son muy escasos. De ahí el valor que le concedo a lo que poseo. Hasta es posible, que algunas de las declaraciones que se mencionan, sean totalmente inéditas, dado el carácter de autoridad del que gozaba en Sr. Álvarez.

Pero comencemos por su testimonio escrito.

(D. Juan Álvarez Seco, era brigada de la guardia civil. Comandante jefe de la sección de Puentenansa, a la que pertenece San Sebastián de Garabandal. Años 61-62 y 65). Texto íntegro del informe redactado por D. Juan Álvarez Seco.

Cuando estaba próximo a mi ascenso a Brigada, decía para mí: No quisiera ser destinado por la parte Norte, y se comprende que la Divina Providencia dispuso que fuera destinado a Santander, por lo que más tarde medité y reconocí que mi destino estaba en el Norte y especialmente en los límites de las provincias de Palencia, Asturias y Santander, en Rionansa.

El primero de abril de 1961, me hice cargo de la Línea de la Guardia Civil de la referida demarcación, y cómo no, con muchas recomendaciones por parte de mis Jefes, como una cosa especial, y con tacto, puesto que mi antecesor había tenido que salir para otro destino por orden de la Superioridad y en beneficio del servicio.

Llevaba sólo dos meses en mi destino, por lo que apenas había tenido tiempo suficiente para conocer la demarcación asignada. Los sucesos que me propongo narrar dan principio el 18 de junio de 1961. Algo maravilloso ocurre en mi

demarcación, de lo que me doy cuenta el día 20 del mismo mes, en ocasión en que me encontraba en visita del Médico Dr. D. José Luis, sorprendido a su vez por las noticias que acababan de darle dos mujeres de San Sebastián de Garabandal, quienes manifestaban haberse aparecido el Arcángel San Miguel a cuatro niñas.

Creo que en aquel momento no sé si al Sr. Médico le pedí la receta que me iba a dar para mi oído, objeto de la consulta, porque me da la impresión de que ya no llegué a necesitarla, puesto que oí perfectamente las manifestaciones de aquellas señoras. Trasladándome seguidamente al Cuartel, para ponerlo en conocimiento al cabo D. José Fernández Codesido, al que ordené que lo antes posible se trasladara a San Sebastián de Garabandal y se informara de las cuatro niñas en relación con el caso que nos ocupa.

El mencionado cabo me informó a su regreso que, efectivamente, todas ellas han coincidido en la misma aparición del Ángel. Las protagonistas resultaron ser: Conchita González González de 12 años de edad y huérfana de padre. María Dolores Mazón González de igual edad que la anterior e hija del Presidente de la Junta Vecinal de San Sebastián, Sr. Ceferino. Jacinta González González, también de 12 años, tiene padres y hermanos. Y María Cruz González Barrido, la más pequeña del grupo, de 11 años.

Las cuatro supuestas videntes informaron, por separado al cabo Fernández que ellas se hallaban jugando a las «canicas» a la entrada de la Calleja llamada la «Ventura» junto a un pequeño huerto adjudicado al Sr. Maestro de la Escuela, huerto en el que había un manzano lleno de fruta, lo que a las niñas llamó la atención, y como cosa de criaturas cogieron manzanas del árbol, como es natural, para comérselas, no dándole importancia alguna por ser cosa de niñas; pero en cuanto a las apariciones creí conveniente poner en antecedentes a mis superiores. Pero siguiendo los consejos del cura-párroco, don Valentín Marichalar, retrasé esta información unos días, en espera de nuevos acontecimientos.

El día 21 de dicho mes de junio decidí ir a visitar al cura-párroco, al que encontré en el camino en el coche del Indiano, con el fin de dirigirse a Santander para entrevistarse con el Sr. Obispo. Lo que me obligó a regresar apresuradamente al cuartel y remitir por mediación de un guardia una nota informativa a mi Jefe Superior, informándole de todo lo ocurrido en Garabandal.

Al siguiente día 22, me dispuse de nuevo a subir a Garabandal con mi ordenanza para informarme personalmente sobre los hechos allí acaecidos. Pequeña aldea montañesa, compuesta por unos 70 vecinos aproximadamente. Resulta grande o inmensa por la innata cordialidad de sus moradores. Enclavada

en las estribaciones de los Picos de Europa y próxima a Peña Sagra, limita esta zona con las provincias de Asturias, Palencia y Santander. Para llegar hasta Garabandal hay que subir un duro camino que arranca de Cossío. Serpentea por la montaña durante siete kilómetros hasta alcanzar el pueblo.

Durante mi acceso a la pequeña localidad pude apreciar un paisaje maravilloso, que me hizo recordar los «Belenes» que en época navideña se hacen en Cataluña. Ya en el pueblo, observé cómo corrían por las calles el agua, las gallinas, los cochinillos... sin que faltaran ovejas, cabras y vacas con sus tintineantes esquilas y cencerros.

Las costumbres de sus habitantes son primordialmente religiosas. Jamás olvidan, bajo pretexto alguno, el rezo del Ángelus, tan pronto como el reloj señala las doce horas (mediodía). Por la tarde rezan el santo rosario dirigido por el cura-párroco, y en su ausencia, por la Maestra o por la viuda Maximina. Al entrar la noche, la mujer de Simón y madre de la vidente Jacinta sale por el pueblo con un farol y una campanilla, y recuerda a todos los moradores las últimas oraciones de la jornada. Los domingos, después de haber oído la Santa Misa en la Iglesia humilde y antigua, se toman un poco de descanso. Por la tarde, la juventud se reúne debajo de uno de los porches, y cantan y se divierten al son de una pandereta, destacando el respeto y honestidad en sus voces y movimientos.

Ya en el pueblo, como he dicho, acompañado de mi ordenanza, Celemín me presentó a una vecina llamada Valentina, mostrándose dicha señora muy amable, reflejando en su rostro una expresión de bondad y cariño, y tratándome como si me conociera ya de antemano, Y, sin hacerse rogar, me manifestó que la primera aparición había tenido lugar el domingo, día 18, después de que las niñas salieran de rezar el santo rosario y asistieran al Catecismo en la Iglesia; y que, una vez libres para sus juegos, decidieron ir a la Calleja de la Ventura, desprendiéndose de una de las que les acompañaban, o invitando a otra a que subiera con ellas para jugar a las canicas, cosa que hicieron como también coger unas manzanas del árbol del huerto del Sr. Maestro, quien, viendo que el árbol se movía, encargó a su esposa se enterara de lo que ocurría, pues creyeron se trataba de las ovejas que estaban en el manzano. Al oír, las cuatro se echaron a reír y nada pasó. Una vez saciadas y con alguna fruta en los bolsillos, sienten los primeros remordimientos de conciencia, y la reacción de las niñas fue culpar al diablo por lo que habían hecho; y, en todo furor, cogieron todas ellas sendas piedras, arrojándolas hacia un rincón con todas sus fuerzas, donde creyeron que estaba el diablo riéndose de ellas. Una vez tranquilas, se dispusieron a salir del mentado huerto para volver a sus juegos. Fue entonces cuando Conchita vio aparecerse de pronto a una figura muy bella, pequeña, y con alas muy relucientes, y señalando hacia la aparición

decía: -«Ahí... ahí... » Las restantes niñas, al ver a Conchita en semejante posición trataron de correr para avisar a su familia, porque creían que le había dado un mareo, momento aquel en que las demás también se extasiaron viendo al Ángel en esta posición, todas gritaron: «El Ángel». Unos niños que jugaban también en la calleja las "apedrazaron", y fue cuando el Ángel las llevó más arriba, en la Calleja, a unos 50 metros; y una vez allí, en posición de rodillas y mientras veían al Ángel y le escuchaban, quiso pasar por entre ellas un vecino que venía de arriba de la montaña con un panal para la miel, - y al ver que no se separaban para dejarlo paso, se molestó por no dejarle pasar, ignorando de lo que se trataba. Una vez pasó en dirección al pueblo, se extrañó de que las niñas continuaran en la posición que las había visto. Cuenta el narrante que en toda la noche no pudo dormir, pensando que algo raro había visto; lo que explicó a su mujer, la que respondió que se trataba de cosas de niñas.

Durante esta primera aparición, el Ángel encargó a las cuatro niñas que cada día fueran al mismo sitio a rezar el santo rosario y que él estaría con ellas. Las niñas asustadas y llorosas fueron hacia la Iglesia para rezar y más tarde a manifestarlo a sus respectivas familias. La reacción de los familiares, -temiendo que sus hijas les mintieran-, era contraria a que tuvieran que ir al siguiente día a la Calleja. La única que se opuso fue la madre de Conchita; pero al insistir las demás niñas, quiso disimular para que fuera con ellas a la Calleja, prometiéndole que se fueran las tres y que Conchita iría después para unirse a ellas. La señora Valentina decía que «vale más que vean al Ángel que no otra cosa peor».

Varias mujeres las espían y, al ver que es cierto lo que ellas manifestaban, se produjo gran revuelo en el pueblo; lo anunciaron a todos, y convencidos y sin que persona alguna se burlara, acudieron a la Calleja para presenciarlo.

A partir de este día yo estaba contento y ordené se pusiera una pareja de vigilancia en Garabandal; la noticia corrió por todos los pueblos limítrofes, y a diario se desplazaban gentes a Garabandal, lo que motivó que se intensificara la vigilancia.

Después de la tercera o cuarta aparición del Ángel, pasaron ocho o nueve días sin nuevas apariciones, por lo que la gente llegó a desconfiar. Mas después de esos días volvió a aparecer el Ángel y cada día se encontraban en Garabandal de 500 a 3.000 peregrinos para presenciarlo. Recuerdo que las videntes decían que tenían tres llamadas. A la primera, dicen, que experimentaban una sensación de alegría del pecho a la garganta, y lo mismo con la segunda. Pero cuando ya tenían dos llamadas se les notaba, pues se ponían muy nerviosas y se colocaban un suéter, como si tuvieran que ir a la Iglesia.

Después de varias apariciones del Ángel, llegó a San Sebastián de Garabandal un maestro para dar lecciones de las asignaturas suspendidas al hijo del Indiano Etaquio, y este maestro, por intercesión del cura párroco don Valentín, tenía que estar pendiente y acompañar a las videntes durante su aparición, para escuchar las charlas que sostenían con el Ángel y tomar nota.

La gente que subía para ver las apariciones, se decía si las hipnotizaban o las daban píldoras y otras cosas por el estilo. Después de una aparición, me participa un compañero, Sargento de la Guardia Civil que, al terminar el éxtasis de Conchita, el maestro se la había llevado a casa del Indiano; y que va a resultar que cuanto dice la gente es verdad, y afirman que es el maestro que les da las píldoras. Acto seguido me trasladé a casa de Etaquio (el Indiano) y, efectivamente, compruebo que el maestro está en una habitación con Conchita; le preguntó el objeto del caso y me responde que, por encargo de don Valentín, al terminar la aparición se informa por la vidente de lo que han conversado con el Ángel y qué es lo que quiere, para después hacer como una especie de informe y darlo a don Valentín para su entrega al Sr. Obispo.

No falta quien dice que Conchita se pone de acuerdo con las otras y marchan a la misma hora a la aparición, que es la que influye en las demás; dicen igualmente que es una enfermedad; es cuando a petición del padre de María Dolores reclaman la presencia del Médico don José Luis, titular de la comarca, y sube en compañía del Alcalde y del Presidente, y las recluyen en el bar de Ceferino; las introducen en el cuarto donde Ceferino guarda el pan, y las reconoce el Médico. Recuerdo que a medida que eran reconocidas, salían disparadas para ir después a la Calleja y estar en la visión del Ángel.

El médico dice que las niñas están epilépticas y enfermas; que todo lo que pasaba es debido a la enfermedad que tienen. Pero yo veo que las videntes están la mar de bien y que cada día están más guapas y más sanas; mientras que los padres y hermanos presentan un aspecto de cansancio, y sus rostros, como si estuvieran agotados físicamente, denotan falta de sueño y reposo.

Se ordena por el Cura párroco y otros que se las separe de dos en dos, para comprobar si todas ellas acuden a la misma hora a la aparición; y, efectivamente, cuando sucede la última aparición salen las cuatro de distinto lugar coincidiendo en el Cuadro a la misma hora.

Las cuatro niñas salen del éxtasis con la misma facilidad con que entraron. Estaban más contentas y absolutamente normales; cuantos contemplan las escenas

quedan impresionados, todos quieren tocarlas el pelo y las mujeres besarlas, gracias a la pareja que las custodia hasta que se disuelve la aglomeración.

El sábado, 24 de junio la gente que había de cuantos lugares tenían noticias los sucesos, deambulaba por el pueblo.

En el lugar de la aparición se levantó un cerco de madera para evitar que las videntes fueran maltratadas a pinchazos, y que fueran rodeadas sólo por los curas y quitaran la vista a los demás, y a fin de evitar también las avalanchas del público para no presionar a las videntes. Al terminar la aparición se trasladaron a la sacristía de la iglesia para explicar a don Valentín lo que habían visto y también a otros observadores desconocidos.

"Días 24 y 25 de junio": Mucha más gente que en días anteriores, varios sacerdotes y médicos. Durante el éxtasis un médico quiso levantar a Conchita, y por el exceso de peso que, por lo visto, experimentaba cuando se hallaba en tal estado, se le cayó desde regular altura dando con las rodillas en el suelo, produciéndose un buen crujido. Al terminar y examinar a las niñas se observaban claramente las marcas de la caída de Conchita, de pinchazos, golpes y arañazos que a manera de pruebas habían hecho algunos a las videntes, sin que ellas acusaran el menor dolor ni hubieran hecho la menor expresión cuando se las produjeron. De nada se enteraban, ni del mundo exterior; y pasado el éxtasis tampoco les dolía; sólo les quedaba señal.

"Día 1 de julio". Sábado: Numerosísima concurrencia de todas clases mezclada con médicos. Sobre las siete de la tarde se produce la aparición. Duró unas dos horas. Al terminar, las niñas dicen que fue muy corta, que duró solamente dos o tres minutos. En aquella posición es humanamente imposible permanecer tan sólo unos pocos segundos y menos todavía, con expresión angelical. Esta vez el Ángel les dijo que, al día siguiente, verían a la Virgen.

"Día 2 de julio". Domingo: La Calleja se encontraba repleta de gente que rezaba el rosario. Todos querían presenciar el éxtasis. A mi lado se encontraba el segundo Jefe del Salto de Nansa, Sr. Rocha, que había subido al Dr. Morales y Dr. Piñal, ambos nombrados de la Comisión por el Sr. Obispo Fernández, y recuerdo que me dijo el Sr. Rocha: - «Esta tarde las videntes no subirán al Cuadro para ver la visión». Le respondí que en las cosas divinas no tenía el menor poder médico alguno. Me acerqué a la curva de la callejuela y comprobé que se encontraban a mitad de la misma. Permanecí en espera a que subieran al Cuadro para impedir el doctor que se produjera la aparición, con la sorpresa del Sr. Rocha de que las videntes subieran al Cuadro, sin que fuera molestado por la potencia del Dr.

Morales. Y todas ya, de rodillas, iniciaron el primer misterio del Rosario, y acto seguido tuvieron la visión. Llegó al lugar el Dr. Morales y dijo: «Esto ya está visto», o sea, que el doctor no había podido lograr evitar la aparición.

Las cuatro videntes lanzaron un grito a la vez, diciendo «LA VIRGEN». En principio creyeron que fuera Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, y después se oyó, que era Ntra. Sra. del Carmen, porque tanto el Niño Jesús como la Virgen llevaban en sus manos el escapulario. La Virgen estaba rodeada de seis ángeles, contados por la Conchita que se oía perfectamente. También decía Conchita «qué ojo» y después de la visión se pudo saber que era la Santísima Trinidad, en forma de ojo. A la derecha de la Virgen apareció como un cuadro de fuego, destacando del mismo la rigidez de las videntes con lágrimas en sus ojos y muy demacradas con cara de cera. Siendo la que más lloraba Mari Cruz, a la que un médico cogió por la garganta para apartarla de la mirada al frente, y no pudo conseguirlo: pero sí oí un chasquido de torcedura muy grande; creí que la hubiera causado daño; sin embargo, nada le había sucedido.

Cuando las videntes llevaban un rato en la visión, su rostro era ya más tranquilo, su posición, frente a los pinos: a la derecha, María Dolores: le seguía Conchita y a continuación Jacinta. A la izquierda y a mi lado estaba Mari Cruz; todas tenían en sus manos rosarios y cuentan a la Virgen lo que hacen en sus faenas de casa, lo que se oye perfectamente. María Dolores enseña los dientes, pues se supo después que la Virgen había dicho que tenía unos dientes muy bonitos. A continuación, Conchita con la boca poco torcida y abierta muestra a la Virgen que tiene una muela picada. También se comprende que las pregunta la Virgen cómo es el cura, y responden que don Valentín es muy feo, pero muy bueno. El propio don Valentín pudo oír estas palabras y muchos de los estábamos junto a ellas. Le decía a la Virgen que pedía por los Guardias Civiles que las protegen mucho de los curiosos y evitan de que les hagan daño. También le piden a la Virgen que les deje la corona, y al final cede la Virgen y se ve cómo la recogen y se la pasan de una a la otra. También Conchita pide a la Virgen que le deje una de las estrellas que lleva la corona para que se la ponga ella en la cabeza y los presentes lo vean, y puedan creer en las apariciones, mas la contestación de la Virgen es que ya lo creeremos.

Las videntes describen a la Virgen de esta manera: Vestido blanco, manto azul, corona de estrellas doradas, manos estiradas, con un escapulario marrón, pelo largo y castaño no oscuro y raya en medio; cara muy bonita. Aparenta unos 17 años y es más bien alta, afirmando las cuatro que su voz es inconfundible y muy melodioso.

A partir de estos momentos he presenciado muchas apariciones y he sido testigo además de los éxtasis, de centenares de marchas extáticas, corriendo velozmente en este estado por las calles del pueblo, e incluso algunas veces lo hacían de espaldas. Cuando corrían a encontrarse, unas extasiadas y las otras normales, a la que estaba en éxtasis no se le podía alcanzar, incluso algunos del pueblo trataban de correr sin poderlas alcanzar, incluso las videntes en estado normal no podían alcanzar las que estaban en éxtasis.

Así mismo he sido testigo muchas veces de cómo en pleno éxtasis y una vez besados los objetos por la Virgen, los devolvían a sus propietarios sin equivocación alguna. Algunos, después de haber besado sus medallas, se las entregaban a otras personas para que las dieran a las videntes a fin de que la Virgen las besara de nuevo; pero se oía decir que ya estaban besados y que por eso no los besaba por segunda vez. Alguien entregaba anillos sellos y no eran besados; sólo besaba los anillos esponsales, y éstos eran entregados muchas veces a los propios dueños entre mucha gente, y sin equivocarse con otros que llevaban en las manos.

He conocido a las videntes «muy feas», pero cuando están en éxtasis tienen una cara bonita y muy angelical; también las he visto caer y pegar con la cabeza en una piedra, sonar un fuerte golpe y dolerme a mí más que a ellas, porque nada les pasaba.

Los fenómenos habidos han sido por espacio de tanto tiempo y con tal frecuencia (en el transcurso de una jornada se daban dos y tres éxtasis) que resulta casi imposible enumerarlos, y relatarlos todos. Ello me obliga a recordar tan sólo algunos casos y cosas vividos por mí, aun cuando en mi mente recuerdo tanto y con tal exactitud, que no olvidaré mientras viva si Dios así lo quiere.

Sobre el primer mensaje: Las videntes en el Cuadro, muy serias y pendientes de lo que la Virgen estaba encomendándoles. A alguna se le caían lágrimas muy grandes. Mientras que los presentes también recibíamos esta emoción. Al terminar el éxtasis de las cuatro niñas y en un completo silencio anuncia el Padre don Valentín: «La Virgen ha dado a las videntes un mensaje, que no lo pueden decir al Sr. Cura, ni a sus padres, ni al Sr. Obispo.»

Al siguiente día tienen que subir ellas solas a los pinos, por encargo de la Virgen y que no haya persona alguna, y para que esto sea vigilado proponen las videntes que les acompañen dos pequeñas, tan pequeñas que tendrían sólo tres años y que apenas se daban cuenta del caso. Recuerdo que a mí me dijo María Dolores: «Brigada, usted y mi padre pueden estar cerca, pero a unos 100 metros a la derecha de los pinos, y también el cura con dos religiosas a la izquierda de los

pinos, también a unos cien metros, y el resto de la gente, bien retirada». Así lo hicimos y se pudo observar cuándo estaban en el momento del éxtasis, porque al llorar mucho las videntes, las pequeñas se asustaron y daban voces de llanto. Después se supo que el fin de estar las videntes solas es porque la Virgen tenía que hacerlo constar en el mensaje para el 18 de octubre de 1961. Con cajones de fruta hicieron un pequeño altar, cogieron flores del campo y lo montaron al pie de los pinos, muy bien preparado por ellas, que lo hicieron en toda la mañana.

Un día la Virgen se apareció a las videntes en los pinos, lo que fue presenciado por un Guardia Civil de Reinosa y por un amigo suyo que habían subido para ver algún éxtasis, y manifestaron los testigos que Conchita decía a la Virgen «pero no te haces daño con esas cañas», porque se aparecía la Virgen en la parte alta y entre dos pinos. Entre los mismos se hallaba la hija de Primitiva, llamada Elvira y otro del pueblo.

"A Conchita le cortan las coletas": En las primeras apariciones de la Virgen a las videntes, después de dar muchos rosarios y medallas a besar, Conchita muestra sus coletas a la Virgen, en ademán de ofrecérselas; y llega el momento en que los médicos, que sólo subieron un día, acuerdan con el Sr. Obispo de llevarla a Santander; y da la casualidad que el día anterior, como yo no podía estar para ver las apariciones, ordené a los Guardias que observaran ese día, para que, a mi regreso de Santander, me expliquen lo sucedido. El 27 de julio se llevan a Conchita a Santander para meterla en un convento; y que las niñas que se encuentran pensionadas en el mismo, la sacarían por la ciudad para distraerla, con el objeto de que se la pasara la enfermedad que ellos creían tenía. Yo regreso a la Línea Puente Nansa y llamo a la pareja para que me explique lo que había sucedido ese día de mi ausencia. Y me informan que a la una horas (13 h.) a las tres videntes, Mari Cruz, Jacinta y María Dolores se les apareció el Ángel San Miguel, y fueron las tres videntes las que dijeron al Ángel que daba pena que este día, al aparecerse la Virgen en Garabandal, Conchita no la vería. Y le dijo el Ángel a las tres que Conchita vería a la Santísima Virgen en Santander, a la misma hora que ellas en Garabandal.

El siguiente día sobre las ocho de la mañana recibo en Puente-Nansa una llamada telefónica del Brigada de la Guardia Civil encargado de la Comandancia, Crecencio, y me dice: «¿Qué fue lo que ocurrió en Garabandal en el día de ayer?»; «A las 13 horas le dije: el Ángel se ha aparecido a Mari Cruz, Jacinta y María Dolores y les ha dicho que Conchita tendría la visión de la Santísima Virgen en Santander a la misma hora que ellas;» confirmando mi compañero Crecencio que, efectivamente, Conchita había tenido por la tarde en Santander la aparición de la Virgen junto a la verja del Convento.

Un joven que yo había visto en Garabandal, a donde había subido para presenciar las apariciones y que conocía perfectamente a las cuatro videntes, me confirmó que, al ver a Conchita en Santander, en unión de varias nenas, por encima del túnel que va de una de las calles a la Estación Férrea, caminando hacia el Convento, Conchita cayó en éxtasis en plena calle.

Cuando la madre de Conchita regresó a Garabandal decía que su hija estaba enferma y que por esto tenía las visiones en Garabandal; que todo era mentira, que se lo habían anunciado no sé qué autoridades eclesiásticas. Estando yo cerca de la fuente donada por Etaquio a Garabandal, dos vecinas del mismo pueblo decían a la madre de Mari Cruz que todo era falso; de no haberme encontrado en aquel lugar habría habido pelea por parte de la madre de Mari Cruz; mas nada pasó afortunadamente.

Llegó Serafín de la corta de leña en Navarra preguntando a su madre por Conchita y ésta le contesta que está en Santander. Serafín encarga a su madre que la hija regrese a casa. Ya en Garabandal, Conchita, jugando por la tarde en su casa con una vecina, nieta de la señora Primitiva, oye la voz de la Virgen que Conchita reconoce y se le ocurre mirar debajo de su cama por si estuviera allí la Virgen porque no la veía. La Virgen encargó a Conchita que al siguiente día fuera con sus amiguitas videntes a la visión. Cuando las cuatro estuvieron juntas, Conchita les dijo que no salieran de Garabandal cuando las quisieran llevar.

"Lo que me contó Conchita cuando le cortaron las coletas": Dijo que la llevaron a una peluquería donde había dos dependientas y el ama, y una de las dependientas fue a cortarla el pelo y no podía, o es que estaba nerviosa: y, que al final, el ama a puro trance se lo cortó; y Conchita en vez de sentirlo, sonreía y decía: «Ahora estoy más guapa". Ella había cumplido lo que yo comprendía de que un día había prometido ofrecer las coletas a la Virgen; esto creo yo, puesto que ella, con la visión en Garabandal, no hacía más que ofrecérselas a la Virgen.

Enterada la madre de María Dolores de que al regreso de Santander había dicho la madre de Conchita que las videntes estaban enfermas y que todo era mentira, dijo a su hija (sin que lo supiera su padre Ceferino) que cuando tuviera la llamada no fuera a la visión; y llegó la hora y María Dolores fue a la Calleja y estuvo poco rato el Ángel en la visión un solo minuto- y terminó el éxtasis y regresaba a casa llorando. Al verla su padre le dijo: «Ya te ha dicho tu madre algo; ¿qué es lo que te ha pasado, que vienes llorando?» María Dolores contesta que había estado poco tiempo con el Ángel porque su madre le había dicho que no era verdad lo de las apariciones.

"Sobre una piedra besada por la Virgen": María Dolores sale extasiada de su casa por la Calleja hacia los Pinos; y al salir de la calleja se queda de rodillas, le hacemos un corro, encontrándose a mi lado el Padre Ramón Andréu; vemos cómo María Dolores coge piedras y las da a besar a la Virgen y dice: «esta piedra es para una amiga suya o familia que se encuentra en Cádiz; coge otra y hace lo mismo y la ofrece para otra que también se encuentra fuera de Garabandal, y coge otra y no dice nada, dejándola en el suelo; pero la cogí yo y me la guardé en el bolsillo de la sahariana. María Dolores continúa hablando con la Virgen y se comprende que la Virgen le pide la última piedra que ha besado y le pide a Loli que se la muestre. Loli, mirando hacia arriba y tocando con la mano sobre el suelo, no encuentra piedras; colocamos dos o tres a su lado, las toca y no hace caso de ellas; pero el P. Andréu dice: «Brigada, saque del bolsillo esa piedra que usted se ha guardado y póngala en el suelo». Obedezco y acto seguido parece que la Virgen le dice que ya está en el suelo; Loli toca varias piedras y entre ellas la que yo le puse; la coge y se la muestra a la Virgen y ya queda tranquila; la deja nuevamente en el suelo de donde vuelvo a recogerla y guardarla. Al terminar el éxtasis le pregunto si la piedra que yo me había quedado y la que ella buscaba la tenía ofrecida a alguien, respondiéndome negativamente, por lo que me quedé con la piedra.

"El día que una autoridad subió a Garabandal en unión de don Emilio Valle y sus hijas". Aquel día las hijas de don Emiliano me dieron varias medallas para que yo las entregara a María Dolores y ésta se las diera a besar a la Virgen; así lo hice. María Dolores tuvo la aparición en los Pinos. Recuerdo un caso curioso y es que María Dolores se encontraba caída en el suelo, boca arriba, hablando con el Ángel y decía: si tú no me ayudas yo no puedo levantarme, - en este momento vi cómo Loli extendía el brazo y fue incorporándose poco a poco hasta la posición de sentada, al igual que si uno cualquiera le hubiera dado la mano y lentamente le hiciera incorporarse hasta dicha posición.

"Final de abril de 1961". Subí por la tarde a Garabandal y al llegar me salió al encuentro el Indiano Etaquio (q.e.p.d.) y me dice: «Brigada, si usted hubiera subido más pronto habría presenciado y escuchado la voz de la Virgen». Y al pasar por casa de Jacinta, se encontraba ésta con María Dolores a la puerta. Me llaman con una gran alegría y me dicen: que esta mañana el Dr. don Ángel Domínguez Borreguero Director del Manicomio Provincial de Salamanca les había dejado el micro para que registraran la voz de la Virgen. Entonces me fui al mentado Dr. Domínguez para que me informara, el cual me dijo que: «la cinta donde están grabadas las palabras "*la Virgen no quiere hablar*" se la mostraría a usted, pero estamos expuestos a que por una pequeña avería se borre». El acompañante del Dr. Domínguez era don Gerardo Pleya, Catedrático de la Universidad de Salamanca;

ambos se hallaban veraneando en Llanes (Asturias) y, al enterarse de las apariciones, acudieron a Garabandal. Si ellos quieren, pueden dar testimonio.

"Día 25 de julio de 1961, festividad de Santiago Apóstol". - Este día tenía una pareja en la Calleja, y otra frente a la casa de Conchita. Las cuatro videntes jugaban en el prado de una cerca y serían aproximadamente las siete y media de la tarde. El cielo estaba completamente libre de nubes. De pronto se formó una nube muy negra encima de Piedra Sagra, y al mismo tiempo se vio un rayo muy grande de arriba abajo. Las videntes cayeron de rodillas con gran temor. El trueno fue muy estrepitoso; las niñas con la vista extasiado hacia arriba. Tuve que apaciguar los gritos de la madre de Mari Cruz, y todos permanecimos en silencio; ¡y hay quien dijo muy serio, sin darlo importancia, que había visto sobre la luna una figura o dos como viste el Santo Padre!

Cuando el Excmo. Dr. D. Doroteo Fernández y Fernández publicó la primera nota del Obispado recomendando que los curas se abstuvieran de subir a Garabandal, estos subían vestidos de paisano. Recuerdo que, extasiada Conchita, le decía la Virgen: «Hay tres curas en el pueblo», y Conchita decía que sólo había uno; y se oyó decir a Conchita «hay tres» y run... run... llegó hasta dos paisanos que estaban observando; al final se acercaron para informarse bien, y los dos paisanos se identificaron como lo que eran, sacerdotes; sólo que vestían de paisano en vistas de la prohibición del Sr. Obispo. El caso es que ya no volvió a encontrárselos en el pueblo. También se presentaron otro día dos Alféreces del Cuerpo de Aviación; yo les reconocí y nada quise decir, pero las videntes supieron por la Virgen que eran capellanes.

El día 12 de octubre de 1961 recibí la Cruz a besar, separadamente por las cuatro, como una felicitación de la Virgen por ser el día de mi Patrona y acudir esa tarde a Garabandal.

"Día 17 de octubre de 1961": Subí con catorce parejas a mis órdenes, para mantener el orden la misma víspera del 18. Extasiada Conchita se acercó a mí, y a mí sólo me dio a besar la Cruz, lo que para mí significaba una esperanza de que todo saldría bien, a pesar de la enorme cantidad de personal que subió al pueblo y a pesar de la lluvia torrencial que se sucedió durante todo el día. No pasó la menor desgracia. Calculé en Garabandal de unos doce mil a quince mil personas; y de ochocientos a mil automóviles y sin accidente alguno, lo que fue para mí una gran sorpresa. Yo estaba junto a las videntes, cuando del pecho sacaron una carta escrita que don Valentín abrió y leyó. Los presentes pedían que se leyera más fuerte, y pude oír claramente que las cuatro videntes le decían todas al mismo tiempo (lo de la carta) y sin equivocarse. Luego la leyó un voluntario con voz

fuerte. Todos los que ese día subieron al pueblo, esperaban ver el sol en plena noche como en Fátima. En realidad, se hizo lectura de un grave mensaje, que hoy tiene una importancia considerable. Es así que lo he comprendido.

"Lo que ocurrió el día 18 de marzo". Subiendo este día para Cossío me encontré con mi amigo Fidelín, quien me invitó a subir a su coche y acompañar al P. Jesús Silva, fundador de la Ciudad de los Muchachos de Orense, al que acompañaba otro padre cura más joven y un muchacho enfermo del corazón. Los tres subieron a Garabandal y el primer contacto que tuvieron fue con la vidente María Dolores, en éxtasis sobre las 23,45 h. y cuando la visión pasaba al siguiente día, 19 de marzo de 1961, extasiada se acerca al mostrador del bar; toma un lápiz del cajón y sobre la pared de la cocina apoya la estampa y escribe lo que le dijo la Visión: «La Virgen felicita al P. José». Y resulta, según informó el mentado padre, que él no había dicho a nadie cómo se llamaba, y que para él había sido una emoción recibida como prueba maravillosa. Además, en el momento su semblante era pálido por la prueba que acabada de recibir.

2ª Parte. Capítulo VIII. TESTIMONIO DEL BRIGADA

Más tarde nos trasladamos a casa de Conchita. El P. Silva le habla sobre una Hora Santa, y contestó Conchita que eso qué era, y fue cuando el P. Silva se lo explicó y se acordó hacer una Hora Santa en la Iglesia; pero nos faltaba la llave del templo y la del Sagrario para dar la Sagrada Comunión, y don Valentín dormía en casa de la señora Primitiva. El señor Matutano, de Reinosa, el Brigada y un servidor fuimos al cura. Para que nos conociera le hablé yo, le pedimos la llave de la Iglesia y nos dijo que no la daba, a pesar que daba la Hora Santa el P. Silva. Regresamos a casa de Conchita Matutano y yo, y Maximina dice podemos acercarnos a la Iglesia por si estuviera abierta. Una veintena fuimos con Conchita y María Dolores; recuerdo que estaban presentes los Marqueses de Santa María. Encontramos la puerta del templo abierta, pero nos faltaba la llave de la sacristía para conseguir la del sagrario. Mas el P. Silva encontró el sagrario abierto y la sacristía cerrada, por lo que pudo hacerse la Hora Santa por todos los presentes y, además, en cruz, y comulgando casi todos los asistentes.

Fue maravilloso; esto bien lo saben los Marqueses de Santa María y Matutano y otros que yo no puedo recordar. Agregando que nos dijo el P. Silva que lo de Garabandal todo era verdad.

"Lo sucedido al Sr. Damián con una cruz": El Sr. Damián, de Barcelona, había dado una cadena con una medalla y una diminuta cruz de oro a Conchita para que cuando estuviera en éxtasis la diera a besar a la Virgen. Conchita tiene la visión y todos la seguimos, y en la puerta de la iglesia vemos cómo da a besar a la Virgen todos los objetos de Damián, y después le coloca la cadena al cuello, extasiado, y regresamos para casa de Conchita; el Sr. Damián notó que sólo tenía la medalla y que le faltaba la cruz de oro; y ya cuando Conchita se encontraba fuera del éxtasis y en estado natural, el Sr. Damián le dijo que le faltaba la cruz. Respondió Conchita: pues es verdad, que me dijo la Virgen que estaba caída a la puerta de la iglesia. Y, en mi presencia y la de varios, vimos cómo una cosa tan diminuta se podía encontrar, aun cuando a nosotros nos dijeran en la puerta de la iglesia está; sin embargo, Conchita fue derecha al sitio y la recogió, no sólo en mi presencia sino en la de los que allí se encontraban.

"Mis gafas y la señal de la Cruz": El Brigada que suscribe se hallaba junto a la cocina de Conchita, y varios curiosos, en espera de ver en aparición a Conchita; de

pronto se queda extasiada; y entre todos se dirige al Brigada y con la Cruz va a persignarme; comienza diciendo: «Por la señal ...» en ese momento se para al tocarme en las gafas y me las pide; de momento no accedí, mas ella espera que se las diera a la mano. Entonces, a petición de los presentes se las di, pero con el temor de que me las rompiera; las coge, las cierra y me las devuelve. Me persigna como yo jamás lo hubiera hecho; nuevamente me pide las gafas, me las coloca en el rostro como yo tampoco me las he puesto. Mientras viva, creo que cada vez que me persigne, lo recordaré. La Virgen le dijo que me quitara las gafas para así persignarme mejor.

Uno de los recuerdos que más guardaré en la memoria mientras viva, es un santo rosario besado por la Virgen, y dos cuadros también besados que obran en poder de dos personas. Uno de los días que fui por Cabezón de la Sal a recibir impresiones y órdenes de mi Capitán, y después me trasladé a San Vicente de la Barquera a saludar a mi buen amigo y compañero Expósito, nos encontramos en un bar, y pude ver en la pared varios calendarios con figuras un tanto inmorales. En medio de aquellos calendarios había una estampa de la Virgen de Fátima; veía que aquello no guardaba relación; le pedí al dueño del bar me diera la estampa; pero no, no me la dio. Me dio una de San Miguel, y luego me hice con la de Fátima.

En Garabandal, mientras un día estaba María Dolores en éxtasis, di la estampa a su compañera Jacinta, que se hallaba en estado normal, para que se la entregara a María Dolores y la diera a besar a la Virgen. La chica cumplió mi encargo, y cuando María Dolores devolvió la estampa ya besada por la Virgen, Jacinta le preguntó: ¿Quién está en la estampa?

-No sé, respondió María Dolores.

-Pues pregúntaselo a la Señora, inquirió Jacinta. Así lo hizo María Dolores, y a los pocos segundos respondió:

-La Virgen dice que en las estampas está la Virgen de Fátima y el Ángel San Miguel.

No puede imaginarse el lector lo emocionante que resultó para mí aquella escena. Hoy las estampas se encuentran en poder de mi amiga y bienhechora Julia de Costa, y de su cieguita, hija de un cabo de la Guardia Civil, quienes todos los días ruegan por la humanidad, que buena necesidad tiene de la protección de Dios.

"Otro caso muy curioso": Una tarde llegó a Garabandal un matrimonio con un buen amigo, que ya había estado presenciando una aparición, y que había dado una

medalla para que la besara la Virgen; pero éste volvió con la duda de que la medalla no estaba besada. Recuerdo cómo sucedió el caso: fue en el bar de Ceferino; el Pintor, (que es el amigo que vino con el matrimonio) entrega dos medallas suyas, una es como las corrientes de la Virgen, y la otra en forma ovalada en la que en una cara decía «Alicia» y en la otra una cruz; también entrega otra medalla; las tres se las da a María Dolores. «Ésta, al cogerlas y ver que en una cara dice «Alicia» y en la otra hay una cruz, queda toda extrañada porque no encuentra cómo es la Virgen y no queda muy conforme, pero accede a darla a besar. Y cuando ya está en éxtasis, mostrando la medalla del Pintor a la Virgen, la dice: «Ay que ver qué fea te han puesto, tan bonita como tú eres». Y la otra medalla que se creía no estuviera besada, cuando oye por sus propios oídos que la Virgen dice a Mari Loli que estaba besada, cambia de rostro quedando muy pálido y todo emocionante. Y más fuerte para la mujer del pintor que -de haberse acostado como quería, pues era por la tarde- se hubiera perdido la dicha de la aparición que todos sentimos. Para ella significó una prueba que sabrá tener en cuenta.

"Yo he visto a Conchita suspendida en el aire horizontalmente". Una de las apariciones que más me han impresionado, fue la que tuvo lugar en la cocina de la casa de Conchita, en la que también estaba mi buen amigo el Dr. Ortiz (quien también puede explicar innumerables apariciones), un Padre llamado don José Ramón Vázquez y un seminarista de Reinosa y otros varios. Conchita quedó extasiado; daba unas medallas a besar a la Virgen diciendo: «no llego». Y se deduce que la Virgen insistía en besarlas, y Conchita repetía: «no llego», «no puedo». Jacinta sin estar en éxtasis, también lo presenciaba. Conchita le decía a su amiga: «Salta tú, porque yo no puedo llegar». Entonces se intentó coger a Conchita y levantarla con toda fuerza, pero fue inútil. Ni siquiera se la pudo mover ni despegar los pies del suelo, dando la sensación de que pesaba miles de kilos. Sin embargo, Jacinta se acercó a ella y con sus escasas fuerzas, sin ayuda de nadie, logró levantar a Conchita. Aquello me dejó perplejo. Pero aún hay algo más sorprendente que jamás olvidaré.»

Me encontraba junto a la puerta de entrada en la cocina, y a mi derecha el Dr. Ortiz, el P. de Llanes (Asturias) y otros más. Conchita había caído extasiado en el suelo, boca arriba; de pronto la vi cómo tenía todo el cuerpo horizontal completamente separado del suelo. Quise comprobarlo pasando la mano por entre el cuerpo de Conchita y el suelo, pero no pude porque todo fue cosa de segundos. Hago constar que para mí no ha lugar a dudas. Creo que tampoco lo olvidaré mientras viva.

En otro éxtasis, Conchita tiene encima de la mesa de la cocina cinco anillos de esponsales, de oro. Uno creo que era del Sr. Ortiz y otro de su esposa, los demás

no recuerdo. Los coge, da a besar a la Virgen y los deja sobre la mesa; viene hacia mí, y creyendo que vendrá a darme a besar la cruz, como al igual que las demás videntes lo hacían siempre que se encontraba en Garabandal, me entrega uno de los cinco anillos diciéndome: «tome, para que se lo lleve a Barcelona». Dicho anillo pertenece a una hermana de Paquita Olivilla, de Barcelona, la que según me ha manifestado, lo vio relucir un día. En esta ocasión se hallaba presente el cura párroco que había sustituido al anterior don Valentín.

Este día decía Conchita a la Virgen: «Ha venido un Sr. Cura que viene a relevar a don Valentín». Después también quitó las gafas al Sr. Cura para persignarle. Para ser el primer día que subía a Garabandal, recibió buenas pruebas; y según me informaron, cuando de nuevo vino don Valentín y el otro regresó a su destino, creo que el Sr. Obispo le dijo: «Y le había mandado para desvirtuarlo -o cosa parecida- y resulta que viene más convencido de las apariciones que las propias niñas.»

El día de Ntra. Sra., Santo de Conchita, todas felicitaron a la Virgen, y más tarde se les veía jugar extasiadas a encontrarse; una de las veces, recuerdo, que Jacinta se aparece con un camisón o bata. Se comprende que la Virgen le dijo que iban muy cortas. Yo veía a Jacinta en la visión y al mismo tiempo se recogía un poco el camisón porque le arrastraba, y más o menos ya lo indicaba la Virgen cómo tenía que ser. Hoy es un escándalo con la mini-falda.

"Lo que yo presencié un domingo": Me encontraba por la tarde cerca de la casa de Conchita, y oigo decir a su madre: «hija, ¿cómo llevas el abrigo nuevo? Si tienes la aparición de la Virgen, como está el tiempo y las calles lo vas a manchar.» Conchita se dirigía hacia la Iglesia, y a la altura de la casa de una señora sorda y junto a la casa de Loli, Conchita se quedó extasiada, y cayó al suelo apoyando la palma de la mano derecha donde llevaba el crucifijo, y se la veía sonreír; se incorpora derecha, pero con la vista fija en la visión; da media vuelta y se encarrila para su casa; y otros, como yo, detrás de ella; la vemos entrar en casa y dirigirse a la sala de aseo encontrando la palangana sin agua. Baja a la cocina; debajo de la mesa hay un botijo y comprueba que está vacío; sale con él a la calle; frente a su casa hay una fuente con dos caños. Sigo tras ella, baja los dos peldaños que hay, llena el botijo, regresa a casa, echa agua en la palangana, se lava y también lava el crucifijo que se había manchado; cambia el abrigo nuevo por otro más usado, haciendo caso de lo que su madre le había encargado. Vuelve a la Iglesia extasiada y allí reza una oración, y se queda extrañada al verse cómo se había cambiado el abrigo, y sonríe.

"Cuando la gripe": Jacinta estuvo varios días en cama a consecuencia de la gripe, con bastante fiebre. Sus padres le habían advertido que mientras tuviera

fiebre no se levantara de la cama. Pero Jacinta, mientras estuviera en cama no vería a la Virgen. Recuerdo que al enterarme de que estaba en cama fui a verla, y en un momento en que yo hablaba con sus padres, ella se escapó a la calle, y tan pronto salió a la puerta quedó extasiada, en sus labios se notaba una sonrisa y su semblante parecía angelical.

También por entonces María Dolores estuvo afectada de gripe; fui a verla; me contó que antes tenía mucho miedo a los guardias; le pregunté el porqué de tal miedo. Me refirió que Jacinta y ella quitaron un martillo, lo vendieron por una peseta y se compraron una pastilla de chocolate y se la comieron; después pensaban siempre que la Guardia Civil asomaba por el pueblo que iba a por ellas. Decían ellas: «Ya vienen por nosotras». También entraron en un huerto y arrancaron nabos; sorprendidas por el ama trataron de esconderse detrás de un carro y les decía el ama: «no os escondáis, que ya os he conocido; cuando venga la Guardia Civil os llevará.» Y ahora, como los Guardias las escoltan y las protegían ya no les tenían ese miedo. Yo les dije si todas aquellas cosas las habían confesado, y me contestaron que sí, que hacía mucho tiempo.

Un día María Dolores subió al primer piso donde tenía muchas veces las apariciones. Su padre Ceferino les tenía dicho que cuando bajaran al Bar o planta baja aflojaran la «bombilla», puesto que no funcionaba el interruptor; Loli en éxtasis agarró la bombilla y no la soltaba. Los presentes creíamos que mucho tiempo con la bombilla asida a la mano se quemaría. Su madre decía: «Por Dios, que se va a quemar la mano», y tratamos de que soltara la bombilla lo que no se podía lograr; o se rompía la bombilla y se haría daño. Entonces se llamó a Mari Cruz que no estaba en éxtasis, se acercó, y con gran facilidad hizo que soltara la bombilla y se bajó al bar.

He visto un día cómo Jacinta, cerca de la fuente que el Indiano había hecho en obsequio al pueblo, estando extasiada no hacía más que pedir a la Virgen la dejara el Niño Jesús; por lo visto, la Virgen le decía que «no, que lo vais a caer». Contestaba Jacinta a la visión que, «no, no lo caeré», y al parecer cede la Virgen en dejarle el Niño, y marcha extasiada por las calles de Garabandal con las dos palmas de la mano hacia arriba, bastante junta, como si el Niño fuera muy pequeño. Recuerdo que lo paseaba con un cuidado como para no caerlo, como se lo había prometido a la Virgen. Al final del éxtasis dice Jacinta: «toma» y ¿ves cómo no lo he caído?» la demostración se ve al elevar Jacinta las manos en ademán de entregar el Niño a la Virgen.

Subiendo una tarde a Garabandal me salen al encuentro Jacinta y María Dolores y me explican que el P. de Llanes (Asturias) don Ramón, le entrega a Mari

Loli una máquina de fotografiar y le dice que cuando esté extasiada haga una foto a la Virgen. Jacinta y Mari Loli me informaron que hicieron tres fotos a la Virgen y que la Virgen la iba guiando, y cuando María Dolores veía a la Virgen por un agujerito y bien, disparaba la primera foto; así ocurrió tres veces, o sea, tres fotos. El Padre de Llanes se llevó la máquina y la devolvió las tres fotos; allí no se veía a la Virgen, lo que significaba que la Virgen no salía en la foto. Al cabo de seis meses de ocurrir esto, el padre de Mari Loli le dice un día a su hija: «Loli, cuando estés con la Virgen le dices que te guíe con un lápiz y papel, para que la dibujes y sepamos cómo aparece». Al terminar el éxtasis Ceferino le dice a su hija qué es lo que la Virgen le ha dicho; y contesta Loli: «Me ha dicho que ya me lo dirá». Y un día queda extasiado Loli y hablando con la visión se le oye decir «a que estás en una de las fotos que te hice»; y se dirige a una caja de cartón de los zapatos, donde guardaba varias estampas y fotos; de las que coge tres, viene y se las muestra a la Virgen, y una de ellas la aparta, y después, cuando ha terminado se le pregunta «qué era lo de la foto que has apartado»; «es que dice que está en esta foto como es y como viste». Dicha postal, al parecer, unos la ven y otros no ven nada.

A las tres de la madrugada la propia hija del Indiano la llevó a su casa, y pude ver cómo aparecía la Virgen en la foto. Regresaba yo este día de revisar un puesto en Tudanca, y al llegar a Cossío me encuentro a la madre de Jacinta que se dirigía a Puente-Nansa y me dice: «Brigada, no sabe que la Virgen apareció en una de las fotos que un día le sacó Loli». Yo, sin pereza sin llegar a Puente-Nansa, me dirijo a Garabandal, y le pregunto a Ceferino si era cierto lo que me había dicho la madre de Jacinta; me entrega una postal y me dice: «Ahí la tiene usted» le doy algunas vueltas a la foto y…. con mis propios ojos he podido ver la silueta de la Virgen en la foto. He visto que tenía unos ojos grandes como los de Ntra. Sra. La Inmaculada; la nariz, pequeña y perfecta; los labios muy pequeños y gruesos con el cabello echado hacia atrás y muy largo. Esta foto la guardaba Ceferino; no he vuelto a saber de ella.

Yo he rezado el santo Rosario con las videntes y con la Virgen, al igual que otras personas que también seguían a Conchita; en uno de los misterios se dirigía al Cementerio, por un camino lleno de agua y cieno como unos treinta centímetros. ¡Qué rosario más bien rezado por las videntes, y con cuánta devoción lo hacíamos los que las acompañábamos! Pero lo bueno queda aquí; al llegar al Cementerio Conchita introduce la mano con el Crucifijo por entre las rejas, y lo da a besar al parecer, a los muertos, señalando unos más alto que otros, y como. si estuvieran colocados en varios coros de los peregrinos en San Sebastián. Cuando, al parecer, había terminado y después de andar unos cincuenta metros hacia el pueblo se vuelve Conchita al Cementerio, introduce la mano por entre las rejas como si al

principio alguno no quisiera besar el crucifijo, o como si algún otro (difunto) se hubiera retrasado en besarlo.

"Sobre la sorpresa que se llevó el indiano Etaquio". La historia fue como sigue: El Indiano tenía a su madre viejecita en Garabandal y vino a verla por una temporada, procedente de Méjico, en donde quedó al frente de su negocio su esposa e hija. Cuando ésta terminó el curso y se examinó, vinieron a reunirse con su esposo y padre. La mujer del indiano, al saber lo que ocurría en el pueblo de su marido, se le ocurrió traer una medalla que Etaquio se había dejado en Méjico. Un día, su mujer, sin decirle nada, entrega cuatro cadenas con sus respectivas medallas a Loli y le dice «cuando estés con la Virgen le das estas medallas y se las pones, a cada uno la suya». Loli queda extasiada arriba del Bar, yo subo y veo la escena; da a besar las medallas; coge una y se la coloca a la mujer del indiano; y ésta, al ver que, efectivamente es la suya se echó a llorar y vive una emoción muy grande. Loli coge otra, se la pone a la hija del indiano; coge otra y se la da a la mujer del indiano, esta medalla es la de su hijo que no está presente. Y le queda la otra con la que se dispone a bajar por la escalera de madera, y extasiada y entre mucha gente que se encuentra en el bar, y entre todos, el indiano que está tomando unos vasitos, se dirige a él, y va a colocarle la medalla al cuello; el indiano no se echa para atrás y dice «pero esta chica se habrá equivocado porque yo no le he dado ninguna medalla». Mas la sorpresa fue grande cuando el indiano se mira la medalla y dice: «Por Dios, si esta medalla es la que yo me he dejado en Méjico». Y es que la mujer de éste quiso hacer esta prueba que para cuantos la hemos visto, es una de tantas y tantas maravillas que en Garabandal se han sucedido.

También quiero hacer constar que la mentada escalera la ha bajado varias veces Loli con la cabeza y pies horizontal, lentamente y extasiada. También un día que extasiada salió para el pueblo dando a besar la cruz a los enfermos e impedidos, al salir de uno de ellos, yo estaba a la puerta, y también me quitó las gafas para persignarme la mar de bien. Otro día me dijeron que, en víspera de casarse una prima suya con otro del pueblo, avecindados en Cádiz, fue a pasar la cruz por toda la ropa de novios. A esta boda tenía que ir yo, mas por falta de tiempo no pude asistir; pero al siguiente día fui para felicitarles; tuve que pasar por un arroyo de agua hasta la cintura en compañía de otro chico de Cossío, claro está asido a una vara grande.

Otro indiano, sobrino de un tal Joseíto de Cossío, había dado varias medallas a besar por mediación de Loli, y recuerdo que, entre tantas, cogió una, y delante de todos, dijo Loli extasiada: «Esta medalla está besada por el Papa Pío X o Pío Xl» (no recuerdo bien). El caso es que el indiano confirma que lo que dice Loli es verdad.

Una tarde el Padre Belga llega a Garabandal, y, estando en casa de Conchita, nos dice que en cierta ocasión se equivocó en afirmar ciertas apariciones, y que había pedido a la Virgen le ayudara a comprender y saber la veracidad de otras, y que por este motivo le trajo este día a Garabandal; y dijo que si él viera que es de orden sobrenatural marcharía a Garabandal y con él vendrían otros más. El caso es que Conchita queda extasiada y se dirige al belga; creo que le desabrochó el cuello de la camisa, le saca una medalla y la da a besar a la Virgen. El belga, a partir de entonces, desaparece; y a los dos o tres días aparece nuevamente en San Sebastián de Garabandal.

La primera vez que subió a Garabandal Mercedes Salisachs. No recuerdo el día exacto, pero sí lo que ocurrió. Yo llegué a Garabandal por la tarde y me presenté en el bar de Ceferino el que salió a mi encuentro diciendo: «Ahí está el Brigada que ha presenciado muchas apariciones», y me presentó a Mercedes, diciéndome «esta señora es de Barcelona y quiere que se le explique algo de las apariciones». Tratándose de tal señora, respetuosamente la saludo y ella me preguntó si yo conocía todo lo de las apariciones; le contesté afirmativamente. Ella lo registró en cinta y lo mismo hizo con un pastor de vacas del pueblo, el cual le dijo: «Yo no sé qué es lo que me pasa desde que he presenciado alguna aparición; antes blasfemaba mucho y ahora ya no lo hago». También registró otra pregunta que hizo a un Padre; le dijo: «Usted Padre... lo cree» y este padre -sólo lo sabe Mercedes y yo- contesto que sí lo creía. Luego acompañó a Mercedes a casa de Conchita, y después de algunas preguntas de Mercedes a Conchita, ésta, sin tardar muchos minutos, quedó extasiada. Yo tenía interés en que Mercedes, que venía de Barcelona, con muchas ganas de presenciar una aparición, encontrara facilidades; le ayudé a seguirla por la calle, y después de dar algunas vueltas extasiada por el pueblo, al regresar a casa de Conchita y junto a un poste de tendido eléctrico, se paró Conchita con la vista al cielo y a la visión, y yo le oí decir, también lo oyó Mercedes, que decía Conchita: «Ah, que el hijo de Mercedes está en el cielo». Mercedes hubiera caído al suelo como un árbol que cae cuando se le da el último corte, a no ser por nuestra intervención. Esta escena la tengo grabada en el alma, y será imborrable, como otras tantas y tantas vividas cerca de las videntes. Esto creo que podrá decirlo Mercedes, y cuantos se encontraban allí en tales momentos.

También he presenciado cómo Conchita recibía una carta del P. Pío, de Roma (d.e.p.) que le pido que desde el cielo me bendiga, me gobierne, y que yo sea más bueno, y rezarle mucho. Pues se decía antes de quedar extasiada que la indicada carta se la mostrara a la Virgen, para preguntarle si, efectivamente, era del P. Pío; después Conchita dijo que sí, que era del P. Pío.

Otro día mi amigo y compañero Brigada Crecencio (de la Guardia Civil de Santander) sobrino de don Valentín, me dio una medalla para cuando subiera a Garabandal y la entregara a una de las videntes; no recuerdo a quién se la di, aunque pienso que fue a Loli; y una vez ya estaba besada por la Virgen, fui a Santander y la di a su dueño. Y cuando ya había pasado un tiempo, un sobrino de don Valentín y primo del Brigada por parte de su mujer, tuvo que ingresar en la Casa de Salud de Valdecilla, con el vientre inflamado; según me contaron, sólo un milagro podía salvarlo. Al enfermo le pusieron dicha medalla, y empezó a orinar como un veneno. Se había salvado milagrosamente.

"Como datos importantes". Hago constar que durante el año 1961 los médicos nombrados por la. Comisión del Obispado, sólo les he visto por Garabandal tres días. Uno fue cuando me dijo el Sr. Rocha de la Nansa que este día no subirían al Cuadro las videntes, porque las iba a hipnotizar o "hipnotizar" y las pararía en la Calleja, lo que resultó un gran fracaso para el Dr. Morales.

La otra fue el 18 de octubre de 1961, cuando se dio el primer mensaje, que se encontraron custodiados por la fuerza, para que no se les molestara, al parecer por su conducta, el mal acierto de su actuación.

Y la tercera, creo que estuvieron por la noche en Garabandal, cuando todo el vecindario dormía, y trataron de llevarse a las videntes para Santander, sin permiso de los padres y del pueblo.

Guardo en mi poder un verso escrito de puño y letra de Conchita que fue cantando por el pueblo y las cuatro videntes el 25 de marzo de 1962, fiesta de la «La Anunciación del Arcángel y Encarnación del Hijo de Dios».

Hoy día de la Virgen, día de la Encarnación, nos te felicitamos, con todo el corazón.

Virgencita, Virgencita, cuanto gusto nos has dado, con tu risa tan bonita, y tus ojos tan fijaos.

Hombres, mujeres y niñas, ya sabéis nuestro mensaje, la Virgen quiere se cumpla, para bien de los hogares.

Aquí vienen tus hijitas, acompañándote a ti, para que les hagas un sitio, para estar cerca de ti.

Seguir cristianos a la Virgen, con humildad y fervor, para que nos guarde un sitio, en la celestial mansión.

También hago constar que he visto cómo potentes focos han sido colocados ante los ojos de las videntes, sin que estas sufrieran el menor daño. Se las ha pinchado (lo he visto), y si se han dado cuenta es porque la Virgen se lo decía; se les han hecho preguntas mofosas, de mal gusto. Estando yo junto a Mari Cruz, le oí decir todo enfadada, dirigiéndose a la Virgen «Hoy ha venido un Sr. Cura que no hace más que preguntar ¡Y qué preguntón es!»

Dos curas de la parte de Bilbao se mofaban de Conchita, mientras daba a besar el Crucifijo a los peregrinos; a ellos no se lo dio; arrepentidos, se fueron a casa de Jacinta a pedirle que rezara con ellos un rosario en reparación; y después, extasiada Mari Cruz, les dio el Crucifijo a besar; estos sacerdotes quedaron tranquilos y dieron las gracias.

Desde las primeras apariciones, viví en Garabandal todos los sucesos derivados de las mismas, de las apariciones de las cuatro videntes: Conchita, Mari Cruz, Jacinta y Mari Loli. Hoy cuando han transcurrido siete y más años, continúo recordándolo día por día. Este destino de Jefe de Línea de la Guardia Civil me dio la ocasión de lavar un poco mi alma que tanto lo necesitaba.

Son tantas las maravillas y lo religioso con que se desarrollaban las apariciones, que las recuerdo bastante, y por todo ello, hice cursillos de Cristiandad, y soy miembro de la Adoración Nocturna, porque cada día me creo haber hecho poco. No creo que el Diablo me arrebate la paz que hoy tengo y que antes me faltaba; vivo mucho más tranquilo, porque tengo presentes los dos mensajes dados por la Virgen al mundo. Y todos tenemos que pensar en lo que dicen.

Por todo lo narrado quiero manifestar a todos los cristianos de buena fe que lo más importante de todo ello es que tengan muy en cuenta de cumplir el mensaje del 18 de junio de 1965.

El demonio está desatado, pero estamos en la era de María. Su Corazón Inmaculado triunfará, y nosotros con Ella, si estamos en ese Corazón.

Barcelona, 7 de marzo de 1969.

Firma del que fue Brigada Jefe de la Sección de la Guardia Civil en Garabandal.

Juan Álvarez Seco.

D. Juan Álvarez Seco fue un testigo excepcional ya que durante las Apariciones fue brigada de la Guardia Civil, jefe de la sección de Puentenansa, demarcación a la que pertenece San Sebastián de Garabandal.

El primero de abril de 1961, se hizo cargo de la Línea de la Guardia Civil de la referida demarcación, y cuando llevaba sólo dos meses en su destino, comenzaron las apariciones y hechos extraordinarios en Garabandal.

Apenas recibió las primeras noticias de los sucesos lo puso en conocimiento del cabo D. José Fernández Codesido, ordenándole que lo antes posible se trasladara a San Sebastián de Garabandal y se informara de las cuatro niñas en relación con el caso. "-El mencionado cabo me informó a su regreso que, efectivamente, todas ellas han coincidido en la misma aparición del Ángel".

D. Juan Álvarez Seco realizará un informe detallado sobre las apariciones y todo lo observado en esos días. Comenzará con la primera aparición del ángel el 18 de junio de 1961. Constituye un testigo cualificado porque como el mismo afirma "-Desde las primeras apariciones, viví en Garabandal todos los sucesos derivados de las mismas, de las apariciones de las cuatro videntes: Conchita, Mari Cruz, Jacinta y Mari Loli. Hoy cuando han transcurrido siete y más años, continúo recordándolo día por día". Y reconoce, como dicho destino de Jefe de Línea de la Guardia Civil "-me dio la ocasión de lavar un poco mi alma, que tanto lo necesitaba".

El informe tiene fecha de 7 de marzo de 1969 y en el describe numerosas apariciones y hechos extraordinarios vividos en primera persona. Él en persona presenció tantas apariciones, centenares de marchas extáticas, corriendo velozmente en este estado por las calles del pueblo, e incluso algunas veces de espaldas. Ha sido testigo como, muchas veces, en pleno éxtasis una vez besados los

objetos por la Virgen, los devolvían a sus propietarios sin equivocación alguna; también las ha visto caer y pegar con la cabeza en una piedra, sonar un fuerte golpe, pero nada les pasaba. “Los fenómenos habidos – afirma- han sido por espacio de tanto tiempo y con tal frecuencia (en el transcurso de una jornada se daban dos y tres éxtasis) que resulta casi imposible enumerarlos, y relatarlos todos. Ello me obliga a recordar tan sólo algunos casos y cosas vividos por mí, aun cuando en mi mente recuerdo tanto y con tal exactitud, que no olvidaré mientras viva si Dios así lo quiere”.

3ª Parte. Capítulo VIII. TESTIMONIO DEL BRIGADA

En cierta ocasión fui a visitar a don Plácido, tal vez en el mes de abril, no lo recuerdo muy bien; salió la conversación del brigada. Era inusual hablar de él. Si recuerdo que vino a colación, debido a una gestión que le pidió don Juan Álvarez a Plácido para que intercediese en la concesión de un préstamo para la compra de un piso. No era extraño que tuviera que recurrir a mi buen amigo, pues el brigada no era una persona excesivamente culta y todos los asuntos administrativos, le venían un poco anchos. Lógicamente hablamos del guardia y de sus vivencias. Y de una cinta que se grabó durante una conferencia. Repito, no recuerdo quien me dejó la cinta de la que guardo una copia y a la que recurro cuando necesito actualizar algún dato pues a veces mi memoria me juega malas pasadas. Pero volvamos a la cinta magnetofónica que tan celosamente conservo; se trata de una rara pieza, dado que prácticamente no existe ningún registro gráfico del buen hombre. Su narrar es sencillo y jocoso diría yo, desenfadado. Se nota que se encuentra cómodo; domina la situación y por lo tanto habla sin cuidar el lenguaje, con el típico deje murciano en donde la palabra “entonces” es sustituida por “entonce” y “maestro” por “maetro”.

Es posible que algunas anécdotas ya nos suenen. Primero nos relata las iniciales apariciones que tuvieron lugar en la calleja; luego comenta sobre la guardia civil, la polvera que besó la Virgen, el asunto del indiano y así un largo etc.

Escuchémosle...,

..., estaban temerosas, nerviosas. Entonces de momento se ve que se quedan extasiadas todas y pegan un grito muy grande.

¡-La Virgen! Yo creo que llegó a Cossío del ruido que hicieron allí. Las niñas en este momento aparecieron rígidas con una cara como si tuvieran de cera, amarilla. Mari Cruz lloraba amargamente. Yo no sé lo que le estaba diciendo la Virgen, porque en ese momento no se oía. Yo no le entendí la contestación que podían darle, pero sí que estaban temerosas. Pero al final se ve que la Virgen había dicho quién era, porque, primeramente, porque al principio creía que la Virgen Santísima era la Virgen del Perpetuo Socorro, pero luego se dieron cuenta que era la Virgen del Carmen, porque le vieron con el escapulario.

Estuvo la Virgen diciéndoles muchas cosas; hablaba la Virgen con las niñas como estamos hablando ahora nosotros, familiarmente y decía,

- ¿Tú qué vas a ser? y dice, -Pues yo quiero ser monja-. Tres que querían ser monjas y una que no. Después le decía a una de ellas no sé qué más. En otra ocasión, le dijo precisamente a Mari Loli, -Que dentadura tienes más bonita-. Entonces la Mari Loli hace así, enseñando la dentadura y entonces, la otra que quiere intervenir dice, - Yo tengo una muela picada.

Y esa era la conversación que mantenían con la Virgen y en un plan familiar, de tertulia como estamos nosotros. Y me acuerdo que me decía un señor, que me decía, que hablaba de nosotros, de la guardia civil. Que de la guardia civil antes tenían mucho miedo, pero ahora, son muy buenos, que nos acompañan. Porque resulta, que allí subían mucha gente y médicos que querían probar y cogían a las niñas y las pinchaban y aunque estaban extasiadas, no se daban cuenta del pinchazo que le habían dado. Lo sabían posteriormente, porque se lo decían la familia, los familiares y entonces fue cuando yo ordené los servicios allí en Garabandal, pero para proteger a las niñas y proteger al pueblo. Mandé una pareja durante todos los días. Yo las horas que tenía libre, pues las dedicaba a Garabandal. Cosa que como había apariciones de noche y de día a cualquier hora y algunas veces durante las 24 horas había hasta cinco o seis u ocho apariciones de cada una.

Estando escuchando la conversación que sostenía la Conchita con la Virgen, se comprende que la Virgen le dice a Conchita.

- ¿Y don Valentín?, -que era el cura párroco de allí de Garabandal dice, - ¿Cómo es?

Dicen ellas, -Don Valentín es muy bueno, pero es muy feo.

Pues la gente cuando había cosas así decían, - Esto no puede ser, no puede ser una aparición, porque las niñas daban rosarios a besar, anillos esponsales, medallas, rosarios y todo eso. Y una señora que fue de Barcelona, llevó una polvera de mujer; pues la polvera la dio también a besar a la Virgen. Y la besó y la gente decía que no puede ser, no puede ser que hubiese una polvera. Pero resulta que allí había estado nuestro Señor sacramentado; había estado precisamente, cuando la guerra, para repartir la comunión a todos los que había allí. Como no había iglesia ni nada durante la guerra, pues en esa polvera estaba Nuestro Señor por eso la besaba.

La gente, en los primeros días empezaron a dudar y decían que si ellas se contagiaban una a otra. Que Conchita contagiaba a todas ellas y entonces quedaban extasiadas también. Decían que había un maestro, que había subido a dar clases a un indiano. Se llama Eustaquio; era del pueblo de Garabandal y vivía en México y durante las apariciones estaba allí. Y el maestro, al terminar las apariciones, a Conchita, se llevó a ésta Conchita a su casa. Y me dice un sargento del cuerpo. Mira, que dicen por ahí la gente, que precisamente es, que si el maestro las contagia, que si las contagia don Valentín el párroco, en fin, esto es una cosa que no nos parece que sea natural.

Entonces, me fui allí con el sargento. Pedí permiso a la familia. El maestro éste, efectivamente estaba en una mesa y Conchita le estaba contando la aparición, lo que había dicho la Virgen y comentándole en fin todo y yo le dije, -Bueno y esto ¿por qué lo hace usted? ¿Por qué no lo hace usted en presencia de sus familiares? y me dice que resulta que don Valentín, el cura párroco le había dicho que -el día que no suba él, pues que tome nota de lo que ha pasado, de la conversación que han tenido con la Virgen, para que se la dé a él y él enviársela al señor obispo. El señor obispo, allí prohibió muchas veces subir a los sacerdotes y aconsejó a los sacerdotes y seglares y que no subieran. Pues nada, subían allí y cada día había más gente y ya un día entonces la Virgen les dio un mensaje a las videntes.

Ellas tomaron nota, pero les quedó olvidada una cosa que no comprendían ellas y era que "el cáliz estaba rebosando de pecado" Y les dijo la Virgen, -Ir mañana a los Pinos y entonces Yo allí os enseñaré como el cáliz está rebosando de pecado, pero no tiene que haber nadie más que vosotras.

Entonces, ese día yo me coloque a 100 metros a la derecha con Ceferino y a la izquierda Don Valentín el cura párroco y a 200 metros abajo había puesto dos parejas de la guardia civil para que no pasar a la gente, porque había mucha gente y claro no se podía y entonces vimos, como gritaban las niñas, como lloraban viendo como "El cáliz estaba a rebosar de pecados" Entonces como estaban solas ellas, pidió que escribieran el mensaje que iban a dar la Virgen, o sea que lo daba la Virgen para todos, para todo el mundo y ellas en el colegio ya anotaban todo el mensaje, eso que le había dicho la Virgen santísima y el mensaje ese.

Pues, la gente creía de que el día 18 íbamos a ver un mensaje que nos ha dado la Virgen. La gente creía de que sería un milagro y este día tuve que pedir al teniente que mandara refuerzos. Y me mandaron 14 parejas de la guardia civil para que sostuviesen a la gente. La gente que había era una barbaridad de 1.200 a 1.500 personas.

Lloviendo a cántaros, lloviendo a cantaros. Yo estuve tres días empapado de agua y la verdad no me pasó nada. Yo creía que iba a coger una pulmonía, como la que cogí en Barcelona y nada. No me pasó nada. La gente decepcionada totalmente; pues se bajaron para abajo y aquello fue como una retirada de miedo. Pero la Virgen había dicho.

- *Hay que hacer mucho sacrificio, mucha penitencia y visitar mucho al santísimo, pero antes tenemos que ser muy buenos Y si no lo hacemos vendrá un castigo. Ya se está llenando la copa y si no cambiamos vendrá un castigo-*

Las niñas, cuando no estaba un sacerdote en Garabandal, recibían la comunión del ángel San Miguel. Hubo personas que decían, - no puede ser que las niñas comulguen del ángel San Miguel. Si él no consagra, pero él daba la comunión a las niñas. Y se ve que las sagradas formas las recogían de los sagrarios de la tierra. Se veía precisamente, como sacaban la lengua y solo se veía como tragaban. Y, por cierto, un día fue a darles la comunión el ángel y le dio la comunión a tres y a una de ellas dejó de darle la comunión. Después supimos que es que el ángel le había dicho que como había desobedecido a sus padres que no le daba ese día la comunión, porque no se había confesado. Esto era muy corriente que ocurría allí. Allí se rezaba mucho, se hacían cosas religiosas en las que precisamente yo no creía. Yo no creía que iba a pasar lo que estaba pasando. Ahora, ni se reza ni se recibe la comunión bien, porque yo he tenido la desgracia de ver precisamente a una manifestación de sacerdotes revelados en Barcelona y ver como a la sagrada forma se daba precisamente poca importancia. Y coincide con el mensaje, de que es el verdadero mensaje del que tenemos que tener en cuenta todo.

Yo puedo participaros que existía esta aparición de Garabandal. Yo me consideraba un diablo, no era muy creyente, ni tampoco lo practicaba tanto. Iba a misa cuando aparecía. Si rezaba algo, pero nada más, pero desde el día que ocurrió en San Sebastián las apariciones de la Virgen, como en Fátima o como en Lourdes, donde decían que había que rezar el rosario y teníamos que ser muy buenos, desde entonces he cambiado; mi vida ha cambiado totalmente. Hoy lo puedo decir; soy orador de turno, voy a misa todos los días y comulgo y confieso. Y visito al santísimo, pues todos los días casi, todos los días y además hago mi oración cuando me corresponde por la noche y o sea creo que hago poco, muy poco para todo lo que se merece la Virgen santísima.

Ahora os voy a explicar unas cuantas vivencias que yo he presenciado. Muchas que, desde luego, si empiezo a hablar y me vienen al pensamiento estaríamos aquí

24 horas para contar precisamente las cosas tan bonitas y maravillosas que se han hecho, que se han desarrollado en Garabandal.

La primera ...,

Dejamos aquí a nuestro querido brigada, pues vuelve a narrar lo que ya sabemos a través de sus escritos. De un humilde católico pasa a un ferviente apóstol. La Virgen, primera discípula y corredentora de Jesús nos brinda su mano. Mano de la Madre atrayendo a sus hijos hacia su manto.

Una persona normal, como el brigada, que va a misa los domingos por obligación y reza de vez en cuando, sin ninguna continuidad, pasa a ser otra persona, de misa y comunión diarias, con visitas al santísimo y tomando parte activa en los actos religiosos. Está claro que para ser santo no hace falta realizar grandes cosas. Simplemente dejarse llevar, no oponiendo resistencia y confiando en que somos capaces de hacerlo.

Desde las cimas nevadas de Peña Sagra, descienden por las laderas hacia el valle, arrastrados por la fría brisa, unas estrofas escritas allá por el año 1639 en las paredes de la iglesia de Baltimore. Bajan como leve murmullo hasta mis oídos, transportándome a otra dimensión, en armonía con los pájaros, en armonía con las hierbas de los invernales, en armonía con el infinito.

Como dice el poeta,

Camino..., con los ojos puestos en la esperanza..., de unos pinos centenarios.

Muchas veces nos complicamos la vida innecesariamente sin saber mirar a nuestro alrededor, donde se encuentra lo que necesitamos para ser buenos y felices. En la cartera llevo una copia de un antiguo manuscrito el cual lo leo de vez en cuando, al sentir que las cosas no salen como yo pensaba. Fue encontrado en la iglesia de San Pol (Baltimore, Inglaterra, en el año 1639) se conoce como “Desiderata “y que os transcribo a continuación porque quiero compartirlo con vosotros, queridos lectores.

Camina plácido entre el ruido y la prisa,

y piensa en la paz que se puede encontrar en el silencio.

En cuanto sea posible y sin rendirte,

mantén buenas relaciones con todas las personas.

Enuncia tu verdad de una manera serena y clara,

y escucha a los demás,

incluso al torpe e ignorante,

también ellos tienen su propia historia.

Esquiva a las personas ruidosas y agresivas,

pues son un fastidio para el espíritu.

Si te comparas con los demás,

te volverás vano y amargado

pues siempre habrá personas más grandes y más pequeñas que tú.

Disfruta de tus éxitos, lo mismo que de tus planes.

Mantén el interés en tu propia carrera,

por humilde que sea,

ella es un verdadero tesoro en el fortuito cambiar de los tiempos.

Sé cauto en tus negocios,

pues el mundo está lleno de engaños.

Más no dejes que esto te vuelva ciego para la virtud que existe,

hay muchas personas que se esfuerzan por alcanzar nobles ideales, la vida está llena de heroísmo.

Sé sincero contigo mismo,

en especial no finjas el afecto,

y no seas cínico en el amor,

pues en medio de todas las arideces y desengaños,

es perenne como la hierba.

Acata dócilmente el consejo de los años,

abandonando con donaire las cosas de la juventud.

Cultiva la firmeza del espíritu

para que te proteja de las adversidades repentinas,

más no te agotes con pensamientos oscuros,

muchos temores nacen de la fatiga y la soledad.

Sobre una sana disciplina,

sé benigno contigo mismo.

Tú eres una criatura del universo,

no menos que las plantas y las estrellas, tienes derecho a existir,

y sea que te resulte claro o no,

indudablemente el universo marcha como debiera.

Por eso debes estar en paz con Dios,

cualquiera que sea tu idea de Él,

y sean cualesquiera tus trabajos y aspiraciones,

conserva la paz con tu alma

en la bulliciosa confusión de la vida.

Aún con todas sus farsas, penalidades y sueños fallidos,

el mundo es todavía hermoso.

Sé cauto.

Esfuérzate por ser feliz.

1ª Parte. Capítulo IX. EL PADRE RAMÓN ANDRÉU

Así veía el poeta José Del Río Sainz (1884 -1964) Garabandal...,

Clamor agreste de los mugidos,
de las esquilas, de los ladridos:
sones dispersos, todos fundidos
en una sola voz pastoral…,
que canta el himno del alto puerto
(por la neblina siempre cubierto),
y donde espera, franco y abierto,
con sus establos, el invernal…;
que tiene un nombre grave y guerrero,
de verso suelto del romancero:
San Sebastián de Garabandal

Y así lo vi yo un día...,

Al salir a la estrecha calleja por el portalón de madera del "inglés", tres crías de no más de siete años, pasaron velozmente siguiendo a un perro ceniciento, haciendo aspavientos y riendo felices. No pude quedarme en la antigua casa donde Paquita me había alojado en ocasiones anteriores. Era por el mes de abril y los peregrinos todavía no habían llegado al pueblo de la montaña.

-No puedo tenerte en la pensión, -me dijo, -porque está apagada la calefacción y el agua caliente. Pero no te preocupes, que te abro la casa del "inglés".

La vivienda estaba encajonada entre otras semejantes y por las apariencias, de la misma época. Se apoyaban mutuamente dando la sensación que, si una se caía, las vecinas iban detrás de ella. La planta baja por donde había salido, hacía las veces de garaje improvisado, para el coche del "señorito "como le llamaban. En el estado actual en el que se encontraba, no creo que lo pudieran utilizar, pues en el suelo aparecían esparcidos diversos instrumentos del campo, azadones, tijeras de podar, una escalera de madera, sacos de patatas, cuerdas y qué se yo cuantas cosas más. A través de la escalinata adosada al muro izquierdo descubrí una barnizada balaustrada de madera maciza, que daba acceso al primer piso según pude constatar, al acostumbrar mis ojos a la oscuridad.

-Solo vienen en agosto. El resto del año tengo yo las llaves, para mantener la casa abierta y limpiarla una vez al mes. Ya sabes, si estas casas las abandonas, en un par de años se hunden. Te dejo toallas y la caldera conectada. Tu habitación está en la segunda planta. Puedes andar por toda la casa, pero no toques nada, -me dijo Paquita al entregarme las llaves y marcharse mientras su delantal bailaba al compás de sus movimientos.

La primera planta, constaba de un salón, cocina y cuarto de baño. Todo de la época de la construcción. Al entrar en la espaciosa sala no pude apreciar mucho, pues las contra ventanas estaban cerradas. Avancé a tientas para abrirlas y permitir que entrara la luz; al hacerlo una bocanada de aire fresco, renovó el viciado que inundaba el recinto. Los muebles de estilo isabelino, aparecieron ante mis ojos; la mesa central, sujetaba en el centro una bandeja de plata oxidada, conteniendo una bombonera de porcelana coloreada.

Las sillas colocadas contra las paredes, aparentemente, estaban tapizadas con un cuero sin brillo de color oscuro, llevando como remate unas esferas picudas a ambos lados del respaldo, de donde pendían unas borlas cremas y bermellón. La lámpara que colgaba del techo, no hacía juego con el mobiliario. Era de madera con tulipas de cristal labrado, en forma de amapolas abiertas. Le faltaban unas bombillas en algunos de los brazos, dando la sensación de una vieja desdentada. También tenía borlas colgando que hacían juego con las sillas. Aparentemente, las molduras de escayola y el plafón central, le daban un toque de distinción al salón. Pero lo que atrajo mi atención fue la librería. Eran tres cuerpos; el central con puertas de cristal y cajoneras negras, y los dos laterales abiertos, con sendas puertas en la parte inferior.

Siempre que me encontraba frente a semejantes monumentos, se despertaban en mí sentimientos de nostalgia y recuerdos infantiles, añorando la biblioteca de mi casa paterna. Aquí, los libros eran todos ingleses; los había de diversos tamaños y colores. La mayoría eran literatura clásica y de aventuras; novela costumbrista o fantástica. Pude reconocer "Moby Dick "la mundialmente conocida obra del escritor Herman Melville, del año 1851. Recuerdo que narraba la travesía del barco ballenero Pequod, comandado por el intrépido capitán Ahab, que hizo mis delicias infantiles. También recuerdo a Ismael y al arponero Queequeg, con su obsesión persecutoria de un gran cachalote blanco.

Parece ser que la novela está inspirada en un caso real. En la introducción del libro, se puede leer, "...se trata de una epopeya que padeció el ballenero Essex, de Nantucket Massachusetts cuando fue atacado por un cachalote en 1820. Tras ser hundido por el cetáceo, los tripulantes vagaron por el Océano Pacífico hasta la isla Henderson. 91 días después, fueron rescatados y desembarcados en Valparaíso (Chile). George Pollar Jr. y Owen Chase, dos de los ocho supervivientes relataron el suceso.

Un grito desde la Calleja, me sacudió de mi ensimismamiento. Era Paquita que me gritaba.

-Félix, acuérdate de abrir la llave del gas butano, antes de meterte en la ducha.

Decidí, cerrar las contraventanas y dejar la inspección de la casa para otro momento. Subí la maleta a mi dormitorio de la segunda planta y con las mismas, me lancé a la calle como ya está dicho, tropezando casi, al salir, con las tres crías que pasaban corriendo.

No tenía rumbo fijo; decidí seguir el rastro del perro con la chiquillería detrás. Después de torcer a la izquierda, y caminar unos pasos desemboqué en la zona que hace de plaza junto a la iglesia del pueblo, donde tantas historias se habían desarrollado junto a sus muros. Crucé por delante de la pensión de Luciuca, y de las antiguas escuelas, iniciando la lenta subida en dirección al lavadero que se encuentra pegado a la casa de Pepe y Tina. Al llegar al muro que delimita la braña privada de alguna familia de vaqueros vi que estaba en construcción. Desde donde me encontraba, podía ver perfectamente la silueta de los pinos con las cruces que se habían colocado recientemente y que afeaban el recinto tantas veces visitado por Conchita y sus compañeras.

Hacía escasamente cuatro horas que había abandonado Santander, para venir a Garabandal. Mi visita a Plácido había sido corta; a la hora de despedirme, me

entregó unos documentos relativos al padre Ramón Andréu para que los estudiara bien, como solía hacer con todos los informes que me entregaba. Le invité a compartir el coche y acudir juntos al pueblo, pero rechazó mi propuesta alegando que ya había subido en demasiadas ocasiones.

Plácido, a raíz de la visita que realizó a casa de Pilar y de Escolástico en la época del llamado milagro de Mari Cruz, grabó en su magnetofón los acontecimientos que sucedieron con el "pobre. "Relataba orgulloso el hecho de que a una de sus hijas la vieron sentada en la piedra, donde estuvo rezando el indigente.

Yo pienso que la frase que nos dejó grabada Pilar en la cinta magnetofónica no tiene desperdicio.

(Pobre). -Claro que pido..., no crea usted, con un día tan malo que traje. Yo no pido por pedir, pido a esa Virgen que anda por aquí, a la que fui a rezar anoche a los Pinos… Y he vuelto esta mañana.

"Qué maravilla de fe." *Pido a esa Virgen que anda por aquí*. Ya quisiera yo tener esa claridad de ideas, para dejar todo y llegar al pueblo por dónde anda la Virgen. Una Virgen a la que no conoce; solo sabe que anda por el pueblo. Pero él, sin recursos económicos viaja hasta el pueblo de la montaña para pedirle por sus problemas.

Insisto, ya quisiera yo tener una fe como la del pobre. Además, es reticente; ya estuvo el año pasado, pero vuelve. Y vuelve un año más, aunque el tiempo es malo. Y en Garabandal, cuando el tiempo es malo lo hace de verdad. Con viento, con nieve, con frío. Pero a él no le importa. Y no tiene dinero ni para pagarse una pensión donde dormir, ni un duro para comprarse un bocadillo para llevárselo a la boca. No tiene nada, pero confía en esa Virgen que "anda por aquí".

Que gran lección me das con tu ejemplo. No creo que se me olvide mientras viva. Tal vez fue a pedir por su mujer enferma o para que su hijo deje de las malas compañías en que está metido.

Nunca lo sabré. Pero lo que sí te pido yo, es que ahora que habrás ya abandonado este mundo terrenal, y estarás rodeado de luz, te acuerdes de mí porque lo necesito. A veces, cuando tengo el alma triste, me refugio en mis recuerdos; como bálsamo sanador mitiga mis penas y eleva mi estado anímico. Así me ocurre ahora, cuando trato de narrar los sencillos acontecimientos que tuvieron lugar al salir de la casa del "inglés" en el pueblo de las apariciones

Llegar hasta los Pinos no me contó mucho. La senda por la que se accede a ellos es, más que una calleja una escorrentía por donde bajan las aguas cuando llueve, dejando a flor de piel las piedras y rocas del suelo. Piedras desgastadas por el ir y venir de los peregrinos que ilusionados se acercan hasta la zona donde tantas veces se apareció la Virgen a las niñas. El huerto del maestro queda al principio de la calleja; el manzano ya no existe.

Un día desapacible de mediados de febrero, me aventuré a llamar a la puerta del que hoy se conoce como vivienda del sevillano. Es un caserón con forma de castillete, donde antes se ubicaba la comentada vivienda del maestro con su huerto. Mi intención era preguntar por el legendario manzano y, a decir verdad, no tenía mucha confianza en que me abrieran el portalón.

Una señora mayor abrió media hoja y ante mi insistencia por conocer lo ocurrido, me hizo pasar al interior de aquella pequeña fortaleza. Estaba decorada, haciendo honor a su procedencia, con muebles de un marcado estilo andaluz. Maderas nobles que olían a cera, alfombras tipo persa de intensos tonos rojos, tiestos y arcones con herrajes forjados, de un hierro pintado en negro y sujeto con clavos de enormes cabezas, sillas con asientos y respaldos de cuero y cuadros tapando todas las paredes.

Me condujo por un silencioso pasillo donde el sonido de mis pasos me precedía. Había puertas a derecha e izquierda, igual que en los pasillos de los sueños. Llegamos a una diminuta estancia donde se encontraba el objeto de mi interés. Un trozo del legendario manzano, ya reseco y francamente estropeado, donde solo había una media luna de corteza del tronco, faltando toda la parte interior, posiblemente carcomida por la humedad, el tiempo y las termitas.

-Mira en su interior, -me dijo la buena señora. -Hay gente que cree ver la imagen de la Virgen.

¡Pues hombre!

Después de que me lo dijo y con un poco de imaginación, traté de verla y sí, algo parecido a una silueta, se podía adivinar, pero nada más. Le pedí permiso para sacar un par de fotografías, que todavía conservo y agradeciéndole su amabilidad abandoné el recinto, por el silencioso pasillo por el que había llegado. Me subí el cuello de la chamarra; el tiempo había comenzado a empeorar y la falta de luz ya era clara referencia de que había permanecido bastante tiempo contemplando el tronco del Manzano, en compañía de la dueña de la casa. Decidí volver sobre mis

pasos y regresar a mi improvisada posada (la del "inglés"), con ganas de darme una ducha caliente.

Siguiendo las instrucciones de Paquita abrí la llave del gas butano y tras varios intentos vi que el calentador sacaba la llamarada azulada con su típico sonido de que empezaba a calentar el agua. Dejé mi ropa encima de la cama y procuré regular el agua a una temperatura confortable. Empecé mojándome la cabeza y aplicándome el champú que encontré en una balda. Creo que estaba caducado, si es que los champús caducan, pero me daba igual pues el calorcito que sentía me animaba a frotarme fuerte, sacando una ligera espuma, que iba en aumento a medida que continuaba flotando. Normalmente, me ducho con los ojos cerrados y más especialmente al lavarme la cabeza.

A veces al cerrar los ojos, si me encuentro en un recinto poco iluminado, trato de sentir lo que pueden experimentar los ciegos totales que no ven absolutamente nada. Una sensación repentina de miedo me invadió obligándome a abrirlos y comprobar que todo continuaba igual. Había sentido por unos instantes que la persona que se estaba duchando no era yo, que la cabeza que frotaba no era la mía. Como si el que estuvieran debajo de la cebolleta fuera el "inglés". El recuerdo de la escena de la bañera-ducha, del Psicosis, la película de Alfred Hitchcock con Anthony Perkins, dándome cuchilladas a diestro y siniestro pasó mi personaje del "inglés" al de Marion Crane, secretaria que se aloja en el motel, la cual ha huido con el dinero robado de su empresa. Pensaba que al abrir los ojos me iba encontrar desangrándome, la cortina del baño rasgada y el regente del motel Norman Bates, saliendo corriendo por la puerta con las manos ensangrentadas.

Al final me calmé al comprobar que el cuarto de baño era el cuarto de baño donde me estaba duchando y que yo seguía siendo yo. El abrir la puerta a la imaginación es como subirse a un globo aerostático dejándose llevar por las corrientes de aire; nunca sabes dónde vas a poder descender al suelo firme. Me escocían los ojos por efecto de jabón que no me había quitado de la cabeza, pero me sentía más calmado. Me había asustado como un crío. Más tranquilo terminé de ducharme y salí a la habitación envuelto en una hermosa toalla; olía como a romero. Me senté en la cama y sin darme cuenta, mi vista se detuvo en los escritos del padre de Ramón Andréu que esa tarde me había entregado Plácido, en Santander. Antes de abandonar la capital, había tenido la precaución de ir a una librería y sacar unas fotocopias de las 74 páginas de que costaba el documento. Páginas de un ligero color marrón clarito, numeradas y escritas con papel de calco (como era normal) y a máquina.

Comenzaba con un rótulo que indicaba PRESENTACIÓN todo en mayúsculas y subrayado con la tecla que tenía el símbolo de igual (=) para destacar más seguramente. Decía así:

PRESENTACION
==========

El Padre Ramón María Andréu Rodamilans S.J., con residencia en la Casa de Ejercicios Cristo Rey de Valladolid, dice que:

Con autorización especial de Su Excia. Revma. Mons. Doroteo Fernández, Administrador Apostólico de Santander, y con el beneplácito de mis Superiores R. P. Conrado Pérez Picón S. J., Vice-provincial de Castilla Occidental, y del R. P. Cipriano Arana S. J., Rector de las Escuelas Profesionales de Cristo Rey y mío: he visitado el lugar de San Sebastián de Garabandal, cerca de Cosío y del Ayuntamiento de Puentenansa, en la provincia de Santander, con motivo de los sucesos que allí tienen lugar y que se refieren a cuatro niñas que afirman ver y oír a la Virgen.

El conjunto de días que he estado en San Sebastián de Garabandal, en diversos viajes, suman 13 días, poco más o menos, y en ellos he obtenido los siguientes datos que pongo a disposición de las Autoridades Eclesiásticas con el fin de facilitar la labor que, con motivo de tales sucesos, habrán de realizar.

LAS NIÑAS

Los nombres propios de las niñas son:

María Concepción, de 12 años;

Jacinta, de 12 años;

María Dolores, de 12 años;

María Cruz, de 11 años.

No son hermanas ni primas entre sí, al menos en sentido propio. La edad psicológica que representaban durante el primer mes de las llamadas visiones sería de unos 8 o 9 años correspondientes a niñas de ciudad y colegio.

La conducta de las niñas hasta la fecha en que comenzaron los acontecimientos era buena, según juicio del Sr. Cura, de la maestra y de los padres de las niñas. Su normalidad, como más adelante se dirá, era también correcta hasta que comenzaron sus trances y lo sigue siendo fuera de los mismos. -

EL PUEBLO

En la historia de las apariciones de Lourdes se dice lo siguiente: «El pueblo creía sinceramente en las apariciones y señalaba con toda seguridad que la Señora era la Virgen María. Por eso habían limpiado la gruta, colocando floreros con flores, velas que ardían...».

Hay una analogía entre la intuición del pueblo de Lourdes y el de Garabandal. Los vecinos del pueblo de Garabandal no afirman ni niegan nada. No cuentan más que lo que ven, pero todos ellos, conocedores de la sinceridad y normalidad de las niñas, dicen que es verdad.

La avalancha de curiosos y el rodar de las noticias va creando –o al menos transformando– determinados hechos en fantásticos bulos. Tratando de actuar con seriedad, no se pueden tomar para un estudio más datos de los que proceden de testigos de primera línea. Tampoco se pueden eliminar datos o hechos auténticos.

Los datos que cito en este informe son constatados por mí directamente, salvo los casos en que explícitamente se cite la fuente de donde proceden.

AISLAMIENTO DEL PUEBLO

San Sebastián de Garabandal está situado a unos 7 Km. monte arriba a partir de Cosío.

El aislamiento de San Sebastián de Garabandal da al pueblo y a sus habitantes una sensación de tranquilidad y paz que se ha roto con la afluencia de peregrinos y curiosos.

Al anochecer, una mujer del pueblo, María, la madre de Jacinta, recorre las callejas del mismo, según costumbre, tocando una campanilla para invitar a los vecinos a rogar por "las ánimas del purgatorio". El rosario se reza todos los días en la Iglesia.

2ª Parte. Capítulo IX. EL PADRE RAMÓN ANDRÉU

En otro lugar de su extenso manifiesto, concretamente en la "Parte séptima-Adiciones "Página 66 (aunque el índice dice que es la página 65, seguramente por equivocación), aparece un acontecimiento relativo a un "magnetofón "donde se grabó la voz de la Virgen. Transcribo literalmente.

MAGNETOFÓN

Hay una escena sucedida en los primeros días del mes de Agosto, que se refiere a un magnetofón. Un señor llevó un aparato magnetofónico de pilas y grabó lo que las niñas dijeron en un trance en el pinar. La referencia de este suceso la tengo por D. José Salceda de Aguilar de Campoo, testigo de lo que aquí cuento.

Al terminar la visión pusieron en marcha el magnetofón para que las niñas lo oyeran. Acabado lo que correspondía al éxtasis, les tomaron algunas palabras a las niñas, en conversación normal, y les dijeron que pidieran a la Virgen que hablara por el magnetofón.

Estando en esta conversación, entraron las niñas de golpe en éxtasis. En este estado, piden a la Virgen que hable por el micrófono, para que su voz quede grabada.

Terminada la visión y retiradas a sus casas, las videntes en compañía de sus padres, los que quedaron, que fueron bastantes personas, pusieron a funcionar el magnetofón para ver cómo había quedado grabado el trance. Al llegar a la frase de las niñas, en que pedían a la Virgen que hablase, «se oyó una voz inconfundible, dulcísima (son palabras textuales de D. José), que, saliendo del aparato, dijo "No, yo no hablo"».

La emoción fue enorme y muchos, llorando, decían que eso debían llevárselo al Papa. Volvieron a ponerlo y en medio de la emoción, cuando llegaron a las frases citadas, no oyeron nada.

Bajaron desconcertados a casa de Conchita, que no había participado en la mencionada visión, para que oyera lo que habían hablado durante el éxtasis sus compañeras. Al llegar a las frases citadas, volvió de nuevo a oírse la voz que decía: «No, yo no hablo». Al oírla Conchita sonrió y dijo muy contenta, que era la Virgen la

que hablaba. Volvieron a querer oírlo de nuevo, pero no se sabe que se haya vuelto a oír.

Las niñas al terminar la visión, dijeron que la Virgen sonreía cuando le decían que hablase por el micrófono. Una escena análoga a ésta del magnetofón, guardando la distancia de tiempo y medios, es lo ocurrido en Lourdes. Cito a Redención (agosto-septiembre, pág. 354) «... Continuaron rezando el Rosario. Cuando concluyó, la señora (una de las hijas de María) dio a la niña un tintero, papel y pluma y le dijo: Pregúntale a esa Sra. qué es lo que quiere y pídele que lo ponga por escrito». Bernardita obedeció. Se levantó y se dirigió hacia la gruta. Pocos momentos después volvió junto a las dos mujeres: «La Señora se ha sonreído cuando se lo he dicho».

También el brigada don Juan A. Seco habla en sus memorias de este caso del magnetófono, y dice que fue don Ángel Domínguez Borreguero, director del Manicomio Provincial de Salamanca, quien dejó el micrófono a las niñas para que registraran la voz de la Virgen. Acompañaba a dicho señor el catedrático de la Universidad salmantina, don Gerardo Plaza. Ambos veraneaban el Llanes (Asturias)

Otro acontecimiento que llamó poderosamente mi atención fue la experiencia vivida por el padre Andréu, el famoso 18 de octubre miércoles del año 1961. Me refiero concretamente al día que se leyó en los Pinos, el primer mensaje de la Virgen. Para situarnos en el contexto en el que se produce el acontecimiento, cito la descripción de la señora María Herrero (Página 241 "Se fue con prisa a la montaña") testigo de los acontecimientos.

Antes que la luz del día 18 de octubre lograse filtrar su claridad a través de la inmensa bruma, muchos vehículos de todas clases empezaron a poner en marcha sus motores. Y esta puesta en marcha duró largas horas en la mañana. "El 18 de octubre de 961 –nos dice doña María Herrero en su relación --amaneció lloviendo a cántaros en toda la provincia de Santander. Nosotros salimos a buena hora de la capital de la Montaña, y ya en el alto de Carmona, tuvimos que ponernos en caravana, una larguísima caravana de coches, que nos precedían, y que sin duda iban, como nosotros, hacia San Sebastián de Garabandal.

"De Puente Nansa a Cossío hay tres kilómetros; pues bien, yo creo que al menos uno tenía sus cunetas totalmente ocupadas de autocares y turismos vacíos. Logramos llegar a Cossío, y difícilmente pudimos encontrar un palmo de terreno donde dejar nuestro coche.

"Y ahora teníamos por delante seis kilómetros terribles. La lluvia, que no paraba, había convertido todo el camino de subida en un lodazal. Sosteniendo en una mano el paraguas y manteniendo libre la otra para los resbalones, emprendimos la marcha a pie. Había trayectos en que lograbas dar un paso, y luego, por el suelo resbaladizo, reculabas, a lo mejor, dos."

"Recuerdo aquella ascensión como un verdadero camino del Calvario... buen símbolo del sacrificio y la penitencia que se nos iban a pedir a todos con el mensaje. ¡Más de tres horas duró nuestra penosísima marcha, a pesar de que la quisimos acortar tomando un atajo, que luego nos resultó bastante más duro que el acostumbrado camino!"

El pueblo, bajo la lluvia implacable, se iba colmando de esos caminantes peregrinos que no cesaban de llegar. ¿Cuál era el ambiente?

"–Llegamos –nos dice doña María– hacia la 1,30 de la tarde. La muchedumbre lo invadía todo... en espera del "acontecimiento". Porque yo creo que todos esperábamos no sé qué, algo verdaderamente extraordinario; confieso que yo también lo esperaba, a pesar de que pocos días antes me habían advertido Loli y Jacinta (como advertían a todo el que quería oírlas), que no había por qué esperar "milagro" alguno, porque a ellas lo único que les había dicho la Virgen era que tenían que hacer público el mensaje, según tantas veces habían anunciado..."

"Al ver cómo está todo, me lamenté de no haber ido a misa antes de salir de Santander. Entonces alguien me dijo: "Vete a la iglesia, que están celebrando misas, casi sin interrupción, desde esta madrugada". Corrí, bueno, quise correr, pues era tal la aglomeración, que con dificultad pude ir abriéndome paso hasta la iglesia. Efectivamente, se estaba celebrando una misa, era la última, pues se acababa el tiempo hábil 23; me quedé asombrada de la cantidad de religiosos y sacerdotes que había allí, Me alegré de no quedarme sin misa, pues, aunque no era día de precepto, tenía algo de distinguido, por celebrarse la fiesta de San Lucas, el evangelista que más nos ha hablado de la Virgen."

Al llegar al pueblo y junto a la casa de Ceferino, desde debajo del paraguas levanté los ojos y percibí a Loli detrás de su ventana en la planta de arriba. Nos miraba a todos con esa en su mirada, tan transparente, tan pura, y parecía no admirarse mucho de las multitudes que no cesaban de llegar (estoy segura de que jamás había visto tanta gente juntos). Debía de estar sentada: luego me enteré de que sufría de inflamación en una rodilla. No pude hablar con ella, pues entonces no tenía yo suficiente amistad con las niñas, y menos con sus familias, poco dadas a la charla y

a las confidencias… Y que, especialmente en aquel día, tenía que defenderse del asedio de numerables curiosos.

Pero poco después me encontré con Elena García Conde, de Oviedo, que me dijo: "Estoy impresionada. Hablé antes con Loli y ella, de pronto exclamó: ¡Ay! si supieran quién está hoy aquí, entre ellos ". ¡Lo has dicho de una manera impresionante! Por favor, Marichu, pregúntale tú, a ver de quién habla. Intenté acercarme a Loli; mas no hubo manera: su padre, que ha sido siempre un buen defensa, lo era mucho más en aquel día.

Por fortuna, divisé a don Valentín: iba de un lado para otro, ajetreadísimo, nervioso, y me parece que también sumido en un mar de confusiones. En una de sus pasadas, me acerqué a él, y después de los saludos, se desahogó enseguida dios: ¡Dios mío! No sé lo que va a pasar aquí… Estoy verdaderamente asustado de toda esta multitud. ¡Y que no les va a gustar el mensaje!

-Ay, pero ¿usted ya conoce el mensaje?

-Sí, desde ayer por la tarde, que me lo dio Conchita.

- ¿Y qué dice, que dice?

-Hay que aguardar. Tienen que leerlo ellas esta tarde. Pero no sé… a mí me parece… no sé… me parece como pueril, como el niño pequeño. Estoy muy preocupado, por la gente, que no sé qué espera.

Aproveché la ocasión para preguntarle lo de Loli. ¿A quién podría referirse a la niña con esas enigmáticas palabras?

Se quedó desconcertado de momento; guardo silencio unos instantes, como pensando, y luego me dijo: no se, pero bien pudiera tratarse de San José, como hoy es miércoles… Entonces fui yo la desconcertada, pues no sé porque había pensado que el misterioso personaje de que hablaba Loli bien podría ser, o el padre Pío de Pietrelcina, el conocidísimo y veneradísimo capuchino de las llagas, o Juan XXIII que aún vivía y que estaba en la cumbre de su popularidad. Podían hacerse sobrenaturalmente presentes en Garabandal por el don de la bilocación, ¡y aquello sí que daría realce que lo que allí iba a pasar!

"–El tiempo seguía empeorando, y la gente se cobijaba como podía en las casas y bajo los soportales. Hay que reconocer que los vecinos del pueblo se portaron con la gente lo mejor que pudieron. Y tuvieron que ejercitar no poco la caridad y la

paciencia, pues la multitud, que todo lo inundaba, les estropeó sus sembrados, les machacó mucha hierba... A pesar de las considerables pérdidas que todo esto suponía, no oí quejarse a nadie, ni promover alborotos. ¡Podíamos aprender!

"El cielo parecía ensañarse con nosotros. A la lluvia, constante y fuerte, empezó a unirse un frío horrible, que culminó en una granizada y que hacia las cinco o seis de la tarde se convirtió en agua-nieve."

"Aunque encontré refugio en una casa, donde me dieron de comer, no podía sustraerme al ambiente de las calles y callejas, animadísimas, en las que podían oírse diversos idiomas, aunque predominando, naturalmente, el español (creo que sólo entre los religiosos había una mayoría extranjera).

"El comportamiento del público no era uniforme. Había bastantes mujeres que se portaban mal: bebían, estaban disipadas, sin espíritu de oración..., y algunas hasta se reían de lo que pudiese suceder, quitándole importancia o atribuyéndolo al demonio. Los hombres, en general, mostraban mayor respeto; y también los jóvenes, que se encontraban allí en gran número.

"El espectáculo era ciertamente curioso; y era fácil comprobar que quienes habían subido con buena fe, estaban contentos, animados, con las mejores esperanzas: rezaban, y no se cuidaban mucho de las inclemencias del tiempo. Y, probablemente, muchos de ellos ni siquiera habían comido...

"Ante cada una de las casas de las niñas videntes estaban apostadas parejas de la Guardia Civil a caballo, impidiendo la entrada de los innumerables curiosos que buscaban a toda costa conocer, hablar y besar a las niñas, verdaderas protagonistas de aquella concentración a escala internacional. En la única casa en que yo logré entrar fue en la de Jacinta, cuya madre, María, me apreciaba, y fue conmigo de una gentileza que nunca podré olvidar".

Lo que sigue es del padre Eusebio García de Pesquera (Se fue con prisas a la montaña, pág. 245, *La hora H*).

Ya antes de media tarde empezaron muchos a tomar posiciones, para asegurarse puestos de preferencia en los probables escenarios de los "acontecimientos". Pero había discrepancia sobre este punto: unos decían que sería en los Pinos, como tantas otras veces; otros, que en la calleja...; otros, finalmente (parecían más enterados), que en la iglesia.

Oscureció muy pronto; no sólo porque a mediados de octubre los días son ya notablemente cortos, sino también porque el cielo estaba del todo encapotado. Con la oscuridad, el desasosiego, cuando no la impaciencia, iba creciendo en la inmensa multitud. ¿Qué pasaba allí? ¿Iba a haber algo, o estaban perdiendo el tiempo? Muy pocos sabían de las concretas instrucciones "superiores" que habían recibido las niñas desde hacía meses; en cambio, casi todos estaban al corriente de que las cosas de Garabandal solían pasar al oscurecer... La espera se iba haciendo, para muchos difícilmente soportable: no todos estaban con el mejor espíritu.

A eso de las ocho, don Valentín ya no fue capaz de resistir más a las presiones de los comisionados, y fue en busca de las niñas, para hacer las cosas, no según las instrucciones que "ellas" habían recibido, sino a tenor de lo que "ellos" acababan de acordar. Se suprimiría lo del portal de la iglesia (tal vez para subrayar más que el elemento oficial eclesiástico nada tenía que ver con aquellos) y todo se haría rápidamente en los Pinos.

Oigamos de nuevo a nuestra testigo: "Debo confesar que yo acabé la subida de bastante mal humor. Entre el miedo que me causan las multitudes desordenadas, la lata que me dieron a lo largo del trayecto, preguntando y preguntando sin cesar, y la contrariedad de no encontrar allí un puesto a gusto, me fui enervando notablemente. Por fin, me situé arriba de los Pinos, como a unos setenta metros de ellos, en la pendiente de la derecha; la multitud me impedía acercarme más. No se veía del todo mal, porque había muchas linternas encendidas.

"Al cabo de un rato, de improviso, entre una multitud que las envolvía, y protegidas por varias parejas de guardias a caballo, aparecieron a ciertas distancia las cuatro frágiles siluetas de las niñas..."

Así, como perdidas en aquel mar humano, bajo un cielo hosco, desamparadas frente a la magnitud de los acontecimientos, eran verdaderamente la imagen de la fragilidad. ¿Qué fuerza podía tener aquellas criaturas, que en circunstancias normales no hubieran significado nada para nadie?

"Precisamente lo que hay de necio en el mundo, es lo que Dios ha querido escoger para confundir a los sabios, y lo que hay de débil en el mundo es lo que ha escogido Él para confundir a la Fuerza, y lo que no tiene casi nombre, lo que se desestima, lo que casi no es, es lo que Él se ha querido escoger para doblegar a los muy engreidos de lo que son, a fin de que nadie pueda engreírse en su presencia". Lo dejó proclamado para siempre el apóstol San Pablo en su Primera Carta a los Corintios.

"Cuando ya estuvieron arriba, el agua-nieve que nos calaba y casi cegaba, dejó de caer; las nubes negras y bajísimas empezaron a ser barridas por un vendaval, y apareció la luna. Una luz pálida iluminó entonces los Pinos y al grupo de guardias, niñas, sacerdotes, etc., que estaban bajo mi punto de observación. Confieso que aquello me resultó de pronto verdaderamente impresionante..."

"Yo distinguí claramente –dice doña María– la voz infantil de Conchita leyendo el mensaje..." Después, porque a las niñas no se les había oído bien (diario, Pág.38), repitieron la lectura en voz alta dos hombres.

Al terminar de oírse el mensaje, que la gente se fue transmitiendo de grupo en grupo (¡y habría que saber las reducciones o variantes que tales transmisiones irían introduciendo!), me quedé decepcionadísima –confiesa doña María Herrero–. ¿Qué valor tenía aquello? ¡Parecía tan infantil...! Sin embargo, yo conocía lo suficiente a esas niñas para saber que no improvisaban y que no mentían... Quedé perpleja y malhumorada".

No es de extrañar. Quizá a mí me hubiera pasado lo mismo. Pero me siento ahora en condiciones y con el deber de proclamar que, a través de aquellas cuatro criaturas, que muchos descubrieron entonces en toda su natural insignificancia, hablaba a los hombres el mismo que desde siempre viene dirigiéndoles esas palabras que "no pueden pasar", aunque "pasen el cielo y la tierra"

La bajada de los Pinos, bajo el azote exterior de la lluvia y el viento, y con el desabrimiento interno de la decepción, fue aún más penosa que la subida. Lo que le pasó a doña María Herrero debe multiplicarse por mil, por tres mil...: "Perpleja y malhumorada, bajé de aquel promontorio de barro, piedras y hoyos, sin ver nada, ayudando como podía a alguna persona en apuros, bajo la lluvia que volvía a ser implacable".

Uno de los que más sintieron los efectos de la "prueba" de aquella noche fue el P. Ramón María Andréu. Había sido allí favorecido como pocos, y como pocos fue también allí probado.

Durante muy largo rato, entre el agua que corría monte abajo por todas partes y la muchedumbre que subía o que bajaba, se movió él de un punto a otro de la ladera como un verdadero náufrago. (Parece que la "prueba empezó ya antes de la lectura del mensaje, cuando la multitud seguía concentrándose en torno a los Pinos.)

"Como a medio camino de aquella penosísima subida, yo me encontré de verdad perdido: en la noche, en medio de aquel monte inundado de sombras...; invadiéndome el alma un dolor tremendo, una sensación inaguantable de soledad, y un convencimiento del ridículo que representaba todo aquello..."

"Me invadió de golpe, brutalmente, una intensísima amargura interior. Era como una mezcla de impresiones penosas y de sentimientos deprimentes. Me parecía que todo se dislocaba, como si todo se me derrumbara. Acababa de entrar en un desierto moral. El pasado se embrollaba... Sólo quedaba clara y evidente la muerte de mi pobre hermano, el P. Luis, poco más de dos meses antes.

"Luego, con lo que estaba pasando en los Pinos, mi estado de sufrimiento interior no hizo más que empeorar. Creo que jamás, a lo largo de mi vida, he conocido una tal desolación... Sentí violentas ganas de marchar, ¡lejos!, a América. Y me decía: "¿Qué haces tú aquí? Esas niñas no son más que unas pobres enfermas. Y todo esto, una triste comedia de aldeanos retrasados..."

"Me quedé parado unos minutos. Con la vista interrogaba al cielo. Hubiese clamado, para que se produjera el gran milagro, que ciertamente las niñas no habían anunciado jamás para este 18 de octubre. Nada pasaba... Y me decepción era total.

"Cambié de sitio, y nuevamente permanecí parado durante un tiempo que no puedo precisar. Estaba como inconsciente; sólo advertía en torno mío el continuo pasar de la multitud, que me desbordaba por un lado y por otro; las linternas se acercaban y se alejaban en la oscuridad... De golpe, una de ellas me dio en la cara con su haz de luz. Un amigo, que bajaba, me acababa de reconocer y quería darme rápidamente sus impresiones: "Esto es maravilloso... Esto es estupendo..."

"Yo le dejaba hablar, replicándole en mi interior: "¡Ya comprenderás mañana!" Y me daba pena su entusiasmo; casi me irritaba.

"Juntos fuimos bajando al pueblo. Creo que yo había permanecido en la ladera del monte no menos de una hora, viendo subir y bajar linternas como una pesadilla.

"Me cobijé de momento en una casa cualquiera, para no mojarme; pero me sentía tan desilusionado, que todo me molestaba. Por eso salí y dirigí mis pasos a la casa donde me estarían esperando: necesitaba de caras conocidas, para no sentirme tan solo... Al poco rato, llegó Amaliuca, hermana de Loli, algo más pequeñas que ella. Señalándome a mí y a otras dos personas dijo: "Dice Loli que vayas tú y tú y tú".

"Yo no tenía ganas ni intención de ir. Me decidí al fin, pensando: "Bien, visitar a los enfermos sigue siendo una obra de misericordia". Aseguro que, si fui, fue con el propósito de darle a ella y a todo aquello el adiós definitivo.

"Llegamos a casa de Ceferino y subimos al piso de arriba: habría allí como una docena de personas; en medio de ellas, Loli; parecía contenta, diría que hasta dichosa. Yo me busqué un rincón, y empecé a pensar en la inconsciencia de aquella criatura, y en la credulidad de quienes la rodeaban...

"Entonces ella viene hacia mí y me dice sonriente:

"Siéntese usted. Me señalaba una especie de camastro. Le obedecí como un autómata, y ella vino a sentarse a mi lado. La conversación que siguió, confidencial, creo que no se me olvidará en la vida:

–De ustedes tres hay uno que no cree... ¿Sabe usted quién es?

–Sí, lo sé. ¿Lo sabes tú también?

–Ciertamente. La Virgen me lo ha dicho.

– ¿Cuándo?

–Hace muy poco: cuando bajábamos de los Pinos.

–Pues a ver: dínoslo.

–No me atrevo. Si fuera uno de los otros dos...

–Sí, yo soy; ya no creo en nada.

En los ojos tan infantiles de Loli brilló una sonrisa comprensiva:

–Nos dijo la Virgen: "El Padre duda de todo, y sufre mucho. Llamadle y decidle que no dude más, que ciertamente soy yo, la Virgen, quien se aparece aquí. Y para que os crea mejor, le diréis: Cuando subías, subías contento; cuando bajabas, bajabas triste".

"Me quedé estupefacto, mirando a la niña.

Ella añadió: –A Conchita le ha hablado mucho de usted.

"Me levanté; veía confusamente que aún no había llegado la hora de los adioses... Tomé el brazo a los dos amigos, que me miraban sin comprender y me preguntaban: "Pero ¿qué es lo que ha dicho?, ¿qué pasa?", y les empujé hacia la puerta, diciendo: "¡Vamos en seguida a la casa de Conchita!"

"A pesar de lo intempestivo de la hora, Aniceta nos recibió.

– ¿Puedo estar con Conchita?

–Ya está acostada; pero usted puede subir, si quiere.

"Subí con los dos amigos. Conchita estaba en la cama con su prima Luciuca, un año menor que ella. Tan pronto como me vio, sin esperar a que yo hablara, me dijo sonriente:

– ¿Estará contento, ¿no? ¿O es que está triste todavía?

–Casi no lo sé. Loli me ha dicho que la Virgen te ha hablado mucho de mí.

– ¡Lo menos un cuarto de hora!

– ¿Y qué te ha dicho?

–Aún no se lo puedo decir.

–Entonces me quedo igual que antes.

Conchita sonrió.

–Bueno, algo sí que le puedo decir. "Cuando subía, subía contento; cuando bajaba, bajaba triste"... Ella me ha dicho todo lo que usted estaba pensando... Y dónde lo estaba pensando... Y que pensaba: "Ahora me voy a América". Y en otro sitio pensaba: "Ya no quiero saber más de fulano y de fulano". Y usted sufría mucho. Me ha encargado que se lo diga y que le advierta que todo esto le ha pasado para que, en adelante, acordándose de todo ello, no vuelva a dudar más.

"Como cualquiera puede comprender, yo me quedé sin habla.

"Al día siguiente, sobre una detallada fotografía de los Pinos y sus alrededores, Conchita ¡me fue señalando con el dedo cada uno de los sitos donde yo había estado y lo que había pensado allí! Puedo asegurar que no se equivocó en nada"

El P. Andréu ha relatado varias veces su personalísima vivencia del 18 de octubre con algún que otro detalle más o menos; uno de tales relatos ha sido recogido en cinta magnetofónica, cinta que tengo a buen recaudo en mi casa identificada con el nº 30 y rotulada como "Experiencias del padre Andréu (Subida a los Pinos el 18 de octubre). Es una cinta que grabó en fechas posteriores, en donde lo que dice con su propia voz, se escucha clara y segura.

Pero en estos momentos no me voy a detener en esta parte de la cinta...,

3ª Parte. Capítulo IX. EL PADRE RAMÓN ANDRÉU

Pero en estos momentos no me voy a detener en esta parte de la cinta..., sino en otro fragmento no menos importante que hace referencia al primer viaje a Garabandal que realizó el P. Andréu, en compañía del ingeniero alemán Máximo Förschler.

Es un acontecimiento que fue muy celebrado en aquella época y recogido a través de varios medios de comunicación. Pretendo mostrar unas cuantas fuentes para ver cómo fue narrado y de entre todas poder sacar una conclusión. Además, nos sirve para valorar dichas fuentes a las que estamos acostumbrados a acudir, para saciar nuestra curiosidad y a la vez, estar informado lo mejor posible. En el caso que nos ocupa fue la llegada del padre Andréu a Garabandal. A pocos kilómetros de alcanzar su meta, sufrieron un serio accidente con otro vehículo que circulaba en sentido contrario, con graves consecuencias pero que afortunadamente se saldó, con chapas abolladas y percances personales no muy graves, pudiendo haber sido mortal según el relato del padre. Para poder iniciar la comparación, partiremos de las declaraciones grabadas del propio padre Andréu y que considero que pueden las más fidedignas. Igual que en el relato anterior, de la subida a los Pinos el lluvioso día 18 de octubre de 61, este se encuentra en mi cinta magnetofónica número 30, rotulada como "Accidente del coche del 13 al 15/10/61 (experiencias padre Andréu) "

Entre las distintas cosas voy a contar como fui un día con el alemán máximo Förschler que entonces era de confesión evangélica alemán 56 años y es gerente de la casa Fortis una persona normal en su vida.

Tuvimos un choque; él iba al volante yo al lado de él y a consecuencia de ese accidente tuvimos que dejar el automóvil. Los que iban en el coche con el que chocamos, un 4-4 tuvieron desperfectos no solo en el coche sino en las personas. Uno se rompió la rótula otro tuvo en las costillas grandes dolores. Nosotros estuvimos esperando un tiempo hasta que otros automóviles de la comitiva vinieron. Nos montamos, subimos a Garabandal y a poner pie en tierra en Garabandal, cosa que no había sentido antes después del accidente sentí un ligero dolor en el tobillo izquierdo que fue aumentando progresivamente de tal forma que ha sido uno de los dolores más fuertes que yo he sentido y llegó a hacerme que me mareara con un sudor muy frío y a no poderme mantener de pie. Después tampoco podía estar sentado porque el

dolor me molestaba muchísimo. Trataron de aliviármelo y por fin como vieron que me estaba poniendo demasiado pálido y sudando demasiado, ese sudor que parece anunciar un mareo llamaron a ver si había algún médico.

Entre las personas que había que serían tal vez unas 300 que habían venido de fuera, había por lo menos dos médicos; uno era el doctor Celestino Ortiz Pérez y el otro Ignacio Renedo de Burgos. Me vieron primero uno y después otro; cada uno por su cuenta. Me vio uno y marchó a buscarme una habitación con una cama para poder tumbarme. Luego llegó el otro y sin saber nada del diagnóstico anterior coincidieron en que se trataba de algo que había un fuerte derrame sinovial, pues probablemente lo tenía muy hinchado y me dijeron los dos que se trataba por lo menos de una fisura, pero casi seguro fractura de la base del peroné.

El hecho es que me tuvieron que llevar a cuestas, me pusieron tumbado en la cama. Yo llamé al alemán Máximo Förschler para que se pusiera en la otra cama y así poder charlar un poco con él sobre lo que había visto. Estuvimos un buen tiempo hasta eso de las 3:00 o 3:15. A las 3:45, no recuerdo, ahora bien, entró en éxtasis Jacinta la cual subió directamente a la habitación y puesta entre las dos camas me dio a besar el crucifijo mirando hacia arriba ella, mientras decía,

-El padre está malísimo, cúralo, le dolía cuánto, cúralo.

Y en ese momento yo sentí como desaparecía el dolor. Como yo creía que era una cosa de sugestión, pues no quise decir nada, entre otras cosas pues por no hacer el ridículo, y así yo me callé y cuando ya terminó la niña que se sonreía bastante, en el momento en que iba a terminar el éxtasis, yo mentalmente pedí como en forma de jaculatoria que le dieran a besar el crucifijo a Máximo, y en ese mismo momento se arrancó la niña y sin mirar, mirando hacia arriba le dio a besar el crucifijo a Máximo por primera vez desde su llegada a San Sebastián de Garabandal, el cual dio dos besos con una gran emoción.

Cuando la niña volvió en sí, hablamos un poco. Se fue y a la gente que habían subido también y a eso de las cuatro le dije que apagásemos la luz para dormir un poco. Él me dijo que - ¿cómo iba a dormir yo con el dolor que tenía?, - ya que los médicos me habían dicho que estuviera en cama uno o dos o tres días hasta que pudieran trasladarme a Torrelavega o a Santander, para que me hicieran una radiografía y me inyectaron el tobillo.

Al día siguiente, es decir en ese mismo día, pero al cabo de unas pocas horas, a eso de las ocho vinieron los médicos a verme como estaba y a despedirse de mí y darme algunas indicaciones que ya me habían dicho de víspera. Yo entonces, como yo

sentía que no me dolía nada, pues había dormido de un tirón desde las cuatro hasta esa hora y que tenía el pie a mi apreciación normal y sin hinchazón de ninguna clase, me levanté, dije que iba a decir misa. Era domingo, en octubre pues sería hacia el 13 o 14 o 15 de 1961. En vista de que yo no podía decir misa según los cálculos del día anterior, se había avisado a don Valentín que subiese, para decir la misa, desde Cossío, pero como yo me encontré bien, me levanté tocamos la campana, dije Misa; asistió toda la gente.

Yo la pude decir perfectamente y después como yo me encontraba normal ante el asombro de todos, pues les hice unas demostraciones de gimnasia de saltar, para demostrar que no me dolía nada y cuando me quisieron ver el tobillo yo les hacía bromas enseñándoles en uno y el otro y no podían distinguir cuál era el que había tenido el accidente y desde entonces no he sentido absolutamente nada.

Esta narración parece ser que fue grabada para una familia cordobesa durante el año 1963 aunque posteriormente el padre la utilizaba como medio de difusión de sus vivencias en el pueblo.

La verdad, es que poseo en mis archivos numerosas experiencias del padre, pero sería salirnos del tema el tratar de reflejar todas ellas. Lo que sí pretendo es aportar otras informaciones procedentes de diversos autores, para comparar los datos y sacar conclusiones.

Hay una película titulada “Garabandal. Solo Dios lo sabe “del director Brian Alexander Jackson, basada en los eventos relacionados con las apariciones marianas, rodada sin presupuesto, solo con actores voluntarios y estrenada el 20 de enero de 2018. En ella se narra la subida del padre Andréu en un taxi, el cual tiene un accidente y cómo consecuencia de él, es atendido en una casa del pueblo de una fractura en el pie. Inicialmente es atendido por el doctor Pouncernau, el cual le recomienda que haga reposo, durante el cual recibe la visita de una vidente, en estado totalmente normal. El padre se encuentra solo en la habitación lo cual contrasta con la versión anterior, donde se menciona la presencia del alemán don Máximo.

Y ya que citamos a D. Máximo, vamos a ver cuál es su visión de los acontecimientos.

Éstos están relatados por el padre Pesquera en su estupendo libro “Se fue con prisas a la montaña “. Para mi gusto, el libro del padre Eusebio García de Pesquera, es el mejor, sin lugar a dudas, para conocer los singulares acontecimientos ocurridos en el pueblo de las apariciones, entre los años 1961 al 1965.

Veamos lo que nos cuenta el señor Máximo:

(Comienza el padre Pesquera). Dos días después de la fiesta del Pilar, aparecía por primera vez en Garabandal un ingeniero alemán avecindado en España, en Madrid: don Máximo Förschler Entenmann. (El mismo dice así al presentarse: "He sido desde mi infancia un fervoroso creyente, pues fui bien educado por unos padres, ya fallecidos, de ejemplar cristiandad; por eso he amado sobre todo a Nuestro Señor Jesucristo. Estoy casado con una súbdita española, católica"). Aunque protestante, estaba muy vinculado a la familia Andréu; por eso venía acompañando a nuestro ya bien conocido P. Ramón María

Su llegada no fue del todo fácil... Era el día 14, segundo sábado de octubre, octava de aquella especialísima fiesta del Rosario que había habido en Garabandal. Oigámosle a él: "Faltando unos treinta kilómetros para llegar a Cossío, tuvimos un tremendo choque, en pleno puerto, (Se trata, sin duda, porque ellos llegaban desde tierras palentinas, del Puerto de Piedras Luengas, 1213 metros sobre el nivel del mar, a caballo sobre las provincias de Palencia y Santander, y desde el que pueden contemplarse, en días despejados, soberbias panorámicas hacia los Picos de Europa y la Sierra de Peña Sagra.), con otro coche; el accidente pudo tener consecuencias fatales..., y sólo posteriormente he llegado a comprender que fue sin duda la Santísima Virgen quien nos libró de una muerte segura.

"Por causa de lo ocurrido, llegamos a San Sebastián de Garabandal muy tarde, sobre las once de la noche. Pero con la suerte de poder presenciar, apenas llegados, dos éxtasis... Confieso que entonces no me impresionaron lo más mínimo.

"Nos retiramos a la casa donde teníamos hospedaje (para el P. Ramón María Andréu, las casas del pueblo estaban abiertas); y, en seguida, a eso de las doce, el Padre se puso muy malo, con mareos, sudores fríos, fortísimos dolores en el tobillo izquierdo, que aparecía muy inflamado... Había en el pueblo un médico de Santander y un especialista en huesos, de Burgos (La casa donde se alojaban el P. Andreu y el señor Förschler era la de la señora Epifanía, "Fania". Los doctores eran don Celestino Ortiz Pérez (Santander) y el señor Renedo, de Burgos).

"Se les llamó, y después del reconocimiento, diagnosticaron que, aparte del evidente derrame, había probable fractura del tobillo, o seria fisura, como mínimo. Le aplicaron un adecuado vendaje y una bolsa de hielo que se pudo encontrar, y entre varios le llevamos en brazos a la cama: sus dolores eran horrorosos (Tan fuertes eran sus dolores, que no pudo ni aguantar sobre el pie el ligerísimo peso de una

sábana que le extendieron encima para que no lo tuviera totalmente al descubierto. El hielo de la bolsa era el único hielo que pudo encontrarse en el pueblo y se lo trajeron de la nevera o frigorífico del indiano. En Santander han venido llamando "indianos" a los emigrantes de la tierra que han logrado hacer alguna fortuna en países de América, las "Indias" de nuestros antepasados. La emigración santanderina a ultramar se ha orientado preferentemente hacia Méjico y Cuba).

"Como viejo amigo del padre, quedé yo a cuidarle durante la noche, en una segunda cama que había o dispusieron en la habitación.

"Después de muy largo rato –debían de ser ya las tres y media de la madrugada– empezamos a oír ruido en la calle, y que la gente pedía a voces que la dueña de la casa abriese la puerta, porque Jacinta estaba allí en éxtasis, queriendo entrar.

"Bien pronto apareció en la habitación, se fue hacia el Padre y le dio a besar el crucifijo (Jacinta entró en la habitación, enarbolando el crucifijo en la mano y diciendo a la Visión, con un habla muy de aquellas gentes: "El Padre está ¡mu malísimo! acentuaba extrañamente la fonética esdrújula de estas palabras ... Cúralo. Que delira 'cuánto"... cúralo" En el mismo momento en que el Padre besaba el crucifijo que le tendía la niña, le desaparecieron por completo los dolores. Pero él se cuidó muy bien de decirlo delante de la gente que acompañaba a Jacinta –algunos habían venido hasta de Sevilla, Cádiz y Jerez–, por miedo de que todo se debiese a la tremenda emoción del momento; el hombre se dijo a sí mismo: "Aquí, ¡todo, menos hacer el ridículo! Y te callas como un muerto"...

¡El resabio del intelectualismo, que tan poco favorece la actitud evangélica del "Si no os hiciereis como niños..."! Un hombre que se estime, más un intelectual, tendrá menos miedo a ser tenido por malo, que a ser tenido por tonto*); a continuación, habló con él algo que yo no pude entender... Empezaba ya la niña a tener ademanes o gestos como de despedida de la visión, cuando de repente se para: hace una flexión hacia atrás, hacia donde yo estaba, y me da también a mí el crucifijo a besar ¡por dos veces!"*

Parece que aquello ya no le dejó tan "frío" a don Máximo...

"Cuando marchó la niña, nos pusimos, naturalmente, a comentar todos los detalles; y el Padre me confesó que había pedido muy de veras, en su interior, que la niña, antes de marcharse, me diera también a mí a besar el crucifijo. Tuve para pensar durante las pocas horas que quedaban de la noche".

(Continua el padre Pesquera),

Poco después de haber besado el crucifijo que le ofreciera Jacinta, vio él que ésta empezaba a santiguarse y a ofrecer sus mejillas a unos besos invisibles: señal inequívoca de que el éxtasis iba a concluir. Entonces él, rápidamente, formuló en si interior una petición a la Virgen: que la niña diera también a besar el crucifijo a don Máximo... (el buen señor, horas antes, había seguido a las videntes en sus trances, sin obtener de ellas ninguna muestra de atención; más bien, lo contrario, pues cuantas veces ellas dieron el crucifijo a los circunstantes, siempre le saltaron a él).

Apenas había el Padre formulado su secretísima petición, Jacinta se detuvo y exclamó: "¿Qué?" Quedó en actitud de escucha, y añadió en seguida: "¡Ah!" Empezó a inclinarse más y más hacia atrás, hasta que pudo llegar con el crucifijo a la boca del señor Förschler, a quien no podía ver, por tenerle a su espalda...

Instantes después, volvió la niña en sí. ¡Ya era hora de ir a descansar1 Los relojes estaban a punto de dar las cuatro de la madrugada de aquel domingo, 15 de octubre!

*"Clareaba ya la mañana de ese día, cuando se presentaron varios franceses, y detrás, uno de los dos médicos, a preguntar por el Padre. Serían las ocho, aproximadamente. El Padre dijo al médico que habían cesado del todo los dolores, y que podía mover el pie sin dificultad. Era bastante sorprendente; mas como medida de precaución le aconsejaron que no pisar con aquel pie, y que aguardase la llegada de una ambulancia que se podía pedir a la "Casa Valdecilla" (*La "Casa de Salud Valdecilla" es una verdadera institución –la máxima institución– en la capital de la Montaña para todo lo que se refiere a labor sanitaria; está constituida por un conjunto de pabellones que ocupan considerable terreno) , *de Santander: la lesión había sido seria y, normalmente, tardaría de quince a veinte días en curar".*

También sobre esto tenemos más pormenores del P. Andréu.

El médico encontró al Padre sentado en el borde de la cama:

–Pero ¿qué hace usted, Padre?

–Ya ve: trato de levantarme...

–¡No haga usted eso! Es un disparate. Vamos a ver el tobillo...

El médico se puso con una rodilla en tierra, para examinarlo mejor. Luego levantó la cabeza hacia el Padre, mirándole de cierta manera, y le dijo:

– ¡Qué bromista es usted! Vamos, enséñeme el tobillo malo.

El Padre, con aparente indiferencia, le enseñó el otro tobillo, que era precisamente "el bueno". El médico lo examinó con toda atención..., lo comparó con el otro..., y acabó levantando de nuevo la cabeza hacia el Padre, mientras decía con una expresión difícil de definir: "¡Pero qué cosas más raras pasan en este pueblo!"

"Cuando marcharon los médicos, el Padre se empeñó en que le calzáramos, pues no sentía dolor alguno... Fue a ponerse en pie, y lo hizo sin dificultad. Entonces decidió celebrar él la misa del pueblo, desistiendo de avisar a don Valentín para que subiera, como ya habíamos acordado. Mandó tocar las campanas a misa, y nos pusimos a buscarle un bastón.

"Yo mismo le acompañé a la iglesia; y cuando iba a empezar el acto, como yo de la misa no entendía nada, busqué un lugar a propósito en el último banco, y me dediqué a observar desde allí atentamente cómo marchaba lo de su pie: durante toda la ceremonia se movió, y se arrodilló y levantó, sin dificultad.

"Le dije mis observaciones, después de la misa, y él hizo delante de mí varios movimientos o flexiones de pie sin molestia alguna; y al fin me confió qué había sido esto: "Padre, la Virgen me ha dicho que está usted malucho; pero me ha mandado a decirle que está usted curado". En el mismo instante le desaparecieron los dolores".

También esto le dio que pensar al señor Förschler; pero ahí se quedó por entonces la cosa

El padre Pesquera actuaba como un auténtico notario, en palabras de don Plácido Ruiloba, cuando se refiere a él. En su libro están reflejadas de forma cronológica, los acontecimientos que se fueron sucediendo a lo largo del periodo de las apariciones. El buen padre mantenía relación muy estrecha con diferentes testigos de las apariciones, como el doctor Celestino Ortiz, con el padre Andréu, el abogado de Palencia don Luis Navas, la señorita Ascensión de Luis, los señores Fontaneda conocida familia de Aguilar de campo, con el citado Plácido Ruiloba, y otros muchos más.

No resultó fácil la redacción del libro como se desprende de sus confidencias con don Celestino, reflejadas en las cartas que le envío, con el fin de proceder a la revisión final de su libro.

Gracias a la correspondencia que posee el señor Ruiloba, que tan amable me dejó consultar y fotocopiar, puedo transcribirlas a continuación. Dichas cartas se encuentran archivadas en el tomo I, titulado “Testimonios e informes de sacerdotes y religiosos “. Se trata de un volumen de 600 hojas, numeradas correlativamente, como si de un libro de actas se tratara. Las que nos ocupan son las correspondientes a las páginas comprendidas entre la número 17 y la número 24, ambas incluidas. Ni que decir tiene, que se encuentra también correspondencia de personajes tan vinculados a la historia de las apariciones como J. M. Alba Cereceda, padre J. R. García de la Riva, padre Valentín Marichalar, padre Lucio Rodrigo, etc., etc.

Y por supuesto el citado padre Eusebio García de Pesquera.

(A continuación, la primera carta, escrita a máquina. La segunda, tercera y cuarta a mano. Y la última, nuevamente a máquina)

Madrid, 22 diciembre 1970.

Querido don Celestino:

No tengo el gusto de conocerle personalmente, pero si mucho de oídas.

Quizá de oídas me conozca también ustedes a mí.

Por fin, el día de la Inmaculada, después de meses de intenso trabajo, he logrado poner el punto final a un libro sobre el tema que usted seguramente se imagina. Quiero que sea o resulte inatacable desde el punto de vista histórico; pero temo que tenga sus fallos, dadas las circunstancias en que tenido que elaborarlo. Por expresa y terminante oposición de Mons. Cirarda, que presionó cuanto pudo sobre mi P. Provincial, no he podido subir al pueblo de los sucesos, para documentarme mejor "in situ", y he tenido que arreglármelas como he podido, a través de intermediarios y de cartas… Yo quisiera saber si usted, que es uno de los que mejor pudo seguir aquellos fenómenos de Garabandal, dispone de tiempo para revisar mi obra, antes de que sea dada a la publicidad. En caso afirmativo, yo le enviaría un ejemplar fotocopiado del original, y usted me haría luego las rectificaciones observaciones que creas pertinentes.

Se trata de unos 200 folios a doble espacio, pero con muchas notas al dorso. Será el primer tomo de la obra total, y recoge todo lo que del año 1961. Creo que su lectura no le fatigará….

Con el mayor afecto en el Señor y en la Madre le desea muy felices Navidades.

(firmado de puño y letra) Fr. Eusebio García de Pesquera.

(a mano, añadido) Le ruego la mayor reserva no sea que Mons. Cirarda intente a última hora…

4 de marzo de 1971.

Querido don Celestino: Nuevamente le doy gracias por su valiosa colaboración.

Parte de sus notas van recogidas aquí, en estas páginas que serán añadidas al texto de mi libro; parte irán como pequeñas notas marginales ilustrativas; y parte quedan para la continuación de mi historia….

Le envío esto, para que lo incluya donde corresponda, en la copia del libro que tiene ahí, y que revisa Conchita, a quien, según parece, la tiene ahora bien cerca en Las Carmelitas.

Creo que he recogido fielmente sus datos. Que dispense su señora de que nunca la ponga con su nombre propio, es que no lo sé y lo lamento.

Con el mayor afecto en el Señor y en la Madre.

(firmado) Fr. Eusebio García de Pesquera.

Querido don Celestino: Como dije telefónicamente a su señora, Conchita está dispuesta a leer el libro antes que se publique, y espero que ustedes se lo lleven lo antes que puedan.

Que ella lo lea, no tanto por curiosidad, cuanto por afán de cooperación. En orden a esto, le doy algunas instrucciones en la hoja adjunta… Por algunos detalles que ya sé de ella, me atrevo a suplicarles a ustedes, que, con la copia de mi libro, le lleven una pequeña remesa de papel, para que no tenga luego disculpa para no apuntar las observaciones que se le ocurran….

Vamos a ver si con la ayuda de la Virgen y el esfuerzo de quienes tanto le debemos, logremos por fin alumbrar el libro que su intervención en Garabandal está pidiendo.

Con el mayor afecto en el Señor

(firmado) Fr. Eusebio García de Pesquera

27 de mayo de 1971.

Señor don Celestino Ortiz Pérez.

Querido don Celestino:

Le escribo con mucho gusto (siempre es grato comunicarse con los amigos), para pedirle dos cosas:

1º que usted no deje de ir poniendo en limpio sus notas sobre Garabandal, que aún no me ha enviado; supongo que tendrá por ahí algunas de los últimos años de los "sucesos" 1961-1962.

y 2º Que miren de recoger la copia de mi libro que dejaron a Conchita. Supongo que ella no habrá hecho nada y ahora que dice que está fuera del pueblo, menos. Y me interesa ya buscar una editorial que acepte publicármelo, lo que no veo muy fácil.

Con todo afecto para usted y su señora

(firmado) Eusebio García de Pesquera

16 de mayo de 1973.

Querido don Celestino:

No sé si tendrán ya algún ejemplar del segundo volumen de mi libro. Salió cuando yo andaba fuera del convento con las predicaciones de cuaresma y Semana Santa, con lo que yo no le vi hasta primeros de mayo. Si ustedes no lo han visto aún, díganmelo. Sé que los ejemplares para Santander los han mandado a nombre de Fr. Jesús M. de Abia, que está en la portería de nuestro convento de la C/ Juan de la cosa, 15; pero no sé por medio de quien lo distribuye. Ustedes pueden preguntarle a él directamente.

Estoy rematando ya mi larga tarea de historiador. Hay un punto que podría completar y precisar Paquina: el de que "ya no quedan más que tres papas “, incluyendo el actual. El anuncio es de Conchita, y lo hizo en los primeros días de junio de 1963, cuando la muerte de Juan XXIII. Me gustaría saber con toda la precisión posible:

palabras de la niña,

circunstancias de lugar y hora en que les dijo,

personas que estaban presentes,

y si ella lo ha repetido después.

Perdóneme que les dé un nuevo trabajo; pero sé que lo aceptarán por amor a la Virgen y con el mejor deseo de sacar adelante una obra que es de Ella.

Por aquí corren ciertos rumores acerca de la muerte del P. Rodrigo, una entrevista suya con el obispo de esta diócesis, y de un cambio de actitud por parte de este… ¿Quién podría darme una información de toda garantía? Me vendría muy bien, no solo por mí, sino también por los muchos que me preguntan.

Aprovecho esta nueva ocasión para agradecerles una vez más la inestimable colaboración que me han prestado para sacar adelante mi obra sobre Garabandal.

Con todo afecto en el Señor y en la Madre del cielo.

(firmado) Fr. Eusebio García de Pesquera

Toda esta información la guardo celosamente para que si en un futuro (como diría el padre Valentín) fuese necesario conocer la auténtica historia de Garabandal, se pueda consultar fidedignamente.

El último dato que voy a comentar para no cansarte estimado lector, es el obtenido del diario de don Valentín, del día 14 de octubre del año 61. La copia que poseo yo, no es la original, puesto que el cura párroco le escribió en cuadernillos a mano entre el año 1961 y 1962. Éstos cuadernillos fueron pasados a máquina por la señora Carmen Cabestany y en el año 1971; el padre Octavio, capellán de Gijón de los hermanos de San Juan de Dios vuelve a realizar una segunda copia el 30 octubre. Las fotocopias o eran muy escasas o no existían, por lo cual se manejaban copias obtenidas por medio del papel de calco, al escribir a máquina. Una de estas fotocopias del papel de calco, es la que yo poseo.

Día 14 de octubre.

A las 12,21 sale Mari Cruz en éxtasis; llega a la casa de Loli. Da unos rosarios a besar y muchas estampas, uno a uno. Le dice a Jacinta que pida por la intercesión del padre Andréu. Contesta que sí. Se va de casa de Loli a la puerta de Conchita. Llama a con las manos y entra. Se para en el baño y llama: “Conchita “y sube junto a su cama. Pregunta: “¿Estás dormida?". Da a besar un rosario que le dio Conchita. Esta le pregunta cuántas llamadas tiene Loli, y contesta “dos “(era cierto). Le sigue preguntando si va sola por ahí; contesta que “si “. Luego le da los rosarios, después de haberlos dado a besar. “Toma, le dice, ya di muchas estampas “; le dio dos medallas pesadas; a continuación, si santiguó, se persignó y se fue. Eran las 12,36. Sale a los Pinos, se arrodilla en el Cuadro, reza algo que no se puede oír y a los 4 minutos se santigua, persigna y baja. A las 12,47 llegar a la puerta de la Iglesia, se arrodilla, reza como en el Cuadro, se santigua, persigna, da un beso, pone su cara para recibir otro y sale del éxtasis a las 12,50. A las 12,54 encontré a Loli en éxtasis, llevaba 15 minutos así en su casa. Dio dos besos y reía persignándose y santiguándose, al hacerlo la última vez, completamente, salió del éxtasis. Eran las 12,55. Estando haciendo compañía al padre Andréu a la 1,22 entró en éxtasis Jacinta, sentada en una silla, oscilaba hacia atrás, queda sentada unos momentos, pide a la Virgen que sane al Padre; se santigua, le pregunta a Loli si volverá a tener, “no te lo digo”, contesta. Se santigua, persigna, da tres besos y pone su cara para recibir dos. Se sienta en la silla, había estado un rato de pie junto a ella, cae después hacia atrás, se vuelve a santiguar y sale del éxtasis. La 1,46. Hacia las 3:00 de la mañana, tuvieron Jacinta y Loli, separadas otro de muy corta duración

Habían pasado unas ocho horas desde mi salida de la casa del "inglés", siguiendo al perro ceniciento, hacia la Calleja que conduce a la explanada de los Pinos, donde como espectadores inmóviles, habían contemplado fenómenos celestiales y terrenales.

Las vetustas piedras que me llevaron con sus recuerdos hacia rincones de las apariciones, me hablaron de oraciones a “esa Virgen que va por ahí “. Del Manzano del maestro, y sobre todo del padre Andréu. Su vivencia aquel lejano 18 de octubre, día de lectura del primer mensaje o su llegada al pueblo con el señor máximo Förschler. Desde la explanada de los pinos, el aire que descendía de Peña Sagra, fresco y con olor a nieve, mantenían despiertos mis sentidos. Su paso a través de las acículas de pináceas que se encontraban a mi espalda produciendo un ligero silbido que contribuían al estado de relajación. A mi recuerdo acudieron los versos del poeta Ismael Belmonte.

“Hasta donde la vista alcanza, todo es mío.

La luz, el viento, el vuelo de los pájaros,

y el verde de los campos y el rocío.

Lo demás no me importa;

yo nunca lo he tenido “.

Y mientras las estrofas recorrían mi intelecto, resonaban las notas de una suave Sonata de Franz Liszt, transportadas mágicamente por el viento del norte.

Era ya la hora de bajar, hora de recogerme en la casa del "inglés". Con pereza infinita, mentalmente recité un Ave María en agradecimiento a la naturaleza que me rodeaba; descendí lentamente por el empedrado camino, sin volver la vista atrás. Bajaba contento por los recuerdos que sentía, en lo más profundo de mi ser y que tanto anhelaba poder compartir con mis semejantes. Era como si para que sería completo mi gozo, necesitara experimentar que los que me rodeaban, también sentía lo mismo que yo.

Pero, aún no había acabado la jornada. Una nueva sorpresa me aguardaba en mi solitaria posada. Cuando llegué, me sentí fuertemente atraído por la librería del salón, igual que si fuera un clavo de hierro. Entre los libros de una de sus baldas, sobresalía una hoja cuidadosamente doblada. La desplegué, me acerqué hacia la ventana para poder observar con más facilidad.

Al abrir las contraventanas volví a sentir el aroma del viento y los chillidos juguetones de las crías. De nuevo, me envolvía la sensación de bienestar y relajación experimentada momentos antes.

En la hoja se podía leer.

Carta que el Jefe indio Seattle, de la tribu Suwamish, envió en 1854 al gran Jefe blanco de Washington, Franklin Pierce, en respuesta a la oferta de éste de comprarle una gran extensión de tierras indias y crear una "reserva" para el pueblo indígena. Suponía el despojo de las tierras indias. En el año 1855 se firmó el tratado de Point Elliot, con el que se consumaba el despojo de las tierras a los nativos indios. Noah Sealth, con su respuesta al presidente, creó el primer manifiesto en defensa del medio ambiente y la naturaleza que ha perdurado en el tiempo. El jefe indio murió el 7 de junio de 1866 a la edad de 80 años. Su memoria ha quedado en el tiempo y sus palabras continúan vigentes.

El gran jefe de Washington manda palabras, quiere comprar nuestras tierras. El gran jefe también manda palabras de amistad y bienaventuranzas. Esto es amable de su parte, puesto que nosotros sabemos que él tiene muy poca necesidad de nuestra amistad. Pero tendremos en cuenta su oferta, porque estamos seguros de que, si no obramos así, el hombre blanco vendrá con sus pistolas y tomará nuestras tierras. El gran jefe de Washington puede contar con la palabra del gran jefe Seattle, como pueden nuestros hermanos blancos contar con el retorno de las estaciones. Mis palabras son como las estrellas, nada ocultan.

¿Cómo se puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Esta idea es extraña para mi pueblo. Si hasta ahora no somos dueños de la frescura del aire o del resplandor del agua, ¿cómo nos lo pueden ustedes comprar? Nosotros decidiremos en nuestro tiempo. Cada parte de esta tierra es sagrada para mi gente. Cada brillante espina de pino, cada orilla arenosa, cada rincón del oscuro bosque, cada claro y zumbador insecto, es sagrado en la memoria y experiencia de mi gente.

Nosotros sabemos que el hombre blanco no entiende nuestras costumbres. Para él, una porción de tierra es lo mismo que otra, porque él es un extraño que viene en la noche y toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana, sino su enemigo, y cuando él la ha conquistado sigue adelante. Él deja las tumbas de sus padres atrás, y no le importa. Así, las tumbas de sus padres y los derechos de nacimiento de sus hijos son olvidados. Su apetito devorará la tierra y dejará detrás un desierto. La vista de sus ciudades duele a los ojos del hombre piel roja. Pero tal vez es porque el hombre piel roja es un salvaje y no entiende. No hay

ningún lugar tranquilo en las ciudades de los hombres blancos. Ningún lugar para escuchar las hojas en la primavera o el zumbido de las alas de los insectos.

Pero tal vez es porque yo soy un salvaje y no entiendo, y el ruido parece insultarme los oídos. Yo me pregunto: ¿Qué queda de la vida si el hombre no puede escuchar el hermoso grito del pájaro nocturno, o los argumentos de las ranas alrededor de un lago al atardecer? El indio prefiere el suave sonido del viento cabalgando sobre la superficie de un lago, y el olor del mismo viento lavado por la lluvia del mediodía o impregnado por la fragancia de los pinos. El aire es valioso para el piel roja. Porque todas las cosas comparten la misma respiración, las bestias, los árboles y el hombre. El hombre blanco parece que no notara el aire que respira. Como un hombre que está muriendo durante muchos días, él es indiferente a su pestilencia.

Si yo decido aceptar, pondré una condición: el hombre blanco deberá tratar a las bestias de esta tierra como hermanos. Yo soy un salvaje y no entiendo ningún otro camino. He visto miles de búfalos pudriéndose en las praderas, abandonados por el hombre blanco que pasaba en el tren y los mataba por deporte. Yo soy un salvaje y no entiendo como el ferrocarril puede ser más importante que los búfalos que nosotros matamos sólo para sobrevivir. ¿Qué será del hombre sin los animales? Si todos los animales desaparecieran, el hombre moriría de una gran soledad espiritual, porque cualquier cosa que le pase a los animales también le pasa al hombre. Todas las cosas están relacionadas. Todo lo que hiere a la tierra, herirá también a los hijos de la tierra. Nuestros hijos han visto a sus padres humillados en la derrota. Nuestros guerreros han sentido la vergüenza. Y después de la derrota convierten sus días en tristezas y ensucian sus cuerpos con comidas y bebidas fuertes.

Importa muy poco el lugar donde pasemos el resto de nuestros días. No quedan muchos. Unas pocas horas más, unos pocos inviernos más, y ninguno de los hijos de las grandes tribus que una vez existieron sobre esta tierra o que anduvieron en pequeñas bandas por los bosques, quedarán para lamentarse ante las tumbas de una gente que un día fue poderosa y tan llena de esperanza.

Una cosa sabemos nosotros y el hombre blanco puede un día descubrirla: Nuestro Dios es el mismo Dios. Usted puede pensar ahora que usted es dueño de él, así como usted desea hacerse dueño de nuestra tierra. Pero usted no puede. Él es el Dios del hombre y su compasión es igual para el hombre blanco que para el piel roja. Esta tierra es preciosa para él, y hacerle daño a la tierra es amontonar desprecio a su creador.

Los blancos también pasarán, tal vez más rápidos que otras tribus. Continúe ensuciando su cama y algún día terminará durmiendo sobre su propio desperdicio. Cuando los búfalos sean todos sacrificados, y los caballos salvajes amansados todos, y los secretos rincones de los bosques se llenen con el olor de muchos hombres (y las vistas de las montañas se llenen de esposas habladoras), ¿dónde estará el matorral? Desaparecido. ¿Dónde estará el águila? Desaparecida. Es decir, adiós a lo que crece, adiós a lo veloz, adiós a la caza. Será el fin de la vida y el comienzo de la supervivencia.

Nosotros tal vez lo entenderíamos si supiéramos lo que el hombre blanco sueña, qué esperanzas les describe a sus niños en las noches largas del invierno, con qué visiones le queman su mente para que ellos puedan desear el mañana. Pero nosotros somos salvajes. Los sueños del hombre blanco están ocultos para nosotros, y porque están escondidos, nosotros iremos por nuestro propio camino. Si nosotros aceptamos, será para asegurar la reserva que nos han prometido. Allí tal vez podamos vivir los pocos días que nos quedan, como es nuestro deseo.

Cuando el último piel roja haya desaparecido de la tierra y su memoria sea solamente la sombra de una nube cruzando la pradera, estas costas y estas praderas aún contendrán los espíritus de mi gente; porque ellos aman esta tierra como el recién nacido ama el latido del corazón de su madre. Si nosotros vendemos a ustedes nuestra tierra, ámenla como nosotros la hemos amado. Cuídenla, como nosotros la hemos cuidado. Retengan en sus mentes la memoria de la tierra tal y como se la entregamos. Y con todas sus fuerzas, con todas sus ganas, consérvenla para sus hijos, ámenla, así como Dios nos ama a todos. Una cosa sabemos: nuestro Dios es el mismo Dios de ustedes, esta tierra es preciosa para él. Y el hombre blanco no puede estar excluido de un destino común.

Fdo.: Noah Seathl, Jefe de la Tribu Suwamisu

1ª Parte. Capítulo X. DESPEDIDA

La mañana se despertó temprano aquel doce de junio, día desapacible para la estación en que nos encontrábamos. Tenía proyectado un nuevo viaje hasta el pueblo de la montaña. Como es habitual en mí había dejado preparado el equipaje la noche anterior, y el plan consistía en realizar una serie de grabaciones sonoras por las diferentes callejas y también, por la subida a los Pinos, testigo de tantas íntimas historias.

Cada vez que rememoraba "la subida "la imagen del padre Andréu, bajando por el pedregoso camino, se me hacía presente. La soledad que sintió aquel 18 de octubre del 61, marcó de una forma brutal su vida hasta tal punto que marchó a Nicaragua como misionero, de donde finalmente fue destinado a la parroquia de San Kevin en Los Ángeles, California en 1971, donde permaneció hasta su muerte.

Sólo de pensar que, dentro de unas horas, iba yo a recorrer el mismo pedregoso camino, me producía un cosquilleo difícil de explicar; como un miedo ante la incertidumbre que tenía delante. Sentía un vergonzoso deseo de quedarme en la seguridad de casa. Pero, por otra parte, hacer frente al reto hacía que me sintiera vivo. Notaba que disfrutaba de la vida. Como diría Arthur Rubinstein, "si amas la vida, ella te corresponderá "y cierto que era así.

Bajé al garaje no sin antes despedirme con un beso de Charo, y poniendo el motor en marcha, comencé mi tranquilo viaje hacia la Cantabria profunda. Esta vez, con el fin de llegar lo antes posible, decidí ir por la autovía Bilbao-Santander, hasta la entrada de la capital, donde tomando la salida por la pequeña comarcal, me incorporé de nuevo a la autovía de Oviedo, dirección Pesués.

La presencia de la inmensa fábrica de Solvay, me anunciaba que estaba circunvalando Torrelavega. En breve alcanzaría la nueva salida hacia Unquera donde podría poner dirección al pequeño pueblo de Puente Nansa. Riclones quedaba a la otra orilla del río Nansa, junto a la recién reparada presa, cuyo recuerdo me ponían los pelos de punta. Poco faltó para que Charo cayera al pantano y desapareciera para siempre, durante una visita que realizamos a la cueva del moro Chufín. Afortunadamente se saldó con varias costillas rotas, veintiuna grapas en la cabeza y cinco días en la UVI de Valdecilla. Esto sucedió al caer desde una altura de unos diez metros, por una pared que bordeaba el pantano.

De forma milagrosa, quedó enganchada en una pequeña meseta próxima al nivel del agua, de donde un helicóptero de rescate de la guardia civil con base en Potes, vino a por ella para trasladarla urgentemente al hospital. No me cabe la menor duda, de la maternal mano de la Virgen, para sujetarla en aquel accidente, historia que contaré, tal vez, en otra ocasión.

Por no alargarme demasiado, decir que llegué a Garabandal, dejando el coche aparcado en la zona que hace de plaza del pueblo enfrente de la iglesia. Me llamó la atención los turistas de un autobús que minutos antes había visto, aparcado en la entrada del pueblo. Seguro que había alguna peregrinación recorriendo mis queridos lugares. Una pequeña frustración fue lo que sentí, pues quería disfrutar del pueblo yo solo; estaba claro que todos somos hijos de la Madre, con derecho a visitarlo, igual que yo.

Como digo, dejé el coche aparcado y me encaminé a recorrer las callejas en dirección a los Pinos, con la cámara de fotos y mi precioso magnetofón portátil. Por experiencia sabía, que las mejores oportunidades se presentaban cuando menos lo esperas. Así que lo puse en marcha nada más comenzar a caminar. Me coloqué el micrófono escondido detrás de la chamarra y me encaminé hacia mi objetivo.

Al llegar a la altura de la casa de Paquita, donde comienza la famosa “Calleja “cerca de donde los mozos instalaban el conocido “cuadro “pude observar que un nutrido grupo de peregrinos estaban alcanzando la zona de los pinos. No muy conforme con lo que estaba viendo, comencé una lenta ascensión, sacando mis “antenas “para estar atento a lo que se me podría presentar.

Cuando doblo el primer recodo de la subida, me cercioro con sorpresa de que había una persona caída de bruces en el centro de la pedregosa calleja. Me dio la sensación de que estaba siendo socorrida por una mujer. Rápidamente me acerqué a ellas (al llegar pude comprobar que la otra persona que yacía en el suelo era también mujer). Asustado, y sin saber qué hacer, me dispongo a levantarla cogiéndola de la mano, cuando de repente, la mujer que en apariencia estaba atendiendo a la que se encontraba en el suelo, me detiene y me dice con toda naturalidad -que no pasa nada..., que ha entrado en trance, y está hablando por boca de Jesús.

Estoy confuso, pero a pesar de ello le sigo sujetando la mano, gesto que siento no rechaza apretando más mi mano, si cabe. No sé a dónde mirar ni que hacer, ante aquella persona totalmente caída en decúbito prono, con los brazos extendidos, manchándose la ropa con el barro de las piedras; de repente, se vuelve hacia mí, mirándome como si pudiera atravesarme con sus ojos, perdidos en la lejanía. Me

da la sensación de que ve algo detrás de mi cabeza. Comienza a jadear de forma que parece tener problemas de respiración. En esto, la compañera que está arrodillada junto a mí me dice.

- ¡La vidente va a empezar a dar un mensaje!

Estoy totalmente descolocado. Pienso, ¿me levanto y me doy la vuelta o espero a ver qué ocurre?

Al principio la voz es suave y lenta, pero poco a poco va subiendo de intensidad. Me quedo.

(Jaleos). -Consoláis mi corazón (se escuchan los trinos de los pájaros) pero estoy tan cansado. Es tanto el peso que llevo sobre mí. Tan pocos los cirineos. Acudir.,. (Sollozos)..., a menudo a este monte, en el cual se os anunciaron acontecimientos grandes. Hay muchos lugares, en los cuales, la Santísima Madre vuestra, desciende.

-Más cada uno tiene una misión distinta. También hay muchos instrumentos y profetas, más cada uno ha de cumplir una misión distinta.

-No busques parecidos en ninguno de ellos pues, aunque todo procede del mismo Dios Padre todopoderoso, cada uno ha de cumplir la misión que le ha sido encomendada.

(Jadeos y sollozos) - ¡Ay de mis hijos sacerdotes! ¿Dónde están vuestras sotanas? (Subiendo la voz y casi gritando).

¿-Dónde está vuestro ejemplo? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está? (Llorando) ¿dónde?

-No le dan importancia, mas no se dan cuenta. Donde vayan, van diciendo, Cristo está aquí, va conmigo (Sollozos). Mucha oración por esos guías ciegos. Pedir muchísimo, muchísimo, muchísimo al Espíritu Santo que les ilumine. Y que les de fortaleza; aunque no lo creáis, para ellos es muy duro esa sotana.

-Viven en el mundo, se acercan al mundo, aman al prójimo de un modo tan grande que ponen sin darse cuenta a Dios a un lado. Más los mandamientos son: "Amarás a Dios más que a ti mismo, más que a tu propia vida, más que a tu corazón, más que a tu ser". Eso es lo que yo dije en los mandamientos. Lo digo, lo repetiré tantas veces; al prójimo después, como te ames a ti. Pero a Dios no, a Dios a de ser ante todo y, sobre todo.

-Pruebas querían, pruebas pedían, ver querían hasta que han acudido para ver. Pobres almas. ¿Buscáis? ¿Qué buscáis? No comprendéis que yo estoy en el Sagrario. ¡No lo comprendéis! Si me lleváis en vosotros, ¿qué buscáis? ¿En el mundo me buscáis? No, id conmigo al mundo, pero no me busques en el mundo. Yo con vosotros, iremos juntos al mundo. A ese mundo terrenal y así venceremos, pero solos nunca podréis vencer. Y el prójimo hermanos no es Dios para ayudaros.

-Yo os dejo mi paz, mi amor, mi bendición y aunque Él debiera dárosla os la daré yo.

¡Bendición de Dios todo poderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

-Así sea. Adiós Padre,

(con voz potente) *-A tus manos comiendo mi espíritu*.

Y en este momento cae totalmente abatida, como si le hubieran cortado la energía

No acierto a saber si ha salido del trance, si se está recuperando, o va a seguir dando otro mensaje. Noto que ahora si me mira los ojos y de sus labios salen unos murmullos casi inaudibles. La compañera de nuevo que está arrodillada junto a mí, me dice.

-Agáchate, porque te va a dar un mensaje personal.

Yo obediente hago lo que me indica, apoyándome en el suelo con las dos manos y acercando mi oído todo lo posible a su boca.

Me cuesta entender lo que habla, pero hago un esfuerzo por oír Y por memorizar. A decir verdad, no quedó nada registrado en el magnetofón, pero sin ser exacto recuerdo sus palabras, por el impacto que me causaron.

- ¡Hijo mío!, el Corazón Santísimo de tu Madre, te necesita. Está traspasado por una espada ardiendo por el pecado de los hombres. No se hace caso a los mensajes de mi Hijo y vais hacia la condenación.

¡-Ay! de los pastores que llevan al rebaño por malos caminos. Más les valiera atarse una rueda de molino al cuello y arrojarse al mar.

-Tú eres un hijo predilecto y tienes que avisar a tus hermanos. La copa se está llenando y mi Hijo no puede sujetar más tiempo la ira de Dios. Tenéis que hacer penitencia y llenar de obras buenas, vuestros corazones. Yo estoy muy contenta contigo. Sal al mundo y predicar mi mensaje. Tú eres mi faro, en esta noche oscura. Sufrirás mucho en este mundo, pero con mi auxilio vencerás a los demonios que te ataquen. Hijo mío, es tu Madre quien te pide ahora que ayudes a tus hermanos. Pídele al corazón Santísimo de mi Hijo y Él te ayudará.

-Yo te bendigo en el nombre del Padre para que cumplas tu misión. ¡Ve en paz con Dios!

Y tras estas últimas palabras, salió del trance. Me miró con una sonrisa infantil, y entre la compañera y yo le ayudamos a levantarse.

La vi continuar su marcha hacia los Pinos contenta y manchada de barro acompañada de la otra señora que no se apartaba de su lado en ningún momento.

Al día de hoy pienso que el mensaje que me dio, se puede aplicar a cualquier persona. No creo en absoluto que sea personal e intransferible. Cierto que he procurado ser bueno y ayudar a los demás en lo que estaba en mi mano, pero reconozco que me podría haber esforzado más y cumplir lo que me dijo.

Gracias a Dios “lo de sufrir mucho “no lo he sentido. A medida que llegaban los sufrimientos los he gestionado; nunca han supuesto un problema. De hecho ¿quién no ha sufrido en esta vida? Yo desde luego le doy gracias a Dios por la mujer y la familia que tengo.

¡Son una bendición!

2ª Parte. Capítulo X. DESPEDIDA

A lo largo de mis idas y venidas por el pueblo de la montaña pienso que las experiencias más enriquecedoras me ocurrieron en la Calleja que conducía a los pinos de las apariciones.

De la misma forma, que la vidente, dejó una honda impresión en mi vida con el mensaje que me transmitió, en otra ocasión tuve una nueva prueba que no he podido olvidar, y que paso a narraros. La podríamos llamar "La foto de la Virgen ". Al ser vivencias personales, tienen un gran valor afectivo y trascendental. Experiencias que me sucedieron a mí y que ahora comparto contigo, querido lector.

Tal vez fue uno de los acontecimientos que más impresión me dejó, como te digo. Fue en la Calleja de subida a los Pinos, de aquel remoto y silencioso jueves del mes de mayo. Llevaba unas cuantas horas moviéndome con Charo entre los estrechos pasadizos, puesto que calles no se les podía llamar, y entre las desdentadas casuchas, con sus puertas de madera entreabiertas, invitando a entrar a todo el que tuviera el valor de hacerlo.

Decidí llamar delante de la puerta de Paquita antes de pasar, pero lo pensé mejor y continué caminando hacia el lugar donde por primera vez, se apareció el ángel a las cuatro niñas. Charo venía detrás; andaba sin prisa, saboreando los olores de las campas, y disfrutando del sonido del viento y de los pájaros, cogiendo del suelo pequeñas piedrecitas que pensaba llevar de recuerdo a Bilbao, para darles como regalos a unos amigos simpatizantes con nuestra afición por Garabandal.

Al cuello llevaba colgada mi cámara Yashica, Minister D, cargada con un rollo de película para diapositivas, dispuesto a inmortalizar el paisaje que me rodeaba. Cámara sencilla, totalmente manual donde mediante un pequeño fotómetro que llevaba incorporado, podría medir la intensidad de la luz con el fin de que las instantáneas no quedarán subexpuestas, ni quemadas; de esta forma podía jugar con la velocidad del obturador y con la apertura del diafragma. Lo realmente importante era manejar bien el telémetro para que la imagen estuviera enfocada. Normalmente solía poner un valor de apertura elevado con el fin de tener más

profundidad de campo. De esta forma me aseguraba que las imágenes tanto si estaban lejos como si estaban próximas, quedasen nítidas.

El día era claro y no tenía necesidad de preocuparme más por los ajustes. Seguro que todas las diapositivas saldrían bien. La Calleja estaba desierta afortunadamente, lo que me permitía pararme a menudo para encontrar el ángulo más interesante y poder apretar el botón del disparador. Saqué unas dos o tres instantáneas, no lo recuerdo bien. Puesto que el rollo que era de 36 me tenía que durar para varios días.

Prefería la diapositiva a la copia de papel. Las podía proyectar en la pantalla de casa cuando estábamos reunidos en grupo. Además, las explicaciones eran más ilustrativas, que cuando utilizaba las clásicas fotos en papel. Eran luminosas y espectaculares. Las guardaba en unas cajitas de plástico perfectamente numeradas.

El camino por donde ascendía, se podría decir que era el que llevaba directo a los Pinos. Siendo el más corto era también el más empinado. Se había formado al descender las aguas de lluvia desde las zonas altas del montículo donde se encontraban los legendarios árboles. Existía otro camino, situado a su izquierda, en el sentido de ascenso, pero resultaba más largo. Lo solía utilizar Serafín, el marido de Paquita, para transportar en su carromato a los peregrinos que tenían problemas de movilidad.

Pero volviendo al tema que nos ocupa, de la famosa “foto de la Virgen”. Cuando regresamos a Bilbao, lo primero que hice fue llevar el rollo a revelar. Estaba ansioso por ver el resultado de mi safari fotográfico. Hasta tal punto estaba expectante que las últimas instantáneas que pensaba reservarlas para otro día, las empleé en fotografiar la calle que se veía desde la terraza de casa. Así, pues terminé el carrete y lo llevé a la tienda de revelado que había en aquella época cerca de la plaza de Moyúa.

Cuando a los tres días, recogí el paquete conteniendo las diapositivas, tengo que reconocer que una agradable sensación me embargaba.

Las monté rápidamente en el carro transportador de diapositivas y lo instalé en el proyector. No perdí tiempo en desplegar la pantalla. Directamente enfoqué sobre una de las paredes que tenía libre en el salón y me dispuse a disfrutar del espectáculo.

Ni decir tiene que a medida que pasaban ante mí las imágenes captadas en el pueblo de la montaña, sentía una placentera sensación, recordando los momentos vividos.

Y de repente sucedió. Ante mis atónitos ojos apareció. Era la Calleja sí, pero descolorida; estaba quemada por el exceso de luz, y en el lateral superior una aureola blanquecina. Casi no me atrevía a mirarla. En el centro del óvalo luminoso, destacaba una mancha nebulosa de un azul claro que transmitía tranquilidad, perfilando un contorno femenino, como el de las estampas que estaba acostumbrado a guardar. No tenía que hacer mucho esfuerzo para concluir que se trataba de una persona divina o celestial. La mancha de la cabeza, pues hay que describirlas como manchas, no había imágenes definidas sino sugerencias luminosas difusas, se prolongaba por la zona correspondiente a los hombros. El azul claro que bajaba hasta lo que podríamos adivinar como unos descalzos pies, estaba recorrido por una banda de blanco amarronado, dando un aspecto de capa abierta, que mostraba el vestido interior. Con un poco de imaginación vislumbraba también una zona amarronada oscura, donde teóricamente se situaba la mano. De repente, me di cuenta que un aura luminosa, se extendía como un resplandor blanquecino, rodeando toda la imagen. En definitiva, la sugerencia brillante o como quiera llamarse, no tapaba el árbol que se encontraba a su espalda. No de una forma clara y definida, sino más bien de forma difusa, como si no quisiera imponerse con su luminosidad lechosa; no llamaba la atención, pero a la vez haciendo que mantuviese la fijación en ella sin distraerme, atrapado en un mágico influjo.

Años después de esta insólita experiencia, cayó en mis manos un libro titulado “La fotografía de la Virgen de Garabandal “donde su autor analizaba y experimentaba con la famosa instantánea que le sacó Loli a la Madre del cielo, utilizando la máquina de fotos del padre don José Ramón García de la Riva. Por casualidad, logré contactar con autor, misión casi imposible, pues firmaba con el seudónimo de Edul.

Os adjunto las cartas que le envié por correo electrónico (es posible que muchas cosas se repitan) ..., decía así.

Carta del 10 de mayo de 2011.

Hola Edul.

Me atrevo a escribirte estas líneas, porque una de mis pasiones siempre ha sido obtener una fotografía de la Virgen y quisiera comentarte los esfuerzos que he realizado para conseguirla. Antes de entrar en la foto que considero importante voy a mandarte una pequeña demostración de los esfuerzos que he realizado para conseguirla.

En primer lugar, te mando unas páginas escaneadas de la revista trimestral "Garabandal" que se publica en Estados Unidos y que le dirigía Joey Lomangino, el invidente que apareció por el pueblo al comienzo de las apariciones.

En ella se hace referencia (Foto 11) al padre José Ramón García de La Riva (buen conocido tuyo) y aunque pone al final del artículo que continuará en realidad, el siguiente capítulo el cinco ya no hace referencia a la fotografía que sacó el padre. Es concretamente la correspondiente al periodo Enero – Abril de 1995.

Te mando una pequeña traducción que hice yo por si consideras que puede ser interesante para ti.

También te mando una fotografía (Foto 12) que sale de una revista, obtenida en el puente de la carretera comarcal 625 Km. 43,1 que une Cabezón de la Sal con Reinosa.

Por casualidad yo paso por ese puente cuando voy de Bilbao a Garabandal y resultan ya varias casualidades las que se me han presentado en la vida cuando he querido sacar una fotografía a la Virgen.

En esa fotografía que te mando se ve un halo de luz vertical en el centro de la misma., capturadas en dos años diferentes.

Cuando yo fui a Garabandal a sacar las fotografías de la Virgen, en un momento determinado que estaba fotografiando la casa de Mari Cruz con mi cámara Minister-D, observo que también me aparece este rayo de luz vertical, siendo así que en el pueblo prácticamente no había luz y casi cuando saco la foto no veía donde estaba enfocando, de la oscuridad que reinaba. Pero de esto y más cosas te hablare en el próximo correo, caso de estar interesado en el tema.

Carta del 27 de mayo de 2011

Hola Edul,

Ante todo, darte las gracias por el interés que demuestras en la carta que te mandé anteriormente y por la estupenda contestación que recibí. Continuando con el tema de la foto de la Virgen decirte, que siempre he tenido una gran ilusión por el tema de la fotografía y como pequeño resumen quería explicarte cómo fueron mis principios cuando yo contaba con 15 años en quinto de bachiller donde utilizaba una cámara de fotos (Foto 21) llamada “Fiesta”.

Casualmente he estado viendo una fotografía en donde estoy con ella colgada al cuello (Foto 22); soy el de la izquierda y puedes ver como todavía conservo la Kodak Brownie Fiesta.

Posteriormente me compré una máquina Yashica Minister-D, hacia el año 1971 (Foto 23). En un principio la utilizaba para sacar copias en papel, pero a partir de 1974 fue básicamente para sacar diapositivas y son las que voy a poder enseñarte en este informe.

Actualmente utilizo la cámara digital Nikon D- 90 con un objetivo 18/200 que para mí es suficiente, aunque te diré que prefiero utilizar la cámara de vídeo porque me he vuelto muy aficionado a realizar reportajes y como ves en esta dirección, te muestro uno que saqué durante el Rosario de la Aurora en Garabandal.

https://www.youtube.com/watch?v=Ya1S8EFF3zQ

Anteriormente, terminé la carta diciendo que en el puente de Cabezón de la Sal aparecían unas franjas de luz verticales. Te enseño ahora unas diapositivas que saqué en Garabandal a las cuatro de la madrugada. Normalmente tenía la sensación de que era la mejor hora para sacar diapositivas y ver si aparecía la imagen de la Virgen. En aquellos días solía salir yo de Bilbao a las dos de la madrugada para llegar allí a las cuatro, hora en que no había nadie por el pueblo y la única compañía que tenía era la de los perros que andaban sueltos y que se hicieron muy amigos míos.

En aquella época no había casi luz en el pueblo y entonces tenía que recurrir a sacar las fotos en exposición. Llevaba un trípode con la máquina, que colocaba enfrente de la casa que quería fotografiar.

La dejaba y me iba a buscar otros escenarios para las siguientes fotografías; luego igual volvía al cabo de 20 minutos. Como te decía en aquella época utilizaba una Yashica con película Agfa para diapositivas de 100 Asa de sensibilidad.

En otros casos he utilizada carretes de otras marcas como Kodak, Fuji, etc. pero los resultados eran parecidos. Normalmente llevaba uno de repuesto, aunque no solía malgastarlos sacando muchas instantáneas, como hacemos ahora con las digitales.

En esta diapositiva (Foto 24) puedes ver una casa del pueblo iluminada únicamente por la luz de la luna y de la que me siento orgulloso por la calidad que presenta. Como te digo son diapositivas que he escaneado con un pequeño escáner domestico donde la calidad obtenida no es muy buena, pero es la única forma que tengo de enviártelas.

Creo que esta casa estaba por la zona centro del pueblo. Como puedes imaginar, recorría todo el pueblo fotografiando rincones, pensando que en alguno podría estar la Virgen escondida y así sorprenderla, para que saldría en alguna. Pero la realidad es que se resistía.

Como cosa curiosa, puedes ver como por ejemplo en esta que es la casa de Pepe, la trayectoria que sigue las estrellas en el cielo queda reflejada en la foto (Foto 25). En realidad, es la tierra la que se está moviendo, pero ves esas líneas y parece que son la trayectoria que van dejando la luz de las estrellas.

Insisto en que la luz del pueblo era solo de un par de farolas que se encontraban lejos de donde yo me situaba para sacar mis instantáneas (más bien exposiciones). Era tal la oscuridad, que muchas veces no sabía donde enfocaba. Tenía suerte si alguna noche había luna y no estaba oculta por las nubes.

Te saco también una foto de la casa donde está hoy en día la pensión de Lucía (Foto26). En aquella época no existía y por eso tiene esa pinta tan vetusta. Como ves está quemada porque el tiempo que estaba abierto el objetivo podía llegar a media hora, y nunca sabía calcular bien el tiempo que se necesitaba.

A continuación, otra que saqué en el mismo lugar donde aparece “por casualidad” una franja de luz vertical que no me lo explico cómo pudo aparecer porque no había ninguna luz en absoluto, ninguna farola insisto y sin embargo ahí aparece ese chorro de luz (Foto 27).

Las fotografías eran diapositivas como te digo de la casa Agfa y las características de la cámara normalmente era un diafragma de dos con ocho, en exposición y la sensibilidad era 100 Asa.

Cuando yo saqué esta diapositiva no se veía absolutamente nada. Es posible que hubiera un pequeño farol en la zona de la iglesia, pero no me acuerdo de él. De todas formas, la luz que proyectaban los pocos faroles que había en el pueblo, como digo yo, "más que luz, arrojan sombras".

Recuerdo que en aquellos años que serían sobre 1981 aproximadamente, en esa casa vivía un señor mayor (que tal vez era el padre de Lucia o de Doro) y que solía salir a la calle a fabricar a la vista de todo el que pasaba, "almadreñas" esa especie de albarcas de madera que tan útil son en el pueblo donde hay tanto estiércol del ganado y las aguas discurren por todas las callejas.

También saqué otra fotografía en la zona de los Pinos (Foto 28); ese resplandor que se ve a la izquierda es la hornacina de la Virgen que no sé por qué ha salido con esa luminosidad pero que no creo que sea nada, ninguna cosa excepcional; sería pues no sé, algún reflejo de la luna. Se puede apreciar la estela de las estrellas, lo mismo que en caso de la foto de la casa de Pepe.

Pero la que realmente me interesa es la que saqué un día por la mañana subiendo por la Calleja hacia los Pinos. Iba con mi mujer; sacando fotografías tanto del terreno como del camino de las piedras y yo no vi nada en particular. De hecho, te mando una foto donde se ve el comienzo del camino hacia los Pinos y luego saqué otra más adelante.

No sé porqué, pero tenía la certeza de que si la Virgen aparecía en alguna fotografía tendría que ser en las que obtenía por la noche. Era una idea que intuía de una forma irracional. Muchas veces estos comportamientos nos conducen a callejones sin salida, que si no recapacitas en ello estas abocado al fracaso. Por eso decidí cambiar de táctica.

Y esto fue lo que sucedió una mañana del mes de Mayo cuando andábamos por la calleja que conduce a los pinos. Mi sorpresa fue terrible cuando se revelaron las diapositivas y las pude ver en casa.

Pero vamos poco a poco.

La mañana era clara y luminosa. Habíamos dormido esa noche en la pensión de Paquita y desayunado fenomenalmente, como siempre que nos alojábamos en su casa. Todavía no había construido el hostal adjunto a la suya y por lo tanto la estancia era en su propia casa, donde solía alojarse el ciego Joe Lomangino con su gente. Cuando lo conocimos en persona, me pareció más grande de lo que aparecía

en las fotografías de su revista. Este incidente lo consideré una buena "casualidad" y con este ánimo nos encaminamos a los Pinos.

Estuvimos primero paseando un poco por el pueblo y saludando a la escasa gente que pululaba por el villorrio hasta que finalmente nos encaminamos hacia la calleja, recorriendo los lugares más representativos de la época de las apariciones.

Saqué fotos de todos los rincones significativos y también de las piedras del suelo, aunque consideraba esto una pérdida de material fotográfico. En aquellos tiempos las fotos se consideraban un tema a usar con mesura.

Afortunadamente no había peregrinos y todo aparecía solitario con una calma especial. Sí recuerdo, que se oía los trinos de los pájaros, pero eso era totalmente normal.

Pasamos por la capilla de San Miguel Arcángel, donde nos detuvimos para rezar unas breves oraciones y continuamos nuestro safari fotográfico. Y…, saliendo de la capilla, se me ocurrió sacar una foto desde esta posición, mirando hacia los pinos (Foto 29); volví a sacar un par de nuevas fotos. Una de ellas no podré olvidar mientras viva.

Mi sorpresa fue mayúscula como te digo cuando vine a casa y después de revelarlas pude observar que en una de ellas aparece un óvalo luminoso (Foto 30). En su interior una silueta que me recuerda muchísimo al de la virgen María con su vestido azul y sospechosamente, la fotografía quemada.

Se ve perfectamente las piedras de la calleja, los arbustos del camino, los pinos al fondo. La verdad es que el cielo no se destaca mucho, como "si la foto no quiere" que nos distráiganos con motivos que no son importantes.

Cuando estás delante de ella, sientes una atracción inmensa hacía la imagen principal. Y te produce un escalofrío pensar que la Virgen te está mirando desde la posición en que se encuentra.

Pero no me mira a mí. Mira a todo el que se encuentra enfrente de Ella, sea de la raza, religión, edad o condición social. Para algo es la Madre de todos sus hijos de la tierra, como insistía en la época de las apariciones.

Te puedo garantizar que yo no vi nada cuando saqué la fotografía. Ni tampoco Charo, mi mujer que estaba conmigo, y que, como yo, no sintió ni observó ningún

signo anormal. Simplemente una paz inmensa que, reinada en el ambiente, pero de todo punto de vista normal.

Para mí fue un regalo especial de la Virgen que nunca he comentado con nadie, fuera de casa. Tu eres la primera persona con la que comparto mi íntima ilusión y pienso que eres capaz de entender mi alegría y mi agradecimiento.

Cuando la vi por primera vez me asusté mucho. La verdad es que me asusté mucho. De todas formas, no he vuelto a sacar más fotografías; yo creo que eso ha sido suficiente y para mí es una prueba palpable de la Madre del Cielo. Estoy infinitamente agradecido por el regalo con el que me ha obsequiado.

Por si es de tu interés, el carrete era de la marca Agfa crome y las características con las que obtuve la diapositiva fueron,

sensibilidad 100 Asa, velocidad de obturación t=1/125, diafragma f=11. Utilizaba un diafragma pequeño para tener más profundidad de campo.

Como te comentaba, a partir de obtener la foto de la Virgen, no he vuelto a intentar fotografiarla. Si es cierto que me he comprado una maquina digital más moderna que la que tenía en un principio, pero creo que, si tiene que salir retratada la Virgen, saldrá con la cámara que quiera ella, no con la queramos nosotros. Actualmente continúo sacando fotos, pero básicamente son vídeos los que realizo, sobre todo reportaje del Rosario de la Aurora en el bonito pueblo de la montaña.

Es posible que algún dato no sea correcto. La verdad es que la memoria me falla cuando trato de recordar los preciosos momentos que pasé en el bendito pueblo en compañía de la Madre.

Y esto es lo que puedo contarte sobre mi afán por retratar a la madre del Cielo.

Un abrazo muy fuerte,

Félix

P. D. Las fotos se pueden ver pinchando aquí
https://youtu.be/tqGcGnWVl1s

3ª Parte. Capítulo X. DESPEDIDA

- *¡Le seguimos!*

Al volver la cabeza, veo con asombro que el matrimonio de la mujer rubia, vienen detrás de mí.

La Calleja por donde bajaban, era la que se encuentra a la derecha, pasando enfrente de la fachada de estilo modernista del farmacéutico catalán, tachonada de ronchones blanquecinos, que no hacían juego con sus vecinas de piedra marrón oscura y puertas de viejas maderas descoloridas. Contigua se encontraba la casuca de Julia amiga mía, desde varios años atrás. Me la presentó, mi mentor Plácido, como una gran mujer defensora de los acontecimientos maravillosos del pueblo.

Julia había salido por la noche durante el Rosario de la Aurora, cogida del brazo de otras cuatro mujeres, en la cabecera, rezando (mejor dicho, cantando) la primera parte de las Ave Marías. Marcaban el ritmo de los misterios y dirigían a toda la comitiva por entre las estrechas callejuelas, recorriendo la mayor parte de la aldea en círculos más bien irregulares. Se notaba que todos los vecinos del pueblo, querían oír cantar el rosario delante de sus casas durante las benditas madrugadas. Se protegía del frío tempranero con una enorme bufanda que semejaba una capa pluvial de las que tenían los curas de mi parroquia. Se la ponía por la cabeza, tapándole los hombros y cubriéndole hasta la cintura. El resto de la comitiva iba protegido de forma similar pareciendo auténticos espectros moviéndose entre las sombras.

-Por Dios -les digo. No bajen por aquí; esta calleja precisamente está muy mal y se pueden caer.

- *¡Nosotros hemos venido para hacer penitencia!* -Me contesta la desconocida señora.

-Me parece bien que hagan penitencia, pero no por esta Calleja; se pueden resbalar y romper la cabeza. Seguro que la Virgen no quiere eso.

Llegamos al final de la cuesta y nos paramos a charlar. Un pequeño signo de triunfo se dibuja en el semblante de la mujer, que no suelta la mano de su marido.

-Hemos venido por casualidad, -me confiesa. Hemos venido a pedir a la Virgen un gran favor para nosotros. No conocemos el lugar. Es la primera vez que estamos aquí. Nos hemos acercado a una señora que estaba al lado de la tienda de los objetos religiosos y no hacía más que insistir en que no nos acercásemos. Yo solo quería preguntarle, por lo que ocurrió en el pueblo. Pero ella insistía en que nos marcháramos. Creo que pensaba que le íbamos a contagiar el "bicho "(Covid-19). Nadie nos dice nada.

-Pues, no se preocupen, -les dije. Yo les cuento lo que quieran saber.

-Hemos venido por mi problema grave de salud, a pedir a la Virgen. Es la única esperanza que tengo.

Y mientras me contaba su problema, la buena mujer se derrumbó y entre sollozos me hacía partícipe de su dolencia. Era la viva imagen de la "Virgen dolorosa ". Frágil, vulnerable, casi ahogándose al hablar, buscando un apoyo donde poder sujetarse. Y mientras me contaba todo esto, con más fuerza agarraba la mano de su marido. Éste la miraba con una cariñosa sonrisa, asintiendo a todo lo que decía.

Les conté como había cuatro niñas en el pueblo; como un 16 de junio del año 61, se les apareció un ángel y días después la Virgen. Les conté como recorrían el pueblo, extasiadas ante la preocupación de sus padres y el asombro de sus vecinos. Y como la Virgen había besado un misal de una de las crías. Había besado hoja por hoja. Misal que luego fue llevado a Estados Unidos y allí, tras cortarlo en diminutos trocitos, se transformaron en reliquias que se repartieron por el mundo.

La mujer me escuchaba poniendo los cuatro sentidos en lo que decía, notando yo que a medida que avanzaba en mi relato, ella estaba viendo un resquicio por donde podía llegar la esperanza que tanto ansiaba.

- ¿Y dónde se puede conseguir una de esas reliquias?

Se repartieron todas y no hay más. Y mientras lo decía estaba como si la echaran encima un jarro de agua fría. Intenté consolarla, pero su cara era como un libro abierto. Pequeñas lágrimas resbalaban por la mejilla mientras su mirada inquieta, iba de mi cara a la de su marido. Él permanecía en silencio asintiendo con sus gestos a lo que ella me iba contando y apretándole fuertemente la mano.

Noté mi emotividad a flor de piel. No pude contenerla más y brotaron unas pequeñas lágrimas en mis ojos. Tratando de que me sintiera cerca, pasé mi mano tímidamente por su brazo, sintiendo como agradecía mi apoyo y mi comprensión.

En mi interior, estaba teniendo una lucha mental pues llevaba en el bolsillo de la camisa, la cartera donde guardaba, desde hacía muchos años la pequeña reliquia del trocito de misal besado por la Virgen en una de aquellas noches maravillosas del pueblo.

¿Se la doy o no se la doy? Para mí era muy importante conservarla. Tenía un gran valor emocional. Pero por otro lado… ella lo necesitaba más que yo. Pensé que era una postura egoísta por mi parte, considerarlo mío, cuando en justicia tenía que ser para ella. Pero… ganó el no. No se lo daba y continuamos hablando. Notaba su agitación. La necesidad de tener un pequeño punto de apoyo para poder continuar.

Llegamos al final de la Calleja y nos despedimos. Querían ir a la misa de Pascua de la 1:30 en la iglesia. Les indiqué por donde llegar y su despedida fue darme un cariñoso beso. En ese momento se me cayeron todas las murallas que defensivas que había levantado, para resguardarme. Sentí su dolor de una forma brutal. Como si una corriente eléctrica recorrer a mi cuerpo, sentí su descarga y gracias a la Virgen por mostrarme el camino que me indicaba.

Así que saqué de mi cartera la bendita reliquia, le di un beso y se la entregué para que la llevara ella. Por supuesto, se negó rotundamente, pero en vano. Yo insistí más.

¡No pudo más ¡

Como un torrente desbocado salieron de sus ojos nuevamente las brillantes lágrimas dando gracias a Dios y a la Virgen y diciéndome unas cosas que no era capaz de captar, pues mi alma se había vaciado totalmente y sentía como se iba llenando de alguna bendición especial que llegaba de un lugar desconocido. También yo daba gracias al cielo por la oportunidad que me había brindado de sentir la emoción de entregar, sin esperar nada a cambio.

Nuevamente volví a dar gracias al cielo por brindarme la oportunidad de ayudar a una hermana mía, que necesitaba de mi apoyo. Comprendía que la pequeña reliquia, ya no me pertenecía; la mujer dolorosa rubia la necesitaba, y en justicia era de ella.

Recuerdo que lo último que le dije fue;

-Consérvala con cariño. Seguro que os cambia la vida. “No me queda la menor duda que será así.”

Todavía pienso en la “casualidad, “que me puso en contacto con el matrimonio de la mujer rubia, escogiéndoles entre la multitud de peregrinos que habían acudido a la celebración de la semana santa.

Me percaté por primera vez de su presencia al subir hacia los Pinos con la cámara de vídeo para sacar unas secuencias con el fin de incluirlas en el próximo documental que pensaban montar con las imágenes de la noche anterior por las calles en penumbra del pueblo.

Estaban apoyados en la cerca de madera que un par de años atrás se habían colocado para delimitar el recinto donde tantas veces había transitado las niñas durante sus visiones extáticas. Partía de la zona de la capilla del Arcángel San Miguel y llegaba hasta la subida que utilizaba Serafín para transportar a los peregrinos con dificultades de movimiento. Rodeaba toda la zona de los pinos y las pequeñas estaciones del Vía Crucis que se extendían hasta la plataforma desde donde pensaba sacar mis panorámicas.

Con gran torpeza y apoyándose fuertemente en su marido, la mujer rubia comenzó una penosa ascensión, procurando moverse por las zonas más seguras. No obstante, de vez en cuando resbalaba, dando la sensación que iba a caer de rodillas.

Yo continué mi camino por la zona más pendiente, pero a la vez más utilizada y en pocos minutos me encontraba arriba, buscando un lugar adecuado para mi propósito fotográfico, olvidándome del matrimonio y centrándome en el propósito que me había llevado hasta allí.

Aunque parezca extraño, no podía quitar de mi cabeza el esfuerzo que suponía para la mujer rubia subir por la difícil pendiente de acceso a los Pinos. Yo creía imposible que pudieran llegar debido a la dificultad que tenía para caminar por el pedregoso camino. Me sorprendió cuando en un momento determinado los vi apareciendo por un recodo del camino a escasos metros de donde se encontraban los reclinatorios de los pinos junto a la hornacina de la Virgen. Luego los volvería a ver, bajando por la casa de Julia.

La seguridad y la entereza con la que hablaba eran digna de elogio. Denotaban una fuerte personalidad y una "cabeza bien amueblada ". Así como el marido no decía nada, solo asentía con un gesto de inclinación cuando ella le dirigía la mirada, la mujer rubia manifestaba claramente su conocimiento y su personalidad. Desde el primer momento fue de mi agrado lo que me transmitía. No solamente verbalmente sino a través de sus manos, sus gestos; todo su cuerpo hablaba estableciendo una conexión difícil de explicar.

Me vino a la mente la famosa frase de "conócete a ti mismo "no sé por qué, pero rotundamente así era. ¿Tal vez era profesora de filosofía? ¿Les explicaría a sus alumnos el significado de esta expresión?

"Conócete a ti mismo "es uno de los más famosos aforismos de la antigüedad griega de todos los tiempos. Significa que la principal necesidad de una persona para acceder a la sabiduría filosófica es el autoconocimiento.

Parece ser que se encontraba inscrito, en el templo de Apolo, en la ciudad griega de Delfos, lugar de enorme valor mitológico. Terreno donde Apolo, mató al monstruo Pitón, y también donde se encuentra el famoso oráculo de Delfos, donde Zeus colocó el "ónfalo", ombligo del mundo, que por cierto cuando lo estuve viendo es una piedra como un cono invertido, con un orificio de unos 10 cm en el centro. Pero bueno, el mito es el mito y ha llegado hasta nuestros días, y el visitante que se acerque hasta el museo para verlo, solo contemplará una piedra tallada con bellos relieves.

Con respecto al matrimonio no sé sus nombres y no he vuelto a saber nada de ellos. Pero no pierdo la esperanza de que algún día, tal vez en Garabandal vuelva a encontrármelos. ¡Quién sabe! Cosas más difíciles me ha sucedido.

Por cierto, ese año la Semana Santa, nos acompañó con un tiempo espléndido. Pude como en veces anteriores, grabar con mi cámara el Rosario de la Aurora cantado por las callejas del pueblo, a las seis de la madrugada. Fátima, la hija de Paquita, me llevaba la grabadora de sonido, a la que agradezco de corazón su ayuda. Siempre me gusta tener los reportajes por duplicado, por si alguno me falla. Nunca se sabe. Como digo y repito "cosas más difíciles me han sucedido "

Es curioso el cambio de actitud que experimenté a raíz de pensar en mí mismo y conocer mis limitaciones y mis actitudes. En mi juventud creía que el mundo me debía una explicación. Que estaba en deuda con mi persona. Que no era justo lo que me estaba ocurriendo.

Unos años después fue al revés. Era yo el que estaba en deuda con el mundo. Pero me invadió un temblor al preguntarme. ¿Es que "soy" consciente que le debo algo al mundo o es que "siento" en mi corazón la duda? De nuevo surge la dualidad, inteligencia o sentimiento. Al final concluí que era una bobada pensar, ¿Yo le debo algo al mundo?

No lo sé, pero es hermoso sentir que estoy en deuda con algo tan inmenso, y poder influir y modificar este universo, aportando algo de lo mío. Es terrible pensar que puedo aportar mi pequeña energía y cambiar el infinito. Un purista dirá que, si aportamos algo a un infinito, continúa siendo infinito, pero mi corazón me dice, que mis obras no son indiferentes al resto de la comunidad. Y de pronto me surge el concepto de pecado de omisión. ¿Cómo puedo yo cometer una falta, por no hacer algo?

El resultado final es hermoso como digo; sentirme parte del universo. Aunque, por otro lado, mi cerebro científico me dice que soy un privilegiado "ser" formado por una combinación ingente de átomos, que periódicamente se van renovando durante toda nuestra vida. Sí, soy conjunto de átomos, pero privilegiado por el Dios que llevo dentro y que cada uno lo concibe y lo siente a su manera.

Y termino estas pequeñas experiencias de peregrino haciendo de nuevo mías, las palabras del doctor Morales, tantas veces repetidas …

"…, pidiendo a la virgen de Garabandal que los años que aún me queden de vida, transcurran a su sombra, y que Ella me acoja después en su seno".

A N E X O

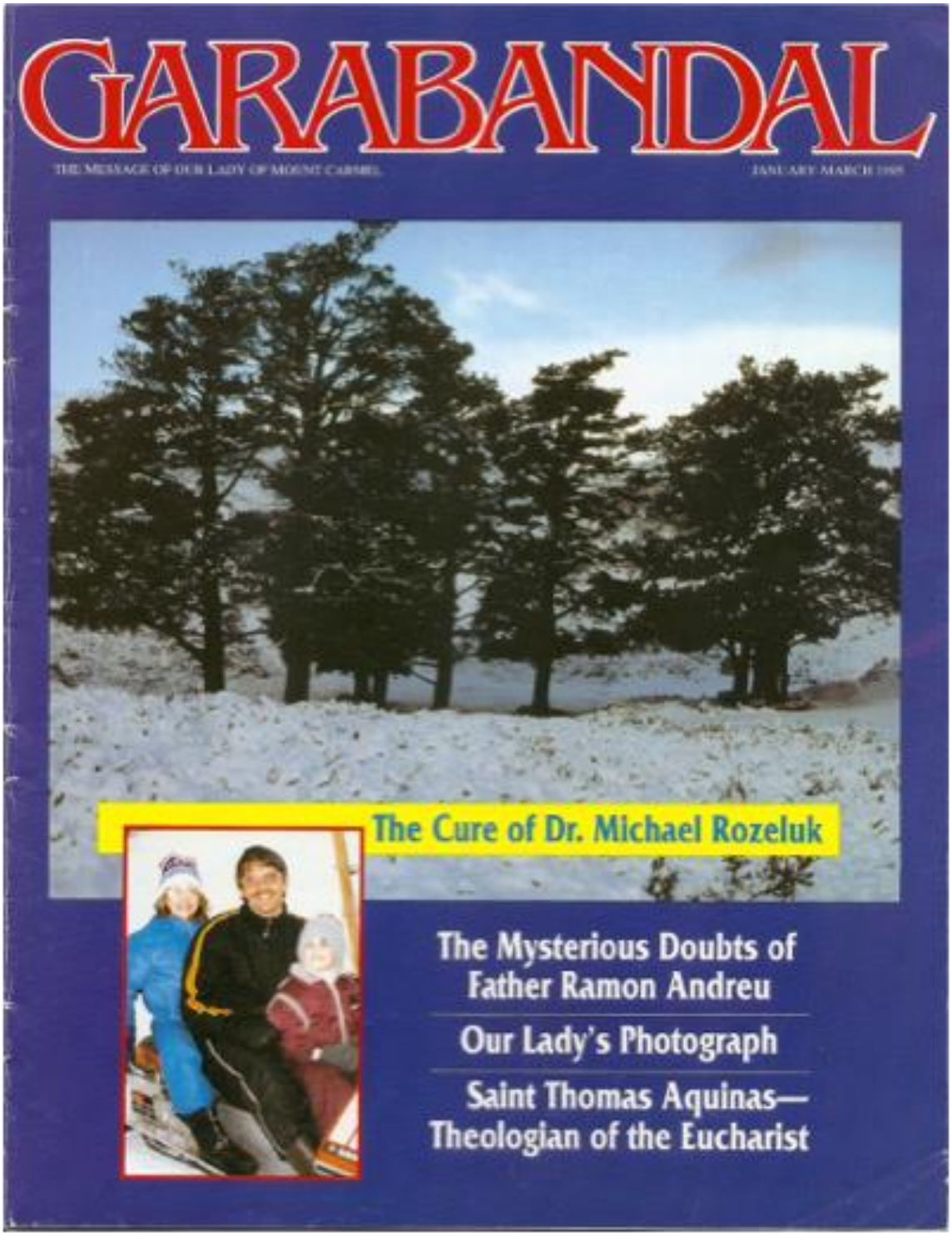

GARABANDAL
The Cure of Dr. Michael Rozeluk
The Mysterious Doubts of Father Ramon Andreu
Our Lady's Photograph
Saint Thomas Aquinas— Theologian of the Eucharist

Foto 11

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Nos remite estas dos fotografías un lector que prefiere se omita su nombre y al que tenemos que felicitar por su agudeza. No es posible ofrecer una respuesta técnica a lo que parece ser un fallo en cualquiera de los procesos fotográficos. Tras la aparente "casualidad" de las dos imágenes quizás se esconda algo más sutil. Lo dejamos en manos de Vds. por si quieren acercarse por allí e investigar el asunto.

Nuestro improvisado corresponsal cumplió el servicio militar en la Jefatura de Ingenieros de Burgos. Allí se realizan, desde hace muchos años, estudios estratégicos de viabilidad de carreteras, terrenos, etc. Entre los cientos de fotografías que ilustran los informes aparecieron estas dos que les mostramos, provenientes de dos fotógrafos y dos cámaras distintas. Una fue obtenida en noviembre de 1954 y la segunda en septiembre de 1978. Los 24 años que separan ambas imágenes muestran el transcurrir del tiempo sobre todo en la zona vegetal del paisaje. Pero ambas coinciden en mostrar unos halos luminosos en vertical, perfectamente visibles a la sensibilidad de la película aunque el ojo no lo pueda percibir.

Foto captada en septiembre 1978.

Imagen obtenida en noviembre 1954.

¿Qué tiene ese lugar, qué pudo ocurrir en ese escenario, qué es lo que quiere manifestarse de forma tan velada? Sea lo que fuere quizás siga estando allí, en el km. 43.150 de la carretera comarcal 625, entre las localidades de Reinosa y Cabezón de la Sal. Si averiguan algo, les rogamos nos lo comuniquen.

Foto 12

Foto 21

Foto 22

Foto 23

Foto 24

Foto 25

Foto 26

Foto 27

Foto 28

Foto 29

Foto 30

BIBLIOGRAFÍA

Benítez, J. J. (1995). *El misterio de la Virgen de Guadalupe*. Barcelona. Planeta.

Bergman, Kl. (1992). *Grandes profecías.* Madrid. A. L. Mateos, S.A.

Daley, H. (1991). *Miracle at Garabandal*. New York. Our Lady of Mount Carmel de Garabandal.

Edams, U. (2018). *La Virgen María fotografiada en Garabandal*. Madrid. Bubok editorial.

García de Pesquera, E. (1979*). Se fue con prisas a la montaña*. Pamplona. Litografía G. Huarte e hijos.

García de Pesquera, E. (1982). *"Maran Atha" ¡El señor vuelve!* Zaragoza. Ed. Círculo.

González, C. (1965). *Diario de Conchita*. New York. Nuestra Señora del Carmen de Garabandal.

Laffineur, Fr. M. and Le Palletier, M.T. (1992). *Star on the mountain*. New York. Library of Congress.

Pérez, R. (1991). *Garabandal, el pueblo habla*. Madrid. Industrias. Gráficas. Grupo Centro, S.A.

Roman-Bocabeille, Chr. (1987). *El misterio de las apariciones de Garabandal*. Barcelona. Gráficas Ramón Sopena.

Sánchez-Ventura y Pascual, E. (1065). *La incógnita de Garabandal*. Zaragoza. Ed. Círculo.

Sánchez-Ventura y Pascual, F. (1966). *Las negaciones de Garabandal*. Zaragoza. Ed. Círculo.

Villa de Gallego, M. J. (1994). *Los pinos de Garabandal iluminaran al mundo*. Barcelona. Rondas.

Villa de Gallego, M. J. (2002). *Los milagros o favores de nuestra Madre de Garabandal.* Zaragoza. Ed. Círculo.

Warszawski, P.S. (1973). *El mito de Garabandal*. Madrid. Gráficas Halar. (postura negativa)

REVISTAS

Garabandal, The menssage of Our Lady of Mount Carmel. Trimestral. Editado por Joseph Lomangino. The Workers of Our Lady of Mount Carmel. New York. USA

VÍDEOS

El Mensaje de Garabandal. VHS, PAL. Color/Blanco y negro, 54 min.
The Workers of Our Lady of Mount Carmel. P.O. Box 606. Lindenhurst. New York, USA.

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro nació hace casi 18 años, revisando tranquilamente unos documentos entregados por el señor Plácido Ruiloba en su casa de Santander. Él siempre fue una guía segura en mi peregrinaje por los acontecimientos de Garabandal.

Durante los años transcurridos desde entonces, son innumerables las personas que han ido respondiendo a mis preguntas. A pesar de las dudas que un fenómeno como el de las apariciones provoca, su fe y convicción en lo vivido, les hace, acreedores de toda confianza.

Estoy profundamente agradecido al padre José Ramón García de la Riva por sus confidencias narradas allí, en su casa de Asturias.

Al padre Diego Llorens por sus apuntes y sus cintas magnetofónicas.

A Mari Cruz, vidente de Garabandal por compartir conmigo sus dudas y sus experiencias.

A Paquita González, y a sus hijas Conchita, Fátima y Mercedes por acogerme en su casa.

A Tina y Pepe por sus inestimables charlas, en la caseta de las cachabas. A Josefina Villa de Gallego, escritora de maravillosos libros sobre Garabandal. Y por supuesto a Jacinta y a Mari Loli, que, aunque tímidas, se comunicaron conmigo.

A María Jesús Cuesta, conocedora del tema y gran apóstol de Garabandal.

También a Rosana y Miguel, Rosa y Carlos, Rosa Mari y Jaime, Blanqui, Javier y Margari, (amigos desde novios), por escucharme con paciencia infinita.

A Uell Edams, por sus conocimientos sobre la fotografía de la Virgen.

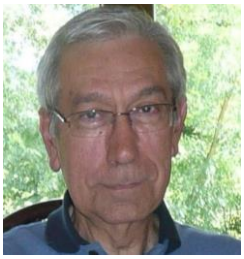
A Lucía y a Doro, por su hospitalidad en el pueblo de la montaña.

A todos esos personajes anónimos que convivieron conmigo y me facilitaron información y me animaron a hacer posible el sueño de que este libro salga a la luz.

Finalmente, a mi familia Oihana, Naia y Aida mis hijas, y a Charo mi mujer merecedora de una parte muy importante de los méritos de este libro. Sin su amor, paciencia y buena disposición a renunciar, no hubiera sido posible su finalización.

Solo me queda esperar que el resultado de todos estos esfuerzos justifique la confianza que pusieron en mí.

F. A. P.



Durante más de veinte años, he visitado asiduamente el bonito pueblo de Garabandal, situado en la montaña cántabra, en las estivaciones de Peña Sagra. He tenido la oportunidad de compartir experiencias con sus habitantes, testigos valiosos de los fenómenos maravillosos que protagonizaron cuatro de sus hijas las cuales afirmaban que la Madre del Cielo, se les aparecía.

A lo largo de cuatro años la Virgen, las fue adoctrinando con el fin de que pudieran recibir y transmitir un mensaje para la humanidad.

En este libro, narro mis vivencias de peregrino novato, abriendo mis recuerdos a todas las experiencias personales que me fueron manifestadas, así como a los testimonios de la gente humilde que vivió en aquella época y que desgraciadamente muchos de ellos, ya no están con nosotros*…, "para que si en un futuro" fuera necesario (como decía Don Valentín, cura párroco) conocer la verdad de lo allí sucedido, contado por un testigo de primera línea, su testimonio pudiera ser tenido en consideración.*

El Autor